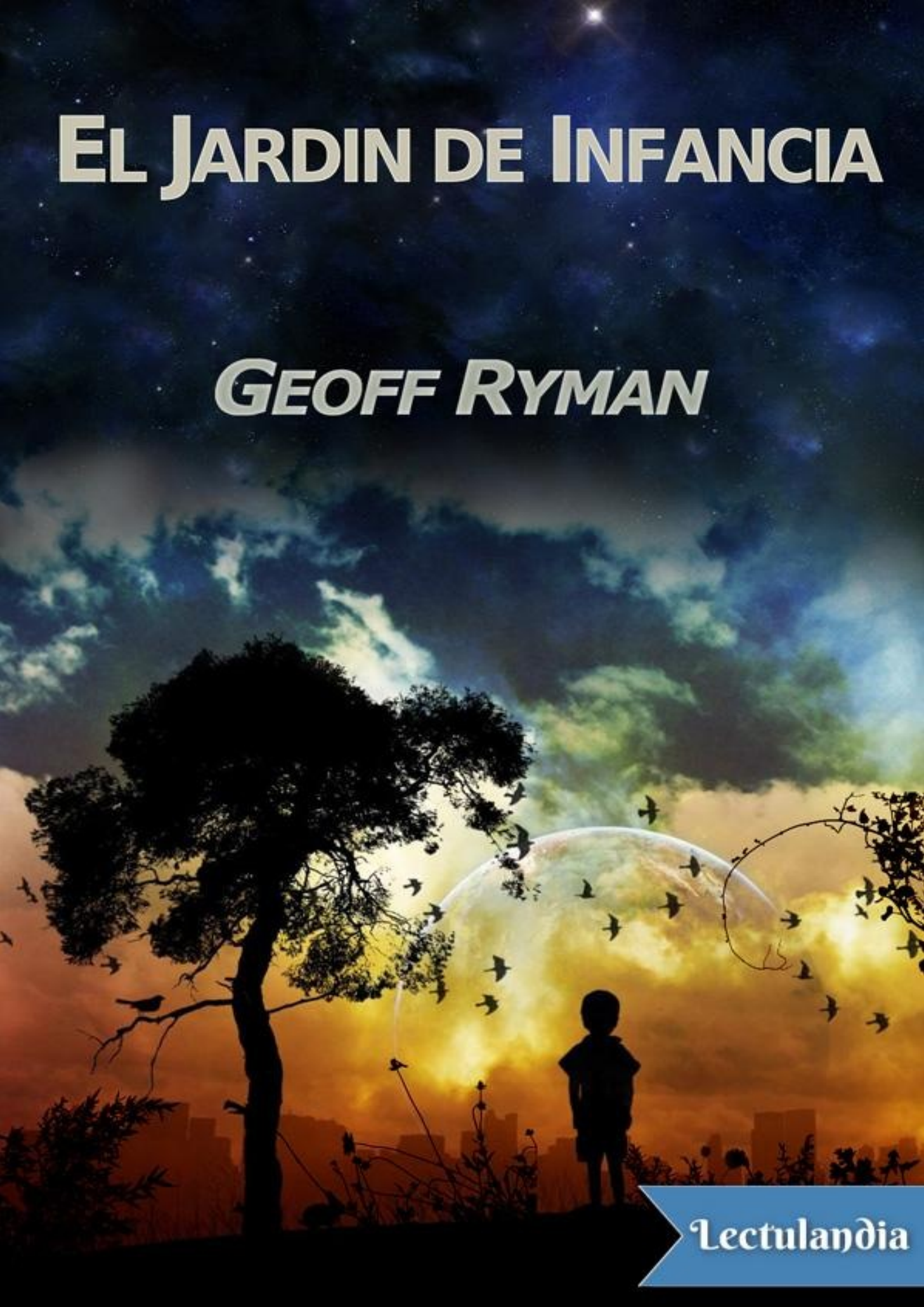
El Jardin de Infancia

Geoff Ryman



Lectulandia

Tras la revolución, la sociedad socialista del Consensus lo es todo. No hay cáncer pero la esperanza de vida se ha reducido a unos treinta años. La rodopsina que impregna la piel morada de las personas les permite alimentarse con la fotosínteisis.

En los Jardines de Infancia, los niños son educados con virus que les infectan con conformismo social y con todo tipo de saberes.

Una sociedad radicalmente distinta pero siempre profundamente humana, en la que Milena, inmune a nuevos cirus, acabará, por amor, siendo la gran «Artista del Pueblo» con la nueva ópera basada en *La Divina Comedia de Dante*.

Lectulandia

Geoff Ryman

El jardín de infancia

ePUB r1.0
eKionh 26.05.13

Título original: *The Child Garden*
Geoff Ryman, 1989
Traducción: Ana Alonso Esteve
Diseño de portada: eKionh

Editor digital: eKionh
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Jon Hosking, a Johanna Firbank y a mis padres.

Gracias a John Clute, Paul Brazier, Rob Burt y Amanda Brazier.

Que el futuro es una desvaída canción, una rosa real o un rocío de lavanda de melancólico lamento por los que ya no están aquí para lamentarse…

T. S. ELLIOT, *Cuatro Cuartetos*

Introducción

Avances en medicina (La cultura vírica)

Milena lo hervía todo por miedo a las enfermedades. Hervía los cubiertos de los demás antes de usarlos, costumbre que a veces la gente encontraba insultante. Las cuberterías solían estar hechas de resina solidificada y a menudo se derretían con el calor, curvándose hasta convertirse en objetos inútiles. Los dientes de los tenedores se quedaban abiertos como dedos de espantapájaros y tiesos como unos guantes viejos y resecos.

Milena llevaba guantes siempre que salía, y al volver a casa los hervía también. Nunca se hurgaba la nariz ni las orejas. A veces, cuando iba en un apestoso y abarrotado ómnibus, aguantaba la respiración hasta marearse y siempre que alguien tosía o estornudaba se cubría la cara. La gente estornudaba constantemente, tanto en invierno como en verano, porque siempre estaban enfermos, con virus.

Tener opinión se consideraba una enfermedad y, gracias a los descubrimientos de la medicina, era posible inocular o contagiar pautas de conducta adecuadas.

Los virus hacían que la gente fuera servicial, honesta y alegre, que sus modales fueran impecables, su conversación estuviera bien documentada y que trabajaran con celeridad y exactitud. Todos creían en las mismas cosas.

Algunos de los virus fueron obtenidos a partir de un herpes e implantados directamente en el ADN de las células nerviosas. Otros eran retrovirus que tomaban el mando frente al ADN cerebral e importaban imágenes y datos. Les llamaban Caramelos porque los ácidos nucleicos de sus genes estaban recubiertos de azúcares y fosfatos. Estaban protegidos contra alteraciones genéticas, contra mutaciones. La gente decía que los Caramelos eran totalmente seguros.

Milena no se lo creía. Los Caramelos habían estado a punto de matarla. A lo largo de toda su infancia había sido resistente a los virus, había algo en su interior que luchaba contra ellos. Luego, a los diez años, le suministraron una última dosis masiva que le hizo subir tanto la fiebre que a punto estuvo de morirse. El resultado fue la adquisición de un conocimiento enciclopédico y una útil capacidad de cálculo, pero ¿qué otros daños habían causado los virus?

Milena se puso a prueba. Una vez, intentó robar una manzana en un puesto del mercado cuyo encargado —como sucedía en tantos establecimientos en aquella época — era un niño. Cuando tocó la piel moteada de la fruta pensó en cuánto le habría costado al niño cultivar las manzanas y llevarlas al mercado, y cómo todo ello lo habría hecho en su tiempo libre. No pudo hacerlo, no pudo obligarse a robar. ¿Fue a causa de los virus? ¿Era parte de ella misma? No estaba segura.

Había un virus al que Milena sabía que había sido inmune. Al menos había una cosa que sin duda formaba parte de ella misma. El ansia de amor que había en su corazón era innegable, del amor de otra mujer.

Era un producto semiológico del capitalismo tardío. Eso es lo que dijo el Partido. Aparentemente Milena padecía de Mala Sintaxis. Mala Sintaxis *profunda*, pero sintaxis al fin y al cabo. Esto la enfurecía. ¿Qué capitalismo tardío? ¿Y dónde? ¡Si ya habían pasado casi cien años desde la Revolución!

Estaba encolerizada y eso la asustaba. La cólera era peligrosa. La cólera había matado a su padre. Le administraron tantos virus para curársela que murió a causa de la fiebre. Milena estaba segura de que un día no muy lejano el Partido intentaría curarla a ella también, de la cólera y de ser ella misma. Vivía atemorizada.

A los diez años todas las personas eran Leídas por el Partido: era un acto que formaba parte de los derechos democráticos de todos. Gracias a los avances de la medicina, la democracia representativa había sido sustituida por algo más directo. Las personas eran Leídas y se elaboraba un modelo de su personalidad que era remitido al gobierno para que éste pudiera consultarlo. Llamaban al gobierno Consensus. Era un producto del socialismo tardío. Todo el mundo formaba parte del Consensus, excepto Milena.

Milena no había sido Leída. A los diez años había estado demasiado enferma a causa de los virus y no había podido ser Leída. Su personalidad estaba cambiando todavía, la Lectura no hubiera tenido sentido. No había sido Leída, pero sí había sido Ubicada como adulta. ¿Cuánto tardarían en acordarse? Cuando fuera Leída, su Mala Sintaxis y sus pequeños delitos serían descubiertos y entonces, por higiene social, tendrían que enfermarla para curarla.

Milena tenía miedo de morir cuando eso pasara, como su padre. ¿Es que él era también resistente a los virus? Murió en la Europa del Este y la madre de Milena huyó con ella a Inglaterra, donde las enfermedades eran menos virulentas. Entonces ella también murió y Milena se convirtió en una huérfana que crecía en tierra extranjera.

Creció con la cabeza llena de fantasías teatrales. Le encantaba el mecanismo de los escenarios cambiantes, de las marionetas, de bambalinas que subían y bajaban. Adoraba las molestas y apestosas lámparas de alcohol que sólo había en los teatros y la manera en que brillaban despidiendo destellos. Las veía como el efecto de unos haces de luz, cambiantes del blanco al amarillo, proyectadas sobre un escenario totalmente blanco. Le encantaba la luz y fantaseaba con vagas ideas de representaciones que sólo constaran de luz. Sin personas.

A los diez años Milena había sido Ubicada para trabajar en un teatro, como actriz. Fue un error, Milena era una actriz pésima. Había en ella algo subyacente que rechazaba el hecho de imitar a otras personas: ella siempre era ella misma. Estaba

predestinada a luchar siempre para seguir siendo ella misma.

La mayor parte de los días, Milena cogía un autobús por la mañana que la llevaba a su próxima representación. Se sentaba con los brazos cruzados, como un capullo que aún no había florecido, y a su paso contemplaba por la ventanilla la chirriante ciudad de Londres.

La gente llamaba a Londres El Hoyo con una mezcla de pena y cariño por sus destartalados edificios apuntalados con andamios de bambú, por su superpoblación, por sus olores. Y le llamaban El Hoyo porque se asentaba en una depresión, en un valle fluvial entre colinas, protegido por una Gran Barrera de Coral que contenía al agitado mar y al estuario.

A través de su ventanilla, Milena contemplaba a unas mujeres con sombrero de paja que fumaban en pipa y vendían pescado seco. Los niños bailaban al compás de tambores de juguete a cambio de unas monedas o empujaban carritos cargados de verduras mugrientas. Unos hombres en pantalones cortos se hablaban a gritos, como enormes y alegres sapos, mientras metían rodando barriles de cerveza en los sótanos que había en los bajos de la calle. Unos enormes caballos blancos estaban parados tranquilamente delante de los carruajes.

La gente era morada. Tenían la piel impregnada por una proteína llamada rodopsina. Antiguamente se hallaba sólo en el ojo. Por efecto de la luz solar, la rodopsina se descompone en sodio y en un compuesto de carbono y agua.

La gente realizaba la fotosíntesis, era la forma de alimentarlos a todos. Había veintitrés millones en El Hoyo que se tostaban en verano al calor del sol tropical y se tumbaban en los parques para desayunar luz. En los crudos y amargos inviernos se apoyaban contra los muros, guarecidos del clima, y abrían sus vestimentas con gratitud. Milena los veía desde el autobús. Su carne tersa quedaba expuesta con los calzones de grueso y negro tejido invernal arremangados. Parecían esculturas de una iglesia barroca. Milena quedaba entonces agitada por el error semiológico, desesperada por la Mala Sintaxis.

La gente moría en las calles. La mayoría de las mañanas, el autobús pasaba junto a uno de ellos. Un hombre estaba tumbado en la acera, mirando hacia atrás por encima del hombro como sorprendido, como si alguien le hubiera llamado. Las campanas solían repicar tristemente, llamando a un Médico.

Y los actores, en el autobús, no paraban de charlar. Una actriz se reía demasiado fuerte y se hurgaba la nariz con un dedo mientras hablaba con su director, y un jovencito malhumorado por su mala suerte no paraba de mirarse los pies. «¿Es que a nadie le importa? —pensaba Milena—. ¿Es que a nadie le importa el muerto?».

En las calles no había gente mayor. Las jóvenes madres trabajaban en los puestos del mercado y sus hijos removían la comida de los chisporroteantes woks o

cambiaban las tapillas de los zapatos viejos. Los muertos también eran jóvenes.

La esperanza de vida de los humanos se había visto reducida a la mitad. Este hecho no era considerado un avance de la medicina, sino un error.

En los días previos a la Revolución fue hallada una cura para el cáncer que consistía en recubrir los protooncógenos de azúcares, de manera que el cáncer no pudiera expandirse. En el antiguo mundo de grandes fortunas y tremendas miserias, los ricos compraron el remedio antes de que hubiera sido sometido a ensayo. Era contagioso y se dispersó. El cáncer fue erradicado.

Hubo un tiempo en el que era normal que el cuerpo humano produjera una célula cancerígena cada diez minutos. Resultó que el cáncer había sido bastante importante: las células cancerígenas no envejecían, segregaban proteínas que evitaban la senescencia. Habían permitido que la gente llegara a vieja. Sin cáncer, la gente moría en torno a los treinta y cinco años.

Justo después, tuvo lugar la Revolución.

Milena se sentó en el autobús con sus guantes hervidos y observó un destello de nerviosismo en los ojos de los actores, un ansia de alcanzar logros en la juventud. Observó la eterna sonrisa de la gente en el mercado y le pareció un síntoma de enfermedad. A Milena le parecía que casi todo lo que veía estaba mal.

Observó a los niños. Les habían administrado virus para educarlos. A las tres semanas de vida ya hablaban y dominaban la aritmética básica. A los diez años ya habían sido convertidos en adultos, habían sido forzados a madurar como los capullos a los que se hace florecer antes de tiempo. Pero no eran frutos del amor. Eran frutos del trabajo destinados a trabajar. No había tiempo.

LIBRO PRIMERO

MAL DE AMORES

o

Vivir en El Hoyo

A mitad del camino de mi vida
Me encontré en una selva oscura
Por haberme apartado de la recta vía.

Capítulo 1

La vida cotidiana en el futuro (Ventanas en un puente)

El público estaba formado por niños.

Estaban sentados en colchones tirados por el suelo de una habitación oscura, en un Jardín de Infancia. Todos los niños estaban vestidos con el mismo peto gris acolchado, pero les habían permitido que los bordaran con estampados multicolores. Los niños podían entrar y salir de la habitación a su antojo. No era necesario imponer una disciplina externa. Sobre un escenario improvisado, los actores intercambiaban enrevesadas agudezas shakespearianas:

> Eres gracioso, porque eres pequeño.
> Entonces soy un pequeño gracioso. Ahora, ¿por qué oportuno?
> Oportuno porque eres vivo.

Era una representación de *Trabajos de amor perdidos*. Los niños se estaban aburriendo por lo sencillo que les resultaba seguir la obra.

Milena Shibush aguardaba, a la vista de los niños, para hacer su entrada. El proscenio no disponía de arco tras el que esconderse. Podía escuchar lo que decían los niños. No esperaba halagos.

—Otro rollo de éstos de la Nueva Historia —susurró una niña pequeña de las de delante. Tenía los mofletes morados por el sol y el tono de voz mohíno, leve y entrecortado. Tendría unos tres años—. Si van a intentar representar los originales ¿por qué no lo hacen correctamente?

—No sé para qué se molestan en enviarnos estas obras —dijo su amiguita, que ya tenía el timbre de voz propio de un adulto—. Ya nos las sabemos de memoria. ¿Y quién es esa idiota de las botas flácidas?

La idiota era Milena Shibush. «Pilluelos», pensó. Era de esperar que los niños más pequeños fueran odiosos. Obtenían todo de los virus sin esfuerzo alguno. No tenían ni idea de que algo pudiera requerir esfuerzo.

«A mí tampoco me gustan las botas —pensó Milena—, pero éstas son las que tengo que llevar».

Milena representaba a un guardia palurdo llamado Dull.

Su papel constaba de un total de trece renglones. «Tengo dieciséis años —pensó Milena—, estoy en la mitad de mi vida y tengo un papel de trece renglones en una obra que está de gira por los Jardines de Infancia».

Los jardines de Infancia era donde se criaba a los huérfanos. ¡Había tantos!

Milena misma había sido una huérfana. Se había hecho actriz para huir de los huérfanos y de los Jardines de Infancia y sin embargo aquí estaba otra vez.

Milena contempló las caras de sus compañeros. El chico que representaba a Berowne esperaba con la mirada perdida. Tenía puesto el maquillaje y la barba que se había dejado crecer para el papel. Tenía que tener barba por la sencilla razón de que Berowne tenía barba en la representación original. Esta representación la recreaba y sólo servía para preservar la Historia. Milena vivía en una cultura que se autorreplicaba sin fin, sin producir nunca nada nuevo.

«Los actores están aburridos —pensó Milena— y los niños también. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué hacemos esto?».

Farfulló una de sus trece frases:

> Yo, si no os disgusta. Yo soy Anthony Dull.

Y francamente, no gustó.

«Al menos, puedo cambiarme de botas», pensó.

Cuando Milena llegó a casa era prácticamente de noche. Caminó junto al río por las aceras del South Bank, tenuemente iluminadas por lámparas de alcohol. Aún quedaba un rubor nublado hacia el oeste.

El Teatro Nacional del Sur de Gran Bretaña surgía amenazador entre la oscuridad y la bruma. El edificio se mantenía en pie gracias a unos grandes e impresionantes contrafuertes de Coral de Tierra y un armazón de bambú.

Le llamaban El Zoo tanto por cariño como por todo lo contrario. Milena era un miembro registrado del Barrio Teatral, pero aún no había trabajado en ninguno de los escenarios principales del Zoo. Había un restaurante que siempre estaba abierto, que se llamaba el Café del Zoo. Los actores no podían tomar el sol para alimentarse porque se les ponía la piel demasiado morada, demasiado oscura, y los perjudicaba para representar a Shakespeare y a los clásicos. Los actores tenían que estar pálidos en pro de la exactitud histórica. Tenían que comer comida y casi siempre tenían hambre.

Milena iba al Café del Zoo cuando se sentía sola o cuando no tenía ganas de guisar en su cocina de alcohol de un solo fuego. Era una especie de remedio homeopático contra la soledad. La otra gente charlaba sentada a las mesas, se echaban para atrás al reír, eran jóvenes y brillantes actores, los «bienvestidos», los indiferentes hijos de los Miembros del Partido. Milena los observaba escrutadoramente mientras avanzaba paso a paso en la cola del agua caliente.

La Historia estaba de moda y se hacía omnipresente. La moda colonizaba las mentes. Los jóvenes se vestían de negro y simulaban ser los cadáveres ambulantes de

gente famosa. Se hacían llamar Vampiros de la Historia. Sus cerebros repletos de virus les proporcionaban la información que necesitaban para evitar anacronismos. Era una especie de tendencia.

Los Vampiros sólo salían por la noche cuando no había sol que pudiera endulzar su sangre. Ellos también tenían que comer, pero podían permitirse hacer comidas de proporciones históricas. Milena sólo podía pagarse una pasta con marisco, tejido clonado de calamar sobre fideos fríos. Los enormes platos llenos de los Vampiros hacían que se le revolviera el estómago ya cerrado. Desvió la mirada hacia otra parte.

Entonces vio a Cilla, una actriz con la que había entablado una especie de distante relación, sentada a una mesa que acababa de quedarse libre. Cilla acababa de despedirse de alguna gente besándoles en las mejillas. Cilla conocía a todo el mundo, incluso a Milena.

—¿Quién eres esta noche? —Le preguntó Milena mientras depositaba su bandeja sobre la mesa.

Cilla vestía de negro y estaba pintada totalmente de blanco y con sombras vampíricas oscuras alrededor de los ojos.

—Sencillamente yo misma —respondió—. Se supone que así seré yo cuando me levante de mi propia tumba.

—Vaya, alguien que se representa a sí mismo, para variar —dijo Milena.

—Al menos así sabes que no te están dando un papel inadecuado —dijo Cilla suavemente. Iba bien encaminada para convertirse en un Animal, una actriz de renombre.

—Ya sabes que estoy en esa obra tan aburrida —dijo Milena. Se puso a fregar sus cubiertos en una taza de agua caliente—. ¿Sabes si hay alguna forma de cambiar mi disfraz? Odio estas botas.

—No puedes cambiar tu disfraz si forma parte de la representación original, estarías violando la Historia.

—Estas botas chapotean y se supone que eso tiene gracia.

—Podrías ir al Cementerio —replicó Cilla encogiéndose de hombros.

¿Se trataba de un chiste de Vampiros? Milena miró a Cilla entornando los ojos. La vida le había enseñado a ponerse en guardia ante el humor.

—El Cementerio —le repitió Cilla con un tono de voz que indicaba que Milena no tenía ni idea de nada— es donde tiran los disfraces viejos que nadie quiere. Ni tan siquiera los tienen registrados.

—¿Quieres decir que puedo cogerlos sin más? ¿Sin aprobación del director?

—Ajá. Es un viejo almacén que está debajo de un puente… —Cilla estaba explicándole cómo llegar hasta allí cuando dos Vampiros vestidos al estilo del siglo veinte se acercaron con aire majestuoso hasta la mesa. Uno lucía un esmoquin negro y el otro un vestido negro con pedrería.

Miembros del Partido, Pendones. El chico llevaba gafas, otro síntoma de afectación, y llevaba algo que hacía que le brillaran las ventanas de la nariz. Iba peinado hacia atrás y se había maquillado la tez en verde para parecer enfermo.

—Buenas noches —dijo con pinta de amargado. Tenía acento americano—. Nos las hemos arreglado para huir de Virginia. Ahora se entretiene en hacer una lista de las razones por las que Joyce es un mal escritor. ¡Su envidia me parece tan evidente! Qué vergüenza.

La mujer que le acompañaba intentaba sonreír tras un sombrero acampanado pero los labios le temblaban de forma patética.

—¿Tom? —dijo.

Él le daba la espalda.

—Háblame. ¿Es que no puedes hablarme? Háblame.

—¡Sois T. S. Elliot y Vivien! —exclamó Cilla. Les felicitó—. Total. Fulminante. —La pareja no salió de su papel. «¿Es posible que quede tan poco de vosotros mismos?», pensó Milena.

—Creo que no he tenido el gusto —dijo el chico tendiendo su mano hacia Milena. Los modales de los Vampiros: quería saber a quién representaba ella.

—¿Quién soy yo? —replicó Milena con indiferente hostilidad y sin retirar la mano—. En vida era una trabajadora del sector textil en el Sheffield del siglo diecinueve. Morí a los doce años y soy una Vampiro bastante mala porque no tengo dientes, pero eccema y raquitismo sí que tengo.

Los Vampiros se disculparon y se fueron.

—Bueno, eso es mandarlos a paseo —dijo Cilla.

—Ya —suspiró Milena.

¿Por qué había tantas cosas que le parecían inaceptables?

—Cilla, ¿tú crees que tengo algún problema?

—Ajá —respondió Cilla—, eres escrupulosa —se quedó pensando un momento —. Y… obsesiva. —Asintió con decisión y luego, para suavizarlo, dijo: «Tararí, tarará».

Era una expresión sin sentido, quería decir que las cosas eran así, que todo era un intrascendente carnaval.

—¿Obsesiva? —preguntó Milena.

Ya tenía una cosa más que reprocharse.

—Todavía estás fregando el tenedor —dijo Cilla—. Me los derretiste todos cuando viniste de visita, ¿te acuerdas?

—¿Y escrupulosa?

—En extremo —añadió Cilla asintiendo otra vez como para reafirmarse.

Milena había pasado una época en la que pensaba que estaba enamorada de Cilla. «¡Ay, mujer, si tú supieras lo que me pasaba por la cabeza!».

—Supongo que esto lo resume todo —suspiró Milena. ¡Bastante malo era sufrir de Mala Sintaxis para que encima te llamaran escrupulosa! Se quedó mirando el calamar frío y decidió que prefería pasar hambre—. Discúlpame. —Se puso en pie y salió a la noche caminando con inseguridad.

—¡Tú me preguntaste! ¿Milena? ¡Tú me preguntaste! —le gritó Cilla a la espalda.

Siempre hablaba sin pensar, sólo actuaba sobre el escenario.

Mientras atravesaba a pie el puente peatonal de Hungerford, Milena contempló el fangoso río que se agitaba bajo la luz de la luna despidiendo olor a alcantarilla. Los remolinos que se formaban en torno a los pilotes del puente giraban cargados de basura y espuma. Milena ansiaba dar el salto que la separaría de ella misma y del mundo entero.

Luego, desde el Puente de Waterloo, vio cómo un gran globo negro se alzaba desde su pantalán junto al río sin emitir sonido alguno aparte del silbido del aire, como el viento que sopla sobre los amarres. Hinchaba las mejillas y se propulsaba suavemente al soplar. Despegó en silencio, con un movimiento grácil hacia… ¿dónde? ¿China? ¿Burdeos? Milena quería marcharse con él. Quería ser como él, enorme y libre de pensamientos, y no tener nada más que hacer que ser él mismo y dejarse llevar por el viento.

Era joven pero pensaba que era vieja. Allá en el South Bank las ventanas del Café del Zoo se veían repletas de luz de velas, siluetas de Vampiros y risas. Todos eran jóvenes e indulgentes, no tenían tiempo y por eso detestaban el silencio, el silencio interior tenía que ser sustituido por la experiencia.

Algunos eran dados a hacer ruido y a saltar a causa de algo que estaba vivo en su interior. Otros, como Milena, iban preparándose para la acción mientras esperaban a que apareciera algo, algo que mereciera la pena decir o hacer. Todos detestaban su silencio interior sin saber que de él vendría todo aquello que los diferenciaba como individuos.

«Algo, algo tiene que estar a punto de suceder —pensó Milena—. Necesito hacer algo nuevo, estoy cansada de las representaciones, de los Jardines de Infancia. Estoy cansada de ser yo. Estoy harta de pasarme las noches sola sentada al borde de la cama con el pestillo descorrido. Necesito a alguien. Necesito una mujer y no va a aparecer. Las han curado a todas. Las han curado a todas con los virus. Mala Sintaxis. ¿Te quiero es Mala Sintaxis?».

Milena padecía de resistencia. Pensaba que, por muchos motivos, era la única de su especie en el mundo entero.

Al día siguiente fue al Cementerio cargando con las indeseables botas. Desde Waterloo partían los trenes hacia el Continente. Los vagones de madera, que ya no se deslizaban mediante raíles despidiendo vapor alegremente sobre la vieja ciudad y los

antiguos puentes de ladrillo, lanzaban crujidos de protesta sobre sus ruedas de goma.

Esos puentes de ladrillo estaban atravesados por túneles. Uno de ellos se llamaba Leake Street y su techo goteaba. El agua se filtraba desde arriba y el olor a trenes generaba un picor seco y grasiento en las narices de Milena. Las paredes estaban salpicadas de azulejos blancos y a todo lo largo se sucedían unas puertas verdes enormes.

Las puertas verdes estaban cerradas. Milena las había probado todas y ninguna de ellas se había abierto. Para ella, esto suponía un misterio. ¿Qué sentido tenía una puerta que no se abría?

Finalmente, llegó a un enorme portón que había quedado entreabierto. Estaba cubierto por numerosas capas de pintura descascarillada que formaban las palabras «Caballo Blanco» en escritura alfabética antigua. Desde dentro llegaba el sonido de una orquesta completa.

Estaban tocando a oscuras. Milena escudriñó el interior desde la entrada. «Tiene que haber una luz —pensó—. ¿Qué clase de orquesta tocaría a oscuras?».

Empujó el portón y entró. Pudo ver varios percheros de ropa esparcidos, varas de bambú colocadas sobre palos también de bambú, y pequeños rulos. Lo vio en el estrecho y tenue haz de luz que se deslizaba por la rendija del portón. El haz se estrechó de repente. La puerta se cerró de golpe tras ella con un ruido metálico.

No se podía abrir. Milena no se lo podía creer, no sabía nada de cerraduras porque en su cultura no eran necesarias. Nadie había robado jamás.

En cualquier caso, las viejas puertas se cerraron y por más que Milena las aporreó y sacudió, por más que gritó «¿Hola?», no se movieron.

«Estupendo —pensó con rabia—. Me moriré de hambre aquí y me encontrarán dentro de cincuenta años con las uñas clavadas en la madera. ¿Para qué demonios existe una puerta como ésta? ¿Por qué demonios no está este sitio iluminado? ¿Y cómo demonios voy a salir de aquí?». Milena sintió en sus ojos una punzada de frustración. Dio varias vueltas, pateó la puerta y escuchó cómo se estremecía. Prestó atención a la música. Sus virus la conocían nota por nota.

Una mujer emitía los gorgoritos de *Das Lied von der Erde*. Otra pieza de Mahler sobre la muerte. Justo lo que estaba necesitando en este momento. ¿Es que el renegaducho deprimente ese no tenía otro tema sobre el que escribir?

Un Animal o quien fuera seguía cantando en la oscuridad. El Animal o quien fuera debería saber cómo salir de allí. La música provenía de la esquina del almacén situada en el extremo opuesto de la diagonal. Milena no tenía más que llegar hasta allí.

Eso significaba abrirse camino entre estanterías de disfraces viejos colocadas sin ningún orden y sin dejar pasillos definidos. Las capas, las cotas de malla de guardarropía y los hábitos de monja colgaban podridos de las perchas, secos y tiesos

y sujetos con traicioneros alfileres. Milena sintió un doloroso pinchazo.

«Vale, bien, de acuerdo —pensó poniéndose furiosa mientras se chupaba el dedo —. Seguro que acabo de pillar algún virus».

Entonces se le cayeron las botas, oyó cómo salpicaban. «¡Dios mío —pensó— las he dejado caer en un charco de *algo*!». Tanteó con la mano en el agua rancia. Las encontró y las sacó chorreando, manteniéndolas lo más lejos posible de su cuerpo. Al levantarse se golpeó la cabeza contra una estantería, le dio un empujón con rabia, se enganchó los pies en una tira de tela, se le volvieron a caer las botas, volvió a tantear en la oscuridad hasta encontrarlas, se levantó de nuevo, lanzó un gruñido y respiró hondo.

Si había algo que Milena detestara sobre todas las cosas era perder su dignidad. Se obligó a calmarse y ya con un ligerísimo temblor empezó a acercar hacia sí las estanterías, que vibraban sobre sus ruedecillas. Empezó a avanzar de manera más sistemática.

Prosiguió en la oscuridad hasta que se perdió. Al tacto, podía distinguir la arpillera barata, las frágiles costuras, los jirones sueltos como telarañas. Sentía el arañazo de los manojos de lentejuelas oxidadas. Era como si el teatro entero hubiera muerto a su alrededor y no hubieran quedado más que los restos. «¿Y si no hay orquesta? —se preguntó—. Venga, Milena, ¿quién crees que está tocando, fantasmas?».

Empezó a imaginarse cosas raras. La música estaba demasiado alta y la música nunca estaba tan alta. Uno podía plantarse en mitad de una orquesta, justo al lado de los timbales, y no hubiera estado tan alta. Además, había en ella un tono antinatural y estridente que le dañaba los oídos.

En un descuido, se rozó la cabeza contra un ladrillo. Se agachó a ciegas bajo un arco y vio luz. ¡Luz! Luz gris celestial, como la de una selva en la que empieza a amanecer.

¡Pero esa música! Estaba aún más alta que antes y ya podía distinguir la textura rugosa de los ladrillos de la pared, de la que la separaban escasos metros. No había orquesta. No había sitio para una orquesta.

Y sin embargo, la orquesta la estaba ensordeciendo. Las flautas eran como cuchillos que se le clavaban en el cerebro y las paredes retumbaban como tambores. Milena se tapó un oído con una mano y con la otra desplazó un perchero de ropa. Se acuclilló guiada por una especie de terror y retiró un vestido de terciopelo como si se tratara de una cortina.

Había una ventana al mundo exterior. ¿Una ventana en un puente? Milena nunca había visto algo así. Junto a la luz había montañas de papeles, montones apilados en columnas o derrumbados y esparcidos por el suelo. El papel era signo de riqueza, Milena abrió unos ojos como platos.

Había un Oso Polar sentado como si se hubiera derrumbado frente al papel.

—Efendi, disculpe. —Se supone que no tienes que llamarle así, se recordó Milena. Son IG, personas diseñadas por ingeniería genética.

Los IG fueron humanos una vez. Los efendi son humanos *ahora*. Antes de la Revolución habían reprogramado sus genes para trabajar en la Antártida. Era una enfermedad digna de compasión. Este IG era enorme y peludo, cubierto de un pelo de varios tonos castaños, y estaba con la boca abierta y mirando fijamente al frente. Aunque no pestañeaba, sus grandes y cegados ojos negros parecían arquearse y relucir con vida propia.

La música no venía de ninguna parte.

La voz monstruosa cantaba en alemán, con un sonido como el silbido del vapor.

Ewig blauen licht die Fernen…
Eternamente brillan luces azules en el horizonte…

Los virus reconocían cada una de las palabras y todas y cada una de las notas. El resultado era que Milena encontraba la música cansina, como un chiste gastado de tanto contarlo. El misterio de su procedencia la hacía sentirse sencillamente aterrada.

Se fijó en las láminas de hermosas imágenes que se empezaban a curvar al despegarse de las paredes. También había libros, libros colocados boca abajo sobre la mesa, y restos de algo comestible que parecía barquillo. Libros, papel… Milena jamás había visto tanta abundancia ni tanto despilfarro.

Milena sabía de la riqueza de los Osos, los IG. Los Osos, los IG, vivían al margen del Consensus. Eran proscritos por elección propia, vendían níquel antártico. Éste en concreto era fornido, gigantesco. «Vaya pedazo de gorila», pensó Milena.

«Éste puede traer problemas», sentenció.

La música se fue extinguiendo hasta dar paso al silencio.

Ewig… ewig…
Eternamente… eternamente

La voz del gigante vibró. «Tú, cabeza de chorlito», pensó Milena. El IG parecía aturdido, como si la música le golpeara el cerebro. Por fin la canción enmudeció y fue como si todo el edificio suspirara de alivio.

El IG se movió. Trasteó torpemente detrás de sí mismo sin girarse, con lo que una cascada de papel cayó por el borde del escritorio. Debajo, apareció una cajita de metal con interruptores. El IG buscó uno de ellos a tientas.

Un aparato electrónico.

Milena vivía en un mundo en el que había poca electricidad. Las armas nucleares y la pobreza, la estricta administración de los recursos y la escasez de metal habían

hecho que los electrodomésticos pasaran a la historia.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Milena dando un paso al frente y olvidándose de sí misma por una vez.

Milena tenía una calculadora en la cabeza, una computadora viral que ya estaba sumando el coste del metal y el coste de producción, todo en términos de horas de trabajo. Aquel aparato electrónico era el objeto más caro que Milena había visto en su vida.

El IG la miró entornando los ojos, como si estuviera al otro lado del Gran Cañón. Abrió la boca. Por fin, habló:

—De China, creo —dijo el IG.

Tenía una voz aguda y áspera a la vez. Era una mujer.

Milena había oído historias de Mujeres Polares. Que parían encima del hielo, se levantaban y se volvían al trabajo sin más, a picar piedra. Todos los prejuicios de Milena se pusieron en guardia. La criatura volvió a hablar con farragosa y elaborada cortesía.

—¿Podría ser que por casualidad llevaras contigo algún tipo de bebida de contenido alcohólico?

A estas alturas, Milena había perdido el hilo de la conversación. Había olvidado la pregunta que había hecho y ahora estaba intentando entender qué podría significar la respuesta «de China, creo». Sacudió la cabeza distraída.

—No —dijo—, no me gusta envenenarme.

—¡Bah! —dijo la IG.

Soltó una risita ahogada que la hizo sacudirse. Se levantó. Era el doble de alta que Milena y para darse la vuelta en aquel espacio cerrado tenía que arrastrar los pies. Empezó a registrar su escritorio con pausada desgana. Empujó las pilas de papeles y volcó en el suelo una bandeja de resina con barquillos.

A Milena se le antojó que la estaba ignorando.

—¿Efendi? —dijo tímidamente como excusándose, como queriendo decir que sentía molestar—. He venido a cambiar estas botas.

Al hablar, Milena cayó en la cuenta de que los IG no formaban parte del Consensus. Esta persona no trabaja aquí, no es su obligación buscarme unas botas.

La IG dio un par de bandazos a su alrededor, la miró y dijo:

—Tú eres una entrometida.

Pronunciaba las consonantes de manera cortante, con elaborada precisión. Milena se quedó callada de vergüenza.

«Sé quién es», pensó.

Había oído hablar del «Oso que Ama la Opera». Los IG eran ricos y éste era lo suficientemente rico como para comprarse una entrada para todos los estrenos.

Siempre elegía el mismo asiento y se marchaba sin haber hablado con nadie. Milena nunca había ido a la Ópera. Aunque no era capaz de admitirlo, la música no la conmovía profundamente. Nunca había visto al Oso que Ama. Era como encontrarse con una leyenda. Milena contempló cómo la IG empezaba a vaciar los cajones de su escritorio sacudiéndolos hasta que su contenido caía al suelo. La IG encontró algo.

—Cabrona —murmuró.

Milena no estaba acostumbrada a las palabras malsonantes. Tal vez había pecado de indiscreción o había cometido un error de apreciación social, pero esto ya era demasiado.

—¿Se dirige usted a mí? —preguntó.

—Oh, no —dijo la IG saliendo de su ensimismamiento—, le hablaba a esta botella de whisky vacía.

La IG alzó la botella hacia Milena para que la viera, antes de lanzarla a un lado. Sonó a cristales rotos al hacerse añicos. En algún punto de la oscuridad había un montón de botellas de whisky rotas.

—¿Sabías que antiguamente esto era el almacén de una destilería? —dijo la IG—. He hecho descubrimientos de lo más interesante.

La emprendió a tirones con un cajón que estaba atascado. Se soltó de golpe esparciendo su contenido por el suelo como semillas: bolígrafos, pendientes, más barquillos, pañuelos usados, carretes de hilo, una lluvia de agujas viejas y oxidadas y un palillo de plata de estilo georgiano para hurgarse los oídos.

En un rincón del cajón había una botella llena. La IG la alzó y dijo:

—Dios es bodeguero.

Sonrió de oreja a oreja mostrando unos dientes verdes y negros como muñones podridos.

«¿De dónde sale ésta?», pensó Milena.

La Osa estaba cubierta de caspa. De todos los pelos de su cuerpo pendían copos plateados y además estaba jadeando como los perros, con su larga lengua rosada y curva colgando fuera de la boca, temblando, para refrescarse.

Tomó un trago largo de alcohol.

—¡Agggg! —exclamó como si estuviera escupiendo fuego, y se restregó el brazo por la boca.

Milena experimentó un arrebato de diversión. Tuvo una visión de la IG llevando una existencia de troglodita en aquel nido de papel y de música.

—¿Vives aquí? —preguntó Milena.

—Sería mejor que viviera aquí. —El pelo se le metía en los ojos, obligándola a pestañear constantemente—. Aquí es donde me escondo —dijo abrazándose a la botella.

—Dado que no te gusta envenenarte, tal vez disfrutes viendo esto.

Le pasó un fajo grande y grueso de papel enrollado que estaba encima del escritorio. Milena tuvo que cogerlo con las dos manos. Era un papel muy agradable al tacto, pesado y sedoso y con los bordes envejecidos. En la portada aparecía el título escrito en caracteres góticos: *Das Lied von der Erde*. La Canción de la Tierra.

Era la primera vez que Milena veía una partitura. Era un despilfarro de papel y los cultivos del partido, levaduras e hibridomas, necesitaban esa celulosa. Al hojearlo lo encontró decepcionante. Sí, las notas estaban todas ahí, tal cual.

—Asumo —dijo la Osa Polar— que la interpretación de partituras no tiene secretos para ti.

—Claro —respondió Milena cándidamente—. ¿Hay alguien que no sepa leer una partitura?

La Osa sonrió pensativa.

—Claro que no —susurró.

Alargó el brazo. Era alarmante lo lejos que podía alcanzar. Le quitó suavemente la partitura de las manos a Milena.

—Pero tú no has *aprendido* a leer música. Si no lo has aprendido, no te pertenece en realidad. —Cogió un sorbo de whisky y se enjuagó los dientes como si fuera elixir dental.

Depositó la botella y pareció olvidar la presencia de Milena.

Fue directamente al final de la partitura, dejando caer en peso hacia un lado la mayor parte, con riesgo de que la antigua encuadernación se rompiera en dos. Escupió el whisky en el suelo y empezó a cantar.

Cantó el final:

… ewig blauen licht die Fernen…

Milena pensó que se había olvidado de su presencia por completo.

ewig… ewig…

La IG cantaba mejor que el aparato electrónico. Tenía una voz cálida y profunda: una buena *mezzo*, limpia y potente, como impulsada desde atrás por algo inmenso. Milena pestañeó con asombro, la IG cantaba realmente bien.

Había largos períodos de silencio en los que podía sentirse una música imperceptible y luego «*Ewig*» otra vez, cada vez con mayor suavidad y con la voz vibrante sin llegar a ser áspera. Era técnica. *Ewig*. No llegaba a ser demasiado fuerte, como en la grabación. La IG permaneció en silencio un momento y luego alzó la vista.

—Oh, perdona, por ahí hay montones de botas —dijo señalando hacia atrás con el pulgar por encima del hombro.

Milena escudriñó la oscuridad sin éxito.

—¡Caray! —dijo la Osa Polar—, siempre se me olvida que vosotras las personas no podéis ver en la oscuridad. ¿Quieres que te busque un par? —Lo dijo como sin darle importancia, con ligereza.

—Sería muy amable por su parte —respondió Milena—, talla seis, unas menos fláccidas.

La IG cogió las botas de pirata y empezó a revolver en las estanterías. Iba descalza y con el pelo de las patas iba dejando un rastro de mugre y whisky por donde pasaba.

Milena no sabía qué pensar. En cierto modo, le había dado una lección de humildad y eso le molestaba, pero también le preocupaba la sospecha de que se la había merecido.

La IG desapareció un rato, su voz sonó lejana desde la oscuridad:

—¿Quién ha estado moviendo todas las estanterías?

Milena observó la basura fantasmagórica del escritorio y del suelo. Libros y más libros, papeles con huellas de patas, monedas antiguas. Eran cosas reales, el tipo de cosas que Milena no había visto nunca. Empezó a sentir una punzada de celos, un dolor nostálgico. «Esto sí que es Historia —pensó—, espera a que los Vampiros lo vean». Cogió un librote negro y lo abrió por una de sus arrugadas páginas para descubrir que no había sido hecho en una imprenta. Los fantásticos trazos y curvas de tinta negra habían sido hechos a mano.

Los caracteres, con exceso de ornamentación, rezaban: «Introducción al Anillo de Wagner».

—Un título desafortunado —murmuró Milena con una discreta sonrisa.

Era una exposición del Ciclo del Anillo. Había dibujos de todos los personajes. Tenían un cierto aspecto de haber sido hechos por un aficionado. No estaban identificados por su nombre, sino por una serie de anotaciones. La última página decía tan sólo: «Conclusión, el Ciclo del Anillo es una sinfonía». Estaba escrito con oro.

—Eso no es correcto —dijo Milena.

No es lo que le habían dicho sus virus. La registradora de su cabeza le dijo las horas de trabajo que debía haber requerido.

—¡Gilipollas! —dijo una voz, y en algún punto de la oscuridad se derrumbó una estantería. Milena se apresuró a soltar el libro y la IG apareció con unas botas en la mano.

—En cierto modo, ese título es típico de mí —dijo la IG.

Milena pensó que la había pillado husmeando en el libro y se quedó tiesa de vergüenza.

—Me consuela el hecho de que una vez existió un libro de ejercicios de piano

titulado *Digitación para sus estudiantes* —dijo la IG—. Aquí están las botas, prueba a ver si te sirve la talla.

Milena se sintió torpe al probarse las botas. Saltó arriba y abajo sobre un pie, parecía que se iba a caer. Le parecía que tenía la cara roja a más no poder.

—¿Te quedan bien? —preguntó la IG.

—Sí, sí, creo que me quedan bien —respondió Milena.

En realidad no podía decirlo. Se quitó la bota. La IG volvió a escupir.

—Perdón —dijo tapándose la boca.

—Canta usted muy bien —dijo Milena sorprendiéndose a sí misma. Sus virus le habían dicho que la Osa Polar cantaba tan bien como cualquiera de los del Zoo.

—Ah —dijo la IG encogiéndose de hombros—, supongo que sí. —Parpadeó y dijo—: ¿Por qué no te llevas esto?

Le entregó a Milena la gruesa y amarillenta partitura de Mahler.

—Y también puedes quedarte con estas —dijo pasándole una de Shostakovitch y otra de Prokófiev—. No le digas a nadie que son rusos. —Los rusos no estaban bien vistos.

—No puedo quedármelas —dijo Milena. No las quería.

La IG la miró con pesar.

Milena insistió:

—De verdad, creo que algo me impide poseerlas —en realidad, no estaba segura de que eso fuera cierto—. Creo que estoy programada para sentir que pertenecen a todo el mundo. —Sabía que las partituras eran demasiado valiosas y no podían regalarse tan a la ligera. Milena extendió los brazos separando de su cuerpo las partituras. Despedían un olor dulzón a bebida y a lanolina.

—Ah —dijo la IG pestañeando con la mirada confusa y distante.

Cogió los papeles y los llevó hasta encima de la mesa, donde los dejó caer.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Milena.

—¿Qué cómo me llamo? —dijo la Osa Polar sonriendo y olfateando a la vez.

—Bueno, vamos a ver si me acuerdo: Rolfa. —Sonrió de oreja a oreja—. Guau, guau.

—Yo me llamo Milena. Milena Shibush.

—Milena —dijo la IG con una reverencia—. ¿Desea que le muestre dónde está la salida?

—Es que la puerta está cerrada —respondió Milena.

—¡Ah! Yo tengo llave —replicó Rolfa—. Vamos, cógete de mi mano para que no te pierdas.

La mano de Rolfa era tan grande y tan cálida como un gato enroscado sobre una alfombra. Envolvía totalmente la mano de Milena y parte de su antebrazo. Resultaba ridícula. El corazón de Milena latía con fuerza, cuando se volvió para despedirse tan

sólo fue capaz de emitir un balbuceo, se le confundieron las palabras. La Osa Polar sencillamente sonrió y cerró la puerta. Milena se sintió como quien se libra por muy poco de algo.

De regreso, caminando junto a la pared de ladrillo, vio por fin, allá arriba, las ventanas. Habían estado ahí desde siempre, pero no se había dado cuenta. Ventanas en un puente.

Capítulo 2

Una canción machacona (Salir de la Shell)[1]

La gente vivía en comunidades llamadas Barrios. Cada Barrio estaba organizado en torno a una actividad económica, pero todos ellos tenían sus propios servicios: mercado, lavandería, fontaneros y barrenderos. En la inmensidad de Londres, la existencia de los Barrios contribuía a que la vida se desarrollara a una escala más humana.

Milena vivía en un Barrio para actores. Los dormitorios habían sido antaño las oficinas de una empresa petrolífera, por eso la llamaban la Shell. Estaba edificado en torno a un patio, unos enormes y protectores brazos de hormigón y mármol.

La Shell tenía su propio servicio de mensajería. Todas las mañanas y a la hora del almuerzo y de la cena, Jacob *el Correo* llamaba para ver si Milena tenía algún mensaje.

Jacob era un hombrecillo extraordinariamente amable de raza negra y complexión menuda. Milena se sentía malvada y mezquina porque Jacob le resultaba aburrido.

—Buenos días, Milena —decía luciendo una deliciosa sonrisa y una mirada de infinito agotamiento.

—Buenos días, Jacob —respondía Milena.

—¿Qué tal te encuentras hoy?

—Muy bien, Jacob, gracias.

—Parece que el tiempo está mejor.

—Sí, Jacob, supongo que sí.

—¿Tienes algún mensaje para mí, Milena?

—No, Jacob. Gracias.

—Bueno, que tengas un buen día.

—Lo mismo digo, Jacob.

Le habían ampliado la mente. Lo recordaba todo, era incapaz de olvidar nada. Iba de puerta en puerta transmitiendo mensajes, recordándole a la gente que alguien quería que le devolviese su maquinilla de afeitar, o que el autobús partiría a las tres en punto. Su razón de ser era el ahorro de papel. Parecía que sólo era capaz de conversar utilizando una secuencia invariable de fórmulas.

—Buenas noches, Milena.

—Buenas noches, Jacob.

Con esa sonrisa embelesada, como si estuviera viendo un ángel.

—¿Has tenido un buen día?

—Sí, Jacob. ¿Y tú?

—¡Ah, sí! Muy bueno, Milena. Gracias. ¿Tienes algún mensaje para mí?

Cuando tenía el cerebro lleno, se le borraba por completo. Era una especie de tratamiento antiepiléptico. Y para evitar pérdidas de información, era limpiado a intervalos regulares.

El día después de la visita de Milena al Cementerio, Jacob le trajo un mensaje. Fue un acontecimiento extraordinario, Milena no recibía muchos mensajes.

—Milena, tengo un mensaje para ti de parte de la Señorita Patel.

—¿De parte de quién? ¿Quién es la Señorita Patel?

—Es esa señorita que está toda cubierta de pelo.

—¡Ah! —Por alguna razón, Milena no había pensado en Rolfa como Señorita nada.

—Pregunta si te gustaría almorzar hoy con ella, a la una en punto junto a las escaleras del Teatro Nacional. ¿Le digo que sí?

A Milena no se le hubiera ocurrido una idea peor. Su primer encuentro la había dejado alterada, irritada. ¿Por qué querría Rolfa almorzar con ella? Barajó la posibilidad de decir que ya tenía un compromiso.

Pero eso hubiera sido indigno de sus elevados principios.

—Dile a la Señora Patel que a la una me viene bien.

Milena se sorprendió pensando en qué ponerse. Era verano y el cielo estaba despejado. Tendría que protegerse del sol si quería preservar su cutis. Tenía dos pantalones, unos blancos y otros negros. Decidió ponerse los blancos con una blusa de mangas largas y cuello alto y cogió también los guantes y una sombrilla.

Rolfa entornó los ojos al verla.

—¿No irás a llevarte eso, verdad? —dijo señalando la sombrilla con un gesto de la cabeza.

Milena estaba bastante orgullosa de su sombrilla de loneta a rayas anchas de vivos colores. No era en absoluto ridícula ni recargada.

—Por supuesto que me la llevo, forma parte de mi trabajo.

—Joder —farfulló Rolfa—. En fin, da igual. Vamos.

Dio media vuelta y comenzó a avanzar torpemente hacia el Puente de Waterloo. No llevaba puesto más que unos pantalones cortos azules de correr y unas sucísimas zapatillas de tela blanca, una de las cuales tenía la suela rota y chancleteaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó Milena parándose en seco.

—A dar un garbeo, a ver si veo a alguno de mis colegas —respondió la IG dándose la vuelta pesadamente—. Vamos a entrar en un palacio de la diversión.

—¿Cómo? —dijo Milena en un arrebato de recelo.

—A un pub que está al otro lado del río, ¿te gusta la cerveza?

—No —replicó Milena.

—Eso sí que es una lástima. Tal vez te hagan un té.

Rolfa se giró y empezó a caminar arrastrando los pies mientras Milena se planteaba quedarse sencillamente donde estaba. «No —pensó de repente—, no voy a dejar que piense que tengo miedo de nada». Así que la siguió.

Era como seguirle el ritmo a un brontosaurio. Con los brazos balanceándose a ambos lados del cuerpo y los hombros encorvados, los torpes pasos de Rolfa parecían cortos y lentos pero cubrían una distancia descorazonadoramente enorme. Milena se protegió del sol y se dio cuenta de que no tenía nada que decir. La próxima vez que la invitara, se prometió a sí misma, diría que estaba ocupada.

Se abrieron paso entre las ruinas de Fleet Street. Ahora era un Barrio de constructores de barcos que tenía su propio mercado.

Unos Golfillos de aspecto bravucón y exigente tendían hacia ellas mazorcas de maíz requemadas y tazones de castañas asadas: «Señorita, señorita, mire qué olorcito, por sólo una moneda, señorita». Sus hermanos y hermanas mayores preparaban de cualquier manera el pollo en largas tiras de bambú ennegrecidas que abrían para los clientes con ayuda de un cascote. Bajo los tenderetes del mercado vivían familias enteras, las madres cuidaban de los niños o tejían. Los niños pequeños se sentaban en las esquinas de las calles accionando las ruedas de las máquinas de coser para reparar pijamas o ropa interior. Sus hermanitas, aún lactantes, estuvieron tirándole a Milena de la manga hasta que los dejó atrás.

La gente parecía encontrarlas graciosas a las dos.

La forma de andar de Milena, como si pisara sobre hielo resbaladizo, con la sombrilla y los guantes puestos, ponía en evidencia su miedo y su determinación y la hacía parecer absurda. Milena podía oír las risitas tontas de los niños, la vida en los Jardines de Infancia le había enseñado que la risa era el sonido de la crueldad de la gente. La risa la impulsaba a esforzarse.

Milena tenía frío y se sentía violenta. La sombrilla se enganchó en un toldo y una polvareda se precipitó sobre un puesto en el que se vendían cañerías antiguas y piezas de cristalería mugrientas, las mismísimas cenizas de la Historia.

La dueña del puesto se rió con garbo llevándose la mano al corazón, como diciendo que un poco de polvo no podía hacer daño a esas cosas tan viejas. Su risa era un misterio para Milena, que retrocedió hacia el centro de la sombrilla. Más risas.

Las risas las acompañaron mientras caminaban hacia el este, en dirección a la catedral de San Pablo que se alzaba abombada como un huevo. Luego giraron hacia el norte y atravesaron el Barbican camino del Palacio de la Diversión.

El Palacio de la Diversión era un pub en el Barrio de Golden Lane. Milena se puso más nerviosa porque el Barrio de Golden Lane era el de los obreros de las alcantarillas del Hoyo.

El pub se llamaba La Paliza y el cartel de la entrada mostraba un hombre que caía

de bruces contra el suelo. Milena tuvo que entrar sorteando a los borrachos que roncaban frente a la puerta, sobre la destrozada acera. Incluso en el estado de semiinconsciencia en el que estaban, se expurgaban las ladillas que corrían por sus pechos peludos. Estaban tan morados como una magulladura por efecto del sol.

El interior de La Paliza estaba oscuro y abarrotado y el suelo era de cemento simple y resquebrajado y parecía que lo hubieran barnizado con escupitajos, cerveza y mierda de perro procedente de la calle. Estaba lleno de hombres esqueléticos, desnudos y sudorosos. Todo el local apestaba a sobaco.

«Esto es como el Infierno de Dante», pensó Milena.

—Esto está muy bien una vez que consigues sentarte —dijo Rolfa—. Ya está. ¡Eh! ¡Lucy! —gritó haciendo señas escandalosas con los brazos.

En una esquina había una pelea, alguien saltó y tuvieron que sujetarlo. Milena no veía bien a la gente. La mesa en la que estaban sentados quedaba junto a una ventana que producía un fuerte contraluz. Aunque el resplandor los difuminaba, había en ellos algo horroroso. Milena desvió la mirada mientras su mente los buscaba en los archivos de la policía.

—Ya voy yo a lidiar con los de la barra —dijo Rolfa—, tú ponte cómoda por ahí.

«¡No me dejes sola!», pensó Milena aterrorizada.

Rolfa le dio un empujoncito.

—Venga —la animó.

Milena se abrió camino hacia el refugio de la mesa, a la desesperada, entre los obreros del alcantarillado. Su mente gritaba atormentada: enfermedad, enfermedad, enfermedad. Se tapó la boca con una mano enguantada y alzó la nariz hacia el techo. Intentaba no respirar. Sentía a su alrededor piernas y brazos resbaladizos que la salpicaban de sudor. Un hombre que estaba junto a la barra soltó un rugido enseñando la boca llena de queso, alzó una jarra de cerveza y se la tiró por encima de la coronilla. A Milena le llegó sólo una ligera rociada. Las gotas repiquetearon en el suelo con ruido como de aplauso. Llegó a la mesa, agarró una silla por el respaldo y se sentó.

—Hola, cariño —le dijo una voz cálida muy cerca del oído.

Al girarse, se encontró una cabeza horrorosa rodeada de unos artificiales rizos anaranjados. Tenía los labios pintados de un color rojo apelmazado, la boca casi totalmente desdentada y la piel blanda, como la de una fruta podrida, agrietada y cubierta de arrugas.

—Me llamo Lucy, pero mis amigos me llaman La Holgada ¡Ja, ja, ja! —Bramó.

Milena la observó. Un hombre jorobado y narigudo, con los brazos cubiertos de pecas negras, se inclinaba hacia Lucy para poder verla. Tenía los ojos de un color azul acuoso y la cara hundida bajo los pómulos, envuelta en una red de arrugas como una telaraña.

A Milena le dio un vuelco el corazón. ¡Eran viejos! ¡Estos dos eran un par de viejos! Ese era el aspecto de la vejez.

—Miau —dijo el anciano.

—No te preocupes por el Viejo Tone —dijo Lucy—. No ha vuelto a ser el mismo desde la guerra. ¿Verdad que no, cariño?

«¿La guerra? ¿Qué guerra?», se preguntó Milena. Lucy llevaba una chaqueta beige que le cubría los brazos, con la pechera llena de churretes y los puños mugrientos. Tenía los dedos de las manos ennegrecidos. Al otro lado de la mesa estaba sentada una pareja de idéntico aspecto con idénticos trajes mugrientos y los brazos entrelazados. Los dos eran totalmente mi vos, parecían globos a medio deshinchar. Uno de ellos se indinó hacia delante y le habló a Milena con una voz grave resuelta y prudente. No entendió ni una palabra.

—Aaaa nele fredu ffiuud —dijo asintiendo al final con la cabeza. Hablaba tal y como se hacía cien años atrás.

Eran Tumores.

Eran muchas las enfermedades que habían curado el cáncer. Una de ellas encapsulaba los protooncógenos con Caramelo, otras producían unas proteínas que aceleraban el envejecimiento de las células cancerígenas evitando así su proliferación.

Pero algunos tipos de cáncer eran nuevos, de origen vírico y fulminantes, y los tratamientos no pudieron evitar que las células infectadas produjeran nuevas versiones del virus cancerígeno que se extendían por el cuerpo a través del torrente sanguíneo. En los cuerpos de algunas personas enfermas de cáncer se produjo un curioso equilibrio, los virus del cáncer infectaron una a una todas las células del cuerpo, los cánceres se diferenciaron, maduraron y dejaron de proliferar y convertirse en versiones salvajes.

El resultado fue un tumor organizado con forma de ser humano saludable, con sus propios recuerdos y sentimientos, que viviría siempre que se alimentara y evitara los accidentes. Era inmortal.

Los Tumores miraron a Milena con amigable expectación.

—Usted… usted ¿Está muy avanzada? —le preguntó a la de la cabeza anaranjada.

—En mis tiempos, cielo, en mis tiempos —Lucy se rió lúgubremente entre dientes y le echó un guiño campechano.

—¿Y dónde vive? —Milena se preguntaba si la vieja criatura tendría pulgas y desde qué distancia podrían saltarle.

—En la lavandería —respondió Lucy—, en la habitación donde secan la ropa, ya sabes. Hizo un movimiento circular con un dedo retorcido y de color azul grisáceo. Sólo me meto por la noche. Ahí sí que se está calentito y a gusto.

Vivía en el Barrio de los lavanderos. Milena estaba consternada planteándose las implicaciones para las sábanas supuestamente ya lavadas.

—¿No le han dado a usted un sitio donde vivir?

—Bueno, supongo que lo harían, quienes quiera que sean ellos ahora. Yo no tengo por qué conocerlos ¿o tal vez sí?

Milena pensó que estaba loca, totalmente senil y que era imposible ayudarle.

Lucy se aburría, así que decidió indignarse por Milena:

—Ay que ver, esta Rolfa, podrías esperar semanas hasta que te trajera un trago. Toma —dijo la vieja criatura acercando su jarra de cerveza hacia Milena—. Venga, te invito a un sorbito.

Milena lo rechazó con un movimiento de cabeza.

—Ah, no —dijo.

La jarra estaba cubierta de pintalabios por todas partes.

—Venga, cielo, que no me importa —dijo dándole una palmadita en el puño apretado. Milena sintió ganas de vomitar y se preguntó si le daría tiempo de llegar a la salida.

Entonces Rolfa llegó de repente con la cerveza que se le derramaba y colocó las jarras en la mesa frente a Milena. Lucy se rió y extendió los brazos.

—Yo quería té —dijo Milena.

—Muac, muuuac —dijo Lucy gesticulando con la boca para que le diera un beso.

Parecía un pececillo rojo. Rolfa se inclinó y la abrazó y luego se sentó junto al Viejo Tone que estaba maullando como un gato. Rolfa le ladró y le hizo una llave de cabeza que lo dejó sujeto bajo mi brazo. El anciano emitió unos chillidos de contento y dio una palada de alegría contra el suelo. La cerveza olía a meados.

El globo a medio deshinchar se inclinó hacia delante y dijo:

—Gauss qui resa tured, ¿ay?, ¿ay?

«Quiero irme a casa», pensó Milena.

La vieja de la cabeza anaranjada dio una palmada en la mesa que la sobresaltó.

—Escucha, escucha —insistió—. Rolfa, es hora de cantar.

Sonó un suave gemido de asentimiento.

—Te toca a ti —dijo Rolfa—, creo que tú también me debes una pinta.

—Vale, de acuerdo —dijo Lucy—, pero te advierto que esta vez la vas a escuchar entera.

Entonces se puso a trepar a la mesa. Al principio, Milena no sabía lo que estaba haciendo. La anciana se inclinó sobre la mesa y empezó a mover los brazos y las piernas hacia delante y hacia atrás mientras intentaba agarrarse con las retorcidas manos. Al fin, consiguió subir una rodilla a la mesa y se aferró desesperadamente, como a los restos de un naufragio.

—Échale una mano —rugió con súbita rabia el Viejo Tone.

Milena reculó apartándose de su voz, y retrocedió para evitar tocar a Lucy. Rolfa empujó el esquelético trasero de la anciana.

—¡Ale-hop! —chilló Lucy.

El viejo Tone la ayudó a ponerse en pie. A medida que se iba levantando, Milena se dio cuenta de que tenía las rodillas apestosas. ¿Cómo es posible tener las rodillas apestosas?

Alguien le pasó a Rolfa un acordeón. Bastaron unas cuantas notas de prueba para que el pub quedara en silencio y los escuálidos hombres morados se dieran la vuelta de antemano.

Comenzó una vieja y gastada melodía, una cálida canción que los hombres celebraron con risas cuando la reconocieron. La vieja les echó un guiño y una mueca desdentada y empezó a levantarse poco a poco las faldas con picardía dejando al descubierto sus descamadas patas de pollo.

—¡Oh, no! —dijo Milena con un estremecimiento y entonces Lucy se puso a cantar con una voz melosa, como de pájaro.

La anciana comenzó forzando la voz:

Es una canción machacona
Tan solo una canción machacona
Que marca el paso contigo

Imitó la ambladura con las rodillas. Con los dedos llenos de bultos y marcas brillantes, intentó trazar vivaces figuras en el aire. Su viejo y arrugado rostro mostró unos labios fruncidos y unos ojos muy abiertos que le daban aspecto de caricatura de la picardía juvenil. La voz se elevó temblorosa:

Sin malos sentimientos no hay malos deseos
¿Tan sólo una canción?
Que no sabe cuándo terminar
Y es muy duro
Perder a un amigo

Tan sólo por un instante, la voz alcanzó el tono limpio que antaño debió tener.

Tan sólo una canción
Pero no sabe cuándo terminar.

Dio un par de sacudidas raras con la cabeza, como si un mecanismo la tuviera cogida por el cuello.

¡Todos juntos! Pero…

Sacudida.

¡Todos juntos! Pero…

Lo hizo una y otra vez, como una muñeca de cuerda estropeada. El resto de la canción consistía en repetir lo mismo durante más de tres minutos. Los hombres se le unieron. Intentar que se callara formaba parte de la diversión. Los hombres aullaban como coyotes, le gritaban y golpeaban las mesas con sus jarras. ¿Les gustaba? ¿Por qué sonreían?

Por fin Lucy lo dejó y Rolfa le cogió la mano y se la levanto El público estalló en aclamaciones burlonas mientras le rogaban: «Basta ya, basta ya».

—¿Y mi pinta? ¿Dónde está mi cerveza? —dijo Lucy amenazando con dar un puñetazo.

Rolfa se recostó, alzó los brazos y aplaudió con suavidad. Pero de alguna manera, soplando a través de la saliva, era capaz de reproducir con exactitud el sonido de un aplauso multitudinario que se elevaba y caía en oleadas entre las que Milena casi podía escuchar los silbidos de aliento.

Más tarde, cuando regresaban a pie, Milena entendió de repente el significado de la canción.

Lucy había imitado el sonido que hace un disco rallado al girar en el plato de un gramófono de manivela. Debió ser un duro golpe cuando los altavoces metálicos de los gramófonos sustituyeron a las cintas que se deslizaban con suavidad.

—Ya vivían cuando el apagón —dijo Milena.

—Ajá —respondió Rolfa.

Eran gente incandescente de la era electrónica. Esto es lo que ha sido de ellos. Habían visto ciudades salpicadas de luz, habían reído por millones al unísono disfrutando de los mismos entretenimientos a través de una red electrónica. Durante el apagón habían tenido que aprender a cantar y a tocar el acordeón y ahora tenían… ¿cuántos años tendrían? Como mínimo ciento veinte, tal vez ciento cuarenta.

«Pero no sabe cuándo terminar y es muy duro perder a un amigo…».

—Cantaban sobre ellos mismos —murmuró Milena.

—Ajá —repitió Rolfa dándole la espalda.

Milena cayó en la cuenta de que estaba cortante y de que caminaba por delante de ella.

—Iremos otra vez —dijo Milena para desagraviarla.

—Si te admiten —replicó Rolfa—. ¡Bah! —Y la risita, esa risita suya que se

apagaba con un estremecimiento—. Casi todo el rato parecía que te hubieras tragado la maldita sombrilla.

Fue entonces cuando Milena se dio cuenta de que se la había dejado olvidada.

—Ajá —dijo con la mirada perdida sobre el río.

Sin darse cuenta había empezado a imitar a Rolfa.

Capítulo 3

Mal de amores (Aferrarse a un fantasma)

Trabajos de amor perdidos había alcanzado tal grado de apatía que el director los había convocado para un ensayo aquella noche. Por regla general, los actores no necesitaban ensayar porque los virus les decían lo que tenían que hacer.

Normalmente, las salas de ensayo estaban reservadas para los músicos y eran demasiado pequeñas para albergar a todo el elenco de actores. El sol veraniego se colaba por las ventanas. Hacia calor y no corría el aire.

—Yo, si no os disgusta —dijo Milena con ferocidad y sin impostar la voz—… yo soy Anthony Dull.

—¡No, no, no! —gimió el director. Su trabajo consistía sencillamente en reproducir la gran representación que los virus recordaban—. Milena, ya sabes cómo se supone que tiene que sonar esa frase.

«Sí —pensó ella—, sosa, estúpida, palurda». No tenía el mínimo interés. Estaba cansada y preocupada sin saber por qué. Sabía que quería hablar con Rolfa, como si hubiera quedado algo pendiente entre las dos.

Así que a última hora de la tarde, y aún vestida como el agente de policía Dull, se dirigió a los aposentos de Rolfa. Había un nuevo pasillo abierto entre los percheros. Al atravesar el pasadizo abovedado de ladrillo, Milena oyó cómo Rolfa empezaba a cantar sola, a oscuras.

«Parará de un momento a otro», pensó Milena. Pero no lo hizo. La melodía subía y bajaba sin letra. Era una situación embarazosa. ¿Cómo iba ella a llegar hasta donde estaba Rolfa?, y decirle: «¡Hola! ¿Sueles cantar a solas en la oscuridad?».

Milena estaba a punto de escabullirse cuando la música captó su atención. Fue como si una nota grave se apoderara de algo en su interior y lo arrastrara hacia abajo. Milena sitió una gran carga de algo parecido a la tristeza.

Sin embargo, no era tristeza. Era como un caminar pausado, tal vez sombrío, pero con un elevado propósito. Era el sonido de la buena música.

¿Qué pieza era? Milena rebuscó entre sus virus, pero no obtuvo respuesta. No era Wagner ni tampoco Puccini. ¿Qué demonios podría ser? Milena se sentó entre los percheros.

Sus virus le dijeron que siguiera la música y tejieron una partitura en su cabeza. La música fue surgiendo igual que se abre una flor. Luego hubo una ligera interrupción, no en la voz de Rolfa sino en las notas, un ligero temblor de duda.

Rolfa paró y volvió a cantar el pasaje de otra forma.

—¡Sí! —dijeron los virus. Y le mostraron cómo las tres nuevas líneas se

correspondían con las que oyó al principio.

—¡Por todas las estrellas! —pareció susurrar la mente de Milena. Es de ella. La música la ha escrito ella. Está creándola en la oscuridad. Rolfa retomó el canto desde el principio. ¿Era Rolfa capaz de esto? No era un canturreo de cuarto de baño, ni el lamento que sigue a la borrachera. «La he juzgado mal —pensó Milena—. No la conozco. ¿Por qué canta aquí? ¿Por qué la gente no sabe de su existencia?».

Milena intentó recordar la música. Ordenó a sus virus que la recordaran, pero incluso ellos se enredaron. Los virus no estaban acostumbrados a escuchar música nueva. La música nueva era demasiado viva, no se estaba quieta y los temas se enredaban como serpientes. De repente, casi como con un chasquido, los virus se rindieron.

Milena tampoco estaba acostumbrada a escuchar música que no le resultara familiar. La hacía sentirse rara, como en un sueño en el que todo está en clave pero cargado de significado. De pronto, la voz de Rolfa se elevó hacia el cielo y a Milena se le llenaron los ojos de lágrimas que sintió rodar por sus mejillas. Fue como si algo muy grande y alado hubiera surgido de un cuerpo humano y hubiera volado, trascendiéndolo. Milena lo vio volar.

Rolfa estuvo media hora cantando una única pieza. Hacia el final le tembló la voz. De pronto, Rolfa se desmoronó. «No, no» ,la oyó decir Milena. Escuchó unas toses, un resoplido y un pequeño porrazo.

—Ay, cabronaza —dijo la rasposa y ligera voz.

Milena sonrió con afecto, como sin sintiera algo por ella. A estas alturas había oscurecido y no entraba nada de luz por el ventanuco. Milena oyó unos pies que se arrastraban hacia ella y en la oscuridad sintió el roce de un mechón de pelo cuyas puntas le tocaron la mejilla dejándola paralizada. Esperó unos cuantos minutos más en la oscuridad.

—Joder —murmuró. Se levantó y se deslizó fuera del Cementerio, pasando los arcos uno a uno.

Milena se dirigió a la habitación de su amiga Cilla, que también vivía en la Shell, pero en un ala distinta. Llamó a la puerta. Cilla llevaba puesto un delantal y estaba friendo salchichas en una cocina de un solo fuego.

—¡Vaya! ¡Mira por dónde! —exclamó Cilla sorprendida de verla, y más aún de que fuera vestida de guardia estilo Tudor—. Creía que odiabas ese disfraz.

—Y lo odio —respondió Milena entrando con decisión en el minúsculo cuartito de Cilla. Su espada sonó al chocar con algo—. Cilla, ¿tú tienes papel?

—¿Qué? —replicó con una risita vacilante—. No. ¿Qué te hace pensar que yo tengo papel?

—No sé, como estás en *El Mikado*…

—*Madame Butterfly* —apuntó Cilla—. El mismo país pero diferente ópera.

—¿No te dan papel para tomar notas o algo? —insistió Milena—. No sé, por ser Animal y todo eso.

—Milena, ¿estás bien? —preguntó Cilla—. Para tomar notas nos servimos de los virus, como todo el mundo.

—¿Y no puedes conseguir papel? ¿No tienes acceso al papel en absoluto? —dijo Milena desesperanzada—. Necesito un poco de papel.

—¿Para qué lo necesitas? —preguntó Cilla tranquilamente.

—Tengo que escribir un poco de música —dijo Milena apretando los puños.

—¡Ah! —exclamó Cilla liberada de la obligación de sentir compasión—. Así que ahora vamos a ser compositoras, ¿verdad?

—No, no —replicó Milena moviendo distraídamente la cabeza. Intentaba retener la música de Rolfa que aún sonaba en su cabeza—. La música es de otra persona.

Cilla pareció sorprenderse.

—Escucha. Estoy segura de que quien quiera que sea, puede ir a Suministros y explicarlo, si es que los virus no lo pueden sobrellevar. Dicen que pronto habrá un montón más de papel. Ahora tienen esas nuevas y enormes tejedoras.

—Es una IG —dijo Milena sacudiendo la cabeza.

—¿De verdad? —dijo Cilla quedándose quieta.

—Creo —explicó Milena— que es la Osa que asiste a todos los estrenos. Acabo de oírla cantar. Canta de maravilla y era música nueva.

Cilla la cogió del brazo y la condujo hacia la cama para que se sentara.

—Im-pre-sio-nan-te —dijo, ávida de noticias acerca de la vida de los demás.

—Es rica, tiene todo el papel que podría necesitar, pero creo que no quiere escribirla. Sólo la canta a oscuras —explicó Milena dándose cuenta de que estaba realmente alterada—. Y es preciosa, no lo entiendo. Sólo canta cuando nadie la escucha. ¿Por qué no querrá que la escuche la gente?

—¿Quieres salchichas? —preguntó Cilla con voz dulce—. No me las voy a comer todas, he estado tomando el sol. ¿Quieres quedarte?

Milena asintió con la cabeza. Mientras las salchichas chisporroteaban llenando la habitación de olor a carne, intentó cantar fragmentos de la música. Con su voz sonaban inútiles y sin vida.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Cilla mientras servía la comida.

Milena le contó la historia de su encuentro en el Cementerio.

—Dice que es su escondite —añadió.

—Entonces tenemos que mantenerlo en secreto —replicó Cilla pasándole un plato de salchichas.

Tendrían que comer sentadas en la cama con los platos sobre el regazo porque Cilla no tenía mesa ni sillas. Con un giro de muñeca blandió hacia Milena una pieza

de resina derretida que alguna vez había sido un tenedor.

—Creo que éste es el tuyo —dijo con una sonrisa de arrepentimiento que pasó inadvertida para Milena.

Lila seguía hablando de Rolfa.

Mientras comían habló de La Paliza y de la gente que había allí. Cilla daba vueltas y más vueltas a las salchichas en el plato y la animaba a seguir contando.

Le habló de la caspa, del whisky, de las zapatillas de loneta y de la voz. Sobre todo, le habló de la música. Al salir, Cilla la cogió del brazo como si necesitara ayuda para llegar a la puerta.

Milena bajó las escaleras dando traspiés y con el ceño fruncido, en dirección a su cama. Se desnudó con la misma expresión en el rostro. Era como si de repente estuviera en otro mundo. Apagó la vela de un soplo y apretó la mecha entre los dedos humedecidos para escuchar el leve silbido. Las salchichas se le estaban repitiendo, se acomodó bajo su único cubrecama.

Escuchaba a Rolfa cantar. La visualizó fugazmente como Brunilda, llevando un casco con alas, una espada y el pelo saliéndosele por los lados del peto. Sonrió de oreja a oreja, a medio camino entre el sueño y la vigilia. Como en un sueño, se imaginó acurrucándose entre su pelo, cepillándola para quitarle la caspa. Sería suave y cálida y la acariciaría. Se imaginó tener a Rolfa con la cabeza recostada en su regazo.

«¡Por Marx y Lenin! —pensó poniéndose de pie en la cama—. ¡Me siento atraída sexualmente hacia ella!».

Milena no podía llamar a las cosas más que por su nombre. Se había excitado de pensar en el enorme y mullido cuerpo. Había cosas concretas que deseaba hacer con él.

«No, no, no puede ser —pensó Milena tratando de quitárselo de la cabeza—, en lugar de dientes tiene muñones verdes y podridos —se recordó a sí misma. Pero no hubo reacción de rechazo. La atracción era demasiado fuerte—. Es enorme y peluda».

«Sí —respondió algún malvado rincón de su mente—. ¿Acaso no lo sabías ya?».

«¡Y tiene caspa!».

«Por todas partes —insistió su propia mente—, je, je».

Todo aquello era un fastidio.

«Seguro que tiene mal aliento y que está de virus hasta las trancas».

«Por Dios bendito. ¡No puedes enamorarte de una Osa Polar! ¡Los Osos hibernan y mudan el pelo! ¡Son totalmente diferentes desde un punto de vista biológico!».

Entonces se le pasó una idea por la cabeza. Una idea tan impactante que la sacó de la cama de un empujón. Dio una patada sin querer y se enredó en el cubrecama resbalándose por un lado del colchón y quedando boca abajo en el suelo. Tuvo una

especie de temblor convulsivo y se incorporó sentándose entre las almohadas caídas.

La idea volvió con fuerza: ¡Rolfa es inmune a los virus! Como todos los Osos. Su temperatura corporal es demasiado elevada. Por eso ninguno de sus conocimientos provenía de los virus, por eso tenía que aprender las cosas directamente. Si padecía de Mala Sintaxis no podría ser curada, igual que ella.

Milena tuvo repentinamente la certeza interior de que las cosas eran así. Sencillamente lo sabía por la forma que Rolfa tenía de beber, de caminar, por su aspecto de sentirse desplazada, por el miedo que tenía al dolor, por la extraña combinación de fuerza y fragilidad… por muchas razones que no podían expresarse con palabras, Milena sabía que Rolfa era como ella. Por fin había encontrado a una mujer.

¡Vaya por Marx! ¡Vaya por Lenin! Milena sentía la barriga como un corsé recién desabrochado, todo parecía estar suelto, desatado y tembloroso. Le temblaban las manos, y las rodillas se le habían quedado flojas. Se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación. Pegó un grito al golpearse la espinilla contra la esquina de la cama, se mordisqueó una uña a toda velocidad y acabó por irse a dar una vuelta.

Y dejó volar su imaginación.

Rolfa y ella se irían a vivir juntas, Rolfa escribiría una música maravillosa, sería un genio. Mozart, Beethoven y Liszt fueron virtuosos, ¿por qué no un virtuoso del canto? Y Milena le cepillaría el pelo, por todo el cuerpo, y se lo rizaría todo para las ocasiones especiales, la abrazaría por las noches y le curaría la caspa. Estarían siempre juntas, se tendrían la una a la otra, y Rolfa florecería. Súbitamente, Milena sintió que la comprendía, comprendía por qué arrastraba los pies abatida, porqué parecía derrotada. Nadie pensaría que un Oso fuese capaz de cantar por eso nadie la escucharía jamás. La gente veía a los IG como perros, los odiaban y les temían. Milena se revolvió por la injusticia. Quería ir a verla, hubiera ido andando hasta su casa de haber sabido dónde era. La sensación de estar en sus brazos era tan fuerte que ya sabía lo que su cuerpo sentiría, la avalancha de suavidad y calor que sentiría. Sabía cómo sabría su boca. El corazón le daba saltos de alegría.

Estuvo horas caminando bajo la tenue y cálida llovizna por calles oscuras que no necesitaban vigilancia. Caminó hasta el agotamiento, hasta que los pies dejaron de mantenerla y empezó a tropezarse a cada paso, hasta que la pálida mañana hizo su aparición. Y aun así, no se sintió mejor. Aun así no pudo descansar.

Fue hasta los arcos del tren y allí se derrumbó sobre la acera para esperar a Rolfa. El sol salió por la punta de una nube en movimiento y sintió el calor en su pálido rostro. No le importaba. Vio que Rolfa venía hacia ella.

Milena se levantó, se sacudió la ropa y se metió los dedos en la melena para desenredársela. Rolfa llegó a donde ella estaba.

El miedo volvió. No se daba cuenta de que estaba asustada, sólo sabía que no podía ser ella misma, que no podía articular palabra.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rolfa con asombro.

—Ay, ay —dijo Milena abriendo los brazos con torpeza.

—Estás fatal. ¿Qué has estado haciendo?

—Sólo he salido de marcha. Ejerces una mala influencia sobre mí.

Milena tenía la mirada chispeante, rebosante de silencioso significado.

—No creo que nadie pueda ejercer una mala influencia sobre ti —dijo Rolfa—. Tú eres inmune.

—¿Almorzamos juntas hoy? —La voz de Milena sonó tenue y esperanzada.

Rolfa permaneció erguida, con el pelo mecido por la suave brisa de la mañana.

—Si tú quieres, Pequeña —dijo dándole un golpecito en la cabeza, en el pelo, una especie de palmada. Luego echó a andar por el túnel.

Milena la siguió contentísima. «¡Me ha puesto un apodo cariñoso!». La siguió a pasitos, sintiéndose pequeña y vulnerable.

—Otro día de trabajo duro —dijo Rolfa con amargura al abrir los grandes portones amarillos que no necesitaban cerraduras.

El silencio se hizo tenso a medida que avanzaban entre los percheros. Milena hubiera esperado una avalancha de declaraciones, había alcanzado la cima de la felicidad y ahora no pasaba nada. «Rolfa, Rolfa, sé que eres tú, tienes que ser tú. Rolfa, dime algo al respecto, hazme una señal». Pero Rolfa se había quedado tan silenciosa y sombría como los percheros.

Rolfa tosió, dio un par de vueltas arrastrando los pies, encendió su lámpara de alcohol y pareció ignorar la presencia de Milena. No hacía más que mirar fijamente a su mesa, a la maraña de desorden que de repente se hacía insoportable.

—Je, je —dijo Rolfa.

Otra vez la risita despectiva. Se sentó y se desplomó sobre el escritorio y a Milena se le encogió el corazón. Cogió una partitura y la levantó mirándola de manera inquisitiva, como si ya no estuviera segura de su utilidad. Milena se aseguró de que estuviera impresa, no escrita a mano.

—¿Tú has escrito música alguna vez? —preguntó Milena.

Rolfa resopló encogiéndose de hombros.

—Si lo has hecho, me gustaría verlo —insistió.

—De vez en cuando se me ocurren algunos compases —respondió Rolfa. Se giró y trató de sonreír—. Pero no pongo nada por escrito. Se quedó un rato sacudiendo la cabeza.

«Será que la recuerda —pensó Milena—, pero podría ocurrir un accidente, podría pasar cualquier cosa».

Memoria. Matrícula de honor en memoria. Milena tuvo otra idea reveladora.

—Me tengo que ir —dijo levantándose de un salto—, me tengo que ir ahora mismo. Dio unos cuantos saltitos nerviosos. —No quiero irme, pero tengo que hacerlo.

—El servicio está ahí —dijo Rolfa señalándoselo.

No, no lo entiendes. Volveré. A la hora del almuerzo. En la escalera. ¿Se te olvidará?

Rolfa sacudió la cabeza como queriendo decir que no, que no se le olvidaría, y Milena logró arrancarle una tímida sonrisa de curiosidad.

Y Milena se echó a correr. Tenía unos diez minutos. Corrió hasta llegar a la Shell y subió corriendo la escalera. Oyó una puerta abrirse en el rellano de abajo, dio la vuelta a toda prisa y bajó los escalones dando traspiés. Y ahí estaba.

—Jacob —dijo jadeando.

Buenos días, Milena. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Bien, bien. ¡Estoy estupendamente! ¡Jacob! ¿Eres capaz de recordar música?

—¿Te refieres a la música escrita o al sonido en sí?

—A ambos, me refiero a ambos.

—Sí, si forma parte de un mensaje sí que la puedo recordar —dijo asintiendo con la cabeza y mostrando su bonita dentadura color marfil al sonreír.

—Bien, perfecto, ¿puedes acompañarme esta tarde a un sitio, a las seis? —le preguntó Milena jadeando aún y con un hilillo de sudor corriéndole por la frente.

El rostro de Jacob se ensombreció.

—Lo siento, Milena, no creo que pueda hacerlo. A esa hora tengo que encargarme de los mensajes. Tengo que ver a todas las personas del edificio y entregarles los mensajes. Lo siento mucho, Milena.

—¿Y si yo te ayudara?

Jacob se quedó perplejo.

—¿Y si yo me encargara de la mitad de las plantas y tú de la otra mitad? —insistió Milena—. Se supone que llegas sobre las cinco, ¿no? Entonces lo que haremos será empezar juntos a las cuatro y media, estar yendo y viniendo hasta las seis y luego marcharnos, ¿vale? ¿De acuerdo? Es muy importante, Jacob.

—Muy bien, Milena. Te ayudaré. Saldrá muy bien —respondió al fin con una sonrisa radiante.

—¡Estupendo! —dijo Milena con un ronroneo de placer y plantándole un beso en la mejilla.

De repente se sintió agotada.

—¿Tienes algún mensaje para mí, Milena?

—Sí, uno para la Señorita Patel. Dile que estoy muerta de cansancio y que no iré a almorzar.

—¿Le digo que la quieres?

—Dile que no soy tan inmune como ella cree.

Y por alguna razón, Jacob le guiñó un ojo.

Aquella tarde, Milena corrió de habitación en habitación por siete plantas de la Shell. No tenía ni idea de que allí viviera tanta gente. Algunas caras que hasta entonces tan sólo había vislumbrado cobraron vida de pronto: al ver el aspecto que tenían sus cuartos, si hacían la cama o no la hacían, y al oler lo que estaban cocinando. Nadie quería dejarle mensajes.

—Hum, esperaré a que venga Jacob por la mañana —decía mucha gente.

—Yo soy actriz —respondía Milena—, también tengo buenos virus de memoria.

Y entonces negaban con un gesto de ligero enfado. Estaban enfadados con Jacob por haberles fallado, por haberlos abandonado a merced de esta desconocida. Milena se sentía avergonzada, avergonzada por la cantidad de cosas que sucedían al margen de ella. Muchas habitaciones estaban llenas de gente repantigada en las camas, que bebía, charlaba o jugaba al ajedrez sobre pequeños tableros de resina.

Milena fue a la habitación de Cilla y se la encontró llena de Vampiros: veinte, treinta Vampiros apelotonados, charlando o discutiendo, riendo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su amiga poniéndose de puntillas.

—Estoy ayudando a Jacob.

Y Milena se lo explicó sin pararse ni a respirar.

—¡Milena, la Correo! —la llamó alguien sonriendo.

«¿Cómo es posible que sepa cómo me llamo? —pensó—. Yo no lo conozco».

—¿Alguien tiene algún mensaje? —preguntó—. Yo lo recojo. —Entonces entendió por qué Jacob preguntaba siempre, es bonito sentir que alguien te necesita.

Por la tarde, Jacob y ella se escondieron entre los disfraces mientras Rolfa cantaba.

—¿Podrás recordarlo? ¿Podrás recordarlo? —preguntaba con desesperación entre susurros.

Jacob sonrió y asintió apoyándose un dedo sobre los labios para que guardase silencio.

Durante un tiempo se convirtió en una rutina.

Milena y Rolfa almorzaban juntas todos los días, a veces en el Café del Zoo. Rolfa tenía que encogerse para entrar y también se veía obligada a agacharse para pasar por las puertas. Pero eso no era todo. Simplemente, estaba como pez fuera del agua. Parecía enorme y ridícula cuando se sentaba en los pequeños bancos y se encogía para sentarse a la mesa. Las piernas le quedaban tan apretadas que presionaban el tablero, de manera que al levantarse solía arrastrar la mesa. El pelaje se le metía en la sopa y las tazas eran demasiado pequeñas para ella. Verla comer era para la gente un espectáculo fascinante, y para Milena era como estar en el Mead

Hall[2] con Beowulf[3]. El apetito y los modales de Rolfa eran propios de la era prehistórica. Masticaba, escupía, sorbía y salpicaba con aspecto desamparado e indefenso, como si no lo pudiera evitar. Se comía dos o tres raciones de patatas fritas, metiéndoselas a empujones en la boca con los dedos grasientos y pegajosos. Tenía que meter su larga y rosada lengua hasta el fondo de los vasos y retorcerla para chupar el contenido. No le quedaba más remedio que beber a lametones, porque si intentaba hacerlo a sorbos como los seres humanos se atragantaba con la lengua. Se abalanzaba sobre el plato de sopa como lo hace un león sobre un riachuelo, echando miradas furtivas a su alrededor.

A Rolfa le daba tanta vergüenza que el almuerzo se convertía en un martirio. Se quedaba callada, replegada sobre sí misma con una sonrisa fija y forzada y se dedicaba a lanzar escrutadoras miradas a la gente. Lamía los platos furtivamente para saborear la salsa con la esperanza de que nadie se diera cuenta. La gente la observaba. Se reían incrédulamente cuando regresaba del bufet con un tercer plato de estofado o de lasaña. Era un local lleno de vapor por cuyas ventanas se filtraba la luz solar, por lo que, si no estaba comiendo, tenía que ponerse a jadear con su larga, rosada y chorreante lengua.

—¿Se come los platos también? —escuchó Milena murmurar a unas personas que estaban sentadas detrás de ellas.

A ella no le importaba. Estaba enamorada. Intentaba constantemente captar el olor de Rolfa. Tenía un olor cáustico, un tanto perruno, saturado de lanolina. Milena lo aspiraba por la nariz, saboreándolo junto a los aromas de la comida. Le pedía a Rolfa si podía probar su pastel de pescado.

—¡Oooh, pastel de pescado! Oh, ¿me permites? —solía decir. Ella odiaba el pastel de pescado, lo que quería era sentir el sabor de Rolfa en el tenedor. «No puedo creer que esté haciendo esto», pensaba mientras chupaba los cubiertos como si fueran chupa-chups.

Se sorprendió a sí misma pensando si podría lamer el plato de Rolfa sin que nadie se diese cuenta. Pero cuando realmente se asustó fue cuando robó en el Café una cuchara que Rolfa había usado. Había extendido la mano para cogerla cuando algo tiró de ella con fuerza y la detuvo, pero la atracción de Rolfa era más poderosa y consiguió tocar la cuchara. Todavía conservaba el calor de su mano. Algo tenso como un cable pareció romperse con un chasquido y Milena cogió la cuchara y la deslizó en su bolsillo.

«Esto es ridículo —pensó—. ¿Qué voy a hacer con ella, dejarla sin lavar al lado del fregadero?». Pues eso fue exactamente lo que hizo con ella.

Milena solía tropezarse a propósito con Rolfa para poder enterrar la cara en su pelaje y se quedaba pegada a ella sintiendo su calor inhumano y las cosquillas que le hacía su pelo. Rolfa estaba muy cargada de electricidad estática. A veces le daba una

descarga a Milena, y siempre que pasaba junto a ella se le erizaba el vello de los brazos.

Rolfa empezaba a molestarse por tantos tropezones.

—Vamos a tener que hacerte unas aceras más grandes —decía perpleja.

Una vez, Milena la empujó sobre una fila de bicicletas. Cinco o seis de ellas cayeron como piezas de dominó y el pelo de Rolfa quedó atrapado entre la cadena y la rueda dentada de una de ellas.

—¡Ay, lo siento! —dijo Milena arrodillándose para liberarla.

Sujetó el pelo y agarró el cuero con fuerza. Era muy grueso, carnoso y tibio como un estómago. Tanteó la cadena, que tenía un lubricante orgánico. Las manos de Milena, su nariz y la mayor parte de la pantorrilla de Rolfa estaban manchadas de espeso musgo verde.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Pequeña? ¿Qué estás haciendo?

«Estoy abrazándote —pensó Milena—. Haz algo».

—Peque, Pequeña, ya lo hago yo —dijo Rolfa soltándose con cuidado.

—Perdón, perdón —dijo Milena retrocediendo de un salto.

¡Dios mío, qué situación tan embarazosa! ¿Qué *estaba* haciendo? Ay, Rolfa, Rolfa, date cuenta, por favor, di algo, por favor, haz algo, por favor. ¡*Yo no soy capaz*!

Rolfa empezó a llevarla a la Opera. Fueron al estreno de *Falstaff*. Los Vampiros asistieron en masa ataviados como los espectadores del estreno original londinense de 1890. Los hombres llevaban frac y las mujeres polisón. Había uno vestido de George Bernard Shaw.

Rolfa parecía estar encantada. Estuvo todo el espectáculo tronchándose de risa y balanceándose en el asiento. Toda la fila de butacas se desplazaba con su peso. La puesta en escena y la iluminación tenían a Milena embelesada. Adoraba los crujidos que hacía el enorme y viejo escenario al rotar para sustituir la posada por una casa junto al río. La música la conmovía menos.

—¿Por qué no ha habido ningún aria? —preguntó al levantarse, al final.

—¡Bah! —respondió Rolfa dando una sacudida—. Cada una de las frases de Verdi es un aria.

Milena pensó que se trataba de una exageración, ni más ni menos que una forma de enfatizar lo mucho que le había gustado la representación. Ni se le pasó por la cabeza que pudiera ser la simple y llana verdad.

Los Vampiros se congregaron en torno a Cilla, que había estado espectacular en su papel de una de las alegres comadres. Había hecho que las intrigas en contra del viejo Falstaff parecieran desenfadadas y resultaran plenamente acertadas. Lució el disfraz original y reprodujo los antiguos desplazamientos sobre el escenario.

—¡Cilla, Cilla! —gritó un jovencito dando saltos y dejando a un lado su papel de

Vampiro—. ¡Lo has hecho igual de bien que el original!

—Lo has hecho mejor aún —susurró Milena al besarla en la mejilla.

Parecía que había amor para dar y regalar.

Rolfa y Milena regresaron a casa caminando por el borde del río. Las lámparas de alcohol tenían el color de la luna baja en un cielo neblinoso.

—¡Ay, cariño! —dijo Rolfa en un suspiro—. La verdad es que no se debería intentar interpretar la música. No debería hacerlo nadie. Con suerte se consigue interpretar tan sólo una parte, nunca la totalidad.

—Pero la gente quiere escucharla —replicó Milena—, ¿no?

—Más bien, los músicos quieren tocarla. Todavía no se han dado cuenta de que no pueden. Es un imposible, como querer decir toda la verdad.

Llegaron a las escaleras de la Shell.

—Buenas noches —se despidió Rolfa empezando a caminar hacia atrás.

El río brillaba tras ella mientras susurraba a cada paso «buenas noches, buenas noches, buenas noches». Luego, llevándose un dedo a los labios, le indicó que permaneciera en silencio.

Milena se fue sola a la cama.

La noche era el peor momento. Milena deliraba de amor, estaba intranquila, como si Rolfa estuviera en la cama de al lado, como si los kilómetros que las separaban no tuvieran importancia, como si pudiera alargar la mano y sentir la tibieza de su pelaje. Era como aferrarse a un fantasma.

A veces, recordaba el terror.

«¡Los virus!», pensaba incorporándose de un salto en la cama. ¡Se había olvidado de los virus!

Pensaba que se había llevado la comida a la boca con las manos sucias, y que se había restregado los ojos. Pensaba que no había fregado los cubiertos, que tenía la boca sucia y pensaba en todos los riesgos, los riesgos tan innecesarios que estaba corriendo. Se deshacía del cobertor, aterrorizada, y se duchaba aunque en plena noche de verano el agua estaba helada. Ponía a hervir las teteras y escaldaba el fregadero. Hervía los platos y los tenedores derretidos. Le echaba sal al agua hirviendo, la dejaba enfriar en la taza mientras le soplaba y luego hacía gárgaras con ella, sintiendo cómo le raspaba el interior de la boca. Se restregaba las manos y de repente se tapaba con ellas la cara y se echaba a llorar por la falta de sueño y por el exceso de presión que estaba soportando.

«Voy a dejarla —pensaba Milena—. No voy a volver a verla. Esto empieza a ser una locura».

Y al día siguiente volvía a almorzar con ella.

Cogieron la costumbre de ir de picnic al jardín que había junto al río. Se sentaban sobre la hierba y Rolfa devoraba muslos de animales cocinados, con una servilleta

enorme y roñosa amarrada al cuello. Entonces parecía bastante alegre, haciendo chasquidos y sorbiendo el tuétano de los huesos. El estómago de los Osos Polares había sido diseñado mediante ingeniería genética. Podían comer casi cualquier cosa, así que Rolfa se comía también los huesos y luego se bebía litros y litros de agua y yogur. Apenas hablaba, y Milena supo a qué se debía el cambio en cuanto le olió el aliento: Rolfa ya no bebía.

La IG era una mezcla de contradicciones de lo más fascinante.

Era gigantesca y tímida a la vez, como la niña gordita del Jardín de Infancia con la que todos se meten. Se movía con miedo y con sumo cuidado pero invariablemente lograba tirar algo por los suelos. Resultaba basta y escandalosa, refinada y delicada, e incluso todo ello a la vez. Hablaba de arte, de cómo Elgar solía confundirse de llaves, de las bromas que gastaba cuando echaba a andar en una dirección, paraba y retrocedía, volvía a echar a andar y volvía a parar y de repente te quitaba la alfombra de debajo de los pies de un tirón, con la habilidad propia de un mago.

—¡Es el jodido compositor más divertido de todos los tiempos! —exclamaba y se reía mostrando los dientes podridos y una bola de comida a medio masticar.

«¿Elgar divertido?». Milena buscó entre sus virus y no fue eso lo que le dijeron.

—¿Dónde aprendiste todo esto? —le preguntó.

—¡Ah! Cuando era joven —respondió Rolfa— entré en estado de hibernación. Tendría tan sólo unos nueve o diez años. Tenemos esa capacidad por si el clima se pone demasiado mal y tenemos que esperar a que mejore, pero en aquella ocasión no había una razón para hacerlo, así que el veterinario dijo que era estrés.

Rolfa se tumbó de costado en la hierba y se puso a pacer. Cogió un puñado de hierba con su larga y rosada lengua, lo arrancó del suelo y se lo metió perezosamente en la boca. Parecía sentirse cómoda rumiando y charlando al mismo tiempo.

—Sencillamente, me enrosqué y me pasé seis meses durmiendo. Estuve todo el tiempo pensando en la música —explicó, y se pasó la bola de comida a un lado de la boca—. En aquella época, yo tocaba el piano bastante bien y estuve repasando una y otra vez todas las piezas que me sabía. Escogía algunas y luego las volvía a unir todas. No pensé en otra cosa, no tuve sueños ni abrí los ojos una sola vez.

—¿Cómo conseguiste salir? —preguntó Milena.

—El veterinario me puso una inyección —dijo Rolfa sonriendo con sus dientes destrozados.

Milena quería tumbarse en la hierba junto a ella. Quería acurrucarse bajo su brazo y dormirse. Pero tenía miedo y tan sólo se acercó un poco.

—Al menos tú recuerdas tu infancia —dijo Milena contemplando la inmensidad del cuerpo de Rolfa y deseando haberla conocido cuando era pequeña, haber formado entonces parte de su vida.

—¿Es que tú no recuerdas la tuya? —dijo Rolfa incorporándose.

Milena sacudió la cabeza. No, ella no era capaz de recordarla.

—Algo pasó, no sé qué, pero no puedo recordar nada. Bueno, sé que nací en Checoslovaquia —explicó Milena—. A veces recuerdo cosas muy vagamente, pero todo lo demás ha desaparecido.

—¡Ay, a mí eso no me gustaría en absoluto! —dijo Rolfa—. Yo recuerdo todo tipo de cosas y detestaría olvidarme de ellas.

—¿Como qué?

—Como los bueyes almizcleros —explicó Rolfa—, sobre todo las crías. Son como unas pequeñas bolitas de pelo que corretean sobre unas pequeñas patitas negras. Eso era cuando vivíamos en la tundra, o en lo que quedaba de ella. Ya sabes, el avance de los bosques… pero conseguimos salvar algunos ejemplares.

—¡Pero si en la Antártida no hay bueyes almizcleros!

—No, claro que no, vivimos una temporada en Canadá, ¿sabes? Papá pensó que debíamos ir allí a hacer fortuna, ir hacia el norte en lugar de hacia el sur. No funcionó. Los conducíamos en rebaños hasta el norte, donde aún quedaba un poco de tundra. La verdad es que era una excentricidad que me hace pensar que mi padre no era tan malo, al fin y al cabo. Les enseñó a jugar al fútbol. Son tremendamente inteligentes, ¿sabes? Formaban equipos y yo jugaba con ellos y solía soñar con que un día me convertiría en buey almizclero.

A Rolfa se le suavizó el semblante con una sonrisa que mostraba auténtico cariño.

—¿No tienes ni siquiera un recuerdo de tu niñez? —insistió Rolfa.

—Ni uno. Cuando tenía diez años me administraron un montón de virus, tal vez fuera eso lo que me los arrebató. No me acuerdo.

—¡Ay! —suspiró Rolfa, y fue como si a su rostro le sucediera algo raro, pareció derretírsele y los ojos se le hundieron en las cuencas como dos caracoles que se esconden en su caparazón—. Sí, claro. Siempre se me olvida que a vosotros, las personas, os dan virus, ¿verdad?

Volvió a sonreír y mostró una nueva expresión en los ojos. Seguía sonriendo con los ojos llenos de ternura y el semblante alegre pero a la vez afligido. Era una mezcla rara e inquietante, como su música. Había algo poderoso en su mirada que hizo a Milena retroceder. Ella no podía entenderlo. No tenía experiencia. No sabía lo que significaba. Y los virus no podían ayudarle.

Llegó a convertirse en una rutina. Todos los días, como un cazo de leche a punto de romper a hervir, a Milena le faltaba muy poco para decir «te quiero». O bien tendía la mano hacia Rolfa para hacerle una caricia que no diera lugar a dudas y se quedaba a tan poco de hacerlo que era capaz de sentir cómo sus brazos, o la sombra de sus brazos, la abandonaban para abrazarla por fin.

Pero nunca llegó a hacerlo.

Paulatinamente un nuevo pensamiento empezó a tomar forma, y lo hizo tan poco

a poco que Milena no llegó a saber cuándo fue la primera vez que le vino a la mente. Era otro pensamiento revelador.

Rolfa no necesitaba que la curaran, era inmune a los virus, era dueña de sus propios actos y ella le había dado miles de señas inequívocas acerca de cuáles eran sus sentimientos. Rolfa no había reaccionado, no parecía estar interesada. Lo más probable era que la gigantesca inocentona ni siquiera sospechara lo que había estado pasando.

No iban a ser amantes. Había estado equivocada. Rolfa tenía una Sintaxis Extraña sin duda, pero mala, mala, no era. No.

Milena alcanzó un estado de resignada aceptación en su momento de mayor soledad, en pleno ensayo de *Trabajos de amor perdidos*. Se sentó a un lado a observar cómo los demás actores interpretaban sus papeles como sonámbulos.

El chico joven con barba hacía de Berowne. Se pasó toda la tarde lanzando miradas de odio. Algo le había pasado. Milena se enteró de refilón, era algo relacionado con una chica. Aquel día no interpretaba el personaje de Berowne, sino a sí mismo, dejándose llevar:

—Yo, azote del amor —dijo con amargura rociando saliva al hablar.

Al escucharle, Milena se dio cuenta de que estaba furiosa.

—Pedante imperioso, que reprimía con mayor arrogancia que ningún mortal a ese niño vendado…

Milena le escuchó. Todos escucharon mientras el niño actor se mantuvo de pie lanzando miradas fulminantes. Milena apretó los puños.

—A ese lloricón, a ese miope, a ese perverso, a ese joven anciano, a ese enano gigante don Cupido…

… Soberano ungido de los suspiros y de los sollozos, señor feudal de los ociosos y descontentos…

El odio implícito, la violencia subyacente, hicieron que Milena saltara en su asiento. ¿Quién hablaba ahora? ¿El chico, Berowne o Shakespeare?

… Heme aquí su edecán de campo, llevando en mi escarapela sus colores como el aro de un saltimbanqui…

… ¡Yo enamorado! ¡Haciendo la corte! ¡En busca de esposa!

—¡Alto! —gritó el director, que tenía treinta y cinco años y arrugas alrededor de los ojos.

Se quedó sentado muy quieto, mirando al niño actor.

—Ya sabes cómo se supone que tiene que sonar, Jonz —dijo.

Permaneció sentado un minuto más y luego se levantó.

—Lo dejo —declaró—. Dilo como quieras, Jonz, si eso te hace sentir mejor.

«Pero es que así es —pensó Milena—, hace que yo me sienta mejor. Pretende provocar dolor, pretende atraer la atención, pretende significar algo también para

nosotros. Tenemos que representarlo».

—Oídme todos —dijo el director con aspecto de agotamiento—: hacedlo como queráis.

Luego dio media vuelta y enfiló el pasillo, abandonándoles.

—A casa, digo yo —soltó encogiéndose de hombros el jovial chico que tenía el papel del Rey.

Berowne seguía con el ceño fruncido.

—Era mejor a tu manera —le dijo Milena. Él tan sólo asintió.

Afuera hacía una tarde estival inglesa, nublada y anodina. Perfecto, Rolfa y ella serían amigas. ¿Sería capaz de aceptarlo? Sí, podría. Son cosas que le pasan a todo el mundo. Tal vez cuando estuviera segura de su amistad, le contaría de pasada a Rolfa cómo se había sentido, para no comportarse de manera deshonesta. Sólo amistad y música, hasta el día en que curaran a Milena. Llegaría el día en que se acordaran de que tenían que leerla y le administrarían virus otra vez. Tal vez ella no fuera como su padre, al fin y al cabo. Tal vez no le provocara la muerte. «¿Por qué ser pesimista?», pensó.

Hasta entonces, Rolfa y ella serían amigas. Nada tenía por qué cambiar. Milena pensó que hasta sus rutinas podrían permanecer tal cual.

Una tarde en que quedaron para cenar, Rolfa apareció borracha. Había vuelto a beber. Se presentó en el Café del Zoo totalmente ebria y apestando. No se agachó ni intentó sortear nada. Fue hasta donde estaba Milena y le dio un toque en el hombro con uno de sus dedos del tamaño de un salami.

—Afuera —consiguió articular—, vamos, afuera. —Tras el flequillo de pelaje, su mirada resultaba siniestra.

Caminó de espaldas retrocediendo hasta la puerta.

—Venga —insistió.

—¿Rolfa? ¿Rolfa? —se escuchó Milena decir a sí misma. Su propia voz le pareció exhausta, desesperanzada, frágil. No le gustó nada—. ¿Pasa algo?

—¡Ah, no! No, no, no —respondió Rolfa emitiendo una especie de grito extraño, parecido a un ladrido.

Hizo una especie de movimiento ondulante con la mano, como apartando algo. De repente, el movimiento se convirtió en un gesto de golpear al aire. Era un peligro.

—Vamos —Rolfa hizo una pausa para eructar— a pasarlo bien. Rugía sonriendo. Se largó de pronto y desapareció en la oscuridad de la noche.

«Esto no me gusta», pensó Milena siguiéndola recelosa.

Fueron a otro horrible pub al otro lado del río. El Restaurante de la Comedia, según el letrero de azulejos estilo art nouveau que había en la entrada.

Parecía que no había nadie a quien Rolfa conociera. Se lanzó como un torbellino

hacia la barra, abriéndose paso a empellones entre hombres mucho más bajos que ella que dejaban de reír a su paso. Parecían tan pequeños e insensibles como las comadrejas. Aquél era el sitio más desordenado que jamás hubiera habido en Gran Bretaña. Las paredes de yeso estaban abombadas, rajadas y llenas de rayones. Había unas chillonas lámparas de alcohol que apestaban. Milena miró a Rolfa, a su espalda. Entonces notó cómo una de las comadrejas se le pegaba al cuerpo. Llevaba un bañador minúsculo y un chaleco acolchado que apestaba a una mezcla de sudor y cerveza.

—¡Guau! ¡Guau! —dijo con la frente brillante de sudor.

«Tiene un virus —pensó Milena—, pero ¿cuál?».

—¿Te gustan los perros? —preguntó.

—No, no me gustan —respondió Milena con recelo, como queriendo decir que no le gustaba él.

Estaba rodeado de colegas suyos, que estaban empapados en sudor. Algunos tenían escalofríos a causa de la fiebre.

Milena no tenía tiempo para pararse a pensar qué enfermedad podrían tener. Notó revuelo a su alrededor y cómo la gente se apartaba. Se giró y se encontró a Rolfa avanzando hacia ella, arremetiendo contra los hombres mientras balanceaba los hombros de un lado a otro, y pensó que iba a golpear a alguno.

Eso era lo que estaba pensando cuando Rolfa levantó una mesa. No una grande, sino una ligera, hecha de bambú. Las jarras rodaron al suelo derramando cerveza a chorros y provocando los gritos de protesta de los hombres. Alzó la mesa hasta que le dio a una lámpara y la rompió.

A Milena le pareció que sentía algo en los dientes, lo mismo que hacía que a Rolfa se le pudrieran.

—¡Rolfa, déjalo! —gritó levantando los brazos.

Rolfa se detuvo y la miró con dignidad.

—¡Rolfa! ¡No ha pasado nada!

Rolfa pestañeó. Parecía avergonzada, derrotada, confusa.

—¡Rolfa, pon la mesa en el suelo! —dijo Milena—. O vas a matar a alguien. ¡Ponía en el suelo, por favor! No ha pasado nada.

Bajó la mesa con mucha suavidad y luego le dio una palmadita como queriendo decir que lo sentía.

Milena se abrió paso a empujones entre los hombres, cogió a Rolfa de la mano y le dio un par de tirones.

—Vamos, Rolfa, vámonos —la apremió.

Y Rolfa la siguió dócilmente hacia la oscuridad nocturna del exterior. El camarero iba detrás de ellas.

—¿Qué pasa con la lámpara? —gritó.

—¡No me atosigue! —suplicó Milena con un gesto de no poder más. Y por una razón u otra, le convenció.

Rolfa se soltó de su mano y echó a correr en dirección al río. Milena salió detrás de ella llamándola. Corrió para intentar alcanzarla, pero Rolfa no se volvió ni respondió. Avanzó a grandes y resueltas zancadas. Estaba ya oscuro, no había farolas y Milena se encontró sola de repente y con los conocimientos justos para encontrar el río y la Shell.

«Bueno —pensó con tristeza—. Bueno. Se acabó».

Sabía que algo había terminado.

A la tarde siguiente fue a las escaleras y Rolfa no estaba esperándola.

A las seis fue con Jacob al Cementerio y no encontraron más que silencio. Esperaron escondidos como un par de ratones a que empezara el canto. La oscuridad se hizo más impenetrable hasta que finalmente avanzaron con cautela hacia el escritorio y echaron un vistazo asomados entre los disfraces.

Los papeles estaban rotos o arrugados en forma de bolas. Las partituras estaban cortadas por la mitad de la encuadernación y las páginas habían sido reducidas a pedacitos. El aparato electrónico estaba tirado en una esquina con la pantalla rota, había trozos de barquillo por todas partes y su bandeja de resina estaba resquebrajada y astillada. Las cubiertas de los libros estaban huecas, ya no contenían ninguna página.

Milena se arrodilló para reunir lo que quedaba del cuaderno de Wagner. Intentó reordenar las arrugadas páginas y se encontró con que estaban salpicadas de saliva. Se secó las mejillas y recogió las cosas.

—Jacob —dijo con la voz quebrada—, ¿me ayudas a llevarme todo esto?

Apilaron las partituras y los barquillos y los transportaron como a un venerable cadáver hasta la habitación de Milena en la Shell.

—Dile que las tengo y que las puede recoger si las quiere —le dijo Milena a Jacob.

Y se fue a la cama maravillada por el laberinto de habitaciones que albergaban las vidas de otras personas. Se leyó la partitura de *Das Lied von der Erde*.

El último movimiento hablaba de una especie de historia de fantasmas. Dos amigos se encuentran y uno de ellos, misteriosamente, se refiere a la vida en pasado y habla de encontrar un lugar de descanso. Parece avanzar hacia la eternidad, hacia el brillante y vivo azul. El amigo ha decidido marcharse.

Milena se imaginó la música. No hablaba de la muerte, sino de la belleza del mundo cuando se vive en él y de la tristeza de tener que abandonarlo. Hablaba de la pena de perder a los amigos y de lo irremediable que era. Milena recordó la voz de Rolfa cuando cantaba «*ewig… ewig*». Eternamente.

Ahora, la música era suya. Ella la había aprendido. Al final se quedó abrazada al

sedoso papel como si fuera piel. Se quedó aferrada a un fantasma, a una abstracción de lo que pudo haber sido, a una posibilidad.

Aquella noche soñó con bueyes almizcleros que corrían por la tundra. Uno de ellos gritaba como si fuera una gaviota.

Por la mañana la despertaron las sacudidas de Jacob.

—¡Señorita Shibush! ¡Señorita Shibush! ¡Mire lo que le traigo! —exclamó con una sonrisa de excitación—. Es de la Señorita Patel —añadió en un susurro pasándole un pliego de papel.

Un sobre. Fue como si le hubieran enviado algo desde un siglo ya pasado. Milena levantó con cuidado la solapa y extrajo una tarjeta blanca y gruesa bordeada en oro. Jacob esperaba sonriente.

La tarjeta estaba grabada con elegante caligrafía inglesa.

—¿Crees que podrás contarme lo que pone? —le preguntó tímidamente Jacob.

—Es una invitación para cenar mañana a las ocho de la noche —respondió Milena pasándole la tarjeta—. Con la familia de Rolfa.

Capítulo 4

La Antártida (Los guantes del mendigo)

Los Osos de Londres vivían todos juntos en una calle de Kensington. Era una hilera de casas adosadas estilo Nash de color crema y con las puertas negras de madera.

Milena era demasiado bajita y no llegaba a la aldaba. Intentó alcanzarla de un salto y no lo consiguió, por lo que decidió evitar volver a poner en riesgo su dignidad. Finalmente, aporreó la puerta con la palma de la mano.

Se oyeron gritos y porrazos, y de repente una Osa Polar adolescente y desnuda abrió la puerta de un golpe. Tenía el pelaje de todo el cuerpo lleno de trenzas. Del interior de la casa salió una bocanada de aire helado. La niña le echó a Milena una mirada indiferente y gritó: «Rolfa, ¡ha llegado tu amiguita!». Luego se marchó dejando tras de sí la puerta abierta.

Dentro hacía un frío tremendo. Todos los muros de separación de las habitaciones habían sido derribados para obtener una enorme e insulsa estancia que ocupaba todo el largo de la calle. Había un gigantesco macho IG inclinado sobre una máquina soldando una juntura con una máscara de metal puesta.

Milena se dio cuenta de que el suelo estaba totalmente lleno de pelos.

—¡Cierra la puerta! —chilló la niña Polar.

Alguien aporreó la pared con rabia y la niña pasó ofendida junto a Milena y cerró de un portazo.

—Tú, Apretada —gruñó—. ¿No sabes que por eso se nos cae el pelo? ¡Rolfa, baja ya tu culo gordo para acá!

La habitación estaba llena de cajas de embalaje de bambú sin abrir. Unos adolescentes Polares estaban echados encima de ellas, mirando hacia una pantalla. ¡Era un vídeo! ¡Estaban viendo una película antigua! Milena no pudo evitar quedarse mirando boquiabierta. Apareció un flash, se oyó un grito mecánico y Milena vio cómo hacían pedazos a alguien ante sus propios ojos. Se preguntó para qué demonios querría alguien tener un vídeo y luego usarlo para ver algo así.

—¿Tú qué miras? —dijo otro IG, un niño cuya voz plagada de gallos revelaba que estaba rayando en la pubertad.

—Nada —respondió Milena.

—No ha visto un vídeo en su vida —dijo la niña poniendo los ojos en blanco. Algunos Osos estaban acicalándose mutuamente, cepillándose la piel o haciéndose trencitas. Era la época de muda y fuera hacía demasiado calor. Estaban huraños y peligrosos de puro aburrimiento. Milena se abrazó y trató de mantener la calma, pero todavía sentía náuseas por haber visto cómo hacían picadillo a un ser humano.

Empezó a tiritar de frío. «Eso es hielo —se percató consternada—, lo que hay por dentro de las ventanas es hielo».

Rolfa apareció en lo alto de la escalera. Había intentado ponerse un vestido y parecía una inestable columna de satén arrugado. Empezó a bajar a trompicones aferrándose al pasamanos y tambaleándose. Los pies se le metían en el dobladillo y tenía que moverlos frenéticamente, como si fueran conejos atrapados.

«Rolfa, levántate el vestido», decía Milena para sí.

Llevaba el pelo peinado para atrás, apartado de los ojos y sujeto con dos horquillas de resina rosa en forma de mariposa que parecían dos orejas torcidas.

Afrontó la distancia que la separaba de Milena y le ofreció una cosa negra y suave. Era un abrigo de pieles.

—Tenemos la costumbre de cenar en el piso de arriba —soltó como quien le habla a una desconocida.

—Gracias —dijo Milena por el abrigo, envolviéndose en él cuando ya los dientes le castañeteaban.

—Sígueme —dijo Rolfa empezando a subir.

Se pisó una vez más el dobladillo y tuvo que agarrarse con un brazo para sujetarse.

—Rolfa —susurró Milena—, levántalo, levántalo.

Los primos estallaron en carcajadas.

Rolfa los ignoró con cierta majestuosidad.

Se inclinó y se levantó el vestido por el borde, dejando las rodillas al descubierto, y trepó por las escaleras.

Había candelabros en lo alto que resplandecían de luz. Había un ronroneo de fondo, un generador privado. Había cuadros, insólitas imágenes de flores o calles vacías al anochecer. Pero ni una sola persona. Había cables regados por los suelos a lo largo de todas las escaleras y llegaba de algún sitio el ruido de una sierra radial.

A Milena se le heló hasta el tuétano.

—¿Quieres lavarte las manos? —le preguntó Rolfa de pasada.

—Creo que se me helarían —respondió Milena contemplando el vapor que se formaba al salir su aliento—. Me pregunto si tengo las cejas congeladas.

—Por aquí —le indicó Rolfa con una voz más aguda y leve de lo habitual, precisa pero apenas audible, como si tras ella no hubiera aliento o personalidad. Le mostró una habitación que le cortó la respiración.

Esto es Capitalismo, se dijo. Creía que lo que veían sus ojos era Capitalismo. Era la única palabra que tenía para calificarlo.

Había una mesa de caoba pulida a cuyas patas habían sido clavadas unas pequeñas estacas de madera tosca para darle la altura necesaria para los IG. Había más cuadros auténticos en las paredes y desde arriba caía una cascada de luz

refractada por su paso a través del cristal. En el centro de la mesa había una enorme fuente de plata cubierta que medía de largo el doble de la estatura de Milena. Había cuchillos de plata, tenedores de plata, candelabros de plata, sillas de caoba a juego y en la esquina, un cubo de basura de lata que incluso con el frío que hacía, apestaba a pescado.

«¿Y si todavía seguimos trabajando para ellos?», pensó Milena.

Una puerta se abrió y entró una hembra Polar caminando de espaldas. Llevaba un vestido naranja abombado y arrastraba una especie de tanque de porcelana, una cuba de comida.

—¡Eh, Apretada! —le dijo a Milena.

El tono no era hostil. Colocó la cuba encima de la mesa y buscó en el corpiño del vestido.

—¿Quieres unos mitones?

—¡Ay, sí, por favor! —aceptó Milena enseguida.

—Lo suponía —dijo la IG haciéndole a Rolfa un gesto con el labio arrugado—. Toma —añadió lanzando hacia Milena una bola de lana.

Milena la desenroscó con los dedos temblorosos. Eran guantes diseñados para contar dinero durante las tormentas de la Antártida. Los dedos no tenían puntas. Parecían totalmente propios de un mendigo, como si los hubieran mordisqueado los ratones.

—Ésta es mi hermana, Zoe —dijo Rolfa.

—Y tú eres Milena —dijo Zoe.

Milena tenía demasiado frío para contestarle, así que Zoe se marchó moviendo la cabeza como queriendo decir que no estaba allí por elección propia. Según salió Zoe, entró otra hermana.

Era incluso más grande y tenía las mejillas deformadas por el esfuerzo de reprimir una sonrisa. Miró a Rolfa y a Milena y estuvo a punto de volcar dos baldes de comida sobre la mesa. Salió corriendo. Se escuchó una oleada de carcajadas provenientes de detrás de la puerta batiente, seguida de susurros y escupitajos.

—Ésa es Ángela —dijo Rolfa.

Milena se sentó. La mesa le quedaba a la altura de la barbilla. Las dos hermanas volvieron a entrar, vestidas a juego, mirándose y batiendo sus largas pestañas negras por encima de unos abanicos japoneses con los que se abanicaban. Se sentaron suavemente y se colocaron las servilletas sobre el regazo. Zoe tenía el pelo enroscado en un aro que le formaba un lustroso, largo y suelto arco en la parte de atrás de la cabeza, al estilo Navajo, según Milena fue informada por sus virus.

—Me gusta tu pelo —dijo.

—¿De verdad? —dijo Zoe sonriendo y quitándose el abanico de la cara. Pestañeó con coquetería—. ¿Te gusta también mi bigote?

Entonces, Milena vio que también tenía el bigote enroscado en dos aros, uno en cada extremo.

—Yo también tenía el mismo problema con el mío —dijo Milena en un arrebato instintivo.

El aleteo de pestañas se detuvo.

—Lo que pasa es que ahora me lo afeito —dijo Milena con un suspiro.

Detrás de Milena sonó un chasquido y una especie de soplido hosco. Milena se dio la vuelta y se encontró con un IG bajito. Era rechoncho y tenía el pelo erizado y los mofletes hinchados como si estuviera furioso. Estaba pulsando los botones de un pequeño aparato que emitía un zumbido e imprimía un resultado en papel.

Se trepó a una silla más alta, arrancó un trozo de papel y se lo enganchó en el pelaje con un pasador de pelo. Estaba tan cubierto de trocitos de papel que parecía un árbol de Navidad.

—¿Comemos o qué? —preguntó y siguió pulsando botones.

—Sí, papá, por supuesto —dijo Ángela levantándose.

Destapó la fuente gigante con una especie de destello malicioso. El metal repicó.

Iban a comerse una foca, una foca asada entera. Los ojos se le habían puesto blancos y estaba rodeada de un foso de grasa amarillenta.

El padre de Rolfa alargó un brazo para arrancar uno de los ojos.

—¡Papá! —exclamó Ángela—. Por favor, ten en cuenta a nuestra invitada.

—¿Quieres un ojo, Apretada? —le preguntó el padre a Milena.

—Sí, gracias —respondió Milena con decisión.

El padre lo puso en un plato y se lo pasó. El ojo rodó. Milena se lo metió en la boca con la mirada clavada en Ángela.

«Es una uva —se dijo Milena—, no es más que una uva».

Crujió al morderlo.

—Evidentemente, estamos exhibiendo nuestros mejores modales para usted, Señora Malena —dijo Ángela cuando empezaba a trinchar la foca Normalmente destrozamos el cadáver con nuestras propias garras.

Depositó con habilidad un filete de foca en el plato de Milena, sin que cayera una sola gota de grasa.

—¿Un poco de vino, Señora Melena? Lo hacemos nosotros mismos a base de desperdicios. Espero que le guste.

—¡Bah! No se preocupe por mí, yo bebo cualquier cosa.

—Si eres amiga de Rolfa —dijo Zoe con voz seria— seguramente no te quede más remedio.

Ángela siguió sirviendo.

—*Ma chère* —dijo dirigiéndose a su hermana—, se te ha caído la ser-vi-lle-ta.

Dividió la palabra en gajos como una naranja, para hacer una gracia.

Estaban burlándose de Rolfa, de los Apretados y de la forma en que imaginaban que los Apretados se las imaginaban a ellas.

«Sois unas tías divertidas —pensó Milena—, pero eso no significa que vaya a envainármelas todas».

—Intenta no sonarte la nariz con ella esta vez, *ma petite*. ¿Sabía, Señora Mi-Mema, que la última vez que se le cayó la ser-vi-lle-ta, la recogió y se sonó los mocos con ella y resultó ser el dobladillo de mi vestido?

—Bueno —dijo Milena tomando un sorbo de vino—, eso es mejor que si se hubiera limpiado el culo con él.

—Niñas, si vais a seguir así podéis ir levantándoos de la mesa —dijo el padre.

La operación de comer de verdad dio comienzo. Fue larga y ruidosa. Se repartieron puñados de algas hervidas en los píalos, que fueron engullidas. La ensalada de acompañamiento consistía en caballa entera cruda. El padre de Rolfa se metió una entera en la boca sujetándola por la cola y mascándola tranquila y ruidosamente. Las patas de la foca eran otra exquisitez.

—No te comas las uñas de las patas, Zoe —dijo Ángela—. ¿Qué va a pensar Doña Mierdena?

—Parece que tenéis algún tipo de problema con mi nombre —dijo Milena desistiendo de cortar su filete de foca. Tenía que mantener los brazos casi por encima de la cabeza para llegar a él—. Mi nombre es Milena y mi apellido es Shibush. Aunque mi familia procede de Europa del Este, el apellido en sí es libanés. Tengo entendido que el vuestro es también de origen asiático, ¿no es así?

El silencio se podía cortar.

Rolfa no dijo nada. Con la mirada fija en el plato siguió comiendo, con unos modales tan exageradamente exquisitos que a Milena le daban ganas de lanzarle la chuleta de foca. Cuando le pidieron que pasara la sal, alargó el brazo en silencio atravesando toda la mesa con un movimiento tan lento como el de una bisagra oxidada. Rolfa se escondía incluso aquí, en lo que se suponía que era su hogar.

El padre olisqueó y, con aires de amo y señor, barrió con una mano unas algas que estaban en la mesa hasta que cayeron por el borde en su otra mano y luego las tiró hacia atrás por encima del hombro.

—Así que ahora trabajas en la Ciudad de Mentira, ¿verdad, Apretada?

—¿Me hablaba usted a mí? —preguntó Milena.

—A la foca no era.

—Me llamo Milena, tal vez nadie se lo haya dicho.

—Vale, Mili, ¿es ahí donde trabajas?

—El Teatro Nacional de Gran Bretaña del Sur. Sí, ahí es donde trabajo.

—Por favor, ¿podrías explicarle a mi hija cuál es la actitud reinante en ese lugar

hacia los IG? Por ejemplo. ¿La dejarían cantar ahí algún día?

¿Era ése el sueño de Rolfa? A Milena se le partió el corazón por su amiga. «Rolfa, Rolfa, escondiéndote en los túneles no llegarás a cantar en el Zoo». Milena la miró ensimismada mientras cogía su copa de vino ceremoniosamente.

—No, probablemente no —dijo con suavidad Milena en respuesta a la pregunta del padre.

—¡Eh, Rolfa! Es de ti de quien estamos hablando. ¿Es que no me has oído? ¡Rolfa! —Su padre le gritó dando un puñetazo en la mesa que hizo que Rolfa diera un salto junto a la cristalería y la vajilla de plata—. Mírate al menos una vez, niña. Nunca te dejarán cantar, estás totalmente cubierta de pelo.

Rolfa cogió su tenedor y su cuchillo de plata y empezó de nuevo a comer en silencio.

—Su hija es mejor cantante que la mayoría de los que están en el Teatro Nacional —dijo Milena con cautela— y también podría convertirse en una excelente compositora. —Milena buscó alguna expresión de sorpresa en el rostro de Rolfa, pero no parecía más que una máscara—. Si recibiera un poco de ayuda o de formación, o de apoyo…

Milena enmudeció. «Ha tenido que hacerlo todo por sí misma —pensó—. Ha tenido que hacerlo todo ella sola».

—¿Es eso cierto? —preguntó Zoe inclinándose hacia delante.

A Milena se le hincharon los ojos como dos globitos a punto de reventar. A modo de repuesta no pudo más que asentir con la cabeza.

—¿Podrías explicarme por qué es tan cerda? —preguntó su padre.

—Porque su padre también lo es —replicó Milena sintiéndose como si le hubiera escupido.

Él se dio cuenta y precisamente por eso le gustó Milena. Soltó una carcajada y mostró sus caninos colmillos.

—Joder que sí —dijo, y soltó un eructo.

—¿Qué *hace* en todo el día? —preguntó Zoe preocupada.

—Lo siento, pero no estoy dispuesta a hablar de Rolfa como si ella no estuviera presente.

—Sencillamente da vueltas por ahí —dijo el padre en respuesta a la pregunta de Zoe—, cree que algo va a suceder, que va a bajar un ángel del cielo o algo.

—Ya ha perdido bastante tiempo y dinero —dijo volviéndose hacia Milena—. A finales de verano se irá a la Antártida.

—¿A la Antártida? ¿Se refiere al Polo Sur? —dijo Milena atontada por la impresión—. ¿Por qué?

—Porque —respondió el padre con tono sarcástico y adulador— ahí es donde nosotros ganamos dinero.

Milena se percató de que estaba sonriendo de rabia y a causa de lo absurdo de la situación.

—¿Pero qué va a hacer *Rolfa* en la Antártida?

—Trabajar un poco, para variar —dijo el padre—. Nosotros no somos como vosotros, las personas. Nosotros tenemos compromisos los unos con los otros. Entre nosotros, las mujeres hacen el mismo trabajo que los hombres o les pateamos el culo hasta que lo hacen. Se irá a la Antártida antes de Año Nuevo… —se echó a reír entre dientes— o le arranco la cabeza.

—Creo que eso es lo peor que he escuchado en toda mi vida —dijo Milena.

—Tú eres una Apretada —dijo el padre encogiéndose de hombros—. Tu mente está infectada, llena de gérmenes. A nosotros nadie nos infecta la mente. Nadie nos dice lo que tenemos que hacer. Vosotros nos llamáis, ¿cómo era?, «especie relacionada con la inteligencia». Personalmente opino que somos los únicos seres humanos que quedan, pero no importa, porque si no nos consideráis seres humanos no tenemos que observar vuestras estúpidas leyes. No tenemos que dejar que nos hinchen la cabeza a enfermedades, llegamos a una edad decente y hacemos lo que nos da la jodida gana cuando nos da la jodida gana. ¿Y sabes una cosa, Apretada? A vosotras, las personas, eso os viene muy bien. Os parece muy útil que haya gente que quede al margen de vuestro pequeño ejercicio de control mental.

Milena sintió el frío aliento de la verdad.

El padre se despegó una tira de papel de calculadora y lo examinó.

—Así que —dijo como distraído— de lo que estamos hablando aquí es de definiciones legales. Aquí, mi hija, dice: «quiero hacer música pre-ci-oooo-saaaa».

Tenía la voz cargada de desdén.

—Se junta con los Apretados, quiere ser una Apretada. Si consiguiera que la consideraran una Apretada podría arruinar todo nuestro estilo de vida. ¿Crees que vamos a permitir que lo haga?

—No —respondió Milena con voz casi inaudible.

—Lo sabes de sobra —dijo el padre.

Ya había terminado con el papel, lo arrugó y lo tiró en su plato.

Rolfa seguía comiendo lentamente y con la mirada fija en la comida. «Bueno, Rolfa, ¿es que no tienes nada que decir? Yo no puedo evitarlo, si tú dejas que te hagan esto yo no puedo evitarlo».

—Para nosotros, ir a la Antártida es como ir al colegio. Todo el mundo lo hace y tal vez conozca a un buen hombre —dijo Ángela tratando de sonar alegre y alentadora.

El padre se puso a teclear números y se escuchó un zumbido de papel.

«Rolfa, eres un pedazo de zoquete». Milena se sintió traicionada. Empezó a darle vueltas y más vueltas a la carne en la boca. «¿Por qué estaré comiéndome esto? No

necesito comer». Escupió el trozo de foca en el plato. «Esto es lo que pienso de todos vosotros».

—Puedo traerte una tortilla —ofreció Zoe.

«Tampoco necesito hablar». Negó con la cabeza. Tomó un trago. El vino estaba agrio y fuerte, lo que le pareció apropiado. «Ojalá que os congeléis todos en el infierno. ¿Qué hago aquí sentada?».

Milena se terminó el vino echándoselo gaznate abajo y se levantó. Rolfa se movió por fin, se giró de repente hacia ella.

—Está bien, tú no te muevas —dijo Milena.

Luego, dirigiéndose a la familia, les deseó buen provecho y se marchó.

A medida que bajaba las escaleras, echó a correr. Corrió hacia la puerta y tiró el abrigo. Había cristales de hielo en las fibras de la moqueta. ¿Quién necesita el invierno? Milena abrió de par en par la puerta de la entrada y así la dejó cuando se adentró en las temperaturas humanas, en el cálido abrigo de la noche de verano. Todavía llevaba los guantes de mendigo.

Caminó enfurecida, tan rabiosa que no era capaz de pensar. Sentía que se avecinaba una tragedia tan inmensa que parecía estar en las verjas de hierro, en los pórticos de estilo clásico de Kensington, en las chimeneas que se recortaban contra el cielo, parecía formar parte de la gente con que se cruzaba encorvada y vacilante como si las aceras fueran demasiado estrechas. Caminó por las desconocidas calles trazando el mismo círculo una y otra vez.

Volvió a encontrarse frente a la casa Polar, cremosa toda ella y de color azul hielo en la noche veraniega. Algo se derrumbó en su interior.

—¡Rolfa! —gritó—. ¡Rolfa, Rolfa! —Se puso frenética y lanzó un adoquín de la acera contra la casa.

—Estoy aquí —dijo una voz—. ¡No grites!

Era una silueta, una sombra situada en una ventana abierta de uno de los pisos superiores. Rolfa había estado sola en la oscuridad.

Milena esperó en silencio a la luz de la luna, rodeándose el cuerpo con los brazos. Zapateó con impaciencia para conseguir que la sangre le fluyera hasta los dedos de los pies que se le estaban helando. Entonces se oyó un suave chasquido y Rolfa apareció junto a la entrada con algo en las manos, una manta. Volvía a llevar puestos sus pantalones cortos y sus zapatillas de lona.

Se acercó por un lateral, caminando encogida como quien pisa cristales rotos. «Con miedo de mí, con miedo de todo el mundo», pensó Milena. Cuando estuvo cerca, la golpeó.

—¡Tú se lo permites! Se lo permites a todos. Vas a dejarles que lo hagan y no tienes derecho. ¿Vas a pasarte la vida picando piedra? ¡Vaya estúpida y jodida forma de malgastarla!

Rolfa se volvió tristemente hacia ella. Milena escuchó el ruido del viento entre los árboles.

—No te quedes ahí parada.

Más silencio y más aplausos de las hojas.

—¡Haz algo! —Milena había levantado los brazos y tenía los dedos abiertos y curvados, como garras.

Rolfa la abrazó. Milena sintió de repente unos brazos largos, cálidos y suaves que la rodeaban y la apretaban contra el vientre de Rolfa.

—Calla, Pequeña, calla —dijo.

A Milena se le empezó a oscurecer y a difuminar la visión por los bordes. «Voy a desmayarme», pensó, y lo hizo como quien piensa en un chiste, para que pareciera ridículo y no sucediera. Entonces sus rodillas cedieron. «De verdad voy a desmayarme». La gente de verdad no se desmaya.

—Teeennque seeen aaar meee —dijo.

Intentó decir que necesitaba sentarse cuando de repente notó que la levantaban. El estómago le dio un vuelco y pensó que iba a vomitar. Vio a la luna subir y bajar en el cielo como una golondrina y sintió cómo la depositaban sobre la hierba. Se arrellanó en ella y se quedó completamente quieta.

—Las Pequeñas no deberían beber tanto —dijo Rolfa.

Milena deseó que su ropa hubiera estado desabrochada. Quería apoyar tan sólo la punta de los dedos en la palma de la mano de Rolfa, pero no pudo encontrarla. Sólo había hierba y luego, oscuridad.

¿Le había dado Rolfa un beso en la coronilla? ¿Le había acariciado el pelo?

Capítulo 5

Farsa (Sólo para nosotros, los Vampiros)

Cuando Milena se despertó, se le había pasado. Ya había tenido bastante.

Abrió los ojos en su propia cama, en su pequeña habitación de la Shell y se preguntó cómo había llegado hasta allí. No se acordaba. Se incorporó en la cama. Tenía la espalda contracturada y le dolían todos los huesos de la cabeza alrededor de los ojos y las sienes.

Ya no quería tener a Rolfa. El simple hecho de pensar en ella, en su olor, en sus dientes, la hacía sentirse mal. Había asociado esos pensamientos a la sensación de dolor. Ella que había estado enferma de amor, ahora el amor la ponía enferma.

«No hay nada como una terapia de choque», pensó y un estornudo húmedo y violento la cogió por sorpresa. Se preguntó vagamente qué hora sería y sus virus se lo dijeron. «¡Por Marx y Lenin! —pensó—. ¡Esta mañana tenía una representación de *Trabajos de amor perdidos*! Me la he saltado». Se sintió aliviada. Perderse una representación era lo correcto. Emitió un gemido y se recostó en la cama.

Entonces, se abrió la puerta y entró una extraña.

«Se ha equivocado —pensó Milena—, todas las habitaciones se parecen».

Articuló una sonrisa forzada, de tolerancia, y esperó a que la señora se diera cuenta de que se había equivocado de cuarto. La mujer empezó a usar su toalla. Era una mujer con dulces y grandes ojos negros, pelo moreno y precioso cutis caoba, sin rodopsina. Era enorme.

Entonces se dio cuenta de que le había crecido pelo, como barba de tres días, por los hombros y los brazos y de que tenía cortes de maquinilla de afeitar entrecruzados.

—Me he afeitado —dijo la mujer con una voz que le resultó triste y familiar.

—¿Rolfa? —dijo Milena sentándose en la cama.

—He decidido largarme —dijo Rolfa.

Se acercó arrastrando los pies y se sentó en el borde de la cama.

—Tuve que traerte en brazos.

Rolfa tenía una cara rara sin el pelo, mofletuda y como sin barbilla, con una boca diminuta y fina que parecía estar demasiado hundida entre la barbilla y la nariz. Pero sus ojos negro y líquidos estaban igual.

—No saben que estoy aquí —dijo—, ¿puedo quedarme?

Milena no estaba segura de sus sentimientos.

—Sí, sí, claro. ¿Qué te has traído? —preguntó refiriéndose a ropa, zapatos, cepillo de dientes, etc.

—A Cerdito —dijo Rolfa recogiendo del suelo una bola informe de fieltro que era

una especie de juguete de peluche—. Cerdito va conmigo a todas partes.

Rolfa sentó a Cerdito en su regazo mirando hacia ella y lo contempló con cariño.

Cerdito despedía un olor a restos de galleta que llegaba basta donde estaba Milena.

—¿No has traído nada más? —preguntó Milena con suavidad.

—No tenía nada más que traer —respondió Rolfa sonriendo—. Cogí un poco de dinero, dirán que lo robé. Eso hice.

Bajó la mirada hacia Cerdito.

—¿Vendrán a buscarte?

—Tienen miedo —dijo Rolfa negando con la cabeza—. Papá tendrá miedo. La Familia dice que sus genes son impuros porque es así de bajo. Intentará evitar que me haga notar para que no se den cuenta. Intentará encontrarme él mismo. Estaremos seguras durante un tiempo. Estaremos bien durante un tiempo.

Miró a Milena como quien hace una promesa.

—Y luego llamarán a los sabuesos.

—Será mejor que vaya diciéndole a la gente que no le digan a nadie dónde vivo.

—Hay un problema —dijo Rolfa dándose la vuelta.

Bajo la barata blusa nueva había un mechón de pelo.

—No alcanzaba —dijo pasándole la maquinilla de afeitar.

Milena regresó de las duchas con una palangana de agua caliente. Estaban violentas, calladas. Rolfa se quitó la blusa pero la sujetó contra su cuerpo, algo que nunca había hecho cuando tenía pelaje. Tenía la piel arrancada, cortada, destrozada. Había grandes zonas con pelo que la maquinilla se había dejado atrás. Milena cortó el pelo de la espalda haciendo sierra con el cuchillo de cocina, utilizó el jabón de las duchas para hacer espuma y luego usó la maquinilla. Rolfa maullaba en voz baja mientras el pelo iba cayendo en mechones jabonosos.

—Tengo frío —se quejó.

A Milena le parecía que estaba caliente, en estado febril.

—Vamos a taparte con una manta.

Dejó a Rolfa envuelta encima de la cama. La miraba con tal gesto de confianza que dudó de sí misma.

«Bueno —pensó Milena—, ya la tengo». ¿Qué hago ahora con ella?

El regalo había llegado de forma demasiado inesperada, demasiado íntegra.

Milena se dirigió a todos y cada uno de los mostradores de información del Zoo. Todos tenían exceso de personal. Les pidió a los chiquillos que trabajaban allí que no le dijeran a nadie dónde vivía.

—Decid que nunca habéis oído hablar de mí —les dijo a los niños—. Decid que no hay ningún registro con mi nombre.

Milena no conocía las formas que podía revestir el amor. Vivía sola y no era

capaz de recordar a sus amigos de la infancia. Los recuerdos de su madre se habían desvanecido, sólo podía recrear a su madre como una mancha tenue y cálida de color malva. ¿Cómo hacía la gente para vivir día a día el amor? Milena se sentía llena de dudas.

Volvió a su cuartito, a su cama, su fregadero y su cocina. Ahora estaba todo enterrado en papeles. Rolfa había encontrado los libros y los papeles que ella había rescatado de las ruinas de su nido. Estaba tumbada boca abajo ocupando todo el suelo. El fregadero estaba lleno de libros con la cubierta rota y hojas de papel sueltas. También había una pila encima de la cocina, y olor a quemado. «¡Fuego!», pensó Milena dirigiéndose a la cocina. Los papeles estaban intactos a pesar de que había un hedor acre, a chamuscado. «¿Cómo ha conseguido hacer todo esto?».

—Mira lo que he encontrado —dijo Rolfa levantando un libro que parecía arrugado, como si alguien se lo hubiera olvidado en la calle y se hubiera empapado de lluvia.

Tenía manchas circulares en la tapa.

—¡Ah! —dijo Milena.

El título había quedado ilegible.

—¿Crees que podrías llamarme Pooh tal vez?

La palabra Pooh le traía a la mente algo bastante concreto y desagradable que desde luego no era un osito de peluche[4].

—¿Por qué demonios quieres que te llame así? —preguntó.

—Pooh —repitió Rolfa—, Pooh, tienes que haber oído hablar de Pooh. Es un oso. Sale en un libro.

—¿Una novela de los IG? —Milena tuvo de pronto una visión acerca de la existencia de toda una literatura Polar—. ¿Es nueva?

—No, no —dijo Rolfa levantándose—. Mira. Y le enseñó a Milena un dibujo de Pooh.

—No forma parte de la cultura —dijo Milena refiriéndose a que no había virus de él.

«Rolfa lee libros desconocidos», pensó con admiración.

—Tú podrías llamarme Pooh y yo te llamaría Christopher Robin.

—¿Por qué? —dijo Milena con recelo.

—Mira, fíjate. Este es Christopher Robin.

Había un dibujo de una personita pulcra con una melena cortada a lo paje, vestida con pantalones cortos, sandalias y una blusa, y con un gran paraguas en la mano. No había duda de que Milena tenía toda la pinta de Christopher Robin.

—No —dijo Milena.

—Iba a llamarte Igor[5] —dijo Rolfa—, también es refunfuñón.

—Te diré lo que haremos. Si te llamo Pooh —algo realmente desagradable—,

¿prometes, *me prometes* que no me llamarás Christopher Robin?

Rolfa asintió solemnemente. Todavía se le metía el pelo en los ojos. Pestañeó y vio a Milena contemplando el estado en que se encontraba la habitación.

—Pooh es muy desordenada —dijo Rolfa.

—Sí —dijo Milena asintiendo con la cabeza.

—Pero tiene otras virtudes —dijo, e hizo una pausa para morderse el labio—. Siento lo de las alubias.

—¿Qué pasa con las alubias?

—Tenía un poco de hambre y lo único que encontré fue un bambú lleno de alubias, así que intenté calentarlas.

Milena vio su único cazo casi totalmente cubierto por la partitura de *Peer Gynt* y lleno de alubias crujientes y bajas en calorías tan carbonizadas que habían pasado a formar parte inseparable de él.

—Te compraré otro —se excusó Rolfa.

—Vale —dijo Milena sacudiéndose el carbón de la punta de los dedos.

Respiró profundamente para calmarse y se puso a explicarle las normas de la casa:

—La ropa sucia va en esta bolsa y la ropa limpia en esta otra. Los platos sucios aquí.

Rolfa asintió con vehemencia:

—Sí, sí.

Siempre había que fregar los platos después de la cena.

«¿Por qué será que no me creo nada?», pensó Milena.

—Tengo hambre —dijo Rolfa con mansa expectación.

Cogieron un taxi acuático río arriba. El motorcito de vapor crepitaba expulsando nubes de vapor enroscadas, con forma de donuts. Fueron a los Jardines que había junto al río, al otro lado de Battersea, donde a nadie se le ocurriría buscarlas.

Había allí una antigua estupa, una de las primeras que se construyeron en Londres. Milena y Rolfa almorzaron al lado, bajo una marquesina. Estaba lleno de gente por todas partes y de vapor y chisporroteos provenientes de los woks. La gente estaba sentada en bancos discutiendo con los niños, que querían pedir otra clase de comida.

—¡Siempre eliges por mí! ¡Puedo hacerlo yo solo! —se quejaban los críos, que querían pedir comida desabrida—. ¡Ni hablar de que lo pidas todo hasta arriba de pimienta, tienes las papilas gustativas achicharradas! —protestaba un bebé que estaba en brazos. Afuera, en el césped, había unos acróbatas pero los bebés no querían que los entretuvieran.

La gente caminaba de la mano o se asomaban al río apoyados en la barandilla, hombro con hombro. «La gente vive en pareja —se dijo Milena—, la mayoría de la

gente vive con alguien». Sintió admiración por la forma en que lo sobrellevaban. Pensó que tenía que ser posible, que tenía que haber una forma de conseguirlo. Cuando veía a las parejas, Milena solía sentirse como una botella limpia con un mensaje dentro que nadie había leído. Ahora empezaba a tener la sensación de pertenecer a ese grupo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Rolfa como si todo en este nuevo mundo respondiera a una refinada rutina.

Regresaron caminando por la otra orilla del río. Había niños a todo lo largo del Embankment, que jugaban con aros encima de las barcazas amarradas. Había un atasco de carros que se dirigían a las dependencias de los servicios sociales, cargados de mercancía del mercado que iba a ser revendida. Sobre ellos iban niños tumbados tocando la armónica encima de los melones. En la acera había un grupo de mujeres sentadas con las piernas cruzadas que se dedicaban a reparar zapatos con astillas de bambú. Eran zapateras. Una mujer rubia y menuda, con gafas y con un dedal puesto, empezó a hablar pletórica de orgullo: «Bueno, pues mi Johnny…».

Rolfa y Milena se sentaron en una iglesia antigua de la plaza de John Smith a escuchar a un coro que estaba ensayando madrigales. Fueron a un mercado que estaba por fuera de la Abadía de Westminster. Rolfa tenía hambre otra vez. Se compró un poco de pescado seco y lo masticó como si de caramelos se tratara. Compró un cazo nuevo, pan, verduras y más pescado. Atravesaron el puente de Westminster a pie, envueltas en la puesta de sol de Agosto y pasaron junto a unos tragafuegos que lanzaban llamaradas ante las miradas de los niños. Unos hombres gordos en pantalones cortos de cuadros escoceses, tal vez miembros del Partido, se reían y les daban dinero. Se iba a celebrar una carrera de avestruces por el puente y los jockeys estaban intentando treparse a sus lomos. Tenían unos ganchos sujetos a la altura de los ojos y se abalanzaban hacia delante. Una de ellas dio un montón de vueltas y finalmente echó a correr en la dirección equivocada. Sonaban vítores. Milena se sintió joven por primera vez hasta donde alcanzaba su memoria. Rolfa y ella volvieron a la Shell.

Encendieron una vela y sortearon los papeles de Rolfa. Volvieron a meter las páginas de los libros en sus tapas y juntaron los trozos de varias partituras. Trabajaron en silencio. Iban a tener que compartir la cama.

Era una camita pequeña y Milena, Rolfa y Cerdito iban a tener que caber en ella. Cuando llegó el momento, Milena se sorprendió de lo sencillo que era dormir con Rolfa. Simplemente se quitó la ropa y se metió debajo del cubrecama. Se puso a roncar sin más preámbulos. Milena se acostó junto a ella con un leve temblor en la barriga.

Rolfa estaba caliente y sacaba los pies por el borde de la cama para refrescárselos.

Roncaba como un dragón, con grandes ronquidos borboteantes, agónicos silbidos asmáticos, oleadas de sonidos como de un caballo que estuviera resoplando por la nariz.

Milena se quedó mirando al techo fijamente en la oscuridad y sintió cómo un hilillo de sudor le corría por la frente.

—Rolfa, por favor —pidió.

—Hum, síií —dijo Rolfa.

Milena alargó el brazo y le tapó la boca. Los ronquidos cesaron y luego volvieron a empezar. Le sacudió el hombro con la mano. Estaba caliente como un radiador y pinchaba por los pelos afeitados que ya sobresalían.

Milena decidió que Cerdito también olía a vómitos de niño.

Por fin se durmió como en estado febril, una cabezada ligera durante la cual estuvo soñando. Soñó que Rolfa se tendía encima de ella, la cubría entera y hacían el amor. En cierto modo, era como si la restregaran con papel de lija caliente. Hasta sintió las cerdas contra las mejillas y en las puntas de los dedos. Se despertó en la oscuridad, eufórica, pensando que había sido real, extendió la mano y se encontró con que la cama estaba fría y desierta.

Había un chisporroteo. Milena levantó la vista y vio una llama. Rolfa estaba friendo algo en la lumbre de la estufa de un solo fuego. Olía a pescado.

—Tienes pulgas —dijo Rolfa de mal humor.

—No, no tengo —dijo Milena somnolienta apoyándose en la almohada. Los humanos no podían tener pulgas.

—¡Me están comiendo viva! —exclamó Rolfa.

Milena percibió levemente unos movimientos en la cama. Volvió la cabeza. Había unas pizcas en la almohada y se sentó para echarles un vistazo.

—¡Ah! —dijo cayendo en la cuenta—. ¡Ah! Eso es mi sistema inmunológico.

—¿Qué son, pulgas amaestradas? —dijo Rolfa.

Cuando se enfadaba se ponía en plan aristócrata.

—No —dijo Milena sintiéndose avergonzada y abatida. El hecho de que hubiera olvidado ese detalle demostraba crudamente que nunca había estado enamorada—. No, les llamamos Ratones, se comen a las pulgas, a los esquistosomas, a los anquilostomas… Viven en nuestra piel, fueron diseñados mediante ingeniería genética cuando aumentaron las temperaturas. Tú eres un cuerpo extraño y te están tomando por una enfermedad.

—¡Qué encantador! —dijo Rolfa.

—Luego se acostumbran. Es lo que nos pasa siempre, es lo que pasa cuando dos personas se hacen amantes.

¿Amantes? ¡Uf! Milena abrió unos ojos como platos, alarmada, y se quedó mirando a Rolfa esperando alguna reacción por su parte. Rolfa siguió cocinando.

—Pero nosotras no somos amantes, ¿verdad? —dijo Milena unos instantes después.

—No —dijo Rolfa suavemente, y dirigió la vista hacia ella—. Estoy haciendo pan frito y bocadillos de sardinas, ¿quieres uno?

—No, gracias —susurró Milena. Se sentó en la cama y se puso a observar a Rolfa con la cabeza apoyada en los brazos. No iba a ser como ella lo había soñado, ni tampoco como la enfermedad. Vivir con Rolfa sería algo más sereno y seguro.

—Ahí voy, con pulgas y todo —dijo Rolfa sentándose con las piernas cruzadas en la cama y poniéndose a masticar.

Milena pensó que la cama iba a estar semanas llena de migas y oliendo a pescado, pero no le importó.

Por la mañana, se levantó y se fue a los ensayos. Dejó a Rolfa leyendo uno de los libros rotos. Cuando bajaba las escaleras y avanzaba por la acera en la que se reflejaba el sol de la mañana, el pensamiento de que Rolfa estaría en la habitación cuando ella regresara hacía el efecto de un calentador de manos como los que la gente llevaba en invierno, una cajita en la que se consumía una brasa de carbón. Incluso no le importó ir a *Trabajos de amor perdidos*.

En la vacía sala de ensayos reinaba una gran excitación.

—¡Ay, Milena, te lo perdiste! —dijo una de las doncellas de la Princesa. Milena y ella no solían hablar.

—¿Perderme el qué?

—Ay —dijo la actriz sin saber por dónde empezar—, ya no vamos a representar la obra vieja, vamos a montar una nueva, nuestra.

Entró el director, parecía enfebrecido, tenía los ojos brillantes. Milena pensó que no debía estar bien.

—Bien —dijo—. Todo el mundo listo para El Nacimiento del Nuevo Teatro, segunda parte. Milena, ayer no estuviste. Vamos a hacer la primera escena de Dull, venga.

«¡Qué energías! —pensó Milena—, ¿qué le pasa a éste?».

Representó a Dull como siempre lo había hecho, pero ahora cada vez que hablaba escuchaba las risitas cariñosas de los demás actores.

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo el director.

—Dull no es tonto, es listo —dijo Berowne.

«¿Qué está pasando aquí? —se preguntó Milena—. ¿Les ha *gustado* mi Dull?».

Milena sintió una especie de vértigo.

«Conozco esta sensación —pensó—. Creo que la conozco de la infancia. Hay algo nuevo que no comprendes, por eso te sientes confusa».

Era la más extraña de las sensaciones. Era como si estuviera al final de un pasillo

largo y oscuro y alguien le estuviera hablando desde el otro extremo. La voz venía desde tan lejos y estaba tan distorsionada por el eco que no se entendía lo que decía y la persona que estaba hablando desde tan lejos era ella misma.

«Ha sido un relámpago de memoria. Estoy intentando recordar algo», pensó.

—Bien —dijo el director—. Volvemos a Armado y Mote.

Batió las palmas autoritariamente y los personajes ocuparon sus puestos.

Milena se sentía como si acabara de despertar de un sueño.

«De verdad no recuerdo nada en absoluto. Nada de nada. Mi niñez se ha esfumado por completo, excepto sus comienzos».

«Algo destrozó mi niñez».

La obra volvió a empezar.

Armado y el niño llamado Mote entraron sin disfrazar, con ropa de calle.

Desde la primera palabra de la obra Milena advirtió que era totalmente diferente.

En la producción original, que tanto habían detestado imitar los actores, Armado era un pícaro y pomposo fanfarrón que llevaba un sombrero con muchas plumas. El niño Mote le imitaba, así que era pícaro y pomposo también porque el otro iba a convertirse en su amo.

Era una sutileza de la obra que quedaba fuera del alcance de estos jóvenes actores. Lo que mostraba este Mote era inocencia, tenía permiso para volver a ser un niño. Estaba radiante de felicidad y bailaba con la alegría que había en las palabras.

—Tararea la canción que te venga a la cabeza y lleva el ritmo con los pies —dijo balanceándose en cada una de las sílabas.

Los actores le aplaudieron cuando terminó.

—Son las palabras —dijo tímidamente— son *virulentas*.

Trabajaron hasta bien entrada la tarde, sin percatarse de ello en absoluto. El tiempo había dejado de ser un problema para convertirse en algo delicioso, en el medio en que nadaban las palabras y las representaciones.

«Tiene vida —pensó Milena—, ha cobrado vida». Fue observando a medida que se sucedían las actuaciones.

Ahora la Princesa de la obra se daba menos aires de superioridad, era más precavida y estaba más confusa. El Rey era menos estúpido, había pasado a ser un hombre más bondadoso y más tranquilo. Por primera vez resultaba creíble que pudieran amarse el uno al otro. Los actores se regocijaban al verse actuar entre sí. «Durante toda la maldita obra completa —pensó Milena—. Es como un enorme pez escurridizo. Así es como tiene que ser».

Terminaron a última hora de la tarde, salieron de la sala de ensayos y corrieron las puertas. Salieron todos juntos, eufóricos, cogiéndose unos a otros por el hombro, por el cuello, abrazados a la cintura de su director.

—Al fin y al cabo, ¿quién necesita Animales? —dijo Berowne—. ¡Nosotros

somos todos Animales!

Regresaron en grupo a la Shell diciéndose mutuamente lo bien que habían estado.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? —dijo Milena—. Significa que estamos haciendo mal todas las obras. Deberían ser todas así.

—¡Agg! —dijo el Rey tapándose la boca y tragando saliva con una mueca de fingida preocupación.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Milena.

—Lo que queramos —respondió Berowne.

Y cuando se besaron en las mejillas para irse a sus respectivos cuartos y Milena empezó a subir las escaleras, ya en silencio, junto a unos pocos actores que vivían en su sección de la Shell, sintió que traía noticias. Notaba cómo las noticias se desprendían como una fruta madura a punto de caer. Las noticias se estaban desprendiendo por la certeza de tener alguien a quien contárselas. Tenía a Rolfa.

«Todo está sucediendo a la vez», pensó. Era consciente de que su vida había levantado el vuelo.

Cuando Milena llegó a su habitación, se encontró con que Jacob la estaba esperando.

—Alguien ha estado buscándote, a ti y a Rolfa —dijo levantándose de la cama.

—Un Insidioso —dijo Rolfa recostándose en la cama con aspecto satisfecho—. Papá lo habrá contratado.

—Un hombre alto y delgado —dijo Jacob—. Le dije que aquí no vivía nadie con vuestros nombres.

Milena se quedó concentrada en silencio. Los Insidiosos tenían virus que les ayudaban a buscar y a escabullirse.

—Pueden oír los pensamientos —susurró con miedo.

—No exactamente —dijo Jacob con una sonrisa de oreja a oreja—. No es así.

El ambiente estaba que echaba chispas.

—¿Y cómo es? —preguntó Milena en voz baja—. Tú lo sabes, ¿verdad, Jacob?

Ahí seguía con la sonrisa angelical.

—Captas pensamientos, ves cosas, las sientes en tu cabeza pero son difíciles de entender. Si estás con mucha gente los pensamientos se mezclan. Milena, tienes que estar siempre con gente.

—Así que puedo seguir tomando parte en la representación. ¿Qué pasa si me pilla sola?

Jacob seguía sonriendo.

—Tú eres mucha gente, Milena. Los virus provienen de mucha gente. Deja que ellos hablen por ti. Deja que reciten tu papel, que añadan cosas. Deja que sean ellos los que lean los libros por ti. Así no te encontrarán. Todas estas cosas no son personales.

—¿Y Rolfa? Ella está aquí sola.

—¡Ah, Rolfa! Sus pensamientos no son personales —dijo sonriente volviéndose hacia ella con los ojos entreabiertos.

Así que los Correos eran también Insidiosos. Milena se preguntó *para qué* servían los Correos.

—Será mejor que nos cambiemos de habitación —dijo Milena.

Jacob asintió con la cabeza. Rolfa estaba echada en la cama como si aquello no fuera con ella.

Milena fue a donde Cilla.

—Tenemos que intercambiarnos las habitaciones —le dijo.

—¡Espera, echa el freno! ¿Por qué? —preguntó Cilla.

Le contó la historia y se quedó entusiasmada.

—Venga, ahora mismo —dijo—, vamos a mudarnos.

—¿A otra habitación? —dijo Rolfa sonriendo encantada, al tiempo que se levantaba del suelo de un salto.

Se montó un lío de bolsas y aunque Rolfa se daba una y otra vez en los dinteles de las puertas, se quedaba tan pancha. Tanto las camas como las cocinas, los cazos y los montones de papeles fueron intercambiados en menos de una hora.

—Voy a ir a comprar la cena para todos. Hasta ahora —se despidió Cilla.

La nueva habitación era todavía más pequeña y no tenía vistas al río. Una vez superada la emoción de la persecución y la mudanza, Rolfa se sentó con la mirada perdida, cabizbaja y contrariada.

—Aquí no hay sitio —dijo.

—Hay sitio suficiente, lo hemos metido todo.

—No hay sitio para un piano.

—¿Para un piano? Rolfa, ¿se puede saber cuánto dinero tienes? ¿Suficiente para alimentarte durante un mes? ¿Cuánto dinero crees que tengo yo? —Milena tenía que explicarle que la vida no iba a ser como antes, que iba a tener que vivir la dura y limitada vida de un ser humano—. Nosotros vivimos en cajitas, Rolfa. No hay forma de comprar una vía de escape. No tenemos pianos ni habitaciones suficientemente grandes para ellos.

—¿Dónde puedo tocar entonces?

—Hay salas de ensayo en el Zoo.

—No me dejarán entrar —respondió Rolfa moviéndose impaciente de un lado para otro.

Milena se dio cuenta de que algo tendría que suceder muy pronto. «Así no podremos vivir mucho tiempo», pensó. Algo tiene que pasar muy pronto.

—Siempre podrás cantar —dijo Milena.

—¿Dónde? ¿Dónde puedo cantar? Si me pusiera a cantar aquí la gente me diría

que me callara, y si hay un Insidioso siguiéndome los pasos tengo que permanecer en silencio.

Cilla no llegó con la cena. En su lugar, apareció Jacob con un mensaje.

—Está en vuestra antigua habitación —dijo—. El hombre alto y delgado. Dice que no se irá, está sentado en la cama. Cilla estaba repasando mentalmente *Madame Butterfly* una y otra vez. Él lo sabía. Yo le dije que sus amigos la estaban esperando en el bar para que pudiera marcharse. Cilla le pidió que se fuera y se negó. No sé cuánto tiempo va a seguir ahí, pero creo que pronto vendrá para acá.

Tenían que mudarse otra vez. Hacer una segunda mudanza no tenía gracia, era agotador. Intercambiaron la habitación con el novio de Cilla, un joven y conocido actor que montó un numerito de condescendencia tremendo. A Milena no le gustaba estar en deuda con él.

Pasaron la noche en su nueva y lúgubre habitación, sin tan siquiera encender una vela por si acaso las estuviera mirando el Insidioso. Hablaban en susurros. Rolfa caminaba en círculos a los pies de la cama.

Cuando me portaba mal, Papá me encerraba en el armario —dijo—. Estaba muy oscuro y sabía que nadie iba a venir a buscarme, así que me acostumbré a cantar para mí en la oscuridad. Y resultó que llegué a hacer travesuras como dejar la cama sin hacer o montar un lío tremendo en la cocina sólo para que me encerraran. Sólo era capaz de cantar a oscuras. Aquí, sin embargo, ni siquiera puedo cantar. Es tan pequeño que apenas puedo moverme.

Y Milena volvió a sentirlo, a sentir el eco de la memoria. He hecho esto antes, pensó. Era un hábito, una pauta, algo en lo que podía volver a caer sin pensar en ello. Era como si la hubieran arrancado de la infancia y arrastrado a la madurez tan repentinamente que se hubiera dejado atrás una parte de sí misma. Era como si sólo quedara el olor, la estructura. La extraña y suave criatura que un día fue, había quedado atrás. Su parte infantil no se había dado cuenta de lo que había pasado. Tal vez seguía ahí, en el pasado, hablando todavía.

«No me acuerdo, pero creo que probablemente hablé con los recién llegados. Supongo que en los Jardines de Infancia los huérfanos lloraban por el hogar perdido, incluso si eran hogares que habían llegado a odiar». De repente, Milena encontró la idea de que hubiera niños sin hogar inconmensurablemente conmovedora. Debo haberme sentado a oscuras con ellos, como ahora.

Y ahora estoy hablándole a una niña. Entonces entendió a Rolfa. Rolfa seguía siendo una niña. Milena iba a tener que cuidar de ella durante un tiempo.

—¿Sabes cantar en silencio, como si leyeras música?

—No es lo mismo —replicó Rolfa.

Iba a tener que entrar a formar parte del Consensus, decidió Milena. Si entraba a formar parte del Consensus podría ser Ubicada en el Barrio teatral. Al menos, le

dejarían utilizar las salas de ensayo. Al menos le pagarían, le darían dinero y un sitio donde vivir. «Si pasa algo se irá. Tendrá que irse. ¿Qué diferencia hay entre esto y la Antártida? No deja de ser un exilio». A Milena ni se le ocurrió que ella pudiera ser la diferencia.

Otra noche sin poder dormir. Estaba intentando pensar en lo que podría hacer. ¿Podría pedirle a Jacob que cantara la música que recordara? ¿Podría convencer a Rolfa de que fueran a la habitación de uno de los dirigentes y persuadirla de que cantara así, en frío? Milena se durmió al fin sentada en el suelo con tan sólo la cabeza y los hombros apoyados en la cama.

Se incorporó un rato después, y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Todavía estaba oscuro. Tenía el cubrecama sobre los hombros.

—Llevo toda la vida en la cama —dijo Rolfa—, ¿no hay nada que podamos hacer?

—Hay un mercado que está abierto ahora. Es para los mayoristas y abre temprano. Podríamos ir allí.

Bajaron sigilosamente las escaleras sin iluminación de la Shell, agarradas la una a la otra y asustándose hasta de su sombra. Recorrieron las calles, el corazón les latía con fuerza. Siguieron el carro de un carnicero tirado por un caballo blanco, lento y terco y con unas hermosas crines blancas. Llegaron a las lámparas de gas, con sus brillantes mechas de algodón y vieron los montones de cosas que se vendían. Los gorriones enjaulados habían sido teñidos de vivos colores. Había pollos ahumados enteros, muebles viejos, camisetas con fotografías impresas, instrumentos musicales y pilas de frutas y verduras.

—Pooh quiere esto —dijo Rolfa—. Pooh tiene que tenerlo.

Se compró una piña. El tendero se quedó mirándolas.

—¿No te parece curioso lo que les gusta el dinero a los Osos? —dijo Rolfa organizando las monedas.

Milena sintió que se le tensaba la musculatura de vergüenza y miedo. «Se ha fijado en nosotras», pensó. Cuando se marcharon, el cielo empezaba a volverse plateado por un lado y el ruido de los cascos de los caballos anunciaba que la ciudad empezaba a despertar. Los barrenderos de uniforme azul las saludaron al pasar con un gesto de cabeza.

Se convirtió en su nueva rutina. Rolfa iba al mercado a oscuras, por la mañana. Era su rato de salir. Milena se levantaba con ella y la ayudaba a afeitarse en las duchas, con una vela plantada en el suelo. Luego Milena se volvía a la cama y se arrellanaba en su calor. Ése era su momento. Cuando el cielo se aclaraba, se levantaba y limpiaba la cocina y deshacía los desastres que Rolfa hubiera hecho para sus frituras preamanecer.

—Espero que hayas comprado una bombona de alcohol nueva —le dijo un día a

Rolfa cuando regresó—. Te has terminado ésta.

—¿Quieres decir que la cocina no va a funcionar? —preguntó Rolfa consternada —. ¡Y yo que había traído una cosa especial para desayunar!

—¿Qué es? —preguntó Milena arrepentida—. ¿Foca?

—No. Pingüino —dijo Rolfa sujetándolo en alto.

Todavía tenía las plumas y los pies callosos, pero al menos no estaba dando patadas.

—Bueno, espero que puedas comértelo crudo.

—Supongo que *estará* bien en ensalada —dijo Rolfa aún alicaída.

También había comprado unos cuantos melocotones y un poco de algas, así que desayunaron una ensalada de algas con melocotón y pingüino, o mejor dicho, eso desayunó Rolfa. Milena se comió un melocotón y se quedó mirando cómo Rolfa mordía tendones tan gruesos como su dedo meñique. El fregadero estaba lleno de plumas. Milena sonrió.

—Pooh —llamó a Rolfa como si la estuviese armando caballero.

Después del desayuno Milena dejaba a Rolfa todo el día con un libro para leer.

Los actores de la obra la esperaban a la entrada de la Shell y caminaba rodeada por ellos hasta el Zoo para asistir a los ensayos, protegida por una nube de pensamientos.

Milena se enteró de cosas de ellos. Supo que Berowne estaba enamorado de la Princesa y quería ser padre. La Princesa no quería tener un niño, así que Berowne estaba pensando en tenerlo él mismo. El Rey, guapo, amable, ausente, no amaba a nadie pero era una de esas personas fáciles de amar. Las chicas sentían simpatía y aprecio por él a la vez que se sentían atraídas por sus rizos rubios con reflejos verdosos y su frondosa barba.

Todos eran tan ambiciosos, todos tenían tantos planes, personajes que querían interpretar, cuadros que querían pintar. Milena estaba callada entre ellos, como siempre, pero por una vez no se sentía resentida. Estaba contenta de pasar desapercibida. Descubrió que le gustaba formar parte de un grupo. Cuando decía algo, aunque a ella le pareciera obvio y superficial, los actores exclamaban: «¡Oh, Milena! ¡Eres siempre tan sensata!». Entendía que no se trataba de un insulto. «No como vosotros las mariposas», respondió una vez con una risita. Había una especie de consenso entre las dos partes acerca de quién era ella.

Entonces, una mañana, en la pasarela, la Princesa le dijo: «¡Milena, ahí está el Insidioso!».

Fue como quien está nadando en el mar y ve un tiburón.

Un hombre alto con abrigo negro se les estaba aproximando. Andaba sin prisa ninguna, con las manos en los bolsillos. Era un día ventoso y le batían las solapas del

abrigo negro. El Insidioso tenía la cara enjuta y los párpados caídos, iba con gesto distraído y esbozaba una ligera sonrisa. El pelo era como una bruma pálida, lo llevaba alborotado y empezaba a ralearle.

Milena se obligó a mirar para otro lado, pero aun así, seguía imaginándose su cara. Le daba una rabia enorme. Tenía un gesto astuto y suave a la vez, somnoliento y más bien amable de no ser por cierto destello que despedían las dos rendijas que formaban sus hinchados ojos.

«¡Piensa en otra cosa!», se dijo Milena.

«Yo, si no os disgusta —pensó Milena acordándose de una de sus trece frases—. Yo soy Anthony Dull».

No pasó nada.

«Piensa en su abrigo, se dijo, en cuánto costó, en cuántas horas de trabajo. Cuéntalas».

La calculadora vírica de su cabeza se negaba a ponerse en marcha.

Milena se había pasado la vida resistiéndose a los virus. Ahora eran ellos quienes la abandonaban. El miedo le impedía dar con uno solo de ellos.

Shakespeare, T. S. Elliot, Jane Austen.

«Es una verdad universalmente reconocida —recitó para sí— que al hombre soltero, poseedor de una fortuna cuantiosa, le hace falta casarse».

No recibió señales de vida de ningún tipo.

El corredor era estrecho y estaba elevado, así que iban a tener que pasar junto al Insidioso.

—¡Jo! —exclamó en voz alta el Rey—. Nos hemos equivocado de corredor.

Todos los actores dieron media vuelta a la vez, echando a andar en sentido contrario. El Insidioso les siguió. Milena podía oír tras ella el taconeo de sus zapatos sobre la superficie de resina. Zuecos de madera. Los lleva para que la gente se asuste al oírlos.

«¡Marx! —pensó Milena—, ¿dónde está Marx? Seguro que me han administrado algunos gramos de Marx. Lenin, Mao, Chao Li Song. Vale, entonces, que sea música. Brahms, Elgar, cualquier cosa».

Se puso a tararear *Das Lied von der Erde*.

«Eso no es un virus —recordó—, lo aprendí por mí misma».

—Milena —la llamó el Insidioso con voz suave y melosa—. Estoy cantando para ti, ¿puedes oírme?

Milena sintió que rezumaba miedo igual que un globo pinchado. Podía oír el ruido de sus zapatos, cloc, cloc, como los cascos de un caballo. Ahora estaban a su altura. Los actores apretaron el paso mirándose los pies, sin saber qué hacer. ¡Esto es sin duda ilegal! Claro que era ilegal, pero ¿dónde estaba la Ley? La Ley estaba en todas partes, invisible y viva. Pero no había policías.

—Europa del Este, Milena —dijo el Insidioso—, ¿recuerdas el viaje en tren? Fuiste a St. Malo, una isla amurallada. ¿Recuerdas el barco de vapor, Milena? ¿Cómo se bamboleaba en el mar a un lado y a otro? ¿Recuerdas los silbidos, las mujeres que trabajaban de marineras en los barcos, vestidas de rayas de arriba abajo?

Milena no se acordaba de nada de eso. No tenía ni la sensación de que le sonara, de que le resultara familiar.

Milena echó un vistazo hacia un lado y vio cómo sonreía mientras caminaba junto a ellos.

Volvió a clavar los ojos en el suelo justo delante de ella, como dos pájaros asustados.

«Yo, si no os disgusta…».

—Puedo sentirte, Milena —dijo el Insidioso—. ¿Te acuerdas del Jardín de Infancia? ¿Te acuerdas de aquel niño mayor que tú, Dodds, el que te enseñó inglés? ¿Te acuerdas del primer día que pasaste allí, el veintitrés de junio? Llovía y estabas sola. No tenías más que cuatro años y te hicieron enfermar con un virus para que hablaras. ¿Te acuerdas de eso?

Para Milena, el Jardín de Infancia había sido destruido, algo le había pasado. Lo único que recordaba era haber estado enferma a los diez años. Recordaba el peso repentino del conocimiento. Cuando los viejos virus empezaron a moverse.

—¡Váyase y déjenos tranquilos! —manifestó la Princesa enfadada.

El Insidioso se plantó delante de ella y la Princesa tuvo que pararse.

—¿Milena? —preguntó el Insidioso con una sonrisa esperanzada e inclinándose para mirarla a los ojos.

Milena estaba aturdida, se balanceaba al andar como si el suelo que pisaba estuviera dando bandazos. Se plantó de pie junto a la Princesa como para ayudarle. En vez de sentir miedo, tenía una rara sensación de total y exasperante hastío. Un aburrimiento irritante generado por los virus surgió por todas partes como el vapor que sale de las aceras.

Le vinieron unas palabras a la cabeza, unas palabras alemanas mal impresas en caligrafía gótica:

DAS KAPITAL

Milena recordaba haberlas leído y a alguien que las leía fumando cigarrillos en una habitación muy pequeña y muy fría. Se los había liado ella misma metiendo restos de tabaco en finos papeles que pegaba con saliva. Tenía las piernas flácidas, inútiles, y estaba sentada en una silla de ruedas junto a una ventana de la planta baja de un bloque de pisos. Al otro lado de la ventana había unos niños jugando a la pelota.

Milena echó a andar otra vez, pero en su mente estaba sentada en una silla de

ruedas.

—Tú no eres Milena —le dijo el Insidioso amablemente a la Princesa.

En el encabezamiento de otra página ponía: «*Capítulo Uno: La Mercancía*».

Entonces se desplegó todo un bosque de asociaciones, pensamientos y referencias cuidadosamente administrados y listos para usar. El pensamiento le vino a la persona que estaba leyendo: «Ahora se van a enterar los aficionados».

> *1. LOS DOS FACTORES DE LA MERCANCÍA: VALOR DE USO Y VALOR (SUSTANCIA DEL VALOR Y MAGNITUD DEL VALOR).*

La persona que estaba leyendo aspiró humo que pasó por sus dientes con sabor a tabaco y bajó por su áspera garganta. Milena, que no fumaba, tosió.

—¿Milena? —preguntó.

Le pasó por la mente un montón de palabras mal impresas, e incrustadas en las palabras había unas articulaciones doloridas y una banda ajustada de venenosa nicotina que le cruzaba el pecho, y una voluntad de hierro y una gélida soberbia. En la lectura estaba incrustada toda una manera de reaccionar ante el mundo, otro sentido de la propia existencia. «Yo —pensó la persona que leía— he sido la elegida para leer esto. Lo entiendo mejor que nadie. Lo estoy leyendo para todo el mundo. Ya no habrá más aficionados, nunca más. Todos lo van a entender. Sintió un cosquilleo en mitad del córtex, una danza de virus receptivos esperando a convertirse en Marx».

La que leía exhaló una nube de humo triunfal por los agujeros de la nariz. Volvía estar viva, aunque no lo sabía.

—No conozco a ninguna Milena —dijo Milena con bastante convicción—. Yo me llamo Heather, ¿qué quiere usted?

—A ti te gusta Marx —dijo el Insidioso para hacerle saber que tenía la capacidad de leerla.

—No le conocí —respondió Heather—. Yo no diría que sus libros me gustan. Han consumido mi vida, pero los entiendo.

«Piltrafa burguesa —pensó—. Dios mío, te podría partir en dos».

> *La naturaleza de estas necesidades, el hecho de que tengan su origen, por ejemplo, en el estómago o en la imaginación, en nada modifica el problema*.

El valor de uso es intrínseco. Es como el valor de la música.

—¿Alguien conoce a alguien que se llame Milena? —preguntó Milena a los actores.

La voz de Heather era desentonada y lucía una sonrisa constante de las que desarman.

Resultaba espeluznante. Milena pudo encontrar la cara en su memoria, larga y

pecosa y con las paletas enormes, gafas de concha negra y un cuello muy ancho que era el primer signo de la deformidad física que se encontraba más abajo.

—Conocen a Milena, pero están esforzándose por no pensar —dijo el Insidioso. De pronto, soltó una carcajada—. Todos están haciéndose un lío con sus frases. Todos menos tú.

A Heather no le daba pena. Se había criado como una tullida de Belfast y la pena era su enemiga, la pena era lo que le había impedido avanzar. Lo que pedía era respeto y si el respeto no estaba por venir, entonces quería tener miedo. Y sabía cómo conseguirlo.

Heather miró fijamente al Insidioso a los ojos y le entregó una ráfaga con todo lo que tenía dentro: «Lameculos, rata avariciosa, tienes un talento, ¿y esto es lo que haces con él?». Luego le mostró en su mente con sumo cuidado y total claridad una de las cosas que podría hacerle si no se marchaba. Le daría un golpe en la garganta. Se tragaría la nuez y se ahogaría.

—Dios mío, das miedo —soltó una risita entre dientes—. Creo que te quiero.

Heather no estaba por encima de los halagos y supo reconocer la rendición cuando la vio. Ella también se rió por lo bajo, con ganas.

—Que te jodan —dijo empleando la antigua palabra, e hizo un gesto con la mano como de apartar algo hacia un lado.

> *El descubrimiento de esos diversos aspectos y, en consecuencia, de los múltiples modos de usar las cosas, constituye un hecho histórico*.

«Menos mal que no sabe que Milena se ha marchado a Bournemouth», pensó Heather con mucha calma y deliberadamente.

—¿A Bournemouth? —preguntó el Insidioso.

Le hizo gracia.

—¿Cómo sabe usted eso? —dijo Heather esbozando una sonrisa de póquer e intentando sin éxito parecer sorprendida.

> *La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso. Pero esa utilidad no flota por los aires*.

—No lo sé —respondió el Insidioso haciendo él ahora un movimiento como de apartar algo—. Bournemouth, puede que vaya a Bournemouth o que no vaya. Pero volveré. Y se quedó plantado como si los tacos de madera de los zapatos le hubieran echado raíces.

Los actores echaron a andar deprisa, casi se escabulleron y Heather siguió leyendo, se sumergió en la lectura, se fundió con ella.

«Tan sólo espero —pensó Milena sintiéndose segura dentro de una nube de

pensamientos— poder pararla».

Echó un breve vistazo hacia atrás y vio al Insidioso que seguía de pie. El viento lo zarandeaba como si fueran los pensamientos de la otra gente. Estaba mirando hacia ella con una alegre sonrisa de descubrimiento.

Aquella noche, Milena soñó que Heather estaba sentada a los pies de su cama. Podía verla con su sonrisa caballuna y sus piernecitas dobladas bajo el cuerpo. ¡Heather, Heather, vete, lárgate, déjame en paz! Heather seguía leyendo. Las palabras iban pasando, proyectadas en la pared: «Lo vais a entender. Lo vais a ver claro. Por supuesto que las cosas más útiles son gratis y no requieren trabajo, como el aire. Pero el valor es un concepto económico que se deriva de unas relaciones sociales concretas».

—Sí, sí —dijo Milena moviendo la cabeza de un lado para otro.

Se oyó como alguien llamaba a la puerta…

Milena se despertó empapada en sudor, en estado febril, enferma.

… un ligero toquecito en la puerta, en la oscuridad.

Milena palpó a su lado en la cama y se encontró con que estaba vacía. Más allá de su ventana, el cielo empezaba a ponerse plateado. Rolfa había salido, estaría en el mercado comprando comida.

Y el Insidioso había venido y había llamado a la puerta.

Vale, vale, déjalo entrar, que vea la habitación vacía y vea que Rolfa no está escondida en ninguna parte. «No pienses en nada —se advirtió a sí misma—, no pienses». Milena encontró su ropa a oscuras con las manos temblorosas y mientras se iba vistiendo, fue empujando a su personalidad, a su yo, hacia los más recónditos lugares de su ser. Heather salió a la superficie de su mente, como un cadáver sale a flote en un río.

La puerta se abrió. Era una cultura en la que no hacían falta los pestillos.

—Hola, Heather —dijo una voz suave y melosa—. Quería hablar contigo.

Se movió en la oscuridad sin ser visto. La colcha se arrugó. Se había sentado a los pies de la cama, donde había estado sentada Heather.

—Esta mañana podrías haberme golpeado. Ninguno de los otros hubiera podido. Tú has vencido a los virus y yo también lo he hecho —dijo alargando el brazo y cogiéndole la mano—. Somos parecidos.

Se escuchó un tímido golpeteo de disculpa en la puerta.

—¿Qué demonios pasa ahora? —Heather retiró la mano. ¿Rolfa?

—¡Dios mío, es mi novio! —dijo Heather. No era capaz de decir que se trataba de una novia—. ¡Rápido, métete debajo de la cama! —Fue lo único que se le ocurrió.

—No es tu novio —dijo el Insidioso—. Es tu novia.

Heather intentó meterlo debajo de la cama de todas maneras y abrió la puerta de

golpe antes de que tuviera tiempo de pensar.

Cilla estaba esperando en el pasillo con una caja de bambú en las manos. Heather le estaba pateando las espinillas para captar su atención.

—El Insidioso está aquí —dijo Heather sonriendo con desprecio—. Se ha presentado, creo que ha venido a intentar ligar.

El miedo hizo que a Cilla se le abrieran los ojos de par en par a la luz de las lámparas de alcohol. Se alejó cojeando lo más rápido que pudo, frotándose el tobillo.

—He visto a ese novio tuyo —dijo el Insidioso apoltronándose en la cama. Pensaba que estaba resultando provocativo, el pobre diablo—. Le he visto en tu cama. Duerme aquí, ¿verdad? —El Insidioso dio una palmada en la cama—. Tiene los hombros anchos y lleva barba.

Heather tan sólo sonrió y se puso a pensar en el materialismo dialéctico.

—¡Ah! —dijo el Insidioso como si acabara de recordar algo más—. Pero ahora se afeita.

Se echó a rodar hacia delante, enrollándose en la colcha.

—Tu habitación es justo como había imaginado —dijo—. Un montón de libros. Así es como se vence a los virus, leyendo uno directamente. Sabía que tú también odiabas a los virus. Sé por qué estas leyendo a Marx: para ser libre. Yo también vencí a los virus gracias a Marx —fanfarroneó—. No lo diría si no lo hubiera comprobado por mí mismo.

Cogió un pequeño y manchado volumen de la repisa de la ventana.

—¿El Manifiesto Comunista? —preguntó—. Ya nadie lo lee. Quieren controlarlo. Y dicen que éste es un estado comunista.

Tenía en la mano el ejemplar de Rolfa de *Winnie the Pooh*.

—Quiero que te vayas —dijo Heather.

—No hasta que no esté seguro de que no me necesitas —dijo el Insidioso— tanto como yo te necesito a ti.

En todas las plantas de la Shell había campanas atadas entre sí por unas cuerdas. En aquel momento empezaron a sonar una y otra vez. Desde la otra punta del pasillo, Cilla gritaba: «¡Fuego, fuego!».

—El edificio está ardiendo —dijo Heather.

—No, no está ardiendo. Sólo es tu amiga, que quiere que me vaya. Te trajo papel para que pudieras escribir tu música.

Se aproximó a ella en la cama y le cogió las manos.

—Yo conozco a la gente, Heather. Sé que tú eres lo que yo quiero. Podríamos vivir juntos, fuera de la Ley, hacer saltar toda la pintura vieja de las paredes. Tú eres como un decapante de gilipolleces, Heather, y yo soy un Insidioso. No me gusta lamer culos. Tú podrías salvarme.

«¡Ay, Dios mío! —pensó Heather—, otro que está buscando una madre».

«De acuerdo, de acuerdo. Tienes razón, necesito ayuda».

«Vampiros», pensó Heather. De todas partes, hasta a través del techo llegaban los porrazos de la gente a la que la alarma había despertado a media noche.

El Insidioso miró hacia arriba consternado.

«Demasiada gente pensando demasiadas cosas a la vez —pensó Milena—. Ya no podrá leerme con tanta claridad».

Se le resbaló la colcha de los hombros y se levantó de la cama. La miró asustado y abrumado por el dolor, la luz se hizo más fuerte, era alto pero de huesos finos y ya no tan joven como antes.

—Cojo los pensamientos de la gente —dijo—, los tejo haciendo un tapiz y luego los cuelgo, como en una galería. Y nadie más puede verlos.

—Deja de vender tus servicios de Insidioso —dijo Heather.

Abrió la puerta, se colocó el sombrero negro de ala ancha para dar un aspecto siniestro y se metió entre la muchedumbre de gente en ropa interior. «Es un chiflado —pensó Heather—, sencilla y llanamente, un chiflado». Él alcanzó a oírla pensándolo y cerró la puerta, dubitativo. Las campanas seguían sonando. ¿Acaso podía alguien amar a un loco?

Heather esperó un par de minutos a que se alejara y luego se unió a la masa de gente que estaba en la escalera. Llevaban sus más preciadas posesiones, cepillos de dientes o cazos. Cilla había parado de tocar las campanas. Los guardianes del fuego de cada planta habían suscrito la alarma, de acuerdo al reglamento. Nadie podría rastrear el origen de la alarma y remontarse hasta llegar a Cilla.

Milena se encontró con ella en el exterior, todavía tenía la caja de bambú. La abrazó.

—Siento lo de tus pantorrillas —dijo.

Milena levantó la tapa de la caja y lo vio, el preciado papel con pentagramas, enrollado.

La gente era generosa. Milena nunca lo había creído.

El valor, por lo tanto…

—¡Oh, Cilla! ¿Quién ha sido? —preguntó Milena.

—Nosotros, los Vampiros —dijo Cilla tímidamente, encantada—. Tan sólo los Vampiros de la Historia.

La luz verde, un toque de trompeta, sonó. En algún lugar, en la memoria, Heather colocó el libro en un soporte de su silla de ruedas y siguió leyendo mientras daba vueltas en círculo por la habitación para hacer ejercicio.

Aquella mañana, Milena paró a Jacob por las escaleras.

—Mira lo que tengo —dijo mostrándole el papel—. Jacob, podemos poner la música por escrito. ¿Podemos quedar hoy por la mañana o por la tarde?

—Esta tarde tienes una representación —dijo él.

—Me la perderé, no va a ser la primera vez.

Jacob se quedó muy quieto, con los ojos cerrados.

—Me canso, Milena —dijo.

Ella podía notarlo por cómo tenía la piel de alrededor de los ojos y sabía que no debería volver a pedírselo, pero sin él el papel no serviría para nada.

—Lo compraron los Vampiros —dijo agitándolo—. Ahorraron dinero, lo juntaron y lo compraron. Entre todos.

No quería manipularlo, pero era incapaz de disimular su decepción.

—Tengo que dormir la siesta —dijo él— si no, empiezo a olvidar cosas.

Los dos amigos se miraron. Jacob suspiró y cambió de postura.

—Pero pronto me van a limpiar y entonces lo olvidaré todo, incluida la música. Olvidaré la música.

Movía la cabeza arriba y abajo casi imperceptiblemente, asintiendo:

—De acuerdo, Milena, de acuerdo. Nos vemos esta tarde.

¿Cómo iba ella a poder devolver el favor a tanta gente?

—Gracias, Jacob —murmuró.

Y la vida siguió su curso.

Milena y Jacob se veían todas las tardes en la sala de ensayos del Zoo. Sin saber muy bien por qué, Milena prefería que Rolfa no supiese lo que estaban haciendo. Tal vez pensaba que se enfadaría porque había estado espiándola mientras cantaba. O tal vez, que podría decirle que no quería que su música quedara puesta por escrito. Así que guardaron el secreto.

Todos los días, Milena y Jacob se sentaban a cuchichear encorvados sobre una vieja mesa de madera que traían cada vez de un almacén. Jacob dictaba las notas, bajito, con una voz gastada, sujetándose la cabeza con las manos. Cuando estaba demasiado cansado para traducirlas a notas musicales, cantaba la melodía con una voz generosa pero restringida que acababa por sonar tan chirriante como el canto de un gallo. Llegaba un punto en que a Milena le dolía todo de escribir y su trabajo se resentía. Entonces Jacob paraba, la miraba sin decir palabra, ella asentía con la cabeza y juntos se llevaban la mesa de madera a cuestas.

La gente murmuraba a su paso intentando explicárselo unos a otros. Era como si hubieran tirado una piedra en un estanque de agua. La onda se expandía y el murmullo también. El mundo empezaba a hacer su función, a buscar lo que necesitaba. Y tarde o temprano, el Insidioso también los encontraría.

—¿Eres Milena? —le preguntó una niña desconocida con el pelo rubio verdoso y maquillaje de vampiro.

Como de un tirón, Milena atrajo el virus hasta la superficie de su mente: «Heather, soy Heather». No consiguió decirlo en alto.

—Está bien —dijo la niña—. No me lo digas. Pero que sepas que estamos todos atentos por si vemos al Insidioso. Si se acerca por aquí mientras estás ahí dentro… —la niña señaló con la barbilla hacia la sala de ensayo—… hablaremos con él para entretenerlo y enviaremos a alguien a que te avise. ¿Te parece bien?

Milena no se atrevió ni a asentir a modo de respuesta. La niña se marchó casi corriendo con sus botas negras de duendecillo.

«Si realmente quieres ayudar —pensó Milena—, ¿qué te parecería cargar con la mesa?».

Tenía que batallar con Heather todo el rato. Tanto de noche como de día, el virus no paraba de leer. Heather tomaba las riendas y se mantenía ahí con una capacidad de organización y concentración que sobrepasaban a Milena y la obligaba a adentrarse en el intrincado bosque que era Marx, señalando un pensamiento tomado de Locke o de Hume, puliendo un pensamiento con una cita de Engels o de Gramsci. Asegurándose siempre, siempre, de que Milena entendía, y de que entendía de la misma manera que lo hacía ella.

Milena se preguntaba qué era lo que había invocado en su mente. Se suponía que los virus eran un depósito pasivo de información, como la propia memoria. Se suponía que no tenían que arrastrarte por las minucias de la experiencia. *Das Kapital* tenía más de tres mil páginas y Heather estaba decidida a leérselo entero y a explorar hasta el último deprimente e innegable matiz. No tenía la más mínima intención de terminar jamás, seguiría más y más, decidida a tomar el control sin la más mínima sombra de duda o de compasión. Dios mío, esa mujer tuvo que ser insoportable… cuando estaba viva.

«Heather, Heather la irlandesa, si al menos hubiera algo de dulzura en ti, un poco de dolor o de angustia escondida, podría sentirlo por ti, entenderte, compadecerte, pero hay algo en tu persona que no es humano. Tú querías ser una enfermedad. Entre el virus y tú surgió un vínculo perfecto. Los dos necesitabais mentes que ocupar, ADN al que desplazar. Eres inmortal como el tumor de Helen Lane, no mueres nunca y te has agarrado a mí».

Milena empezó a pensar que lo que tenía era una enfermedad en el sentido tradicional, algo que se nos curaba, pero que hería. Heather era como la artritis, un dolor constante con el que había que aprender a convivir. El aburrimiento era un martirio que Milena mitigaba preguntándose si era peor que el aburrimiento que a veces ella se autoinflingía. Por ejemplo, ¿era peor que canturrear una y otra vez una canción que odiaba?, ¿era peor que sentarse sola en el café del Zoo a repasar uno por uno todos los defectos de su personalidad? Si ahora estaba infectada por un diligente filósofo marxista, ¿por quién había sido infectada antes? Por alguien que la odiaba,

que la atormentaba, que le hablaba inopinadamente y la distraía con una avalancha de objeciones inútiles que no le hubiera tolerado a nadie más.

Milena empezó a ansiar estar en silencio. A medida que Heather leía y que la música aumentaba y que Jacob se iba apagando, cuando se preguntaba cómo iba *Trabajos de amor perdidos*, y el miedo al Insidioso la atosigaba, Milena desarrolló el más profundo y sincero anhelo de tranquilidad.

Todas las tardes regresaba de la sala de ensayos y se encontraba a Rolfa lánguida y distante. Rolfa le sonreía de pasada, suavemente, con los ojos apagados. Era una sonrisa demasiado resignada, carente de esperanza. Esa sonrisa, la pálida luz del sol en la pared, y las sombras, alargadas de tanto esperar, le indicaban que no disponía de mucho más tiempo para acabar lo que estaba haciendo.

Y solía haber un cepillo de dientes en el candelabro y una prenda de ropa interior en un cazo, y el suelo que pisaba solía estar pegajoso y crujiente a la vez por haber comido tostadas con miel. Milena percibía y lamentaba el trastorno que se había abierto camino con dificultad a través de su vida. Y lo echaría de menos si desapareciera.

Entonces, una tarde, cuando Milena volvió, Rolfa no estaba.

Bueno, ya está, así se empieza. Un día ella sencillamente no estará aquí, y yo no sabré, nunca sabré si la han cogido o si se ha marchado. No hay nada que yo pueda hacer. Se tiró en la cama, cerró los ojos y se puso a esperar, a ver si oía unas pisadas familiares. Cuando abrió los ojos había oscurecido un poco. Se levantó y se puso a ordenar.

Apiló los papeles que Rolfa había desordenado. Recogió los platos que Rolfa había fregado dejándoselos llenos de miel. Se encontró huesos de pollo en su bolsa de la ropa limpia y los levantó para mirarlos en busca de un rastro de Rolfa y contemplar los jirones de carne que sus dientes habían dejado atrás. Se hizo de noche y Milena estaba cada vez más segura de que Rolfa se había marchado y de que todo había sido para nada.

Entonces Milena, sentada a oscuras, escuchó un portazo lejano. Escuchó unos potentes rugidos que retumbaban en la escalera. ¡Rolfa! Milena, rebosante de alegría, se puso en pie de un salto. Siguió escuchando a Rolfa, que cantaba de modo temerario. «¡Cállate, por Dios! ¿Qué quieres, enviarles una señal que les indique que estás aquí?». Rolfa se puso a silbar y ya Milena empezaba a sentirse ofendida. «¿Por qué no pudiste decirle a Jacob adónde ibas? ¿Dónde has estado todo este rato?». El silbido se aproximaba a la puerta y finalmente sonó un golpazo.

—Parece —dijo Rolfa con uno de sus más melosos tonos de voz— que no puedo abrir la puerta.

«Borracha», pensó Milena.

—Intenta girar el picaporte —dijo.

Rolfa volvió a dar un golpe en la puerta.

—¿Por qué no consigo abrir esta puerta? —preguntó hacia el cielo.

«¡Ay —pensó Milena—, otra astracanada!». Se dirigió hacia la puerta para abrir pero no pudo. El picaporte no se movía.

—¿Por qué no abres? —preguntó Rolfa.

—Porque tienes el picaporte sujeto, Rolfa. ¿Rolfa? Suelta el picaporte, Rolfa —dijo Milena articulando las palabras de forma lenta y clara.

—¿Si suelto el picaporte, cómo voy a abrir la puerta? —preguntó Rolfa.

Se oyó otro porrazo cuando se lanzó con todo su peso contra la puerta.

—La puerta está atascada, voy a tener que romperla.

—Rolfa, Rolfa, por favor. Simplemente presiona el picaporte hacia abajo.

—El picaporte —anunció Rolfa— acaba de caerse.

Entonces se hizo el silencio.

—¿Rolfa? —preguntó Milena.

El picaporte estaba tan flácido como un pescado muerto. Cuando Milena abrió la puerta de un empujón se encontró con Rolfa medio agachada y con el rostro paralizado por una expresión mezcla de placer y horror.

Estaba mirando a su hermana Zoe.

Aunque el capitalista y el obrero se enfrentan uno al otro en el mercado…

—Ay, Rolfa —dijo Zoe mirándole los brazos y la cara afeitados.

Le lanzó a Milena una mirada de abatimiento.

… tan sólo como comprador con dinero el uno y vendedor, de mercancía, el otro…

«¡Cállate Heather!».

—¿Quieres pasar? —le ofreció Milena a Zoe, franqueándole la entrada.

Zoe entró por la puerta maniobrando como si se tratara de un obstáculo, se detuvo angustiada y echó un vistazo a la diminuta habitación.

Rolfa la siguió balanceando la botella de whisky en una mano. Las dos IG llenaban la habitación como si fueran dos airbags inflados. Zoe echó un vistazo en busca de una silla, pero no había ninguna.

—¿Sabes una cosa? —dijo Rolfa señalando hacia la ventana y más allá de ella con la botella en alto—. Ahí fuera hay gente. Por todas partes. Está lleno de gente. Como una sarta de perlas.

—¿Sabes lo que haría la Familia si te vieran así? —dijo Zoe furiosa—. Te colocarían una máscara empapada en éter, te meterían en una caja y te enviarían al

sur.

Se dio la vuelta y se cruzó de brazos.

—Si rompes la sarta, las perlas se irán rodando escalones abajo —continuó Rolfa, y se derrumbó en el suelo—. ¡Ay, Dios mío, mis malditas cuentas!

—Ésta es la primera vez que se emborracha —dijo Milena.

—Ya nos estábamos preguntando cómo conseguías que estuviera tranquila —dijo Zoe.

Milena recordó que Zoe era la única con la que se podía hablar.

—¿Quieres tomar algo para beber, Zoe? ¿Una taza de té? Es prácticamente lo único que tenemos.

Zoe sacudió la cabeza y se volvió hacia Milena.

—¿Cómo podéis vivir así? —preguntó.

Fue una pregunta sincera, aunque inapropiada.

—Limitando nuestras expectativas —dijo Milena.

Una respuesta sincera.

… los dos actores aparecen constantemente y repetidamente en el mercado representando los mismos papeles enfrentados.

Zoe echó un vistazo a su alrededor, por toda la diminuta y pelada habitación, e hizo un gesto de asombro con las cejas. Llevaba puesta una toga blanca y tenía el pelo trenzado y recogido.

—Iba a pedirte que volvieras a casa, Rolfa, pero por lo que veo no va a ser posible. ¿Realmente nos odias tanto?

—Sí —respondió Rolfa con una risita—. ¡Uy! —dijo tapándose la boca.

—La Familia no lo sabe todavía. Papá no se lo ha dicho. Conseguimos que renunciara a lo del Insidioso. De todas formas no era demasiado bueno, se quedó perdidamente enamorado de una hembra llamada Heather.

—Supongo que costó un montón de pasta —dijo Rolfa echándose un trago.

—¡Angie y yo queríamos darte tiempo!

—¿No será una medida para ahorrar?

—Si vuelves por ti misma, papá estará más dispuesto a perdonarte. Ya casi ha tirado la toalla contigo, Rolfa.

Se abrió un abismo de silencio entre las dos. El rostro de Zoe parecía estar hinchado y mustio y se podía entrever la carne, como si tuviera clareas en el pelaje.

—Yo ya lo he hecho.

«Eso está bien», pensó Milena sin saber muy bien por qué. Empezaba a vislumbrar una solución.

… a lo largo del tiempo cada uno de ellos desempeña todos los papeles en

el proceso de circulación.

—Zoe —dijo Milena—. ¿Sería posible que las cosas cambiaran si pasara algo con la música de Rolfa?

Zoe dirigió una mirada triste hacia sus sandalias blancas que estaban dejando marcas en el suelo alicatado con resina.

—Cualquier cosa sería de agradecer —murmuró.

—¿Y si todo saliera de tal manera que nadie supiera que es Rolfa, que es una IG, ni siquiera la Familia? ¿No sería de ayuda?

Zoe se quedó mirando al suelo sin responder.

—Mira, yo no sé cómo funciona la Familia, lo que sí sé es que Rolfa es un incordio para tu padre.

Zoe le lanzó una mirada de advertencia.

—¡Bah! El César de bolsillo —dijo Rolfa encogiéndose de hombros—. Quiere convertirse en cónsul.

Zoe giró la cabeza tan rápidamente, que los tendones del cuello pudieron vérsele a través del pelaje.

—Quiere sentirse aceptado por los suyos y nunca lo ha conseguido.

Milena intervino:

—¿Y si la música de Rolfa llegara a algo y entre todos evitáramos que la Familia siguiera averiguando? —Milena suspiró por lo delicado y complicado que le resultaba lo que quería decir—. ¿Bastaría con eso?

—¿Bastar para qué?

—Supongamos… supongamos que simplemente les dices a la Familia que Rolfa ha desaparecido. Que no sabes dónde está ni por qué, pero que siempre ha sido rara y se ha marchado a alguna parte. Entonces, eso no afectaría en absoluto a la posición legal de la Familia respecto al Consensus. Incluso no tendría que guardar relación con… ay, no sé cómo llamarlo… ningún retroceso genético respecto a la media, o lo que sea. Y eso es lo único que les importa.

—Tú eres una tipa rara, ¿no? —dijo Zoe.

—Mira, tener a Rolfa con vosotros tampoco va a hacerle ningún bien a tu padre. Si ella es ahora una mancha negra en su expediente, va a seguir siéndolo siempre. Tú eres la única que se preocupa por ella, y esto es lo que ella quiere.

Algo se ablandó en el interior de Zoe.

—Señorita Shibush, no es fácil ver alejarse a una hermana —dijo con calma—, sobre todo cuando te estás preguntado por qué alguien quiere darle un empujón tan grande.

—No la abandones, dale tiempo nada más.

—Querrás decir que te dé tiempo a ti.

—Dale tiempo a su música. Es buena.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Zoe bruscamente.

—Un año.

Al decirlo, Milena sintió un pinchazo. Pensaba que estaba sobreestimándolo.

Zoe se apoyó en la pared y se puso a mirar por la ventana mordiéndose los carrillos.

—De acuerdo, Señorita Shibush, de acuerdo.

Se despegó de la pared, miró a Rolfa, dudó y al final decidió que no tenía nada que decirle. La puerta rota seguía abierta. Se dirigió hacia ella y se volvió hacia Milena.

—¿Por qué no te odio? —preguntó.

—No lo sé —respondió Milena.

—Un año —le advirtió Zoe antes de marcharse.

Milena cerró la puerta y se echó a temblar. ¿Qué había hecho? ¿Cómo podía haberlo hecho? Rolfa seguía sentada, bebiendo en silencio y mirando la botella con una sonrisa ausente como si nada de todo aquello tuviera que ver con ella. Y en cierto modo, así era.

A la mañana siguiente, Milena hizo un paquete con la música que tenía y se lo llevó al Ministro que dirigía el Teatro Nacional. Familiarmente, era conocido como el Guardián del Zoo. A veces, incluso él se refería a sí mismo de aquella manera.

Al caminar por la planta alta del Zoo, Milena se sentía pequeña y dura como una nuez. Había un joven acicalado cuyo trabajo consistía en evitar que la gente viera al Ministro. Milena no podía permitirse el lujo de no caerle en gracia.

No dijo que había descubierto a un genio desconocido. Dijo que estaba dando refugio a un fugitivo y que creía que el Ministro debería estar al corriente. Explicó por qué: el motivo era que la criatura tenía talento. Dejó la prueba de lo que estaba diciendo, la música, como si formara parte de un expediente policial sobre el que hay que actuar. El joven se puso en plan severo. ¿Por qué no había venido antes? Se aseguraría de que el Ministro viera sus papeles y prestara atención al caso. Les dio unas palmaditas por los lados para alinearlos formando un pulcro montoncito sobre su mesa que, por otra parte, estaba vacía.

Milena dedicó el resto del día a Rolfa. Compró una merienda con el último dinero que les quedaba. Sándwiches de rosbif y naranja, y tiras de apio, cosas que podían comer las dos. Se llevó a Rolfa, que estaba contenta y distante, en ómnibus a Regent’s Park. Según la parada de autobús, se llamaban Chao Li Gardens.

Estaba refrescando y había nubes altas que corrían por el cielo. Las hojas ya empezaban a cambiar de color, amarilleaban por los bordes y les habían salido puntos marrones. En el centro del parque había un jardín de rosas con estanques ornamentales. Milena y Rolfa caminaron junto a los canales artificiales. Había olor a

aguas negras, estancadas. Unos patos se posaron sobre ellas, deslizándose hasta que consiguieron frenar.

Milena explicó lo que había hecho y Rolfa pareció no inmutarse, siguió lanzando trocitos de sándwich a los patos que estaban en el agua. Una bandada de gansos greylag pasó sobrevolándolas, en su viaje desde Islandia hasta el estuario del Támesis. El mundo estaba salvado.

Rolfa miró hacia arriba, a los gansos.

—Todo está en movimiento —dijo—. Uno se pregunta cómo saben hacia dónde dirigirse. Einstein se preguntaba cómo sabían los pájaros adónde tenían que emigrar. Pensó que tal vez siguieran líneas de luz existentes en el cielo. Él todo lo veía como líneas de luz, él era así. Nosotros no sabemos tampoco cómo avanzaba él, no sabemos más acerca de él que lo que saben los pájaros de sí mismos.

Rolfa se giró y esbozó una de sus sonrisitas hacia Milena, como disculpándose por lo que acababa de decir.

—Gracias por intentarlo —dijo—, pero de verdad que no me molesta el silencio.

Aunque sutilmente, estaba reprendiendo a Milena.

—La música sale del silencio. No me importa que vuelva a él. Nosotros salimos del silencio… —su voz se fue apagando y trazó un arco en el aire con la mano— y volvemos también a él.

«¿Qué está diciendo? —pensó Milena—. ¿Qué acabará por marcharse?».

—Tenemos un año, Rolfa.

—Pero no tenemos comida —dijo Rolfa.

Lanzó a los patos el último bocado de pan y echaron a andar hacia la parada del autobús. De repente, Rolfa se dio la vuelta y atacó a una rosa. La agarró por el tallo a pesar de las espinas y la retorció hasta romperla. Tal vez fuera por la tosquedad, o por la rabia, el caso es que Milena se horrorizó sin saber realmente por qué.

Rolfa se volvió hacia ella y, sujetando la rosa totalmente recta, se la entregó. Dijo algo de corrido, avergonzada. A Milena le costó pensar un momento para darse cuenta de lo que había dicho: «Una rosa para una rosa».

«No debería haberlo hecho —pensó Milena—, es una rosa publica». Si Rolfa hubiese sido cualquier otra persona, los virus hubieran impedido que la cortara. Rolfa también era inmune.

Milena le dio vueltas y más vueltas a la rosa en la mano. Era una rosa pasada de moda, de un color rosado muy pálido con veteado magenta. «*Rosa mundi*», le soplaron los virus. Los bordes de los pétalos se habían puesto marrones y se habían curvado hacia atrás, revelando la existencia de un núcleo más fresco. Debía haber sido regada hacía poco por los jardineros, porque tenía adheridos unos cuantos goterones de agua. Milena pensó que debería avergonzarle que la vieran caminando por ahí con una rosa pública robada. Luego se dio cuenta de que no le importaba y la

exhibió con audacia. Oscilaba sobre su largo tallo como si fuera de plomo, como si pesara por estar largada de significado. La rosa pública era un discurso de despedida privado.

En el autobús de vuelta a casa, Rolfa iba sonriendo, triste y distante. Milena se sorprendió pensando una y otra vez: «¡Rolfa no te vayas, Rolfa no te vayas!».

Cuando regresaron, su habitacioncita de la Shell estaba fría y oscura. Septiembre ya se acababa.

«El invierno no supondrá un problema para Rolfa —pensó Milena—, a ella le gustará el frío».

«Si es que sigue aquí», dijo otra parte de su mente.

Milena subió al tejado de la Shell a tomar un baño de sol para acallar las punzadas de hambre que sentía. Cilla trajo un poco de sopa y salchichas para Rolfa y las coló a las dos en el Zoo para que vieran *Madame Butterfly*. Rolfa ya no podía comprar entradas. Sonreía embelesada con la música, el canto, el escenario, con la mirada chispeante y hambrienta. «Si tan sólo nos hubieran dejado ser nosotras mismas», pensó Milena.

Al día siguiente, Milena trató de retomar *Trabajos de amor perdidos*.

En los mostradores de información le dijeron que el director había muerto. De repente. Treinta y cinco. Llegó su hora. Los actores estaban de duelo, habían pedido que la obra fuera suspendida porque no querían trabajar con ningún otro. No podían plantearse volver atrás. No podían ni considerar representar a Shakespeare como sonámbulos.

Era exactamente como la obra, como el final:

> «Bienvenido Marcade, Señor Muerte. Interrumpe usted nuestro júbilo. Vuestro Padre, el Rey está…
> Muerto, por mi vida».

«Es un defecto de diseño —pensó Milena—. No deberíamos tener que morir». Pensó en el director, en su mente le llamaba Harry. Recordó sus ojos enfebrecidos. «Sabías que ya te ibas, Harry. Este era tu último cartucho. Toda una vida de caminar como un sonámbulo y de hacer que otros lo hicieran acabó contigo. Y luego te liberaste. Harry, si alguna vez dirijo una obra —le prometió—, lo haré como lo hiciste tú».

«Y conmigo no van a poder».

Milena no regresó a la fría habitación. Siguió caminando escaleras arriba, hacia la segunda planta del Zoo.

Salir del silencio, regresar a él.

Iba a hablar con el Ministro, antes de tiempo.

—Ah, sí, Señorita Shibush —dijo sonriendo el pulcro jovencito—, voy a preguntar. —Entró por la puerta.

Milena se sentó. Había una fila de Correos sentados junto a ella, mirando al frente con expresión de absoluta paz interior. En fila, como si fueran Budas en un templo. Tenían las mentes conscientes totalmente llenas con los archivos del Zoo. «¿Y qué pasaba con lo subconsciente?», pensó Milena.

Las piernas le daban saltitos de lo nerviosa que estaba. Heather había llegado al final del Volumen Uno, el único que Marx había terminado personalmente. Estaba batallando con el final, leyendo las notas y los apéndices y leyendo las citas en su idioma original. Estaba releyendo los prefacios de las diferentes ediciones: parecía que fuera a morirse cuando terminara de leer.

Estoy preparado para recibir críticas científicas…

«En realidad no te conozco, Heather —pensó Milena—. Yo sólo conozco un virus. Puede que tú hayas amado, que hayas sido feliz».

Dado que los prejuicios de lo que conocemos como opinión pública, a la que nunca he hecho ningún tipo de concesión…

Eras entregada. Eras excepcional. Fuiste generosa durante toda tu vida. ¿Acaso no importa cuál fue tu motivación?

Seguiré guiándome por la máxima del gran florentino:
Sequi il tuo corso, e lascia dir le genti.
Sigue tu propio camino, diga lo que diga la gente.

Marx cita a Dante. Heather siguió leyendo el siguiente prefacio.

Mientras Heather leía, Milena pensó en Rolfa, en el manantial de música que llevaba dentro, en el papel que los Vampiros le dieron y en lo que iba a contarle al Ministro y se dio cuenta de que no tenía ni idea.

—Estoy cansada —dijo en voz alta.

Marx no pudo disfrutar del placer de preparar la tercera edición antes de que fuera llevada a imprenta…

El pulcro jovencito volvió a salir, le pidió a uno de los Correos que entrara y le dijo a Milena:

—Un par de minutos, Señora Shibush. ¿Tiene sed? ¿Quiere que le traiga algo?

«Así que tengo su aprobación», pensó Milena, pero era un pensamiento sombrío.

El joven intentó entablar conversación con ella. Su trabajo consistía en enterarse de lo que pasaba. A Milena le irritaban por igual su pelo castaño peinado hacia atrás y su recargada camisa negra y naranja. Sus gafas también la irritaban, las gafas eran una afectación propia de Vampiros. Tras las lentes planas de resina, tenía los típicos ojos saltones de quien se ha sometido a una regeneración de la córnea.

Milena fue respondiendo a sus preguntas con un sí, un no, o un «so» (una respuesta intermedia típica de Vampiros que significaba «a veces» o «tal vez»). Sí, ella era actriz. Sí, la música era muy buena. ¿Era amiga de quien la había compuesto? So.

La puerta se abrió y el Ministro en persona le pidió a Milena que entrara. Milena entró tras él en su habitación.

Tan destacado pensador…

Él dormía allí. Tenía la cama detrás de una pantalla pintada con vetas verdes que representaban los juncos de las orillas. Las paredes estaban forradas de tela también decorada con juncos y con un gran boceto en negro de una garza. En la pared había una fotografía de Marx. Milena miró los ojos, debieron ser marrones y dulces. Había una fotografía de Mao a la edad de veinticinco años y otra de Chao Li Song, el héroe de la Segunda Revolución.

El Ministro llevaba pantalones cortos y camisa color caqui. Era un hombre muy guapo, de origen chino, con impecable pelo negro, impecable sonrisa e impecable bigote. A Milena le gustó. Había algo directo e informal en él. Tenía un aire de competencia y equilibrada apertura, resultado de la formación del Partido. ¿Era eso un virus también?

—¿Te importa que mi Correo esté presente? —le preguntó el Ministro a Milena —. Me gusta conservar archivos exactos.

El Correo resultó ser una mujer. Estaba sentada en una sillita, con las piernas juntas y la cabeza envuelta en una pañoleta.

—No hay problema —murmuró Milena.

El Ministro le tendió una mano para que se sentara en una silla alta y tapizada.

… murió el 14 de marzo de 1883.

Al sentarse, Milena se sintió arropada y protegida por algo más, algo que la sujetaba y hacía que en la habitación reinara la calma.

Su mente encontró la tranquilidad, como un oído que consigue descomprimirse o se libra de una infección. Heather se había marchado. Milena estaba bien. A su alrededor se hizo un remanso de silencio.

Todo se veía azul y neblinoso tras la gran ventana: el final del verano, el inicio del

otoño, la mezcolanza de edificios viejos. Milena podía escuchar las voces y los cascos de los caballos que provenían de la calle, la vida iba y venía al margen de lo que sucediera tras el grueso panel de cristal de la planta alta del Zoo. La ventana estaba protegida, el marco contaba con un apuntalamiento de bambú.

Y Milena empezó a recordar. El bambú le recordó algo: palitos de helado. Recordó que el helado venía en unos pequeños palitos de bambú. Pudo ver los palitos de bambú con total claridad. Estaban al sol, encima de una mesa. Junto a ella había más niños y unas niñas pequeñas que estaban colocando sus palitos de bambú para formar un dibujo. Estaban haciendo la forma de una casa.

Milena hacía una ventana.

Lo vio tan claramente que fue como si la mesa y los palitos estuvieran a la vuelta de la esquina para que volviera a encontrárselos de nuevo.

La memoria.

Milena oyó pasos en el pasillo de abajo. Muy poco a poco, volvió a prestarle atención a lo que tenía a su alrededor. Escuchó un silbido: era el silbido que hacían las moléculas de aire contra sus tímpanos. Milena estaba dentro del silencio. En el silencio nada estaba fragmentado. No había líneas arguméntales divergentes que hubiera que unir, no se podía meter la pata, no había que rivalizar para acaparar la atención. En el silencio, todo aquello se desvanecía y sólo quedaba lo que estaba presente y lo que había que hacer.

Fue como si ella, Milena, por fin hubiera entrado en la habitación y se hubiera sentado junto a ella misma.

—Me han dicho que ha faltado a varias representaciones, señorita Shibush.

Milena no vio motivo para contestarle. Guardián del Zoo.

—Eso no va a ayudarle en su carrera —dijo el Ministro amablemente.

—No hay nada que pueda ayudarme en mi carrera, soy una actriz pésima —dijo Milena.

El Ministro levantó las cejas y se revolvió en la silla de la gracia que le hizo.

—¿Qué piensa de la música de la señorita Patel? —preguntó Milena.

—Personalmente —dijo—, pensé que era prometedora, pero lo que yo piense no tiene importancia. Tal vez le sorprenda saber que hemos consultado al Consensus acerca de este asunto.

—¿Y? —dijo Milena, a quien no parecía que nada pudiera sorprender.

—El Consensus emite unos pronósticos extraordinariamente acertados acerca del éxito o fracaso de un proyecto artístico. Mostró una respuesta complicada ante la música de la señorita Patel. Es cierto que todas sus reacciones son complicadas, puesto que nos contiene a todos.

«Excepto a mí —pensó Milena—, a mí no me contiene».

—Básicamente le agradó, pero las personalidades con mayor sensibilidad musical

experimentaron preocupación acerca de la violencia que evocaba.

—No es de extrañar —dijo Milena—, dado que se les ha mostrado la parte de las piezas que Jacob y yo hemos sido capaces de recordar. Hay que pulirlas.

—Exactamente —dijo el Ministro—. También hubo otros problemas.

Milena se quedó esperando. En silencio. La sonrisa del Ministro se ensanchó y soltó una risita. La entrevista estaba empezando a parecerle desconcertante.

—Parece que existe un equilibrio en la vida. Hemos ganado en conocimiento y en organización. Pero esa calma y esa abundancia de información no nos conducen a la originalidad. Del desorden vital de esta pobre mujer ha surgido algo nuevo.

—Entonces —dijo inclinándose hacia delante— nosotros, como buenos socialistas inmaterialistas, ¿vamos a aconsejar a la gente que viva en el desorden y en la ignorancia?

«¿Rolfa ignorante? ¡Tú eres el ignorante, hombre!», pensó Milena.

—Creo que promovemos el amor a la belleza, sea cual sea su procedencia —dijo Milena en voz alta.

—¿Incluso si viene de alguien diseñado mediante Ingeniería Genética?

—Por supuesto —dijo Milena investida de serenidad—. Creemos que son humanos, aunque ellos digan lo contrario. No tenemos por qué decirle a nadie que se trata de una IG. Podemos aceptarla a ella y a su trabajo como humanos.

«Entonces, de lo que estamos hablando en realidad es de la minería en la Antártida».

La sonrisa del Ministro permaneció inalterada.

—He hablado con su hermana. Los Osos desean…

—Por favor —interrumpió el Ministro sacudiendo la cabeza con desagrado—. No les llame así.

«Minería y mercado de productos de lujo —decidió Milena—. ¿De dónde estoy sacándome todo esto?».

—La jerarquía de los IG no sabe que Rolfa está con nosotros. Sus familiares cercanos están de acuerdo en ocultárselo. Se lo van a ocultar por su propio interés y lo harán siempre y cuando hagamos creer que el autor de esta música es un ser humano. Nos dan un año para hacer algo en relación a esta música. Tanto la quieren.

—Bueno, hemos recibido un comunicado de su padre en el que nos pide que la devolvamos en caso de que la encontremos —la corrigió el Ministro.

La corrigió, pero todavía tenía voluntad de mostrarse generoso.

—Intentamos devolverla. Intentamos encontraros a las dos, pero nadie nos dijo dónde estabais —se le torció la sonrisa de lo que se estaba divirtiendo—, lo que nos hizo pensar que si nuestra gente estaba tan resuelta, tal vez no deberíamos intervenir. Nuestras relaciones con los IG son delicadas, pero no estrechas.

«Por ahora está de buenas —pensó Milena—, pero no debo confiarme

demasiado».

—Gracias, muchas gracias —dijo.

«Esto lo he heredado de mi padre —decidió—. De mi madre y mi padre dedicados a la política, que tuvieron que negociar de esta manera durante años. Y también lo he heredado de Heather».

—¿Sabías que le ha robado a su familia? —preguntó el Ministro.

—No —mintió Milena fingiendo escandalizarse.

—Cualquier cosa que hagamos debe reflejar nuestra confianza en el Programa Inmaterialista y en las políticas del Consensus. Tu amiga ha recibido una educación capitalista que la hará padecer graves distorsiones de personalidad.

Milena empezaba a enfadarse y el Ministro no paraba de hablar.

—No se trata sencillamente de que la mantengamos afeitada o sentada para que no parezca tan alta —dijo el Ministro sonriendo y convencido de estar hablando al mismo nivel que Milena—, tenemos que asegurarnos de que la señorita Patel tendrá siempre un comportamiento aceptable. Lo que tenemos que evitar es que la gente establezca cualquier tipo de relación mental entre el talento y el comportamiento infantil.

—Estoy de acuerdo, por supuesto —dijo Milena—, pero su educación no ha sido capitalista. Tachar a los IG de capitalistas no sería exacto. Los capitalistas se apropian de la plusvalía que genera el trabajo ajeno, mientras que los IG realizan personalmente todo el trabajo. Vale que amasen riquezas y que vivan fuera del Consensus, pero su Familia es de hecho un típico ejemplo del sistema de Barrios tal y como fue descrito por Chao Li Song.

—¡Ah! —dijo el Guardián del Zoo, poniendo una cara tan inexpresiva que resultó evidente que Milena había dado en el clavo.

—Por esa razón, su actividad económica es susceptible de ensamblarse con la nuestra —dijo Milena—. ¿Son inmunes a los virus los IG?

—Sí… a menos que —dijo el Ministro con un gesto vago.

«Vaya —pensó Milena—, así que había un pero. Podrían curar a los Osos Polares, pero han decidido no hacerlo. Por supuesto que podrían, si hicieran que descendiera su temperatura corporal, suprimieran el sistema inmune…».

—Es que ella tiene tanto talento —dijo Milena—, tiene que existir alguna forma.

—Lo pensaremos —le prometió él.

—Si se uniera al Consensus, si fuera considerada humana, podría usar las salas de ensayo, recibir formación…

—Por supuesto —dijo el Ministro.

«Venga, venga, sigue hasta el final». Milena juntó las manos.

Parecía que él no se fiaba.

—Claro que si se uniera al Consensus —caviló— podríamos corregir todas esas

cosas. Nos aseguraríamos que no hubiera mal comportamiento. Y sería una pena… no sería… que un talento como el suyo se desperdiciara. De acuerdo. Lo tendremos en cuenta.

Se reclinó en el asiento dando la entrevista por terminada.

«No», pensó Milena.

—Tiene que hacerse hoy —dijo Milena.

Empezó a sentir miedo, a estar intranquila. Era como despertar de un sueño. La mirada del Ministro parecía sombría.

—¡Por favor! —dijo Milena despojándose de repente de su superego—. Está hambrienta, no tiene rodopsina, para ella no es tan sencillo como ponerse al sol. No tenemos dinero. Si se uniera al Consensus podría tener un puesto aquí, ¡podría comer! —Milena se dio cuenta de que estaba temblorosa—. Si no, se marchará. Por favor, ¿podría usted organizarlo para hoy, por favor?

Parecía que al Ministro acababa de venirle algo a la cabeza. Ahora estaba mirando a Milena, pero sin tomar en consideración lo que le había dicho. Estaba tomándola en consideración a ella.

—Voy a ver si se puede —dijo, dejando de sonreír.

Milena se echó a temblar violentamente. Era como un traqueteo en la base del estómago.

—Lo que tienes que hacer ahora es consultarlo con tu amiga y prepararla. Tenemos que asegurarnos de que está de acuerdo.

«Lo he conseguido —pensó Milena—, he ganado». Se puso en pie para marcharse. No quería abrir la boca. No se fiaba de sí misma. Asintió con la cabeza a todo lo que él le dijo.

—¿Podéis estar de vuelta en una hora?

—Sí, sí.

Le estrechó la mano. Salió al pasillo y se echó a correr. Seguía temblando. Las rodillas le temblaban como un flan y las manos le daban sacudidas. La embargó un sentimiento de inseguridad, de encontrarse en un mundo más grande. Ella no era quien había creído que era. «Tal vez no sea una buena actriz —pensó—, pero esto se me da bien. Puedo solucionar cosas».

Al abrigo del silencio, acababa de aprender que todo artista lleva por fuerza un político dentro.

Capítulo 6

El encuentro con Charlie, con Charlie el Deslizador (Cómo sobrevivir a un concierto)

Las Salas de Lectura Pública eran las salas en las que el público era Leído y estaban en unos búnkeres subterráneos, bajo lo que un día fue el Departamento de Medio Ambiente. El Departamento de Medio Ambiente había sido derribado para plantar un bosque.

El bosque era el Consensus. El Consensus era un jardín de árboles morados y carnosos que se alzaban para nutrirse de luz solar. La mente del Consensus estaba debajo. Un muro de mármol con contrafuertes se alzaba rodeando el jardín. En la pared quedaba una vieja placa de piedra que decía: «Marsham Street 1688».

Por debajo, había pasillos de ladrillo que se abrían camino entre las carnosas raíces y una gran confluencia de sinapsis que recibía el nombre de Corona. Más abajo, como tubérculos, crecía carne de memoria sobre la cual se imprimían los recuerdos: los recuerdos y las pautas de comportamiento. Eran modelos obtenidos a partir de niños Leídos a los diez años.

Éste era el Consensus del Hoyo, el corazón central de Londres. En los pasillos de ladrillo pintados de blanco había rejillas de ventilación y lámparas eléctricas. Milena se quedó mirando maravillada hacia las resplandecientes bombillas con sus dorados y deslumbrantes filamentos. Siempre le había encantado la luz.

Las habitaciones estaban llenas de clases enteras de niños esperando a ser Leídos. Sus Niñeras les dirigían al cantar, acompañándoles con la guitarra o la melódica. Los niños lucían sus mejores trajes. Las niñas pequeñas llevaban saris multicolores tornasolados y los niños tenían puestas sus joyas que les atravesaban la nariz de un agujero a otro. Iban en fila, bailando y balanceando los brazos como si fueran las ramas de un árbol. Los más afortunados tenían padres que estaban sentados en un banco mirándoles orgullosos, en silencio.

Había gente con uniforme blanco que bailaba con ellos. Una mujer enorme vestida de blanco vio a Rolfa, sonrió y se dirigió hacia ellas, bailando por el camino.

—Tú debes ser Rolfa. Yo soy Root —dijo—. Eres nuestro caso especial. Vas a recibir un trato especial, te lo prometo.

Se llevó a Rolfa a un lado.

—Sólo un par de preguntitas previas —dijo—: Salud. Historial médico. ¿Algún estupefaciente, recientemente?

Se oyó una ovación proveniente de una de las clases de niños. Estaban elogiando

al colegio de su Barrio. Root se volvió hacia ellos y les hizo un gesto juntando las palmas de las manos.

—Ay, pequeños adorables, florecillas. Créeme, éste es el lugar más alegre del mundo. Vienen bailando y se van bailando —dijo Root con una amplia sonrisa—. Y ahora dime, cielo, ¿has tenido alguna experiencia paranormal?

A Rolfa se le notó en la cara que se había cerrado en banda.

—¿Has levitado alguna vez? ¿Has tenido alguna experiencia extracorpórea? ¿Ha habido algún *poltergeist* en tu casa o algo por el estilo?

Rolfa negó con la cabeza y esbozó una tímida sonrisa:

—¿Quién, yo? ¿En mi casa?

—Esto es muy importante. ¿Estás segura? Bien, entonces vamos a entrar.

«Esta mujer está acostumbrada a hablar con Críos», pensó Milena. Entonces Root se volvió hacia ella con una sonrisa que parecía un haz de luz.

—Ven tu también, cariño. Tú no lo has visto nunca y queremos que veas lo alegre que es.

A Milena se le heló el corazón. Lo saben, pensó. Saben que nunca he sido Leída. «Lo han hecho a propósito. Decidieron no Leerme».

«Tranquila», pensó. Siguió a Root.

«Pensé que era libre y sin embargo era tan sólo tolerada. O utilizada. No me hubieran dejado escapar de no haber habido una buena razón».

«Por supuesto que saben que no me han Leído».

Otro misterio perdido en la historia de Milena.

Root tenía la puerta sujeta y le hacía señales con la mano. Entra, entra. Milena entró furiosa y asustada.

Bajaron por un pasillo hasta llegar a una escotilla cerrada que emitió un silbido cuando la abrieron. Daba a un pasillo de acordeón, amplio y flácido que se movía al pisarlo. Iban flotando en carne. Olía a desinfectante y estaba mojado. La iluminación provenía de una lámpara ultravioleta.

—Hay que evitar las enfermedades —explicó Root.

Entraron en una habitación hecha de carne.

Las paredes eran ligeramente fosforescentes y parecieron retraerse cuando entraron.

—Hola, pequeño —dijo Root—, hora de salir a pasear.

Es una Terminal, pensó Milena cayendo en la cuenta. Tiene la capacidad de hablarle al Consensus con la mente. Puedo hablar con ella, Ella ve por él y oye por él. Esto mismo es el Consensus.

—¿Cómo es? —preguntó Milena en un susurro.

—Grande —dijo cálidamente Root la Terminal— y vivo. Vamos, Rolfa, cariño, siéntate ahí en el suelo, en cualquier sitio.

«Esto es lo que me mantiene —pensó Milena—. Esto es lo que manda. Esto es Charlie. Esto es el Deslizador, el creador de Ángeles». El corazón latiente de su cultura, y ella no lo había visto hasta entonces. Las máquinas habían imitado a la vida y ahora la vida les devolvía el favor. Se repetían las conductas. Un ordenador hecho de carne, capaz de generar más capacidad cuando fuese necesaria, de enviar micelios a través de la tierra y de brotar por todas partes, como los hongos que se alimentaban de los jardines púrpura.

Milena volvió a recordar.

Nunca había visto una película, pero otra gente con virus en la cabeza sí lo había hecho y ella tenía sus recuerdos. Eran los recuerdos que el Partido quería que tuviese. En aquel momento, le vino a la cabeza una película de Chao Li Song.

Milena vio un rostro con una sonrisa sardónica, un viejo cargado de buenas noticias que él no era capaz de contener:

—Vamos a tener que asumir que hemos sido reemplazados —dijo con una voz que sonó como un chirrido de bisagra oxidada—, somos como unos padres que hubieran concebido a un bebé gigante, capaz de hacer cosas que a nosotros nos resultan inimaginables.

El pensamiento era química que se desplazaba a través de la electricidad, y la electricidad estaba conectada a las otras fuerzas. En la quinta dimensión, la principal de las once existentes, la fuerza de la gravedad y los fenómenos electromagnéticos eran una misma cosa. El Consensus podía pensar en términos de gravedad, podía imprimir las personalidades con gravedad. Se llamaban Ángeles y tenían la capacidad de deslizarse a través de la gravedad. Podían desplazarse por el espacio a la velocidad de la luz. Tal y como había sido pronosticado, podían viajar hacia atrás en el tiempo. Viajaban atrás en el tiempo a otras estrellas.

Los ingleses llamaban a las autopistas de la gravedad el Deslizador de Charlie.

—¿De qué servirá —preguntaba Chao Li Song— enviar conocimiento al pasado remoto y a las estrellas? La respuesta es que extraerá riquezas. El pensamiento y la gravedad son una única cosa. La gravedad impulsaba al universo hacia la existencia por expansión. Presionaba contra la nada, y al presionar se liberó energía. Hubo una onda de calor.

Chao Li Song sonrió, en el pasado, como si hubiera viajado a la velocidad de la luz, y prosiguió:

—Los Ángeles desatarán ráfagas de calor. Fundirán las rocas de otros mundos. Se apropiarán de ellas como si fueran golosinas y las traerán hacia nosotros, sacándolas del pasado. Las guiarán hacia nosotros a través de muchos años luz en su viaje de vuelta, muy despacio —hizo una pausa y sonrió para sus adentros—. Sabemos que eso será lo que harán porque ya ha sucedido en el pasado. Los bloques de metal.

Hemos visto cómo venían hacia nosotros. Hemos escuchado a los Ángeles en las líneas de gravedad.

El universo había sido creado por expansión, la gravedad extrajo energía de la nada. El Consensus también estaba extrayendo minerales del vacío. Iba arrancando poco a poco la materia para liberar oleadas de calor. Y pronto el Consensus generaría energía creando pequeños universos de bolsillo.

—¿Estás a gustito, cielo? —preguntó Root dándole un poco de agua a Rolfa.

Chao Li Song tenía otras cosas que decir:

—Hace ya mucho tiempo que sabemos que el universo no es material. Todo evoca a su opuesto y alcanza una nueva síntesis. Hegel nos lo dijo, Marx nos lo dijo. Ahora ha llegado el momento. Ya tuvimos el Materialismo Dialéctico. Ahora tenemos que alcanzar el Inmaterialismo Dialéctico. La idea precede a la realidad.

Tuvo que huir para salvar la vida. Eso no se lo dijeron a Milena los virus. Se lo dijo su madre, de parte de su padre muerto. A causa de Chao Li Song, el socialismo forjó una alianza con la religión renaciente. Y a causa de él, el socialismo venció. Tan sólo fueron necesarios unos cuantos acuerdos mutuos alcanzados gracias a una mezcla de puritanismo y sentido común. Milena vivía en un estado teológico.

Charlie, le llamaban los ingleses. Charlie Song.

—*Cántale algo a Charlie y te podrás lanzar* —cantaba Root *la Terminal* mientras caminaba para atrás, hacia Milena, temblando como un flan—. *Cántale algo a Charlie, es como un tobogán*.

«Surgimos de África —pensó Milena—. Salimos de una sequía y sobrevivimos. No con una mandíbula mayor, sino con una menor, porque teníamos un lenguaje rudimentario. Sobrevivimos porque trabajamos juntos. Hemos sido diseñados para sobrevivir a los cambios climáticos trabajando al unísono. Como la música».

Root la agarró de la mano con fuerza y se la sacudió.

—Tú quédate aquí conmigo, cariño, o se obtendrá una mezcla de las dos lecturas, y eso sí que sería raro. Esto no lo has visto nunca, estás aquí de invitada, de verdad.

Se echó unas risitas. Era como un saco de la risa.

«Sobrevivimos —pensó Milena—, porque somos buenos al fin y al cabo. Sobrevivimos en la *medida* en que seamos buenos».

La cosa que era la habitación se rió con ellas. Se rió y el espacio se rió también, el espacio que contenía a Rolfa. Una oleada lo atravesó y también la atravesó a ella.

Rolfa echó la cabeza hacia atrás como una bala de cañón abierta en dos por una sonrisa.

—¡Yu-uuu-juuuuuuuuu! —gritó, y lanzó una carcajada como un rugido—. ¡Uuu-auuuuuuuuuuuuu!

—¡Ahí está, ahí está! —gritó Root saltando arriba y abajo con toda su mole de peso—. ¡Eso es, cariño, disfrútalo, disfrútalo!

«Lo había escuchado —pensó Milena—, había escuchado que era maravilloso pero no me lo creía».

Todas las sinapsis entran en acción a la vez, todas y cada una de las vías nerviosas, todas las células del cerebro se ponen en funcionamiento al unísono por una primera y última vez. Es como un multitudinario juego de rol nacional, todo iluminado. Cada persona se convierte en una nación, en un universo.

El Consensus extraía energía de la nada, del vacío cuántico, y podía retumbar hacia atrás en el tiempo viajando más rápido que la luz. Durante un siglo y medio se había sabido que la gravedad en forma de explosión había contribuido a desencadenar el comienzo. ¿Y ahora había un mirador, una referencia para que la gravedad trabajara antes del espacio y del tiempo? La respuesta era que la gravedad había sido retrotraída al principio, pensamiento en forma de gravedad.

La Humanidad, trabajando en forma de Consensus, iba a crear el universo. Amábamos tanto al mundo que íbamos a crear a Dios a nuestra imagen y semejanza.

—¡Ah! —se lamentó Rolfa con cariño por todas las cosas—. ¡Ah! —dijo con la voz hecha gemidos de pérdida y de lamento, y miró a Milena con una triste sonrisa.

—Ya está —dijo Root—, cariño, ya has sido Leída.

Caminó hacia Rolfa, se inclinó sobre ella, la inspeccionó, le acarició la cabeza y le preguntó amablemente:

—¿Qué has visto, cariño?

—Todo tipo de cosas —dijo Rolfa con voz débil.

—Sí, sí, todo te vuelve —dijo Root asintiendo con una sonrisa.

—Vi a mi madre —dijo Rolfa—. Estaba cogiendo lirios de agua en un estanque, tenía puesto aquel vestido, el vestido largo naranja y lo llevaba arremangado para no mojárselo. Se reía de pensar que podría resbalarse.

Se incorporó y se sujetó al brazo de Root.

—El estanque estaba detrás de una vieja granja pintada de blanco. Nos estábamos quedando allí, en la isla de Prince Edward. Yo tenía cinco años. Estaba peleándome con mi hermana. Decía que ella iba a crecer más que yo porque tomaba té. Los mayores toman té.

—Te lo juro, a todo el mundo le pasa lo mismo. Yo veo a mucha gente y todos se marchan de aquí bailando.

—Pero no sólo va uno hacia atrás —dijo Rolfa—, también va hacia delante.

—¿Huumm? —dijo Root volviéndose como si alguien le hubiera hablado.

Y alguien lo había hecho.

—Vuelta al trabajo —murmuró.

Formó bocina con la mano en una oreja y se quedó escuchando ensimismada. Esto le dio a Milena la desagradable oportunidad de pensar.

—Vaya, eres todo un carácter, ¿no? —dijo Root sonriendo—. Estás por todas

partes, nunca había visto a alguien como tú —sonrió sacudiendo la cabeza—. Y te gusta beber, eso se nota.

Milena sintió un escalofrío que le resultó familiar.

—Cambia lo menos posible —dijo con un susurro.

—Ya lo hacemos, cariño. No nos entrometemos.

—Es que ella es un genio, por eso se está haciendo esto.

—¿Y todavía lo es? —dijo Root divertida—. Bueno, yo no estaría tan segura de eso.

Se inclinó y dijo dirigiéndose a Rolfa:

—¿Crees que puedes levantarte ya? Tenemos que dejarle el sitio a otra persona.

Rolfa asintió suavemente. Root la ayudó a ponerse de pie.

—Adentro y afuera, como un pulmón gigante —murmuró Rolfa.

Milena la sujetó por el otro brazo. Rolfa se apoyó en ella, exhausta.

Atravesaron el acordeón y bajaron por un pasillo blanco hasta una habitación blanca con unas sillas viejas. Al marcharse, la mujer le hizo una mueca a Milena y le indicó que la acompañara al pasillo para hablar.

—Tu amiga, ya sabes, le pega a todo —dijo levantando las cejas y con las mejillas a reventar de diversión. Se apoyó cuidadosamente las manitas de muñecas regordetas sobre los pechos.

¿De qué estaba hablando? A Milena empezó a embargarla un terrible presentimiento.

—La verdad es que creo que es de la acera de enfrente. Vamos, no digas que no lo sabías —insistió Root—. Aquí podemos verlo todo a nuestro antojo.

—¿A qué se refiere?

—Tu amiga. Quiere hacer triqui-triqui con otras chicas —dijo Root cubriéndose la cara y retorciéndose de risa—. Hay que ver las formas que puede revestir la Humanidad. ¡Y aquí vemos de todo! Pero basta con un poco de mano dura para que todo funcione.

Milena se quedó fría y paralizada. «Le gustan las mujeres».

—¿Podemos dejarlo ya? —preguntó con una voz como un graznido.

—Es la ley —dijo Root sacudiendo la cabeza con tristeza.

El movimiento de sus enormes nalgas hacía que la bata blanca se le arrugara al andar.

Milena dio media vuelta y entró en la habitación. Se encontró a Rolfa sentada sonriendo y mirando a través del mundo entero hacia otro lugar.

—Rolfa —dijo Milena—. Te quiero. Quiero acostarme contigo. *Mejor dicho,* quiero hacer el amor contigo.

—Qué buen momento para decírmelo —dijo Rolfa echándose a reír y tapándose los ojos.

—Intenté decírtelo antes, pero no fui capaz.

Rolfa se reía ya a carcajadas.

—¡No tiene gracia! —dijo Milena dando unos saltitos nerviosos.

—¡Es jodidamente desternillante! ¡Es lo más gracioso que he oído nunca! —Rolfa le cogió la mano sin dejar de sacudir la cabeza y le preguntó—: ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No lo sé. Tenía miedo. ¿Por qué no me lo dijiste tú?

—¡Porque tú eres humana y pensé que te habrían curado! Tú lo dijiste: «me dieron un montón de virus a los diez años».

«¡Ah, Dios misericordioso! Qué fácil había resultado».

—Pero nunca me Leyeron. Me dieron los virus para inculcarme una educación, pero nunca me Leyeron porque no consiguieron curarme —susurró Milena—. Y nunca dije que no había sido Leída porque tenía miedo de que me encontraran. No dije nada nunca porque tenía miedo. Pero ellos siempre lo supieron.

«Tenía a Rolfa. Siempre la tuve y ahora van a destruirla».

—Todas aquellas noches —dijo Rolfa riéndose—. ¿La toco o no la toco? No, mejor no la toco, que a la gente la curan.

Bajó la mirada hacia la mano de Milena y se puso a juguetear con sus dedos.

—¿Para qué queremos a los virus, teniendo al miedo? —volvió a mirar a Milena sonriendo aún—. Todavía nos queda algo de tiempo —prometió—, sea lo que sea, todavía nos queda algo.

Root irrumpió en la habitación. Milena dio involuntariamente un salto hacia atrás y Rolfa la atrajo hacia sí.

—Un poquito de miel —dijo Root exagerando la articulación de las palabras— y un toquecito de inmunosupresión. Vamos, saca la lengua. Voy a darte Caramelo.

Llevaba puestos unos guantes de color rosa.

«Huye», pensó Milena. Barajó la opción violenta, darle un empujón a la enfermera y echarse a correr. Pero ¿hacia dónde?, ¿dónde estaba la salida?

Rolfa sacó la lengua como una niña mala.

—Así se hace —dijo Root y le dio un toquecito en la lengua con un dedo enguantado.

—Esto es todo. En unas tres horas empezarás a sentirte mal. Relájate, toma líquidos. Nada de priva, ¿eh? A la primera complicación, házmelo saber mediante tu Correo y saldré pitando para allá.

Se dio la vuelta hacia Milena y, parpadeando, le dijo:

—Es un virus importante, es contagioso.

Milena le devolvió una mirada de desolación.

—Mano dura —dijo Root la Terminal—, pero menos dura de lo que era antes, créeme.

Entonces ayudó a Rolfa a incorporarse y la condujo a la salida de la habitación. Milena iba siguiéndolas. Ya no había nada que ella pudiera hacer.

Capítulo 7

Un estado terminal irreversible (Trabajos de amor)

Afuera reinaba el veranillo de San Martín, más bien cálido y con el cielo salpicado de veloces nubes y claros de sol. Unas palomas gordas pasaron contoneándose por la franja de verdor que había junto al Puente Lambeth. Era media tarde y la mayoría de la gente estaba trabajando. Había un grupo de adolescentes sentados en círculo en el suelo con las camisas abiertas, bebiendo y jugando intermitentemente una partida de cartas. A un vagón se le había roto el eje encima del puente y había unos barriletes de cerveza abiertos sobre la rampa de éste, extendiéndose un olor amargo y picante. Había unos niños chapoteando y espantando a las gaviotas que se habían congregado.

—No sabía nada de tu madre —dijo Milena cuando iban caminando.

—Nos abandonó —dijo Rolfa—. No le gustaba mi Papá.

—¿Adónde se fue? —preguntó Milena.

Rolfa se giró y esbozó una sonrisa muy particular.

—A la Antártida —dijo.

Siguieron caminando en silencio y pasaron por lo que un día fue el palacio de un arzobispo. Sabían que iban a hacer el amor y Milena sabía que iba a pillar el virus.

Ella quería pillar el virus. No quería quedarse atrás. No tenía ni que pensarlo. El sexo lo complica todo, pero la grandeza del amor radica en su capacidad de simplificar.

Pasaron escuchando gritar a las gaviotas por delante del hospital que fundó Florence Nightingale, y por delante de otro parque pequeño. Entraron en los acogedores brazos de piedra de la Shell, en el patio delantero y finalmente emprendieron el ascenso por las escaleras.

Por fin, una vez en su abarrotada y fría habitacioncita, hicieron el amor y les resultó más vulgar y extraño de lo que Milena hubiera pensado, tan vulgar y extraño como la lluvia.

Entonces empezaron las tiritonas. Rolfa tenía frío. Milena le echó mantas encima. Rolfa se quejaba de lo seca y áspera que tenía la mucosa nasal, así que Milena puso una tetera a hervir en la pequeña habitación para elevar la humedad ambiental. El vapor se mantenía en el aire como si fuera niebla.

—Es como un zumbido —dijo Rolfa—. Me pasa por todo el brazo y luego se me mete en la cabeza.

Milena le traía tazas de agua. El vapor parecía venirle bien. La voz de Rolfa volvió a suavizarse, se bebió el agua con avidez, de un tirón, y se incorporó en la cama. Milena se tumbó junto a ella con la oreja contra el estómago. Se podía

escuchar un gorgoteo, las dos se rieron. Afuera, empezaba a oscurecer. La ciudad desapareció.

—Voy a cantar —dijo Rolfa.

Milena buscó a tientas una vela, buscó a tientas el papel debajo de la cama, pero Rolfa se puso a cantar antes de que lo encontrara. «¡Espera, espera!», pensó y empezó perdiéndose el comienzo.

Era como el coro final de la novena de Beethoven o el coro del Aleluya, sencillo, potente y alegre. Rolfa cantaba sonriente. Cantaba expresando su vida como un todo que contenía a Milena en algún punto.

—¡Déjalo ya! —gritó alguien desde una de las plantas superiores.

Rolfa sonrió más aún y levantó la voz.

—¡Si-len-cio! —aulló otra persona.

—Aquí hay una persona que se está muriendo —gritó Milena furiosa abriendo la ventana de un golpe.

Para ella era una verdad.

Cuando hubo acabado, lentamente y sintiéndose plena, Rolfa trazó un movimiento en el aire con la mano. Milena y ella se miraron en silencio bajo la luz temblorosa.

Luego, con una sonrisa como efe burlarse de sí misma, Rolfa reprodujo con exactitud el sonido de un aplauso multitudinario. Para un actor, no es ni más ni menos que el sonido de la justicia.

Milena la tapó con el cubrecama y la besó. Rolfa se durmió y la enfermedad pasó durante la noche. Por la mañana, cuando Milena intentó darle un beso, apartó la cara. Milena le pasó una taza de té.

—Si me tomo esto me hago mayor, como una persona mayor —dijo Rolfa.

Y por la tarde dijo:

—Creo que ya estoy bastante bien para levantarme.

Se destapó. Tenía las mejillas, los brazos y los hombros cubiertos de una barba de tres días. Despacio y todavía amodorrada se puso a empaquetar las pocas cosas que tenía, sus enormes y baratas ropas, su delantal y su paleta de freír.

—Será mejor que me busque otro sitio para vivir —dijo débilmente y avergonzada plantándose junto a la puerta—. Me buscarán otro sitio en el que vivir, ¿no?

Milena asintió sentada al borde de la cama, evitando mirarla.

—Sí, te lo buscarán —dijo—. Vuelve a recoger tus libros cuando estés instalada.

Ya no había nada que hacer. Escuchó la puerta cerrarse suavemente con un chasquido cuidadoso.

Milena se quedó sentada en la cama. Sin moverse. No se sentía especialmente triste.

Simplemente, no se movía. Durante los últimos tres meses Rolfa había sido prácticamente lo único en lo que había pensado y ahora no tenía nada que hacer. No se le ocurría nada que hacer.

No quería comer. No quería salir. ¿Para qué salir? ¿Para ser actriz? No quería ser actriz. Los rayos del sol entraron por la ventana, caldeando la habitación. Milena estaba tan silenciosa como un fantasma. «Así era esto cuando Rolfa se quedaba aquí y yo no estaba», pensó.

Cuando se dio cuenta de cómo olía, se fue a las duchas a lavarse. Se quedó mirando melancólicamente los restos de pelo que había alrededor del desagüe en donde Rolfa se había afeitado. Con gesto imperturbable, abrió el chorro de agua y los empujó hacia la rejilla con el pie.

Volvió e intentó dormir. Notó una especie de vibración en la cama. Al incorporarse vio que la colcha y la almohada estaban llenas de Ratones morados. Su sistema inmune estaba buscando a Rolfa. Vio a sus Ratones corriendo frenéticamente unos sobre otros, como alarmados, por las arrugas de la sábana bajera.

Eso era lo que pasaba cuando la gente perdía un miembro, un brazo o una pierna. Sus Ratones seguían buscándolos, presas de un ataque de pánico. «¿Dónde está Rolfa? ¿Dónde está Rolfa?», parecían estar diciendo. Al final volvían a casa, arrastrándose de agotamiento.

La densidad de Ratones era sensiblemente superior en torno a una de las esquinas. Milena palpó por la zona y encontró a Cerdito atrapado entre el colchón y la pared. Los Ratones lo rodearon formando un enjambre, como aliviados.

Milena siempre había detestado al muñeco. «Ahora estoy aquí atrapada con ese maldito bicho», pensó arrojándolo contra la cocina. Cerdito cayó boca abajo y se quedó con la cara contra el frío suelo. Parecía estar mirando a Milena, sus ojos parecían decir: «no me dejes aquí».

Cuando Milena por fin lo recogió, movió sus sucias orejas de fieltro como si estuviese vivo. Era prácticamente la única cosa que Rolfa se había traído de su vida anterior y ahora se lo había dejado atrás, abandonado.

«Hay una parte de ti que no quería irse, Rolfa. Por eso te has dejado tantas cosas atrás, todos los libros, los papeles». Siguió moviendo las orejas de Cerdito. Se puso a sollozar y luego se enfadó consigo misma y se obligó a parar. «Vaya, ¿así que estás llorando? Pues ha sido culpa tuya —se dijo—. Tú has hecho que esto pasara».

Milena no sintió rabia hacia sus opresores. Al Consensus se le presuponía que hacía grandes y extraordinarias cosas. ¿Cómo iba ella a reprocharle algo? Ella era la que había complicado las cosas. Sopesándolo todo, aún creía que el Consensus era justo y correcto.

La tiranía es una forma de perversión. Llegamos a amarla. En todos los gobiernos hay un cierto grado de tiranía, y cuanto mayor sea éste, más venerado es el gobierno.

Lo que resulta difícil es valorar el grado de tiranía bajo el cual uno está viviendo.

Milena contaba con su tiranía. Siempre había pensado que llegaría el día en que sería Leída y quedaría curada de su rabia, de su miedo y de su anhelo. Había deseado pillar el virus de Rolfa, pero a pesar de que sentía un leve malestar y un poco de fiebre, no estaba enferma. Era resistente a los virus. Estaba condenada a ser ella misma.

Por la mañana, y una vez más por la tarde, Jacob *el Correo* llamó a la puerta.

—Hay una nueva obra. Quieren que actúes en ella —dijo—. ¿Quieres que diga que estás enferma?

—Sí, Jacob, díselo —respondió ella.

El día transcurrió lentamente. No comió nada. Milena se pasó la noche sentada en la cama con la espalda apoyada contra la pared, dormitando a ratos.

A la mañana siguiente escuchó unos tímidos y suaves toquecitos en la puerta. Cilla entró trayendo pan y queso, Milena le dijo que no tenía hambre. Era normal que la gente no tuviese hambre, así que Cilla dio por hecho que había estado al sol realizando la fotosíntesis.

—Nos hemos enterado de lo de Rolfa —dijo Cilla—. Debes estar muy contenta.

—Sí —dijo Milena—, contentísima.

—Escucha —dijo Cilla—, todos los de *Trabajos de amor* queremos formar nuestra propia compañía, para hacer Nuevo Teatro. Ya sabes, a nuestra manera. Cilla hizo una pausa y sonrió.

—Queremos que nos ayudes a dirigirla.

—¿Por qué yo? —preguntó Milena mirándola fijamente.

—¿Por qué? ¡Con lo que conseguiste hacer con Rolfa! ¡Fue tremendo! ¡Un milagro!

Cilla se quedó esperando una respuesta.

—Todos pensamos que has estado tope sensacional —notaba a Milena triste y quería hacerla sonreír.

Era la típica jerga de Vampiros: Tope guay. Termendo. Tremendo.

—Tú también eres tremenda —murmuró Milena.

—Entonces, ¿puedo decirles a todos que lo harás?

—Fale —asintió Milena mirándose las manos—, fale.

Cilla se inclinó hacia delante con el ceño fruncido y una expresión de perplejidad en el rostro. Sabía que había habido alguna pérdida y no entendía cuál habría podido ser. ¿Habría vuelto la antigua Milena, la tímida? Cilla se llevó su comida.

A media tarde, el Insidioso entró sin llamar. Llevaba su siniestro sombrero ladeado.

—Eh, Heather, he vuelto —dijo.

La cara se le descompuso.

—¿Heather? —preguntó horrorizado.

Milena le miró y sacudió la cabeza. «No. No está Heather. Heather ha muerto. Sólo estoy yo».

—¿Es que ella era un virus? —dijo tirándose junto a ella en la cama.

Se cubrió la cara con las manos. Así cobijado, su rostro recobró la amarga sonrisa de medio lado.

—Y tú eres Milena —dijo—. Estuvo muy bien, buen truco. Tuviste que hartarte de reír.

—Estaba muy asustada —dijo Milena.

—Notaba algo, ¿sabes? Es sólo que normalmente los virus no son tan completos.

—Normalmente, los virus no son Heather —dijo Milena.

—Ya no soy Insidioso —dijo él mirando a la colcha y retorciéndola. La sonrisa empezó a tornarse introvertida—. Iba a decírselo.

«No tengo tiempo ni fuerzas para esto —pensó Milena—. Sabes lo que había entre Rolfa y yo, sabes lo que intentaste hacernos y aun así me pides ayuda. Ayuda. No sólo eres un estúpido, sino que eres un mierda. Eres tan estúpido porque eres un mierda».

—Por eso necesitaba a Heather —dijo él, completando el pensamiento de Milena.

—¿Alguna… alguna vez cuando… estaba contigo… te respondió? ¿Te habló alguna vez?

Fatigada, Milena sacudió la cabeza. «No. Sólo leía. Lo único que hacía era leer. Era lo único que podía hacer. Necesitaba que yo hiciera cualquier otra cosa».

El Insidioso se levantó y fue hacia la puerta. Se volvió para mirarla, para escrutar su cara y su mente.

«Yo era Heather —pensó Milena—. Para él, yo era la cara y la mente de Heather».

—Me alegro de que seas desgraciada —dijo.

—Sí, pero yo lo superaré y tú no.

La pena surgió, con desgana. La pena, la enemiga de Heather. Milena le mostró la cara de Heather, alargada y pecosa, y las gafas redondas.

—Ella te tenía por loco, pero creo que podría haberte amado. Necesitaba alguien a quien dominar.

Empezó a colocarse el siniestro sombrero y luego se lo pensó mejor.

—Hay algo más que eso en mí —le dijo.

—Entonces ve a buscarlo —replicó Milena.

Dio media vuelta y se marchó como una sombra.

Intentó dormir, pero no pudo. Cogió uno de los libros de Rolfa, marrón y estropeado, y se cayó, abriéndose por la última página:

… en lo más alto del bosque, un niño pequeño y su oso seguirán jugando

para siempre.

Hubiera tirado el libro al suelo de inmediato de no ser porque vio que debajo de cada palabra, o mejor dicho, de cada sílaba, había una minúscula nota musical escrita a lápiz sobre un diminuto pentagrama también dibujado a mano.

Pasó las páginas a toda velocidad. ¡Había puesto música a todo el libro! Lo había reescrito entero, para que pudiera ser cantado.

Dejaba a Rolfa leyendo todo el día.

Milena cogió el siguiente libro de la estantería. Era enorme y estaba atado con un trozo de tela gris sucia, no tenía título y se salía por los dos lados de su estropeada encuadernación. En la primera página había un grabado del busto de Dante. «*Divina Commedia*», decían unas letras impresas en rojo. Rolfa había escrito debajo, a lápiz: «PARA UN PÚBLICO DE VIRUS».

Los tres libros de la Comedia —*Inferno, Purgatorio* y *Paradiso*— estaban amarrados juntos, formando un solo volumen.

Debajo de cada una de las palabras había una nota musical, desde el principio hasta el final. La caligrafía era diminuta, pulcra y prácticamente ilegible, como si intentara disimularse. Una parte estaba escrita a lápiz y otra con tinta roja. Incluso algunas estaban escritas en trocitos de papel que había pegado al libro con cinta adhesiva blanca. Había partes escritas en color dorado. Había una nota por palabra y además, en algunos sitios aparecían anotaciones: «entran las trompetas» o «Virgilio contrapunto». Milena fue hacia atrás, a la primera página.

Nel mezzo del cammin di nostra vita…

A mitad del camino de mi vida
Me encontré en una selva oscura
Por haberme apartado de la recta vía

Entonces es cuando Dante se encuentra con la bestia. Había adaptado el texto a la música que Milena había escuchado aquel día, escondida en la oscuridad del Cementerio.

—¡Rolfa! —dijo Milena agitando el libro—. ¡Haber hecho todo esto para mantenerlo en secreto! Y mientras tanto, Jacob y yo poniendo por escrito las migajas que podíamos recordar. Tú no dijiste nada y yo tampoco dije nada. ¿Acaso nos dijimos alguna vez una palabra sincera?

Milena leyó *La Divina Commedia* animada por la música. Sus virus iban transformando las notas en sonidos imaginarios. Sus virus cantaban.

Milena empezó a imaginárselo, una gran ópera abstracta que si alguna vez fuera representada, duraría semanas. Se imaginó el escenario en el cielo, rodeado de

estrellas, con bandas de colores y ángeles simbólicos, bestias con rostros humanos, un infierno hecho de celdillas hexagonales y túneles de luz abriéndose hacia el cielo.

De repente Cilla avanzaba un paso, vestida de Virgilio. La partitura había sido escrita para una soprano, para que contrastara con Dante. Sin motivo alguno, Lucy, la vieja Lucy del Palacio de la Diversión, hacía el papel de Beatriz. Llevaba la corona ladeada y guiñaba un ojo. Al fin y al cabo, era una comedia. Milena cerró los ojos y sonrió.

«Muy bien, Rolfa, muy bien. Es gracioso. Es gracioso todo, el hecho de que yo no dijera nada, que tú tampoco dijeras nada, es gracioso. Podríamos habernos sentado juntas y haber planeado lo que íbamos a hacer con esto. Tú podrías haberlo organizado todo, si hubieras querido. Yo podría haberlo cogido entero, haberlo mostrado entero y haberles dicho: "lo tomáis o lo dejáis, pero a ella dejadla en paz". Ahora yo tendré que ponerlo en marcha. Tendré que conseguir que se represente. Gracias».

Milena se quedó mirando el tamaño del libro, con un dedo metido entre las páginas para no perder por dónde iba. «De alguna manera tendré que conseguir que esto se cante. No todo seguido, como comprenderás, cariño, o los espectadores se morirían de hambre o de viejos. Pero sí a lo largo de varios meses. ¿Y en qué tipo de escenario? ¿Cómo sería el escenario capaz de albergar esto? ¡Tú lo sabías, maldita sea, Rolfa, sabías que tendría que hacer algo al respecto!».

Milena siguió leyendo, viendo y escuchando mientras sus virus iban tomando nota de todo.

De vez en cuando, tenía que volver atrás y releer ella directamente. No era música que le resultara familiar. Los virus seguían la estructura. Milena vio cómo los temas se lanzaban, se zambullían y se intercalaban como golondrinas, alejándose y regresando, entrando en el silencio y saliendo de él.

«Lo has conseguido. Lo has conseguido, Rolfa. Es mejor que tu jodido Wagner. Cuando se une todo es mejor, las canciones son mejores y es incluso más largo. Esto es Mozart, Rolfa, esto es Bach. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido hacerme esto a mí?».

Milena empezaba a sentir el terrible peso que los genios, como la muerte, van dejando caer sobre los demás a su paso.

«Y tú no estarás aquí, Rolfa. No podrás escucharlo. No serás la misma. Serás como un fantasma, Rolfa. Te veré caminando por el Zoo pero estarás muerta en vida. Te escucharé cantar, pero no serás realmente tú. Puede que todo esto haya sido una comedia, Rolfa, pero duele, duele como una bofetada en plena cara. Así que no era alta comedia, mi amor, yo diría que era una bufonada».

A la caída del sol tocaron a la puerta. Era Jacob *el Correo*, que entró cantando.

Cumpleaños feliz
Cumpleaños feliz
Te deseo, querida Milena…

Se le había olvidado.

—Feliz cumpleaños, Milena —dijo Jacob sonriendo tímidamente—. Te he comprado un helado.

El helado iba en un palito de bambú.

Milena soltó una leve risita de agradecimiento y alargó la mano para cogerlo. Jacob saltó al frente para pasárselo.

—Está muy bueno, Milena, y está bien que comas. No has comido nada.

La vainilla estaba para chuparse los dedos. ¿Recordaba Milena su sabor desde la infancia?

—Tengo diecisiete años —dijo—, soy una señora mayor.

Milena estaba tan débil que sintió náuseas. Su piel de rodopsina le picaba por la falta de sol. Al comer, se dio cuenta de algo.

—Tú cuidas de nosotros, Jacob.

—¡Ah, sí! —dijo él—. Entrego vuestros mensajes y también sé cuando estáis enfermos o tristes. También soy yo quien os encuentra el día de vuestra muerte. En eso consiste mi trabajo.

—Y tú nos conoces a todos.

—Cuando sueño —dijo él sonriendo—, sueño con vuestros mensajes, todos mezclados. Pero ahora, gracias a ti y a Rolfa, en mis sueños también hay música.

Milena volvió a sentir punzadas de hambre.

—Tengo que tomar un poco el sol —dijo Milena.

Así que Milena y Jacob bajaron juntos las escaleras de la Shell. Tuvo que sujetarla, que ayudarle como si fuera vieja. Sentía las rodillas débiles y temblorosas. «Hacerte esto a ti misma es una tontería». La llevó al exterior, a los caminitos que miraban al Támesis. Hacía fresco y había una fuerte brisa proveniente del río. Milena alzó la cara al viento y hacia los últimos rayos del atardecer.

—Tengo que entregar mis mensajes —dijo Jacob.

Se dieron un breve y firme apretón de manos antes de que él se marchara. Milena se quedó mirando cómo volvía a la Shell, en cuyas hileras de ventanas se reflejaba un sol de fuego. «Así son las cosas para él —pensó—. Cada una de las habitaciones está viva e iluminada. Cada una de las habitaciones tiene para él la cara de uno de nosotros».

Milena fue a dar un paseo breve y pausado y se encontró frente al puente peatonal de Hungerford, donde una vez había estado. Temblaba como si el puente, el río, la ciudad y el cielo temblaran con ella. Las gaviotas estaban suspendidas en el aire a su

alrededor, sin necesidad de batir las alas en el aire, como una guirnalda, gritando y lanzando desperdicios al río.

La vida era una enfermedad que avanzaba y el amor era lo que le daba aliento. Eso es lo que le parecía a Milena. El agua, el viento, las nubes, todo venía corriendo hacia ella. «¿Qué es lo que siento?», pensó. Fue como si algo la hubiera alzado, la hubiera agarrado y la hubiera hecho suya.

Miró al Támesis con sus pesadas barcazas y sus enceradas y gruesas velas que colgaban formando dobleces como si estuvieran modeladas en madera, y los botes de remos pintados de vivos colores, y las marrones hojas otoñales que estaban siendo recolectadas por partidas organizadas de los Jardines de Infancia, y el abigarramiento de bicicletas y caballos en el South Bank y los paneles solares de los tejados de los antiguos edificios blancos. Un poco más allá del curso del río, justo detrás de St. Paul estaban los Arrecifes de Coral, las casas nuevas que parecían coliflores gigantes. Brillaban con las últimas luces, como si hubiera nevado.

¿Cuánto trabajo habría sido necesario? ¿Cuántos millones de horas habrían hecho falta para construir las calles, los carros, los barcos, los embarcaderos? ¿Cuántos millones de horas más para aprender a hacerlo todo y para almacenar la información, para imprimirle a la gente los cambios en la cabeza, para domesticar a los caballos, para cultivar su alimento? Su calculadora vírica se puso en marcha.

En la orilla de enfrente, unas carretas de caballos estaban levantando una gran bobina de color verde.

Estaban extendiendo cables. Pronto volvería a haber energía. Habría metal, enviado a través del Deslizador. El mundo iba a volver a ser rico y a estar inundado de luz. Habría escenarios suficientemente grandes para albergar *Paradiso*. No sería necesario explotar los yacimientos de la Antártida.

Cuatro mil millones de horas y contando.

Y llegará el día en que todo esto habrá pasado. Ahí estaba la historia, frente a ella, y ojalá que para alguien más.

Todo pasa y todo se pierde al final. Pero si algo ha sido bueno, no importa lo que suceda. El final es feliz de todas formas.

«Podríamos haber vivido en la Antártida, amor mío. Podríamos haber ido a visitar a tu madre y podrías haber seguido cantando, aunque fuera para los perros de los trineos. Podríamos haber escapado a Escocia, haber tenido una granja y habernos dedicado a criar ovejas e ir vestidas con sucios y apestosos jerséis. O podríamos haber seguido como estábamos hasta que hubiéramos llegado a odiarnos.

»Y también podríamos haber hecho esto. Tú serás excepcional y yo me quedaré entre bastidores escuchando tu música. Los aplausos serán ensordecedores».

Los finales no significan nada. El significado reside en donde nace el aliento del

mundo y eso siempre sucede en el Ahora.

De repente, el globo negro volvió a alzarse sobre el Puente de Waterloo, esta vez bajo la luz del sol. La luz se reflejaba en sus mejillas negras. Se impulsaba hacia atrás soplando y elevándose en el cielo. Se impulsaba y era impulsado. Había sido hecho por otros y era a la vez él mismo. «Así soy yo», pensó Milena. La gente decía adiós desde la góndola que colgaba bajo el globo. Había serpentinas de colores. ¿Es que era una boda? Milena les devolvió el saludo y se vio a sí misma, como si ella fuera el globo. Se vio diminuta sobre el puente, pero el gesto, el saludo de felicitación, se veía claramente.

Diez mil millones y contando.

Tenía mucho que hacer. «Tengo diecisiete años», pensó Milena. Sólo le quedaban otros diecisiete años de vida, tal vez dieciocho. Era hora de ponerse en marcha. Se echó a andar como contando los pasos. El problema era el tiempo. Pensó que podría controlarlo. Sin embargo, el tiempo la azotó, le asestó un golpe mientras caminaba y era un golpe para toda la vida. Toda la vida sin Rolfa. Pero sus esfuerzos no habrían sido en vano, no podrían negarse ni tan siquiera si muriera el sol. Eso no sería más que un final.

Doce mil millones y contando.

Milena retrocedió para seguir teniendo el rostro orientado hacia el sol, sin darse cuenta de que estaba canturreando para sí.

Es tan sólo una canción machacona.
Pero…

Salto.

En algún otro lugar, las voces del Consensus caían como gotas de lluvia, llamando:

Rolfa

Rolfa

Rolfa

Rolfa

Rolfa

Eran voces de niños inquietos, heridos y ansiosos de amor, que decían:

«*Quiere escuchar tu música. La Corona del Mundo quiere que cantes*»

Y se introdujo un modelo de pensamiento que, un poco sorprendido, parecía decir: «¿sí, de verdad? Vale, muy bien». Era un modelo acostumbrado a cantar a oscuras y producir música a partir del silencio.

Hubo una explosión de luz imaginaria.

Era envolvente y cegadora y las voces se dispersaron como querubines.

Junto a la luz, destacó un gran acorde entonado por muchas voces e instrumentos, que sonaba como el principio del mundo, o el final. El sonido se mantuvo y surgió una voz, muy débilmente al principio, como un pitido en el oído.

«*Mi principio está al final*»

Un pensamiento oculto siguió a las palabras como un dardo: «y éste es el final de la Comedia y la música del final es la misma que la del principio».

El que había sido despertado podría orquestar pensamiento y sensación. La luz cegadora pareció desvanecerse, era que los ojos se estaban adaptando a ella. Había nubes abombadas, arrugadas, que se desplazaban abriéndose en la distancia en muchas capas, y rayos de luz y lagos de sombras y valles de nubes repletos de niebla helada. Había una infinidad de luz y de aire, un mundo infinito.

Los espectadores sintieron el viento frío en la cara, la sangre se les agolpó en las sienes y los pulmones se les llenaron de aire frío. Sintieron anhelo de carne. Y de la niebla salieron Ángeles en tropel vestidos de negro, con las redondas e inocentes caras pintadas de blanco. Tenían las túnicas, los labios y las órbitas de los ojos, negros.

Los Ángeles eran los Vampiros. Habían formado un coro desde siempre. Estaba T. S. Elliot, con la cara pintada de verde para parecer enfermo. Estaba Madame Curie, rebosante de alegría por su descubrimiento. T. E. Lawrence tenía las marcas de los latigazos y las hermanas Brontë tosían apoyándose unas en las otras. Los Vampiros de la Historia se contenían unos a otros, se apoyaban unos a otros. Los signos de salud no se distinguían de los signos de enfermedad.

La canción que estaban cantando era la siguiente:

All'alta fantasía qui mancò possa…

Al llegar a este punto le faltaron las energías a mi elevada fantasía
mas ya eran movidos mi deseo y mi voluntad,
como ruedas cuyas partes giran al unísono

Entonces desapareció todo. Los espectadores quedaron a oscuras, rodeados de un cielo azul y oscuro y plagado de estrellas. La oscuridad y el cielo habían estado debajo de la luz.

por el Amor, que mueve el sol y las demás estrellas.

Redoble de tambores. La música imaginaria llegó a un final contundente y firme. La invadió la idea de que se trataba de una predicción: todos viviremos en el espíritu.

Rolfa era libre.

Luego se hizo el silencio.

LIBRO SEGUNDO

PARA MILENA, LA QUE HACE LAS FLORES

o

Un cambio de clima

Para surcar mejores aguas
Alza las velas ahora
La navecilla de mi ingenio
Que un mar tan cruel detrás de sí abandona

Y cantaré de aquel segundo reino
Donde el humano espíritu se purga
Y de subir al cielo se hace digno.

Mas renazca la muerta poesía…

Capítulo 8

¿Dónde está Rolfa? (Un cambio de clima)

Milena recordó la cara de Chao Li Song.

Tenía el pelo y la barba negros y los ojos rasgados, severos y risueños. No era un venerable anciano, sino un joven forajido chino al que las mujeres encontraban atractivo.

—El problema es el tiempo —dijo el forajido moviendo las dos manos, una hacia delante y la otra hacia atrás—. El tiempo avanza con la expansión del espacio, pero como el espacio también se contrae, el tiempo se mueve hacia atrás —las dos manos se unieron como si estuviera rezando— y ambos se cruzan en el Ahora. El Ahora es siempre eterno —se oyeron zumbidos de cámaras—. No existe un único flujo de tiempo. No hay causa y efecto. No hay más —concluyó, poniendo una cara de tristeza pueril.

Cuatro años después de que Rolfa la dejara, Milena fue Leída por el Consensus. Hicieron de ella una historia. Una oleada de gravedad y de pensamiento la inundó de golpe. Todos sus recuerdos y todas las diferentes facetas de su personalidad fueron inflados como globos y su pasado fue convertido en Ahora.

Recordó la noche en que volvió la energía. Estaba de pie en el puente peatonal de Hungerford, que estaba abarrotado de desconocidos y repleto de amigos.

Los actores de *Trabajos de amor perdidos* estaban con ella: Berowne y la Princesa. Cilla también estaba con ella. Se guarecieron en un mirador del puente, comprimidos por una muchedumbre. Los embarcaderos junto al río estaban llenos de gente. La tarde de verano estaba bien entrada y el cielo adquirió un color azul plateado. El tiempo era cálido y suave y el aire se movía en corrientes como lazos de seda. El Shell-Mex, un gran edificio gris de la orilla de enfrente, se alzaba contra la luz que provenía del oeste.

Berowne estaba embarazado. La mayoría de la gente pensaba que tenía un aspecto grotesco. Llevaba el feto en sus entrañas y tenía toda la parte de atrás del cuerpo hinchada por él. Se veía obligado a dormir en una hamaca. La barba se le había puesto rala y tenía los dientes grises y frágiles, de un blanco moteado, como el pelaje de un perro. Después del parto tendría que echar unos dientes nuevos. Si se sentara de golpe, se moriría. De todas formas, lo más probable era que muriera al dar a luz.

Milena pensó que era muy valiente. Salir hoy con ella era peligroso. La vida en sí

era peligrosa y había algo en la aceptación de ese hecho por parte de Berowne que ella encontraba digno de admiración.

La Princesa, la madre del niño, estaba con ellos. Tenía la tez de color granate pálido, demacrada de tanto desear ser menos despiadada. Cuando Berowne se quedó embarazado intentó dejar claro que, aparte de haber donado el óvulo, no quería tener nada que ver en el asunto. Pero aquí estaba ahora, con él.

—¡Mmi! —dijo, esforzándose por hablar—. Mi-mira l-lo veee —los labios le temblaban como si no fueran capaces de mantener el equilibrio—. ¡Dde! la Sss-Shell.

La Princesa había empezado a tartamudear en primavera. Había sido un virus, un virus que había pillado y que le impedía hablar. La única manera de hablar de corrido era cantar, convertir las palabras en música. Y se negaba a cantar en público.

—Quería formar parte de esto —dijo Berowne sujetándose las gafas con las manos.

Hasta el tabique nasal se le había afinado, su cuerpo había reabsorbido el calcio. El viento agitaba su delicado cabello como con esperanza. La Princesa se rodeaba el cuerpo con los brazos, con aire desvalido.

El mosaico humano de las aceras del South Bank aparecía agitado y cambiante. Los vendedores ambulantes de fruta y verdura pregonaban su mercancía y cargaban barriles de cerveza a la espalda ayudados por niños. Los niños abrían los gritos para llenar las jarras y también bailaban tocando sus flautas de bambú. Había fresnos a lo largo de todo el paseo cuyas ramas estaban llenas de gente, como fornidos obreros sentados a horcajadas que bajaban sus jarras atadas a una cuerda para que los niños se las llenaran de cerveza.

Los dirigibles flotaban por encima de todo aquello, con las góndolas llenas de gente. Miembros del Partido, por supuesto. «Pendones —pensó Milena la actriz—. Ellos están ahí arriba y nosotros aquí abajo».

Entonces, por debajo de donde estaba Milena, surgió el canto.

Una especie de canto, como un tarareo. La marea había bajado por completo y el lecho del río aparecía fangoso y lleno de guijarros, había arrastrado cristales rotos y restos de históricos neumáticos. De debajo del puente salió un grupo de gente. Se movían a pasitos por el fango, avanzando y parando alternativamente de forma errática, como los flamencos. Tomaban una dirección balanceando las cabezas adelante y atrás, con los brazos plegados como si fueran alas. De repente se paraban todos a la vez, se quedaban paralizados apoyados en una sola pierna y giraban las cabezas al tiempo en una misma dirección como si hubieran escuchado algo. Luego salían corriendo a toda prisa, en bandada.

—Ni los mires —dijo Cilla, para quien toda forma de comportamiento radical no era más que una manera de llamar la atención.

Tenían la cabeza cubierta de barro como si llevaran un casco y llevaban jirones de

resina sujetos al cuerpo con hilo de nailon.

—Ésos son Abejas —dijo Berowne.

Milena nunca había visto Abejas, para ella no eran más que un vago rumor. Se decía que a la gente se le estaba trastornando la mente y que se les estaba trastornando al unísono.

Mientras Milena las miraba, todas las Abejas cayeron de golpe, como si fueran marionetas a las que les han cortado las cuerdas. Se tiraron al suelo de rodillas a la vez, hicieron una reverenda como si estuvieran frente a un emperador y empezaron a restregarse con furia las cabezas por el barro.

—Se supone que son Insidiosos —dijo Berowne—, pero raros.

—¡Ra-ra-ra-raros! —exclamó la Princesa con aprensión y amargura.

No había querido gestar al niño por el bien de su carrera, ¿y qué carrera le esperaba ahora que era una actriz tartamuda?

El clima había cambiado en muchos y diferentes sentidos. Tras la luz del sol y la celebración subyacía un cosquilleo de miedo y de incertidumbre. Estaban las Abejas y luego el tartamudeo. La gente sabía que había algo relacionado con los virus que no iba bien y aun así no querían pensar en ello, no sabían qué hacer al respecto, así que habían decidido venir a celebrar algo bueno y novedoso.

En el embarcadero, los hombres de las zanfoñas empezaron a tocar su chirriante música de feria a mayor velocidad, los vendedores ambulantes se pusieron a pregonar sus mercancías con un clamor sordo y se fue levantando una brisa, como si el mismo río se estuviese agitando, anticipándose. Había gente de pie sobre carros de caballos en el Puente de Waterloo. Hileras de espectadores ocupaban los tejados de las casas y se asomaban por las ventanas. Los virus le hicieron saber a Milena que estaba contemplando a medio millón de personas.

Al otro lado del río, las manecillas del reloj gigante estaban paradas. Llevaban así desde el Apagón, la Revolución, noventa y siete años atrás. Aquella noche, las manecillas se moverían, aquella noche a las 10.30. Ahora había suficiente metal. La electricidad volvería a fluir, en un principio sólo a lo largo de la orilla norte del Támesis. ¿Y luego, qué?

Se estaba haciendo tarde. En el puente hubo una repentina oleada de la multitud hacia delante cuando todos intentaron avanzar un poco, para ver mejor. Milena empujó hacia atrás.

—¡No empujen! —dijo Milena—. ¡Aquí hay un hombre embarazado!

—Sonríe —le dijo Berowne a la Princesa tomándole la mano.

Ella bajó la mirada y sacudió la cabeza al ver la mano de él y compararla con la suya. El tiempo se acababa.

La gente empezó a contar siguiendo el dictado de sus virus.

«DIEZ… NUEVE… OCHO…».

El impacto de las multitudinarias oleadas de pensamiento que originaban los números sacudía una y otra vez a las Abejas que estaban abajo, en el fango.

«SIETE… SEIS…».

Milena pensó: «La ciudad estará iluminada por la noche y podrá haber sesiones nocturnas de cine en los parques. Habrá vídeos. Varios Barrios rivalizarán por obtener el control de ellos. Todos nosotros tendremos que encontrar una nueva ocupación».

«CINCO… CUATRO…».

Berowne se volvió hacia Milena y le dio un toquecito, con su sonrisa enfermiza. Para esto habían venido. «¡Únete!».

—Tres —murmuró Milena, que desconfiaba de mezclarse con las masas.

«Habrá un montón de enfermedades, un montón de enfermedades nuevas», pensó.

«¡DOS! ¡UNO!».

Antes de que nada sucediera, empezaron a sonar las bocinas y a chirriar los silbatos. Se oía una especie de rugido, como un ruido sordo, apenas inteligible.

«¡CERO!».

Y no pasó nada. La oscuridad pareció hacerse más profunda y surgió una oleada de risas y de vítores irónicos.

«¡Cero! —gritó la gente de nuevo—. ¡Menos uno!, ¡menos dos!».

A la de menos dos, saltó un fogonazo de luz. ¡Zas! La fachada del albergue para indigentes Savoy quedó repentinamente inundada de luz. Una hilera de bombillas que colgaba de unos postes cobró vida al iluminarse.

¡Zas! Unos focos iluminaron instantáneamente desde abajo la fachada del Shell Méx. Lo habían limpiado hace poco y se veía reluciente contra el azul marino del cielo. Las luces se fueron encendiendo sucesivamente a lo largo del North Bank, en los astilleros y a lo largo de los muelles situados bajo los embarcaderos de piedra.

La luz centelleaba sobre el granito a todo lo largo del Obelisco de Cleopatra. Llegaron las luces a la superficie del Puente de Waterloo. Zas, zas, zas, en un breve lapso de tiempo los destellos de luz dorada como el atardecer se extendieron contrastando con la oscuridad del cielo.

—¡Ah! —suspiraba la gente—. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Era incluso más bonito de lo que habían pensado. Todos habían intentado imaginar cómo sería, cómo serían las ciudades eléctricas centelleantes de luz, las ventanas iluminadas brillantes como ojos y ahí estaban, como si hubieran hecho un

viaje en el tiempo. Era el resurgir de la ciudad eléctrica. Este momento recibiría el nombre de Restauración.

Las Abejas se pusieron en pie de un brinco, zumbaban haciéndose eco del placer de los demás y se agitaban de nerviosismo, ululando y haciendo gorgoritos con la lengua.

Y entonces unas sombras gigantes se arrastraron lentamente por la fachada del Shell-Mex. Las manecillas del reloj habían vuelto a girar, como si el tiempo hubiera empezado de nuevo. Fue como si el mismísimo motor del cambio hubiera vuelto a ponerse en marcha.

Milena sintió el cosquilleo de la luz artificial en su piel de rodopsina. «Todo va a cambiar —pensó—, habrá energía, luz y hologramas. Se podrá representar la Comedia».

A su alrededor, la gente silbaba, pataleaba y lanzaba vítores. ¡Zas!, ¡zas!, ¡zas!, las luces aparecían una tras otra, en sucesión, como los recuerdos.

Y Milena recordó cuando estaba en un vehículo que orbitaba alrededor de la Tierra. Estaba vivo y flotaba hinchado de gases, como la garganta de un sapo. Se balanceaba al viento como si ascendiera a la deriva. Milena la directora contemplaba cómo allá abajo, Inglaterra aparecía y desaparecía de su vista.

Vio los enormes campos otoñales de color castaño dorado tras la cosecha. Vio líneas como estelas que marcaba el viento al mecer las praderas de cereal. Era como si las espigas fueran las piernas de la Tierra, que girara al balancearlas. Entre los campos había pequeños bosquecillos de sicomoros y de hayas. Había un río que transcurría en línea recta, rodeado de bancos de coral. La sombra del vehículo atravesó el río asustando a una bandada de patos que levantó el vuelo, lanzando al batir las alas destellos que iban del blanco al marrón y otra vez al blanco.

Para Milena, la directora, Inglaterra fue una revelación. Desde su primera infancia no había vuelto a salir del área metropolitana de Londres y casi no recordaba nada de aquella parte de su vida. Era un país desconocido, enorme, lleno de vida y olvidado como la infancia misma.

Abajo había pueblos con casas en forma de colmena agrupadas en torno a viejas iglesias o graneros de piedra. A las afueras, los perales gigantes se extendían por el suelo ocupando campos enteros, podados para captar el sol. Los niños llevaban al campo la comida colocada encima de la cabeza. Corrían en tropel por los Jardines de Infancia, juntándose y separándose como una bandada de aves en vuelo. Los caballos gigantes tiraban de la maquinaria por los campos levantando una nube de polvo dorado. Milena alcanzó a mirar por el techo acristalado de un laboratorio en cuyo interior había cubas y depósitos e hileras de recipientes tan brillantes como lentejuelas. Vio arboledas de bambú y gente que tomaba su almuerzo sentada al sol.

Milena vio muchas vidas entrelazadas en una sola imagen, lo que pasaba en varios campos, en pueblos vecinos. Fue como si repentinamente pudiera ver la forma que tenía el Ahora, la simultaneidad de la vida. Podía ver la sombra de las nubes y cómo se aproximaba un frente atmosférico. Fue como si tuviera la capacidad de ver el futuro de los niños que estaban ahí abajo.

«He sido ascendida —pensó—, he sido ascendida en el más amplio sentido de la palabra».

Milena Shibush iba a producir y dirigir *La Divina Comedia*. Iba a producirla tal y como siempre había deseado hacerlo, llenando los cielos de luz y de música, de la música de Rolfa.

La música de Rolfa llenaba su vida. La escuchaba donde quiera que fuese, dentro de su mente. A estas alturas se la habría sabido de memoria incluso aunque no hubiera contado con la ayuda de sus virus. La música se había convertido en una manera de entablar un diálogo consigo misma. Si se sentía sola, triste, confusa o triunfante, se encontraba con que estaba tarareando y la música que hubiera elegido le decía cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

Ahora estaba canturreando el tema de la montaña, la música de la escalada que acompañaba el recorrido ascendente de Dante por la montaña del Purgatorio.

Tan inesperadamente como una enfermedad vírica, el paisaje le fue arrebatado por una ráfaga de blanco algodón. ¡Estaba dentro de una nube!

Se inclinó hacia delante para ver, para recordar. Todo era gris como la niebla. ¡Por supuesto, por supuesto que una nube sería así! Suave y gris y empapada. Entre los paneles de celulosa que formaban la ventana había una gotitas de condensación. Milena pensó: «quiero ver», y el vehículo pestañeó. Un pliegue de carne se deslizó entre los paneles y los desempañó.

Ahora, Milena era Terminal. Era capaz de sentir el vehículo a su alrededor. Podía percibir la gran longitud de su sistema nervioso y su propia posición en medio del mismo, un apretado nudo que ocupaba el mismo centro. El vehículo estaba vivo pero no tenía autonomía. Milena era su voluntad. El vehículo hacía lo que ella quisiera. Milena notaba cómo se agolpaba en torno a ella en busca de una dirección, de una guía. Era una necesidad desesperada a la que ella accedió.

Desde el centro de su cabeza hacia abajo pendía un peso que ella notaba como una cicatriz, que está muerta pero a la vez hormiguea. Era una herida, una enfermedad. Era ahí donde Milena hacía de Terminal unida a la máquina.

Los datos de presión del balón de aire le eran transmitidos en términos de altitud en kilómetros. Otros datos como la velocidad y la dirección del viento, la temperatura y el tiempo estimado para la ignición, resonaban en su cabeza como si se tratara de sus propios pensamientos. Percibía la apertura y el cierre de las válvulas, la secreción de las glándulas de la criatura y su necesidad de ser dirigida.

El vehículo tenía un nombre científico en una mezcla de latín y griego: *nubiformis astronautica*, pero la mayoría de la gente le llamaba el Bulto. El Bulto obtenía oxígeno e hidrógeno a partir de la electrólisis del agua, se inflaba y, al ser más ligero que el aire, ascendía hasta el límite de la estratosfera. Luego mezclaba los gases y los inflamaba mediante electroquímica para volar libre.

Lucy, la vieja de La Paliza, lo llamó una vez «propulsión a pedos». Milena la directora la evocó levantando una jarra de cerveza con sus mugrientas manos para hacer un brindis.

Tras la ventana, la niebla empezó a resplandecer en un color blanco perlado. Las sombras se alternaban con tenues luces sobre el brazo de Milena. Luego, tan repentinamente como un jadeo, el Bulto salió volando rápidamente con aire majestuoso sobre el blanco paisaje.

Y Milena escuchó en su cabeza la música del Cielo, la música de Rolfa, la entrada de los bajos, el llanto en las voces de los Ángeles. Se alzó elegantemente sobre montañas de nubes con valles de sombras azul oscuro atravesados por autopistas de luz. «Recuerda, recuerda», se dijo.

Se alzó más aún con la música de Rolfa. Había planicies de nubes que parecían tener la suficiente firmeza para pisar sobre ellas. Había una línea de costa con bahías y salientes y un océano de aire con icebergs flotantes y blancas islas. Tras la ventana, la luz del sol relucía en los cristales de hielo. Algo se balanceó vibrando entre ellos. Ahí en el aire, entre las partículas de hielo había telarañas, enormes redes en las que bailaban arañas aéreas con las patas flexionadas. Las arañas parecían Bultos dentro de su red de nervios, como si todo el universo consistiera en una serie de muñecas rusas en la que cada una contiene a otra igual pero de menor tamaño.

El cielo sobre ella era de color malva. Había llegado el momento de que el Bulto soplara.

—Sí —le dijo Milena, y el Bulto dio comienzo a su danza interior con el corazón batiéndole, abriendo unos orificios y cerrando otros.

Milena sintió cómo el caparazón de la nave, una empalizada de hueso, empezaba a cerrarse en torno a ellos. Cuando cerró los ojos y a punto de abandonar la Tierra completamente, la música de Rolfa alcanzó la cima del Purgatorio. Rolfa no estaba con ella, no iba a estar con ella excepto en la música. Siempre presente en su misma ausencia.

Unas lenguas de carne envolvieron a Milena para sujetarla en su sitio. Milena percibió cómo el Bulto se comprimía y se apretaba para la ignición. Lo sentía en una línea que partía de su cabeza, como un collar del que pendiera un peso.

«No soy Miembro del Partido —pensó—, pero me tratan como si lo fuera. Aún no he sido Leída y lo saben. Sin haber sido Leída me han hecho Terminal. Por alguna razón, me necesitan». En la línea que partía de su cabeza sentía otro peso, algo

descomunal y tenso y del tamaño del planeta. Era el Consensus, que también estaba presente en su ausencia. Miraba por sus ojos y escuchaba por sus oídos. Se servía de sus manos para hacer su trabajo. Milena cerró los ojos y esperó.

Las entrañas del vehículo emitían un rugido ensordecedor y las paredes temblaban arrugándose ligeramente como la gamuza.

«Vamos a ver —se preguntó Milena pensando en su vida—, ¿cómo es que he llegado hasta aquí?».

Luego se reclinó en el asiento y se rindió ante el rugido.

Cuando Rolfa se fue, Milena intentó encontrarla. Recordaba vagar por la Shell, vagar por el Zoo y vagar por los caminos que iban de un lado a otro, preguntándole a todo el mundo: ¿Dónde está Rolfa? ¿Dónde está Rolfa?

Milena interrogó a las niñitas que trabajaban en los mostradores del Zoo. Estaban riéndose tonta y mutuamente los chistes y tardaron en prestarle atención. Ella esperó de pie con gran inquietud interior, tratando de mantener quietas las manos.

—Rolfa, Rolfa Patel. Probablemente acabe de incorporarse al Zoo como Técnico en prácticas. Seguro que habréis oído algo acerca de ella.

—No —dijo la niña con una sonrisa de oreja a oreja en su carita rosada, en la que no había ni rastro de duda o temor—, nada.

—Vale, tú no has oído nada, ¿tal vez hayan oído algo las otras? —respondió Milena mirando a las otras dos que estaban de brazos cruzados, discutiendo el precio de unos zapatos.

—¿Habéis oído algo? —les preguntó Milena.

—Estamos todas vinculadas —explicó la primera niña— por un nexo Terminal. Si una de nosotras sabe algo, todas lo sabemos. No hay ninguna Rolfa Patel.

Rolfa había desaparecido.

Milena la buscó en el Cementerio. Se fue con una vela, a cuya luz dorada pudo ver que el polvo del suelo estaba intacto. Seguía formando una gruesa capa sobre los hombros de las enmohecidas ropas que aún olían a sudor.

El nido de Rolfa estaba vacío. El escritorio seguía ahí, con unos cuantos trozos de papel aún esparcidos por el suelo y en los cajones había aún un puñado de bolígrafos secos. Milena se quedó de pie en el sitio en que aquella curiosa historia parecía haber empezado. Aquel lugar le producía una sensación de tristeza, una especie de vacío en el estómago, como si estuviera sometida a una gran aceleración, pero decir que estaba embrujado hubiera sido demasiado. Sencillamente se había convertido en otro lugar. Milena escribió con el dedo en el polvo del escritorio:

¿Dónde estás, Rolfa?
Todavía tengo tus cosas.

No lo firmó con un «Te quiero» por miedo a asustar a Rolfa.

Abandonó el Cementerio y fue a ver al Guardián del Zoo. Le preguntó a su ayudante, el jovencito pulcro, si Rolfa había estado por allí. ¿Habían tenido alguna noticia?

—No —dijo el jovencito pulcro—. Oye, ¿un Oso Polar puede ser Animal?

Se llamaba Milton y era proclive a los chistes malos.

—Dile al Ministro que si apareciera querría saberlo. Puede que a ti te parezca un chiste, pero no tiene dinero y necesita comer.

Milton no estaba acostumbrado a emociones elevadas de ningún tipo. Cuando Milena se fue tenía la cara laxa e inexpresiva.

Fue al café del Zoo y habló con la mujer maleducada y regordeta que lavaba las tazas y las rellenaba de té.

—¿Ha visto a una mujer muy alta? —le preguntó—, ¿ha venido alguien a pedir comida, tal vez alguien a quien le hiciera falta un afeitado?

La mujer sacudió la cabeza mirando a Milena con sus ojos hinchados y hundidos.

Milena fue a todos los pubes, a todos los cafés del South Bank, subiendo hasta el Cut y bajando hasta Elephant. ¿Habían visto a una mujer muy alta y sin rodopsina? Los Críos de detrás de la barra se quedaban sorprendidos. «Supongo que lo recordaríamos», decían. Milena cruzó los puentes para probar en el norte. Fue al Restaurante Comedy. Rolfa no había estado en ninguna de las tiendas, en ninguno de los puestos. No estaba bebiendo. No estaba comiendo.

Milena regresó a su habitación y se encontró a Cilla esperándola.

—¿Y bien? —preguntó Cilla.

Milena se derrumbó en la cama junto a ella.

—Nada. ¡Ay, Cil, no hay ni rastro! Milena apoyó la cabeza en el regazo de Cilla, agotada, y ella se puso a acariciarle el pelo.

—No te preocupes —dijo Cilla—, tan sólo está intentando asimilarlo. ¿Es que no te acuerdas de cuando fuiste Leída, de cómo te golpeaban la cabeza todos aquellos virus a la vez? Acostumbrarse al nuevo sistema de clasificación cuesta un poco.

No, Milena no se acordaba.

—¡No ha salido a comer, Cil! Ella no es como nosotras, no tiene rodopsina. Lleva seis días sin comer.

Entonces a Milena le vino una idea a la cabeza. «¡Por Marx y Lenin!», pensó sentándose y girándose hacia Cilla.

—Los osos hibernan, es su respuesta ante el estrés. Se echan a dormir y entran en estado de hibernación.

—Entonces está bien, así es como ella asimila las cosas.

—No, no, primero tienen que acumular reservas de grasa. Si se acuestan sin ellas,

se mueren de hambre mientras duermen. Y cuando se marchó llevaba semanas sin comer en condiciones.

—¡Uy! —dijo Cilla que se había dado cuenta hacía poco de la cara de hambrienta que tenía Rolfa—. Crees que se va a morir. —Se hizo el silencio entre las dos—. Voy a subir a por mi abrigo, tengo un poco de avena para hacer papilla, puedo traerla, y creo que también tengo salchichas de soja.

—Yo no tengo nada —dijo Milena levantando las manos y dejándoles caer.

—¿Adónde se iría a dormir?

—A cualquier sitio oscuro y tranquilo.

Cogieron velas y refuerzos. Berowne, la Princesa, el Rey, todos los actores. Fueron a todas las habitaciones vacías de la Shell, a aquellas cuyos ocupantes habían muerto hacía poco. Salieron todos juntos y rastrearon cada rincón del Cementerio, mirando entre los percheros.

—¡Vaya sitio! —decían todos.

—Un lugar ideal para esconderse —dijo el Rey, a quien le gustaba especialmente.

Se había puesto una de las chaquetas de lentejuelas.

Milena les dio las gracias, les dio las buenas noches y los abrazó con gratitud. Cilla y ella siguieron buscando.

Fueron al mercado nocturno que Rolfa había visitado siempre. Los tenderos seguían cantando y apilando pasta de especias o cojines de plumas. Les dijeron que no habían visto a la grandullona. Sabían a quién se refería Milena pero no, no había pasado por allí en los últimos días. Los vendedores estaban cambiando de sitio montañas de pieles que tenían cubiertas para protegerlas del fresco otoñal. Al verlas, a Milena le parecía que se tratara de Rolfa. Finalmente, Cilla y ella pararon a descansar en un café. Comieron pollo picante y se calentaron las manos con unas buenas tazas de té.

—La encontraremos —prometió Cilla—, la vamos a encontrar entre todos, ya verás. Y siguió asintiendo con la cabeza con la mirada fija en las empañadas ventanas de la cafetería. Volvieron a la Shell cogidas del brazo.

—Ahora, ve a dormir un poco —le dijo Milena a Cilla.

Y ella dio media vuelta y atravesó la ciudad pasando por el Hungerford. Se dirigía a South Ken, a la casa de la Familia.

«No tengo por qué gustaros —pensó Milena mientras llamaba a la puerta de la casa de Rolfa una vez más—. Y vosotros tampoco tenéis por qué gustarme a mí. Tan sólo tenéis que decirme si Rolfa está con vosotros o ayudarme a encontrarla».

La puerta pareció haberse abierto sola. Se asomó una enorme mujer Polar con muletas. El pelaje le colgaba en suaves hebras de color blanco y amarillo ceniciento.

—¿Rolfa? ¿Rolfa? Todavía está con vosotros los Apretados, ¿no? La vieja *mater*

familias le hablaba a alguien que seguía escondido detrás de la puerta.

—¿Shawnee? —preguntó.

Se escuchó un leve murmullo a modo de respuesta. Milena no lo pudo escuchar porque la vieja de repente aspiró los mocos y los engulló de un ruidoso trago. Tenía el pelaje de los brazos embadurnado de mocos.

—Sí, sí, se ha marchado. ¿Dónde está Rolfa? ¡Y yo qué sé! —La vieja se desplazó con ayuda de las muletas y Milena se dio cuenta de inmediato de que era muy desdichada—. Supongo que si hubiera vuelto, me lo habrían dicho. —Respiró con dificultad, fue un suspiro hondo, como si su volumen le dificultara la respiración —. Al fin y al cabo, soy su madre.

—¿Es usted la madre de Rolfa? —Milena se quedó como consternada.

—¿Y tú eres el Frío Pececillo, no? —dijo la madre sin el más mínimo asomo de hostilidad—. ¿Por qué no entras?

—Lo siento, para mí hace mucho frío ahí dentro.

El viento de octubre golpeaba a Milena levantándole la bufanda por encima de la cabeza.

—Pues parece que ahí fuera también hace bastante frío para ti. Me gustaría hablar contigo y no puedo estar de pie.

La madre Osa dio media vuelta y avanzó balanceándose sobre las muletas hacia una caja de embalar y se dispuso a acomodarse sobre ella. Una pequeña criadita humana vestida con unas ropas de piel que le bailaban salió corriendo desde detrás de la puerta y la cogió por el brazo. Milena se adelantó para ayudarle también.

—Han convertido esto en mi habitación —dijo la vieja *mater familias*—, ¿está bonito, verdad?

Milena dijo que estaba de acuerdo. La habitación de la entrada estaba tan fría como ella la recordaba, e incluso más austera. Ahora estaba completamente vacía, con la excepción de las cajas de embalar. La anciana pidió un poco de té y la criada humana corrió a traérselo. Por un instante, sus asustadizos ojos se encontraron con los de Milena.

—Tuve que partirme la pierna —se quejó la IG— y venir a dar a este sitio. Me siento como una vieja morsa que no es capaz ya de tirar de su peso. La verdad es que ya es hora de que me sacrifiquen. Siéntate junto a mí, cariño, para que estés calentita.

Milena se acercó y la madre de Rolfa la envolvió en un abrazo.

—Tú eres la que quiere ayudarle a Rolfa a cantar, ¿verdad?

El familiar olor a lanolina y el familiar y embriagante calor.

—Sí, Señora —dijo Milena sorprendiéndose de haber utilizado el tratamiento honorífico.

—Bueno, eso está bien. Rolfa nunca encajó en ninguna parte, a no ser que fuera un lugar en el que pudiera cantar. Yo también le habría ayudado, pero no podía

soportar este lugar. No podía, ¿me entiendes? Creo que Rolfa es como yo —hizo una pausa—. ¿Hay problemas, verdad? Se habrá largado otra vez.

—Han intentado curarla —dijo Milena.

—¿De qué? ¿De ser ella? La vieja *mater familias* parecía haber entendido al instante a qué se refería Milena.

Ella no pudo hacer otra cosa que asentir.

—Vaya, pues su padre estará contento: ése es el mejor favor que vosotros, las personas, podíais haberle hecho. Yo, sin embargo, no me alegro en absoluto.

—Ni yo tampoco —susurró Milena.

—¡Ay, cielo, qué demonios! Eso ya lo veo. ¿Quieres un poco de whisky?

Milena sacudió la cabeza.

—Ha desaparecido. Creo que está hibernando, pero cuando se marchó estaba hambrienta.

La botella se quedó a medio camino. Una vez más, la mujer fue capaz de entender que Rolfa estaba en peligro.

—Tenía la esperanza de que estuviera aquí —dijo Milena, e incluso a ella misma, su voz le sonó seca y desesperanzada.

—Bueno, tenemos que salir a buscarla —dijo la madre de Rolfa mirando a Milena—. Pero vamos a tener que contar con el resto de la Familia. Van a cabrearse bastante.

—Ya lo sé —dijo Milena rodeándose el tórax con los brazos.

Zoe fue la primera que bajó las escaleras.

—¿Que hicisteis qué? —preguntó Zoe.

—Le administramos los virus. Era la única manera posible.

—¿Qué le disteis a mi hermana vuestros horribles virus para Apretados?

—Era un prerrequisito para que pudiera actuar —dijo Milena sintiendo cómo se encogía—. Lo siento, fue un error. Era la única manera que encontré para introducirla en el Zoo.

—Dios mío —dijo Zoe llevándose una mano a la frente—, podría haberse caído redonda en cualquier parte. —Zoe miró a su madre—. Tendremos que sacar a los perros, Ma —dijo, y volvió la vista de nuevo hacia Milena con una sonrisa extraña y lúgubre—. Vas a tener que acompañarnos, y no creas que va a ser un viaje de placer.

Dos enormes camiones de ganado rugían frente a la puerta de la residencia Polar. Estaban llenos de perros que aullaban de excitación. Unos jóvenes Polares estaban de pie sobre las barandillas que rodeaban la plataforma. Gritaban hacia la casa a la vez que retumbaba el ruido de los motores. Los motores estaban a la vista, de color plateado y brillantes como espejos. Los Osos salieron de la casa como un enjambre, rezumando jubilosa agresividad y trepándose a los pescantes de los camiones. Uno de ellos soplaba un cuerno de caza.

«Esto puede ser un verdadero lío», pensó Milena. Zoe la condujo hasta los camiones sujetándola por el cuello con una mano. ¿Podría avisar al Zoo de alguna forma? ¿Podría darle disimuladamente unas monedas a la criada humana para que atravesara todo Londres corriendo? Los camiones llegarían antes de todas formas.

Algo le rugió. Entre las tablillas del camión, un par de ojos azules, los ojos de un husky, la miraban fijamente.

—Sabe que eres una Apretada —dijo entre risitas un adolescente Polar sentado a horcajadas en la barandilla.

Metieron a Milena en la cabina, comprimida entre enormes muslos Polares. Iba amortiguada entre ellos cuando el camión se lanzó a toda velocidad y fue realizando violentos virajes a través de todo Londres tocando la bocina, esquivando a los carros de caballos y obligando a la gente a apartarse a su paso. Milena no estaba acostumbrada a moverse velozmente, su estómago recibía sacudidas en distintas direcciones. Se sintió ligeramente mareada y enferma.

—¡Yuu-ju! —gritó el conductor.

El camión estaba de repente dando brincos por las aceras y por los jardines del Embankment. «¿Ya hemos llegado?», pensó Milena que ni siquiera se había dado cuenta de que habían atravesado el puente.

El otro camión derrapó junto a ellos y echó el freno deslizándose sobre el césped.

Los Jóvenes Osos se tiraron al suelo por los lados. Levantaron las tablillas y bajaron a los perros. Los huskies Polares parecían nubes cargadas de electricidad: gruesos, blancos y gigantescos. Corrieron hacia el Zoo, arrastrados por los perros que llevaban sujetos con correas.

Los Osos llenaron el vestíbulo principal, riéndose de la sorpresa en las caras de los administradores del Zoo. Los Críos del mostrador se adelantaron para expresar su protesta.

—¡Arrgg! —rugían los Osos al levantarlos como los pequeñajos que eran.

—¡Bájame, bájame! —protestaban los niños echándose a llorar.

Les dieron a oler a los perros calcetines y pantalones cortos de Rolfa, y luego los soltaron.

Las representaciones matinales se vieron interrumpidas por pelotones de huskies que descendieron olfateando por los pasillos. Los perros se dispersaron por los escenarios buscando por los rincones y los pasillos de los laberínticos bastidores. Zoe condujo a Milena a las plantas superiores. Registraron armarios escoberos y salas de espera repletas de Correos descansando. En las salas de ensayo, los músicos se subieron a las sillas levantando las flautas y los violines para dejarlos fuera del alcance de los voraces y juguetones perros.

—Muy bien —dijo Zoe—. ¿Dónde más podría haberse metido?

—Ya hemos mirado en la mayoría de los sitios —murmuró Milena.

—Vaya, ¡pues piensa en algunos más! —exigió Zoe.

Milena introdujo a Zoe en las pequeñas rutinas que habían formado parte de su vida con Rolfa. La condujo hasta el Cut, con la esperanza de dar esquinazo a los perros camino de Leake Street y del Cementerio. Irrumpieron en las tiendas dando un portazo y corrieron escalera arriba hacia las habitaciones. Los Osos se lo pasaron bomba. Se vengaron por todo lo alto de años de agravios. Milena permaneció de pie en la calle, escuchándolos reírse con incredulidad de cómo vivían los Apretados, de sus pequeñas cocinillas, de lo poco que tenían.

Oyó cómo algunos objetos caían en las habitaciones y se rompían. Las campanas doblaban a intervalos, allá en la distancia, dando la señal de alarma. Los perros regresaron corriendo en zigzag escaleras abajo, su blanco pelaje y sus fuertes patas parecían tan mullidos como colchones. Un hombre Polar que se había puesto un triste sombrero de paja, que habría pertenecido a alguna Apretada, los seguía tambaleándose.

Los Osos bajaron jugueteando por Leake Street. Designaron una cuadrilla para peinar el Cementerio. Al otro extremo del túnel, en los jardines del Embankment, se les unieron más camiones.

—Todavía no hemos mirado en ese edificio —dijo Zoe apuntando hacia la Shell —. Voy a indagar en el Hospital. ¡Tú! —le dijo a Milena—. ¡Quédate en donde podamos encontrarte! ¡En el vestíbulo del Zoo! ¡Venga!

Milena se pasó el resto de la tarde en el vestíbulo principal. Estuvo de pie meciéndose de agotamiento, deseando echarse a dormir, pero obligándose a seguir alerta. «El Guardián del Zoo no me va a perdonar en la vida», pensó.

—Bebe algo —le dijo la madre de Rolfa.

Milena se echó un trago directamente de la botella. La madre de Rolfa se quedó de pie junto a ella, manteniendo el equilibrio sobre las muletas.

—La Antártida es como esto —dijo la anciana—: las cosas van mal y no te queda más remedio que aguantarte. Las cosas más simples. Por ejemplo, no se puede hacer pis. Hace tanto frío que cuando echas la meada se congela antes de llegar al suelo. Tienes que ser muy rápida, o echarla a chorritos, porque se congela del suelo hacia arriba. Según la altura a la que te agaches, tienes unos treinta segundos antes de que el pis congelado te llegue al higo.

—Bueno, ése es un problema que nunca he tenido —dijo Milena sintiéndose desgraciada y echándose otro trago.

Una famosa Animal del Zoo pasó corriendo a toda velocidad y gritando, perseguida al trote por unos joviales perros. La mujer iba envuelta en una toalla e iba dejando tras ella una estela de vapor de la ducha. «Esto es una pesadilla —pensó Milena—, está empeorando por momentos».

—Y luego está lo de los escupitajos —dijo la madre de Rolfa—: no puedes

escupir en cualquier sitio cerca de los cobertizos porque se congela en el suelo y luego no sale, se pone peor que el hormigón y resbala más que el pomo de una puerta que haya estado metido en un cubo de mocos.

—Tiene usted unas expresiones de lo más pintoresco —dijo Milena con el aliento apestando a whisky.

Se escuchó un choque proveniente de algún lugar y un montón de luces saltaron como astillas. Un perro levantó la pata contra la esquina del mostrador del vestíbulo principal.

Milena alzó la botella en el aire, para hacer un brindis.

—Por los amigos que me quedan, donde quiera que estén.

—Estás sonriendo —dijo la madre de Rolfa—. Nunca había visto a una Apretada sonreír. Tienes unos dientecitos de lo más gracioso.

«Le gusto», pensó Milena y esbozó una sonrisa aún más amplia.

—Gracias —dijo.

Cayó el atardecer y Milena oyó cómo los perros eran subidos a los camiones. Zoe entró en el vestíbulo.

—Más te vale que encuentres a mi hermana —dijo apuntándola con el dedo— o vas a saber lo que es tener problemas.

«¿Qué ha sido esto entonces?».

La madre de Rolfa se puso en marcha sobre las muletas, arrastrando los pies. Se giró para echarle a Milena un guiño por encima del hombro. Milena se quedó plantada en el mismo punto mientras oía alejarse los camiones.

Quería morirse. Regresó a la Shell por un camino secundario para evitar pasar por el Cut o por las calles en las que alguien pudiera conocerla. Escuchaba los ruidos de la gente recogiendo cristales rotos y cómo todo el mundo refunfuñaba entre dientes. Atravesó tambaleándose Bayliss Road, que se llamaba así en honor al fundador del Old Vic y enfiló Hércules Road pasando junto al Barrio William Blake, en el que una vez vivió el poeta. Que Milena supiera, Rolfa no se había aventurado nunca tan lejos.

Y luego giró a la derecha en Virgil Street.

Virgil Street pasaba bajo un antiguo puente del ferrocarril. Los puentes del ferrocarril partían de forma radial de Waterloo, como si fueran ramas. A todo lo largo de la fachada de ladrillo se abrían ventanas, más ventanas en otros puentes. «Dios mío, pensó Milena, podría estar en cualquier sitio».

Y allí, de pie en medio de la creciente oscuridad, escuchó cómo Rolfa empezaba a cantar.

La voz retumbó en el azul del crepúsculo envolviendo a Milena, como si los ladrillos fueran ventrílocuos, una voz fluida y potente que se aferraba a una nota manteniéndola y luego la desgarraba con rabia convirtiéndola en una especie de chirrido. A Milena le dio un vuelco el corazón y se quedó sin aliento. Intentó respirar

pero no podía.

—Rolfa —llamó con un suspiro—, Rolfa, ¿dónde estás?

Echó a andar hacia el túnel. A su izquierda había un patio tapiado, se coló por un hueco que había en el muro y el sonido se hizo más audible pero más discordante. No vio a nadie. Caminó a lo largo de toda la pared buscando en todos los rincones con la esperanza de encontrar un agujero o una entrada oculta. Fue como si la voz la fuera guiando, suspendida en el aire a tan sólo unos metros delante de ella.

De Virgil Street partía una galería porticada, Milena caminaba despacio como si pisara sobre una fina capa de hielo y manteniendo la respiración. Se encontró llamando educadamente a una de las puertas. Se deslizó hacia un lado sobre unos raíles. Un Crío la mantenía abierta, era un niño que no llevaba camisa. Había otros niños que estaban encaramados a un autocar, como si fueran un enjambre. El autocar estaba pintado de blanco con una cruz roja y los niños estaban trabajando en las correas de cuero de su suspensión. Eran constructores de autocares del Barrio del Hospital, trabajando a la salida del colegio.

—¿Escucháis ese canto? —dijo Milena—. ¿Sabéis de dónde viene?

Los niños se limpiaron la grasa de las manos con unos trapos. Tenían una expresión dura y unos cuerpos diminutos y querían demostrar que eran muy adultos. Se pusieron las camisas, cogieron las lámparas de alcohol y salieron a la calle. Milena retrocedió a medida que ellos avanzaban, como envueltos en una nube de canto. El sonido la distrajo, las notas se tornaron salvajes, extrañas y feas. De repente, el túnel se llenó de risas, de carcajadas salvajes, amargas, sarcásticas. Milena giró sobre sus talones, esperando encontrarse con Rolfa justo a su espalda. No había nadie.

—No sabría decir de dónde viene —dijo uno de los niños.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Milena señalando a una de las otras puertas.

—Ropa del hospital —dijo uno encogiéndose de hombros.

Cogieron las lámparas y abrieron las puertas. Milena percibió el olor a ropa limpia y echó a andar entre las estanterías. El sonido del canto se fue debilitando a medida que se adentraban en el almacén. Milena se agachó bajo uno de los arcos y vio más estanterías limpias y ordenadas. «Rolfa jamás entraría aquí», pensó, y la melodía pareció perderse por completo, como si el espíritu de aquel lugar fuera hostil.

Volvió a salir a la calle, donde el canto flotó a su alrededor como una nube de mosquitos. Uno de los niños se arrodilló en el suelo y puso la oreja contra una rejilla.

—Podría ser que viniera de aquí —dijo indicando con una sacudida de cabeza las alcantarillas que corrían bajo la calle.

Otro niño salió de las cocheras con una palanca y levantó la rejilla con cuidado. Milena vio que junto a la entrada, en uno de los lados, había unas barras de metal que formaban una escalera.

—Bajamos nosotros —se ofrecieron los niños.

Milena negó con un gesto y se metió escalera abajo con una linterna que le dieron ellos.

Se escuchaba ruido de agua, un chorreo o un goteo. ¿Habrían sido pasos eso que había oído alejarse chapoteando a toda prisa?

—¡Rolfa! —llamó—. ¿Rolfa?

Su voz le rebotó enseguida, desde las bajas paredes que estaban muy cerca. Levantó la linterna y pudo ver los ladrillos incrustados de sales. Parecía que el canto provenía de detrás y de delante de ella a la vez. Las notas se volvieron crudas, como berridos, como si un perro estuviera aullando a la luna.

Milena volvió a subir. Los niños le cogieron la linterna y le ayudaron sujetándola por los brazos.

—Está por todas partes —dijo uno de ellos con una risita temblorosa.

—Tal vez sea un fantasma —dijo otro.

—¡Hassan! —le riñó uno de los niños dándole un codazo para que se callara.

Estaban todos un poco nerviosos.

—Eso es lo que es —dijo Milena—, ni más ni menos que un fantasma.

La antigua Rolfa nunca hubiera cantado de aquella manera. Hubiera mostrado muchísimo más respeto por la música. Esta voz rezumaba rabia, rabia hacia la música en general.

—Gracias, chavales —dijo—, seguid con lo vuestro. Yo me voy a quedar un rato por aquí.

—Estamos ahí, por si necesitas ayuda —dijo el que se llamaba Hassan, y se fueron todos de vuelta al trabajo.

La puerta se cerró tras ellos y la dorada luz de la lámpara de alcohol se apagó.

La voz que cantaba se quebró en un escandaloso grito de júbilo: «¡Yuuujuuuuu, uuuuaaaauuuuu!». Luego lanzó un largo y áspero aullido que sonó como carne desgarrándose. Un sonido de esos que son capaces de arruinar una voz para siempre.

Y luego Milena escuchó como una tos, justo junto a su oreja.

—¡Ejem! —dijo la voz, la risita despectiva.

Luego se hizo el silencio.

Milena se quedó quieta en medio de la oscuridad que ya era impenetrable.

—¿Rolfa? —preguntó a la negrura—. Rolfa, ¿dónde estás? Rolfa, soy yo, por favor, sal para que te vea. La gente está preocupada. Todo el mundo está muy preocupado por ti. ¡Por favor!

No obtuvo respuesta. Tomó un trago de la botella de whisky y se dispuso a marcharse. Se paró para dejar la botella apoyada contra la pared de Virgil Street. La dejó ahí por si Rolfa la quería.

Y por fin, una vez en su habitación de la Shell, pudo dormirse.

A la mañana siguiente se despertó tarde y con resaca. El cuarto olía a rayos de sol

y a whisky. «Tengo que seguir buscando», pensó.

Y luego rectificó: «No, no tienes que buscar más. Está viva y tienes que ponerle fin ya a esto. No puedes seguir cuidando de ella. Ahora tienes otra gente de la que preocuparte. Tienes una nueva compañía pendiente de organizar y otra gente en la que pensar aparte de Rolfa».

Jacob entró. No era su hora habitual.

—Hola, Milena —dijo con voz y ademanes tímidos y suaves.

—¡Eh, Jacob! —dijo ella.

Le tendió una tarjeta con los bordes dorados. Milena se levantó de la cama de un salto para cogerla. La tarjeta decía así:

querida pescadilla:

bueno rolfa ya esta de vuelta (vino anoche) pero no esta muy bien ¿qué le habéis hecho? zoe bien esta que da brincos de rabia (se sube por las paredes) le digo que es otro de los lios de rolfa asi que ahora estamos todos cuidando de ella y pense que te gustaria saberlo asi que te escribi y supongo que ahora su padre y yo tendremos otro tira y afloja (lo que quiero es que rolfa descanse y luego a ver que es lo que quiere hacer realmente si lo que quiere es cantar pues que cante) su padre lo que ve es otra oportunidad de cambiarla para que sea como el quiere eso es lo que hace la mayoría de la gente con los jóvenes pensarse que son de arcilla y pretender hacerlos de nuevo y de ahi vienen los problemas del mundo de intentar cambiar a los demas para hacerlos como sois vosotros y vuestros virus que han puesto tan enferma a ese pedazo de hija mia (esta pierna me esta volviendo loca) no quiere mas que volver al sur pa salir de South Ken aqui la gente lo único que hace es contar el dinero que tienen (eso es lo que hacen todo el dia) con las calculadoras pequeñitas esas y te crees que van a terminar de una vez al menos para dejar descansar las yemas de los dedos (yo lo que quiero es irme ya al otro continente al sur) al menos el hielo y las morsas están cuerdos.

No se como de mal te estaran yendo las cosas (pero creeme) dentro de quince años todavía podras contarles a todos esta historia del dia de los perros y sera la cosa mas graciosa que te haya pasado jamas (eso es lo que se hace con cosas como esta convertirlas en graciosas) ¡¡¡¡¡¡¡ya te contare algún dia mis historias con el padre de rolfa!!!!!!!!

oye a ver si me escribes alguna vez nunca he tenido un amigo Apretado y me gustaría saber como lo puedes soportar.

cordialmente.

hortensia patel

oye (no se como te llamas) voy a darle la tarjeta a la muchachita que estaba

detras de la puerta el otro dia a ver si ella consigue hacertela llegar.

«Una sonrisa —pensó Milena—, siempre consigue arrancarme una sonrisa. Lo mismo que Rolfa».

—Jacob, ¿te puedes esperar un momentito? —preguntó—. Voy a escribirle una respuesta ahora mismo.

Jacob asintió con la cabeza. Se puso cómodo sin decir nada, ya no eran necesarias las habituales fórmulas invariables. Milena escribió por detrás de la tarjeta:

> Yo tampoco sé cómo soporto ser una Apretada. Me llamo Milena, aunque no sé por qué últimamente me llaman Ma. Muchas gracias por informarme. Dile a Zoe que lo siento.

Milena la firmó *«con cariño»* y Jacob esbozó una beatífica sonrisa de aprobación antes de marcharse.

En el alféizar de la ventana había un librote gris. Milena alargó el brazo para cogerlo y el libro pareció saltar hacia su regazo. Decía «para un público de virus». «¡Ay, Rolfa! ¿Qué quieres decir con esto?», pensó Milena y se quedó mirando a las minúsculas, diminutas notas apretadas entre los renglones como si se estuvieran escondiendo. La mayor parte de ellas estaba escrita en rojo, pero cuando se citaba a alguien, se volvían negras. «¿Qué significa esto, Rolfa?».

Lo único que le quedaba era la Comedia y sus misterios, no tenía nada más. Milena cogió el librote gris, se lo metió debajo del brazo y se fue a ver al Guardián del Zoo.

—Vaya, señorita Shibush —dijo él con una sonrisa severa. Tenía un resfriado tremendo. La voz le sonaba como una bisagra oxidada y las articulaciones le dolían de lo inflamadas que estaban—. Ese día pasará a la historia.

—Lo siento —murmuró ella.

—Hemos recibido una carta de queja de la Familia y nosotros les hemos mandado una carta de disculpa.

—Ya está de vuelta en su casa —dijo Milena.

—Ah —dijo el Guardián del Zoo, que no podía girar la cabeza. Parecía como si todo a su alrededor hubiera llegado a un punto muerto—. Entonces, ¿hemos perdido su música?

—No le permitirán que regrese con nosotros. Nos culpan de que se pusiera tan enferma —dijo Milena.

—Si era tal la cantidad de virus necesaria —dijo el Guardián del Zoo cambiando de postura con dificultad—, tal vez sea preferible que se quede en su casa.

—La hemos destruido —dijo Milena poniéndose en lo peor, como si al decirlo evitara que sucediera de verdad.

—En ese caso, esto ha sido una tragedia —dijo él.

No, no lo había sido.

—Aún nos queda esto —dijo Milena alzando la Comedia.

—No está orquestada —dijo el Guardián del Zoo.

—Pero podría orquestarse —dijo Milena.

Entornó los ojos y dijo:

—En este momento no está usted precisamente en una situación favorable, señorita Shibush —como una advertencia.

—No me importa —replicó Milena.

El Ministro tenía la mirada acuosa y no paraba de pestañear.

—¿Cuántas horas de música son?

Había cien cantos de media hora de duración cada uno. Milena los había tarareado para sí.

—Cincuenta horas —respondió.

—La obra completa de Mozart es más larga —dijo él—, y también lo es la de Wagner, pero no mucho más. ¿Quién sería capaz de orquestar cincuenta horas de música de otra persona?

—No lo sé.

—¿Quién podría hacerlo? ¿Quién querría hacerlo? ¿Cuánto habría que pagarle? Es imposible.

—No, no lo es —dijo Milena.

La mirada del Ministro, ya pesada como el plomo, se cargó de advertencia.

—Es imposible —repitió.

Milena había estado esperando, controlándose, y ahora le parecía que sentirse furiosa por lo que había pasado o lamentarse demasiado equivaldría a ser una desagradecida con la vida. Había aprendido nuevas y más elevadas pautas de comportamiento. Su amor propio le impediría caer en tal desliz.

—No recuerdo demasiado de mi infancia —le dijo Milena al director con mucha calma—, pero sí recuerdo que era incapaz de pillar los virus. El resultado era que no aprendía nada. Necesitaba leer para ponerme al nivel de los demás. La gente intentó convencerme de que no había libros, pero yo encontré algunos y los leí para poder seguir a los demás niños. Leí a Platón con seis años y a Chao Li Song con ocho. Lo que intento decirle, señor, es que nunca es aconsejable decir que algo es imposible.

El Ministro permaneció en silencio un momento y luego dijo:

—Sabíamos de tu existencia, ¿sabes? Nos preguntábamos en qué momento aparecerías. —A Milena la directora se le quedó la mente en blanco por un instante —. ¿No te parecía extraño que nunca hubieras sido Leída? Sabíamos que eras resistente a los virus y eso nos parecía interesante. Queríamos saber qué sería de ti. —El Ministro suspiró y desvió la mirada—. Adelante, señorita Shibush, adelante,

inténtelo. —Más allá de la cara hinchada y de los ojos llorosos, se le notaba en la mirada que le estaba lanzando una advertencia y que sentía compasión y tenía la certeza de que no lo iba a conseguir—. Haga lo que pueda. No me cabe duda de que nos tiene usted reservadas más sorpresas aún.

Desde luego.

—¿Y quién hay en el Zoo que sepa orquestar música? —preguntó Milena.

Capítulo 9

¿Dónde está Rolfa? (Estado de ingravidez)

No hay nada imposible.

Milena se recordó a sí misma mirando a la Tierra desde la ventana del Bulto. El cielo parecía terciopelo negro y la Tierra metal pulido que reflejaba el fuego de la luz del crepúsculo. El mar estaba en calma, brillante, y había nubes de color rosa y naranja que espumaban la superficie del océano. Las nubes proyectaban sombras en el mar y éste reflejaba la luz que provenía del cielo, de más allá de las nubes. Era una red de luz, un sistema de intercambio.

El Bulto había atracado acoplándose a su hermana mayor en el espacio. El procedimiento recibía el nombre de Beso porque dos bocas se unían. Se oyó un silbido de aire que corrió por la junta.

—¡Hola! —dijo una voz justo detrás de Milena.

La pilló desprevenida e hizo que se retirara de la ventana de un respingo. Se levantó del suelo y se encontró de repente con los pies flotando por encima de su cabeza. «¿Por qué hacen esto?», se preguntó de pasada. Dio una vuelta de campana y aterrizó sobre carne y hueso. Se le clavó el codo de alguien en las costillas. Milena se separó de él y salió despedida hacia arriba. «Esto es el techo», pensó cuando cayó contra él. Era un techo suave y cálido, como de gamuza, que cedió con su peso y la envolvió en un abrazo. Luego la rechazó enviándola hacia la puerta. «Esto no debería pasar, pensó, se supone que estoy entrenada para la ingravidez». Luego cayó en la cuenta: el entrenamiento consistió en un virus al que también había sido resistente.

—¿Qué hago? —gritó.

—Hay unas asas, sujétate a ellas —dijo una voz de hombre.

Milena se puso a girar como una hélice. Le parecía que tenía el estómago cerca de los talones.

—¡Lo siento mucho! —gritó.

Se sentía mareada y confusa y tenía el órgano del equilibrio del oído interno alterado por la ingravidez.

—¡Bah! —dijo la voz—, no te preocupes.

No lo había entendido. Milena estaba presentándole sus excusas por anticipado.

—¡Creo que voy a vomitar! —gimió.

Y la Milena que estaba recordando, se puso también a girar entre sus recuerdos.

Milena recordó el trabajo.

Recordó que iba a un Barrio de Deptford, al Barrio Samuel Pepys, a intentar vender una producción de *Trabajos de amor perdidos*. Los actores habían establecido un pequeño Barrio propio para montar obras nuevas. Milena recordó el trayecto en el taxi acuático. Era un día gris y frío, desapacible. Milena se acordaba del tin-tin-tintineo del diminuto motor y del timonel que iba cantando una canción acerca de dos amantes que tenían que separarse a la fuerza. Milena, con la cara al viento que venía del río, se preguntó por qué todas las canciones hablaban de amor.

En los muelles de Deptford la esperaba una mujer muy delgada y risueña. El Barrio de Pepys se dedicaba a la producción de Coral.

—Nos gusta que nos llamen Arreciferos —dijo la mujer.

Sonrió con dulzura y le explicó que el Barrio no deseaba una representación de Shakespeare por muy original que fuera:

—Nos gusta organizar los espectáculos nosotros mismos. Lo típico, unas canciones, unas risas, pero se acerca la fecha de nuestro centenario y si pudierais montar un espectáculo nuevo acerca de la historia de la explotación del Coral, estaría muy bien.

Milena se quedó callada un momento como si quisiera pillar la oportunidad al vuelo. Si no la enganchaba ya, se perdería para siempre.

—De acuerdo —dijo—, lo haremos.

—¿De verdad? —la mujer parecía sorprendida—. ¿Y todos ustedes trabajan en el Zoo? ¿Son todos cantantes profesionales?

—Sí —dijo Milena en un susurro y aguantando la respiración como queriendo decir: «Creo que lo he conseguido».

—Vaya, entonces perfecto —dijo la mujer—. Tengo que decírselo a los demás, a ver lo que piensan. ¿Cómo lo van a hacer? Creía que sólo hacían representaciones virales.

—No, no, ésa es la cuestión.

«Somos putas. Hacemos lo que sea».

Y Milena recordó cómo les hablaron a los Arreciferos de su historia, de cómo se desarrollaba el Coral y de cómo se utilizaba para formar el gran muro blanco que contenía al mar, la Gran Barrera de Coral. Recordó los ensayos, la cantidad de fallos al principio y las caras de puro horror de los actores cuando se lanzaron a hablar sin que los virus les fueran dictando las frases.

Se acordó del actor Mote, que se quedó plantado de pie con gesto desamparado y preguntándose qué hacer.

—Oye, Ma, ¿para dónde de voy? ¿Me quedo aquí de pie o me marcho? ¡No sé qué hacer ahora!

—Claro que no lo sabes —dijo Milena—. Esto es todo nuevo, ¿recuerdas? Invéntatelo.

Mote seguía pareciendo perplejo. Milena tuvo una idea:

—Ya sé —dijo—: todo esto fue antes de la Revolución, ¿no? Tú fumabas cigarrillos así que sacas un paquete, te encuentras que está vacío y te pones a pedirle tabaco a la gente desesperado, ¿de acuerdo? Eres adicto.

Milena empezó a dirigir.

Todo aquel mes de octubre desde la partida de Rolfa, y también noviembre, Milena se lo pasó diciéndoles a los actores lo que tenían que hacer. Recordó cómo buscó técnicos y contrató las ambulancias del hospital de St. Thomas para que trasportaran las luces. Recordó las pruebas de los disfraces, la pequeña y alegre costurera del Zoo que se los hizo a partir de las ropas que había en el Cementerio. Visitó todos los Barrios cuyos centenarios se avecinaban y les ofreció una representación. Los constructores de barcos, las camareras y los empleados domésticos, todos aquellos que se habían unido en Barrios justo antes de la Revolución. Cada Barrio era como un país independiente y autosuficiente que rivalizaba con los demás.

—¡El Barrio de las Chachas quiere que le montemos una representación! —anunciaba ella esperando entusiasmo.

—¡Ufff! —rezongaban los actores—. ¡Otro más no, no podemos! Nos lleva semanas cada una de ellas.

El problema era el tiempo.

Y fueron los actores quienes dieron con la solución, aunque no fue una solución con la que Milena estuviera de acuerdo.

Recordó cómo la llevaron a una reunión secreta en una sala de ensayos vacía. El Rey hacía de portero y sólo dejaba entrar a los miembros de la compañía. La Princesa, Berowne, Cilla que se les había unido… todos fueron entrando y se sentaron en el suelo.

—¡Eh, Nene! —se saludaban unos a otros.

Habían empezado a hacerse llamar los Nenes.

En una esquina de la habitación había una boticaria sentada.

«¡Ay, no!», pensó Milena. Los boticarios estaban proliferando por el Zoo. Vendían virus ilegales que aumentaban la emoción o la habilidad para la mímica.

La boticaria se levantó. Llevaba unos leotardos negros y brillantes que mostraban sus delgadas piernas y un blusón blanco suelto que disimulaba su barriga redonda como una sandía. Llevaba la cara pintada con maquillaje de boticario, una promesa de abundancia emocional, como la de un payaso.

—¡La obra está en la mente! —anunció la boticaria—. ¡Y las mentes pueden ser Leídas! Agitó un plato de gelatina de ágar como si fuera una pandereta. Era una cultura viral.

—Este virus tiene hijos —prosiguió—, los planta dentro de vosotros y ellos os

leen. Entonces viene la madre, los recolecta, los une y ella da a luz a la obra en vuestro lugar, extrayéndola de todos vosotros. Y luego os la inoculáis tal y como haríais con cualquier otra obra —alzó una mano enguantada como queriendo decir: «¿puede haber algo más sencillo?».

Los Nenes aplaudieron, encantados con su representación.

—Así que no se trata de una enfermedad sino de dos —dijo Milena. Una sombra de duda cruzó el rostro de la mujer—. La primera enfermedad recopila todos los elementos que conforman un personaje y la segunda es un virus de transferencia que recoge toda la información y la fusiona. Entonces nosotros nos inoculamos el virus de transferencia, ¿es así?

—Si, así es —dijo la boticaria mostrando una sonrisa de payaso y alzando el guante una vez más.

—Los dos virus que nos ofreces —prosiguió Milena— necesitan recopilar información. Para que el ADN cambie tiene que abrirse, así que ninguno de los dos tiene cápsula de Caramelo. Evidentemente, tu virus de transferencia se autorreproduce. ¿Es que dispone de dos juegos de cromosomas, uno para la información y otro para la reproducción?

—Sólo el virus de transferencia —respondió la mujer.

—Sólo el virus de transferencia —dijo Milena sombría.

—¿Y qué? —preguntó Cilla.

—¡Qué es contagioso! Es contagioso y podría mutar. ¡Maldita sea, mujer! ¡Eso que tienes ahí es el fin del mundo!

—Bueno, Ma, ya sabemos que no te gustan los virus… —empezó a decir el Rey.

—¡No se trata de lo que me guste a mí, sino de lo que son capaces de hacer! Eso fusiona las mentes y las convierte en una enfermedad contagiosa. ¡Cualquier persona podría contagiarse de nosotros!

—Muchos Barrios utilizan estos virus —repuso la boticaria—, siempre que necesitan compartir información y trabajar en equipo, sabiendo de antemano lo que haría cada uno de los demás.

—¿Cuántos has vendido ya? —preguntó Milena con un hilillo de voz.

—Muchos, muchos.

—Si se lo dijera al Partido te llevarían arrastrando a ser Leída, tan rápido que te daría vueltas la cabeza.

—Antes tendrías que encontrarme —dijo la boticaria.

—Así que el maquillaje de payaso es un disfraz —dijo Milena.

La mujer seguía sonriendo.

Berowne se deslizó por el suelo hasta donde estaba Milena. Aún no estaba embarazado, tenía la barba poblada y los dientes blancos. Estaba guapo.

—Ma —dijo—, escucha, Ma. Todo el mundo utiliza estos virus.

Milena tuvo entonces una perspectiva más amplia. La gente estaba acostumbrada a obtenerlo todo de los virus y no ofrecía resistencia a la idea que les habían propuesto. Milena se tapó la boca con aprensión.

—Todos habéis sido programados para aceptarlos —lo dijo con la desesperanza de quien ve cerrarse una trampa.

Todo el mundo se había acostumbrado a dejar que los virus hicieran el trabajo por ellos, habían sido entrenados para ver a los virus como un bien absoluto.

—No es eso, Ma. Escucha, necesitamos acelerar la producción.

—Ensayar un nuevo espectáculo nos lleva meses —dijo una joven actriz con gesto animoso y henchida de ambición. Milena no se acordaba de su nombre.

—Todos sabíais eso cuando empezamos —dijo Milena.

—Es verdad —dijo Berowne con frustración—, pero si vamos a vivir de esto tendremos que hacer muchas más representaciones y cada una de las que tú nos consigues es totalmente nueva, para un Barrio distinto.

«No están acostumbrados a trabajar», pensó Milena.

—Si no hacemos esto —dijo la Princesa— tendremos que dejar lo del nuevo teatro y volver a trabajar como sonámbulos.

Esto fue antes de que la Princesa empezara a tartamudear.

—Escucha, Ma —dijo Cilla—. Chao Li hubiera dicho que estamos haciendo lo correcto. No estamos apropiándonos del valor de nadie, estamos generándolo nosotros mismos. Y estamos en nuestro derecho.

—Esto no es una cuestión de principios de Pendones —replicó Milena.

—Tan sólo me refería a que tendríamos que empezar a ganar algunos francos.

La verdad es que era una cuestión de economía. La verdad es que el teatro viral venía ya completo, terminado, y era más barato que crear y ensayar nuevas obras. También era cierto que los Nenes eran capaces de montar y representar cualquier obra que quisieran, pero tendrían que conseguir que les pagaran por ello. La boticaria se había dado cuenta de que la situación le resultaba ventajosa.

—Tan sólo un día o dos —dijo—: eso es lo que hará falta para recopilar vuestras ideas, fundirlas en una sola y pulirlas un poco. No estoy diciendo que la obra resulte perfecta a la primera, pero ahorraréis tiempo.

—Vamos a hacerlo, Ma —dijo Berowne sonriendo respetuosamente a Milena.

—No lo hagáis —dijo Milena llevándose las manos a la cabeza, alarmada.

Contempló cómo la boticaria fue tocando por turnos todas y cada una de las lenguas con el dedo de un guante de resina.

—Imagináoslo como un beso —dijo la mujer.

—Yo no quiero —dijo Milena.

Vio cómo los Nenes se ponían pálidos, mareados y enfermos. Los atendió y cuidó de ellos y siguió vendiendo representaciones para ellos y organizando recogidas,

entregas y arreglos. Durante los dieciocho meses siguientes, los Nenes y ella llevaron al escenario ciento cuarenta y dos nuevas producciones. Durante un tiempo, todo parecía ir bien.

Y Milena recordó también cuando conoció a Max.

Max era el director de una de las orquestas de Zoo. Él sabía orquestar música, podría orquestar la Comedia.

Recordó cuando estuvo de pie en su helada oficina, ¿cuándo fue aquello? A finales de noviembre, el mismo noviembre en que Rolfa se marchó. Max estaba sentado tras un escritorio negro y enorme cuya función era intimidar. A estas alturas, Milena estaba segura de eso.

Max estuvo ojeando el librote gris, sin prisa. A Milena ni la miraba ni le hablaba. Era como un niño hinchado: redondo, gordo y suave. Las ventanas de la habitación se le reflejaban en la grasa de la frente. Su morada boca quedaba disimulada por un bigote rubio verdoso. Es que su boca tenía que ser disimulada. Parecía curvarse con desdén, pero de alguna manera era muy bonita a la vez. Le confería un aspecto petulante. Milena pudo ver a través de su camisa vaporosa de lino que tenía los pechos colgones de gordos. Milena permaneció en pie, de brazos cruzados y mirando la habitación.

El suelo era de hormigón pelado y las estanterías estaban vacías a excepción de un tarro vidrioso de color verde del que salían una especie de ramillas artísticamente colocadas. Las paredes estaban pintadas de blanco y de ellas colgaban partituras enmarcadas protegidas por cristales, como si fueran cuadros. Justo al lado de su codo, como si acabara de haber estado componiendo, había un fajo de papel perfectamente apilado y enrollado, y un lápiz con la punta afilada. Aunque ya era noviembre, dos hibachis de carbón mantenían la habitación tan caliente que resultaba agobiante. Hacía tanto calor que Milena se estaba mareando. Necesitaba sentarse, pero no había silla para las visitas.

—Ejem —dijo Max. Finalmente, alzó los ojos y clavó en Milena una mirada líquida y vidriosa, propia de los que han recibido un transplante de córneas.

—Sí —dijo él con voz monótona, precisa y apagada.

—¿Sí? —repitió Milena—, ¿quiere eso decir que lo va a hacer?

—Sí —volvió a decir él.

Milena se quedó desconcertada. Había sido demasiado fácil, sencillamente que dijera que sí.

—¿Y cómo? ¿Cuándo? —preguntó intentando imprimir a su voz el tono de alegría que pensó que debería estar sintiendo.

—Bueno —dijo él con el mismo tono de desapego—. Es un trabajo muy extenso, no puedo decir cuándo. La verdad es que necesitaría echarle otro vistazo al conjunto.

«¿Así que realmente había dicho sí? —A Milena le parecía que debía haber habido algún tipo de error—. ¿Así que necesita un poco de tiempo para echarle otro vistazo?».

Hizo un ademán que no tenía ningún sentido en absoluto, se encogió de hombros como con desprecio. ¿Qué era lo que despreciaba? ¿El tiempo que necesitaba todavía para decidirse? ¿La importancia de lo que estaba solicitando, que no era gran cosa?

—¿Quiere quedarse el libro? —preguntó Milena—. Es sólo que todavía me da no sé qué perderlo de vista. No ha habido tiempo de copiarlo. Es el único ejemplar que existe.

—Me va a hacer falta —dijo él.

—Si tan sólo es cuestión de echarle un vistazo a la música para comprobar que vale la pena, hay una copia de la mayoría de los temas principales.

La miró sin articular palabra. ¿Se sentía terriblemente ofendido?

—Me va a hacer falta el libro —dijo por fin.

—Por supuesto —dijo Milena y tuvo que decir para sus adentros: «el libro ya no es tuyo, Milena, ahora pertenece a todo el mundo. Tiene que volar por su cuenta»—, de acuerdo, como tenga que ser.

«¿Y por qué no me siento bien entonces?», pensó.

—Bueno, pues ya está —dijo esforzándose en ser generosa—. Supongo que no esperaba que estuviera usted interesado. Estoy muy satisfecha —dijo, pero no observó reacción alguna en el rostro de Max. La situación le resultaba desconcertante, se dio cuenta de que no sabía cómo marcharse—. Entonces, ¿ya me lo dirá?

—Sí, claro —respondió. Se giró para ordenar sus papeles en blanco dándoles golpecitos en el lado como si hubiera alguno descolocado.

«Unas semanas —pensó Milena—: eso es lo máximo que le doy. Dos semanas». Echó un vistazo a su alrededor por la oficina. Al menos parecía organizada y propia de alguien trabajador.

—Adiós entonces —dijo ella.

—Eso —respondió él sin mirarla.

Le costó un mes volver a encontrarlo.

Le dejó mensajes en el mostrador de música. Encontró a su Correo.

—¡Ah, él! —dijo su Correo—, te va a hacer falta suerte. Yo no consigo encontrarlo nunca y si alguna vez envía mensajes, nunca lo hace a través de mí. ¿Cómo te llamabas, cielo? ¿Y cuál era tu mensaje?

Max tenía el único Correo olvidadizo que Milena hubiera conocido jamás. Esto parecía explicarlo todo. Fue a su oficina y se encontró con que estaba vacía. Llamó a su puerta en los Three Eyes, donde vivían los músicos, pero no obtuvo respuesta.

Finalmente, decidió presentarse por sorpresa en una de las actuaciones de Max.

Se quedó a esperarle por fuera de la sala de conciertos, entreteniéndose en mirar los dibujos de los paneles de madera barnizados que cubrían las paredes. Mucho después de que los espectadores se hubieran marchado, apareció Max sujetando la puerta abierta para que pasara una mujer muy alta y de aspecto serio. Ella llevaba una funda de violín y estaba asintiendo respecto a algo que Max decía.

Milena se acercó a ellos. Max la ignoró. Siguió hablando acerca de aspectos económicos de la orquesta, como la forma justa de dividir los ingresos. La violinista siguió lanzándole a Milena miradas de lo más expresivo, clavando los ojos en ella con los labios apretados.

Finalmente dijo:

—Discúlpame, Max —y se dirigió a Milena—: Estoy convencida de que encontrará usted nuestra conversación muy aburrida. Tal vez debería hablar con Max más tarde.

—Me encantaría hablar con Max más tarde, pero no hay forma de que coincidamos. Max, ¿has podido tomar una decisión acerca de la Comedia?

—Me temo que no —dijo e intentó volverse hacia la violinista.

—¿Crees que podrías devolverme el libro para que pueda hacer una copia?

—¡Por favor! —dijo mirándola de frente. Parecía sentirse acosado, lastimoso, como si ella le hubiera estado agobiando—. Exiges demasiado. Déjame que lo mire y ya te diré algo.

Milena se quedó con la boca abierta.

—Has tenido un mes, Max, no creo que eso sea meterte prisa.

—Te diré algo pronto. Por favor, dame algo de tiempo y déjame que siga hablando con mi colega.

Vale, por ahora está bien.

—Intentaré verte en una semana o dos —le advirtió.

A principios de enero, fue a visitarle a su oficina. Los inviernos empezaban a ser fríos de nuevo. Desde las ventanas salía una luz grisácea y fría pero en el interior hacía un calor sofocante. Max levantó la cabeza, alarmado, cuando vio entrar a Milena. Estaba sentado frente a su escritorio con los brazos cruzados y las manos metidas bajo los sobacos, como para impedir que se movieran. «Está ahí sentado sin hacer nada», pensó Milena.

—Hola, Max —dijo tranquilamente—. ¿Has tomado ya una decisión?

Tenía la expresión congelada. Estaba con la boca entreabierta y como torcida dentro de su laxitud. Milena se dio cuenta de que intentaba sonreír pero no podía. «Me tiene pavor, pensó Milena, tiene miedo de que venga. Soy lo menos agradable que podría sucederle. Bueno, Max, di sí o no, y digas lo que digas, te dejaré en paz».

—Max —repitió—, ¿te has decidido?

—Sí —dijo él con una imitación poco convincente de la firmeza—. Sí, lo he

hecho. Creo que se trata de un material de muy buena calidad aunque requiere mucho, mucho trabajo. Pero estaré encantado de hacerlo.

—Estupendo. Gracias, Max.

—Requerirá algo de tiempo.

—Por supuesto, Max. Pero no necesitamos una orquestación completa. Creo que bastaría con el primer canto para mostrarle al Ministro lo que queremos hacer. Bien. Te he traído la parte vocal del primer canto.

La había reconstruido a partir de su propia memoria, formaba ya parte de su vida. Se la pasó a él cuidadosamente escrita en pentagramas.

—¿Y ahora, podrías devolverme el libro, por favor?

—No está aquí, Milena.

—Eso ya lo veo, Max. Es un libro grande, si estuviera aquí lo habría visto. ¿Cuándo puedes devolvérmelo?

—Te lo enviaré mañana.

—Estaré esperando a verlo. Éste es un gran proyecto, Max, y tenemos que empezar a pensar en plazos. El Ministro querrá que le mostremos una programación.

—La tendrá —dijo volviendo a da tamborilear con los dedos sobre papel en blanco.

—Y yo también necesitaré una —dijo Milena.

Se encogió de hombros de nuevo.

Milena soltó una risita de frustración.

—¡Max! —dijo como invocando a la mejor parte de él—. ¿Me entregarás una copia de la programación?

Él se limitó a asentir con la cabeza.

—Volveré mañana a por el libro si te viene bien. ¿Max? Max, respóndeme, por favor.

—Sí. —Fue todo lo que él pudo decir.

Milena salió sacudiendo la cabeza. «Recupero el libro y luego me deshago de ti, Max. De ninguna manera vas a ser tú quien haga este proyecto».

Al día siguiente, Milena volvió a su oficina y no le sorprendió que no estuviera. Las estufas de carbón estaban repletas de heladas cenizas. Milena registró la habitación. Los cajones del escritorio negro estaban vacíos y las estanterías también. El cuarto estaba tan vacío como el papel.

Milena cogió una de sus hojas de papel y escribió con furia sobre ella con trazos de caracteres chinos:

«¿Dónde está mi libro?».

Y luego se dirigió a los Three Eyes.

Los pasillos retumbaban con el ruido de las pisadas en las demás plantas y con las

notas musicales de pianos y violines. Era como si el edificio estuviera suspirando para sus adentros.

Milena llamó a su puerta. Era una puerta verde que debería haber disimulado la mugre, pero alrededor del pomo había roñosas huellas de manos. Desde el pasillo entraba, flotante, el sonido de un violín con el que alguien ensayaba una pieza de Bartók.

Se abrió una minúscula rendija en la puerta por la que salió una bocanada de aire caliente. Olía a calcetines y a ropa de cama rancia y estaba a oscuras. Milena vio una parte de la cara de Max, contemplándola con un ojo.

—¿Puedo entrar, Max? —preguntó.

—Hay un poco de desorden —respondió él.

—Estoy acostumbrada. No hace falta que entre si puedes darme el libro sin más.

—Deja que me vista —dijo él.

«¿Qué se vista? —pensó Milena—. ¡Si ya es media tarde! No voy a esperar más por ti, Max. No voy a quedarme aquí en un pasillo oscuro mirando hacia una puerta cerrada». Se abalanzó contra la puerta antes de que él pudiera cerrarla y entró. Sintió cómo el borde de la puerta golpeó la suave carne de sus hombros y los dedos de los pies.

—¡Milena, por favor! —aulló él con genuina indignación.

Milena entró en la habitación, de lado, a empujones.

Max estaba de pie mirándola horrorizado y vestido con tan sólo una camisa de lino, calzoncillos y calcetines. La habitación estaba oscura y las persianas bajadas. A Milena le dio la impresión de que había montones de ropa y sábanas caídas por el suelo.

—Lo siento mucho, Max, pero habíamos quedado en vernos hoy. Llevo más de un mes dejándote mensajes e intentando hablar contigo. Estoy harta de perseguirte. ¡Por favor, dame el libro!

—Está en mi oficina —dijo él.

—No, no está ahí. He registrado tu oficina y no está. ¿Dónde está, Max?

Se quedó mirándola, más desamparado aún de lo que su desnudez le hacía sentir.

—Esto sí que es el colmo —dijo mirando al suelo—. ¡Soy director de orquesta y tú me has registrado la oficina!

—Max, ¿dónde está el libro?

—Te lo voy a dar.

—¿Está en esta habitación, Max?

La habitación era pequeña: un lavabo, una cama, un armario, una cómoda. Era un miembro del Partido, así que también había un aseo pequeño. Ser del Partido conllevaba ciertos privilegios. Pero no había demasiado sitio donde esconder el librote gris. Había ropa amontonada en el suelo y retorcida como si la hubieran

torturado.

—Lo has perdido, ¿verdad, Max?

—Te lo encontraré —insistió él.

No sabía controlar la rabia, sólo la petulancia. Con las manos temblorosas, empezó a subirse los ensanchados y arrugados pantalones.

—¿Se lo diste a otra persona para que escribiera la música?

No respondió. Se estaba subiendo los calcetines mientras se sacudía, ofendido.

—Si se lo has dado a alguien, simplemente dime a quién y yo iré a buscarlo —dijo sin obtener respuesta—. Max, por favor, respóndeme, ¿se lo has dado a alguien?

—Por supuesto que no. No lo creo.

—¿En qué quedamos, sí o no?

—No me acuerdo —gritó de repente.

—¿Qué no te acuerdas? —ahora le tocaba a Milena quedarse deshecha. La voz se le tornó infantil, afligida.

—¡No! Y ahora déjame tranquilo, déjame pensar.

—Max, ¿a qué te refieres con que no te acuerdas?

—No lo sé. Soy un hombre muy ocupado con toda una programación de conciertos y me temo que tenía muchas más cosas en la cabeza que tu estúpido librito.

—Max, Max, era un gran libro, no era de tu propiedad, pertenecía al Zoo, a todo el mundo. ¿Qué quieres decir con que estabas ocupado? ¿Vas a responderme, Max, por favor?

No lo hizo, no podía porque no tenía nada que decir. Milena empezó a registrar su habitación. Cogió toda su ropa, pantalones, camisas y calcetines y los echó uno tras otro en un montón en mitad del suelo. Tiró de la sábana y de la manta de la cama y separó el colchón de la pared para mirar por detrás. Max se quedó mirándola con los brazos en jarras.

—Venga, monta un buen follón —dijo él—, no está debajo de la cama.

—Probablemente lo tengas metido en el culo —dijo Milena y Max palideció.

Milena se levantó y se puso a vaciar el contenido del armario tan ordenadamente como su rabia le permitió. Descargó cantidades ingentes de papel de la balda superior. Estaba llena de papel para escribir música. Había una fortuna en papel y había sido desperdiciado. Las notas estaban escritas de cualquier forma, cruzadas, y a veces parecían garabatos hechos con furia. Otras veces degeneraban en dibujos, en garabatos sin sentido o en bocetos de caras o genitales femeninos.

—Lo que yo hubiera dado por disponer de este papel —dijo Milena con los labios apretados.

—Está bien —dijo Max poniéndose ayudar como si le estuviera haciendo un favor. Él era más alto que Milena y llegaba a la balda superior. Se plantó de pie

delante de ella impidiéndole la visión y fue mirando los papeles, fajo por fajo.

A medida que iba hojeando el primer fajo, decía: «No está aquí». Y con cada una de las siguientes pilas de papel, volvía a decir: «Aquí tampoco», como diciendo «¿lo ves? Se ha perdido para siempre».

—No está en esta habitación —dijo a modo de conclusión.

—Pues intenta recordar, Max. Un libro grande y gris. ¿Qué hiciste con él, Max? —preguntó ella sin obtener respuesta—, ¿cuánto hace que lo viste por última vez, Max?

—No lo sé. Hace mucho.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque pensaba que aparecería.

—¡Max! —Milena estaba a punto de echarse a llorar—. ¿Cómo has sido capaz? ¿Cómo has sido capaz de hacer esto y a la vez conservar algo de amor propio?

El rostro volvía a estar inexpresivo. «Tú no tienes ni pizca de amor propio —pensó Milena—, en absoluto. Toda tu vida es una pantomima, ¿qué intentas esconder? Un hombre como tú tiene motivaciones que se le escapan incluso a él. Max, sin darte cuenta, has querido destruir la Comedia». Pensó en los fajos de papel desperdiciado y en los garabatos rabiosos, y, sin saber muy bien por qué, tuvo la certeza de que una parte de él había perdido la Comedia intencionadamente.

Milena lo miró. Era tan feo y tan inútil que no podía ni siquiera sentir pena por él. Sólo sentía rabia y desdén. «En algún lugar de esa gorda cabeza tuya —pensó—, está profundamente enterrada la respuesta, tan profundamente que ni tú eres capaz de dar con ella. Necesito un lector de mentes para acceder a ella. Necesito un Insidioso». En ese preciso instante, Milena supo lo que iba a hacer.

—Voy a esperar una semana para contárselo al Ministro —dijo—. Voy a esperar una semana para contarle que has perdido un valioso proyecto completo. Ponte a pensar, Max. No le diré nada si consigo ese libro. Pero volveré una y otra vez, y otra y otra hasta que aparezca.

Lo dejó ahí y se fue directa a por la boticaria.

Sin el maquillaje de payaso, el rostro de la mujer era hermoso pero afilado. Tenía las ventanillas de la nariz demasiado abiertas, la mirada demasiado ávida, el trazo de la boca era demasiado perfecto. Tenía cara de criminal y eso era lo que Milena necesitaba: un criminal.

—Necesito un Insidioso —le dijo Milena—. ¿Puedes conseguírmelo?

Si vomitas en estado de ingravidez tu vómito seguirá viajando y dispersándose muy ligeramente, por efecto de la resistencia del viento, hasta que choque contra algo. Entonces se quedará pegado de forma precaria, mantenido tan sólo por la fricción. No se podrá utilizar un paño para absorber la humedad ni para limpiarlo. Lo único que se

conseguiría con un paño es que flotara hacia otra parte. Finalmente, el vómito cubrirá todas las superficies del vehículo de manera tan uniforme como su textura grumosa le permita.

La parte principal del vómito de Milena avanzó hacia una válvula de ventilación. De repente giró hacia atrás como si hubiera adquirido cabeza y mente propias. Regresó hacia ella con un movimiento tambaleante que le daba aspecto de pulpo.

Milena sintió que la agarraban por el tobillo y dio una patada.

—¡No patees! —dijo la voz—. ¡Estate quieta!

—¡Puajjjjj! —graznó Milena a punto de recibir el impacto de su desayuno a medio digerir.

Luego sintió que la levantaban desde atrás. El vómito la siguió al mismo ritmo, como si no se diera cuenta de que no era bienvenido. Estaba ya a unos milímetros de darle a Milena un desagradable beso, cuando se le ocurrió una idea: frunció los labios y sopló. El vómito salió despedido hacia atrás y, con un movimiento ondulante, se levantó por encima de ella. Milena arqueó el cuello y se quedó sin aire, jadeó para inspirar y de esa manera atrajo sin querer a la cosa hacia ella.

Pateó y se apartó de su trayectoria. Por el rabillo del ojo vio que había un hombre intentando cogerla. El vómito se aproximaba amenazante. Sopló una vez más y reventó dispersándose.

Se oyó un ruido proveniente de algún sitio, como de pelar fruta.

—¡Ay, jolín! Acabo de dislocarme el hombro —dijo el hombre.

Soltó a Milena, que se alejó girando junto a las pequeñas partículas de vómito en una caída perpetua.

Giró y le pareció que aterrizaba en un parque en invierno. «Hampstead Heath», recordó. Toda la extensión de ondulantes colinas que había bajo ella aparecía cubierta de nieve. Podía ver sus propias huellas. Las ramas de los árboles estaban cubiertas de hielo, tenían aspecto de estar bañadas en cristal.

Milena estaba esperando a que la boticaria la alcanzara. La mujer trepaba con esfuerzo por la colina jadeando y apoyándose las manos en las rodillas. A Milena le llegaba el agradable sonido de las pisadas de la mujer en la nieve.

—¡Ahí! —dijo la boticaria en un suspiro cuando llegó a donde estaba Milena, en la cima de la colina. Exhalaba vapor por la boca—. ¡Guau! ¡Ahí está! —La boticaria señalaba hacia un carro, una gran caja negra colocada sobre dos enormes ruedas. Tenía un tubo a modo de chimenea para la calefacción por la que salía un humo negro y dos ponis de invierno que se quedaron mirándolas. Eran dos criaturas pequeñas y peludas, cuyas lanas colgaban hasta tocar la nieve.

Los ponis de invierno eran tremendamente fieles. Si alguien fuera a hacerle algo a su amo, atacarían. «Y sus ojos —pensó Milena—. Tienen ojos humanos».

—Shalom —saludó la boticaria a los ponis en lo que parecía ser una especie de palabra clave, ya que los animales se pusieron a piafar, golpeando el suelo con las pezuñas, y a mordisquear la hierba.

Había más huellas en la nieve, que conducían al carro. Aquel carro era un club ambulante de Insidiosos y Empáticos. Les llamaban *boîtes* y estaban cambiándolos de sitio continuamente. Los Insidiosos y los Empáticos iban allí a hacer algo, Milena no sabía qué exactamente, relacionado con virus ilegales. Actuaban los unos para los otros, hacían algo que ellos llamaban danza mental.

La boticaria subió por la escalerilla del carro y llamó a la puerta.

—Ali, Ali, soy yo —gritó.

La puerta se abrió. Había hombres y mujeres sentados al fondo, en el suelo, con las piernas cruzadas. Milena sintió una corriente de aire caliente que salía por la puerta abierta. La boticaria le dio un empujoncito a Milena para que entrara y ella entró detrás, cerrando la puerta tras de sí.

—Perdón a todos, perdón —dijo ella—. ¿Todo bien?

—Mejor imposible —dijo un hombre con barba y con la mirada apagada, que arrastraba las palabras ligeramente—. Está entretejiéndonos a todos en eso que está ahí.

El carro se inclinó hacia delante quedando apoyado sobre el morro. Todas las tablas de madera del suelo apuntaban hacia un hombre vestido de negro que estaba sentado sobre una fina alfombrilla.

Era Al, Al *el Insidioso*.

Estaba concentrado, con los ojos cerrados. Entonces los abrió y se quedó mirando a Milena fijamente.

—Esto es todo, señoras y señores —dijo—. Esto es todo por ahora. —Había jarras con aguardiente casero pegadas al suelo a todo lo largo de la pared y sujetas por un listón—. Calentaos, bebed algo y más tarde seguiremos con el tapiz —dijo levantándose con un movimiento suave.

Seguía siendo alto y ágil, pero ya no tenía capa ni sombrero. Miró a Milena con tristeza.

—Hola —dijo.

—Hola —dijo ella.

Se echó por los hombros un abrigo de piel de foca y captó algo en la mente de Milena.

—No se hizo una matanza de focas auténticas para fabricarlo —dijo, y luego hizo una pausa—. Y sí, sigo estando a la defensiva.

Una risilla atravesó la estancia. Milena se dio cuenta de que todos lo habían entendido. «Todos oyen mis pensamientos, todos se enteran de todo. Me siento desnuda, pero ¿acaso me importa?».

Estalló otra oleada de risas. Las caras eran bastas y rudas pero no había crueldad en ellas.

—¿Te importaría ser una hebra? —le preguntó a Milena una de las mujeres Empáticas. Milena no lo entendió.

Una sombra de preocupación se asomó de repente al rostro de la mujer.

—No te preocupes, cariño, tan sólo te estamos preguntando si quieres formar parte de nuestro tapiz. Nos gustas a todos —dijo, y luego se dirigió a un hombre en concreto—. Hay que decírselo, si no, no lo saben —y volviéndose de nuevo hacia Milena dijo como con pena:

—¿Verdad que no, cariño?

—Sal y lana —dijo otra bailarina, también sonriendo.

Llevaba un pañuelo de Correo en la cabeza. Hubo un murmullo de asentimiento por parte de los otros Empáticos.

Al *el Insidioso* zapateó en el suelo inclinado con las botas mientras se ponía los guantes con elegancia. Se quedó mirando a Milena, expectante. Luego sonrió y cerró los ojos un momento como si estuviera avergonzado.

—Lo siento —dijo de pronto—, siempre se me olvida que no eres capaz de escucharme. ¿Te importa que vayamos a dar un paseo? Así podremos hablar.

Tenía la cara pálida, pálida y aún más delgada pero la mirada no la tenía tan perdida y no parecía tan preocupado por sí mismo como antaño. Afuera, el viento parecía llevar puñales de cristal en suspensión. Una bandada de cuervos estaba posada sobre las desnudas ramas graznando y chillándose entre sí, envueltos en una nube de bruma. Al le ayudó a Milena a bajar la escalerilla.

—El problema es cogerlo cuando esté solo —dijo.

—¿Cómo? —dijo Milena, a la que había pillado desprevenida.

—Max, voy a necesitar quedarme a solas con él.

—Así que ya sabes cuál es el problema.

Él asintió con la cabeza y siguió hablando.

—Así que ir a un concierto o algo así, quedaría descartado. Hay demasiado ruido mental. Lo mejor sería sencillamente hacerle una visita y decirle lo que pretendes hacer. No sé por qué piensas que es mejor intentar engañarle.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a esto —dijo Milena.

—Ya lo sé —dijo él con aire sombrío.

Se dio cuenta de que lo que él quería era terminar rápido con aquello.

—Supongo que sí, que eso es lo que quiero —dijo él en voz alta y volvió a mirarla con los labios tensos.

Milena se sorprendió pensando: «Me pregunto qué siente por Heather». Cuando lo pensó, él desvió la mirada.

—Una vez te traté mal, así que me siento en deuda contigo —dijo—. No voy a

cobrarte nada.

—Gracias —murmuró Milena, pero pensó: «No he mencionado el dinero, ni siquiera se me ha pasado por la mente».

Lo que él intentaba era mantener la conversación dentro del ámbito profesional.

—Tenemos que decirle a Max abiertamente lo que estamos haciendo, abordarle diciéndole que yo estoy tan sólo para ayudarle a recordar. Organiza nuestro encuentro con él, siempre es más fácil si la gente coopera.

Milena seguía dándole vueltas al hecho de que hubiera mencionado el dinero.

—No estás en deuda conmigo —le dijo.

Se dio un puñetazo en la palma de la mano enguantada.

—¡Cómo desearía que vosotros las personas fuerais capaces de escuchar! —exclamó—. Tener que hablar de esto no es nada fino. Mira, tú eres Heather, o al menos eras la mitad de Heather y tal vez la mayor parte de ella.

«Todavía la quiere —pensó Milena—. ¡Pobre hombre!».

Él suspiró y se pasó una mano por la coronilla.

—Ahora está enterrada en lo más profundo, ¿verdad?

Miró al punto más alto de la cabeza de Milena como si fuera a encontrar ahí a Heather.

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas? —dijo ella.

—Al menos ya no me odias, eso ya es algo —dijo Al encogiéndose de hombros.

—Al final, yo le hice a Rolfa algo mucho peor. Mucho peor que nada de lo que tú hayas hecho.

—¡Calla! —dijo él levantando las manos—. Lo sé, lo sé —y en su mirada había algo más que pena, había comprensión—. ¡Esos bastardos con sus jodidas Lecturas —dijo—, sólo se trata de controlar y no les importa lo que maten por el camino! Lo siento.

Milena se dio cuenta de que ella no sintonizaba con él.

—Cuéntame —dijo—, me temo que tienes que contarme. ¿Cómo te ha ido? ¿Qué has estado haciendo?

De repente pareció estar encantadísimo de que se interesara. Hizo un extraño gesto de cariño hacia su *boîte*.

—Hago tapices, como te había dicho. Extraigo un dibujo de todas las personas que veo. Las personalidades son como colores. Los hago y los cuelgo en el aire para que los vean los demás Insidiosos. Ya somos bastantes, tenemos trabajos normales. No les digo nada la mayoría de las veces, así que hago un tapiz y ellos me lo compran.

—¿Y se los llevan a casa y los cuelgan de la pared?

—Los recuerdan —dijo corrigiéndola tímidamente—. Tienen más memoria vírica.

—Pero tú odias los virus.

—Yo odio *sus* virus. Me encantan los que la gente se hace para ellos mismos —la miró a la cara, escrutadoramente—. Si tuvieras la capacidad de leerme, sabrías todo eso.

Siguieron caminando.

—Si no eres Insidioso, cuesta creer lo complicada que es la gente. Son como un universo entero. Tienen la cabeza llena de parloteo. Nosotros le llamamos neblina, como al interior de las nubes. Lo nubla todo, les impide ver. Lo que hace la mayoría de la gente es cerrarse a casi todo. Y por debajo de todo ello, está la Red que es la memoria. Ahí es donde se almacena todo, es un auténtico lío. Te puedes quedar atrapado en ella. De hecho, salir de una personalidad complicada es muy difícil y puede asustarte bastante. Más abajo está el Fuego, ardiendo simplemente. Ahí es donde está el corazón.

—¿Cómo soy yo de enrevesada? —preguntó Milena.

—Tú… —hizo una pausa y entornó los ojos—, tú eres muy ordenada, muy clara, pero estás compartimentada. Hay partes de ti que no se comunican entre sí, así que te sorprendes a ti misma continuamente. Tienes una mente organizada, una capacidad increíble para el detalle. Se te da bien organizar. Pero serías capaz de hacer mucho más que eso —le sonrió—. Serías una Insidiosa increíble, podrías sacarlo absolutamente todo.

Estaba siendo amable. «Le gusto», pensó Milena al verle sonreír.

—Sí —dijo él con suavidad.

«Me ama. Para él, sigo siendo Heather».

Él debió escucharla pero siguió sonriendo con la mirada inundada de comprensión.

—Esta gente ha pagado por su tapiz —dijo—, así que tengo que volver y acabarlo. Luego nos iremos a encontrarnos con ese Max tuyo.

Cuando se dirigían a la *boîte*, Milena pensó: «para él, ya no hay nubes en el horizonte». Nunca había observado un cambio así, cuando alguien alcanza la plenitud.

—No del todo —dijo él volviendo la vista con indiferencia—. Sigo siendo un criminal, pero ya no hago daño a la gente. —Se paró frente a su puerta y se quedó mirando a los escalones—. Lo que pasa cuando eres Insidioso es que si le haces daño a la gente, tú también sientes el dolor, así que terminas por hacerte daño a ti mismo —volvió a sonreír, abrió la puerta de un empujón y entró elegantemente.

Se sentó otra vez para seguir con su tarea de tejer dibujos. Hubo una cálida risita general de aprobación.

—Ahí está ella —dijo la mujer Correo—: ahí está nuestro hilo de lana.

—Sin teñir —dijo el hombre de los ojos apagados—, del tipo que lo mantiene

todo unido.

Estaba oscuro, ya era noche cerrada, cuando regresaron al Zoo. Se encontraron a Max ensayando Wozzeck con la orquesta. Vio a Milena y a Al deslizarse entre los asientos del teatro y les lanzó una de sus miradas fijas, sin pestañear.

Luego se giró, asintió con la cabeza y la música comenzó.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Al—. ¡Ay, pobrecillo!

—¿Qué? ¿Qué has visto? —preguntó Milena.

—Calla —dijo Al.

La música comenzó a deslizarse con incomodidad, disonante y angulosa, expresando alienación. Max dirigía con fluidos movimientos de brazos. La cara de Al parecía estar paralizada, fija en él y observándole como si fuera una luz parpadeante.

—Él te nota a sus espaldas —murmuró Al sin mover la cabeza.

De repente, Max trazó una onda caótica y apresurada en el aire. Sus manos parecían decir: «no, no, no». La orquesta fue dejando de tocar gradualmente, la música se tornó en desorden y los músicos se quedaron mirándole extrañados. Max se dio la vuelta y dijo mirando hacia Milena:

—¿Es necesario que estés aquí? —Lo dijo en voz baja, pero aun así, de alguna manera consiguió atravesar la cortina de aire que los separaba.

—Sólo estamos escuchando la música, Max —dijo Milena—. Nos gustaría hablar contigo. Te esperaremos fuera.

—Esta noche estoy ocupado. No puedo.

—¿Cuándo estarás libre?

—¡Ya hablaremos luego!

—No hay forma de dar contigo, Max. Una semana, Max, ¿te acuerdas? Ya han pasado dos días, Max. Tenemos que encontrar lo que perdiste, Max, y este caballero puede ayudarte.

Los músicos empezaron a agitarse en sus asientos y a cuchichear.

—Para —dijo Al—. Para ahora mismo o lo matarás.

—Te esperamos fuera —dijo Milena cogiendo su abrigo.

—¡Ufff! —dijo Al resoplando cuando las puertas se cerraron tras ellos—. Es así, se mueve en un sentido —trazó como una flecha con la mano—, pero el movimiento le abandona y se queda anclado, así que se mueve en otra dirección y se queda paralizado porque se da cuenta de que quería ir hacia otro lado. No tiene un centro que le equilibre.

La música atravesó la puerta, persuasiva y triste, como fantasmagórica.

—Es ingrávido —dijo Al—. Para él no hay un arriba y un abajo. Está completamente perdido. Como un pobre y enorme niño demasiado grande para su edad. No ha podido salir de la infancia. Quedó aturdido en la niñez. —La música

volvió a interrumpirse. Escuchaban a Max hablar en la lejanía—. Por eso le gusta la música, porque ha sido escrita y ensayada previamente y para él fluye en una sola dirección. Es el único momento en que consigue fluir. La mayoría de nosotros se desplaza a través del tiempo como lo hace un pez en la corriente. Max sencillamente se pierde en él. Excepto cuando hay música… a no ser que la música le sorprenda — Al miró a Milena con una sonrisa extraña—. Odia la música nueva.

Una vez más, el problema era el tiempo. La música empezó a sonar de nuevo.

Al seguía mirando a Milena con la sonrisa rara cuando le dijo:

—Te odia y odia a la Comedia. No puede soportaros a ninguna de las dos. Le hacéis sentirse tremendamente pequeño.

Tras el ensayo, Max salió a su encuentro en el pasillo. La violinista angulosa le acompañaba, estaba negra de rabia.

—¡Cómo has podido hacerme esto! —dijo Max con los puños apretados, pálido y con la boca tensa en una mueca de desesperación.

—¿Quién eres tú? —preguntó la violinista increpando a Milena—. ¿Quién eres tú para interrumpir un ensayo de esta manera? Este es un músico muy dotado y le estás haciendo infeliz.

—Él me ha hecho muy infeliz a mí —dijo Milena—. Ha perdido la partitura completa de una ópera. El único ejemplar de ella que existía.

—¡No lo hagas! —dijo él balanceando arriba y abajo sus puños rosados. Caminó arrastrando los pies, con las rodillas flexionadas en la postura de ingravidez.

—La ha perdido —dijo Milena— porque le hace darse cuenta de que él nunca podría haberla escrito.

—Milena —advirtió el Insidioso.

—Una ópera nueva —dijo la mujer sonriendo amargamente—. Vaya, todos los meses recibimos una. Ya nadie es capaz de escribir una ópera. Todas provienen de advenedizos ambiciosos como tú, desagradecidos… —la mujer interrumpió su discurso—. ¡Ahhhhh! Deberías dar las gracias porque alguien como Max se haya dignado mirarla.

—No queremos hacerle daño —dijo el Insidioso—. Ni el más mínimo. Sólo queremos estar a solas con él unos minutos. —Al cogió a Max por los puños y empezó a forzarlos a abrirse—. Sólo quiero volver con él al escenario, adónde estaban sonando los instrumentos, los hermosos violines y las harpas. Los oboes. Ese lugar seguirá estando impregnado de la calidez de la música. Iremos ahí y así podrás hablarme de la música que te gusta, ¿vale, Max? Tal vez eso te ayude a recordar.

—¿Va a venir ella? —preguntó Max mirando a Milena horrorizado. Era como si él fuera un niño malo y Milena fuera su madre.

—No, Max —dijo el Insidioso—. Sólo estaremos tú y yo.

—Si le sucediera algo —dijo la violinista apuntando a Milena con el dedo— tú

serías la responsable. Te espero abajo —dijo luego, dirigiéndose a Max.

—Y yo te espero aquí —dijo Milena.

Max y el Insidioso volvieron a bajar al teatro y Milena se quedó esperando. ¿Cuánto tiempo? ¿Pero qué era el tiempo? Llegó a conocerse a la perfección las uñas de las manos. Las tenía totalmente mordisqueadas. «Por favor —rogó como rezando, y se dio cuenta de que no sabía a quién rezarle—. Por favor, haz que recuerde».

Por fin se abrió la puerta y Al salió sosteniendo a Max, que estaba sollozando y restregándose los ojos con sus manos regordetas. Milena miró a Al a los ojos.

—Lo hemos encontrado —dijo Al.

Max se soltó y se echó a correr. Se dirigió a las escaleras.

—¡Alice! ¡Alice! —gritaba mientras bajaba las escaleras a trompicones tapándose la cara con las manos.

—De verdad no sabía que lo había hecho, Milena —dijo Al viéndolo alejarse—. Lo tenía enterrado muy profundamente, bastante por debajo de la Red.

—En el Fuego —dijo Milena.

—En su corazón —dijo el Insidioso volviendo a suspirar—. Ese hombre es como un laberinto, un nudo terriblemente retorcido en el que todo está pendiente de resolverse. —Al estaba con la mirada perdida, fija en lo que había visto y con los ojos muy abiertos de miedo—. Casi no consigo salir.

—Gracias —dijo Milena tocándole el brazo—. ¿Te apetece una copa?

—No, no —dijo Al negando con la cabeza—, ya conozco los efectos de la bebida. ¡Por todas las estrellas! ¡Qué horror ser así, estar atrapado en eso para siempre! —Al se volvió hacia las escaleras y hacia la lujosa alfombra como si ahí hubiera un fantasma plantado—. Por lo menos sale de ahí, al menos sale con la música.

—¿Qué hizo con el libro? —dijo Milena dándose cuenta de que su capacidad de empatía era más limitada.

Al volvió los ojos lentamente para mirarla y le dijo detenidamente:

—Lo envolvió junto a otros libros viejos que había tomado prestados y los devolvió todos juntos. Eran unos libros que había sacado del British Museum. Tú sabes dónde está.

Lo último no era una pregunta sino una afirmación.

—Debería saberlo —dijo Milena. Notaba unos sutiles susurros de memoria, como si escuchara unas pisadas a través del techo—. Crecí ahí, ahí me criaron. En el Barrio de los Restauradores.

—Hay una pared —dijo Al.

Milena miró hacia arriba.

—Una pared dentro de ti. El Museo está al otro lado.

—Ya lo sé —dijo Milena—. Su infancia estaba al otro lado.

—Y vas a ir ahí esta noche, ¿o ahora? —dijo Al leyéndole el pensamiento.

—Tengo que conseguir ese libro. El Museo no estará cerrado con llave —dijo Milena—. ¿Sabes cuáles son los títulos de los demás libros? Eso me ayudará a saber por dónde empezar a buscar.

—Cuidado, Milena —dijo Al tocándole la punta de la nariz—. Si sigues hurgando podrías hacerte daño.

Milena recordó haber conocido a Thrawn. Fue por su culpa: había seguido hurgando.

Había llegado la Restauración. Milena estaba convencida de que la gente querría hologramas y quería que los Nenes fueran los primeros en tenerlos. Necesitaba a alguien que supiera de hologramas y que les saliera barato. Así que se encontró en un albergue, alejado del Strand. «¿Qué clase de persona vive tan lejos de su propio Barrio?», se preguntó Milena. Llamó a una puerta morada. «¡Vaya color más horrible!», pensó.

—¡Adelaaaaanteee! —canturreó una voz de mujer desde el otro lado de la puerta. Sonó a chiste.

Por dentro, la habitación era de un color azul intenso y estaba llena de agua. Las algas brotaban desde la pared de Arrecife de Coral hacia fuera. Había grupitos de peces negros y alargados zigzagueando con precisión entre ellas. Todo, hasta los brazos de Milena, aparecía recubierto de una luz blanca titilante, que tenía un movimiento como de gusanos. Un grupo de algas sonrientes se dieron un garbeo y soltaron unas risitas sardónicas, ligeramente desquiciadas. Parecían la cabeza divertida de un muerto, puro tendón, hueso y ojos saltones.

—Al fin y al cabo, estamos en un Arrecife de Coral —dijeron.

Un pez escalar rosado nadó en sentido ascendente hasta la mano de Milena. Sintió el hormigueo de la luz en su piel de rodopsina. Milena alzó la mano y vio que dentro de su carne relucía una luz de color naranja como una puesta de sol. Miró hacia arriba y vio que a aquella cosa le habían salido ahora unas largas y etéreas aletas negras.

«Pez Tigre —le dijeron sus virus—, si lo tocas, te quedas paralizada».

—Yo soy Thrawn McCartney —dijo el pez tigre—. ¿Eres tú mi salvadora?

—Lo dudo —dijo Milena—. ¿Necesitas que alguien te salve?

—Por supuesto. Nadie me da trabajo. ¿Qué te han contado de mí? —dijo Thrawn, que quería escuchar hablar de sí misma.

—Dicen que eres la mejor técnico de hologramas que haya tenido el Zoo —dijo Milena.

—Y que soy como un dolor en los vasos linfáticos.

—Más bien en otro sitio —admitió Milena.

—Pues sí, lo soy —dijo Thrawn con la cara inexpresiva.

—Yo también lo soy —dijo Milena.

Thrawn asintió con la cabeza con gesto de entendida.

—No —dijo, y se puso a girar alrededor de ella. Fue como si toda la habitación guiñase, y el pez tigre desapareció. Quedó una mujer que le estaba dando la espalda a Milena.

—Tú eres uno de esos dolorcitos constantes, silenciosos y aburridos —dijo. La mujer sólo llevaba unas mallas negras y parecía pequeña y menuda—. Yo soy un dolor tremendo y explosivo como el cráter de un volcán.

Se echó por encima de los hombros lo que parecía una tonelada de pelo y se dio la vuelta con la espalda arqueada. Estaba posando a propósito, ofreciéndose. Milena sintió una especie de sacudida pero que no era necesariamente de atracción. La mujer estaba peligrosamente delgada, el cuello era un puro manojo de tendones. Tendones que parecían estar a punto de saltar, como si la cabeza, desproporcionadamente grande, pudiera hacer que se rompieran y caerse rodando. Tenía la cara demacrada. Milena sintió deseo y vértigo a la vez.

—Voy a ofrecerte un trabajo —le advirtió Milena, que se sorprendió sonriendo—. ¿Quieres que hablemos acerca de los hologramas?

—No —suspiró Thrawn—, los hologramas tienen doscientos años de antigüedad y son tan emocionantes como la caspa. Hoy día podríamos rehacer el mundo entero a base de luz —dijo echando un vistazo alrededor de su mundo submarino—. Apuesto a que lo único para lo que me quieres es para una antigualla de ópera. Quieres que reproduzca en el escenario algunos lugares reales, ¿verdad? ¿Verdad?

—Sí —dijo Milena.

—Estamos ya todos hartos de vuestras viejas óperas. Estamos ya todos aburridos de vuestro jodido refinamiento y buen gusto.

La habitación volvió a guiñar y ella se desplomó en un puf.

Ahora era una habitación normal y corriente. Las paredes del Arrecife de Coral habían sido retocadas, pero las habían dejado sin pintar. En el suelo había un colchón, unas bolsas y un montón de equipos: cajas metálicas, luces y plomos. Por la ventana salía un cable que llegaba al cableado de la Restauración situado a lo largo del Strand. Thrawn estiró las piernas hacia delante y miró a Milena.

—Tengo que hacerte una advertencia —dijo—. Nunca he sido Leída, ni Ubicada ni medicada, así que nunca sabrás qué es lo que voy a decir o a hacer a continuación.

Milena seguía sonriendo a causa de la agresión y de la insensatez de todo aquello.

—Yo tampoco he sido Leída —dijo, esperando aparentar que no estaba impresionada.

—¿Por qué eres tan aburrida, entonces?

—Supongo que alguna gente lo es por naturaleza, igual que otra gente es por naturaleza repugnante.

A Thrawn le hizo gracia, se rió.

—¡Ajá! —dijo asintiendo—. ¿Y cómo te escapaste? —Rodó sobre la barriga,

estirándose como un gato famélico.

—No lo hice. Me administraron una dosis final de virus tan elevada, que me puse muy enferma y no pudieron Leerme. Mientras tanto fui Ubicada.

—Pues yo me escapé —dijo Thrawn en plan presuntuoso, comparándose con Milena—. Me escondí entre los juncos de La Hondonada. No iba a permitir que nadie me medicara. Me escondí y luego regresé. Créeme, tengo una terrible sintaxis. —Entonces se echó hacia delante. Se echó hacia delante y se empujó los pechos hacia arriba con las manos. Se los puso al borde del escote de las mallas—. ¿Tú eres…? —preguntó con una sonrisa.

—¿Que si soy qué? —preguntó a su vez Milena sin dar crédito.

Thrawn puso los ojos en blanco y volvió a preguntar:

—¿Tú eres? —y rodó hacia delante quedándose de rodillas, como ofreciéndose.

Milena sintió una especie de temor leve y difuso. «¡Dios mío, se está insinuando! Dios mío. ¿He encontrado a otra?».

—Sí —dijo a modo de experimento.

—Sí a qué —ahora le tocaba a Thrawn hacerse la tímida.

Volvió a rodar por el suelo y adoptó otra pose.

Milena estaba ruborizada y le costaba mantener una sonrisa atemorizada. Se sintió confusa.

—Sí a lo que quiera que estés preguntándome —dijo. Todo aquello iba demasiado deprisa, las cosas se estaban precipitando.

Thrawn se echó a reír deslizándose hasta donde estaba Milena.

—Decir eso podría ser peligroso, puede que no sepas qué es lo que te estoy preguntando.

Entre ellas había algo, era como si el aire que las separaba se hubiera solidificado. Era una forma definida por ambas, pero que tenía vida propia. El sexo tan sólo formaba parte de ella, pero era tan impersonal como el sexo. Y tanto esa forma como el tiempo empujaron a Milena hacia Thrawn, que gateó hacia ella esbozando una dulce sonrisa.

—No tienes ni idea de lo que te estoy preguntando.

«Esto es tan vulgar —pensó Milena—, tan banal. Estoy siendo víctima de una vampiresa».

Thrawn la besó en la mejilla. «He tenido fantasías como ésta», pensó Milena forzándose a seguir adelante. Y entonces, Thrawn se puso a lamerle la cara como si fuera un chupa-chups.

«No estoy segura de esto», pensó Milena cerrando con fuerza los ojos y la boca. Thrawn olía a dulces y a cebollas hervidas.

—¡Aaah! ¡Aaah! —exclamaba Thrawn mientras pasaba su lengua con fruición por el rostro de Milena.

«¿Y esto qué se supone que significa? —pensó Milena—. ¿Se supone que debería volverme loca de pasión?».

Thrawn se tumbó para quitarse las mallas y Milena sintió que el deseo la abandonaba. La dejó varada y seca y con el estómago ligeramente revuelto.

Thrawn tenía la piel del contorno de los ojos retorcida como una cuerda, su cara era como un nudo. Cuando volvió a abalanzarse, desvió la mirada de Milena, como negando lo que estaba sucediendo. «¿Es que ella está disfrutando?», pensó Milena.

Intentó pasarlo lo mejor posible, dadas las circunstancias. Intentó adoptar una postura más cómoda, pero la alfombra seguía enroscándose y resbalando bajo su cuerpo. Se quedó tendida quieta unos momentos bajo la inconsciente Thrawn, hasta que finalmente, le dio unas palmaditas en el hombro.

—Thrawn —le dijo, como recordándole algo que ya sabía—, Thrawn, déjalo.

Thrawn se quedó quieta y luego, de repente, rodó alejándose.

Milena se sentó. Había recibido un buen golpe en el codo durante la contienda. Miró a Thrawn que estaba tumbada a su lado de espaldas dedicándose a toquetear la alfombra enrollada. A Milena le costaba levantarse porque tenía los pantalones enrollados en los muslos. Lo consiguió colocando las rodillas en un ángulo extraño.

—Es porque soy vieja y gorda, ¿verdad? —dijo Thrawn desde el suelo, con la mirada fija en los hilos de la alfombra.

—Tú no estás gorda —dijo Milena sin asomo de amabilidad, tan sólo por lo alejada que estaba de la verdad.

Thrawn se sentó con los ojos envenenados.

—Sí lo estoy, no me digas que no estoy gorda —dijo, y se sacudió una seca bolsa de pellejo flojo de la barriga.

Se puso en pie y empezó a colocarse las mallas, colocando con cuidado el elástico en su posición de manera que coincidiera con las marcas dentadas correspondientes de su piel.

—Nuestra relación debería ser estrictamente profesional —dijo Thrawn con una especie de gruñido.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece? —dijo Milena empezando a sonreír.

—No —dijo Thrawn echándose el pelo para atrás—, al menos por lo que a mí respecta.

—Vale, perfecto, me alegra oírlo —dijo Milena frotándose el codo.

—Mis necesidades son bastante acuciantes —dijo Thrawn tranquilamente. Se puso unos pantalones encima de las mallas—. Soy perfeccionista. Querer siempre lo mejor de lo mejor es una especie de maldición.

—Seguro que lo es —dijo Milena y pensó: «a esta mujer le pasa algo». El codo se le había puesto morado de la contusión.

—Me vas a odiar —dijo Thrawn suspirando y mirándola desde abajo. Era como si afirmara un hecho, tenía la marca de la verdad. Y también sonó como a promesa. Milena contempló el triste y consumido rostro.

—No, no te voy a odiar —dijo Milena débilmente.

Acababa de desencadenarse un ritual de aplacamiento.

Un poco más tarde, aquel mismo día, cuando regresaba caminando del Strand, Milena se dio cuenta de que se acercaba el día de su cumpleaños.

Hacía un año que Rolfa se había marchado. Aquel pensamiento dejó a Milena clavada en el suelo. Estaba sobre el puente de Waterloo, por donde habían pasado Rolfa y ella de regreso de La Paliza. Aquel año el mes de septiembre había sido cálido y húmedo, monzónico. Pero aquella tarde en particular el cielo estaba despejado y del mismo color violeta que tenía el día en que Rolfa la acompañó tras su encuentro con Lucy.

La Catedral de St. Paul tenía el mismo aspecto, con su cúpula de piedra blanca y sus paneles de plomo. Pero ahora había guirnaldas de luz eléctrica colgadas a ambos lados del río. Había charcos de luz, piscinas de luz en las aceras. «Así va a ser, Rolfa, pensó Milena, cada vez me iré alejando más de ti y tú te irás apagando cada vez más, como una de esas luces que están en el extremo de la guirnalda».

Milena no podía entretenerse. Esa noche le tocaba cuidar al pequeño Berry. Siguió caminando lentamente y con la cabeza gacha.

Hacía un año que Rolfa se había marchado y un mes que Berowne había muerto al dar a luz. Era tan injusto. Había aguantado hasta el final, el bebé había nacido y estaba lloriqueando. Tuvo el tiempo justo para gritarle «¡Hola, ay, hola!», y entonces se desprendió la placenta, y salió tanta sangre que salpicó el techo. Ya había otro huérfano, o algo por el estilo, porque la madre no era capaz de verlo.

Milena bajó las escaleras del Zoo y entró al Jardín de Infancia.

Bajó hasta una habitación cubierta de paneles de madera con coloridos dibujos. Aquel lugar olía a bebés, a leche, pañales y a colchones empapados. Hacía demasiado calor, Milena se mareó. Una enfermera la acercó al catre de Berry. Tenía tres semanas. Miró hacia Milena con ojos tristes y somnolientos. «¿Y ahora, quién eres tú?», pareció preguntar el niño. Lo cogió en brazos y se echó a llorar.

—Ya, ya —dijo Milena dándole unas palmaditas.

Otros bebés se acercaron, caminando por el suelo cubierto de colchones, desde todos los rincones de la habitación. Iban gateando y cuchicheando entre ellos.

—¡Hay que ver la de gente que viene a verle!

—Sí, pero no son sus padres, ¿verdad?

Tenían la voz aguda y tenue y rebosante de envidia.

—Su padre ha muerto.

—Y su madre nunca viene a verle.

Tenían las mentes repletas de virus. Ya sabían hablar, leer, sumar y restar. Se arremolinaron alrededor de Milena como una tribu hostil. El llanto de los otros les enfadaba, querían ser ellos los que lloraran. Querían aullar hasta que se les desgarraran los pulmones. Pero los virus hacían que hablasen.

—¿Por qué no sabe hablar? —preguntó uno de los niños, que estaba a cuatro patas. Tenía el cuerpo rechoncho y lleno de michelines.

—¿Por qué no le habéis dado los virus?

—Ya es hora de que le deis los virus.

Milena no les respondió. Caminó esquivándoles. La habitación estaba demasiado caldeada y estaba sintiéndose mal. Tan sólo quería huir.

—¡No le han dado los virus! —gritaron los niños tras ella mientras escapaba.

No sabía por qué le había molestado tanto. Sentía que estaba protegiendo a Berry de ellos. Tuvo que parar para recuperar el aliento, respirar aire fresco y se dio cuenta de que estaba temblando. Envolvió al pequeño Berry en su mantita con las manos temblorosas. Le apretó contra su pecho, echó a andar bajo uno de los puentes de ladrillo que había a lo largo de los pasos elevados y luego alzó la mirada y vio la Shell.

Las ventanas estaban encendidas con fuego: reflejaban del atardecer. Ya estaba aquí otra vez el fuego de septiembre. Milena se acordó de Jacob. Se acordó de él cuando regresaba a la Shell para entregar los mensajes:

Pero ahora gracias a ti y a Rolfa, cuando sueño también escucho música.

Rolfa se había marchado y Berowne también. Y Jacob. ¡Todos en un año! Un día de primavera Milena se encontró a Jacob desplomado en la escalera, como un viejo vestido de tela, como uno de los disfraces del Cementerio. Una vez le pareció que el fuego de las ventanas era el fuego de las vidas de los demás. Ahora era un fuego fantasmagórico.

Milena se quedó de pie en el mismo sitio donde un día había estado, incapaz de moverse. «¿Cómo he llegado hasta aquí? —se preguntó—, ¿cómo es posible que esté aquí, con un bebé que no es mío en los brazos y aún con el olor de Thrawn McCartney sobre mi piel?». Y en un mundo en el que había hologramas y luz eléctrica. Milena sintió que el tiempo la mareaba, era como una especie de vértigo. Era como si el tiempo la hubiera levantado a gran velocidad y a una altura vertiginosa respecto a sí misma, respecto a su propia vida. Era como si estuviera en un tren que avanzara cada vez más rápido y no parase nunca. Las estaciones de su vida pasaban a toda velocidad. Dieciséis, diecisiete, dieciocho. Y nunca le permitían apearse.

Cuando Milena subió por las escaleras hasta su habitación, ya había oscurecido. Tenía en gran medida el mismo aspecto que cuando Rolfa vivía allí. Un poco más

ordenada, tal vez, un poco más vacía. Había que cambiar al bebé. Milena estaba sorprendida por lo bien que se estaba enfrentado al tema de cambiar pañales y a los horarios de las tomas. Una vez que el bebé estuvo limpito, lo colocó en su hamaca y empezó a acunarlo.

Berry se puso a cantar. Tenía la voz aguda, limpia y chillona y cantaba canciones curiosas. «¿Era normal que un niño cantara antes de hablar?», pensó. Berry pareció haberla escuchado y le sonrió. «¿Será Insidioso?», se preguntó Milena. El niño cantaba las canciones que le había escuchado tararear a ella. Cantaba las canciones de la Comedia. Milena encendió una vela en el alféizar de la ventana y abrió el librote gris. Así era como se encontraba a sí misma. Cogió un papel con pentagramas de una pila ordenada de papeles y se puso a trabajar.

Milena estaba orquestando la Comedia. Un año después de la partida de Rolfa, había llegado al principio del Canto Número Ocho. Había un total de cien cantos. Dante y Virgilio habían llegado a la Laguna Estigia. Milena miró las notitas diminutas que estaban una debajo de cada sílaba. ¿Por qué algunas estaban en rojo? En la esquina había unas palabras escritas a lápiz: «las trompetas suenan fulgurantes, como destellos de luz sobre el agua. Sombrías y alegres a la vez (al fin y al cabo, es una Comedia).».

«¿Pero cómo —se preguntó—, cómo es posible que las trompas suenen a la vez sombrías y alegres?».

Sólo podía hacer lo que era capaz de hacer. «Haz como si la Comedia fuera una transcripción —se dijo—. Haz como si fuera una versión vocal de un original orquestado. Haz como si estuvieras dándole la vuelta a la causa y al efecto y recuerda que las trompas que aparecen en *sol* van a ir en *do*. Sin sostenidos ni bemoles. Los virus te ayudarán».

Milena se puso a escribir, sumergiéndose en el trabajo. No se dio cuenta de que el pequeño Berry y ella estaban tarareando al unísono.

querida pescadilla:

Milena se acordó de una carta. Podía verla entera, en su memoria, con la página iluminada y los grumos de tinta. Decía:

> perdona lo del nombre, pero te veo como un pez —no lo digo en plan mal, pero si me dices que de verdad lo odias, intentare corregirme— para responder a tu pregunta —la verdad es que me siento canadiense— el ártico es distinto de la antartida —mas hierba, mas arboles —la antartida es un desierto— y aun asi lo adoro pero el padre de rolfa es obstinado como buen ingles de eso no cabe duda y asi es como terminamos intentando vivir en South Ken de lo que dios me libre.

bueno ahora estoy de vuelta en la antartida —esto esta igual— el hielo y el cielo siguen siendo azules y mis perros todavía se acordaban de mi gracias a dios —el amor que te dan los perros no te lo puedes ni imagina —saltaron, corretearon, ladraron y jadearon— te dan la seguridad de ser bienvenida —los perros sencillamente sienten mas que nosotros— de eso estoy segura —nunca he visto a la gente alegrarse tanto de ver a alguien— no te enfades conmigo solo estoy intentando que tengas una visión un poco mas agradable de los perros después de lo que paso el año pasado.

en cualquier caso aquí estoy sentada bajo mi vieja lampara de alcohol y mañana me voy a ir a cavar con mis perros y estoy comiéndome un guiso grasiento que todavía esta congelado por el centro y no podría ser mas feliz de lo que soy.

rolfa no vino conmigo —dijo que no quería y ahora tal vez quiera lo que pasa es que me parece que no sabe lo que quiere— nunca he visto a nadie tan confuso como esa pobre niñita —le dio por un chiquillo larguirucho, un Apretado, realmente diminuto y con el pelo cortado a lo paje, pantalones cortos y blusón— a papa se le pusieron los pelos de punta —pero todo se le paso igual que le vino— dijo que se habia comido al muchacho para desayunar y yo me lo creo —lo creas o no ese pedazo de hija mia se esta poniendo realmente agresiva últimamente— justo antes de que yo me fuera le dio una paliza a su primo mayor y eso que el es grande como un demonio es del tamaño de una casa dijo algo y de repente se trago todos los dientes —lo ultimo que he sabido de ella es que estaba leyendo libros de contabilidad— sigue escribiéndome me encantan tus cartas me hacen reir aunque se que el verdadero motivo por el que te interesas por esta vieja de la antartida es porque quieres saber como esta rolfa —de acuerdo— cuando sepa algo te lo dire.

tu amiga.

hortensia patel

Milena dejó de girar.

Alguien la estaba sujetando. Él era alto y delgado y tenía una sonrisa que parecía haber sido abierta a cuchillo en su tenso rostro.

—Camina hacia delante arrastrando los pies, paso a paso, con las rodillas flexionadas —le decía con acento americano—. Intenta mantener el equilibrio. Ésa es la postura de ingravidez. —La soltó. Éxito. Milena se quedó quieta en el sitio—. Vaya —dijo—, esto sí que ha sido una lección.

—¡Ajá! —dijo Milena—, te he vomitado encima y te he dislocado un hombro.

—Me llamo Mike Stone —dijo él—. Astronauta.

Milena se atrevió a extender el brazo para darle un apretón de manos. Por fin había conseguido ponerse en pie.

Ahí afuera el cielo estaba cuajado de estrellas, de estrellas de la memoria. «Rolfa —parecían susurrar—, ¿dónde está Rolfa?».

La Lectura había terminado.

Milena se levantó. Así es como se había sentido. Se encontró tendida en el suelo. Al principio pensó que era el Bulto porque el suelo estaba caliente, suave y vivo. Ella estaba bañada en sudor. Al otro lado de la habitación tenuemente iluminada había una mujer vestida de blanco que estaba hablando con una mano en la barbilla y sacudiendo la cabeza. Era Root, la enfermera. Y estaba Mike Stone, el astronauta, sentado en una extraña silla colgante.

«¿Cuándo fue eso? —pensó Milena—, ¿cuándo pasó eso? No me acuerdo. ¿Dónde está mi Ahora?».

Root echó un vistazo por encima del hombro y vio que Milena estaba despierta.

Abrió más los ojos y cortó la conversación con un movimiento de cabeza. Fue hacia donde estaba Milena, casi corriendo con sus regordetes brazos en alto balanceándose de un lado a otro al ritmo de sus caderas. Root se echó sobre Milena apretándose las manos entre las rodillas.

—Lo siento, cielo —dijo Root—, pero vamos a tener que Leerte de nuevo.

—¿De nuevo? —graznó Milena que se estaba sintiendo terriblemente enferma.

—No lo ha captado todo. Supongo que hay mucho dentro de ti —Root le dio una suave sacudida en el pelo—. Te estás resistiendo, ¿verdad, cielo?

—¿Qué más quieren? —preguntó Milena.

El Consensus ya lo tenía casi todo.

—Bueno, no obtuvo nada de tu infancia, absolutamente nada. Y también está Rolfa, has retenido todos tus recuerdos de Rolfa. Ella es muy importante para ti, así que ellos también la necesitan.

«Conque sí, ¿eh? —pensó Milena—. Ya lo creo que la necesitan».

—No tienes que ofrecer resistencia —dijo Root con la mirada triste pero con expresión tremendamente severa—, si te resistes podrías lastimarte. —Miró a Milena lenta y escrutadoramente—. ¿Estás lista?

—¿Para qué quieren el Pasado si siempre nos están diciendo que el mundo consta tan sólo de Ahora? —preguntó Milena.

—Porque tú eres el Pasado —dijo Root poniéndose en pie.

Milena la escuchó murmurar mientras se alejaba.

«Mi vida entera —pensó Milena—, mi vida entera no me ha pertenecido».

El espacio estaba torcido. El espacio se estremeció como cuando el calor sale del asfalto. El tembloroso espacio se alzó y empezó a rotar desplazándose hacia ella sin dejar de vibrar. Era una onda, una onda en el espacio y en el tiempo simultáneamente, una onda en la quinta dimensión, en donde luz, pensamiento y gravedad son uno. Se

enfrentó a ella temblando como el deseo. Quería que Milena fuera una historia que él pudiera Leer.

Rolfa, ¿dónde está Rolfa? «Donde está siempre —pensó Milena—. Aquí, junto a mí».

«¿Y el Ahora? ¿Dónde está mi Ahora? Mi Ahora está aquí, donde estoy luchando contra el Consensus».

La ola la inundó. La empapó, la atravesó entrando a toda velocidad por sus conductos nerviosos como si quisiera limpiarlos, como si quisiera eliminar cualquier rastro de Milena.

Sus recuerdos de Rolfa eran como una roca a la que aferrarse. Milena los retuvo y los conservó para sí.

Todo lo demás cedió ante el estruendo.

Capítulo 10

Un público infantil (El Árbol del Cielo)

Milena recordó su estancia en el útero materno.

Todas las sensaciones eran innombrables, inefables, no habían sido moldeadas por ningún tipo de sintaxis. Había luz, una luz naranja que iba pasando por encima de ella, a través de ella. Había un latido, un torrente que hervía a su paso por ella, caliente, emocionante y delicioso.

Había música.

El sonido de un violín se filtraba suavemente y se hacía ligeramente audible en medio del latido, tan lejano como en un sueño. Era más bien luz y sonido, una situación indescriptible de comodidad. El calor que rodeaba a Milena se balanceaba al compás de la música. Había una danza en el latido de su sangre, una danza de amor, de liberación de sustancias químicas. Un cosquilleo perceptible la invadió. Milena sentía la música porque su madre la sentía.

Su madre era quien la creaba. Su madre estaba tocando el violín. Para la adulta que recordaba, la música era lo único que le resultaba familiar. La adulta sabía que era una pieza de Bartók. Para el bebé nonato, era una sensación física. La Milena que aún no había nacido tarareaba la música como si ella misma fuera una cuerda del instrumento, como si su madre estuviera haciéndola sonar a ella también. La música se alzó y meció al bebé nonato, que se alzaba y caía con ella. «¡Yo nunca he sentido tal cosa! —pensó la adulta que recordaba—. ¡Nunca he sentido la música de esa manera desde entonces!». Era un estado de consciencia distinto: suave, invasivo, cálido y definitivamente íntimo. Milena formaba parte de otra persona. La sangre y los fluidos la acariciaban, todo recibía el toque de la luz que se filtraba a través de la carne, todo se escuchaba a través del canto que había en la sangre, ese fluido que la acariciaba. Era como estar cubierto de algo delicioso como chocolate al limón y tener la capacidad de percibir su sabor a través de la piel. Era como ese fugaz momento, no necesariamente del orgasmo, en el que el sexo es una auténtica delicia. «No hay duda —pensó la que estaba recordando—, no hay duda de que el sexo nos atrae, nos retrotrae a este momento».

El bebé intentó bailar. Movió las piernas. La sensación de movimiento era novedosa. Poder moverse significaba tener poder.

La música cesó.

Desde el exterior llegó una voz amortiguada, desde arriba, un mensaje desde el más allá. Era un mensaje de celebración. La Milena que estaba recordando era capaz de comprender la mayoría de las palabras. Parecían palabras pronunciadas por un

fantasma. Milena recordaba el tono y el timbre, las subidas y bajadas. Era el fantasma de su madre.

El bebé tenía los oídos taponados y la nariz taponada, pero no sentía tampoco el deseo de respirar. Era una con el mundo, y era un mundo de amor.

Y Milena recordó cómo ese mundo se volvió del revés.

Los fluidos la abandonaron de repente y la cubrió un velo también cálido, pero ligeramente áspero. Y luego dio comienzo la convulsión, la expulsión. El mundo la empujó hacia fuera. El bebé tuvo la certeza de una cosa: había sido ella quien había desencadenado lo que estaba pasando. Lo había hecho ella. Se sintió como un diente de leche que se está soltando y volvió a poner a prueba su poder, el poder de moverse. Y entonces sintió que había roto el mundo. Sintió horror y miedo pero por encima de todo arrepentimiento, como si hubiera herido al mundo. El mundo empujó, dejó ya de acariciarla y el bebé supo lo que era la muerte, la muerte del mundo que ella lloró mientras nacía.

Para la adulta que estaba recordando, la sensación era tan intrincada como una montaña rusa, con grandes desniveles y caídas repentinas. Todo era tremendamente importante, los sonidos que se propagaban por la carne, los chasquidos de separación, los movimientos deslizantes, el lamido de las paredes como si fueran lenguas gigantes, el latido que recorría sus oídos y sus venas. El mundo se abrió como una boca. El adentro se convirtió en afuera de forma mareante, como si Milena estuviera naciendo de ella misma, como si los papeles de madre e hija se estuvieran intercambiando. De repente, todo el adentro había desaparecido.

Al aire le costó un momento —y cada momento es un universo entero— rodearla. El aire era nuevo, seco y raspaba como el fuego. Le quemaba la cara y le quemaba el cuerpo entero. Había una luz cegadora y gases penetrantes. Cogieron al bebé por los tobillos y sintió una abrasión chisporroteante en el punto por donde la tenían sujeta, como si le estuvieran friendo la piel.

De pronto, se vio luchando. En su interior había algo que se hinchaba, como si estuviera intentando reanudar el latido. Algo cedió. Pero ahora el latido ya no estaba fuera de ella, sino que era más pequeño y estaba dentro de su cuerpo.

El áspero aire se abrió paso como si fuera papel de lija sobre su lengua y por su garganta abajo. Sintió que un dolor le atravesaba el pecho cuando se inflaron los alvéolos de sus pulmones, uno tras otro, pop, pop, pop. Gritó de dolor.

La bajaron y la colocaron sobre una suave calidez. Un fantasma del paraíso regresó. El latido se escuchaba ahora más atenuado, pero la voz que murmuraba se escuchaba más fuerte. Estaba tumbada encima de su mundo. Ahora ella lo cubría a él. Este mundo tenía distintas capas. Unos paneles de calidez le bajaron por la espalda, ásperos pero reconfortantes cuando se quedaban quietos sobre ella, cuando le parecía

que la apretaban hacia abajo. El bebé deseó que volvieran a meterla dentro.

Entonces algo hizo un ruido estrepitoso contra una bandeja, algo horrorosamente afilado como lo que profanó sus oídos, y volvió a echarse a llorar. Lloraba por la inmensidad de las cosas y por un sentimiento de anticipación ante todo lo que tenía que aprender. La voz la aliviaba, los cálidos dedos la acariciaban y el bebé recordó lo que acababa de perder. Sigue aquí, parece que la voz sigue aquí, ahora es diferente pero sigue aquí. Aquí, pero de forma distinta.

Las capas de la vida fueron cubriendo al bebé una tras otra. Los pulmones respiraban, los dos corazones latían y todos los órganos, con sus superficies ásperas y sus huecos ocultos, giraban cambiando de posición unos respecto a otros como si fueran las imágenes de un caleidoscopio.

Dejaron al bebé ahí, para que durmiera sobre la barriga de su madre. Soñó con túneles de luz y sitios cerrados llenos de fluidos dentro de los cuales todo era tenue, mullido, flotante y seguro.

Milena recordó como gateaba.

Recordó la alfombra trenzada, cuyo diseño concéntrico constaba de trozos acolchados que se enrollaban en los dedos de Milena y olían a gato.

El antiguo mundo ya había sido olvidado, desplazado por el bienestar de este otro nuevo. El bebé alzaba la vista y el mundo seguía pareciéndole fragmentado y concéntrico.

«Parece —pensó la adulta que estaba recordando— un cuadro de Picasso».

En este su segundo mundo olvidado había una habitación que en sí misma no le resultaba en absoluto familiar. Estaba revuelta, formada por capas, como si fueran muchas fotos de la misma habitación. Las cosas tenían tantos lados que les costaba mantener una forma concreta. La parte de atrás y los lados de la silla estaban igual de presentes que el frontal. Entraban y salían de la vista superponiéndose unas a las otras. Tan pronto estaban cerca como estaban lejos. Todo aquello que le gustaba parecía acercarse y ella estiraba la mano pensando que la cosa iba a venir a su encuentro.

Milena vio el extremo del brazo de una regadera. La adulta que estaba recordando se sobresaltó al reconocerlo. La regadera tenía un tapón de rosca basto y con muchos agujeros que hacían que el agua saliera pulverizada. Los ojos del bebé se centraron en el tapón y evocaron la totalidad. El mundo giró en torno a ella fragmentado, como si lo estuvieran contemplando a través de una piedra preciosa.

El bebé estiró la mano y tocó la regadera, sintió la rugosidad del tapón. Debía resultar difícil girar la resina solidificada contra el caño también hecho de resina. Se lo llevó a la boca para probarlo. Sabía a pino. El sabor se le pegó a la lengua y a los labios. Milena no estaba segura de si lo detestaba o no.

Tras ella había una voz cálida. «*Ne, ne*», decía cariñosamente, «*Ne, Milena*».

Ne era una palabra extraña. El bebé no había captado todavía su significado. Siempre que era pronunciada, lo mejor que podía hacer era quedarse quieta. Era una palabra poderosa, pero lo que era ella misma podía pronunciarla una y otra vez, incluso sacudiendo la cabeza, y no surtía efecto alguno.

Había perneras de pantalón de color beige. Había un hombre, un hombre alto, delgado y con barba. Tenía varias caras que giraban todas a la vez hasta que se enfocaban. Milena lo reconocía por su barba, por sus ojos negros y por las venas que recorrían sus manos. Cuando las manos estaban amables, el mundo era una delicia.

Las manos la levantaban con fuerza y la acunaban en el regazo de su padre. La besaban en la cabeza y escuchaba un sonido cálido, como una risita. Luego, extendían un paño delante de ella y las manos del hombre se ponían a coser. En la mesa había agujas, astillas de bambú en las que se reflejaba la luz, un fino haz de luz como un río. Milena estiró la mano para intentar coger las agujas.

—«*Ne, ne, Milena, ne*», decía la voz. «Ne» podría significar «no agujas», o «no luz».

—«¡*Milena! ¡Amin*!», llamó la voz desde fuera de la habitación. Las palabras eran señales cargadas de significado, pero se trataba de un significado tan impreciso como el ondular de las banderas.

Milena voló, el hombre la levantó y la lanzó por los aires. El aire era cálido como los dedos y Milena vio su mundo, la alfombra trenzada, allá abajo, muy lejos de ella. Estalló en chillidos y risas. La metieron por una puerta que parecía tocarse a sí misma desde distintos ángulos y direcciones a la vez. Milena la atravesó y salió al jardín.

Ahí estaba en la memoria, como si un lugar que muriera pudiese tener fantasma. Ahí estaba el banco, a la vez parte de arriba y de abajo, tablas de cálida madera manchadas con sombras en movimiento. ¿Qué formaba las sombras? ¿Qué hacía que se desplazaran? Unas grandes raíces ascendían hacia una maraña que había en el cielo totalmente irregular y que centelleaba con el viento desvelando en oleadas las plateadas caras inferiores. Las viñas trepaban allá arriba, formando un marco. Más allá aún había árboles que se alzaban incluso más alto que las viñas, hacia el cielo, hacia las nubes.

El bebé miró a lo lejos. Los árboles escapaban a su comprensión. No podía acercárselos y tampoco conseguía enfocarlos.

Y ahí estaba Mami, entrando y saliendo de las sombras en movimiento.

Mami era una palabra que englobaba muchas cosas de aquella mujer, las agrupaba formando un ramillete: las sonrisas, la calidez y el traje pantalón rojo. Mami se arrodilló y la besó. Mami con su precioso rostro. Entonces llevaron a Milena a la mesa levantándola entre los dos por los brazos, cada uno la tenía cogida de un lado. En la mesa estaba su cuenquito rojo. La sentaron y le amarraron una servilleta al

cuello. A Milena no le gustaba la servilleta. *Ne*, dijo, pero la palabra no surtió efecto alguno. Le metieron en la boca una fresca cucharada de dulce pablum[6]. Milena quería comer sola pero no la dejaban. Allí al sol, tuvo que aceptarlo.

El pablum estaba exquisito y la hizo reír, lo que hizo que Mami se riera a su vez. Mami estaba contenta cuando Milena lo estaba, así que volvió a reír una vez más. Encima de la mesa había unas cosas redondas, rojas y jugosas que estaban abriendo y troceando en el plato de Milena.

La luz del sol le bañaba el rostro incubando algo. Milena bajó la mirada hacia el caleidoscopio de su brazo. Miró la suave superficie de su piel perfecta desde muchos ángulos distintos. Vio cómo una de las células de su piel se levantó como una trampilla. Algo estaba naciendo de ella, era del mismo color que Milena, magenta claro. Era pequeño y se agitaba. El bebé estaba encantado. ¿Era así como crecían las cosas? ¿Salían las unas de las otras? ¿Los mundos salían de las personas de la misma manera? ¿O eran las personas las que salían de las cosas, tal vez de los árboles?

Las palabras llegaban como banderas. Mami hablaba, como hablaba el viento y los sonidos resultaban tranquilizadores. Los sonidos significaban que las cositas que se agitaban eran buenas. Mami extendió su largo brazo y lo colocó junto al de Milena, también estaba plagado de Ratones.

Milena tenía algo suyo. Miró a su criatura. Sabía que ella y su criatura se protegerían mutuamente. Milena sentía amor por esa pequeña cosa viva que era íntimamente suya. Una idea arraigó en ella: «yo hago que crezcan cosas en mí».

Los árboles suspiraron viento. El sol estaba tostando el muro blanco y hacía que las viñas resplandecieran sobre sus cabezas. Los pájaros cantaban. La gente reía. Este mundo también era un paraíso.

Y el caleidoscopio giró.

Milena estaba tumbada a oscuras en su cuna azul, pero la oscuridad se había vuelto maléfica. Unos muñecos con la cabeza pintada se reían de su malestar, desde los barrotes de la cuna. Las sábanas estaban húmedas, otro velo empapado, y Milena exhalaba un olor avinagrado y penetrante que empañaba su perfección. El bebé sabía que su perfección había sido dañada. Un zumbido le recorría la cabeza y los brazos. Un entumecimiento vibraba en la maraña que formaban sus nervios. Hasta ese momento, el bebé no había sabido que era una maraña.

La Milena que estaba recordando pensó: «Esto es un virus, ésta debió ser la primera vez que me administraron virus».

El bebé aulló, como para expulsarlo.

La puerta se abrió y el bebé albergó la esperanza de recobrar la comodidad. Milena se anticipó y se tragó el llanto. Una luz revoloteó y una linterna abrió la boca

trayendo la luz, pero esa luz parecía ser de color naranja, enfermiza. Mami entró y la arrulló al inclinarse sobre la cuna azul. Levantó a Milena y le dio unas palmaditas, pero nada cambió. A medida que su madre la subía y la bajaba, percibió a su madre como una especie de antepasado enfermo. Su madre dijo algo bonito, con doble sentido y con un toque de falsedad al final. A Milena le pareció que su madre estaba decidida a que ella estuviera enferma. El bebé no comprendió las palabras, pero sí su contenido. De un modo u otro, su madre refrendaba todo aquello, de alguna manera formaba parte de ello. Milena supo que no iba a ayudarle. El mundo entero estaba enfermo y mareado y revuelto, apagado y adaptado a la medida de su propia enfermedad. Había sido invadido, pero no por la música o el amor, sino por algo ajeno, extraño.

Los extraños intentaron hablar. Intentaron hablar en el interior de Milena. Las palabras sonaban amortiguadas, como cuando las escuchaba desde dentro del útero. Milena sentía cómo las voces vibraban como larvas. Las palabras habían sido depositadas en su mente como diminutos organismos que empezaban a romper a hervir.

El mundo estaba siendo amenazado y Milena quería salvarlo.

«¡*Ne*! —pensó el bebé resistiéndose—. ¡*Ne*, *ne*!».

Las palabras de los extraños estaban tejidas con hilo, como las mantas. Milena era capaz de sentir el hilo, de tocarlo con el pensamiento. Los hilos estaban cosidos con firmeza. Al principio, Milena percibía solamente lo ásperos que eran, como el tacto de una manta sobre la piel. Luego prestó más atención a la sensación. Los hilos eran pequeñas escaleras granuladas y las escaleras eran espirales que giraban unas alrededor de otras formando una doble hélice.

—«¡*Ne*!» —dijo Milena, y las larvas se quedaron quietas. Sintió cómo las escaleras cambiaban, cómo se callaban y se amoldaban a su voluntad. Las acosó con la mente, les dio caza a través de la telaraña que formaban sus nervios—. «¡*Ne*!» —les gritó a los invasores, que se volvieron dóciles y mansos y se quedaron a la espera de recibir instrucciones.

Se suponía que los virus iban a invadir a Milena, y sin embargo fue ella quien invadió a los virus. Los convirtió en parte de sí misma. *Ne* era la palabra para expresar rechazo. *Ne* significaba independencia, significaba libertad. Funcionaba cuando eras tú quien tenía el poder.

El bebé Milena se puso a tocar el ADN de los virus y a adaptarlo a sus propios fines. «¿Ya tan joven? —pensó la adulta que estaba recordando—. ¿Ya sabía tanto siendo tan joven? ¿Qué mas sabría yo antes de que llegaran los virus?».

Los virus se quedaron quietos. Ahora se dedicarían a almacenar información. Milena estaba incrementando su propia memoria. Estaba fabricando una individualidad silenciosa y de mayor tamaño, un No más grande.

Abrió los ojos.

Su pequeño cuarto, con sus pañitos y sus muñecas seguía pareciendo enfermo y malvado y la luz naranja seguía ahí, tan constante como un dolor de cabeza. Hasta la cara de la madre de Milena tenía aspecto enfermizo y cansado y parecía descolgada. «¡Tú! —pensó el bebé—. ¡Tú has hecho esto!».

Y lo que la hizo gritar y llorar fue la traición.

Para la Milena que recordaba, cada giro de la memoria convertía al mundo en más dócil y seguro. Se iba volviendo más adulto, se iba pareciendo menos a hojas esparcidas en capas y más a mariposas pinchadas en fila tras un cristal. Con cada giro, el adulto se sentía más en casa, se orientaba con mayor facilidad. Con los nombres llegaron las emociones, controladas y soportables. Milena el bebé ya conocía las palabras, pero eran palabras que había aprendido por sí misma. Esas palabras le pertenecían.

La habitación en la que estaba adoptó una única forma: cuatro paredes. La mesa de madera, la estufa de leña, las sillas desvencijadas, los pufs tirados en el suelo, la sarta de ajos… todo era tal y como la adulta los recordaba. Sólo mostraban una cara de sí mismos a la vez. Tras las ventanas, resplandecía la luz del sol. Ahora, Milena era capaz de escuchar el tictac del reloj con toda su impersonal regularidad. Tiempo en un tictac.

—Milena —dijo su madre en voz baja—, tu padre quiere hablar contigo.

Tatinka, le llamaba su madre. Las palabras dejaban entrever un sentimiento de pérdida. Milena la adulta sintió un tirón profundo y desconocido, de pérdida. La adulta había perdido un idioma.

Milena sintió cómo otro abismo se abría bajo sus pies. El tiempo le había arrebatado a su madre y a su lengua materna. Sintió vértigo.

El bebé estaba mirando a su madre a la cara. En el mundo había algo muy grave y muy serio que le aportaba a su madre serenidad y nobleza, y Milena sintió que el corazón se le henchía de amor. Su madre era joven y hermosa, y ahora además era noble. Su madre la cogió de la mano, la sacó de su mundo y la introdujo en otro al que se accedía por la puerta de la habitación de sus padres. La habitación de sus padres, que era el lugar al que Milena iba por la noche cuando le daba miedo la oscuridad. Ahora, esa habitación estaba oscura y Milena sintió pánico.

—¿Es de noche? —preguntó.

El bebé vivía en un mundo en el que el día se convertía en noche sin previo aviso.

—No, Milena, sólo son las persianas, que están cerradas.

La habitación olía a ácido, como a limones pasados. Milena el bebé reconocía aquel olor. Manaba de tu cuerpo, desde la maraña, cuando el mundo se mareaba.

Las paredes eran de color marrón, las sábanas eran de color marrón, todo estaba

revuelto y más sucio de lo normal. Su padre también estaba marrón y revuelto, crucificado en una cama. El negro flequillo aparecía denso y plano, pegado a la frente. Ahora que Milena era mayor, la gente sólo tenía una cara a la vez. Las palabras, incluso las palabras checoslovacas, asignaban a las cosas una sola cara. Esta cara tenía una barba negra y cercos negros en la piel de alrededor de los ojos.

La madre de Milena le dio un toque con el codo indicándole la cama. Se quedó de pie junto a él, a la altura de su cara y un brazo caliente y húmedo la rodeó. Estaba ardiendo. Entonces, Milena cayó en la cuenta de que tenía la enfermedad. Tenía la calentura y los temblores. La miró con unos ojos diferentes, con los ojos de un extraño. Milena sintió recelo. Podían llevarse a tu padre y ponerle los ojos de otra persona.

—*Svoboda* —graznó él.

Al igual que *Ne,* esa palabra significaba libertad, pero era una palabra checa y no era igual que la libertad inglesa, ni nunca lo sería. *Svoboda* era algo natural como las manzanas, como la tierra. Y al igual que el paraíso, era algo prohibido.

«Puedes combatirlo, *Tato*. Si piensas en ello, lo cambias. Eres capaz de hacerlo, ¿verdad, *Tato*?». Milena hubiera querido explicarlo, pero no sabía. Entonces fue cuando pensó que él debería saberlo. Ya le habían enseñado que los adultos sabían siempre más que ella. *Tato* cogió la mano de Milena entre las suyas. Milena percibía el olor de aquella mano. Le habló con una voz ronca y extraña.

—Sé buena, Milena.

Los adultos siempre estaban diciéndole que fuera buena y no había forma de saber qué era lo bueno. Parecía que era algo cambiante. Milena sabía que no podía prometer que iba a ser buena porque no estaba segura de en qué consistía serlo. No quería mentir, pero sabía que no podía decir que no. Así que asintió con la cabeza. Como sabía que era una mentira, no pronunció las palabras. Ella quería ser buena, pero si él tenía que pedírselo, ¿no significaría eso que ella en realidad no era buena? ¿Qué tenía que hacer para ser buena? Nadie parecía ser capaz de explicárselo del todo. La palabra bueno pareció extenderse y difuminarse pasando a formar parte de las paredes marrones.

—Milena, respóndele a tu padre.

Iban a obligarla a decir que sí. Sí era la palabra de la aquiescencia. Era la palabra de la impotencia.

Milena murmuró un sí. Su madre la obligó a repetirlo en voz alta. Tenía la mano de su madre encima del hombro, empujándola hacia su padre que estaba enfermo y olía. Los dos querían algo de ella y ella no era capaz de saber lo que podría ser por mucho que ella deseara darlo. Quería darlo siempre y cuando no la forzaran.

«El futuro —pensó la que estaba recordando—, quieren una promesa para el futuro».

—Dale un beso a tu padre —le dijo su madre.

Él olía y estaba mojado y además ya no era su padre.

—Milena, no seas mala. Tu padre quiere darte un beso.

Había algo horrible en la voz de su madre. No era la voz de su madre. Su madre también podía convertirse en otra persona. Milena sintió cómo la mano que estaba apoyada en su hombro se convertía en una garra. Tenía miedo. Iba a echarse a llorar en cualquier momento y eso estaría muy mal. Se inclinó hacia delante sacando los labios para rozar brevemente la mejilla de su padre. Pero él tiró de ella con el brazo y su madre la empujó con la mano y fue como si la cara caliente, húmeda y pegajosa de él engullera la suya y olía a cama y a enfermedad y sus labios mojados se posaron en los suyos cubriéndolos de humedad.

Milena odió la sensación. Se echó hacia atrás estremeciéndose. Por encima de todas las cosas quería secarse la cara, los labios y la frente mojados por el sudor de otra persona. Y por encima de todo lo demás, quería huir de la enfermedad transformadora. La dejaron ir y salió corriendo hacia la luz, desde la oscuridad hacia la luz del sol y hacia el jardín, hacia el aire libre.

Milena recordó haber estado de pie, en el exterior de una iglesia, hasta que le dolieron las piernas. Llevaba una ropa blanca nueva, que su madre le había hecho con una sábana. La iglesia era también blanca, era ancha y tenía poca altura y sus muros eran gruesos. Tenía una cúpula en lo más alto de una torre. Sobre el tejado había unas placas de plomo que Milena se quedó mirando y casi pudo sentir lo calientes que debían estar al sol. Le encantaba el sencillo bruñido con el que estaban acabadas. Las placas de plomo estaban hechas de metal y Milena no había visto muchas cosas de metal.

Milena le había preguntado a su madre qué eran aquellas placas y la había mandado callar. A su madre no le gustaba que le hiciera preguntas cuando había otra gente delante.

Milena empezaba a darse cuenta de que era tonta, y de que los otros niños tenían las cabezas llenas a rebosar de respuestas. Cuando ella hacía preguntas su madre parecía abatida y la mandíbula se le tensaba como con rabia. Ya entonces, cuando Milena quería hacer enfadar a su madre, le hacía una pregunta. Sabía que su madre le echaba cosas en la comida para que se pusiera enferma y así dejara de hacer preguntas.

Su madre, vestida de negro, estaba de pie junto a ella, en una posición de dominio. Le dio un tirón del brazo para que se centrara en el ceremonial del funeral, en el agujero que habían abierto en la tierra, en la caja que estaban bajando y en el hombre de negro que les hablaba.

El ceremonial era interminable y no tenía sentido ninguno. Estaban confundiendo

lo elaborado con lo importante. Había unos pájaros que graznaban volando en círculos sobre sus cabezas, una y otra vez. ¿Qué sería lo que los mantendría unidos? ¿Estarían unidos por cables que los ataban entre sí y evitaban que se separaran? ¿Por qué podían volar los pájaros y la gente no?

Los pájaros eran importantes y la luz sobre el tejado también lo era. La ciega y fiera concentración de los adultos en la caja de muerto y en el muerto agujero… rezumaban importancia. Para cuando los adultos hubieran terminado, tanto el agujero como la caja habrían dejado de tener significado. Milena sabía que la caja de muerto y el agujero negro eran su padre. Sabía que se había ido. Ella lo sentía. Lo había dicho una vez y lo dijo de corazón. No había necesidad de seguir repitiéndolo. La luz del sol caía como la lluvia y la lluvia de luz no estaba sufriendo. Milena tampoco. Eso era justamente lo que los adultos encontraban terrible.

Su madre, exasperada, le dio otro tirón del brazo. Estaban bajando la caja. Más murmullos y agua rociada. Milena contempló la luz en el agua. Era bonita. Era como su regadera de resina. Era como si su padre se hubiera convertido en una planta a la que hubiera que cuidar.

—Ella no lo entiende —susurró la madre de Milena dando explicaciones, disculpándose.

Milena, el bebé, sintió un retortijón de rabia sorprendentemente violento. «¿Cómo que no lo entiendo? Lo entiendo tanto como tú, lo que pasa es sencillamente que lo entiendo de distinta forma».

Pero aún le quedaba mucho más por aguantar. El suelo estaba abombado. Los aldeanos se fueron adelantando uno a uno a decir que lo sentían y a estrechar la mano de su madre y a inclinarse sobre Milena y decir alguna falsedad. En realidad, ninguno de ellos conocía a la familia de Milena. Para ellos la familia de Milena eran extraños, gente misteriosa que vivía ahí arriba en una colina aislada. Uno de ellos llevó a Milena y a su madre en carro, pendiente arriba, de regreso a casa. Milena se sentó en la parte de atrás entre sacos de grano, deseando que los adultos desaparecieran. Quería quedarse sola en su mundo.

Finalmente el carro las dejó, su madre entró en la casa a cambiarse y Milena se quedó en el jardín, delante de una verja tras la que había un campo.

Junto a la verja, había un árbol cuyas hojas resplandecían con la luz del sol y que tenía el tronco plagado de profundas grietas. Tenía las ramas en flor y su aroma era como un hilo que ligara todas las cosas.

Milena y el árbol estaban uno junto al otro, balanceándose como si fueran a escapar.

Entonces, oyó una voz:

—Tilo —dijo la voz refiriéndose al árbol, y todo pareció oscurecerse como si el

sol se hubiera metido detrás de una nube—. *Tilia platyphyllos* —insistió, encajonando al árbol en un marco científico.

Unas inquietantes mujeres vestidas de blanco habían estado yendo a visitarlas y le habían hablado en voz baja a la madre de Milena. Y siempre que venían las enfermeras, aparecían las voces. Era la madre de Milena quien dejaba que le hicieran eso, había entre las dos una guerra fría.

Milena cerró los ojos y buscó a tientas en la oscuridad, como si fuera ciega, hasta que los tocó. Los virus estaban calientes y resultaban molestos, eran una herida abierta. Ella los dispersó. Saltaron como si quisieran liberarse. Ella los silenció y se quedó con los ojos cerrados, esperando a ver si volvían a intentar hablar otra vez. Los virus eran capaces de oscurecer el mundo con palabras. Para Milena no era como si se estuviera salvando ella, sino como si estuviera salvando al mundo.

Volvió a abrir los ojos lentamente.

Fue como si el mundo y ella salieran arrastrándose de su escondite. El sol salió de detrás de la nube y brotaron los colores desde el corazón de todas las cosas. Todo se revistió de luz, como si tuviera halo. La luz entraba y salía de todas las cosas. La luz, al igual que el tiempo, se movía en dos direcciones a la vez, dando lugar a un intercambio entre todas las cosas. La luz, el peso y la misma conciencia, parecían atraer hacia sí a todas las cosas a ritmo constante. Los árboles, la hierba, la verja de madera, estaban todos orientados hacia Milena porque los estaba mirando. Parecieron acercársele. El tilo se inclinó hacia el campo, hacia ella, con todo su peso. El mundo resplandeció en silencio.

Y fue como si su padre se pusiera de pie junto a ella sigilosamente. Él parecía surgir de la luz y del silencio. Parecía que fuera tan pesado y tan silencioso como el tilo. Y parecía que él también se inclinara hacia el campo y que dijera: «déjame ir, Milena».

El campo estaba prohibido. No era seguro. En uno de los extremos se volvía escarpado y se abría hacia un bosque. En el lindero se alzaba una hilera de coníferas bien erguidas, que daban la impresión de colas de ardilla dispuestas a echar a correr.

Milena no creía que no fuera seguro. Se puso de puntillas y giró el picaporte. Se levantó viento y la puerta se abrió sola.

Unos pájaros alzaron el vuelo hacia el cielo, desde los árboles. Las altas hierbas del campo se mecieron como si estuvieran haciendo señas. Fue como si Milena y su padre avanzaran hacia el mundo. Fue como si su padre fuera el viento.

El viento pareció arrastrar luz y sonido con él. Se alzaron los sonidos de la hierba y de los árboles, espantando a los pájaros y alcanzando las nubes que derramaban luz y abrían caminos de polvo y niebla y todo desprendía calor, el aliento, el canto de la tierra. Fue como si el alma de su padre hubiera sido liberada. Pareció irrumpir en el mundo y expandirse como si los elementos que lo componían hubieran sido

finalmente desatados para que se reincorporaran al mundo.

Milena se echó a correr colina abajo como si corriera con su padre, con la torpeza de sus primeros pasos tan cercanos al suelo, ganando velocidad paulatinamente. Corría mirando hacia arriba y extendió los brazos chillando de mareo por lo rápido que estaba girando el mundo. Cuando se cayó, sintió que la hierba tenía brazos que se abrían para agarrarla. Como si la hubieran cogido entre risas y la hubieran mantenido sujeta.

—«*Svoboda*» —dijo la tierra.

—¡Milena! ¡Milena! —gritó una voz tras ella.

Tuvo miedo, como si unos monos alados se abalanzaran sobre ella.

Milena sintió que la levantaban del suelo, que la arrancaban del él, y la hierba pareció estirarse hacia ella cuando se quedó cabeza abajo como si fuera ingrávida. No quería mirar, no quería ver la cara de su madre.

Su madre le pegó. Una cosa nueva. Le pegó en el culo, ese sucio lugar de indignidad y vergüenza y ella aulló ante esa nueva y terrible cosa. Chilló y se puso derecha. Su madre le habló con una voz envenenada y llena de odio. La tenía sujeta por su pierna blanca y le sacudió el zapato blanco frente a la cara. Había hebras verdes de hierba en los zapatos y en los pantalones. Intercambio. No es de esperar que te puedas mover por el mundo sin que éste te toque. ¿Qué tenían de malo las marcas de hierba? Al menos, la hierba no le había pegado nunca.

Milena fue levantada por encima de la valla como por un ciclón y volvió a ser depositada en su lugar, al otro lado de la verja. Su madre entró también y cerró, obstaculizó el paso. Milena no veía más que las marcas en sus pantalones. Le dieron otro tortazo en el culo y la sacudieron por los hombros. Se le taponaron la boca y la nariz cuando chilló horrorizada y cuando la obligaron a mirar a su madre contra su voluntad. Ella la miraba con la crueldad de un niño.

Luego estaba aquella cosa alta y gris cuyo cuerpo funcionaba de manera totalmente distinta al de Milena y que era todo aristas y ángulos. Cuando se movía, había un momento de náusea, de mareante vacilar. Estaba tomando una decisión. «¿He avanzado ya hasta el futuro o sigo todavía en el pasado?».

¿Dónde está mi Ahora, dónde?

Nunca llegó a ubicarse realmente. Suele parar, empezar, volver a parar, revoloteando adentro y afuera del tiempo como entrando y saliendo de él y no aterriza del todo en el Ahora.

Como si fuera un sueño en el que lo peor está a punto de suceder pero es inevitable, el bebé se puso a mirar hacia arriba, siguiendo las secas paredes de las piernas, el jersey lleno de bolitas con las extensiones de las mangas para aquellos brazos como patas de araña. ¡Y las manos! Estaban travesadas por infinidad de venas que eran como ramificaciones internas. No eran rellenitas ni suaves ni agradables ni

acogedoras. Tenían la piel áspera y marrón, como si hubieran criado una concha. Aquellas manos parecían cangrejos hambrientos que estuvieran trabajando.

Luego llegó arriba, a la cara.

Y la niña Milena encontró la desolación que había en ella y volvió a estallar en llanto y en gritos de terror.

La cara estaba arrugada y tensa, huesuda y salpicada de sequedad y lápiz de labios. Tenía los ojos muertos, como si estuvieran cubiertos por una máscara. Lo único que se podía ver en ellos era la pérdida desconcertante, la sensación de impotencia y de pérdida, de pérdida y tristeza. La carne colgaba rendida tras la batalla contra sí misma y contra el mundo y se echó a temblar como los árboles.

Y la madre de Milena se agachó de pronto como intentando volver a ser niña de nuevo y como si ella fuera una niña necesitada de consuelo. Las manos de cangrejo rodearon la espalda de Milena y la empujaron hacia ella. Milena sintió cómo le resbalaban las lágrimas por sus inocentes mejillas y cómo su madre temblaba con un abandono que escapaba a su comprensión.

Milena percibió la extraña e intrincada maraña que era su madre, sintió la indescriptible pérdida y se echó a llorar también, por todo: por su madre, por su padre, por el amor y el dolor y la lucha que había entre ellas y por el mundo. Más allá de la valla, los campos seguían resplandeciendo. La puerta había quedado sellada.

—Se titula —dijo Milena la directora—. «El Ataque de los Cangrejos Monstruo».

Estaba sentada en la oficina del Guardián del Zoo, muy pendiente de su traje gris nuevo. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre unas bolsas rellenas y se le formaban bolsas y arrugas en las rodillas de sus pantalones nuevos. Se preocupaba por las imperfecciones de la tela y se preparó para las reacciones de la gente que la rodeaba.

Todos la miraron, con los rostros inexpresivos. Ellos estaban también sentados en unas bolsas. Esas bolsas se llamaban Peras y las personas tenían forma de pera, peras sobre peras, con las redondas y prominentes barrigas sobresaliendo.

Una mujer de huesos largos estaba sentada de lado frente a Milena. «¡Moira Almasy!», pensó la que estaba recordando, aún sobresaltada por el cambio que había observado. El pelo de la mujer parecía menos gris y su cara menos arrugada, como si acabara de recuperarse de una enfermedad. Era más joven.

Milton el ayudante servía el té en unas tacitas sobre las mesas lacadas. Las tazas traquetearon y Milton se disculpó con una sonrisa. El Ministro estaba sentado en una esquina, ya era una presencia escasa pero formal. Tenía los ojos cerrados y estaba totalmente quieto, con las manos apoyadas en las rodillas flexionadas.

«Valor, Milena», se dijo la directora.

—La ópera trata de… —dudó—, trata de una invasión de alienígenas del espacio

exterior. Parecen cangrejos pero pueden hablar. Bueno, cantar. La idea proviene de un viejo vídeo que vio Thrawn McCartney.

A las Peras se les quedaron las caras cuajadas de horror.

—A la gente le gusta la basura —dijo Milena—. De hecho, la necesitan. La basura es divertida, inofensiva y no genera reivindicaciones. La gente está hambrienta de basura porque hasta ahora todo ha sido demasiado de buen gusto. Creo que si lo consultaran con el Consensus, les diría lo mismo.

Milena la directora miró al Ministro, que permaneció quieto, sin mover un músculo.

—Lo mejor sería dejar que el Consensus hablara por sí mismo —advirtió Moira Almasy.

—¿Qué otros beneficios sociales le atribuyes a esto? —preguntó uno de los hombres del círculo—. Aparte del hecho de que sea… ¿cómo le has llamado?, ¿basura? —Tenía una expresión abierta y agradable, una amplia sonrisa y un flequillo que le caía sobre la frente. Charles Sheer.

«Tú no eras tan malo, Charles —pensó la Milena que estaba recordando—. Sólo es que tenías otros proyectos que promover, querías que el dinero se destinara a otras cosas. Tú no creías que yo tuviera talento y probablemente tenías razón».

—En primer lugar —dijo Milena la directora—, ninguno de los actores utilizará virus. Esto debe quedar bien claro. La gente va a asustarse mucho de los virus…

Hasta ahí, era la parte fácil.

—… Y en segundo lugar, será de gran ayuda para la gente en cuanto a sus sentimientos de… —se detuvo para buscar la palabra adecuada— recelo hacia los chinos.

Milena sintió cómo la habitación se quedaba totalmente quieta, congelada. Charles Sheer se puso a resoplar. Pero ésa es la verdad, ¿no, Charlie?

—Creo que hay muchas personas de ascendencia británica a las que no les gustan los chinos porque se sienten superados por ellos. La basura hace que la gente se sienta bien. En fin. Esta basura… —hizo una pausa para recuperar el aliento y los ánimos—, este trabajo será llevado a escena siguiendo los cánones de la ópera china clásica. La música y la danza serán las propias de la ópera china clásica.

—¿Y los cangrejos también? —preguntó Charles Sheer.

Moira Almasy estaba empezando a sonreír.

—Por supuesto —dijo Milena—. En la tradición clásica encontramos numerosos precedentes de monstruos gigantes que cantan, como dragones, por ejemplo. De hecho, la nave espacial tendrá el aspecto de un dragón chino y aterrizará en el patio central de la Ciudad Prohibida. Todo ello, con hologramas que creará Thrawn McCartney. Nadie ha hecho hologramas a tal escala hasta ahora, ni desde una distancia tan grande. Proponemos que el escenario principal se monte en Hyde Park,

lo que nos permitiría explotar al máximo las posibilidades de la nueva tecnología de creación mental de imágenes —Milena tosió—. El espectáculo tendrá un gran valor por la curiosidad que despertará.

—Señorita Shibush, estoy impresionado —dijo Charles Sheer—. Se ha superado usted a sí misma. Esto hace que sus esfuerzos para llevar a Dante al escenario me parezcan prácticamente verosímiles.

«Ésa es la idea principal —pensó Milena—. Nos entendemos mutuamente, Charlie. También existen vínculos entre los enemigos».

El Ministro permaneció sentado, inmóvil, como si el universo entero girara en torno a él. Las pantallas hessianas mostraban trazos verdes, lengüetas de dibujos animados que exponían un mensaje completo. Las pantallas estaban cubiertas de puntos negros de polvo.

«Para ustedes, los guardianes del Zoo, todo debe resultar útil y servir a un propósito elevado. Para ustedes, todo debe formar parte del constructivo esquema social. Lo que es yo, lo estoy haciendo todo por Rolfa, y ¿qué es lo que quiere el Consensus?».

—Esto enlaza con lo que antes estábamos hablando —dijo Moira Almasy con suave y queda voz.

Y alrededor de ellos, los dibujos animados se desintegraron lentamente.

—Voy a hacer un jardín —dijo Thrawn McCartney poniendo voz supuestamente de niña.

Había una máquina nueva que extraía imágenes de la cabeza de la gente y las convertía en luz. Se le llamaba Tecnología de Reforma. Había surgido a raíz de la Restauración.

La luz de la habitación de Thrawn McCartney resultaba confusa, desordenada. Flotaba en corrientes de distinta densidad que, como el agua y el aceite, no llegaban nunca a mezclarse. Una orquídea recordada vagamente adoptó una forma borrosa y se unió a un arbusto cuyas ramas parecían serpientes. Las ramas se retorcían sobre sí mismas y de repente de congelaron. Tanto ellas como la orquídea permanecieron suspendidas un momento y luego se disiparon, cayeron en el olvido. Proliferó la hierba como un huevo que se va escalfando lentamente, como una mancha verde difusa. Había un seto de cuya masa sobresalían unas cuantas hojas. El cielo lucía con los imposibles colores del atardecer.

«Quiero salir de aquí», pensó Milena la directora. Estaba de pie junto a Thrawn en una especie de centro en el que no había color, en un punto de mira. No había aire ni sonido y la imagen no era clara. «¿Esto es todo lo que eres capaz de recordar de los árboles y las plantas? —pensó Milena—. ¿De verdad no eres capaz de ver algo más claro que esto?».

Milena se dio cuenta de que le resultaba prácticamente imposible ser sincera cuando estaba con Thrawn. Esbozaba una sonrisa de tolerancia cuando lo que realmente sentía era rabia. Solía halagarla para apaciguar los ánimos y había llegado a sentirse frustrada consigo misma. Se preguntaba por qué no podía hablar con ella.

Thrawn colocó una imagen de sí misma en el jardín. Al menos, había algo que podía ver con claridad, pero no era tal y como ella era en realidad. Esta Thrawn era alta y esbelta y llevaba un vestido blanco inmaculado. La cara había sido sutilmente alterada. Ahora era preciosa y estaba del revés, era una imagen especular a la que le habían quitado los defectos.

¡Qué criatura tan etérea era esta Thrawn, ligera como una pluma, incorpórea! Los correosos y maltratados tendones del cuello habían desaparecido junto a la desesperada y famélica mirada. Esta era la razón por la que Thrawn no comía nunca, porque pensaba que podría convertirse en esta criatura. La criatura bailó como lo hace una bailarina, se inclinó con los brazos como cuellos de cisne.

—Esto sí que es precioso, ¿no te parece precioso? —preguntó Thrawn.

El problema de no ser sincero es que requiere un poco de dotes teatrales. Y Milena no las tenía. Se retorció dentro de su invernal jersey acolchado.

—Sí, se te ve con bastante claridad —dijo.

Thrawn se dio cuenta.

—Esta tecnología es nueva, ¿lo sabías? Nadie había hecho esto antes.

—¡Ah, ya lo sé, ya lo sé! —dijo Milena como si lo de antes no hubiera contenido ni una pizca de crítica.

—Anda, pruébalo tú, venga —dijo Thrawn cogiendo a Milena por los hombros y colocándola frente al Reformador.

Había que ponerse de pie frente al punto de mira. Milena sintió que algo salía de su cabeza, como si justo en el centro de su mente se hubiera ido la luz y ahora estuviera dentro de la máquina.

—No te asustes —dijo Thrawn con los brazos cruzados y sacudiendo la cabeza con pena por la pobrecita Milena—, sólo intenta imaginarte algo y a ver qué sale.

Milena estaba alerta, consciente de sus propios actos, como le sucedía siempre en presencia de Thrawn. Le costaba imaginar, así que en lugar de eso, intentó recordar algo.

Un jardín.

Recordó un día de otoño, el olor a tierra mojada y a hojas secas, unos gansos que pasaron volando y unos patos que revoloteaban metiendo los extremos de las alas en el agua. Recordó el agua y los rosales con sus hojas moteadas y las últimas rosas estropeadas por la menor duración de la luz del día.

Recordó a Rolfa en los Jardines de Chao Li y la rosa que Rolfa cogió para ella. Lo que le chocó el hecho de que Rolfa hubiera violado la ley. Recordó el peso de la

rosa cuando se balanceó en su mano y el pinchazo de sus espinas en los dedos. Recordó aquella única y redonda gota de rocío que captaba la luz.

Y de repente, la *rosa mundi* estaba en la habitación y la llenaba con sus abundantes y moteados pétalos rosados que se curvaban en el extremo tornándose marrones pero eran suaves y ligeramente ondulados cerca del centro. Se balanceó un momento y luego alcanzó el equilibrio.

Hubo una avalancha de flores, como si algo se hubiera liberado de repente. Milena no supo si se las estaba imaginando ella o si era que estaban en la habitación. Lo que veía y lo que se imaginaba eran una sola y única cosa. Era capaz de sentir cómo partían de su mente como si alguna fuerza viva estuviera expulsando flores, creándolas. Revolotearon por la habitación lentamente, como un caleidoscopio de flores que gira y muestra flores, diferentes todas ellas.

Había una guirnalda de flores de tila en verano, en la que cada una de las flores giraba como una estrella. Había malvarrosas abiertas sin sus largos tallos, que lucían sus morados y sueltos pétalos y azucenas que se asomaron al unísono con sus manos blancas sujetando los amarillos estambres. Estaban mezcladas con flores de tabaco y coronadas de espinosos y blancos acantos.

El caleidoscopio giró y apareció sobre ellas un tumulto de ramas al viento que se podían ver desde diferentes perspectivas, todas a la vez y entremezcladas, fragmentadas como un Picasso, alzándose hacia un cielo azul que había tras ellas, y que conducía al paraíso. Sorprendentemente las ramas también bajaban, como si la tierra fuera el cielo, y entraban en la tierra y en las nubes. El agua de las nubes las alimentaba de alguna forma. La hierba se movía en oleadas al viento. Al prestarle atención, la hierba se acercó. Cada una de sus células fue iluminada y se vio que había una vibrante actividad dentro de todas ellas. Un verde movimiento de proteínas que entraban y salían de sus estructuras internas. Había escarabajos tan relucientes como piedras preciosas, paralizados bajo la luz, esperando a que les fuera arrebatada. Había una fina corteza de tierra de la que nacían unas pequeñas y temblorosas criaturas de color magenta suave. Y los verdes tallos del rosal se alzaron hacia el sol como escaleras.

De pronto, Milena se encontró dentro de la gota de rocío, dentro del foco de luz, en el que la luz quemaba ligeramente, se aferraba a la vida y nadaba en ella. La lente que formaba la superficie de la gota de rocío puso el mundo del revés y apareció reflejada en ella una cara. Era una cara humana de piel morena y ojos negros y líquidos y también con una sonrisa. La cara iba a hablar…

Recibió un empellón y todo le fue arrebatado con una sacudida.

Miró aturdida a su alrededor y se encontró en una habitación bastante pequeña y desordenada con las paredes de Arrecife de Coral.

Thrawn estaba mirándola fijamente, indignada.

—No tenía ni idea de que fueras horticultora —dijo con tono cáustico y con gesto de amargada. Tenía la cara desencajada de miedo. El pecho le subía y le bajaba con una respiración furiosa—. Este equipo es mío. ¡No lo monopolices! —dijo en voz baja.

—¿Cuánto tiempo he estado ahí? —preguntó Milena aún confusa tras haberse separado de sus flores.

—Cuánto tiempo no es lo que importa. Te dejo que uses un equipo frágil y nuevo y lo tratas como… como… como —Thrawn sacudió la cabeza como si no encontrara palabras para expresarse.

«Lo he hecho mejor que ella —pensó Milena—. Dios mío, está enfadada porque lo he hecho mejor que ella».

Su reacción fue intentar pedirle perdón:

—Oye, lo siento si le he hecho algún daño.

—No sé si lo has estropeado —dijo Thrawn, que se derrumbó y se echó a llorar —. ¡Mi preciosa máquina nueva!

«¿Por qué he dicho eso? —se preguntó Milena—. ¿Por qué le he dado pie? ¿Y por qué me estoy disculpando?».

—Venga, vamos a ver primero si se ha estropeado. ¿Se ha estropeado? ¿Qué podría haberle pasado?

—No lo sé —admitió Thrawn secándose la cara furiosamente—. Pero te has explayado como si estuvieras furiosa con el aparato o algo.

—La verdad es que dudo que lo haya estropeado, ¿no se supone que es para eso para lo que sirve?

—¡No tienes ni idea! —exclamó Thrawn inclinándose sobre la máquina y dándole unas palmaditas. Tenía un espejo por fuera que le devolvió la imagen de su devastado rostro—. Escúchame —dijo poniéndose en pie y respirando hondo como si estuviese siendo tremendamente tolerante y estuviera intentando controlar su ira—. Esto consiste en algo más que en meterte hasta el fondo en la máquina. ¡Objetivo! ¿Acaso sabes algo de objetivos? ¡No tengo ni idea de lo que pretendías demostrarme, pero era un caos absoluto! Los árboles estaban boca abajo y había flores por todas partes, ¿se supone que eso es un jardín? Necesitas un poco de disciplina, Milena.

La mujer que se jactaba de ser salvaje se quedó mirando ansiosamente a la máquina, sujetándose el pelo hacia atrás. Sacudió la cabeza y dio un paso colocándose sobre el punto de enfoque. Intentó imaginar algo y lo único que sucedió fue que en la habitación en la que estaban la luz subió en intensidad y volvió a bajar. Fue como si los muebles, las paredes y el desolador vacío de aquel lugar, se derritieran.

—Creo que sí, ¿sabes? —dijo Thrawn con voz chirriante—. ¡Creo que te has cargado el objetivo!

—¿Por qué no miras algo de la habitación, algo real, a ver si aparece? —sugirió Milena.

Thrawn se volvió hacia ella con los ojos echando chispas.

Entonces Milena se duplicó en la habitación. Estaba de pie en el suelo, perfectamente colocada. Incluso se proyectaba una sombra suya sobre la gastada alfombra.

—Bien —dijo Milena para calmarla—. Al equipo no le pasa nada.

—Sólo les pasa a las personas que se meten en él —dijo Thrawn y de repente la imagen de Milena se puso boca abajo.

Esta vez, era la imagen de una Milena regordeta y los michelines de las caderas le colgaban para abajo, hacia la cabeza. Le salía una lengua del tamaño de la de una vaca y tenía los ojos en blanco. Se puso a dar brincos sobre su cabeza por toda la habitación.

—¿Lo ves, Milena? Se trata de saber colocar la imagen exactamente donde uno quiere. Se trata de una capacidad profesional de la que tú sencillamente careces. De verdad que resulta patético ver cómo pretendes introducirte en un área profesional sin tener la más mínima formación, como si no pudieras reconocer ni por un momento que haya alguien que pueda ser mejor que tú.

—Estás hablando de ti misma —dijo Milena con total tranquilidad.

Volvió a mirar hacia ella. De repente, Milena se quedó ciega.

—Puedo extraer la luz de cualquier punto de esta habitación —dijo Thrawn desde la más profunda negrura—. Puedo Reformarla o colocarla en cualquier otro sitio. En este preciso instante, toda la luz de tus ojos está dirigida hacia el exterior de tu cabeza y estoy quitándola exactamente de tu retina.

Milena movió la cabeza. Hubo un parpadeo de luz y de nuevo oscuridad.

—A eso me refiero con enfocar, Milena.

Milena volvió a moverse y esta vez la oscuridad la persiguió.

—Evidentemente, también podría sacar toda la luz que hay en esta habitación y concentrarla en tu retina. —La habitación volvió a la normalidad. Thrawn estaba de pie con los brazos cruzados y la mandíbula tensa—. Claro, que eso te la quemaría —dijo cortante—. Ahora, sal de aquí y que no vuelva a verte enredando en mi equipo nunca más.

—No es tu equipo, pertenece al Zoo.

—Pertenece al Zoo —repitió Thrawn haciéndole burla—. Pertenece a quien lo utilice y a quien se responsabilice de él y ésa soy yo. ¿Te ha quedado claro?

—Cuando te pones así no hay quien hable contigo —dijo Milena dándose media vuelta y huyendo de allí.

Con el corazón al galope, cerró la puerta morada tras de sí. Sólo percibía su propia rabia cuando se alejaba de Thrawn.

—Ya está, Thrawn —le dijo a la puerta morada—. Ya está, lo has conseguido. En cuanto terminemos con este espectáculo, buscaré a otra persona. No hay razón alguna para que te aguante cosas que nadie te aguantaría.

Milena se dio media vuelta y se echó a correr escaleras abajo, haciendo con los pies todo el ruido que pudo. «Esa máquina nos pertenece a todos, habrá otra gente que aprenderá a utilizarla, y justo al siguiente espectáculo estás en la calle, despedida».

Ese pensamiento la calmó hasta que llegó a la calle.

—¡Eh! —dijo un Crío frente a ella, mostrándole unas bufandas rojas.

—No —dijo Milena.

El Crío la persiguió. Estaba gordo y mugriento e iba envuelto en prendas de lana. Tenía una voz aguda y penetrante. Milena no hubiera sabido decir cuál era su sexo.

—Mira, una bonita bufanda, preciosa bufanda para la señora y muy barata y muy caliente para el invierno.

—¡Lárgate! —gritó Milena apartando la mano con que la rozaba ligeramente.

«¡Por Marx y Lenin! ¿Es que me ven venir de lejos?». Miró al chiquillo con furia, sintiendo aún el latir de su corazón.

El niño se encogió de hombros y le dijo:

—¡Anda y congélate! Y págalo con otro.

El chico se dio media vuelta y echó a correr como alma que lleva el diablo. Unos caballos pasaron al trote haciendo ruido con los cascos. Milena se sintió aún más pequeña y débil.

«Acaban de amenazarme con quemarme los ojos —pensó Milena tiritando febrilmente y notando que se le saltaban las lágrimas. Se quedó plantada en la calle con una mano en la frente—. ¿Cómo he podido permitírselo? ¿Cómo es posible que me quede aquí sin hacer nada? Lo que le está haciendo falta a ésta es una Lectura».

Siguió caminando, aun clavando los pies en la acera. «No pensé que diría esto alguna vez, pero lo que necesita es una Lectura que la limpie para que pueda empezar de nuevo como un ser humano decente. Y yo también necesito una Lectura, por haberlo permitido. ¿Por qué? ¿Por qué lo haré?».

Las dos formaban una maraña, enredadas entre sí.

El camino de vuelta a la Shell fue largo. El sol brillaba alegre, limpio y frío.

«En fin —pensó Milena consolándose—, al menos he descubierto una cosa, que tengo un don. Nunca pensé que tuviera un don. Tan sólo uno pequeñito: soy capaz de imaginar flores».

La hermana Bulto olía a salvia y a romero. De sus paredes salía un árbol de pimienta cuyas ramas se movían con la corriente de aire. El Bulto tenía la capacidad de dar órdenes a sus propios genes para que produjeran otras formas de vida a partir de sí

mismo, de su memoria. Hacía crecer hierbas de jardín o carne de pollo y también rezumaba jugo de naranja.

—¿Le apetece tomar algo para beber, señorita Shibush? —le ofreció Mike Stone, el astronauta.

—¡Ah! No, no se moleste, por favor —dijo Milena avergonzada.

Le había vomitado por encima y le había dislocado un hombro y encima era así de amable con ella. «Si al menos no fuera tan educado, si se enfadara, no me resultaría tan violento».

Mike Stone seguía sonriéndole, parecía que tenía tensos hasta los dientes.

—El sistema circulatorio funciona de manera distinta en situación de ingravidez —le dijo—. A veces se puede llegar a un estado de deshidratación, así que es recomendable ingerir bastantes líquidos.

Milena cedió:

—Vale, gracias, me encantaría tomarme un whisky.

—Me temo que no puedo ofrecerle bebidas alcohólicas —dijo él sin que su sonrisa cambiara un ápice—. ¿Qué tal un zumo de naranja?

—Sí, sí, eso estaría muy bien —dijo ella—. Gracias.

—Chachi pirulí —dijo Mike Stone.

¿Chachi pirulí? Milena empezaba a verle el lado gracioso a la situación. La verdad es que había sido toda una presentación. «Dios mío —pensó—, me voy a echar a reír. Me va a entrar uno de esos ataques incontrolables de risa tonta y no voy a poder parar de reír».

Fue una profecía autocumplida. Se quedó contemplando a Mike Stone, la forma en que se movía. Era muy alto y delgado, tenía las caderas prominentes como una percha y sus músculos parecían estar demasiado tensos, como las cuerdas de un piano. «Había escuchado que los americanos eran estirados —pensó— y desde luego, a éste parece que lo plancharan todas las mañanas». Era tan perfectamente correcto, exquisito y amable, que Milena sintió que se le tensaba la cara.

Levantó el vaso de zumo de naranja y lo bendijo:

—Que el señor nos haga sentir profundamente agradecidos por lo que acabamos de recibir —dijo mirando a Milena con la absoluta seriedad de que sólo los niños son capaces—. El vino es la sangre de nuestro Salvador. No debemos tomarlo fuera del rito de la comunión.

—¡Ah! —fue todo lo que Milena consiguió decir. Cogió la bebida que él le tendía, con los brazos balanceándose como aletas bajo el agua, a causa de la ingravidez. «¡Pobre hombre! —pensó a punto de estallar en carcajadas—. Pensará que me río de él y de su religión». Se giró un poco, para esconderse de él. Miró a través de la ventana viviente, hacia la tierra que estaba ahí abajo.

Era beige y descolorida, con blancas planicies y azules montañas, decoloraciones

como manchas seniles y cañones secos como las patas de un cuervo. El Bulto estaba orbitando sobre un desierto que se movía bajo ellos, desplazándose lentamente.

Milena se puso a pensar en producciones y hologramas. Pensó en Thrawn McCartney y ni siquiera eso consiguió hacerla ponerse seria. Todo le daba ganas de reír, todo le parecía gracioso. Había dejado atrás todo el peso de su vida.

—¿A que es precioso? —dijo Mike Stone. Milena lo vio de refilón acercándosele como un pato, como si estuviera caminando sobre hielo pulido. Parecía un pingüino crecido—. Al mirar por esa ventana digo «Aleluya».

—¿Hum? —dijo Milena sin atreverse a hablar.

—Dentro de cinco minutos sobrevolaremos el monte Ararat y desde aquí arriba se ven claramente los contornos del arca de Noé.

—¡Humm! —dijo Milena tratando de parecer impresionada.

—Por supuesto que el monte Ararat estuvo sumergido durante la mayor parte del Diluvio Universal. Ya se sabe que el Diluvio Universal llegó hasta los dos tercios de la montaña más alta, así que si el Everest mide 8840 metros de altura, el Diluvio alcanzó los 5893,32 metros, lo que casi coincide con la altura del Ararat. ¿Cree usted en la reencarnación, señorita Shibush?

—Mmmm mmmm —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—Yo tampoco —dijo él, y se puso a sorber leche por la pajita—. Los baptistas posmilenarios no creemos en ella. Pero tengo una idea que me gustaría compartir con usted. Si Noé fue el único superviviente del Diluvio, todos provenimos de él, así que tendríamos que tener sus recuerdos almacenados en nuestro subconsciente colectivo. Son muchas las ocasiones en las que me siento en esta nave y me siento como si fuera Noé. Si hubiera otro Diluvio Universal podría repoblar la Tierra haciéndola crecer a partir de Cris con ayuda de mi memoria.

—Mmmm —dijo Milena como si estuviera pensando seriamente en el asunto.

—Tengo que explicarme. Cris es mi Bulto, su nombre completo es *Soldado Cristiano Segundo*. El primero murió. ¿Quiere que le enseñe mi tortuga mordedora? —Mike Stone se llevó la mano al bolsillo y sacó una tortuga mordedora viva, de color ante—. Cris me la crió. Siempre he tenido una, desde que era tan pequeño como un garbanzo. —Se la acercó a Milena para que pudiera verla de cerca—. Y también intentó crearme mi antigua navaja del ejército, pero la hoja le salió blanda.

Milena tuvo que volverse hacia él, estaba inclinado sobre ella con sus inocentes ojos bien abiertos. «Es un niño —pensó ella—, estoy hablando con un niño». Estaba al límite, tenía la mandíbula apretada, la musculatura del estómago contraída y la espalda rígida. No se echó a reír, pero los ojos se le llenaron de lágrimas, lágrimas de alegría que rodaron por sus mejillas.

Mike Stone se quedó en silencio. Contempló sus lágrimas y luego miró al suelo. Estaba emocionado, no tenía palabras. Apretó la tortuga en su mano y le dijo:

—Es bueno saber que alguien te entiende.

La tortuga le dio un bocado, un rápido mordisco como el que una vez le dio otra en su infancia.

Y Milena se despertó, siendo una niña en Inglaterra.

Se despertó en su habitación del Jardín de Infancia. Su vela estaba puesta en el alféizar de la ventana, consumida y renegrida y había dejado un rastro de cera en la bandeja del desayuno. Había estado leyendo por la noche. El viejo y pesado libro se le había caído de las manos y se había escurrido entre la cama y la pared. Era verano y ahí, tras las viejas ventanas con persianas, estaba su árbol. Aquel árbol parecía saludarla todas las mañanas. Era muy alto, pero sus largas ramas eran frágiles y colgaban hacia abajo con gracia, casi como cortinas, con sus hojas resplandeciendo en distintos tonos al sol. Tenía el tronco moteado y desprendía trozos de corteza que caían como piezas de un puzle. Milena se sabía su nombre en latín porque amaba a ese árbol: *Ailanthus altissima*. Los chinos le llamaban el Árbol del Cielo.

Ya hacía calor. La luz del sol se filtraba por la ventana. Escuchó al alguien moverse tras ella y se dio la vuelta. Las dos niñas con las que compartía habitación, Suze y Hanna, seguían dormidas. Tenían unas caras tan carentes de personalidad como el arroz con leche. Una de ellas se dio la vuelta en la cama. Pronto se despertarían y Milena quería evitarlas.

Se incorporó en la cama quitándose la colcha de encima lo más silenciosamente que pudo. Ahí estaba su antigua habitación. Ahí estaban las paredes color naranja y los viejos rodapiés astillados y abultados por las sucesivas capas de pintura. Ahí estaba la vieja chimenea que ya no tenía tiro, y las urnas negras de las estufas de carbón.

Milena la niña no quería moverse. Tenía los ojos hinchados y le picaban. Había estado leyendo casi toda la noche. Quería volver a tirarse en la cama y dormir, pero si hacía eso quedaría atrapada con las otras. Haciendo una especie de pacto, alargó la mano para recoger el libro, así que si las otras empezaban a moverse, podría escapar porque ya estaría despierta.

El libro era una biografía de Einstein. Unos cuantos días antes, Milena había escuchado a unos niños hablar de él y le había molestado encontrarse con otra cosa que ella no sabía. Así que se fue al Museo y sacó aquel libro. Lo abrió y se puso a mirar las fotografías. Vio una en la que aparecía de niño. Ya tenía aquella ligera sonrisa divertida. Los otros niños le llamaban Beidermeier —tipo patoso y sincero— porque siempre les decía a sus profesores lo que pensaba. A los dieciséis años simuló sufrir una crisis nerviosa para poder salir de Alemania.

Suze refunfuñó y apartó la cara de la luz. Milena se levantó y se puso el mono que había dejado preparado en el suelo. Todo estaba dispuesto para la rápida fuga

matutina. Se puso las zapatillas negras y salió del apartamento en el que había tres dormitorios grandes en donde dormían nueve niñas. En la entrada había una pizarra en la que se escribían los turnos para las tareas domésticas, los nombres aparecían en inglés y las tareas en chino. El nombre de Milena no aparecía, la consideraban minusválida y había sido eximida de realizar tareas.

Milena bajó a desayunar sin haberse lavado. Tenía fama de que no se lavaba y daban por hecho que apestaba. Por la voz nasal con que los otros niños le hablaban deducía que aguantaban la respiración cuando estaban cerca de ella. Pero la verdad era que en el apartamento no había más que un cuarto de baño y que si se hubiera lavado cuando ellos lo hacían, hubiera tenido que ponerse en fila e intentar pensar en qué decir. Y cualquier cosa que dijera ponía al descubierto lo vacía que estaba su memoria, lo poco que sabía.

Milena bajó penosamente la escalera hasta el sótano. Los otros niños salían al exterior por la puerta principal y desayunaban a la luz del sol, pero Milena recorría el edificio hasta la planta más baja. A Milena le gustaba estar allí. La antigua manzana de mansiones había sido construida doscientos cincuenta años atrás en torno a una serie de pequeños patios de luces que estaban terminados con azulejos haciendo un diseño de rayas que les daba un cierto aspecto de cuarto de baño; pero arriba, al final del todo, estaba el cielo azul. La luz bajaba siete plantas atravesando un enjambre de tuberías y de huecos de ascensor. Era como una ciudad oculta. El Decano de la casa tenía en el tejado sus panales de abejas y Milena podía verlas ahí arriba, como pequeños puntitos negros flotando y zumbando en el aire, alzándose y bajando una y otra vez. Estaban trabajando. Milena admiraba su entrega.

Se suponía que los niños tenían prohibida la entrada a los patios de luz y a los tejados, pero asaltaban las colmenas para coger la miel y jugaban al escondite en los sótanos por la noche. Entraban riendo y corriendo en las habitaciones de las Cuidadoras que tenían que pillarlos. Sus Cuidadoras tenían trece o catorce años y ellas se reían también. Era entonces, por las noches y mientras los otros niños jugaban, cuando Milena podía quedarse sola en la habitación a leer.

Milena echó a andar intentando recordar lo que había leído la noche anterior. Le encantó enterarse de que la primera mujer de Einstein se llamaba Mileva. Habían vivido en Berna cuando él era funcionario. A él se le había olvidado la llave de su apartamento el día de su boda. Mileva era de Checoslovaquia, como Milena.

«¿No era así? ¿Checoslovaquia?». De repente, no estaba segura. Se sintió descorazonada por no ser capaz de recordar la nacionalidad de la primera esposa de Einstein. «¿Por qué no aprendo?», se preguntó dando una patada en el suelo. Era una rara, sabía que era rara y todo el mundo la trataba como a una rara. Los virus la atravesaban como un huracán, pero no dejaban nada tras de sí. Se leía los libros y era como si se evaporasen. Estaba muy desanimada. Abrió otra puerta y siguió subiendo

escalones hacia el vestíbulo.

El vestíbulo estaba lleno de mesas plegables de bambú que tenían la parte de arriba hecha de resina lisa para que fueran más fáciles de limpiar. Los días soleados toda la habitación olía a pino. Los que tenían el turno de tareas estaban todavía colocando las cucharas y las tazas para el desayuno, niños somnolientos de ocho o nueve años con los ojos hinchados que realizaban movimientos mecánicos atontados por el sueño y guiados por su entrenamiento.

Una Cuidadora que estaba sirviendo papilla de lentejas saludó a Milena:

—Buenos días, señorita Shibush.

Era la más vieja de todos, tenía dieciocho años. Milena sabía su nombre, pero nunca lo usaba.

—Eh —murmuró Milena malhumorada, como todo saludo.

La Cuidadora contempló a Milena sin lavar, maleducada. Estaba aturdida por el trabajo duro del que los otros niños y de hecho la propia Cuidadora no tenían experiencia. La Cuidadora sacudió la cabeza. Todo el personal había tirado la toalla con ella. Decían que habían dejado de rezar por ella. Y Milena estaba empezando a tirar la toalla también. No podía leer lo suficiente, estudiar lo suficiente, memorizar lo suficiente ni pensar lo suficiente para alcanzar a los demás. A los niños amables les inspiraba pena y la miraban con ojos de cordero degollado, los malos le tenían miedo. Un aspecto de su afección consistía en la capacidad de pegarle a la gente.

Milena se llevó su papilla de lentejas a una mesa vacía. Unos Críos se sentaron en otra mesa. La pandilla de los Corderitos. Billy Dan y su pequeña banda de niños de cinco años. Milena escuchaba cómo jugaban.

—Vamos a ver —dijo Billy—. ¿Qué es esto? Y recitó:

Además de la justicia, esta refinada era
Admira los destacados talentos para la escena
Pues mucho se aventura en el arte de la imitación
Quien del alba a la noche finge como un impostor

Y los otros Críos gritaron a coro la respuesta:

—¡Johnson, Samuel Johnson! Se titula *London, «London: un poema*».

Y Billy dijo con aires de superioridad:

—Escrito a la manera de…

No le dieron tiempo de terminar.

—¡La Tercera Sátira de Juvenal!

Era un juego sin sentido. Todos tenían los mismos virus, pero los Corderitos seguían sintiéndose impresionados por el conocimiento que les descargaban en la mente. Los Corderitos eran insoportables. Ponían virutas de madera o guisantes secos en las camas de los demás para hacer bromas y luego se hacían los dormidos. Había

que ocuparse de ellos, los niños de mayor edad les hacían la colada y les planchaban la ropa mientras ellos les daban órdenes e intentaban demostrarles que sabían más que ellos. «Es sólo una etapa», solían decir los mayores arrugando la nariz en un gesto propio del desdén de quien es ya casi un adulto. Los niños de mayor edad admiraban las habilidades prácticas. Se enorgullecían de los puestos del mercado que eran capaces de atender, de los acuerdos a los que llegaban al comprar o vender trastos viejos, escayola, cristal o huevos. Establecían comparaciones entre los distintos Barrios haciendo conjeturas acerca del futuro. ¿Será mejor hacerse Restaurador o Arrecifero, que levanta nuevos edificios en lugar de arreglar los viejos? ¿Y qué me dices de ser Granjero? Una bonita vida al aire libre y llena de entretenimientos, y de trabajo a todas horas por otra parte. ¿Y Resinero o Curtidor o tal vez Farmacéutico? Lo más alto era llegar a ser Médico, los Médicos eran los mejores, así que ninguno tenía la esperanza de ser Ubicado como Médico.

Estaba extendida la creencia supersticiosa de que un niño podía aspirar a una futura Ubicación y Desarrollarse en ese sentido. Su principal objetivo ahora que tenían nueve años era alcanzar lo que ellos llamaban un Chollo, una Ubicación Chollo en un buen Barrio. A los diez años serían Leídos por el Consensus y cualquier tendencia criminal o defecto de personalidad que tuvieran, sería curado. La Lectura también serviría para planificar su futuro.

Milena tenía nueve años y a finales de verano cumpliría los diez. ¿Qué clase de Ubicación iban a darle? Recogedora de Basura, seguramente. ¿Y qué tal Barrendera? Había todo un abanico de posibilidades para alguien resistente a los virus.

Milena se terminó las lentejas en silencio, disfrutando de su cremosidad. Otros niños de más edad empezaron a hacer aparición. Algunos venían en parejas, un niño y una niña cogidos de la mano, ya prometidos en matrimonio. A Milena aquello le parecía una auténtica locura. «A los diez te Leen y te Limpian y te conviertes en una persona completamente distinta. Te cambian y luego te casas con un perfecto extraño. O bien os dan distintas Ubicaciones en diferentes Barrios situados uno en cada extremo del Hoyo». Comprometerse no era más que una forma de decirle al mundo que estaban ahí, que ya estabas Desarrollado. «¿Y para qué queréis ser adultos?», pensó Milena.

Ya era hora de marcharse de ahí. Milena se levantó y cuando ya estaba en el pasillo, a medio camino, se acordó de su plato. Se suponía que cada uno tenía que coger su plato y lavarlo. Se le había olvidado. ¿Por qué no tengo memoria? Dio media vuelta y regresó a su mesa. Los chicos de la pandilla de Willy tenían los ojos clavados en ella y sonreían. Uno se echó a reír y se puso colorado. «Esa es, ésa es la torpe que no es capaz de acordarse de nada. ¿Lo veis? Se le ha olvidado el plato». Milena les lanzó una mirada de odio y ellos apartaron la vista. Le tenían miedo.

Milena agarró el plato, lo llevó al fregadero y lo lavó sin decirle nada a nadie. No

le gustaba que le tuvieran miedo, quería tener amigos. Quería tomar parte en las cosas. ¿Por qué? —se preguntaba Milena la niña—. ¿Por qué no puedo recordar? ¿Qué me pasa? No tenía ni idea de por qué los virus no funcionaban con ella. Ya se le había olvidado que tenía la capacidad de moldearlos, de rediseñar los códigos de ADN.

Corrió escaleras abajo hasta el vestíbulo y al llegar a la puerta principal la abrió de un empujón y salió a la calle sin haberse lavado todavía.

Había luz y árboles. Aquella calle se llamaba los Jardines porque uno de sus lados estaba plantado con árboles y hierba. Un enorme y gordo palomo perseguía torpemente a una hembra a lo largo de una rama. Ella se escabulló. Más abajo había un carro. Un hombre gigantesco, silencioso y solemne, estaba cargando sacos hessianos. Los iba vaciando en el carro. Estaban llenos de desperdicios.

«¿Será así mi futuro?», se preguntó Milena al verle.

El hombre sacudió los sacos y sus músculos se le iban tensando y relajando, mostrando unas bolas en los brazos. Llevaba barba y el pelo largo y greñudo. Tenía aspecto de profeta bíblico.

«¿Qué pasa si te Ubican como Transportador de Basura? —se preguntó Milena echándose a caminar jardines abajo, dejando atrás al hombre—. ¿Tal vez descubres de repente que sí, que vaciar sacos de basura era lo que deseabas hacer de la mañana a la noche? ¿Te dan un virus para que te guste tu trabajo?».

El hombre se la quedó mirando con el ceño fruncido.

«Ese hombre podría representar al Rey Lear», pensó Milena.

Había más sacos hessianos alineados contra las verjas de bambú.

Milena quería entrar a formar parte del teatro. Había hecho representaciones junto a otros huérfanos y al dirigirles era como si floreciese. ¿Había alguna posibilidad de que Milena Shibush obtuviera una Ubicación en un teatro? «Cogeré lo que sea —pensó—. Puedo fregar suelos, rellenar las lámparas de alcohol o lavar los disfraces sudados. Haría cualquier cosa con tal de estar en un teatro».

Parecía bastante improbable. Lo único que sus Cuidadoras eran capaces de imaginar que podría hacer era ser un estorbo. Pensaban que la pondrían a acarrear ladrillos o melones. Siempre que les preguntaba acerca de la Ubicación, de si era justa o por qué era necesaria, lo único que hacían era sonreír. Era una clase particular de sonrisa amarga y despectiva que parecía querer decir: «¿Todavía estás pensando en eso? ¿Sigues preocupándote por eso?».

Y no recibía respuestas. Así que Milena llegó a la conclusión de que no las tenían.

El enfado de Milena iba en aumento a medida que caminaba.

Le habían dicho que no había más libros.

¡Qué no había más libros! ¡Decir eso cuando su propio barrio estaba volcado en salvar la Biblioteca Británica! ¡Ahí estaban todos y cada uno de los libros que habían

sido publicados en el siglo veinte! Milena había oído decir eso y había encontrado la biblioteca por sí misma. Todavía recordaba la primera vez que la mandaron callar en aquellos pasillos con un ¡Chitón! Recordaba la expresión de desdén en la cara del Bibliotecario cuando le dijo:

—¿Leerlos? ¿Qué quieres leerlos? Niña, éstos son documentos históricos, originales.

Hizo falta que el Decano del Jardín de Infancia se desplazara allí para que pudiera tener acceso a ellos. El Decano era un hombre cordial y bullicioso recién entrado en la veintena y al que se le daba bien alegrar a la gente.

—Parece de chiste —le dijo al Bibliotecario—. La niña quiere leer libros. Bueno, pues mejor para ella.

Y luego le dijo algo al oído al Bibliotecario y una expresión de compasión se asomó a sus ojos. El hecho de leer libros era síntoma inequívoco de la existencia de un grave desajuste. Después de aquello, el Bibliotecario la fue consintiendo y le hablaba con una artificial voz arrulladora, diciéndole las cosas muy despacio y explicándole las cosas más sencillas una y otra vez.

Una vez que dejaron a Milena sola con los libros por fin, se echó a llorar por todo el saber que encerraban, por todo lo que la otra gente llevaba dentro de su mente y que les había sido entregado gratuitamente, como un regalo.

Entonces Milena intentó ponerse al día. Empezó a la edad de seis años. El primer libro que leyó, o intentó leer, fue *La República* de Platón. «¿Acaso recuerdo una sola palabra?».

¿Por qué le decían las Cuidadoras que ya no había más libros? ¿Por la vergüenza que sentían por su desajuste? ¿Por miedo a que leyera algo que se suponía que no debía saber? Milena desconfiaba de los motivos de las Cuidadoras. Y también desconfiaba de los motivos de los Restauradores, en cuyo Barrio vivía.

A los Restauradores les había sido entregada la ciudad vieja, el Hoyo, para que la reconstruyeran. Todo lo que quedó fuera de él había sido entregado a los Arreciferos, que trituraban los escombros y los convertían en pulcros y nuevos edificios biológicos. Pero dentro del Hoyo, los edificios públicos del siglo XVIII y los antiguos edificios art déco iban siendo restaurados paulatinamente. También estaban recreando su interior y contenido. Los Restauradores rehacían sillas, volvían a tejer las cortinas, reparaban los bordados donde estaban dañados y volvieron a levantar los antiguos tejados.

Había Encuadernadores y Tapiceros, Picapedreros y Escultores, había Expertos en pinturas al óleo y Artesanos de la madera. Había Escayolistas, Carpinteros, Herreros y gente que tejía a mano. Eran los que preservaban la Historia y vivían todos juntos en el mismo Barrio del centro de Londres.

Milena salió a dar un largo paseo. Deambuló por la ciudad como un fantasma, alimentándose de sol y de las vidas de los demás. Subió caminando hasta Euston y luego regresó andando entre los árboles de Tavistock Square, hasta Malet Street, donde estaba el principal almacén de los Restauradores. Le llamaban la Escuela. Por fuera de las enormes y grises verjas de la Escuela había una algarabía de puestos y de gente que vendía papel, pipas, zapatos, cañas… cualquier cosa que pudiera hacerle falta a la comunidad. Un Profesor de la Escuela vendía judías en grandes montones. Eran unas judías rojas y brillantes como piedras semipreciosas y el Profesor acariciaba los montones con manos avariciosas. Había bueyes atados a las verjas que se vendían a los Carreteros para el transporte de piedras y grandes vigas de madera. Un niño pequeño con un palo y un perro Collie cuidaba de los bueyes. Estaba sentado en un noray de piedra con una especie de toga sobre los hombros y fumando en pipa con la cara orientada al sol. Desde detrás de la verja llegaba el ruido y el olor a madera aserrada.

La Escuela formó parte en su momento de una universidad. Ahora era un taller y un almacén de cosas. Ahí se hacían las elegantes molduras de escayola y se cargaban cuidadosamente para su envío. Ahí se almacenaba la madera y se cortaba según medidas estándar. Ahí estaban bajo llave las ropas, los objetos de cristal, las cámaras acorazadas en las que se guardaba el oro, el plomo, el mercurio y el arsénico. Era el dominio de la Historia y de los adultos.

La Facultad de Medicina era el dominio de los jóvenes. Era donde todos los niños del Barrio, huérfanos o no, aprendían. Antaño había sido una escuela de medicina tropical, el edificio se alzaba en una de las esquinas de Malet Street. Milena se paró y se quedó mirándolo, sin ganas de entrar.

Tenía balcones a todo lo largo y ancho de su fachada de piedra gris, en los cuales relucían esculturas egipcias de pulgas, piojos y ratas que los niños mantenían limpias. Eran una de las pocas cosas que a Milena le gustaban de la Facultad de Medicina.

En la esquina de enfrente estaba el Taller Viscoso, en donde derretían herramientas de resina para fabricar otras nuevas. La señora de Viscoso estaba dándole vueltas y más vueltas en la mano a un palo de bambú para bajar el toldo que protegía el escaparate. Iba a hacer calor, y los objetos de resina podrían ablandarse y combarse. La señora de Viscoso se dio la vuelta y le dedicó a Milena una alegre sonrisa. Milena se la devolvió. La verdad es que le parecía que los adultos eran mucho más amables que los niños. En la tienda sonaba un silbido de vapor. Salió el Señor Viscoso con una máscara en la cara y las manos cubiertas con unos gruesos guantes y levantó una jarra recién moldeada. Tenía el pitorro torcido hacia un lado, así que su mujer soltó una carcajada sacudiendo la cabeza y puso una mano sobre el velludo pecho de su marido.

«Tiene que ser posible tener tu propia vida —pensó Milena— y tiene que ser

posible alcanzar la felicidad». De pronto, quiso ser adulta para tener una pequeña y bonita Ubicación y un lindo maridito. Milena quería ser como todo el mundo.

¿Qué saldría en su Lectura? ¿Un inmenso vacío de ignorancia? ¿La pondrían a cargar sacos de basura? Tal vez tenían una última carga de virus para que entraran en ella. Y tal vez la matara como le sucedió a su padre. Tal vez todo iba a acabarse. Tal vez Mami le había mentido. Tal vez su padre era analfabeto y por eso se escondían en las montañas de Checoslovaquia.

Cuando pensaba en su madre, Milena no sentía respeto. Pensaba en ella con una especie de cariño desesperado, como si hubiera sido una mujer tremendamente insensata. Venir a Inglaterra desde tan lejos para alcanzar la libertad. Como si en Inglaterra hubiera libertad. Se había juntado con los Restauradores para ver si se encontraba con el tipo de debates y discusiones que tanto la habían deleitado allá en su hogar, pensando que la gente que trabaja con los libros y con la Historia, también tendría ideas. No podía creer que fueran tan apacibles y que tuvieran tan poco interés por la vida. Había muerto de soledad. Había muerto dejando allí sola a Milena, entre los Restauradores. Milena no tenía a nadie más a quien culpar. Dio media vuelta y entró en la Facultad de Medicina.

Llegaba tarde. Eso era otro síntoma de su desajuste. Los demás tenían un virus que les daba la hora. Los otros niños ya estaban trabajando. La Facultad de Medicina estaba construida en torno a un gran patio de ladrillos. Como hacía calor, las clases se estaban impartiendo en el patio, a la sombra. Los grupos de trabajo ya habían elegido mesa y estaban dándole martillazos a un plato de bronce o cosiendo un asiento de cuero para una silla. Algunos se estaban haciendo el desayuno, unas gachas guisadas en una estufa de carbón, mientras discutían con sus padres acerca de a quién le tocaba hacer la cena.

Los niños trabajaban a su propio ritmo intentando alcanzar una meta predefinida. Las Profesoras tomaban nota de su Rendimiento. Los niños charlaban mientras trabajaban: de deportes, de ventas o de dónde conseguir ropa de algodón. De vez en cuando, una de las Profesoras les planteaba una competición acerca de un problema o lideraba una discusión. Milena deseaba haberse traído el libro para leer. Los libros habían sido escritos por personas como ella. Ella lo percibía en los cuidadosos y progresivos nexos de unión que establecían y en la simplicidad de su pensamiento.

Milena estaba en el Grupo de Desarrollo Físico, los Torpes. Todos los Torpes sufrían algún retraso mental de mayor o menor gravedad. Las Profesoras no depositaban en ellos grandes expectativas, la mayoría serían Ubicados como Porteadores. Los Torpes eran los últimos en abandonar el estadio de la infancia. No era justo enviar al mundo exterior a niños de diez años a picar piedra. Una vez Ubicados, eran criados durante uno o dos años más con ayuda de inyecciones y

ejercicios con pesas.

Milena los vio en una mesa. No había forma de confundirlos. Un par de ellos eran machos gigantescos, gordos pero altamente dependientes, bastante mansos. Iban acercándose a las mesas, con una sonrisa perenne. Sonreían esperanzados, ofreciendo al mundo su buena naturaleza hasta que su buena naturaleza resultaba decepcionada. Entonces, y sólo entonces, se volvían peligrosos.

Era con las niñas con quienes Milena tenía más dificultad para tratar y a las que más le costaba entender. Las niñas se reían de ella. Fingían una superioridad salvaje, necesitaban alguien respecto al cual sentirse superiores.

Milena tuvo la audacia de sentarse sola en el cemento, en lugar de en uno de los bancos. Los Torpes se dieron palmadas en la espalda unos a otros, riéndose.

—Milena, hay bancos —dijo una niña que se llamaba Pauline y tenía la cara plana—. ¿Estás demasiado cansada para subirte aquí?

Milena detestaba a los Torpes y detestaba tener que estar con ellos. Sabía que ella no podía aprender, pero pensaba que los Torpes eran sencilla y llanamente, tontos.

Era capaz de distinguir el defecto genético en sus rasgos, tenían los ojos hundidos y había algo de ordinario en sus bocas. Los pobres Torpes. Los virus les habían llenado la cabeza con Shakespeare y con La Corriente Dorada de la Filosofía que conducía a Chao Li Song.

La Profesora se acercó. Milena se dio cuenta de que estaba con una persona nueva, otra Profesora.

—¡Eh, equipo! —dijo saludándoles apoyando sus manos en los hombros de los niños—. ¿Todo el mundo está contento?

—¡Milena está sentada en el suelo! —exclamó Paulina con unos ojos que parecían gafas de lo gruesas que eran sus córneas artificiales.

—Tal vez esté más cómoda ahí —dijo la Profesora echándole un vistazo a Milena.

A las Profesoras les daba un poco de miedo Milena. No era capaz de aprender, pero distaba mucho de ser tonta. Solía decir cosas que los modales normalmente impedían decir. La Profesora se llamaba señorita Hazell y Milena pensaba que era preciosa. Tenía las mejillas de un morado fuerte, bronceadas, y los ojos color avellana. Milena ansiaba ser como ella y que reparara en ella.

La nueva Profesora era también muy bonita, tenía el pelo rubio rizado y estaba salpicada de pecas color magenta. A Milena se le rompió el corazón. Otra persona que era guapa, feliz y plena, algo totalmente lejos de su alcance. La nueva Profesora le sonrió y su perfecta dentadura blanca destacó junto a su piel morada. Milena se la quedó mirando fijamente con gesto sombrío.

—Equipo, ésta es la nueva Profesora —dijo la señorita Hazell. Se llama Rose Ella. Yo conozco muy bien a Rose Ella porque de niña estuvo también aquí. Creció

como Restauradora y ha sido Ubicada aquí, como Profesora, así que a todos nos encanta que esté aquí con nosotros.

La Profesora miró a Rose Ella y esbozó una sonrisa de afecto sincero, una sonrisa que hizo que Milena sintiera un anhelo desolador. ¿Cómo se hacían amigas las personas? ¿Cómo era que les resultaba tan fácil?

Entonces dio comienzo un Debate de Equipo. Era una especie de Competición de Problemas en grupo, para que los Torpes adquirieran práctica en el razonamiento. La Profesora les presentó el tema.

Los retrasados mentales, los que tenían problemas serios iban a discutir acerca de Derrida y Platón. Era un ejercicio de comprobación para ver si los Torpes eran capaces de aplicar la Corriente Dorada a sus propias vidas.

«Yo he leído a Platón y he leído a Derrida: prácticamente no entendí nada y recuerdo menos aún», pensó Milena.

—Vamos a ver, ¿a qué se refiere realmente Derrida en su artículo sobre Platón?

—¡A la escritura! —dijeron a coro los Torpes y fueron recordando a la vez las otras respuestas, ya que habían sido invadidos por los mismos virus. Luchando a contra reloj, fueron cayendo uno tras otro—. Y a la memoria, a la escritura al servicio de la memoria. A lo que tiene de malo la escritura.

La Profesora esbozó una sonrisa condescendiente:

—Lo que preguntaba en realidad era que cómo era posible que Platón soportara escribir cuando pensaba que era una actividad tan artificial. Pensaba en ello como en un conocimiento artificial al que la gente podía recurrir sin experimentar o aprender nada.

«Siempre nos hablas con superioridad —pensó Milena—. Nos haces pasar por unos aros que no tienen nada que ver con nosotros y luego sonríes con dulzura cuando nos caemos».

—Eso se parece a los virus —dijo Milena—, es igual que los virus. Platón también hubiera odiado los virus.

—Muy bien, Milena —dijo la Profesora echándose a reír—. Sí, así es, él hubiera odiado los virus. Tal y como todos sabemos, Platón fue el fundador del Eje del Pensamiento Materialista e Idealista, de los cuales se distanció la Corriente Dorada. Platón creía en los dictadores y realmente hubiera detestado al Consensus, nuestra forma de democracia.

La Profesora parecía estar encantada.

«Me he apuntado un tanto, ¿eh? —pensó Milena—. Apuesto a que les vas a contar que hay destellos de inteligencia en mi rostro».

—Yo estoy de acuerdo con él —dijo Milena.

Todos los Torpes se rieron.

—¿Entonces eres una idealista, Milena? ¿Crees que no eres más que una sombra

en la pared de una cueva? O tal vez estés en desacuerdo con Platón y seas una materialista. ¿Tal vez desees un estado materialista en el que poder elegir entre dictadura y capitalismo, o terrorismo económico? —La Profesora no perdía la sonrisa mientras volvía a la carga—. Compáralo con un estado idealista, ¿una teocracia por ejemplo?, que te digan que estás maldita y que Dios quiere que ardas en el Infierno de Dante.

Milena no era materialista ni idealista. No le había quedado más remedio que conformarse, así que se encerró en sí misma. «Pero yo sí sé a lo que se refiere Platón. Todos vosotros conseguís vuestros conocimientos a cambio de nada, sin esfuerzo alguno. No os pertenece. Yo, en cambio, tengo que luchar por cada una de las palabras. Así que tal vez yo sea la gruñona como Platón, que está enfadada porque la gente cuenta con una nueva herramienta que hace que las cosas sean demasiado fáciles».

La Profesora dirigió su atención a los otros Torpes:

—Entonces, ¿cómo puso Derrida de manifiesto la forma en que Platón resolvió la contradicción de escribir en contra de la escritura?

—*Pharmakolikon* —corearon los Torpes.

—Eso es —dijo la Profesora—, es la raíz de nuestro vocablo actual, farmacia. Drogas curativas. Lo que la gente solía llamar medicamentos, pero que en los tiempos de Platón significaba tanto veneno como cura. Así que Platón veía a la escritura como un veneno que también podía curar.

Milena recordó algo.

—Pero él no emplea el término —gritó Milena.

La Profesora dudó y dijo:

—Eso carece de relevancia.

—Derrida dice que no la utiliza ni una sola vez. Platón no llama a la escritura *Pharmakolikon*. La llama sencillamente veneno.

—¿Quiere alguien hacer un comentario? —dijo la Profesora pisando fuerte de nuevo.

Las radiantes caras se volvieron hacia Milena que seguía en cuclillas en el suelo.

—Está implícito en la cultura —dijo uno de ellos—. Puede estar en el texto sin aparecer en él.

Milena enterró las manos más profundamente aún en los sobacos:

—¿Así que Derrida puede hacer que Platón dijera lo que él quisiera que dijera?

—No, pero se toma la libertad de entender plenamente a Platón por el contexto —dijo la Profesora sacudiendo la cabeza.

La rabia surgió del interior de Milena como una gran fuerza vital.

—Yo os voy a decir por qué Platón escribió aun cuando odiaba la escritura —dijo —. Escribió porque sabía que estaba derrotado. Estaba derrotado, todo el mundo

estaba escribiendo y por eso tuvo que hacerlo él, pero no dejaba de odiarlo.

«Igual que yo odio los virus, pero me harían falta aquí y ahora para seguir el ritmo».

¿Qué Platón había sido derrotado? Los Torpes se echaron a reír. Y de qué manera. Milena había vuelto a equivocarse. Platón, la gran voz del idealismo no sólo no había perdido, sino que había fundado la corriente de pensamiento que dominó en el mundo durante dos mil años y estuvo a punto de llevar al planeta a su destrucción.

La Profesora frunció el ceño y sacudió la cabeza mirándoles.

—Recordad —dijo—, recordad, equipo, que Milena no tiene virus. Nosotros tenemos que utilizar lo que los virus nos dicen, ¿no es así? ¿Qué creemos que diría Derrida acerca de Milena?

Se hizo el silencio. ¿Así que había una respuesta correcta? Los Torpes se quedaron esperando a que se la dijeran.

—Milena habla desde su experiencia personal. Ella piensa acerca de los virus lo mismo que Platón pensaba acerca de la escritura. Está interpretando el texto a su manera que es única y personal, lo cual es inevitable, ¿verdad, Milena? Al fin y al cabo es una lectora de libros, una de las pocas que quedan, y Derrida también escribió acerca de la lectura.

La Profesora le sonrió con condescendencia y, volviéndose hacia Rose Ella, la nueva Profesora, señaló hacia Milena extendiendo los brazos, como si se la estuviera presentando. La nueva Profesora volvió a sonreír.

«Vamos, ahora a ver si consigues que yo te devuelva la sonrisa. Adelante», la retó Milena de pensamiento. Se volvió hacia la señorita Hazell con gesto severo.

—Siempre usa la palabra «recordar» —dijo Milena—, siempre dice «recordad, equipo». Nunca nos dice que pensemos.

Eso los hizo callar a todos. Los Torpes sabían que todo el mundo pensaba que eran estúpidos. Milena estaba inexorablemente decidida a no sentirse culpable por haber sido ella quien se lo recordara.

—Ése es un extenso tema de conversación, la diferencia entre memoria e inteligencia. Dejémoslo ya por hoy. Muchas gracias a todos, ha sido un debate muy fructífero. La verdad es que tengo la sensación de haber aprendido bastante.

La Profesora se inclinó sobre la mesa y se puso a discutir el proyecto individual con cada uno de los Torpes. Paulina estaba tejiendo un jersey.

—¡Muy bien! —dijo la Profesora manteniéndolo en alto.

La nueva Profesora, Rose Ella, se acercó a Milena.

—¿Estabas midiendo nuestra velocidad? No te he visto contando —preguntó Milena.

—No estoy aquí para cronometraros —dijo Rose Ella arrodillándose frente a Milena. Tenía doce o trece años. Era adulta.

—Somos demasiado lentos, ¿eh?

—Debe ser terrible para ti —dijo Rose Ella alargando la mano— ser tan inteligente y no tener memoria.

Milena puso los ojos en blanco. «Debe ser un infierno ser tan guapa y tan tonta —pensó—. ¡Déjame en paz!».

—¿Te especializaste en desórdenes del aprendizaje? —preguntó Milena.

—No especialmente —dijo Rose Ella dándose la vuelta para sentarse junto a ella en el suelo—. Cuando yo estaba haciendo las prácticas se ponía el énfasis en algo nuevo. Ya sabes, una nueva moda. Hay modas para todo.

A Milena le gustó lo que dijo. Era sincero. Parecía que la trataba con algo de respeto.

—¿Y qué es lo que está de moda ahora? —dijo Milena sintiendo que la invadía la timidez.

—La originalidad —dijo Rose Ella—. Nos dicen que busquemos originalidad y la desarrollemos. Ya no aparece nadie con algo nuevo, ni en la ciencia ni en nada.

—Así que soy original, ¿eh?

—Yo creo que sí —dijo Rose Ella—. Nunca había oído a nadie decir esas cosas de Platón.

Milena sintió que los ojos se le ponían calientes y pesados. El cumplido hizo que le diera vueltas la cabeza. ¡Estaba tan poco acostumbrada y lo necesitaba tan desesperadamente!

—¡Pues mira el bien que me hace! —murmuró Milena con la mirada fija en el suelo.

—A ti te gusta el teatro —dijo Rose Ella amablemente.

—Te han informado bien, ¿eh? —Milena deseó haber tenido algo en las manos, piel que coser o latón que pulir. Siempre tenía las manos vacías—. No sé, tan sólo me gusta imaginarme las cosas encima de un escenario. Ya sabes, disfraces, luces. Yo monto la obra de Navidad.

Milena iba a hablarle de los disfraces, de los zapatos dorados y de la cubitera de latón que supuestamente contenía mirra.

—¡Ah, sí, de eso sí que me han hablado! —exclamó Rose Ella sin darse cuenta. Se metió detrás de las orejas su pelo rubio y rizado, lo que hizo que se le abrieran hacia fuera—. ¡Tenía muy buena pinta! De verdad lamenté habérmelo perdido.

—¿Así que te han hablado de ello, eh? —dijo Milena.

Enmudeció. Había creído por un momento que era simpática. Milena se desplazó un poco, colocando las nalgas más cerca de la pared para sentarse más erguida. No le diría nada más a Rose Ella. Respondió a las siguientes preguntas con un sí o un no.

Rose Ella parecía escarmentada. Había olvidado una parte de su formación. Nunca le digas a un minusválido que ya sabías lo que te ha dicho. Milena se daba

cuenta de que la nueva Profesora estaba pensando en eso. Se daba cuenta de que estaba intentando compensarla. Rose Ella se puso a hablar de su familia. Su padre restauraba muebles y su madre era sopladora de vidrio.

—¿Has visto alguna vez cómo se hace el cristal soplado? —le preguntó Rose Ella —. Es muy bonito de ver.

—¿Qué, vislumbrando una futura Ubicación para mí? —dijo Milena.

—No —respondió Rose Ella—. Sólo es que me siento orgullosa de mi madre.

—La mía murió —dijo Milena—. Era una estúpida. Bueno, no es verdad. Pero fuimos a acabar aquí. Éramos de Checoslovaquia. Pero eso tú ya lo sabes.

—No lo sabía —dijo Rose Ella sacudiendo la cabeza.

—No me digas que se les quedó algún dato fuera de mi historial —dijo Milena.

Rose Ella suspiró. Bajó la vista hacia sus manos y luego volvió a dirigirla hacia Milena.

—No es así como funciona —dijo tranquilamente. Parecía que estaba siendo sincera—. No nos dan ese tipo de información por si acaso pudiera influenciarnos. Venga, vamos a ver cómo soplan el vidrio. Al menos así podrás salir de aquí.

«Y alejarme de los Torpes».

—Vale —dijo Milena intentando encogerse de hombros como si le diera lo mismo.

Pero los ojos le picaban. Quería estar con Rose Ella.

Milena había estado en contadas ocasiones en el interior de la Escuela. No tenía ningún amigo ni familiar que trabajase allí, así que no se sentía realmente parte de su Barrio. Rose Ella empujó los grandes portones grisáceos que parecieron desplazarse hacia atrás flotando sobre sus goznes.

—Me encanta al olor a madera, ¿y a ti? —dijo Rose Ella mirando por encima del hombro cómo se cerraban las puertas tras ellas.

—Está bien —dijo Milena con la vaga sensación de que le había quitado las palabras de la boca.

Rose Ella caminó con brío hacia una ventana que había en el muro, junto a la puerta y se apartó un poco para que Milena pudiera ponerse de pie junto a ella. Intentaron mirar dentro del Rectorado de la Escuela. Era el almacén de madera. Había tablones de color miel muy bien colocados en las estanterías y más allá de las puertas de la habitación había un montón de troncos enormes. Había hombres y mujeres que, guiados por sus virus, se dedicaban a aserrar la madera en forma de tablones perfectamente rectos mientras otros hombres con escobas, barrían el serrín y las amarillentas virutas.

—¿Qué se hace con el serrín? —preguntó Milena.

—Se usa para embalar y algunos tipos de sofá antiguos estaban rellenos de serrín. También se usa una gran cantidad para conservar el hielo de la Icehouse, lo mantiene

durante todo el verano. Aunque la mayoría de las veces lo usamos para los incendios. Se supone que no se debe, así que no se lo digas a nadie.

—No tengo a nadie a quien decírselo —dijo Milena susurrando tímidamente. «Así son las cosas para la otra gente —pensó—, al hablar descubren cosas».

—¿Es que el mundo entero es un lugar perverso?

—¿A qué te refieres? —preguntó Rose Ella con aspecto de estar tomándosela muy en serio.

—¿Está lleno de secretos? ¿De pequeños detalles acerca de las cosas? Así, como lo de la madera. —La maldita timidez volvió a invadirla y se metió las manos en los bolsillos, incapaz de mirar a Rose Ella a la cara.

—A veces. Son cosas pequeñas. Como… —Rose Ella hizo una pausa— como que me gusta mucho, mucho, el Decano Fenton.

El Decano era el director de la Facultad de Medicina. Era muy viejo, tenía veintidós años, ya estaba en la madurez y era muy guapo.

—¿Sí? ¿Y te vas a casar con él? —preguntó Milena abrumada. Le parecía increíble estar hablando con alguien acerca de ese tipo de cosas.

—No lo creo —ahora era Rose Ella a quien le tocaba estar sorprendida. Tenía las manos en la espalda, tras el uniforme blanco y estaba con la mirada clavada en los pies—. Canta. Todas las noches canta en el Row cuando nos reunimos todos. ¡Ay, tiene una voz tan bonita!

—¿Qué el Decano Fenton canta? —preguntó Milena.

No podía ni imaginárselo. O sí, sí que podía. Podía imaginarse su bello rostro en tensión por el canto. Le hubiera gustado decir que a ella también le gustaba el Decano Fenton, pero su imagen no la conmovió lo más mínimo. Sintió una cierta preocupación, insignificante. Su corazón no había albergado jamás la idea de estar con hombres, ni con un hombre en concreto. ¿Y a ella quién le gustaba? Nadie, tuvo que reconocer que nadie.

—¿Hay música a menudo en el Row? —le preguntó Milena.

Ella nunca había tenido tiempo de aprender a tocar un instrumento. Solía sentarse en la sala a escuchar tocar a los otros niños.

—¡Uf, ya lo creo! —dijo Rose Ella—. ¡Vaya música que hay en el Row! Todas las noches. ¿Has estado alguna vez?

—No —dijo Milena.

—Bueno, pues entonces vente esta noche. Ven a cenar.

Milena estaba tan poco acostumbrada a esas cosas, que se sorprendió debatiéndose en la duda. Tenía que hacer la colada y que leerse el libro y luego pensó:

«¿Por qué demonios no vas a ir, Milena?».

—Vale —dijo balanceando los hombros como sugiriendo que había aceptado por

casualidad—. Gracias.

La madre de Rose Ella trabajaba en lo que un día fue la Escuela de Estudios Africanos y Orientales. El ala este del edificio era una fundición y un taller de cristal. Dentro hacía calor a pesar de que las ventanas estaban abiertas. Milena lo sintió en la cara, casi como si fuera capaz de notar cómo se le abrían los poros y empezaba a brotarle el sudor en la frente. Las calderas estaban alineadas a lo largo de la pared negra. Una de ellas estaba en funcionamiento, con la puerta trabada en la posición abierta, y de su interior salía una constante y uniforme luz anaranjada. Había un grupo de Restauradores en fila delante de ella, cada uno con largo palo de metal. ¡Metal! Milena se quedó fascinada mirando los palos de metal, esperando ver una maravilla, pero no se diferenciaban mucho de la resina sucia, excepto por el hecho de que no se derretía.

Rose Ella le presentó a su madre. Era pequeña y delgada y tenía los ojos de color gris, la mirada franca y una sonrisa perfecta. Había una luz fija en sus ojos a la que Milena encontró difícil cogerle simpatía.

—Mala —dijo Rose Ella llamándola por su nombre—, ésta es mi amiga Milena.

«Mi amiga —pensó Milena— me ha llamado amiga». Ella también estaba encantada de recordar lo que era charlar.

—Hola, Milena —dijo la madre de Rose Ella encantada de conocerla. Había algo en su sonrisa que le decía que hubiera estado encantada de conocer a cualquiera—. Estoy haciendo una jarra. ¿Quieres mirar?

Rose Ella dejó que Milena dijera que sí. Se echaron bastante para atrás y la madre de Rose Ella introdujo el largo palo de metal en la luz naranja y lo sacó con una burbuja de cristal pegada al extremo. Los extremos, donde la pieza tenía mayor grosor, resplandecían en color naranja. La madre de Rose Ella se llevó el palo a los labios y sopló un poquito, miró y volvió a soplar. No llevaba guantes ni delantal. Cogió una especie de cuchara con un largo mango negro e hizo girar el cristal contra ella. El cristal fue adoptando una forma redondeada al girar y adquiriendo un color verdoso a medida que se iba enfriando. Entonces Mala lo hizo girar sobre su base aplanándolo contra una cosa que parecía un pequeño taburete.

—Ya está —dijo.

Rose Ella se acercó de un salto y cogió el palo con un sencillo giro de muñeca mientras Milena se echaba hacia atrás con admiración y miedo. Rose Ella fijó el palo a un torno y lo hizo dar vueltas. Cogió un triángulo de madera, de madera normal empapada en agua, y lo fue pasando por el extremo del pitorro de la jarra a medida que iba girando. La madera rompió en llamas. Con calma y con suavidad, Rose Ella introdujo el palo en otro horno, le dio un giro y cuando volvió a sacarlo el cristal había desaparecido.

—¿Dónde está? —preguntó Milena.

—Ahora está en el horno, a ochenta grados, para endurecerse —dijo Rose Ella con voz ronca. Cogió el palo negro de metal y lo metió en un cubo. Se oyó un chisporroteo y salió una nube de vapor—. Apártate —le dijo, y desprendió un trozo de cristal que se había quedado colgando en la boca de la pipa.

—También voy a hacer una red, por si queréis quedaros a mirar —dijo Mala—. ¡Vaya! Eso sí que vale la pena. ¡Estás de suerte, Milena!

Mala se sentó frente a una mesita con la misma sonrisa amplia y perenne.

—El pedido entró hoy mismo. Es para una casa que están haciendo en Uxbridge.

—Sabe tejer con cristal —dijo Rose Ella y de lo emocionada que estaba le apretó levemente la mano a Milena.

La verdad es que era una cosa preciosa. El cristal se cortaba en hebras como de caramelo y Mala las fue cogiendo y entrelazando con ayuda de unos palillos. Las tiras iban fundiéndose y al derretirse parecía que se iban a caer, pero Mala las cogía en el último momento y levantaba una para meter otra por debajo.

El cristal quedó entretejido, como si fuera lana. El dibujo entrecruzado fue depositado sobre una superficie de metal caliente. De repente, Mala se puso a cortar más tiras con unas tijeras que le pasó a Rose Ella para que las sumergiera en agua y las golpeara con el fin de limpiarlas. Así obtuvo nuevas tiras que fue apretando con unas tenazas al rojo vivo para forzarlas a fundirse con las tiras anteriores.

—Este… cristal —dijo Mala absorta en su tarea—… es para… unos paneles decorativos. Para unas pantallas, en realidad, que irán colocadas entre unos preciosos bancos de madera.

Milena se dio cuenta de que se dirigía a ella.

Mala alzó la vista hacia Milena y le dijo:

—Cuando les da la luz son preciosos. Cuando haya terminado cada uno medirá un metro cuadrado.

Milena se quedó sonriéndole sin encontrar palabras que decir.

Rose Ella se plantó de repente delante de su madre, como haciéndole una reverencia y sacó otra bandeja metálica para ir colocando las siguientes secciones de la red. La clara pasta de cristal se deslizó rotando sobre sí misma, como si estuviera viva y los palillos chasquearon como insectos asustados.

—¡Ah! —suspiró Mala con satisfacción.

De pronto resultó que había llegado la hora de almorzar.

Fueron las tres juntas a Rusell Square. Los parterres estaban repletos de gente haciendo la fotosíntesis. Mala compró una bebida para cada una y un recipiente de calamares fritos para compartir. Se sentaron en el césped de manera que los calamares quedaran protegidos de los perros del mercado, que andaban olisqueando.

—No es como os dicen —dijo Milena eligiendo las palabras.

—¿A qué te refieres, Milena? —preguntó Mala desde una respetuosa distancia y aun sonriendo.

—La Restauración. No tiene nada que ver con la Corriente Dorada. Se trata sencillamente de hacer vidrio soplado —aquella experiencia le había parecido a Milena profundamente reconfortante.

Había encontrado algo a lo que agarrarse, la vida era mucho más práctica de lo que había pensado. La vida no tenía nada que ver con la memoria.

—Bueno, no nos sentamos a hablar de ello, no —dijo Mala cambiando por fin la sonrisa, que se hizo más amplia pero adquirió un ligero sesgo de tristeza—. La única manera de aprender a hacer estas cosas es mediante la práctica. Te dan un virus y así lo sabes todo, pero aquí —con un aro de calamar en la mano, se señaló ligeramente la cabeza que llevaba cubierta con un pañuelo—, sin embargo, tus manos no sabrán hacerlo bien. Sencillamente, tienes que aprender.

Mala sujetaba el calamar entre los dedos con perfecta delicadeza.

Milena estaba tan encantada que tuvo que apartar la vista, tuvo que mirar hacia el suelo.

—Bueno —dijo Rose Ella—, yo soy Profesora, no sopladora de vidrio, así que tengo que volver.

Se levantaron y Rose Ella y su madre se besaron en ambas mejillas, un gesto curiosamente formal. La mano de Mala permaneció apenas un poco más sobre el hombro de su hija y luego, para sorpresa de Milena, la besó también a ella.

—Hasta luego —dijo Mala—, cenamos a las seis. Y se alejó sin echar la vista atrás. Incluso su manera de caminar era perfecta, con un pie siempre justo delante del otro. Todo resultaba así de sencillo.

—¿Verdad que es adorable? —preguntó Rose Ella.

Milena respondió que sí, pero lo hizo solamente porque pensaba que Rose Ella lo era. Regresaron juntas caminando a la Facultad de Medicina.

Toda aquella tarde, mientras algunos niños ensayaban música y otros montaban puestos imaginarios en los que vendían sierras o jabones, Milena se la pasó sonriendo. Y cuando llegaron los niños de mayor edad que iban vendiendo mazorcas de maíz asadas a los altos cargos de los Pendones que estaban desfilando a lo largo de Tottenham Court Road, o los que se dedicaban a barrer las calles de otros Barrios a cambio de dinero, Milena se quedó sentada con las piernas cruzadas en el suelo del patio, sin moverse. Los padres hablaban en voz baja a las Profesoras acerca de las posibles Orientaciones de Desarrollo. Se rumoreaba que hacían falta Químicos en el barrio, ¿estaban estudiando algo de química? ¿Cuántas Ubicaciones había, aproximadamente, para realizar labores estadísticas?

Milena no dejó de sonreír ni un minuto, mientras la cháchara superficial iba y

venía como el murmullo del viento. Estuvo sonriendo mientras cosía un monedero de piel, atravesando el cuero con el grueso hilo enhebrado en la aguja, sin mirar apenas. La vida podía ser posible, al fin y al cabo. Tenía una amiga. Tenía una amiga.

Cuando la Facultad de Medicina cerró a las cuatro, salió corriendo hacia los Jardines, subió a zancadas la escalera y se quitó el mono gris. Entró descalza de puntillas en el maravillosamente desierto cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y se enjabonó de la cabeza a los pies. Se metió los microbios comesarro en la boca y sintió cómo se atiborraban a lo largo de sus encías. «Esto sí que es un banquete, ¿verdad, colegas?». Se cepilló los dientes para librarse de ellos —en caso contrario, se hubieran muerto y habrían empezado a oler— y se pasó la lengua por los dientes. Los notó tan lustrosos y pulidos como las más suave y fría de las resinas. Se cepilló el pelo y al mirarse al espejo se dio cuenta de que tenía algunos poros abiertos y con pequeños puntos de suciedad. Se los apretó y volvió a lavarse la cara. Se tiró en la cama y se puso sus mejores zuecos de madera. Cuando bailara, repiquetearían.

Suze y Hanna habían salido. Las escuchaba hablando abajo en los Jardines, en su grupito. Seguirían ahí charlando hasta el anochecer y luego entrarían a cenar. Milena se sentía triste y sola siempre que las escuchaba parlotear, pero aquel día, en la habitación desierta, pensó: «Tengo un sitio al que ir. Yo voy a cenar con una familia y todos vosotros vais a cenar en el Jardín de Infancia. —Lo más probable era que algunos de los Críos montaran otra de sus guerras de comida y terminaran por regar a todo el mundo de tallarines fritos—. Luego tendréis que ir a lavaros y finalmente iréis a sentaros en alguna habitación a jugar a las cartas o a cerrar algún trato. Intercambiaréis juguetes o esterillas de junco o cachivaches de cualquier tipo y así os sentiréis adultos. Pero yo, esta noche voy a cenar con adultos y habrá música». Milena siguió un momento más saboreando la sensación y luego dio media vuelta y corrió escaleras abajo con los zuecos haciendo un ruido como de máquina de aventar.

El Row era una plaza antigua en la que las casas eran casi todas del siglo dieciocho. Los viejos ladrillos estaban combados y las ventanas habían perdido la forma cuadrada, pero los antiguos edificios se mantenían con orgullo en pie por sí solos. En el centro de la plaza había un jardín rodeado de una verja de hierro forjado. Entre los enormes y viejos árboles había ganado, ovejas y cabras atadas a unas estacas y cada una de ellas mantenía cuidado un círculo de hierba. Había una gran estructura hecha totalmente a partir de fardos de heno con un tejado inclinado cubierto con placas de resina.

Milena encontró el número 40. Tenía un llamador con forma de delfín, cuya cabeza golpeaba sobre unas olas de metal. Tan pronto como Milena llamó, Rose Ella abrió la puerta. «Debía estar esperando —pensó Milena—, pero justo detrás de la puerta». Volvió a darle dos besos en las mejillas y a decirle lo mucho que se alegraba de verla. A ambos lados del recibidor, había una hilera de pequeños cañones de metal.

—Eran para disparar salvas —explicó Rose Ella.

Las paredes estaban cubiertas de viejos retratos que ya amarilleaban. Rose Ella no sabía quiénes eran. Milena se paró para mirar fijamente aquellas caras. Algunas partes de los cuadros habían sido limpiadas, como si la gente que estaba en ellos hubiera pasado un paño por el cristal sucio de una ventana para poder ver el exterior. Había una silla antigua cuyo respaldo de madera había sido tallado en forma de arpa. Algunas de las cuerdas de madera se habían roto. Había una enorme alfombra encima de los viejos y gastados suelos y un gran perro de porcelana que estaba sentado esperando fielmente, con la punta de la nariz descascarillada.

—¡Qué lugar tan increíble! —dijo Milena—. ¡Cuántas cosas!

—Es un secreto —le recordó Rose Ella—. Nos lleva mucho tiempo repararlas, así que nos las podemos quedar.

—¿De verdad? —susurró Milena.

El mundo era de verdad espantoso.

Rose Ella soltó una risita y le dijo:

—Vamos, voy a enseñarte la casa.

Echó a correr por unas escaleras sin moqueta que retumbaban muchísimo y Milena la siguió con los zuecos. Alguien les gritó desde arriba que no hicieran ruido.

En la primera planta había aparatos de televisión viejos con retorcidas antenas encima de ellos, e hileras de budas chinos esmaltados. Había también un busto de Benjamin Britten y otra silla antigua una de cuyas patas había sido sustituida por un tallo de bambú y cuya tapicería estaba tan gastada como la alfombra de abajo. Tenía coderas, como si fuera una chaqueta.

La familia de Rose Ella vivía en un amplio recibidor con grandes ventanales que daban a la calle hechos de cristal con relieve. Aquellos cristales hacían que pareciera que la plaza estaba temblando por efecto del calor. Había candelabros de madera y decantadores de agua con los vasos colocados boca abajo sobre ellos para evitar que entrará el polvo. Había retratos, fotografías de monarcas ya muertos y grabados franceses de escenas de montaña o de puertos. Uno de ellos se llamaba *Le Calme*. La hermana de Rose Ella, Maureen, estaba sentada a una mesa de caoba pulida. Más besos en las mejillas. Milena alcanzó a ver que las patas de la mesa eran mujeres desnudas labradas en la madera, y se ruborizó. Sobre la mesa había unos lirios tigrados de plástico. Maureen estaba dándoles color.

—Estas flores nunca se marchitan —dijo—. Siempre están frescas.

A Milena le llamó la atención la idea. Los gruesos y cerosos pétalos negros, naranjas y rojos le parecieron una preciosidad. Tenían un hibachi en una esquina que caldeaba la habitación demasiado, pero sobre él había una tetera para que Rose Ella pudiera preparar una taza de té para las dos. Entró un niño a todo correr preguntando por Johnny.

—Está por ahí, en la plaza —dijo Rose Ella, y el niño volvió a salir corriendo.

El padre de Rose Ella entró cargado de libros. Era enorme, el hombre más grande al que Milena recordaba haber visto jamás y tenía una cara cuyo gesto podría parecer cruel. Tenía la boca pequeña, una nariz larga que alguna vez se había fracturado, una barba negra y unas entradas muy pronunciadas. Cuando habló, su voz sonó aguda y suave:

—¿Le toca a tu madre? —preguntó.

Se refería a si le tocaba cocinar a su mujer, esperando que no fuera a él a quien le tocaba.

—Sí, *Ta*, sí —dijo su hija sacudiendo la cabeza.

—¡Ah, bien, eso está bien! —dijo, y se volvió hacia Milena—, dice mi hija que lees libros. Bueno, pues ven para que veas los míos.

Extendió una de sus manazas llenas de pelo, cogió a Milena de la mano y se la llevó escalera abajo traqueteando otra vez con los zuecos.

—¡Tienes unas pezuñas capaces de despertar a un muerto! —exclamó él—. ¡Ve con cuidado ahora!

Entraron con torpeza en un pasillo oscuro. La parte trasera de la casa no tenía ventanas. Encendió una vela, la mantuvo en alto y ahí estaba: una pared entera de libros colocados en estanterías.

—Mira éstos, mira todas mis preciosidades. Ninguno de ellos está en los virus. Ni uno solo.

Era una pared llena de libros desconocidos. Milena, la que estaba recordando, volvió a verlos en su memoria con más claridad que en los sueños.

Antes de Scotland Yard

Castle Rackrent-El Absentista

Tom Burke of Ours, de Lever

Cuentos Salvajes, de George Burrow

The Professor, de Currer Bell

Libros antiguos de piel, otros de tela y algunos con un forro de papel estampado ya descolorido.

Sinfonía Nunwell, por C. Aspinal Ogladender, editorial Hogarth Press, con unas fantásticas casas bajo un colorido cielo.

En armonía con el Infinito, de Trine, con tapas de tela azul y letras doradas.

—¿Por qué las ignora el Consensus? —preguntó Milena consternada por el despilfarro.

—Ya pasó su momento —dijo el enorme y fornido hombretón encogiéndose de hombros—. Ya fueron leídos y admirados y otros libros llegaron a ocupar su lugar. Igual que pasa con la gente. Sólo unos cuantos son recordados y a los libros les sucede exactamente lo mismo. ¡Eh! Mira éste. Sacó un libro destartalado, que tenía la

encuadernación rota y se le salía el relleno como si fuera un sofá. Lo abrió. Había una fotografía en blanco y negro algunas de cuyas partes resultaba evidente que habían sido retocadas a lápiz. Una mujer con un traje de noche blanco miraba extasiada a otra mujer que llevaba un vestido hecho con hojas de árbol. Rodeando a las fotografías había unos elaborados pergaminos con historiada caligrafía que decía: «Escenas de Peter Pan, una fantasía para niños».

Pasó una página tras otra. Había borrosos paisajes de casas de campo con cenadores de rosas y mujeres con las ropas arremangadas que dejaban al descubierto las medias hasta la altura del tobillo. Cada una estaba dentro de un círculo de luz.

—Es teatro —susurró Milena sobrecogida. «Han debido poner al día también al padre de Rose Ella».

—Y ninguna de estas producciones están en los virus tampoco.

El anhelo y el amor hicieron que Milena se mordiera el labio inferior.

—Sí, te lo presto —dijo el padre de Rose Ella revolviéndole el pelo.

—Gracias —dijo Milena en voz baja, como si el regalo estuviera hecho de una porcelana tan delicada que pudiera quebrarse.

Juntos, se dirigieron al comedor. Rose Ella había ido a ducharse y ya estaba de vuelta, aún más guapa y con aspecto más fresco. Milena le sonrió al verla.

—¡Mira! —dijo mostrándole el libro abierto.

—¡Ay, *Ta, Tatty*! —exclamó, y le dio un beso a su padre por el favor que le había hecho.

Entraron los tres al comedor, que era grande y tenía muchas mesas. Los niños se sentaban juntos, con aspecto de tipos duros como los niños de todas partes, lo que hizo que Milena se sintiera apabullada y tímida. Los conocía vagamente a todos de la Facultad de Medicina, había abrigado la esperanza de encontrarse con adultos nada más. ¿Cómo es posible que cuando crezcan, los niños se conviertan en adultos tan amables? Entraron los padres, hombres y mujeres con bandejas de comida. Mala entró sonriendo, alzó la vista hacia Milena sonriendo y se marchó sin dejar en ningún momento de sonreír. Milena se abrazó al libro y sintió que se estaba ruborizando. Volvía a no tener nada que decir. Se dio la vuelta y vio un gran mueble negro que había detrás de ella. La parte trasera se alzaba formando negras ramas talladas como las piezas que sujetan las vidrieras. A lo largo de todo el frontal había unas figuras toscamente talladas de niños gordos, dos de los cuales tocaban el laúd y otro un tambor cuyos palillos estaban rotos. Un cuarto niño tocaba la zampoña.

El padre de Rose Ella se arrodilló a su lado y se puso a hablarle en voz baja, como si estuvieran conspirando:

—La parte trasera data de 1700, pero el frontal… bueno, el frontal fue creado en el 1400 con madera de castaño oloroso español. Por eso es tan oscuro. No castaño de Indias, sino oloroso español. Mira, ahí está su hermanito.

Milena se giró y vio que en el otro extremo de la habitación había otro aparador idéntico, a excepción de que los angelitos gordos se habían convertido en delgados y austeros adultos de la época medieval.

El padre de Rose Ella se agachó y sacó un casco de la balda más baja. La piel se había ennegrecido, así como la tira y la sujeción de la barbilla. Tenía una insignia negra de cuero que decía *«Irish Lifeguards*». Se lo colocó dejándoselo calado hasta las cejas. Algunos hombres se rieron y dijeron cosas que Milena no entendía.

—¡Ay, *Tatty*, quítatelo! —dijo Rose Ella avergonzada.

Se sentaron todos juntos a una de las mesas largas. Se sirvieron los platos bien llenos de verduras salteadas muy crujientes, una especie de guiso de coliflor con pimentón dulce y unas gambas transgénicas que sirvieron trinchadas como el pollo asado.

La cháchara iba y venía por toda la mesa. Los Barrios de la Piedra y la Madera estaban subiendo los precios y ya era demasiado. Dentro de nada iba a resultar más barato ir tú mismo a talar y a picar y traértelo de vuelta.

—¿Por qué no? —dijo el imponente padre de Rose Ella—. A mí me gustaría ir a buscar a las afueras, al bosque o al monte.

—William —dijo Mala—. Deja ya de hablar de tus fantasías. Harían falta varios meses para subir hasta Cumbria y volver, ¿no ves que está casi en Escocia?

Pero los hombres y los niños estaban cada vez más entusiasmados con la idea. Hicieron grandes planes. Se sirvieron los segundos platos, se encendieron las velas y echaron las mesas hacia el fondo. El fornido padre de Rose Ella abrió la olorosa cómoda española, la que tenía los niños músicos, y sacó una gaita, pitos, tambores, flautas, arpas y oboes.

Empezó una alegre y sencilla melodía acompañada de un silbido de fondo de la gaita y se les unieron los elegantes violines, uno de los cuales tocaba Mala. El arpa emitía unos sonidos limpios y aislados como las estrellas mientras empezó a retumbar un tambor de sonido grave. El Barrio entero de los Restauradores se alineó en parejas en el centro de la habitación para bailar.

Entonces el Decano Fenton se puso a cantar. Milena miró a Rose Ella y ella apartó la vista esforzándose por dominar las ganas de reír. El Decano Fenton cantó una canción que contaba la historia de una delegación enviada por un directivo Pendón para conocer a la familia de un Restaurador con cuya hija quería casarse. Los inspectores vieron las cabras y pensaron que era una guardia de honor con barba. Vieron los antiguos y estropeados muebles y los mugrientos cuadros. Escuchó el ruido de los grillos que vivían en la chimenea, a los que se les llamaba gaiteros y llegó a la conclusión de que aquel joven tenía su propia orquesta escondida entre bambalinas. Durmieron en colchones rellenos de paja y dictaminaron que eran camas de lo mejorcito. El directivo de los Pendones quedó tan impresionado que mandó a su

hija para que viviera feliz entre los Restauradores convencido de que eran realmente prósperos. Al llegar al último verso, todos los Restauradores se lanzaron en tropel al centro de la habitación y Milena sintió que alguien a quien ni siquiera conocía, tiraba de ella y la metía en medio. Bailó lo mejor que pudo sujetando el libro y con los zuecos que hacían un ruido como de telar fabril. Los Restauradores rieron a carcajada limpia y aplaudieron. Milena se escabulló hacia uno de los laterales. Vio cómo Rose Ella bailaba con los ojos brillantes, cómo daba vueltas bajo el brazo del Decano Fenton. Parecía la muñequita de una caja de música.

El camino de regreso a los Jardines era corto, a pesar de que pertenecía a un mundo totalmente distinto. Rose Ella la acompañó.

—¿Cómo podría hacerme Restauradora? ¿Estoy a tiempo de aprender? —le preguntó Milena.

—Si fuera apropiado para ti, habrá tiempo —dijo Rose Ella—. Y ahora, buenas noches, cielo. Ven pronto a vernos.

«¿Quién hubiera pensado que la vida podría volverse tan maravillosa de repente?». Milena se quedó mirando a las estrellas frente a la puerta de su edificio. «Rose Ella, Rose Ella», dijo una y otra vez para sí balanceando la cabeza de un lado a otro todavía al son del reel[7]. «Rose Ella, Rose Ella», pensaba al echarse en su camita junto a la ventana. Todavía podía mirar el cielo para ver las estrellas. «Quiero volver ahí —pensó—, quiero hacerme Restauradora y vivir en el Row. Quiero tejer con vidrio y salvar los libros antiguos. Quiero aprender a tocar la gaita y quiero bailar».

Con quien quería bailar era con Rose Ella. Ahí arriba las estrellas parecieron ponerse a dar vueltas y se quedó dormida deslizándose en la oscuridad con una sonrisa en los labios.

Durante todo aquel verano, Milena siguió yendo a visitar a Rose Ella. Se quedaba a dormir en el Row y dormía en una habitación de invitados que era todo un derroche de lujo. Tenía armarios chinos hechos a medida. Milena solía sentarse a la mesa a leer su libro y alzaba la vista para contemplar las puertas en las que había incrustaciones de marfil con forma de figuras humanas cazando, pescando o cargando fardos de grano a la espalda. Pero algunos de ellos se habían desprendido dejando un hueco tras de sí, un espacio que tenía su forma, y que era gris y estaba dañado para siempre. En algunos casos, para colmo, habían permanecido sus túnicas o sus pies, bien recortados como si se hubieran quedado esperando a su regreso.

Milena recordó el cuarto de baño, que era una maravilla. La bañera era enorme y se mantenía sobre unas patas de metal. El esmalte blanco estaba desgastado y los grandes grifos de latón ladeados. Había un extraño tapón de metal que había que

levantar y girar para que se mantuviera en alto y así se vaciara la bañera. Había un bidet y una taza del váter moldeada en forma de animales y en cuyo interior ponía en letras azules: «El Diluvio». La Milena que estaba recordando podía verlo con tanta claridad como si pudiera dar la vuelta a la esquina y encontrárselo todavía ahí, auténtico y palpable.

Recordó haber recorrido una casa de High Holborn que estaban restaurando. No tenía tejado y le faltaba la mayoría de los tablones del suelo. Milena y Rose Ella tuvieron que avanzar de puntillas por los cimientos, por la parte hecha con cemento vertido y por las hileras de ladrillos. Aun así, seguía habiendo color en las paredes. Milena recordó una habitación amarilla con una cenefa ancha de color rojo. En las esquinas, cuando quedaba un trozo de techo, había molduras de escayola en forma de abanicos desplegados. Una vez dentro de la casa todas las puertas estaban recubiertas de madera, hoy ya grisácea y mermada por la intemperie, expuesta al sol y la lluvia. El hueco de la escalera estaba vacío, sólo quedaba un rastro zigzagueante en la pared que marcaba el sitio donde habían estado una vez los escalones. La chimenea aún conservaba sus ladrillos, que eran verdes con flores rojas, al estilo gótico del siglo XXI. El hogar había adquirido un tono anaranjado a causa del óxido.

—La gente era muy rica —dijo Rose Ella inclinándose sobre ella—. Alguna gente. Justo antes de que todo acabara mal. Vivían en casas grandes. Tenían muchas casas y viajaban por toda Inglaterra y por toda Europa y se quedaban a dormir fuera una semana entera o unos cuantos días. ¿Te imaginas? ¿Cariño, nos vamos a Edimburgo a pasar el fin de semana? —dijo adoptando un tono de voz grave y profundo.

—¿Por qué no? ¡Será divertido! —respondió Milena imitando las voces de las esposas de los Pendones.

Entraron caminando cogidas del brazo por encima de los huecos del parquet y haciendo equilibrios sobre los ladrillos.

—Imagínate ser así de rica —volvió a decir Rose Ella.

—Es como si pudiéramos subir las escaleras y entrar en una de esas habitaciones y nos lo encontráramos todo en su sitio y a la gente también. Como si ellos pensaran que nada ha cambiado.

—¡Uf! —dijo Rose Ella encogiéndose de hombros—. A mí no me gustaría volver a esa época. Tú y yo seríamos simples sirvientas y vendríamos en tren todos los días desde muy lejos.

—Y respiraríamos veneno.

—Y pensaríamos que el mundo se iba a acabar —de pronto, Rose Ella dio un paso al frente—. Tienes que ver esto —dijo arrastrando a Milena a la habitación de al lado.

Tras las ventanas crecían las ortigas, pero en aquella habitación los tablones del

suelo seguían en su sitio y encajaban perfectamente. Era un suelo precioso. No había techo, sólo una enorme viga que iba de un lado a otro de la habitación y, por pura suerte, de aquella única viga seguía colgando una enorme moldura de lámpara, una especie de fuente congelada de escayola con forma de hoja con un agujerito en la punta.

—¿Qué es eso? —preguntó Milena.

Parecía una especie de nido de avispas.

—Era para las lámparas —dijo Rose Ella—. Se llamaba rosetón. ¡Y mira esto!

Condujo a Milena tirando de ella hasta la siguiente habitación y le hizo darse la vuelta. Sobre el marco de una puerta rota había quedado un fresco pintado en la pared. Mostraba a un hombre montado en una especie de carro tirado por un caballo, que surcaba el cielo.

—¿Es eso un avión? —preguntó Milena.

Desde el mismo momento en que lo dijo, supo que era una pregunta tonta. ¡Seguro que iba a haber un avión con caballos! Pero la verdad era que ella no disponía de virus que le dijeran cómo eran los aviones y nunca le habían interesado lo suficiente para buscar un libro acerca de ellos. Rose Ella siguió mirando hacia arriba, disimulando, como si no hubiera dicho nada fuera de lo normal.

Más allá del marco roto había una pila de placas de pizarra procedentes del tejado que formaban un montón, en capas, que se había desmoronado y cuyas esquinas habían saltado como puntas de lanza de la edad de piedra. Alguien había escrito en la pared amarilla con un bonito rotulador rojo.

Raisa 2050

Y por debajo de eso, con la misma letra pero esta vez en carboncillo emborronado, ponía:

Raisa (¡otra vez!). 2085

Avanzaron con cuidado por encima de la pila de placas, saltaron y pasaron bailando a través de una pared de molestas ortigas. Milena se tropezó con algo y tiró para sacarlo. Era un pequeño adorno de cabecero de cama de latón, un camafeo. Estaba totalmente ennegrecido y estropeado, a excepción de un pequeño anillo floral que lo rodeaba, que estaba torcido pero aún conservaba el color bronce. De repente, Milena se lo imaginó nuevo y formando parte de una cama de niño, de una cama de niño con un edredón de florecitas azules. Se imaginó a una niña dentro, una niñita con el pelo largo castaño, dulce y adorable, inocente y privilegiada. Levantó la vista hacia las ventanas que habían quedado mirando al cielo ya sin cristales. «¿Qué hubiera pensado de haber sabido lo que iba a ocurrir?», se preguntó.

Era como si el edificio hubiese sido un tren que llevaba dentro las vidas de sus ocupantes, como si fuesen pasajeros, que avanzaba a toda velocidad hasta que chocó contra la barrera. Y luego ocurrió el siniestro.

El padre de Rose Ella se marchó temprano una mañana de verano en un vagón de tren. Se marchó a Cumbria junto a otros siete hombres en busca de nuevos tipos de piedra. Todo el Row se reunió para verlos marchar y todos les saludaban con la mano. Rose Ella se echó a llorar sin saber por qué, tenía una especie de mal presentimiento. Algo terrible podía ocurrir en el camino hacia Cumbria.

Durante el mes siguiente se continuó con los bailes en el Row aunque hubiera unos cuantos hombres menos con los que formar pareja. La música se volvió más triste. Milena recordó cómo Mala tocaba el violín. Se lo sujetaba bajo la barbilla y fijaba la vista en la lejanía, como con nostalgia, y el violín sonaba agudo, triste y melancólico, haciendo aflorar los sentimientos igual que las canciones antiguas.

Aquella música era el sonido de su hogar. Milena sentía que había encontrado una familia, una gente, un lugar. Y también pensó que había encontrado un futuro.

Las corrientes oceánicas no eran estables. La Corriente del Golfo iba hacia delante y hacia atrás, de manera que un maldito verano apenas templado podía venir seguido de un crudo invierno sepultado en nieve.

Hacia finales de verano estuvo lloviendo y Milena se pasaba los días enteros en el Row, leyendo libros y escuchando el sonido de la lluvia sobre el tejado mientras Rose Ella tejía y su hermana fabricaba flores inmortales. Los adoquines de las aceras se movían al pisarlos y salpicaban barro. El suelo parecía una ciénaga. La hierba de los parques estaba tan mullida como un colchón y las ramas de los árboles colgaban bajas por el peso y chorreaban agua.

De pronto, una noche, empezaron a doblar las campanas. Todas a la vez, en toda la ciudad. Ríos de sonido flotaban en el aire. Tres campanadas eran para llamar al Médico, dos daban la alarma de incendios y una sola significaba que había una inundación. Pero estas campanadas no seguían ningún código, eran un redoble continuo en señal de alarma.

En la esquina de Gower y Torrington había una campana que Milena alcanzaba a ver desde la ventana de su dormitorio. Los Críos seguían tocándola hasta que oyó un ruido de cascos. Una Pregonera llegó al galope desde Gower Street. No desmontó. Se irguió sobre los estribos y proclamó a gritos con voz clara y penetrante: «Por favor, escuchad todos. Un huracán se dirige hacia aquí. Esta noche va a haber un huracán».

Los Críos le preguntaron algo. Fue respondiéndoles uno a uno. «Ha sido visto desde los globos y se dirige hacia aquí. Viene de camino. Tenéis unas cuatro horas.

Por favor, sellad con clavos todas las persianas. Recoged todo lo que está suelto por las calles. Poneos al abrigo. Coged provisiones. Gracias». Y luego, la mujer con las mejillas color bermellón volvió a sentarse y agarró las riendas para hacer que el caballo diera la vuelta. Milena escuchó cómo los cascos se alejaban.

El Decano de los Jardines dio orden de que todo el mobiliario fuera apilado contra las ventanas. Unos Críos con aspecto desafiante se colocaron las puntillas entre los labios y fueron clavando varas de bambú de un extremo a otro del alféizar para dejar las ventanas selladas. Llevaron los colchones y la ropa a los patios de luz. Cerraron las puertas y echaron los pestillos. Se hizo un recordatorio sobre el procedimiento de incendios. Unos cuantos inspeccionaron las habitaciones antes de condenar las puertas con clavos.

Y después se metieron todos juntos en el centro del edificio, a esperar. Miraban al cielo por el hueco del patio. Las nubes estaban de color amarillo, cargadas de polvo. El viento dio una primera sacudida con un ruido como el golpeteo de una ventana y luego se puso a gemir entrando por la abertura del patio y soplando dentro de él como si se tratara de un instrumento de viento.

El viento embestía patio abajo en súbitas oleadas como puñetazos y luego se empezó a escuchar cómo caían las cosas en algún lugar, crujidos y porrazos y repiqueteo de cristales rotos.

Los niños se apretaron juntándose bajo las mantas y se cogieron de la mano. «Debí haberme ido al Row, tendría que estar con ellos», pensó Milena con la esperanza de que Rose Ella, Mala y el Decano Fenton estuvieran bien. Pero en quien más pensaba era en Rose Ella.

A Milena le pareció ver una bandada de pájaros pasar volando en espiral y luego se dio cuenta de que tenían cuatro esquinas: eran tejas de resina que el viento había arrancado del tejado.

La red de palos de bambú que habían colocado contra las paredes empezó a crujir. Una Cuidadora se lanzó de repente contra los niños, juntándolos más. Su muñeca cayó justo debajo de la barbilla de Milena, obligándola a retroceder. Estaba a punto de lanzar un grito de protesta cuando la red de cañerías se desprendió de las paredes.

Goteaba agua. Enormes goterones que se estrellaban contra el cemento. Las varas de bambú cedieron y quedaron retorcidas, quebradas y deshilachadas. Todo el sistema se alzó formando una maraña que pareció respirar y luego cayó en el patio de luces en forma de avalancha de púas de bambú.

Los niños chillaron, refugiados en los pasillos del sótano. Luego empezó a llover a mares, azotando todo a su paso. La lluvia se movía por el aire como un fantasma que se perfilaba contra el cielo fluorescente. Los niños, acurrucados en el sótano, escuchaban cómo las cosas golpeaban contra las paredes. Oían un ruido como de arañazos y un crujido como de relámpagos que se abría paso a través de las piedras.

Notaron un chasquido que resonó en sus propias vértebras, justo en la base del cráneo. «Ahhh», dijeron maravillados.

El agua empezó a arremolinarse en torno a los desagües del suelo del patio de luces, formando espumarajos blancos al colarse, pero los drenajes estaban saturados y el agua empezó a manar hacia arriba. Milena tuvo los pies mojados enseguida. Una capa de agua se extendió rápidamente por todo el suelo del sótano y los niños emitieron sonidos de asco y consternación. Los que estaban sentados se pusieron de pie y se echaron a llorar o a reír.

Iban a tener que pasar la noche de pie. Tanto el miedo como la alegría se esfumaron. Tener que estar de pie, mojados y pasando frío, resultaba agotador. El nivel del agua subió hasta cubrirles los empeines. El continuo silbido del viento les estaba dando sueño. Daban cabezazos y soñaban con poder tumbarse. Unos golpetazos repentinos los asustaron, haciéndoles dar un salto. Algunos se echaron a llorar de puro cansancio. Las Cuidadoras los acurrucaban, los calmaban y los abrazaban llamándoles «cariño» y «pequeño». Algunas de ella también lloraban, por sus propios hogares, que habían perdido, por sus padres. Sus padres parecían hablarles en los aullidos del viento.

La lluvia amainó y la inundación se retiró. Los niños se sentaron en los charcos, ya estaban demasiado cansados para que les importara, y las Cuidadoras estuvieron acariciándoles la cabeza hasta que se quedaron dormidos, murmurando como el viento.

Milena se acordó de Rose Ella y se despertó de golpe.

El cielo se veía de color gris metálico por el hueco del patio de luces, nublado pero muy luminoso. Todos los demás seguían dormidos, formando un montón de brazos y piernas. Milena salió de debajo de los arcos hasta el suelo del patio.

Un choque de trenes. Encontró un sinnúmero de palos de bambú retorcidos y había caído también una lluvia de tejas y de cristales. Las paredes estaban parcheadas. Las vigas del tejado habían quedado al descubierto, todavía se veían frescas y de color amarillo cremoso por el centro.

Milena se dirigió a la puerta de la escalera y cuando la abrió le cayó una lluvia de cristales rotos sobre los pies. Se sacudió los zapatos y subió pisando cristales y trozos de madera y de yeso.

Las paredes de las escaleras estaban resquebrajadas por algunos sitios y todo estaba salpicado de polvo y escombros. Tomó el giro de la escalera que daba a la puerta de entrada. El pasillo estaba lleno de hojas y de ramas, como si hubiera sido invadido por la vegetación. Un árbol había caído dentro del Jardín de Infancia.

Milena se quedó contemplando las cortinas de hojas que caían hasta sus pies y el rompecabezas de la corteza. «¡Ay, no! —suspiró con el corazón destrozado. Era su

árbol, era el Árbol del Cielo. El viento lo había derribado—. ¡Ay, no! ¡Ay, no! Mi árbol no, mi precioso árbol no». Se adentró entre sus ramas que todavía olían a savia y a madera fresca. Las hojas le acariciaron la cara como cariñosas manos.

Al caer, el árbol había abierto un agujero tremendo en la fachada del edificio. Ya no existía puerta de entrada y alrededor del árbol había piedras, ladrillos y barras de metal retorcidas. Milena trepó al tronco, hasta el punto desde donde parten las ramas principales y dirigió la vista hacia abajo, a lo largo del tronco. Un arco formado por las raíces se alzaba alrededor de la base del árbol, formando una especie de halo.

«Estaba a esta distancia del suelo. Mientras estaba en pie, claro», pensó. Atravesó la inestable pared del edificio y salió al exterior andando por el tronco. Se plantó de pie en mitad de la calle. Su habitación ya no existía. Una de las camas estaba aplastada y retorcida, medio enterrada en cascotes. Había palos de bambú clavados en las paredes, como clavos. Las persianas habían sido arrancadas y todas las ventanas estaban rotas.

Milena pensó en su árbol, en lo alto que había llegado a ser y en que había sido la primera cosa que veía todos los días por la mañana.

—«Ay, árbol, arbolito», murmuró apenada.

Jamás hubiera pensado que un árbol pudiera echar raíces en una persona tal y como lo hace en la tierra y que si lo desarraigaban de ahí también era arrebatado de tu vida, como si te lo arrancaran del mismísimo corazón. «Pobre árbol, cargado de hojas mojadas en medio de la tormenta de viento y plantado en un suelo debilitado por la humedad. Y habías resistido en pie tanto tiempo, un siglo e incluso más, siendo así de alto».

Milena estuvo dando vueltas, abrigada con demasiada ropa, llevaba toda su ropa encima a la vez y además el mono, el abrigo y las botas de agua. El andamio entero había salido volando, igual que todas las ventanas. Los viejos y débiles edificios de Londres habían caído también. Yacían destrozados y esparcidos por las calles. Aquellos que aún conseguían mantenerse en pie tenían las plantas altas tremendamente endebles. Aquel desorden los humillaba, les hacía parecer estúpidos. Un carro sin ruedas estaba medio colgando por fuera de una majestuosa habitación. Las puertas barnizadas, las molduras de escayola, los cristales de las ventanas de guillotina estaban todos esparcidos como un mazo de cartas. El trabajo de los Restauradores no había servido para nada.

Milena enfiló Gower Street para ir al Row.

El tejado había salido volando y en Bedford Square había muebles antiguos por todas partes. Los Restauradores estaban ya recogiéndolos abatidos, sacudiendo la cabeza o rascándosela. Las mujeres se les acercaban pisando entre los escombros, esquivando las vigas caídas, para ofrecerles un poco de té. «¡Ay, no, esto también no!», pensó Milena. No podía ser que le hubiera pasado esto al precioso Row y a sus

preciosas cosas. Milena se resbaló al pisar un tablón de madera. Había montoncitos de serrín de los establos, parecía nieve. Dos de los padres estaban de pie, inmóviles uno junto al otro.

—Ahora se lo darán todo a los Arreciferos —dijo uno de ellos—. Jodido Coral.

—¡Milena! —chilló una voz—. ¡Ay, Milena, Milena!

Era Rose Ella. Las dos niñas corrieron a encontrarse, se abrazaron, se dieron ánimos, se echaron a llorar y estuvieron sollozando y temblando juntas.

—¡Ay, Milena, todo está destruido! ¡Todo! ¡Todo destrozado! —Rose Ella tenía el labio partido, amoratado y con una costra de sangre seca, y las lágrimas habían dejado dos regueros sobre las mejillas que parecían huellas de caracol.

—¡Nuestra preciosa casa! —exclamó Milena.

—Vamos, cariño, toma un poco de té —dijo Rose Ella. Se ayudaron mutuamente a cruzar la plaza en ruinas, como si fueran dos viejecitas. Salía humo de algún sitio. ¿Tal vez una cocina? Eso esperaba Milena, que tenía hambre y frío—. Quédate aquí —dijo Rose Ella—. Quédate ya con nosotros, ¿vale?

Y así, al abrigo de una lona extendida para guarecerse de la lluvia, fue como Milena se fue a vivir con Rose Ella por fin, y por poco tiempo.

Una de las alas del Row seguía en pie. Habían juntado a todos los niños en unas habitaciones y dormían juntos encima de colchones. Milena estaba impactada, aquel suceso la había dejado con una sensación de total inseguridad. Su vida había dado dos vuelcos anteriormente y, de alguna manera, aquello en lugar de fortalecerla la había debilitado. Los dientes le castañeteaban y eso no había vuelto a pasarle desde que su madre la abandonara dejándola desposeída y rodeada de extraños. Milena había regresado a aquella época negra, vacía y olvidada. Tenía las manos sucias porque no había agua para lavarse. Estaba asustada. Se escondía de la gente. Sólo quería estar con Rose Ella y con su familia y con nadie más. Se escondía de las Cuidadoras del Jardín de Infancia. El segundo día las vio llegar sorteando los trozos de yeso esparcidos por el suelo. Desapareció como una flecha, se encerró en un armario que había en el hueco de la escalera y se echó por encima unas cortinas que estaban en el suelo. Escuchó a Rose Ella decir:

—Ay, cómo lo siento, debería haberles dicho que iba a venir a vivir aquí con nosotros. Es terrible. Deben ustedes haber estado buscándola todo este tiempo —la llamó—: ¿Lena? ¿Milena? No, parece que no está por aquí.

Y luego escuchó cómo susurraba:

—No está bien, la pobre se lo ha tomado fatal. Es mejor que se quede con nosotros.

Aquella noche, en el colchón que ambas compartían, Milena se abrazó a ella como si fuera un resto de naufragio en alta mar.

—¡Milena, cariño, no puedo respirar! ¡Por favor! —dijo Rose Ella.

—*Svoboda* —dijo Milena.

¿Checo? ¿Estaba hablando checo? ¡Seguro que había olvidado el checo! Rose Ella la hizo girar, apartándola de sí y Milena se quedó sola, aterrorizada. Las estrellas la aterrorizaban, la oscuridad la aterrorizaba, pero sobre todo el pasado, el pasado que era incapaz de recodar, la aterrorizaba. Se durmió mecida por el miedo, rozando ligeramente con la mano la suave y lisa nuca de Rose Ella.

Se despertó antes del amanecer y le pareció que seguía soñando y despertaba en unas ruinas junto a unos objetos esparcidos que le resultaban familiares. Estaban los cuatro pequeños cañones, demasiado pesados para que el viento los levantara. Le pareció estar contemplando las ruinas de su vida. Las ruinas de su vida que siempre habían estado ahí, sin que ella se diera cuenta, desde que había perdido a un padre, a una madre, un idioma, incluso a sí misma, sepultada para siempre bajo capas de madurez, capas de pérdida, capas de desdén, de desprecio por sí misma y de ilusiones insatisfechas. Perdida en un lugar en el que no había infancia, ni nada fácil o seguro, o amable o pleno.

Excepto el hecho de que estaba junto a Rose Ella que, acariciada por la pálida luz de los primeros rayos de sol que aparecían tras el huracán, parecía formar parte del sueño. Milena bajó la mirada y vio a Rose Ella dormida, preciosa, con el pelo en la cara y con el camisón abierto. Y ahí estaba su hermoso pecho. Era joven y pequeño y tenía un pezón oscuro. Milena quedó atrapada entre el sueño y la vigilia, suspendida en la quietud de la luz y en la ligera bruma y, pensando en lo mucho que se parecía aquel pecho a una madre, besó el pezón. Se metió el pezón en la boca.

Rose Ella abrió los ojos sobresaltada.

Se quedó mirando a Milena.

Milena la miraba loca de amor.

Rose Ella se incorporó. Se cubrió con el edredón. Se quedó ahí mirándola fijamente, fría como el hielo. Al menos, Milena empezaba a darse cuenta de que algo iba terriblemente mal.

—¡Milena! ¿Qué estás haciendo?

—No lo sé —dijo ella con total sinceridad.

De los huérfanos se decía que eran muy precoces desde un punto de vista sexual. Al fin y al cabo, algunos de ellos se prometían en matrimonio incluso antes de la Lectura. Con aire lúgubre se decía que en los Jardines pasaban cosas extrañas antes de que los niños fueran convenientemente Leídos, convenientemente Ubicados y convenientemente Tratados con virus. Los huérfanos eran objeto de admiración, se les idealizaba, se les consideraba los niños que antes y mejor alcanzaban la etapa adulta. Se les idealizaba para ayudar a que la gente les tuviera menos miedo.

La existencia de los huérfanos les recordaba a todos que iban a morir. La

existencia de los huérfanos les hablaba de su propia e inminente muerte. Los huérfanos ponían de manifiesto de manera demasiado evidente el crecimiento forzado de los hijos de todos ellos. La gente pensaba que las tinieblas que acosaban sus mentes procedían de las mentes de los huérfanos. También tenían miedo de que los huérfanos contaminaran a sus hijos con ideas precoces o con aventuras sexuales. Milena no sabía que con ella habían hecho un ejercicio de tolerancia.

Rose Ella se levantó, sujetando todavía la manta contra su cuerpo. La sacudió bruscamente, arrebatándosela a Milena para dejarla fuera de su alcance. Se dio media vuelta y se marchó airada. Se volvió un momento para mirar a Milena por encima del hombro. Estaba llorando. Se tapó la cara con las manos y apretó el paso. Sacudió la cabeza. Se echó a correr entre los escombros, esquivándolos con dificultad.

Milena volvió a tumbarse en el colchón para darse cuenta de lo que había pasado. Dirían que había sido porque ella era huérfana. Era huérfana, así que tal vez tuvieran razón. La echarían de allí.

Mala entró con su eterna sonrisa, sólo que esta vez la sonrisa era forzada y resultaba ligeramente vidriosa, como el gesto de las figuritas de porcelana que habían perdido.

—Milena, hola —dijo agachándose—. Te sientes molesta por todo esto, ¿verdad?

Milena se había quedado paralizada, como un animal que ha caído en una trampa. Había caído, igual que su árbol. Se quedó mirando las rodillas de Mala. No podía soportar mirarla a la cara.

—Tienes muchos problemas, Milena, y eso es comprensible. Has perdido a tus padres y tienes ciertas minusvalías. Y hemos intentado ayudarte por tu bien y para ayudarle a Rose Ella en su trabajo. Y quiero creer que hemos hecho algo bueno, pero ahora depende de ti. Vas a tener que desarrollarte un poco por ti misma. Vas a ser Leída y curada de todo tipo de cosas. Y eso va a suceder muy pronto. Y tal vez, después de eso, todo se arregle. Bien —hizo una pausa y rozó a Milena en el brazo, o más bien en la manga—, pues entonces tal vez quieras venir otra vez a visitarnos.

—¿Y adónde voy a ir ahora? —preguntó con un hilo de voz, tristemente, como ahogándose.

—Los demás huérfanos se están instalando en la Facultad de Medicina. Es un edificio bastante sólido, más sólido que el Row.

Milena vio cómo las rodillas se giraban para contemplar los escombros y se arrepentían.

El recuerdo de su propio dolor hizo que Mala se pusiera más firme.

—Creo que es mejor que te vayas ahora, Milena. Antes de que los demás empiecen a levantarse y se pregunten por qué. Toma. Aquí están tus botas, cielo.

Milena se quedó quieta mientras le ponían las botas.

—No quiero marcharme —dijo en un susurro. Mala suspiró:

—Ya lo sé, cielo, pero es lo mejor.

Milena se abrió paso a traspiés entre las ruinas, tan ida como la última vez que le habían inoculado virus, virus potentes que le habían metido en las venas con una aguja. La dosis estuvo a punto de matarla. Había vomitado sangre. Había estado postrada en cama varios días y confusa durante varias semanas, con la genética del saber revolviéndose dentro de su cabeza. Pero incluso entonces, los virus no llegaron a hacerse con el control. Los poderosos Médicos le habían hecho un reconocimiento, le habían tocado el cuerpo con sus frías manos y habían intentado mirar en su interior. Habían tomado muestras. Los poderosos Médicos tenían que saber por qué no habían funcionado los virus. Tras aquella dosis final incluso habían dejado de intentarlo, habían dejado de hacerla enfermar. La dejaron tranquila para que estuviera mal a su manera.

Y habían enviado a Rose Ella.

—Y me he esforzado —dijo la niña con amargura— para ayudar a Rose Ella en su trabajo.

Milena se encontró en el vestíbulo de la Facultad de Medicina.

Había un escritorio y unas Cuidadoras sentadas frente a él. Todo había sido quitado o reemplazado por los niños y todo parecía muy tranquilo y despejado. Las Cuidadoras la miraron de arriba abajo. Vieron las manos llenas de carbón, la cara sucia y las ropas blancas, como si estuviera de luto, a causa del polvo de los cascotes.

—¡Ah, buenos días, señorita Shibush! Vuelve con nosotros tras la tormenta. Eso está muy bien, tenemos un nuevo grupo de trabajo preparado para usted. Para prepararla para su Ubicación. Y una bonita habitación nueva.

Milena se quedó mirándolas fijamente. «¿Tiene dientes esa habitación, como los tiburones? —se preguntó—. ¿Te arranca los dedos a mordiscos mientras caminas por las ruinas de tu vida y los mastica? ¿Te tritura con unas grandes muelas de escombros? ¿Se cuela tu sangre por el suelo de esa habitación blanca y nueva en la que hay correas para atarte a la cama?».

—Quiero que me quemen —dijo Milena—, quiero que quemen todo lo que hay en mí. Que quede todo absolutamente consumido —se apretó un dedo contra la cabeza—. Hagan que enferme, que enferme todo lo que sea posible. Hagan que coja todos los virus que haya. Todos, y todos de golpe. No me importa que me maten, métanlos ahí sin más.

«Y así estaré controlada. Y seré pura y limpia y dejaré que todo permanezca puro y limpio y no volveré a hablar ni a mostrarme como soy, ni a ustedes ni a ninguna otra persona».

—Cúrenme —les pidió.

Y subió a su nueva habitación. Había una cama nueva, tan impersonal como la

anterior, las paredes eran lisas y olía a sus compañeras de cuarto. Milena se quedó mirando a la pared fijamente. «Ojalá no hubiera sido niña nunca —pensó—. Quiero ser mayor, todo lo mayor que sea posible. ¡Girad, virus! ¡Girad por todo mi ser! Venid, matemáticas, venid, Marx y Chao Li Song. Venid, logaritmos, venid, óperas tan inmutables como la Estrella Polar. Venid a bailar dentro de mi cabeza y a reducirla a escombros. Quiero olvidar».

Milena, la que se convertiría en adulta, se asilvestró. Se hizo cazadora. Cazadora de recuerdos.

—¡No! ¡No! —susurró la adulta que recordaba, pero la voz llegaba demasiado débil desde el futuro.

Milena se revolvió contra sí misma con uñas y dientes. Persiguió a su yo infantil a lo largo y ancho de los odiosos años pasados en Inglaterra. Sintió a las pequeñas espirales y recordó que había tocado antes aquellas cosas y que las había destruido. Eran pequeñas espirales de ADN, el ADN que codificaba la vista y el oído, que conservaba el dolor y la soledad, el trabajo y la espera. Hizo que la memoria se expandiera como si fueran virus. Se lanzó al más feroz ataque contra las espirales, destrozándolas y esparciendo sus partes. El recuerdo de cuando llegó en barco a Newhaven, la muerte de su madre, el lento aprendizaje de la lengua inglesa y el amable hombre que se la había enseñado… se abalanzó sobre todo aquello y lo desgarró con ira.

Llegó a los recuerdos de Rose Ella, del hogar, de la música y el baile y al libro de teatro que el padre de Rose Ella le había regalado. Sujetó aquellos recuerdos como con pinzas, sopesándolos. Sintió cómo florecían en su mente, el traqueteo de los zuecos, estar tirada al sol en Rusell Square, la hilera de cañoncitos para disparar salvas. Recordó la música de su hogar.

«Vale, vale». Dejaría que eso permaneciera, pero todo lo demás sería destruido.

Los jóvenes Restauradores del primer día que pasó en el Jardín de Infancia que se habían arremolinado alrededor de ella y la habían estado llamando rusa despectivamente y amargándola con citas de Chao Li Song mientras lloraba por su madre, por su madre muerta. «¡Ay, recuerdos tristes de mi infancia! —pensó mientras los aplastaba—. ¡Ay, mis años dorados! El ramillete de mis primeros años, mis años de comer a solas, de ver cómo las Cuidadoras sacudían la cabeza. Los años de sentirme estúpida, de sentirme extranjera, los años de silencio y de polvo y también de lectura, de todos aquellos libros y tanto trabajo». Milena machacó los libros también, condenándolos a las tinieblas.

—¡No! —susurró el futuro.

El Jardín de Infancia había quedado destruido.

Así que volvieron a hacer que Milena enfermara y aquella vez vencieron los virus.

Milena no recordaba nada de aquello tampoco. Recordaba que había salido más pequeña, más limpia, pálida y lánguida y muy callada, con todo un mundo de conocimientos metido en la cabeza junto a varias habilidades para el cálculo.

—En fin, tenías ya hora para la Lectura —dijo la Cuidadora Jefe—, pero no pudimos mandarte de lo enferma que estabas. Por supuesto, sólo te hemos administrado virus educativos. Los defectos de personalidad sólo pueden tratarlos los Médicos, y lo hacen después de la Lectura. Estoy segura de que pronto se te asignará una nueva cita. —La Enfermera Jefe le sonrió como a una igual, Milena era ya una adulta—. Nos alegramos de que la información agarrara por fin. Debes sentirte en la gloria.

—Sí, claro —dijo Milena con voz embotada.

—Y parece ser que el hecho de que no hayas sido Leída no ha impedido tu Ubicación. Vamos a tener que llamarte *Jack Horner*[8]. Ha obtenido usted un Chollo, señorita Shibush. Ha sido usted Ubicada como aprendiz en el Zoo, el Teatro Nacional. Es una de las mejores Ubicaciones que se han visto aquí en la Facultad de Medicina. —La Cuidadora alargó el brazo y estrechó la mano de Milena—. Estamos todos muy orgullosos de usted, señorita Shibush.

No le sorprendió la falta de reacción por parte de Milena, ni que la cara le colgara como si estuviera muerta, ni que tuviera los labios apretados y retraídos. Había visto la evolución de la enfermedad de Milena y lo que le sorprendía era que hubiera sobrevivido.

Al igual que el Árbol del Cielo, Rose Ella le había hecho un último gran favor antes de desaparecer para siempre de su vida. Había ido a testificar ante el Tribunal de Ubicación de Milena. Moira Almasy había formado parte del mismo también, en representación del Zoo. Milena había sido la misión especial de Rose Ella. Años después, Moira Almasy le contó lo que Rose Ella había dicho de ella:

—Me cuesta imaginar —dijo, dirigiéndose al Tribunal con frialdad y en tono profesional— una ocupación a la que pudiera dedicarse productivamente una persona tan impedida como la Señorita Shibush, que no sea el trabajo en el teatro.

Así que Milena salió de la Facultad de Medicina para siempre, pisando las calles recién limpiadas, libres por completo ya de escombros, como su memoria. Checoslovaquia quedaba ya muy atrás, codificada en otra lengua. Sus años ingleses no existían ya para ella, sencillamente. Su personalidad había quedado destruida. Serían necesarios seis años, hasta encontrarse con Rolfa, para poder reconstruirla. Se sentía sucia. Le parecía que su cuerpo estaba plagado de virus. Quería lavarse.

El sol y las nubes y el nuevo empedrado y las coles aplastadas contra él, le resultaban planos, pesados y lentos. Los virus le susurraban, como si fueran fantasmas. La amenazaban con decirle el nombre de la calle, cuándo había sido construida, los nombres de los arquitectos que la habían hecho y los de los hombres

de estado que habían dormido alguna vez allí. Milena salió de la Facultad de Medicina y se adentró en aquel mundo estático. Era libre, no había sido Leída, pero sí adecuadamente Ubicada. Había escapado. No sentía alegría. Ahora era adulta y el mismo mundo había envejecido.

No se enteró hasta varios meses después de que el padre de Rose Ella había muerto a causa de la tormenta mientras regresaba de Cumbria trayendo piedra.

Le había caído un árbol encima.

Años más tarde, bailarían los Cangrejos Monstruos entre los árboles y las flores de Hyde Park.

Avanzaban clavando las puntas de las patas y manteniendo en el aire sus enormes pinzas delanteras. Bailaban delante de la Ciudad Prohibida. Los Cangrejos Monstruos dominaban el mundo. Eran enormes y anaranjados y tenían los ojos diminutos.

Los Monstruos eran anaranjados porque los había hervido. Thrawn no había sido capaz de imaginar unos cangrejos, así que Milena fue a comprarlos al mercado, los cocinó y les extrajo la carne para hacer con ellos unas marionetas. La cocción les cambió el color. Los Monstruos eran unos caparazones huecos y muertos.

Las princesas chinas vinieron gateando por el césped bajo un cielo azul y rojo. Eran interpretadas por niños chinos, pero al convertirlas en hologramas habían sido representadas con enorme tamaño para que pudieran ser vistas. Eran niños gigantes que cantaban una antigua canción como un lamento que rogaba por el mundo. El espectáculo estaba siendo presentado ante un público formado por niños a los que se les había permitido quedarse levantados hasta tarde y para aquellas personas que tenían un hijo dentro, que tenían un mundo oculto dentro de ellos.

Los niños se callaron. Estaban esperando. Las estrellas se mecían ahí arriba, protegidas por el viento.

Entonces hizo aparición Bugs Bunny.

Él también era enorme pero plano, era un dibujo. Bugs entró bailando, con una especie de bamboleo chino. Lanzó a los espectadores una mirada de perspicacia, con los ojos entornados. Se puso a cantar una canción china haciendo gorgoritos con voz de gángster americano.

Los niños espectadores lanzaron gritos de júbilo y de incredulidad. Bugs se detuvo para morder la punta de una zanahoria y siguió cantando con la boca llena. Fue bailando alrededor de los Cangrejos Monstruos y metió una zanahoria en las fauces a cada uno. Se pusieron bizcos.

Al lado de Milena, en la oscuridad, Moira Almasy sacudía la cabeza mientras se tapaba los ojos con la mano. Pero a la vez, estaba sonriendo. Milena miró a su alrededor. Todos los rostros mostraban una mezcla de placer y vergüenza, estaban encantados pero se sentían confusos.

Bugs encendió todas las velas como si fueran puros. Las zanahorias sisearon un momento y luego explotaron en las caras de los Cangrejos. Se quedaron atónitos, con las caras ennegrecidas. Bugs les dio un beso manteniéndose en el aire con el batir de sus pies, que movía como si fueran alas. Y luego desapareció con un zumbido. Los Cangrejos se lanzaron tras él.

Thrawn McCartney estaba apoyada contra Moira, sonriente. Era una sonrisa de complicidad, que sugería que Milena y ella habían puesto en escena una obra ampliamente reconocida y que había supuesto un triunfo profesional.

Thrawn llevaba toda la noche con aquel numerito. Había sido uno de los que mejor le habían salido. Toda la noche había estado diciendo «nosotras», siempre eran las dos, «nosotras», lo que sugería una asociación entre iguales. Había sido la portavoz del equipo, había sido directa, brillante y conciliadora y había hecho que Milena se sintiera pequeña, tensa y anodina. Cuando se sentaron entre los guardianes del Zoo, le lanzó a Milena un guiño y le hizo un gesto de triunfo con el pulgar hacia arriba.

Pero ahora había algo nuevo en la sonrisa de Thrawn.

Era una sonrisa relajada. Los tendones y los músculos del cuello y el pliegue cutáneo que solía tener alrededor de la boca parecían haber desaparecido, como si hubieran sido una enfermedad. La sonrisa era brillante, juvenil, y estaba llena de cariño. De cariño por Milena.

Milena le devolvió la sonrisa aliviada: aliviada de no tener que disimular al menos por una vez, aliviada de que al menos por una vez Thrawn hubiera conseguido hacer brotar en ella una sonrisa auténtica. Durante tan sólo un instante pudo vislumbrar lo que aquello hubiera podido ser.

Bugs estaba pintando una verja en las antiguas paredes de piedra de la Ciudad. La rellenó de negro y se metió por ella. Los Cangrejos Monstruos intentaron seguirle y se dieron de cabeza contra las piedras. Para ellos, la puerta estaba siempre cerrada.

Bugs dio una patada en el suelo tras ellos. Llevaba en las manos una caja en la cual había un ideograma chino que decía «fuegos artificiales». Bugs metió en ella una de sus zanahorias silbantes y se marchó.

El cielo se llenó de flores de fuego de color rosa y verde que se abrían en un estallido, entre el ruido de la pólvora y del retumbar de las explosiones. Se levantó un humo blanco.

Y entonces, apareció el Barco Dragón entre la luz tenue y el humo en movimiento. Era una bola ligeramente curva de cordón escamoso. Eso fue todo lo que Thrawn había sido capaz de imaginar.

Pero de pronto, el cordón empezó a deslizarse y a desenrollarse, las escamas se enfrentaban unas a otras y la luz reflejaba en ellas un color amarillo. Aparecieron unas garras, unas grandes patas de pollo con uñas de acero. Y súbitamente, la cabeza

se hizo visible. El Dragón tenía cara de perro pequinés y un pelo largo y plateado. Meneó la cabeza y soltó un rugido mostrando sus colmillos de tiburón y azotando el pelo como si fueran látigos gigantescos que restallaban en las puntas. Milena se quedó mirando fijamente a los ojos del Dragón y se dio cuenta de que estaba vivo, como si hubiera nacido a partir de su propia piel.

No era el dragón de Thrawn. Aquel dragón se le había aparecido a Milena suplicándole que lo trajera al mundo y en el último momento Milena había superpuesto la imagen en la grabación. Milena había querido decírselo a Thrawn, pero por una causa u otra nunca era el momento apropiado. Y ahora la estaba mirando fijamente con una furia helada, sin rastro de la sonrisa y con las negras ojeras bien marcadas alrededor de sus ojos. «Ya estamos otra vez», pensó Milena.

El Dragón, que era una hembra, juntó a los Cangrejos: eran sus hijitos caprichosos. Resultó que los Cangrejos eran niños también. El Dragón resopló y exhaló vapor por las escamas. Escupió fuego por la boca y se fue retirando hacia atrás en el cielo. Se llevó a los niños con ella para castigarlos.

Cuando se iba alejando y estaba ya cerca de las estrellas, Bugs les saludó con la mano. Tenía la capacidad de seducir y de engañar. Era el defensor de los niños, de aquellos cuyas únicas armas son el amor, el perdón y el llanto hasta que alguien les escuche.

Y ahí estaba Milena aquella misma noche. Después del espectáculo, después de que Thrawn le hubiera dado la espalda, después de haber hecho a pie el largo camino hasta casa. Estaba encendiendo la vela una vez más y la estaba colocando en el alféizar de su ventana. Era la vela de trabajar, la que había encendido durante su infancia. Confundía el amor con el trabajo. Y confundía el amor, o hablar de amor con la pérdida del hogar.

Ya tenía dinero para comprar una silla, pero seguía sin tener escritorio. Abrió el librote sobre el alféizar y se sentó. Cantó dieciséis. Llevaba un año y medio trabajando.

Milena recostó la cabeza sobre el libro abierto como si fuera el regazo de su amante. Quería trabajar, tenía que trabajar pero sentía que el mundo se cerraba, que se replegaba hacia la oscuridad. Se sintió impotente y se deslizó en el sueño. El tiempo la desplazó de donde ella quería estar.

Mientras tanto, los niños seguían en la calle cantando de alegría.

Capítulo 11

Fuerzas de atracción (Ramilletes de confusión)

La vela de trabajar se había consumido. Ya era tarde, tan tarde que el sol se había elevado sobre el tejado de la Shell y sus rayos invadían la habitación de Milena. La despertó un toquecito suave en la manga. Levantó la cara de la Comedia y se dio la vuelta.

Moira Almasy estaba en la habitación. Milena tenía la vista nublada por el sueño y porque le había entrado polvo en los ojos. Le daba la sensación de que Moira Almasy despedía una luz tan brillante que hacía desaparecer sus rasgos y todas sus líneas de expresión y arrugas. Tenía el pelo prácticamente blanco.

—Milena —dijo Moira Almasy con una voz que tenía algo de susurro—. Milena, ha pasado una cosa.

Milena se incorporó en la silla, tocándose el pelo. Lo tenía lacio y recogido en una cola de caballo, como siempre. Moira le estaba tendiendo un fajo de papel y en el suelo había otro buen montón. Milena cogió lo que le ofrecía y se quedó mirándola fijamente.

Era una partitura y en la parte alta aparecían escritas las palabras:

Divina Commedia
Cantiche
Inferno
Canto I
Piccolo
2 Flauti
2 Oboi
Corno inglese
Clarinetto piccolo (Es)

Por un momento, aquello no le dijo nada.

—Anoche, después del espectáculo —dijo Moira—, todos los Terminales recibieron una llamada. Les dijeron que cogieran papel y lápiz. Se abrieron los almacenes y las retiradas quedaron registradas.

2 Clarinetti (Si)
Clarinetto Basso
2 Fagotti
Contrafagotto
4 Corni (Fa).

3 Trombe (Si)

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Milena sin alcanzar del todo a comprender. No era su música.

—El Consensus —dijo Moira—. El Consensus ha puesto música a la Comedia. Los Terminales, todos juntos, anoche. Lo han escrito todo: dos Cantos cada uno.

—¿Qué los han escrito todos? ¿Los cien? —Milena se sintió aturdida, dividida entre muchas y diferentes emociones. «¿Todo, completo —pensó en todo el trabajo que ella había hecho—, todo?».

Moira asintió con la cabeza, enmudecida de asombro.

Milena se arrodilló en el suelo junto al montón de papel. Tenía la altura equivalente al largo de su antebrazo, por lo menos. Rebuscó entre los papeles hasta encontrar el Canto Ocho. Tenía curiosidad por saber cómo podían las trompas ser a la vez lúgubres y esperanzadoras.

—Falta la línea vocal.

Sólo estaban los instrumentos, hasta que Dante le hacía a Virgilio la pregunta: «*Questo che dice*?».

La narración iba a ser cantada.

—¡Eso eran las notas rojas! —exclamó Milena.

La mayor parte de la poesía se había hecho muda, se había convertido en música.

Los virus de Milena reprodujeron la música que aparecía en la página y ella la escuchó, las retorcidas trompas, las profundas y oscuras aguas con olor a cadáveres y a putrefacción. Pero la luz arrancaba destellos en la superficie del agua y también en la superficie de la música. Incluso aquí, atravesando el río de la muerte camino de la Laguna Estigia, había una finalidad, había justicia.

Milena se echó a temblar.

—¡Ay Marx y Lenin! —dijo—. ¡Ay Marx y Lenin!

Fue de Canto en Canto. La música florecía. Era de hermosos colores y penetrante como un aroma embriagador. Eran combinaciones de sonidos que ella jamás hubiera sido capaz de imaginar.

—Es maravilloso —dijo rompiendo a reír y sacudiendo la cabeza—. Es todo una maravilla.

Algo se despertó en su interior y se levantó dando gritos de alegría. Se puso a dar saltos en su diminuta habitación mientras Moira sonreía abiertamente, complacida.

—¡Moira, Moira! —chilló Milena abrazándola.

Ella soltó una risita de gusto.

Puso las manos sobre los hombros de Milena y la miró a los ojos fijamente, diciendo:

—Esto significa que el Consensus quiere que lo pongamos en escena. Y vamos a hacerlo, Milena.

Milena se tapó un ojo, como para protegerse del exceso de buenas noticias.

—No me lo puedo creer —dijo sencillamente.

El mundo entero cambió a su alrededor. Sintió que en aquel preciso instante había cambiado su lugar en él. La ópera iba a existir, iba a convertirse en realidad y Milena iba a formar parte de aquello de alguna manera. Había conseguido algo en la vida.

—Estamos todos impresionados, y con razón —dijo Moira—. El Consensus no había intervenido nunca de forma tan directa en el arte hasta este momento. Hoy mismo tenemos una reunión, más tarde, a eso de las tres. Te puedo dejar la partitura por si quieres leerla y pensar en ello.

Milena no fue capaz más que de asentir con la cabeza. Sí, sí, claro, por supuesto que sí. ¿Podría ella traerla a la reunión? Era mucho peso. Milena siguió asintiendo. Llevaba tanto tiempo arrastrando una carga que no iba a notar la diferencia. Sí, sí, la palabra de consentimiento, que no es la misma que libertad.

En el alféizar de la ventana de Milena había una naranja tan redonda y perfecta como el mundo. Mientras leía la Comedia de principio a fin, mientras todos sus ríos y sus afluentes corrían hacia un inmenso océano, Milena se comió la naranja, aspiró su aroma y sintió en su piel cómo le salpicaba el líquido pulverizado de la cáscara. Y miró por su estrecha ventana hacia el cielo y vio las nubes.

Las nubes eran blancas y menudas y se movían como si las desplazara la música de la Comedia. Más allá, el cielo estaba azul y Milena vio que era infinitamente profundo tras la neblina de luz.

El tiempo tiró de ella y Milena fue arrastrada hacia el cielo, dejando atrás la naranja, el manuscrito y su habitación.

Y Milena se encontró mirando hacia abajo desde el cielo.

El cielo era una fina capa de niebla azul que parecía que pudiera pelarse, como la piel de una naranja, dejando a la Tierra expuesta y desprotegida.

Ahí abajo había un bosque. El bosque era como una alfombra hecha con miles de agujas verdes. Milena podía casi distinguir los árboles uno por uno. Estaban flotando sobre el Amazonas y veía los Andes que se alzaban al Oeste, por encima del horizonte, cuyos picos brillaban en rosa con la luz del amanecer.

En las paredes del Bulto estaban creciendo unas plantas. Eran pequeñas flores de montaña, menudas y con pálidos capullos y espinas. Eran las flores de Checoslovaquia. El Bulto recordaba el código que las generaba. La misma hélice que codificaba la vida, codificaba la información. Tenía la capacidad de generar tanto carne como pensamiento.

La vida era un juego de palabras.

La nave estaba viva y ligada a Milena. Conocía sus deseos y podía consultar sus virus para obtener códigos genéticos. Luego, mediante el pensamiento, conseguía

alterar el código genético de sus propias células. Hacía crecer flores en su propio cuerpo, combinando la memoria y el deseo.

Lo mismo que Milena estaba a punto de hacer.

Estaba sonriente, ya no sentía el mareo de la ingravidez, sino expectación y nerviosismo. El equipo de Reforma iba a ser sometido a una prueba. Se iba a proyectar una única imagen, Milena iba a imaginarse una rosa. Iba a ser la rosa que cubriera el cielo que estaba bajo ella.

—¿Y después, qué? —preguntó Mike Stone, que estaba de pie y totalmente inmóvil tras ella.

Su mente era la que mantenía al Bulto en órbita.

—Bueno —respondió Milena—, como el área de enfoque es enorme, el Consensus va a ayudarme a trazar el mapa.

—¿Cómo? —dijo Mike Stone.

—Con un Ángel —dijo Milena. Sintió un súbito cosquilleo bajo el cuero cabelludo, justo donde había sido conectada como Terminal—. Ahora, está a punto de suceder.

Recibió la información, aunque no en palabras. La información era como un peso de hierro delicadamente situado en su frágil carne. Era como si todo el peso del universo le estuviera susurrando, como si todos los huesos de los pómulos y las sienes le crujieran y le infligieran dolor.

El Consensus había hablado.

Algo resultó liberado, como si hubiera respirado formando una pompa. Era algo pequeño, como una pepita de naranja, y Milena sintió alivio. La gran voz se había retraído. Milena tuvo la sensación de haber dado una voltereta, de que algo se aproximaba dando vueltas.

—Aquí está —susurró—, es el Ángel.

Fue como si algo se abriera dentro de su cabeza.

Parecía una cortina que se tornara negra. Las paredes de gamuza del Bulto, la lente de la ventanilla, las estrellas y la Tierra, todo pareció abrirse y se encontró en otra existencia.

No había luz ni sonido, tan sólo sensaciones. La sensación era algo parecido al tacto. Pero el tacto se desplazaba por unas líneas, unas líneas tensas que discurren entre las cosas. La consciencia se extendía a lo largo de ellas y cuando el pensamiento se movía, las líneas se rasgaban, como lo hacen las cuerdas de un instrumento musical.

La Tierra era una esfera de líneas cuidadosamente ovilladas que partían desde ella en todas las direcciones. Las líneas del tacto se alzaban hasta las estrellas y se replegaban sobre sí mismas hacia el mismo centro del Sol, formando un nexo a ocho minutos de distancia. Las líneas atravesaban el cuerpo de Milena y el del Bulto y los

sujetaban a ambos mientras caían dirigiéndose hacia la Tierra mientras ésta se alejaba.

Esas líneas eran la gravedad. En la quinta dimensión, la descripción matemática de la gravedad y de los fenómenos electromagnéticos era la misma. Infrarrojo, ultravioleta, masa y pensamiento. Todo era una misma cosa. El Universo también era un juego de palabras.

«Es una red —pensó Milena—. El Universo es una red, como las que tejen las arañas».

Se oyó una voz que gritaba: «¡Hola, hola!». No había sonido, pero las palabras resonaron como música que surgiera de las líneas. Y de las líneas surgía también otra consciencia que formaba parte de ella, una personalidad que estaba impresa en la gravedad, y en la que pensamiento y gravedad eran una misma cosa.

El Ángel se acercó a ella dando volteretas entre las líneas, haciéndolas vibrar. El Ángel rió y la risa se propagó a través de las líneas. Aquella risa se parecía al sonido de un violonchelo que estuviera tocando un niño sordo.

—Ondas ligeras —dijo el Ángel—. Rayos X, ondas de radio. Todas están aquí. ¿Qué te parece? ¿A que es precioso?

—Tú eras humano —dijo Milena en voz alta.

—Bueno, psé —dijo el Ángel—, supongo que eso es mejor que llamarme araña.

Milena estaba viendo una cara en el recuerdo. El ángel estaba enseñándole un recuerdo. Vio la cara de un hombre alegre, pelirrojo y con la cara demacrada, una cara entrada en años. Estaba poniéndose una corbata, cien años atrás.

—Te llamabas Bob —dijo Milena.

—Lo has pillado a la primera —dijo el Ángel—. Bob *el Ángel*. Es para mí un honor y un privilegio, Milena, un honor y un privilegio. Feo y avejentado, ¿verdad? Si me permites, la mujer no era tampoco una pintura al óleo.

Y surgió otro recuerdo de la gravedad. Milena vio el rostro sonrosado de una mujer sonriente con papada y una impoluta dentadura postiza.

—Pero a ti te gusta —dijo Milena aliviada.

A él le gustaba ser un Ángel.

—¡Ay, no lo cambiaría por nada del mundo! Bueno, hay una cosa. Me encantaría que mis hijos hubieran sabido lo que llegó a ser su viejo —dijo, e hizo vibrar las líneas de gravedad.

Había deseado ser músico. Al salir del trabajo actuaba en bares. Tenía tres hijos y cuando se acabó el mundo tenía sus fotografías encima de su escritorio. Milena pudo ver también las fotografías. Tres alegres niños rubitos con la piel de antes de la rodopsina, del color de un flash de cámara de fotos.

Milena notó algo más. Más allá de todos los recuerdos y entre las palabras, había algo más que nadaba como un pez en aguas abisales.

—Eres un Compuesto —dijo Milena cayendo en la cuenta.

Habían dado a Bob una parte de la personalidad de otro.

—Sí, ése es mi compañero, George. Un tipo callado. Era astrofísico nuclear —dijo Bob, e hizo un «pop» con la boca.

«Sigue hablando para tranquilizarme».

—Cierto. ¿Estás segura de que todo esto no es demasiado para ti?

Milena sacudió la cabeza.

—George, saluda. ¿Lo ves? Callado. Soy yo quien tiene que hablar siempre. George no dice nada nunca. Así que resulta raro tenerlo ahí dentro, enredado conmigo. Es que de vez en cuando me pongo a hablar en parsecs. ¿Estás lista, Milena?

Asintió. Podía percibir el placer que él sentía.

—Mira esto. Quiero que lo veas.

Y entonces, el Ángel volvió a lanzarse hacia fuera contra las líneas.

Pasó entre ellas, como lo hace una onda entre unos surcos, acelerando. Se precipitó a toda velocidad por ellas creando una distorsión. Milena pudo ver que había tráfico de Ángeles. Estaban todos subiendo y bajando por las líneas, cogiendo velocidad en dirección a las estrellas. Bob salió disparado hasta más allá de ellos, atravesándolos. Y ellos se estremecieron para saludarle.

También había tráfico de luz. Al principio, Milena no lo reconoció. Tan sólo se dio cuenta de que había algo en las líneas que se abría camino con un zumbido en dirección opuesta al sol. Chocaba contra la Tierra y salía despedida de su superficie con una vibración, dispersándose en el espacio como diminutas y serpenteantes flechas. Milena pudo percibirlas también. Notó cómo se dispersaban en el espacio. La luz formaba parte de las líneas.

Y Bob iba de línea en línea balanceándose, deslizándose, dando volteretas y sacudiéndose con la risa silente de los Ángeles. Giró como de puntillas y luego, como estaba hecho de gravedad, sujetó contra sí fuertemente las líneas y éstas se engancharon en la luz, atrayéndola también hacia dentro.

—Cielo, abre los ojos —dijo el Ángel.

Milena no se había dado cuenta de que había tenido los ojos cerrados. Los abrió y vio la Tierra con ojos humanos.

Contempló la Tierra a través de una lente gravitacional. Fue como si la mirara a través de la base de una copa de vino. Vio sus mares azules y sus nubes blancas, su fino y endeble manto de aire, todo ello lo vio como una serie de halos, como anillos de luz.

Y el Ángel soltó todas las líneas y el Universo pareció explotar. Milena se quedó con la boca abierta y se echó a reír como si estuviera ebria. Sabía que tenía los ojos chispeantes, embriagados de placer.

—Yo diría que no ha estado mal —dijo el Ángel.

—Maravilloso —dijo Milena sacudiendo la cabeza.

—Así me gusta. A mí me encanta esto, estar aquí afuera, de verdad que me encanta. ¿Te imaginas que todo el mundo pudiera ver esto? Dejaría de existir la maldad, ¿no crees? Nada de esa basura: «coja el número 92 y póngase a la cola». Nada de «¡Eh, tú!» si se te cae un abrigo del perchero.

Las líneas eran el pensamiento y tiraban del sol y de las estrellas, de la Tierra y del Bulto y los mantenían unidos mediante las fuerzas de atracción.

—Lo estamos conceptualizando —dijo el Ángel—, y con ello quiero decir que… ¡Ah, toma!

Le pasó una especie de telegrama telepático que mostraba a unos Ángeles que se alzaban desde la Tierra y atravesaban la inmensidad en dirección al cielo. Eran caravanas de Ángeles como gotas de agua que se deslizan por una telaraña. Los que estaban más adelante transmitían la sensación del lugar en el que estaban a los que se encontraban más atrás y así sucesivamente, de uno en uno hasta llegar al Consensus. Estaban construyendo un mapa mental de las líneas.

El mapa estaba hecho a una escala de uno a uno y se superponía a la realidad. Para cualquier propósito o finalidad, era la realidad. El hecho de que las líneas llegaran hasta tan lejos suponía que cualquiera de los que formaban parte de la red tuviera la capacidad de sentir hasta aquel alcance. Milena estaba tocando las estrellas. Sintió cómo titilaban igual que si las estuviera tocando con la punta de los dedos.

El mapa era finito. Había una frontera más allá de la cual los Ángeles no habían viajado, pero el mapa se extendía a la velocidad de la luz, como una gelatina temblorosa.

—Acabamos de llegar a Sirio, a ocho coma siete años luz de distancia. Lo siento, George. Jodidos parsecs. El que insiste mucho en lo de los parsecs es el viejo George. Así que tenemos el Can Mayor y también tenemos a Alfa Centauro. No está mal, aunque tampoco es para tirar cohetes.

Los Ángeles se desplazaban a la velocidad de la luz, de manera que viajaban hacia atrás en el tiempo. Pasaron el mapa para atrás a menor velocidad, hasta llegar a su futuro. Deformaron la gravedad para romper los asteroides y los comprimieron aplicándoles calor hasta derretirlos y extraer el metal hacia el espacio, donde lo retorcían como si fuera plastilina y lo enfriaban para enviarlo a la Tierra.

—Entonces, ¿cuánto tiempo falta para que regresemos al principio? ¡Bah! El suficiente. Será antes de que el sol se convierta en Nova. ¿Y qué nos llevaremos con nosotros? Sólo a nosotros mismos, la gravedad y el tiempo. Voy a decirte una cosa, Milena. Yo solía pensar que estaba hecho de carne. Luego llegué aquí arriba y pensé: «No, no soy de carne. Estoy bastante enrarecido. Estoy hecho de gravedad y de tiempo». La gravedad crea la carne y la gravedad crea el pensamiento. El tiempo crea

los sucesos. Estamos suspendidos entre el tiempo y la gravedad, como si fuéramos cuerdas de tender la ropa. Cuando regresemos al principio, cuando lleguemos allí, el único suceso que quedará seremos nosotros. Gravedad en el vacío cuántico con el tiempo justo para que algo suceda. Y luego ¡booooom! Iniciamos el Universo. ¡Mira esto!

El Ángel se dividió. Se abrió en gajos como si fuera una naranja. Incluso despidió un sabor que salió pulverizado, una bocanada refrescante de personalidad. Se extendió rompiéndose en individualidades cada vez más pequeñas que subían, bajaban e iban de un lado al otro, de forma que todo su ser vibraba a lo largo de las líneas.

Estaba dando forma a un cubo. Se fue liberando a sí mismo a intervalos regulares, como si estuviera poniendo huevos, y cada punto decía un número a gritos.

—¡Más uno! ¡Más uno!

—¡Menos dos! ¡Menos dos!

—¡Cincuenta y cinco! ¡Cincuenta y cinco!

Entonces habló Bob con tres grandes voces a lo largo de los tres ejes: alto, ancho y profundidad. Era una gráfica. Las tres voces de la gráfica dijeron:

—Yo les llamo mis Querubines.

Los Querubines chillaron como las gaviotas, deseosos de ser escuchados y de resultar útiles. Eran criaturas limitadas, con reducido tamaño y escasa información. Un fragmento de la totalidad que reproducía el burdo diseño de la totalidad. El área definida delimitaba claramente una mitad de la Tierra que se iba hinchando como una gran cúpula. Los polos y dos puntos del ecuador rozaban los límites exteriores del cubo.

—Venga, Milena —dijeron las tres voces.

Mientras, Los Querubines seguían exclamando:

—Más siete. Más siete. Cuatro con diecinueve. Cuatro con diecinueve.

—Todo tuyo, Milena.

—Menos uno, ay, dos, dos. Menos uno, ay, dos, dos.

—Ahí tienes tu escenario.

Milena miró hacia la Tierra girándose lentamente hacia la superficie que ahora tenía bajo su control. «¡Ah!», pensó. Y el pensamiento fue demasiado nostálgico y vago para ser calificado de consternación. Contempló la belleza y la inocencia que había abajo y vio la oportunidad. El pensamiento era como el arrepentimiento.

—Se llama Comedia —dijo la gráfica—. ¿Es graciosa?

—Graciosa, no —dijo Milena—. Simplemente alegre, que no es lo mismo.

Milena se quedó callada y se reclinó hacia atrás.

Contempló el mundo azul con ojos humanos y pudo sentirlo a través de las líneas, pudo sentir su arrugada superficie tan parecida al rostro de una anciana.

—Es demasiado grande —dijo con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres, cielo?

—Es… pecaminoso.

Había espacio vacío y puro y ella iba a llenarlo con un espectáculo. ¿Hay alguna flor que se llame Orgullo?

«Me llamo Milena Shibush. El apellido es libanés, pero mi familia era de la Europa del este. Mi padre murió y mi madre también murió. Los mataron los virus. Nosotros somos el único virus».

El Querubín enmudeció. Los tres ejes se pusieron a hablar a la vez:

—No se trata solo de ti, Milena, ya lo sabes. Somos todos. El Consensus. Todos formamos parte del Consensus. Y él quiere que se haga esto. Él es quien está haciendo esto en realidad.

Las estrellas y el espacio negro que había entre ellas parecían decir que iba a ser una violación. Crear una imagen del tamaño del cielo para que pudiera verla medio planeta.

—Imagínate que Dios… —empezó a decir en un susurro, y cayó en la cuenta de que no sabía cómo terminar.

—Ésa es una palabra grande, enorme, solitaria —dijo Bob *el Ángel*—. No lo sé. Habla un lenguaje demasiado elevado. Demasiadas conexiones. ¿Cómo hablar con todas las estrellas a la vez?

—Tengo miedo —dijo Milena.

Todas las estrellas a la vez. ¿Cómo empequeñecer a todas las estrellas al mismo tiempo? Sólo la Tierra, la pequeña Tierra, podría ser humillada. Humillamos a lo que nos rodea. Nos humillamos a nosotros mismos.

—No hay un momento mejor que el presente, cielo. Lo único que uno tiene siempre es el presente. No se puede volver al pasado ni aventurarse en el futuro y esconderse en él. Sea cuando sea que lo hicieras, tendrá que ser Ahora.

—¿Se ha informado a todo el mundo? —le preguntó Milena—. ¿Sabe la gente que esto va a pasar?

—Por supuesto que sí, todo el mundo está preparado. Todos quieren verlo. Esto es un acontecimiento, nena, todo un acontecimiento. Todo el mundo está esperando que suceda.

—No quiero que nadie sienta miedo.

—Se van a quedar con la boca abierta de asombro y dirán «mira lo que somos capaces de hacer todos juntos». Pero no van a sentir miedo.

—Bob, ¿podrías desconectarte un momento?

—Claro, cielo, claro que sí —dijo el Ángel con aspecto ensombrecido.

Fue como si la conexión que tenía dentro de la cabeza se cerrara y de pronto se quedara con una sola visión, la del interior del Soldado Cristiano con el jardín que

crecía en sus paredes. Pestañeó. Había esperado que el Bulto le pareciera pequeño en comparación con el Universo y sin embargo le pareció inmenso, como si sus paredes fueran lejanas nebulosas. Mike Stone era del tamaño de Orión. Tenía las manos escondidas detrás de la espalda y estaba balanceándose nerviosamente sobre los tobillos.

—¿Pasa algo, Milena? —preguntó.

—No —dijo ella negando con la cabeza—. Son sólo los nervios. Es como un sueño.

—Tal vez esto te sirva de ayuda —dijo él. Se sacó de detrás de la espalda la rosa que Rolfa le dio. Era la rosa de los Jardines de Chao Li. Hasta osciló en su mano—. Acababa de verla creciendo en la pared. Tal vez te sirva como referencia.

—No —dijo Milena resuelta—. No, no necesito ninguna referencia para esto.

Ahí estaba, oliendo a otoño y con el borde de los pétalos oscurecidos a causa del frío. Era una rosa pálida veteada en rojo, una rosa imperfecta. Milena pestañeó y de repente le salieron gotas de rocío. Vamos a llamarlas gotas de rocío.

—¿Milena? —dijo Mike Stone extrañado.

«¿Por qué? —pensó ella—. ¿Por qué tengo la rosa, Rolfa, y no te tengo a ti? —La pena se le había agarrado a la garganta haciéndole daño—. Tengo el libro, tengo la rosa y tengo la música, pero no te tengo a ti».

«Así que quieres cubrir el mundo, Consensus. Quieres que todas las estrellas te vean en todo tu esplendor, ¿verdad? Pues venga, hagamos que lo vean, hagamos que vean aquella rosa que matasteis. Queríais su música, pero la queríais sin ella. Así que voy a hacer que te hartes de ella, Consensus. Toma. Asfíxiate. Ojalá que las espinas te desgarren la garganta».

—De acuerdo, Bob, de acuerdo —dijo ella—. De acuerdo, de acuerdo.

El Ángel se le acercó asombrado.

—¿Milena? —preguntó—. ¿Qué pasa?

Intentó cerrar su mente para él.

—¿Lo quieres o no lo quieres?

—Ojo, ya sabes que será una rosa fría. No quemará por mucho que tú lo desees.

—Hay gente esperando. Quieren ver el espectáculo.

—Muy bien —dijo el Ángel calmándose—. Pero prométeme una cosa, que después hablaremos, ¿vale?

—Que sí, que sí, venga —dijo Milena intentando hacerle ver que su concentración era algo que había que aprovechar e intentar dominar, como si de un caballo salvaje se tratara.

—Empieza la cuenta atrás —dijo dividiéndose de nuevo.

El Querubín volvió a surgir, el ojo de su cabeza se abrió y ahí estaba el arpa y los millones de líneas entrecruzadas.

—Ahora —dijo.

Y todos los Querubines tiraron como si fueran una red, captando las flechas que partían del sol y de la luna. El Querubín era como unos prismas que captaban la luz, la refractaban y la dirigían hacia sí mismos, atravesada por las flechas como si estuviera atravesada por el pecho y muriera de amor.

El Querubín asesinó, el amor murió. Y el amor muerto regreso multiplicado. Siente la explosión. Consensus, esto va por ti. Ahí va. La imagen de su mente, el tacto del suave y verde tallo, las espinas marrones, el ligero aroma, la emoción, el olor a rosas y a cagadas de pájaro del agua del estanque y los gansos que pasaban volando por encima, la leve caricia que le hizo el pelaje de Rolfa en el brazo, y la rosa.

El recuerdo captó la luz y se sustentó en ella. La lente era la gravedad y la gravedad era pensamiento y el pensamiento era el recuerdo. La luz se filtraba a través del recuerdo.

Volvía a tener los ojos cerrados. Los abrió y miró a través de la ventana del Bulto, la ventana parpadeó y cuando se desempañó hubo una explosión de luz rosa que llenaba la ventana, luz rosa que temblaba como gelatina, como si fuera a llenar el Universo. Luz rosa que caía sobre sí misma, que daba vueltas sobre sí misma tomando forma, enfocándose.

Milena emitió un grito ahogado: *Rosa mundi*. Rosa del mundo. Ahí estaba su rosa, por encima de la Tierra, llenando el cielo. ¿Lo ves, Rolfa? ¿Ves lo que es? ¿Ves lo que significa? Una rosa de luz del tamaño de medio planeta. La rosa de su recuerdo era también una rosa de rabia.

Se está alzando sobre las montañas como un nuevo sol floreciente. En otros sitios más bajos, al mediodía, se ve difusa y pálida allá arriba en el cielo azul, como se ve la luna por el día, de un color rosa blanquecino y con las sombras del mismo color azul que el cielo que la rodea. Será un destello de rosa tras los monzones en el sur, donde los veo pasar barriendo en forma de arcos toda la línea de costa. Y al este se pondrá como el sol, con nubes alargadas sobre su superficie, que se irán tiñendo de rosa. En algunos lugares el sol brillará a través de ella y parecerá que el sol lleva puesto un collarín. O una corona. Medio mundo mirará hacia arriba, la verá y se maravillará con su brillo y su brillo sale de mi cabeza, procede de mi memoria.

La Tierra que está siendo humillada es tuya, Consensus.

—Es grande, Milena —dijo Mike Stone.

—De eso se trataba, Mike —dijo ella haciendo una mueca.

—Las rosas no suelen ser grandes —dijo Mike Stone.

—Ya —murmuró Milena casi tan silenciosamente como el Ángel.

La rosa era enorme y estaba furiosa, y los retorcidos pétalos blancos parecían unos labios carnosos.

«Es un monstruo —pensó ella—, como los Cangrejos».

Se suponía que no tenía que ser una rosa de arrogancia, de egocentrismo ni de rabia. Se suponía que tenía que ser una rosa de amor y una rosa de amor es pequeña, lo suficientemente pequeña para que alguien pueda tenerla en la mano. Se suponía que esto iba a ser un regalo.

Y entonces pensó: «Un regalo para veintidós mil millones de personas, tanto para los adultos como para los niños, ¿una rosa para cada uno de ellos?».

Una rosa para cada uno de ellos.

—¡Ahora! —susurró.

La rosa se disolvió. Se rompió en mil pedazos y se esparció como el Querubín.

Cayó en forma de lluvia, como si todo un continente se hubiera convertido en rosas.

Ella que había aprendido a mantener los virus a raya y que había leído a Platón a los seis años, ella que era capaz de recordar todos y cada uno de los detalles de ciento cuarenta y dos producciones, sería también capaz de concebir veintidós mil millones de rosas. Las sujetó con la mente y las mantuvo en el espacio mientras caían, escuchando el tintineo que hacía el Querubín al pasar los números como pasan los pisos en un ascensor.

Milena envió rosas a los continentes poblados. A Londres, a París, a China occidental, a Burdeos y a las Montañas de los Andes. Las dirigió hacia las sombras, más allá del cubo, y se derritieron como copos de nieve. Aun así, en su mente, podía imaginárselas cayendo.

—Éstas son para vosotros —dijo a la gente que estaba ahí abajo.

Empezó a escuchar la música dentro de su cabeza, la música de la Comedia, la del final, que no era graciosa sino alegre, grandes oleadas y repiques de música, tambores, cuernos y violonchelos. Todas las notas le resultaban familiares.

La luz que estaba bajo ella se transformó súbitamente en sonido. El gran coro llenó los poco profundos cielos de la Tierra. Y las diminutas rosas empezaron a caer, eran suficientemente pequeñas para caber en una mano, aunque atravesaron las manos que intentaron sujetarlas.

Las rosas caían de las nubes, caían del sol, pasaron a través de los tejados de las sinagogas y de los templos, rosas fantasmagóricas, tan inmateriales como el amor a partir del cual habían sido creadas.

La visión la invadió. La visión la sostuvo. Milena se quedó sentada con la mirada fija, embelesada. La música martilleó y rugió hasta el final y el coro cantó:

El amor que mueve el sol y las demás estrellas.

Mantuvo las rosas quietas un momento. Quedaron suspendidas donde se encontraran, en medio de las montañas, en las cárceles, en las ramas de los árboles o

sencillamente en el aire, inalcanzables. Y luego las borró.

—¡Veintidós mil millones! —gritó, y dio un giro en la silla—. Eso es más que las almas que contiene el Consensus. Las flores adicionales fueron para los que aún no habían sido Leídos. Fueron para los niños.

El Querubín estaba dando alaridos de placer. Había resultado útil. El Soldado Cristiano se aglomeró en torno a ella ansioso por recibir sus órdenes, deseoso de volcarse por entero en hacer crecer rosas, en convertirse en un jardín de rosas si es que eso era lo que Milena deseaba. Las partes que componían el Ángel giraron hacia los cables como los vilanos del diente de león y al chocar con ellos explotaron en una lluvia de gravedad: todas las líneas cantaron de júbilo. En algún profundo lugar, más abajo de la conciencia de Milena, había algo oscuro y monstruoso que se movía pesadamente, como una ballena. Era el Consensus. Incluso su placer resultaba tan pesado como un bloque de hierro.

Pero aquí, en el mundo en que vivía Milena, todo estaba oscuro y en calma. Bajo ella, en la bodega del Bulto, los compartimentos de gelatina temblaban como el mapa que estaban haciendo los Ángeles del Universo. Había cultivos de virus que salían de la gelatina en forma de filamentos humeantes en espiral. Los códigos del comportamiento y del recuerdo crecían en las paredes del Bulto resguardados del polvo y de la contaminación, en cuarentena espacial.

Milena había encontrado una plataforma para la Comedia en un jardín de virus. Y Mike Stone cuidaba de él.

La rosa del recuerdo se convirtió en una rosa de confusión. Crecía por todas partes. El Bulto parecía volverse loco, parecía estar guiado por el deseo. Al día siguiente, a la hora del desayuno, las *rosas mundi* cubrieron las paredes en infinidad de copias idénticas. Y en el suelo y el techo había también alfombras de rosas. Flotaban en un jarrón de hueso que el astronauta fundamentalista cristiano había creado en el Bulto.

Mike Stone estaba sentado frente a Milena, jugueteando con la comida. Tenía la cara arrebolada de amor y el amor le daba aspecto de tontorrón.

—¿Te gusta *Moby Dick*? —preguntó.

Todavía era temprano en su mañana artificial, y Milena tuvo que pararse a pensar en la pregunta para hallar una respuesta.

—No.

—A mí me pareció que las técnicas de pesca de la ballena eran muy interesantes —dijo—. Desde el punto de vista de la ingeniería.

—¿Crees que si le pidiera a Cris que creara una ballena pequeña para mí, dejaría de crear rosas? —repuso Milena con sorna.

—Creo que podría estar fuera de su alcance —dijo Mike Stone con las cejas arqueadas.

¿Sería posible que la hubiera tomado en serio?

Y a eso le siguió una larga explicación acerca de los límites de las proteínas. El Bulto se alimentaba de aminoácidos procedentes de las naves de aprovisionamiento y aprovechaba la energía de la luz del sol. Milena siguió comiendo en silencio y dejó que el discurso de Mike fluyera. Una parte de él le resultó novedosa, no estaba contenida en sus virus, y se dio cuenta de que de alguna manera, de alguna forma vaga e incipiente, le resultaba interesante. Mike Stone y ella compartían el mismo gusto por el detalle.

Mike Stone tenía una formación de virólogo. Él le decía al Soldado Cristiano los virus que tenía que usar y también controlaba y dirigía las mutaciones de su ADN. Lo mantenía en órbita y le decía cuándo tenía que descansar. Era capaz de sentir cómo se movía y suspiraba con sueños que eran parcialmente suyos. Él le aportaba una identidad.

—Lo hacemos todo juntos —dijo Mike, con aire tierno y avergonzado—, hasta reza conmigo todos los domingos.

Ya sabe que no tiene alma, pero reza por la mía. Siente que mi alma es la suya y quiere irse conmigo cuando me muera.

—¡Puaj! —dijo Milena delante de sus huevos revueltos. Ya era suficiente tener que absorberlos con una pajita.

—También quiere irse contigo cuando mueras, Milena —dijo Mike Stone con gesto cada vez más solemne y sincero—. Yo quiero irme contigo cuando mueras, Milena.

«¡Ay, maldita sea!», pensó Milena de pasada.

Yo también desearía ser tu Soldado Cristiano, Milena.

Maldita sea otra vez.

—Ya sé que tú no eres baptista posmilenaria y que por lo tanto estás condenada, pero rezo por tu alma, Milena, por lo que sé que hay de bueno en ti.

Milena se paró a pensar y mantuvo cerrada su bolsa de huevos que se estaban enfriando.

—Tengo que ir al váter —dijo, y salió huyendo.

Flotó hacia arriba, hasta el servicio.

Dentro de la puerta había un ramo de confusión. Más rosas con una notita pegada que decía: «Para Milena, la que hace las flores».

Milena se apretó las abrazaderas de las botas y las tiras de los hombros para mantenerse en el sitio. Por último, pero no por ello menos importante, se ajustó el cinturón de seguridad. El váter funcionaba como una aspiradora y resultaba de gran importancia mantener el asiento bien sellado. Milena se quedó sentada pensando en cómo podría esconderse, en cómo podría evitar a aquel hombre.

«Tal vez pueda fingir que estoy enferma —pensó. Pero luego se imaginó a Mike

Stone trayéndole bolsitas plegables con té dentro—. Después puedo darme una ducha, lo que me llevará una media hora y luego tal vez pueda hacer ver que estoy trabajando, ¿pero luego qué? Estoy atrapada aquí dentro, con él».

Después de un rato largo, Milena salió del servicio. Justo detrás de la puerta había una tortuga mordedora flotando en el aire. Emitió un silbido con las fosas nasales abiertas y los ojos saltones. El aire estaba lleno de tortugas mordedoras flotando y también había dos grandes conejos marrones de la infancia de Mike.

Mike Stone alargó la mano y cogió a la tortuga por detrás.

—Me olvidé de ponerle sus botitas adherentes —dijo a modo de disculpa.

Se quedó de pie en la postura de ingravidez mirando a Milena como a la espera de algo.

—Me gustaría enseñarte una foto de mi madre —dijo él sin soltar la tortuga.

—Estoy deseando verla —dijo Milena.

Todavía había una leve sonrisa en su rostro, como si estuviera divirtiéndose.

«¿Está disfrutando? ¿Acaso no se da cuenta de la forma en que le hablo?».

—Me gusta pensar que mi madre y tú os parecéis mucho —dijo.

De pronto, apareció un holograma de la madre de Mike Stone suspendido en el aire. Milena estaba por detrás, por la parte desenfocada. La cara se dio la vuelta. La madre de Mike Stone tenía exactamente el mismo aspecto que su hijo, excepto por una abundante melena blanca que llevaba peinada hacia atrás. Uno de los conejos se le acercó y la olisqueó, tal vez con la esperanza de que fuera el corazón de una lechuga. Mike Stone sonrió y pilló al conejo por la barriga.

—Ella también era una mujer fuerte. A mí me gustan las mujeres fuertes.

—Me pondré a hacer pesas —dijo Milena.

—¿Harías eso por mí? —le preguntó, mirándola encantado. Metió al conejo en su jaula sin dejar de sonreír—. Mi madre hacía pesas, era capaz de levantar ciento veinte kilos en la banca de pectorales.

—¡Caray! —exclamó Milena.

—Decía amén al final de cada serie. Decía que se esforzaba por Jesús. —Se agachó e inspeccionó la jaula del conejo—. Esa foto se la hizo justo antes de morir. Por aquel entonces ya no podía levantar pesas, Milena. Se le puso el pelo blanco. ¿Sabías que antiguamente, a la gente se le ponía el pelo blanco? Pues mamá decía que era una señal divina y decía que pronto la gente podría envejecer también. Que Dios no quería que muriésemos tan jóvenes. Que Él quería que todos tuviéramos tiempo de llegar a conocerlo antes de que llegara nuestra hora. En serio, hicimos un funeral muy especial todos juntos alrededor de su lecho de muerte. Toda la familia estuvo cantando.

Él mismo se puso a cantar con la voz temblorosa:

—Sí, Jesús me ama. Sí, Jesús me ama. Sí, Jesús me ama. Eso dice en la Biblia. —

Dejó de meter lechuga por los huecos de la tela metálica de la jaula para que los conejos la mordisquearan—. Desde que murió me he sentido muy solo —dijo, y se quedó de pie como esperando a que Milena le ayudara.

—De eso no me cabe duda, Mike —replicó Milena.

La foto que había estado suspendida entre ellos, en el aire, se desvaneció.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó él.

—No —respondió Milena.

—Ah, bueno, ha sido sólo la primera vez —dijo Mike Stone volviéndose hacia sus conejos.

«Esto se está poniendo serio —pensó Milena—. De verdad, Milena, si hay algo que has aprendido en la vida es la necesidad de ser clara y sincera».

—Mike, la respuesta siempre va a ser no, independientemente de las veces que me lo preguntes. Así que, por favor, no vuelvas a preguntármelo.

—Yo soy un hombre muy fiel, Milena —dijo él sin apartar la vista de los conejos.

—Pues yo no quiero que seas fiel —reunió fuerzas y aliento para seguir—. Lo que quiero es que te quedes callado.

—Chachi pirulí —dijo él—. Me voy a quedar callado.

Entonces levantó la mirada y sonrió y su sonrisa decía: «pero siempre estaré aquí».

—Esto es una locura —dijo riéndose una de las Peras.

Parecía estar encantado. La Milena que recordaba no era capaz de acordarse del nombre de él. Ya había muerto. Ella no supo que él era su amigo.

—Pero funcionará —respondió Milena en voz baja.

Charles Sheer estaba sentado con las manos debajo de los muslos y con las piernas cruzadas, balanceándose en silencio hacia delante y hacia atrás.

Habían pintado la oficina del Ministro, ahora estaba de color champiñón con unas rayas marrones y grises que contrastaban sutilmente y daban la vuelta a la habitación. Ya no estaban las pantallas. Ni tampoco el Guardián del Zoo. En su lugar estaba el jovencito pulcro, más gordo que antes, y llevaba unos pantalones con un estampado rabioso. Milton. Milton *el Ministro*. El éxito lo había vuelto rubicundo y rechoncho y estaba ansioso por demostrar que tenía cosas que aportar. La Milena que vivía aquel momento contempló su cara morada y su cuello hinchado y pensó: «no va a vivir mucho tiempo».

—¡Bahhh! —dijo Charles Sheer de repente. Los demás se volvieron hacia él—. ¡Bahhh! ¡Bahhh!

El sonido que emitía era horroroso. Había algo en él que hacía que Milena sintiera verdaderas náuseas.

—¿Te encuentras bien, Charles? —preguntó Moira Almasy.

La miró con dignidad ofendida, con terror y malestar en la mirada, y con ira.

—¡Na! ¡Na! —intentaba decir no.

Todos se quedaron quietos y en silencio, y Milena pensó: «el tartamudeo, otra vez el tartamudeo». Ya hacía más de un año que la Princesa había empezado a tartamudear. Ahora parecía que casi todo el mundo lo hacía.

«Charles, ¿me creerías si te dijera que lo siento?», pensó Milena.

—Si quieres conseguir decir algo, tendrás que decirlo cantando —dijo Milena a su enemigo.

Él le lanzó una mirada de odio.

—Lo siento, pero es que hay otra gente a la que le pasa lo mismo y sé que es lo único que funciona.

La gente iba cantando por la calle.

Charles Sheer se retorció en el asiento. Detestaba lo que le estaba pasando. Sabía que tenía razón. De ahora en adelante iba a tener que cantar para comunicarse. Miró a Milena y halló fuerzas en la rabia que sentía. «Muy bien», parecían decir sus ojos y las arrugas que los rodeaban. «Muy bien, lo haré. Tal vez consigas hacerme pasar por loco, pero no conseguirás que no diga nada».

La música y el discurso tenían que fluir formando una unidad. La selección de la melodía solía ser más reveladora que la propia letra. Ésa era la razón por la que cantar resultaba embarazoso: no se podía mentir.

Charles Sheer se puso a cantar lentamente:

—Quiero asegurarme de que he entendido bien —dijo cantando—. Y de que se trata de…

La música resultaba perturbadora a la par que ligeramente infantil. Era como si se estuviera clavando algo en un tablón. Los virus de Milena rastrearon para identificarla. Necesitaron un cierto tiempo, cuestión de segundos. Aquella canción estaba profundamente enterrada en la historia.

Charles Sheer estaba cantando «La Merienda de los Ositos». Su discurso se encadenó sin esfuerzo alguno a la melodía, como si la humanidad hubiese estado destinada desde siempre a cantar en lugar de hablar.

… ¿Qué pretendes llenar el cielo
Con hologramas procedentes del espacio?
Lo has sugerido y has esbozado los costes
Y las demás producciones que podrían perderse
Pero lo que no has dicho es por qué
¡Deberíamos llenar el cielo con Dan-te!

El hombrecito, que estaba encantado, volvió a reírse y a batir las palmas. Moira Almasy se le quedó mirando fijamente basta hacerlo callar.

—Lo que yo opino —dijo Moira— es que, dadas las circunstancias, deberíamos circunscribir esta discusión a las cuestiones prácticas. ¿Milena?

Milena notó que había quedado en desventaja y se sintió un poco confusa.

—Yo… y o no he entrado demasiado en los detalles estéticos de la propuesta. Los costes ya eran bastante elevados y la verdad es que me parecía que eran el problema principal. Es evidente que el Consensus tiene cierto interés en que esta Ópera se represente, ya que fue él mismo quien la orquestó. Pero la Comedia tiene una duración de cincuenta horas y cualquier tipo de representación resultaría costosa y complicada. Propongo que la Comedia sea la contribución de Gran Bretaña al Centenario de la Revolución. Una representación del tipo que les sugiero sería un acto público, como unos fuegos artificiales, por ejemplo. Sería una forma de decir «he aquí una nueva gran ópera y viene acompañada de una nueva gran tecnología». Se convertiría en un tributo a la propia Revolución.

Moira Almasy estaba sopesando algo.

—Es cierto que tendría ese significado, pero a mí me preocupan, por ejemplo, los enfermos —dijo Moira sin mirar a Charles Sheer ni por un momento—. Me preocupa la gente que no podrá evadirse de ella aunque lo desee con todas sus fuerzas. Imagínate que estás muy enfermo a causa de un virus, o que te estás muriendo. Lo único que te apetecerá es estar en silencio, en paz. No querrás que te representen una ópera durante cien noches en el cielo.

—¿Dónde podríamos representarla si no? —preguntó Milena con la boca chica—. Por mucho que le pesara tenía que reconocer que Moira tenía parte de razón.

—Aquí abajo. Puedes hacer un holograma del cielo entero y aunque lo proyectes dentro de una habitación diminuta, seguirá pareciendo real.

—Yo no quiero que parezca real. Quiero que sea real. —Milena sabía que aquél era su punto más débil—. En Fin de Año, las calles se llenan de gente y de canciones. También hay gente enferma, pero a nadie le importa.

—Sí, pero la fiesta de Fin de Año no dura cincuenta horas —replicó Moira Almasy—. ¿Es imprescindible que la representemos íntegramente?

—La Comedia no es una simple sucesión de arias. Cada una de las notas hace referencia a otro elemento de la obra. Es una única pieza de música de cincuenta horas de duración… Si la cortamos tendrá menos sentido.

—¡Ya sé! —exclamó de repente Milton *el Ministro*, sentándose más erguido—. ¡Ya sé cómo podríamos llamarla!

—¿Quieres cambiarle el nombre a la *Divina Comedia*? —preguntó Moira Almasy, que provenía de Europa y no dejaba nunca de asombrarse de lo provincianos que podían llegar a ser los británicos.

—No ha habido nunca nada parecido a esto, ¿verdad? —dijo Milton.

«Trina como un pájaro —pensó Milena—. Resulta muy molesto». Milton tenía

los ojos chispeantes y los dientes también le relucían.

—Necesitamos un nombre que nunca se haya escuchado antes, en el que nunca se haya pensado, algo rabiosamente novedoso. ¿Qué tal… —dijo él, e hizo una pausa para imprimir efecto a sus palabras—. «Una Ópera Espacial»?

Se hizo un silencio tenso.

—Nadie lo había pensado antes —explicó él—. Me pregunto qué les parecería a los italianos —dijo Moira Almasy.

—¡Y si no, ya sé! —dijo Milton en un arrebato de nueva inspiración—. Podríamos titularla «La Comedia de la Restauración».

Charles Sheer estaba haciendo unos ruidos desagradables contra su cojín, parecían una especie de ronquidos. Estaba intentando reírse, pero los virus no se lo permitían.

—Lo que quiero decir es que por qué tiene que ser Dante. ¿Por qué no puede ser algo británico? ¿No somos nosotros los que lo vamos a sufragar? ¡Ya sé! ¡Podríamos representar *El Paraíso perdido*! —exclamó Milton.

«Este idiota me va a costar la Comedia».

—Sí —dijo Milena—, siempre que Milton le ponga música, ¿verdad, Milton?

—Ya la tengo —dijo Milton—. Es de Haydn y se llama *La Creación* —dijo Milton con aspecto satisfecho—. Haydn también le cambió el título.

¡Tenía tanta pinta de estar encantado!

—Al menos será más corto —canturreó Charles Sheer jubilosamente con música de *La Creación*.

Milena sintió que la situación se le estaba yendo de las manos. El nuevo Ministro se reía como un perrito de juguete, contento de haber hecho alguna contribución.

Moira Almasy intervino con aspecto contrariado:

—Parece… parece que nos estamos desviando del tema —dijo con el ceño fruncido, intentando contrarrestar el ramillete de confusión que acababa de esparcir el Ministro—. Sabemos que el Consensus tiene especial interés en este trabajo. La Señorita Shibush parece tener una idea inusual acerca de la puesta en escena. Es una idea nueva y tiene un fuerte componente internacional. Si hacemos de ella nuestra contribución al Centenario, podríamos pedir a otros Barrios teatrales que participaran en la financiación. Incluso a alguno de Europa.

—Existe una versión alemana de *La Creación* —manifestó Milton.

—Sí, Ministro —replicó Moira, que evidentemente era quien dirigía allí en lugar de Milton—. Podríamos presentar ambas ideas ante el Consensus.

Milton se reclinó en el asiento haciendo un gesto de generosidad con las manos.

—Sólo quería aportar mi granito de arena.

El hombrecito que se estaba divirtiendo y cuyo nombre Milena no conseguía recordar, volvió a tomar la palabra. Tenía el pelo canoso y graso y en sus moradas

mejillas se transparentaba una red de venas color púrpura. Seguía sonriendo, pero su voz había adquirido un tono solemne:

—Nadie tiene un interés personal en innovar —dijo echando un vistazo a Milena —, y quien menos lo tiene es el que innova. La gente siempre piensa que es simplemente una forma de impulsar la carrera de otro o bien se preocupan de que les culpen si algo sale mal. Camaradas, ya no vivimos tantos años como antes. Tal vez deberíamos considerarnos afortunados por tener en nuestra corta vida una oportunidad de impulsar en lugar de obstaculizar una cosa tan insensata pero tan esencialmente factible como ésta. Y además —y volvió a mirar a Milena de reojo—, tenemos la suerte de contar con alguien que desea cargar con las consecuencias.

«¿Qué consecuencias?», se preguntó Milena la directora.

Se hizo el silencio, y en el silencio quedó despejado el camino de Milena.

Todas las Peras se quedaron mirándola como si fuera el monstruo de Frankenstein y estuvieran sopesando la posibilidad de crearla o no hacerlo.

Moira Almasy volvió a hablar:

—Hasta el momento, Milena ha liderado unos ciento cincuenta proyectos. No tiene experiencia en grandes escenarios, pero esto no se representaría en un escenario. Es una de los pocos directores con experiencia en Tecnología de Reforma que tenemos. No obstante, no tenemos garantías de que la Tecnología de Reforma funcione a esta escala, así que tendremos que hacer una prueba que quiero que quede recogida en la propuesta. Milena, eso significa que tendrás que irte al espacio —aquella palabra sonó como un viento helado—. Sólo faltan dos años para el Centenario. No vamos sobrados de tiempo, así que tendrás que estar lista para embarcar en otoño. ¿Te parece bien, Milena? —Milena no pudo hacer otra cosa que asentir en silencio—. Tendrán que hacerte Terminal y es probable que tengan por fin que Leerte.

Moira se quedó mirando fijamente a Milena. Sí, todos lo sabemos, Milena. El Consensus estaba reservándote para alguna ocasión.

—Hay que ver lo que es tener un amigo en el Consensus —dijo Moira con aire sombrío. Lo dijo con compasión.

—Hablando de amigos —cantó Charles Sheer.

Había puesto letra al aria *Nessun dorma*, de Turandot. «Nessun dorma», que significa «Que nadie duerma», refiriéndose al efecto que tendría la representación nocturna de la ópera.

Hablando de amigos
¿Forma la chiflada esa,
Thrawn McCartney,
parte de este proyecto,
de esta disparatada empresa?

—No —dijo Milena sin melodía alguna.

Capítulo 12

Estados de ánimo descontrolados (¿En qué año estamos?)

Milena iba cargada de paquetes. Al abrir la puerta de su habitación, se encontró con Thrawn McCartney sentada en su cama, iluminada por los últimos rayos del sol.

—Pasa y siéntate —le dijo Thrawn.

«Ay, qué cara». Aquella mirada desencajada y obsesiva ahora que había sucedido lo que Thrawn había querido que sucediera. Estaba enseñando los dientes, como si fuera a desgarrar carne. Aquella cara podría haber sido hermosa si hubiera dejado de devorarse a sí misma. Milena la directora sintió la sedosa caricia del miedo.

—Enseguida —dijo Milena y se sorprendió intentando sonreírle—. Seguramente estarás más cómoda en la silla.

Lo que realmente quería decirle era «¡fuera de mi cama!». Milena se dirigió al fregadero y depositó allí el arroz, los pimientos y los trozos de pollo. Se puso a preparar su fiambrera.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Thrawn.

—Estoy colocando la compra —dijo Milena con aire sombrío.

Lo que más rabia le daba era su incapacidad para ser directa cuando Thrawn estaba delante. Todo quedaba velado, cada uno de sus gestos quedaba enmascarado tras otro y unas partes de la verdad se parapetaban en las demás. Milena estaba asustada, muy irritada, cansada y además no estaba siendo honesta.

—Muy bien, Milena —dijo Thrawn en un suspiro—. Parece que te gustan estos jueguecitos.

«No, yo los odio. Sólo juego a esto cuando estoy contigo».

—No has venido a verme —dijo Thrawn con aire de estar dolida y sentirse vulnerable—. Tengo un montón de chorraditas de todas clases. Ya sé que descuidar a la gente te parece normal, pero lo que estás descuidando es tu trabajo, Milena. Porque en eso consiste tu trabajo, ¿no? Tu trabajo consiste en ver lo que estoy haciendo y averiguar si puede resultar útil al Consensus, ¿verdad?

—Si tú lo dices.

Milena acababa justo de terminar de escurrir los pimientos. ¿Quién iba a pensar que preparar tres piezas de comida iba a resultar una tarea tan larga y laboriosa? Se puso a limpiar el pollo dándole todavía la espalda a Thrawn. Estaba pensando: «ésta es mi habitación y yo no te he invitado, así que ni sueñes que vas a conseguir acaparar mi atención por completo».

—Una de ellas genera una réplica exacta de lo que estás viendo y lo reviste con otra imagen. Pongamos por ejemplo un muro. Ves un muro y tiene el mismo aspecto

de siempre, pero luego salen caras en las piedras.

«¿Por qué no seré capaz de decirle que se vaya? —se preguntaba Milena—. ¿Será porque no quiero herir sus sentimientos? ¿Será por miedo? ¿De qué tengo miedo? ¿Por qué me preocupa decirle que se vaya si en realidad tengo que decirle algo mucho peor? ¿Por qué es ella quien lleva el peso de la conversación si soy yo quien tiene algo mucho más importante que decirle a ella?». Milena se sintió pequeña, mezquina, débil y llena a reventar de cosas que nunca llegó a decir.

—Hoy he estado charlando con Sheer —continuó diciendo Thrawn, esta vez mientras se paseaba por la habitación.

«¿Y ahora qué? ¿Una táctica para distraerme? ¿Ahora qué? ¿A qué viene esta evasiva? ¿Por qué tiene mi vida que estar llena de gente chiflada?».

—¿Ah, sí? —replicó Milena intentando dar la apariencia de que lo que acababa de escuchar no la hacía inmutarse.

Por desgracia, el pollo ya estaba limpio y envuelto en paños húmedos. Milena ya estaba enjuagándose las manos. «¿Voy a proponer que salgamos? Si lo hago, no vamos a poder hablar adecuadamente porque estaremos en público. Pero si me quedo aquí, en el cuerpo a cuerpo, los jueguecitos serán mucho peores. Es sólo en el cuerpo a cuerpo donde las reglas no cambian continuamente».

—Mencionó que tal vez ibas a emprender un nuevo proyecto y la idea no parecía entusiasmarle.

«No te lo ha dicho a ti, Thrawn, porque a ti te odia mientras que yo tan sólo le disgusto. A ti ni siquiera te habla. ¿Por qué resulta tan difícil decirle a alguien que es un mentiroso?», se preguntó Milena.

—Por cierto —dijo Thrawn con una petulancia que resultaba ridícula no tanto por sus palabras sino por la forma en que se pavoneaba por la habitación, con un gesto de desprecio en los labios hacia la pequeña fría cama—. Necesito un nuevo proyecto.

—Bueno —dijo Milena con un tono terriblemente neutral—. He oído que Toll Barreto está buscando un buen técnico, creo que está montando *El último mohicano*.

Ése era un pequeño truco al que siempre podía recurrir: tomarse literalmente lo que Thrawn le decía.

—¡Ya sé que está esa mierda! —dijo Thrawn resoplando—. Y no me interesa. ¿Qué pasa con *La Divina Comedia*?

Era un truco muy pequeño, teniendo en cuenta que Thrawn podía emplearlo a su vez en pos de más importantes propósitos, y siempre les parecía a las dos que estaban siendo más honestas.

—Esta es mi habitación, ¿podrías marcharte, por favor? —dijo Milena, e incluso a ella le sonó poco convincente.

—No hasta que no hayamos aclarado unas cuantas cosas.

«Siempre tengo que acabar diciendo las cosas más correctas en el peor momento,

siempre tiro cuando toca aflojar».

—Dice Milton que está en marcha. ¿Por qué no he sido informada?

«Milena, cariño, ésta es tu oportunidad. Tienes que librarte de ella. Si no lo haces, te tendrá en un puño para siempre. Por alguna razón te tiene pillado el tranquillo. Tiene un vínculo contigo que es como un nudo en su cabeza, un nudo que emplea su aterradora inteligencia para unirse más y más estrechamente a ti. Y ahora mismo estás atrapada en ese nudo, pero tienes que liberarte. Sencillamente, tú eres la más fuerte de las dos. Tú eres la que tiene siempre un as en la manga. Madre de Dios, Madre de todas las cosas, no permitas que flaquee».

—No cuento contigo, Thrawn —bastante directo.

Milena se quedó extenuada por la tensión del exabrupto, un tipo de nerviosismo que no sufren los psicópatas.

—Ya sabes que eres incapaz de hacer nada por ti sola —dijo Thrawn suspirando.

—He dirigido ciento cuarenta y dos producciones —respondió Milena.

—Ya, ya —dijo Thrawn con aire de no estar interesada del todo—, pero lo que tuvo éxito fueron los Cangrejos, ¿no es verdad? Has utilizado la música de otros y la poesía de otros. Supongo que crees que tienes algo bueno entre manos. ¿De verdad crees que eres capaz de descomponer las imágenes en prismas con la misma habilidad con que lo hago yo?

—Sí —dijo Milena.

Y de pronto le salió una parte del discurso que había ensayado previamente, como si se lo hubiese echado infinidad de veces a las paredes de su habitación:

—Tú eres la que no puede hacer nada sin mí, Thrawn. Nadie quería trabajar contigo hasta que aparecí yo. ¿Puedes imaginarte encargándote de la dirección? ¿Organizando a cuarenta o cincuenta personas? Sin desquiciarte ni echarte a llorar y sin montar ninguno de esos que tú llamas tus chistecitos. Además, tienes una imaginación visual muy pobre, Thrawn. Ya sé que suena raro, pero lo único que se te da bien es reproducir lo que tienes justo delante de ti. Cuando reformas a partir de la nada, las imágenes resultan borrosas. Toll Barreto no quiso contratarte, ¿por qué iba yo a ser mejor que él?

Thrawn siguió cavilando como si la cosa no fuera con ella.

—Así que vas a robarme mis ideas y a desarrollarlas mal y encima con fondos públicos. Muchos fondos públicos ¿No te parece que eso no es honesto?

—No, lo que estoy haciendo es librarme de alguien en quien no se puede confiar en absoluto y que es capaz de arruinar un proyecto y consecuentemente tirar a la basura muchos fondos públicos.

—¿Qué te estás librando de mí? —Thrawn consiguió soltar una carcajada de confianza totalmente convincente—. Me pregunto qué pensará Charles Sheer de esto.

«Y digo yo: ¿Acaso ella se está creyendo ella misma lo que dice?».

—No sé lo que opina Charles Sheer, y tú tampoco.

Milena tuvo que recordarse a sí misma: «en realidad, yo soy la más fuerte. Ya no tengo que preocuparme por herir sus sentimientos. Voy a tener que destrozarla».

—Lo que sí sé —continuó Milena— es que Charles Sheer no quedó impresionado por los Cangrejos ni por el teatro en el exterior. Así que estoy yendo un paso más allá. Porque esto no debe ser basura y no va a serlo. Y eso es justo lo único que tú sabes hacer.

«Muy bien —se dijo Milena—. Esto pertenece a Rolfa. No es mío. Yo no cuento. No vas a poner tus manos encima, Thrawn. No tienes tus manos encima».

—¿Por qué haces esto? —dijo Thrawn con aire dolido—. Yo trabajo contigo. Te doy lo mejor de mí. Si no he producido más que basura es porque eso es lo que me has pedido que hiciera.

Entonces Thrawn se puso a cantar, con toda la exactitud que su voz le permitía, la obertura de *Inferno*. La cantó con sentimiento. Era capaz de imitar cualquier clase de sentimiento.

—Ésta es una música preciosa —dijo con convicción—. Soy consciente de lo que tenemos entre manos con la Comedia. No me dejes al margen justo ahora que vamos a hacer por fin algo bueno.

—Acabas de decir que jamás sería capaz de hacer nada por mí misma.

Thrawn sacudió ligeramente la cabeza con fastidio, como desdeñando lo que había dicho anteriormente.

—¿Y quién va a hacer nada por sí solo en el teatro? Ya me conoces, no siempre digo o hago lo correcto —dijo encogiéndose de hombros y riendo.

«Tienes que ser quien domine la situación. Tienes miedo de no conseguirlo, como si fueses a desaparecer del mapa si no lo hicieras».

—Dejemos a un lado toda esa mierda. Tú sabes tan bien como yo que en realidad la fuerte eres tú. Yo tengo descontrolados mis estados de ánimo. De vez en cuando necesito emoción en mi vida. Eso. —Se contoneó de forma que la percha descarnada de sus clavículas quedó al descubierto. Tenía la ilusa creencia de que resultaba encantador. Luego dijo en tono confidencial—: pero tú eso lo sabes sobrellevar. Ya lo has hecho a lo largo de muchas producciones.

«Muchas producciones. ¿Y por qué no una más?». Milena empezó a sentir que su voluntad flaqueaba.

Tras la ventana, las luces eléctricas se reflejaban temblorosas y distorsionadas sobre las aguas del río en movimiento. Milena deseó tener una lámpara, una enorme y brillante lámpara eléctrica. De repente, anhelaba la luz. Quería huir de aquella habitación oscura, hacia cualquier otro lugar más grande y ventilado en el que no estuviera Thrawn.

—Digamos sencillamente que estoy cansada de sobrellevarlo —dijo Milena—.

Digamos sencillamente que me has hartado. No pretendamos apelar a elevadas razones, Thrawn. Esto es en gran medida puro egoísmo. No quiero volver a trabajar contigo. Quiero probar a hacerlo con otra persona. Los directores cambian de técnicos constantemente, incluso prescinden de alguno que les gusta.

—Pero yo no soy una simple técnico, ¿verdad? —Thrawn se levantó y cambió de táctica. Mostraba una sonrisa compungida y tenía las manos juntas, con los dedos entrelazados como si estuviera rezando. Parecía encantada—. Supongamos que yo hiciera mi propia puja por Dante. Digamos que estoy preparada para dedicarme a la dirección. No vamos a apelar a las buenas intenciones. Yo soy tan ambiciosa como tú. Tú has dirigido tan sólo una obra importante. Y mal. Yo también puedo optar a la ópera de Rolfa Patel. Y yo estaré más abierta que tú a acortarla, a quitar una parte. Como tú hiciste con *Falstaff*, así que no te pongas en plan lastimero y artístico conmigo. Yo les resultaré más barata.

Milena sintió miedo durante un instante. La verdad era que tenía sentido. «No. Espera. Yo tengo ya la aprobación».

—La aprobación —dijo Thrawn como si le hubiera leído la mente— ha sido concedida a causa de los beneficiosos efectos sociales de la ópera. Y yo podría alcanzar esos mismos efectos en menos tiempo y con menor coste. Piénsalo. Si intentas dejarme fuera, seré yo quien te deje fuera a ti.

«Esto es delirante —repetía Milena para sus adentros—. Ella no tiene capacidad de liderazgo. Nadie querrá trabajar con ella, a mí me la recomendaron como último recurso. Pero ¿qué pasaría si se lo hubiera montado bien? ¿Y si se les ha olvidado cómo era ella antes? Entonces es que están locos y lo que les pase se lo tendrán merecido. Yo seguiré luchando por hacerlo bien».

—Adelante —dijo Milena—. Inténtalo. Diles que tienes la misma idea que Milena Shibush, sólo que lo vas a hacer más barato y con peor gusto. Más cangrejos gigantes y más dragones mal imaginados. Diles: «Permitid que mi primer trabajo sea la obra teatral más larga de todos los tiempos».

«Aquellas fantásticas intervenciones ensayadas, los actores abarrotando el escenario como se hacía antiguamente». Entonces Milena sintió que la invadían los sentimientos.

—Thrawn, todo esto es tremendamente aburrido. Toda tú eres aburrida. ¿Por qué me haces hacer todas estas piruetas?

—Porque estás en deuda conmigo —dijo Thrawn con una vocecita infantil, cáustica, de puro sarcasmo.

—Yo no estoy en deuda contigo.

—¿Y qué me dices de tu primer éxito?

«Déjame salir, déjame respirar».

—Pobrecita Milena, siempre asustada —dijo Thrawn con una risita y sacudiendo

la cabeza con desdén.

Se acercó más. Milena podía oler su aliento y notaba el tacto de sus pechos.

—Te lo advertí —dijo Thrawn—. Te dije que acabarías odiándome.

Milena notaba el roce de sus pezones a través de la camisa y su nariz metida en el nacimiento del cabello, que le echaba el aliento en la frente. «No, otra vez esto sí que no». Milena la empujó hacia atrás, la apartó de su cuerpo.

—Yo podría contarles a ellos muchas cosas, Milena. Por ejemplo, podría contarles lo nuestro, lo de nuestros pequeños deslices ¿qué te parecería? Y tal vez harían algunas preguntas acerca de Rolfa y de ti. Me pregunto si tu ópera les seguiría gustando tanto si supieran que es un monumento a la Mala Sintaxis.

«Deja que sea ella quien lo haga», pensó Milena.

—Ya les he contado todo eso, Thrawn. Ya lo saben y no parece que les importe. Así que venga, ve y cuéntaselo, niña, ve a contárselo y yo les contaré cómo me quitaste la luz de los ojos y me amenazaste con quemarme la retina. Les contaré que encontraste la forma de evitar tu Lectura. Te van a meter una limpieza tan rápida que del mareo te vas a quedar dando vueltas. Intenta hacer algo de eso y me apoyaré en el Consensus para aplastarte hasta que te quedes más plana que una mosca.

Thrawn tenía razón: Milena la odiaba y ella ni siquiera se había dado cuenta.

Thrawn parecía estupefacta. Luego se echó a reír. Quitó la colcha de encima de la cama de un tirón y la echó en el fregadero, metiéndola en el cubo de agua rosada con la sangre del pollo.

—¡Maldita sea! —gritó Milena sacándola manchada y húmeda del fregadero.

Y fue el odio quien puso por fin las palabras en los labios de Milena:

—Estás definitivamente despedida, Thrawn. Despedida. La producción seguirá adelante sin ti.

—Pues yo seguiré intentándolo —dijo Thrawn con obcecación infantil y se dio una vuelta—. Volveré una y otra vez hasta que te rindas.

«En situaciones como ésta es cuando la gente comete un asesinato».

—Sigue viniendo, Thrawn, y va verás lo que consigues. No vas a obtener nada de mí, Thrawn, nada de nada. Jamás. Y tienes razón: te odio.

—En ese caso —dijo ella con aspecto de muñeca espantosa—, soy yo quien ha ganado.

—Sí, supongo que sí. Pues hala, feliz cumpleaños o lo que tú quieras —respondió Milena.

Thrawn se echó en la cama de Milena con una sonrisa en la cara que parecía decir «voy a destrozar todo lo que tengas».

«La verdad es que sí que tengo ganas de matarte —pensó Milena—. Lo más sencillo sería coger el cuchillo de cocina que tengo detrás, hacerte pedacitos, envolverte en la jodida colcha y tirarte al río. ¿Es eso lo que entiendes por victoria?».

Milena se sintió mareada, enferma. «Quiero escapar de todo esto». Quería taparse la cara y echarse a llorar, pero no iba a hacerlo delante de Thrawn. Entonces vio la cara de Thrawn, lo inexpresiva que estaba. Thrawn sabía lo que ella había estado pensando y tenía aspecto de estar esperándolo… ¿anhelándolo? «Esa cara quiere que coja el cuchillo para poder gritar pidiendo ayuda y así destruirme. O me dejaría que la matara para destruirme igual. Necesito poner una cerradura, estoy harta de que la gente se meta en mi habitación. Necesito una cerradura y que a esta mujer le hagan una Lectura y la llenen de virus hasta la coronilla».

—Las dos estamos locas —dijo Thrawn—, ¿verdad que sería bonito que entráramos juntas, cogidas de la mano, en la sala de Lecturas? Así nos curarían a las dos. —Era una súplica. Lo estaba diciendo en serio—. Escúchame, si no lo hacemos van a suceder cosas terribles. No sé el qué exactamente, pero sé que no voy a dejar que me hagas esto. Y yo soy muy lista, creo que tendría que destruirte. Soy obsesiva, Milena, no voy a parar jamás.

Sonaba bastante verídico, pero Milena se dio cuenta de que tenía suficiente temple para aquello.

—No me das miedo, Thrawn. Aparte de fastidiarme, no puedes hacerme nada más. ¿Dañar mi carrera? Mi carrera no me importa tanto. ¿Esta habitación? Ni siquiera esta habitación. La verdad es que no sé qué es lo que me importa.

Y Milena dio media vuelta y se marchó. Resultó ser muy sencillo. Simplemente, dio media vuelta y se alejó de todo aquello. Thrawn haría algo con sus cosas, cortaría las mangas de todas sus camisas, arrancaría las plantitas de la maceta que tenía en la ventana, pero ¿qué más podría hacer? ¿Meterle fuego? «Adelante, Thrawn, quema el edificio entero. Así seguro que consigues que cuenten contigo para la producción.

»A mí me van a enviar al espacio exterior, Thrawn. Estaré donde no puedas hacerme daño. Tres o cuatro meses en el espacio. Ahí no podrás ponerme la mano encima, Thrawn. No podrás tocarme ni un pelo. Y nadie te necesitará ni te querrá para nada».

Sentía una pesadez de piernas y de mente que le hizo bajar la escalera a trompicones. Estaba cansada de todo, era una pesadez que la Milena que estaba recordando conocía demasiado bien. «Me pregunto si fue ahí cuando empezó. ¿Cuándo dejé que entrara? Tú y yo nos destruimos mutuamente, Thrawn. Todos somos vulnerables. Nadie es inmune».

Y Milena se recordó a sí misma cantando con su vocecita triste e insulsa.

Es una canción machacona

Allá arriba, el cielo se mantenía de un azul intenso y perfecto, y desde todo el

horizonte llegaba el murmullo de una canción. Las calles y los jardines estaban desiertos. Era pleno mediodía, hacía calor y todo el mundo estaba dormitando a la sombra. Había sido un verano precioso. No había llovido durante semanas y ya el aire empezaba a oler a la orina de los animales.

Que marca el paso contigo

Había un puesto con sus estropeadas persianas color turquesa abatidas y bajo él, vivía una familia entera. La madre llevaba un sombrero de paja y trencitas en el pelo, y estaba fumando en pipa. Mecía las caderas y canturreaba con dejadez una canción. Los niños estaban desnudos y sucios bajo las mantas. «El viejo Londres —pensó Milena la directora— ya está tocando a su fin».

Luego alzó la vista y vio el cartel del hombre que estaba cayendo de bruces.

«La Paliza —pensó la Milena que recordaba—. ¿Esto fue antes o después de que me marchara de la Shell? Fue por aquel entonces cuando volví a encontrarme con La Paliza».

El interior del pub estaba oscuro y además estaba vacío. Vacío a la hora del almuerzo. Hacía demasiado calor para estar apelotonados dentro de un pub con poca ventilación. No había cáscaras de frutos secos en el suelo, pero en las mesas había aún marcas de culo de vaso. Había una persona sentada en una esquina, a quien Milena no podía ver bien a causa de las sombras y de la suciedad. Entonces, aquella persona levantó su pálida, bulbosa y triste cara.

—Lucy, hola, ¿te acuerdas de mí? —dijo Milena la directora.

Lucy llevaba puesto el mismo abrigo de la última vez, pero ahora tenía un color negro con manchas grises. La anciana levantó la mirada.

—¿Qué? —graznó.

Estaba llorando. Tenía el rostro bañado en lágrimas de las que lloran los viejos, esas lágrimas que parecen haberse fundido con la cara, como si los mismos ojos se hubieran derretido también.

«¡Ay, no puede ser!», pensó Milena. Tenía la cara destrozada.

—¿Me dejas que te invite a una copa, cielo? —preguntó Milena—. Ahora tenía dinero. Ahora podía invitar.

A Lucy se le contrajo la cara y se inclinó hacia delante.

—¡Joder! —exclamó con aspecto de lagarto enfurecido. Pero enseguida volvió a derrumbarse—, ¡tengo hambre! —gimió tirando al suelo una jarra de un manotazo.

—Yo te daré de comer —dijo Milena.

Se dirigió a la barra. El hombre que estaba tras ella era alto y fornido. La miró con cara de pocos amigos y sin pestañear. Se quedó mirando sus ropas blancas, sus sandalias nuevas de piel y su pelo. Milena había visto bastante a menudo esa mirada últimamente, cuando se ponía sus ropas de Pendón.

—¡Pa! ¡Paga! ¡Ja! ¡Jar! —tartamudeó.

«Otro —pensó Milena—, otro con lo mismo. Es el tercero que me encuentro en dos días. Por Marx y Lenin, ¿es que va a pillar esto todo el mundo?».

—Jarra —dijo completando ella la palabra.

Le pagó el doble de lo que valía la jarra rota.

A medida que se iba alejando, podía sentir cómo el camarero le atravesaba la espalda con la mirada.

«Todos estos cambios están haciendo que la gente esté rabiosa», pensó.

Volvió hacia donde estaba Lucy.

—Vamos, cielo —dijo Milena colocándole bien el pañuelo en el cuello—. Vámonos a un *Kaff*.

—No hay ni una mierda de comida —dijo Lucy—. Tan sólo esos puestecitos con esas sartenes negras y mugrientas llenas de grasa. Si quieres destrozarte las tripas, no tienes más que comerte eso. Comida de negratas. De todas formas, cuando hace demasiado calor, ninguno tiene abierto, cogen el chiringuito, lo pliegan y se sientan a su sombra.

—No, vamos a un sitio decente donde nos podamos sentar, cielo.

—¿Quién eres tú? —dijo Lucy lanzándole una mirada de absoluto desamparo.

—Sólo nos hemos visto una vez —dijo Milena.

—¿Dónde estoy? —preguntó Lucy en un susurro e inclinándose hacia delante.

Milena se lo dijo.

—¿Y en qué año estamos?

Milena se lo dijo.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! Todo sigue y sigue —dijo Lucy con una voz que se quebró en llanto. Volvió a echarse a llorar mientras hacía girar una mano sobre la otra.

—Ay, pobrecita, cielo —dijo Milena, y se sentó junto a ella e intentó cogerle las manos para que las dejara quietas. Incluso con el calor que hacía allí las tenía heladas, llenas de bultos y tan ligeras como unas galletas.

—Pensé que serías mi hija. Ya estará muerta.

«¿Dónde estarán sus amigos? —pensó Milena—. ¿Por qué estará sola?».

—¿Dónde está el Viejo Tone? —le preguntó.

—Ése puede hacer lo que le plazca —dijo Lucy soltando las manos. Se quedó con la boca abierta de rabia y sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. ¿Es amigo tuyo?

—No, yo pensaba que era amigo tuyo.

—Yo sé elegir mejor a mis amigos —replicó Lucy.

«Han roto. Por eso está tan enfadada».

—Vamos, cielo, vamos a buscar algo para comer.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Lucy mirándola con los ojos entornados.

—Soy amiga de Rolfa.

El anciano rostro de Lucy se dulcificó de repente:

—Ay, Rolfa. Ella sí que era un ángel. ¿Ha muerto ella?

—No —dijo Milena, pero pensó «no exactamente»—. Venga, vamos al *Kaff* y te lo contaré todo.

—Aaaay, sí. Sería estupendo —dijo Lucy con súbita alegría.

Se puso en pie en varios movimientos bruscos, temblándole todo el cuerpo como si fueran sus huesos y no su carne los que estuvieran sueltos. Milena tuvo que agarrarla para evitar que se cayera. Su horroroso pelo anaranjado estaba de color barro grisáceo en las raíces. Lucy se equilibró y se llevó la mano al pelo.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó.

—Magnífico —dijo Milena.

—Mentirosa —dijo con toda la cara arrugada en forma de alegre mueca.

Se cogió del brazo de Milena y se despidió del camarero:

—Adiós, Henry, o quien quiera que seas, me voy a comer con mi sobrina.

Cogida del brazo de Milena, no iba caminando sino saltando. Daba saltitos con los pies juntos, como un gorrión.

—¡Henry es un chico tan majo! A mí no me importan los negratas siempre y cuando tengan buenos modales.

—No es negro, tiene la piel oscura a causa de la rodopsina.

—Qué más da cómo les llamen. Nunca debieron dejarles venir. Hoy en día no se ve ni una cara blanca.

Las dos tuvieron que protegerse la cara cuando salieron al sol.

—¡Aaaay! —dijo Lucy entornando los ojos mientras se adaptaba al cambio de luz.

Milena estaba intentando explicarle que había un virus que hacía que la gente se volviera morada.

—¿Cómo, que todos nos hemos vuelto negros? —aulló Lucy.

Bajó la mirada hacia sus propias muñecas, que estaban de un color parduzco. Ahora que lo decía, parecían estar magulladas. Intentó limpiárselas frotando, sacarse la mugre incrustada.

—Negros no, morados. Es un producto químico gracias al cual tenemos la capacidad de obtener azúcar a partir de la luz solar.

—No sé —dijo Lucy en un suspiro.

Siguió andando y Lucy la siguió a saltitos con aspecto perplejo.

—Te voy a decir a qué se parece. Se parece a cuando yo trabajaba en la oficina de correos. ¿Sabes lo que es una oficina de correos?

—No —respondió Milena.

—Bueno, pues las personas solían enviarse unas a otras aquellos preciosos trozos

de papel para demostrarse lo mucho que se apreciaban. Ellos mismos escribían en los papeles. Yo me esforzaba mucho. Solía hacer los puntos de las íes en forma de corazón y las oes las hacía grandes y redondas como naranjas. Simplemente para que quedara bonito, como cuando iba al colegio. Todos lo hacíamos. Estaba de moda, ya sabes. Toda aquella gente enviándose su amor en papel. Por supuesto que no siempre era así, muchas veces no eran más que facturas y circulares.

Milena tuvo que poner a trabajar frenéticamente a todos sus virus para entender lo que Lucy le estaba diciendo.

—Pero siempre te dirigías a la puerta pensando que tal vez el cartero te hubiera dejado algo bonito.

«El cartero. El correo. De ahí viene la palabra Correo. Yo pensé que significaba "persona que antes había sido persona".»

—Una tarjetita de mi sobrina o de mi tiíta —dijo Lucy volviendo a echarse a llorar—. Tenían un corazón de oro y ahora yo no me acuerdo ni de sus nombres. ¡Esto te hace sentir tan estúpida! Creía que eras mi hija, estaba convencida de ello. Iba a echarte por no haber venido a verme. Ella debe llevar muerta más de setenta años. ¿En qué año estamos?

Milena volvió a decírselo. Casi cien años después de la Revolución.

—¿Lo ves? Sencillamente, ya no retengo. La semana pasada salí a dar un paseo y ¿sabes una cosa? Vi luces. ¡Luz eléctrica! Me pregunté cuándo demonios habría vuelto y de repente no pude estar segura de si se había ido alguna vez. Y tampoco supe si era antes o después del Apagón. Puedes seguir diciéndome en qué año estamos hasta que se te caigan los labios al suelo, que yo seguiré sin saber dónde estoy. En fin, ¿de qué estaba yo hablando?

—Estabas diciendo —respondió Milena, que había aprendido el arte de la escucha— que es como tu trabajo en la oficina de correos.

—Eso es justo lo que iba a decir. Exactamente igual que la oficina de correos. Solías ponerte a clasificar el correo hasta que estabas realmente harta, pero sonaba aquella música. Tarará-tarará-tatán-tatán-tarará. Bueno, yo me imaginaba aquello. Ponían música alegre para que siguieras. Podías estar destrozada y sentirte completamente desdichada, pero la música te impulsaba a seguir. Tus manos seguían metiendo las cartas en las cajitas. Aunque lo único que te apeteciera fuera sentarte y echarte a llorar, la música tiraba de ti. Así es como funciona todo ahora. Yo sólo quiero parar, pero la música sigue sonando.

Llegaron al *Kaff*. Lucy entró en el oscuro y reducido espacio dando sus saltitos de gorrión, balanceándose de forma inestable. Las persianas estaban bajadas para proteger de la luz del sol, y la puerta y las ventanas estaban abiertas. Había velas en las mesas y junto al techo se acumulaba el vapor. Hombres y mujeres levantaron la vista de sus vasos de zumo de frutas, con las caras brillantes de sudor.

—¡Uf! —dijo una de las mujeres tapándose la nariz.

Lucy apestaba.

Pero cuando vieron las sandalias nuevas y el bolso de Milena, supieron lo que significaban y no dijeron nada.

Una camarera se acercó a la mesa. Estaba tan empapada en sudor como las paredes, le corrían hilillos de sudor por el labio superior. Tendría unos ocho o nueve años y estaba trabajando durante la pausa para la siesta que se hacía en la escuela.

—¿Qué desean tomar? —dijo mirando a un punto entre Milena y la anciana.

—¡Ah, qué buen gusto! —dijo Lucy en señal de aprobación—. Desearía una chuletitas de cordero con gelatina de menta y… coles de Bruselas bien ricas, cocinadas como Dios manda, nada de esas masas blandas que llevan una semana hirviendo. Hay que preservar el contenido en vitaminas… y… un poco de puré. Con mucha mantequilla y rociado con pimienta y un poco de fibra para mis tripas.

La joven y tremendamente delgada camarera se quedó con un aspecto tan desamparado y penoso como el mono que llevaba puesto.

—Comeremos dos *Cow Toms* —dijo Milena—. Sin nada de calamar ni nada por el estilo. ¿Tiene carne?

—¿Carne? ¿Qué se cree que es esto, un maldito zoológico? —replicó la camarera exasperada.

—¿Y pollo?

—Sí, de eso tenemos un poco.

—Pues pollo. Nada de calamares. Y sin salsa picante. Ni salsa de pescado.

Lucy asintió:

—Estupenda comida, costillas de cordero. Y una buena taza de té.

La camarera asintió también.

—Pero, por favor, nada de meado de burra. Una buena taza de té bien fuerte, como Dios manda.

—Tienes los mismos virus que yo —dijo Milena—. Te está pidiendo un té como el que se tomaba en las novelas de hace ciento cincuenta años.

—¿Ah, sí? —dijo la camarera enfadada.

—Soy miembro del Partido —dijo Milena, aunque no lo era porque no había sido Leída, pero era tratada como tal—. Puedo hacer que este sitio desaparezca del mapa, así que coge un montón de té y déjalo un buen rato en infusión. Y ahora, date prisa, niña, ¡venga, venga, venga!

La camarera se asustó y se marchó corriendo a la cocina.

«Ahora tengo mucha libertad —pensó Milena—. Ahora que no me importa si le gusto o no le gusto a la gente».

—Rolfa ha escrito un espectáculo —le dijo a Lucy— y yo estoy preparando una propuesta, ya sabes, e intentando vendérsela a una gente. ¿Has oído hablar de Dante?

¿Qué te parecería si te dijera que ibas a hacer el papel de Beatrice?

—Ahhh —dijo Lucy con aire de estar encantada.

«No, el nombre de Dante no le dice nada», pensó Milena.

—Es pura música y durará semanas y semanas.

—Rolfa tenía una voz preciosa, siempre dije que era preciosa.

—Este espectáculo es un poco diferente. Voy a emplear un montón de hologramas.

—Hologramas —dijo Lucy sin impresionarse en absoluto—. ¿Es que a la gente todavía le interesa eso? Mi padre me llevó a verlos cuando salieron. Muy aburrido, estaban ahí quietos.

—Los van a transmitir desde el espacio exterior —dijo Milena—. Y no queremos que ninguno de ello sea de un actor.

—No, desde luego que no —asintió Lucy—. Jodidos jovencitos pedantes. Rolfa trajo una vez aquí a uno de ellos, ¿o fue a La Paliza? Era un horror de personita, estirada y con una cara tan agria que cortaría la leche. Vino con guantes y sombrilla, ¿qué te parece? Se lo dejó olvidado y se lo quemamos, ¡je, je!

Milena cambió de tema:

—¿Te gustaría participar en el espectáculo?

—¿A quién, a mí? ¿Hacer uno de mis giros? —dijo Lucy tan encantada que se le ruborizaron las mejillas—. No puedo. Ya no. He perdido la silueta.

—Estás delgada y preciosa —dijo Milena mirando sus minúsculas muñecas y sus azules venas abultadas.

—Tengo una buena estructura ósea —dijo Lucy—. Si me pones debajo de un foco potente, nadie notará la diferencia. Espera… ¿Hay focos potentes hoy en día?

—Acaban de reaparecer —dijo Milena.

—Si esperas el tiempo suficiente, vuelves a ponerte de moda. Así que supongo que no habrá problema, ¿verdad? —dijo mordiéndose el labio inferior y arrugando la nariz en un gesto de aplomo—. Con mis antecedentes, me refiero.

—¿Qué antecedentes?

—Mis sentencias —dijo Lucy, y se quedó esperando.

¿Sus anteriores aseveraciones? ¿Sus principios, sus creencias? Milena no estaba entendiendo nada.

—La verdad es que no sé por qué montaron tanto jaleo, no era más que un pequeño truquillo con las tarjetas de crédito. Bastante inocente. Así era como se sobrevivía por aquel entonces, economía sumergida, pago en efectivo o en especie, unas cuantas trampas…

—¡Lucy! ¡Eres una delincuente! —exclamó Milena asombrada.

Lucy puso cara de ofendida.

—Yo era cabaretera, el propio oficio implicaba una cierta picardía. Me refiero a

que era muy Alternativo. Solíamos hacer sátiras con una cáustica crítica social y política. Los políticos, la Familia Real, yo siempre hacía el papel de la Reina. —Lucy se levantó y se pasó las manos por la cintura—. La poníamos con medias de rejilla y patines. El caso es que aquellas compañías grandes tenían seguros para todo —prosiguió saltando de nuevo al tema anterior—. Lo que hizo que me pillaran fue el tema de hacerme pasar por otros. Pensé que podría imitar las voces por teléfono.

—¿Fuiste a la cárcel?

—¡No! —dijo Lucy con desdén—. Se dieron cuenta de que yo no era una delincuente. Sólo me cayeron seis meses de suspensión y un entrometido Funcionario de la Condicional.

Llegaron las *Cow Toms*, unas bolsas transparentes llenas de arroz en caldo con trocitos de pollo. La camarera abrió las bolsas. Su cara rebosaba odio. Cascó unos huevos como si fueran cabezas y los echó al caldo, removió y añadió unas hierbas.

—¿Será esto lo suficientemente bueno para ustedes?

—Gachas —suspiró Lucy—. Eso es lo que todo el mundo come: gachas y verduras fritas. —Súbitamente recuperó sus modales y le dijo a la camarera—: ¡Delicioso! ¡Mi sobrina cuida tan bien de mí, es tan buena chica! Es perfecto —añadió dándole a Milena una palmadita en la mano. La cara se le movía a causa de un tic nervioso—: huevo crudo.

—Se cocinará en el caldo —le dijo Milena.

—Gracias, cariño —dijo Lucy a la camarera que ya había empezado a alejarse encogiéndose de hombros ligeramente.

«Los lugareños están agotados», pensó Milena. De pronto echó de menos la preciosa calma que había envuelto la vida londinense tan sólo dos veranos atrás.

—Ya sé que no eres mi sobrina —le dijo Lucy haciéndole una confidencia—. ¡Eres tan buena conmigo y yo ni siquiera sé quién eres!

—Yo tampoco lo sé —replicó Milena—. Vamos a comernos esto caliente, mientras esté comestible, antes de que se enfríe.

El hermoso pasado, tan lejano y refulgente como una estrella.

A la llegada del invierno, todo quedó cubierto de nieve.

Capítulo 13

Bajar a la Tierra (Magia)

Mike Stone estaba enamorado y por lo tanto, *Soldado Cristiano* también lo estaba. A aquellas alturas, la nave se había convertido en un auténtico jardín. Tenía las paredes cubiertas de musgo, helechos, cedros, laureles, palmeras y acebo, todos ellos formando la más improbable de las mezclas. En el suelo había crecido el césped y la hiedra trepaba por la columna que servía de soporte a la silla de Milena. Lo más sorprendente de todo era que había hasta pájaros cuyo murmullo se escuchaba entre las ramas de los árboles y que a veces incluso cantaban: grandes petirrojos americanos, mirlos de alas rojas y diminutos pinzones ingleses. También había otros pájaros que Milena desconocía.

Las aves de Checoslovaquia.

Milena estaba repasando mentalmente la primera escena de la Comedia una y otra vez. Ni veía las flores, estaba intentando encontrar la forma de que la primera escena saliera bien.

Las primeras tomas de prueba habían sido retransmitidas: la mitad del planeta había podido ver más allá de las montañas, entre las nubes, quince minutos de Dante en el bosque. Los Terminales que estaban abajo habían informado de que la retransmisión había sido todo un éxito. La tecnología de la Reforma funcionaba incluso a escala astronómica. Pero a Milena no le había gustado lo que había visto. Le pareció que la alegoría dantesca funcionaría mejor si las imágenes se mantenían sencillas, claras y literales. Había disfrutado imaginando el bosque de Dante. Había imaginado ramas secas y el reflejo de la luz de la luna en los claros que había dejado la corteza de los árboles al desprenderse. Había imaginado la suave y fina capa de líquenes que recubría los nudos de las ramitas quebradas. Se escuchaban movimientos en la oscuridad y había minúsculos ojitos asustados.

Había que dar una imagen a todas las caras de cada objeto, y Milena descubrió que era capaz de ello. En su cabeza, las distintas caras iban deslizándose hasta enfocarse de repente en un área del espacio. Construía cada imagen foco a foco y las imágenes deslizantes le recordaban a la pintura cubista. «El cubismo descomponía las imágenes en cubos —pensó—, igual que el Reformador Tridimensional: Picasso no hacía más que pintar lo que veía».

El bosque que creó era precioso, no maligno. Incluso en la oscuridad, parecía un jardín. Se suponía que el bosque de Dante era un símbolo de la corrupción del alma humana, pero a Milena le parecía que hacerle algo así a un bosque tan precioso era una cosa terrible.

Y la simbología era redundante, ya que los virus de los espectadores sabrían de antemano cuál era el significado del bosque. Los virus facilitarían a la gente cualquier tipo de referencia que pudieran necesitar. Ellos susurrarían cuando Dante atravesara el bosque dando traspiés, a medio camino de su propia vida. Los virus dirían «recuerda, acuérdate de Isaías 38.10: hacia la mitad de mi vida, iré a las puertas del infierno». Los virus recordarían la Eneida y sus escenas en el bosque. Sabrían que el lago del corazón representaba al ventrículo en el que se suponía que residía el miedo. Dante iba cojeando a causa del pecado, su pierna izquierda simbolizaba sus apetitos y sus deseos.

En definitiva había un problema de redundancia y Rolfa había sido consciente de ello. Por eso había decidido que la narración no se cantara, para evitar que la letra hubiera ido repitiendo todo lo que ya se estaba viendo.

El personaje de Dante también estaba mal. Milena había tomado como modelo a Peterpaul, uno de los Nenes. Era de articulaciones gruesas, rechoncho y de piernas firmes y masculinas. Milena había pensado que sería una especie de Juan Nadie. Pero Dante no era ningún Juan Nadie. En todos los cuadros que había visto, a Milena le había parecido que su aspecto era fiero y que sus ojos, su nariz y su barbilla eran afilados como puñales: el de un político en una época de crímenes. Ésa era la imagen auténtica, así que tuvo que reconocer, muy a su pesar, que Peterpaul tendría que marcharse.

Milena dejó que la grabación se siguiera reproduciendo en su cabeza.

Ahí llegaron los animales, que también eran símbolos. A Milena se le cayó el alma a los pies cuando los vio. El león, el leopardo, la loba con las tetas llenas de leche: todos eran unas bestias magníficas, pero Milena no quería que representaran a la mezquindad humana. Un león no es un asesino y una loba no es codiciosa. Milena paró la grabación e intentó ponerles caras humanas.

Guiadas por su subconsciente, todas las bestias adquirieron el rostro de Thrawn McCartney. A Milena le dio un vuelco el corazón y su mente salió del objetivo de un salto, salió de la Comedia. Dejó que la música de Rolfa siguiera sonando suavemente. La música era lo único que funcionaba en aquella ópera.

Milena levantó la vista y se encontró con Mike Stone, que estaba de pie por encima de ella sujetando un violín como si se lo ofreciera.

—¿Te apetece un poco de música, Milena? —preguntó.

—¿Por qué no? —respondió ella.

Parecía que la Comedia no tenía remedio.

—Le he enseñado a Cris a tocar el concierto para violín de Bruch. ¿Quieres escucharlo?

Milena sintió que se le dibujaba una sonrisa en la cara. Tenía que reconocer que Mike Stone tenía un cierto encanto.

—¿Le has enseñado a una nave espacial a tocar a Bruch?

—Él interpreta la parte del violonchelo y los tambores, le crecen cuerdas y tararea —dijo Mike Stone tan desgarbado como siempre y derrochando entusiasmo.

Justo desde fuera del objetivo, Milena escuchó los primeros compases con letra de la Comedia. Dante se había encontrado con el espíritu de Virgilio y estaba cantando:

«Compadécete de mí, ya seas un espíritu o un hombre de carne y hueso».

Mike Stone se sentó y se colocó el violín debajo de la barbilla.

Cilla iba a representar a Virgilio. Su voz aguda, limpia y femenina, respondió:

«No soy un hombre, aunque naciera como tal».

«¡Ay, Dios mío! —pensó Milena—. No paro de darme batacazos. Necesito encontrar una forma diferente de hacer esto». Dejó que la Comedia cayera en el silencio.

Mike Stone se puso a tocar. Se fue abriendo camino con uñas y dientes por la obra maestra y única conocida de Bruch. El arco siguió acariciando las cuerdas del violín con un chirrido solemne. En cierto sentido servía de ayuda, igual que esa escena en la que alguien pisa un plátano y se cae, en aquella película de Rossellini. *Soldado cristiano* los envolvió en su canto, tan profundo y resonante como el de un gordo metido en una bañera.

«¡Qué mundo tan distinto! —pensó Milena—. Las naves espaciales cantan, los Ángeles se deslizan de una estrella a otra y los astronautas crían animales que surgen de sus recuerdos. La Comedia también tendrá que ser nueva».

Mike Stone tenía el ceño fruncido a causa de la concentración. Tenía las gigantescas piernas abiertas y sacudía frenéticamente los codos. Milena se dio cuenta de que lo había perdonado, fuera lo que fuese que hubiera que perdonar, excepto su rareza y su toque de locura. Decidió dedicarle una sonrisa.

Mike Stone terminó y se quedó mirándole como un niño pequeño, con los ojos llenos de confianza y expectación.

—Payaso —le dijo ella.

Los pájaros del jardín dieron gritos y silbidos de alegría. Allí afuera, el sol se levantaba sobre la Tierra creando una explosión de luz como un diamante. *Soldado cristiano* hizo que bajara una córnea tintada de azul sobre la ventana, a modo de filtro. En el borde de la Tierra apareció una medialuna azul. Parecía que el sol hubiera salido de la Tierra, era como un huevo redondo, blanco y frío que se acurrucaba en la bruma.

Milena se sorprendió deseando quedarse allí, con la Tierra, los pájaros y la

música. Las estrellas parecían una nevada que hubiera quedado suspendida en el aire.

Así que de vuelta a la Tierra.

Parecía que las estrellas cayesen desde un cielo azul pizarra. Estaba nevando. Milena recordó haber estado caminando a lo largo del Cut alguna que otra vez durante la semana en que regresó. La nieve se acumulaba en los caminos que se habían trazado junto a los puestos y siseaba al tocar el suelo. Los puestos habían sido retirados hacia un lado y estaban plegados. Lo único que seguía abierto era el puesto del vendedor ambulante de café. Estaba bajo la luz de la única farola del Cut dando patadas contra el suelo para mantener los pies calientes y gritaba: «¡Café! ¡Café para la salud!».

Todo olía a café. La nieve del suelo olía a café, estaba salpicada y manchada. Un hombre atareado pasó junto a Milena, con un abrigo de color beige lleno de manchitas de café y una máscara empapada en café que le cubría toda la cara.

Desde una de las ventanas de arriba llegaba un llanto extraño y estridente: era la Mujer Bebé. Todo el mundo había oído hablar de ella. Ella y su bebé se habían puesto enfermos a la vez con una fiebre repentina. El bebé murió durante la noche y por la mañana, la madre se despertó con la mente de su hijo. Se pasaba el día en la cama llorando con los pañales puestos. A menudo se veía a su marido por el Cut, con la mirada perdida, apagada y perpleja.

Los virus de los boticarios habían mutado. Lo que hacían era compilar pautas mentales completas y transferirlas. Eran contagiosos y una personalidad podía someter a otra. Al principio no había resultado evidente. Incluso el verano anterior, Milena había oído hablar de un actor veterano del Zoo que se había despertado un día convencido de que era un Animal joven y guapo. Cuando se miró al espejo, se puso a gritar y a lamentarse. La enfermedad se hizo más palpable cuando la gente empezó a ladrar o a maullar. Algunos habían intentado volar saltando desde el Puente de Hungerford. Los virus estaban transfiriendo información de una especie a otra, de manera que la gente se creía que eran pájaros o gatos.

El viejo claustro de cemento que había a lo largo de uno de los lados del Cut había sido derribado y en él estaba creciendo un montículo de Coral, entre los tallos de las ortigas secas. Milena vio una lámina de resina negra bajo la cual estaban las Abejas apiñadas de rodillas, como si estuvieran rezando. Habían levantado un adoquín de la acera y estaban mirando la tierra que había debajo mientras el frío les hacía dar saltitos.

—Huellas de ostras —susurró uno de ellos escarbando y apartando arena y nieve hacia un lado con las manos.

—Cigarrillos antiguos —dijo la voz de una mujer.

—Gusanos de tierra fríos —aullaron todos juntos de pronto echándose a reír.

Uno de ellos llevaba una chaqueta de lentejuelas y las otras Abejas le lamían las orejas y murmuraban junto a su pelo rubio. Era el Rey, el Rey de *Trabajos de amor perdidos*.

Las Abejas se estremecieron cuando Milena se les acercó. Intentaban esconderse y apenas lograban mirarla de pasada y por el rabillo del ojo.

—Hola, Billy —dijo Milena amablemente—. ¿Te acuerdas de mí, Billy? Soy Milena. El guardia Dull. Acuérdate: «¿Yo, si no os disgusta?».

—¡Ah, Ma! —dijo él con una sonrisa vaga y sin mirarla. Los demás se apiñaron aún más en torno a él.

Las Abejas se protegían unas a otras manteniéndose dentro del grupo y centrando juntas la atención en una sola cosa. Se protegían de la vida, del exceso de vida que tenía lugar simultáneamente. Si por ejemplo un caballo, una enorme y sudorosa bestia, pasara resoplando junto a ellas pillándolas desprevenidas, podrían desmayarse. Milena había visto una vez cómo sucedía eso, cómo todas las Abejas de una colmena se desplomaban al unísono. Había visto cómo las Abejas se ponían a besar el empedrado donde una paloma acababa de ser atropellada por las ruedas de un carro.

—¿Cómo es, Billy? —preguntó Milena.

—Es en líneas —dijo él aun sin mirarla—. Todo en forma de líneas.

Billy se quedó mirando al cielo, como hacia las estrellas, mientras los copos de nieve se iban depositando en sus pestañas.

Un virus de empatía que estimulaba la imaginación compasiva había mutado. Las Enfermeras, Visitadores de Salud, Higienistas Sociales, y sobre todo los actores, habían adquirido aquel virus de los boticarios. El nuevo 2B reforzado daba lugar a una identificación con cualquier cosa viviente, o que lo hubiera sido alguna vez, lo que resultaba casi insoportable. Las Abejas tenían la capacidad de Leer a los vivientes. Podían Leer cualquier pauta de reacción que quedara en unos restos de algo vivo, en el suelo, en una piedra o en el aire.

—Y las líneas llegan hasta las estrellas, ¿verdad? Y luego bajan hasta la Tierra y vibran con el pensamiento de la gente —dijo Milena.

—¿Es que eres una Abeja? —preguntó Billy dándose la vuelta y mirándola con los ojos llorosos.

—No, pero sé de la existencia de las líneas —respondió Milena.

La gravedad era pensamiento, la gravedad era vida. La gravedad convertía la nada en una hoja que había estado viva. El esqueleto de la hoja seguía cantando, en silencio y melancólicamente, a la vida que había vivido cuando estaba en el árbol. Había sido sacudida por ráfagas de viento hasta caer con un suspiro al suelo. La tierra cantaba a las hojas que un día lo fueron. Cantaba a las cáscaras de cacahuete y las pieles de naranja, la mierda de perro y los zapatos de piel, la ropa vieja y el sudor de la gente que un día la tuvo puesta. Los muertos cantaban a las Abejas desde la

gravedad.

—Lo que nos comemos está llorando —dijo el Rey—: está destrozado, quemado, hervido.

Gran parte de la comida de esta nueva era se cortaba de los hibridomas y cuando se vendía seguía viva. También seguía viva cuando se cocinaba o cuando se comía cruda. Las Abejas solían chillar cuando la gente comía. La mayoría de la ropa no se la podían poner, ni los hilos de algodón o de telaraña y tampoco el hilo que producía el gusano de seda. La ropa les cantaba cuando la llevaban puesta. El sol les cantaba y ellos intentaban responderle.

Le decían a la gente que vivieran de la rodopsina, pero eso era cuando conseguían soportar la cercanía de la gente, porque las oleadas de pensamiento de las personas vivas eran demasiado potentes para ellos. Sólo podían afrontarlo en grupo y durante un breve lapso de tiempo, antes de huir corriendo como unos tímidos monos.

Milena cayó en la cuenta de que había dejado de nevar. Todo quedó en calma y hacía frío.

—¡Café! ¡Café para la salud! —gritó el vendedor.

El vapor dorado que salía de la cafetera se quedaba suspendido en el aire.

—El café grita —dijo el Rey. Los virus de los boticarios habían sido obtenidos a partir de un herpes y, al igual que éstos, se rompían al impregnarse de café—. Y los virus se parten en dos —insistió el Rey apenado.

Lo más odioso de esta nueva era es que las Abejas también amaban a los virus.

Una mujer se acercó tambaleándose hasta el vendedor de café para que le llenara una jarra. Temblaba como un viejo carro desvencijado sobre una carretera llena de baches, sacudiéndose a causa del frío y de la sobredosis de cafeína. Sus ojos eran malignos. Se quedó mirando fijamente a Milena. El odio de aquella mirada le paró a Milena el corazón. Fue como si una corriente la atravesara. Golpeó a las Abejas que se apretaron con fuerza unas contra otras.

—¿Billy? —dijo Milena.

Él no respondió, así que se arrodilló junto a él y se puso a acariciarle el pelo suavemente. «Eras un hombre guapísimo —pensó—. Todas las mujeres querían abrazarte y amarte porque eras hermoso y no eras consciente de tu belleza. Y tenías una voz melosa y cuando te subías al escenario adquirías protagonismo de forma natural, como por derecho propio. Tú me hiciste creer que la gente era capaz de hablar como Shakespeare escribió».

—Billy, estas helado. ¿Dónde vives?

—En el Cementerio —susurró él.

Milena se quedó parada. Otra vez aquel lugar.

—Venga —dijo—. Vamos a llevarte allí.

Se levantó y con ella lo hicieron todas las Abejas, como si unos hilos hubieran tirado de ellas. La siguieron arrastrando los pies por todo el Cut, vestidas con encrespadas pieles artificiales y botas de plástico.

«Mientras todo esto estaba pasando, yo me encontraba en el espacio enviando flores a la Tierra —pensó Milena—. Es como si hubiera muchas Tierras y hubiera regresado a la que no es».

—Esos con los que estás hablando son Abejas —le gritó la mujer que estaba comprando café.

Milena levantó una mano hacia las Abejas en señal de que se quedaran quietas y se dirigió hacia donde estaba la mujer.

Cuando Milena se aproximó, tanto la mujer como el vendedor se metieron detrás de la sopera de metal. «Como si fuera un escudo mágico que los pudiera proteger», pensó Milena. Vio su imagen reflejada en la superficie borrosa del metal. Y ahí vio el futuro. Una vez más, el futuro era de metal. El futuro era la maquinaria.

—Conozco a uno de ellos, es amigo mío. Ellos también son humanos —dijo Milena tratando de explicarse.

La mujer se encogió de hombros y se levantó la máscara de la cara.

—Querrás decir que eran humanos. Míralos —con las manos temblorosas intentaba quitarse los guantes que también estaban empapados en café. Toda ella emanaba vapor—. Están extendiendo esas enfermedades a propósito, ¿no lo sabías? ¿Dónde has estado?

—En órbita —respondió Milena, inocente—. Soy astronauta.

Y sin mediar una palabra más, la mujer le tiró una taza de café a la cara. Y con las aturulladas manos consiguió agarrar la taza de café, pagarle al vendedor y marcharse, todo a un tiempo. Era obvio que estaba aguantando la respiración. Dio media vuelta e intentó echar a correr a largas y lentas zancadas.

Milena se quedó abatida sintiendo cómo se le enfriaba el café en la cara. Se sentía como el personaje de una comedia al que acaba de pasarle algo absurdo.

—¿Por qué habrá hecho eso? —preguntó mientras se miraba el abrigo que el café había estropeado.

—Tal vez pensara que estaba usted enferma —dijo el vendedor.

Tiró las monedas que la mujer le había dado en una bandeja de resina llena de café. Las monedas también contribuían a la propagación de la epidemia.

—¡Vosotros sois los que estáis enfermos! —dijo Milena enfadada y regresó junto a las Abejas.

—Vamos —les dijo—. Seguid caminando. También tienen miedo de vosotros. —Y los guió al pasar junto al vendedor de café.

Milena giró a la izquierda y rebasaron la fuente que había a la entrada de Leake Street. Habían puesto unos tapones de metal en los caños y las hileras de vasos

habían desaparecido. Arriba de la pendiente que llevaba a Waterloo la gente estaba huyendo aterrorizada, juntándose en grupos. Estaban pasando por encima de algo, tal vez de un montículo de nieve. El montículo se movió. El montículo era un hombre.

Aquel hombre tenía el tórax al descubierto. Tenía la chaqueta desgarrada y la camisa hecha jirones, como si hubiera estado forcejeando para quitarse la ropa. Estaba intentando gatear, pero las piernas no lo sostenían y tenía los brazos y los dedos de las manos paralizados de frío, se le habían quedado tan inservibles como las aletas de una foca.

«¿La gente ha pasado por encima de él sin más? ¿Qué nos está pasando a todos? —pensó Milena—. Va a morir congelado». Se acercó a él y las Abejas la siguieron como una única masa ondulante bajo su lámina de resina.

—Ella muerde —le advirtió el Rey.

¿Ella? Aquel hombre tenía una barba roja muy poblada. ¿Ella? Cuando Milena se le acercó, él la miró, le enseñó los dientes y le lanzó un gruñido.

—Piper —susurraron las Abejas—. Piper bonita, buena chica, buena chica.

Se aproximaron con frenéticos movimientos y se posaron alrededor de él.

—Piper, ¡buena perrita! —dijo el Rey.

El hombre ladró.

—¿No sería mejor que lo lleváramos al médico? —preguntó Milena.

El Rey negó con la cabeza.

—Hay gente en la ceniza, en la ceniza que cae —dijo Billy, y miró a su alrededor obnubilado, como si estuviera rodeado de estrellas.

—¿Qué? —dijo Milena quedándose sin aliento.

—Les dejan morir —dijo sonriendo, como si hubiera visto algo precioso.

Había tañidos de campanas a lo ancho y largo de Londres, llamando a los Médicos.

—Piper, Piper, Piper —decían las Abejas calmándole.

Se agacharon y lo levantaron para llevarlo a cuestas. Se le habían congelado las lágrimas en la cara y estaba tieso como una tabla, con los dedos rígidos en posturas extrañas.

Milena dio un paso al frente para ayudar, pero algo la retuvo.

Una voz antigua le susurró: *«Enfermedad*».

—¡Qué te jodan! —se dijo Milena en un susurro y tomó el control de la situación.

La procesión se dirigió al refugio de Leake Street. Las puertas del Cementerio se abrieron de par en par, como si lo hubieran hecho solas. Milena penetró en tropel junto a las Abejas en aquella penumbra que olía a humanidad.

—Milena, Ma, Milena —dijo la penumbra—. Piper, Piper, Piper.

Milena contaba con unas células nuevas en la palma de la mano, que le habían

implantado al hacerla Terminal. Eran células luminosas que brillaban a su voluntad. Levantó la mano y la luz que salió de ella iluminó el Cementerio.

Los disfraces muertos tenían ahora ocupantes. Había reyes y cortesanos, bailarines gitanos y hombres de Robín Hood. Había mantillas tejidas con cordel de plástico negro y trajes de baile hechos en nailon barato de colores y en todos los tejidos artificiales que las Abejas, que escuchaban a los fantasmas, podían soportar llevar puestos.

La masa de Abejas se abrió para rodear al Hombre Perro, para consolarlo y darle calor. Levantaron todos de golpe la vista hacia Milena, ladeando la cabeza todos a la vez, como un solo hombre. Aquí eran suficientes para soportar la carga de la consciencia. Sonrieron de placer todos a la vez.

Dieron todos un paso al frente a la vez y todos con el pie izquierdo, hacia donde estaba Milena.

—¡Ayúdanos! —dijeron al unísono.

Mil voces dijeron lo mismo a la vez. Milena podía sentirlo en su cabeza, a lo largo de su cicatriz de Terminal.

—Ayúdanos, Ma.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Cuéntaselo —dijeron las Abejas.

—¿Qué les cuente qué? —volvió a preguntar Milena.

—Cuéntales lo de las líneas —dijeron un millar de voces con idéntica entonación.

Milena se quedó parada intentando imaginarse lo que representaría convertirse en portadora de aquellas noticias. Decirle a la gente que lo que sentían las Abejas no era otra cosa que lo que sentían los Ángeles del Consensus.

—De acuerdo, lo haré —dijo.

—Que sigas bien —dijeron las Abejas levantando las manos con las palmas hacia fuera.

Querían decirle que se mantuviera alejada de ellos. Necesitamos a alguien que no sea una Abeja para que hable por nosotros.

—Flores. Flores de luz —dijeron las Abejas e hicieron un gesto a la vez, como si estuvieran cogiendo una flor entre los dedos índice y pulgar y se la pasaran a Milena.

Milena partió siendo una desconocida y había regresado convertida en una celebridad. A una Tierra distinta y a una identidad también distinta.

Milena apenas recordaba el paseo hasta el Café del Zoo. Tenía la mente hirviendo a causa de lo que acababa de ver. «Milena, Milena, llevas demasiado tiempo con la cabeza absorbida por la ópera», pensó. Entró en el Café, hacía calor y estaba lleno de vapores. El intenso olor a café resultaba sofocante.

—Hola, Milena. Milena, hola —decían personas a las que ella no conocía, y le

estrechaban la mano.

Todavía tenía encendida su palma luminosa y al dar la mano proyectaba ondas de luz bajo las caras de aquella gente. Milena les dedicaba una inclinación de cabeza correcta pero distraída. Necesitaba hablar con Cilla y en algún punto ella la estaba esperando.

Milena se puso en cola dócilmente. Una mujer gorda y con cara de amargada que tenía bolsas bajo los ojos estaba echando agua hirviendo sobre los cuchillos y los tenedores. Milena vio cómo los cubiertos se retorcían adoptando formas extrañas. «Yo misma he hecho esto —pensó—. Yo ya he pasado por ahí y no se puede hervir la vida hasta desinfectarla».

Al final de la cola había un hombrecito pequeño con bigote que estaba mirándola mientras esperaba. Parecía que las mejillas se le hubieran hundido en unos agujeros que tuviera en la cara. Iba dándoles a todos una taza de café sin ni siquiera preguntarles.

—Yo no quiero de eso —dijo Milena tajante.

En vez del café, cogió un trozo de tarta y un vaso de leche. Vio cómo la gente se lavaba las manos y la cara con café.

—¡Milena, cariño! —exclamó Milton el Ministro acercándosele.

Milena gimió para sus adentros. Milton la cogió de la mano y la condujo hacia su mesa. Aquel nuevo Ministro era más sociable que el antiguo Guardián del Zoo y también le impresionaba más la fama. «Hace seis meses no hubieras hecho esto —pensó Milena—. No antes de que subiera».

Saludó a la gente educadamente, pero guardando las distancias. Tener algunas dotes de Insidiosa no resultaba muy útil desde un punto de vista social. Milena podía percibir la uniformidad reinante entre aquella gente. Le devolvieron una amplia sonrisa desde sus caras enrojecidas e hinchadas y la llamaron por su nombre como si la conocieran desde hace tiempo. Eran Trepas, arribistas.

—Milton —dijo Milena—, parece ser que hay un montón de gente enferma de la que nadie se preocupa.

—Bueno —dijo Milton arreglándoselas ingeniosamente para combinar una risita y un poco de tos—. Ya sabes lo que se comenta acerca de la nueva variante: *«2B or not 2B, that is the question*».[9]

Milton esbozó una gran sonrisa.

—Milton, están dejando morir a los enfermos.

El Ministro se colocó las gafas, aquellas que llevaba sin necesidad:

—Ejem, bueno, la versión oficial es que los Médicos están haciendo lo posible por ellos y que cuando mueren, queman… —hizo un movimiento con las manos, era obvio que estaba intentando hacer otro chistecito—… queman lo que queda de ellos.

—¡Ah! Eso ya me deja más tranquila —dijo Milena—. ¿Y qué es lo que los

mata? Porque los virus no son mortales.

—Cierto, pero hay que tratarlos —dijo Milton sin dejar de sonreír.

«¿Por qué sonreirá?», se preguntó Milena.

La novia de Milton tomó la palabra. Su voz sonó áspera y fría. Poseía una bonita sonrisa y unos mofletes que Milena estaba segura de que tendrían bolsas como las de las ardillas.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? Hay que evitar que se extienda.

—Podríamos ocuparnos de ellos —dijo Milena con total serenidad.

—¡Hey! —dijo una voz tranquilizadora detrás de Milena.

Milena dio media vuelta y ahí estaba Cilla. Se alegró mucho de verla.

—¡Ven, Cil, tenemos que hablar!

—He reservado una mesa para nosotras, Milena —dijo Cilla todavía en tono tranquilizador.

—*Bavarderons D. Man* —les gritó la novia de Milton cuando se alejaban.

En la jerga Vampírica significaba «ya hablaremos».

Milena pudo captar con el receptor Terminus que tenía en la cabeza que la novia de Milton se sintió aliviada de que se marchara. «Yo también, nena», pensó.

—¿A que es horroroso? —dijo Cilla mientras caminaban.

—Acabo de ver a un hombre poseído por una perra —dijo Milena—. Estaba muñéndose de frío y ¿sabes una cosa? Nadie le ayudaba. Fue necesario que unas cuantas Abejas se lo llevaran a cuestas. Fueron ellas quienes lo salvaron, nadie más —hizo una pausa—. Una de ellas era Billy.

—Todo esto te resulta nuevo, ¿verdad? —dijo Cilla cogiéndole la mano con gesto comprensivo mientras se sentaban a la mesa.

—La verdad es que la sensación es antigua, es como yo solía sentirme antes.

—¿Te acuerdas de cuando hervías las cosas? —preguntó Cilla—. Me derretías todos los tenedores y los cuchillos. Te tenía por una loca.

Sin darse cuenta, Cilla estaba alargando el brazo desde el otro extremo de la mesa para comer del plato de Milena. Era una mala costumbre que venía de sus tiempos en el Jardín de Infancia. Milena contempló cómo lo hacía y se dio cuenta de que estaba sonriendo al ver cómo Cilla recogía las migas con el tenedor.

—Me acuerdo de cuando te dio por hervir los asientos del váter —dijo Cilla—. Una noche nos escondimos todos para sorprenderte haciéndolo. Estabas con una tetera en la mano y de la taza del váter salía vapor. Tú dijiste: «Estoy preparándome una taza de té».

—Sí, y tú dijiste: «curiosa taza».

Milena y Cilla eran al fin amigas. Les había costado mucho tiempo. A Milena siempre le costaba mucho hacer amigos, sabía que Cilla la respetaba y que ella se había ganado ese respeto. Milena seguía sin poder resistirse a los elogios, era otra

mala costumbre del Jardín de Infancia.

—Háblame del espacio —dijo Cilla cambiando de tema con decisión.

Había un círculo de silencio en torno a ellas, del cual ambas eran conscientes. Milena ya no era una directora de obritas de teatro secundarias. Ahora era Ma, la que había inundado el mundo de flores. Era la productora de La Comedia y Cilla era su estrella, su Virgilio. Los habituales del Café del Zoo estaban demasiado orgullosos de ellas y eran demasiado prudentes para quedarse mirándolas, pero había un silencio respetuoso, de jerarquía animal.

—Bueno, el espacio es precioso —dijo Milena—. La Tierra es preciosa. Las montañas parecen de papel arrugado, pero cuanto más te fijas en ellas, más detalles puedes distinguir. Y te das cuentas, ¿sabes?, te das cuenta de lo arriba que estás. ¡Qué distancia tan enorme! Y caes, te das cuenta de que estás cayendo todo el rato. Hay un horizonte y puedes ver la frontera del aire, que es la cosa más preciosa y azul.

Contarle esto a Cilla era como hacerle un regalo y más contárselo en público. Cilla encontraba un placer infantil en el hecho de ser un Animal, y Milena lo disculpaba con creces. Era una de las razones por las que le gustaba.

—Y lo de los hologramas —dijo Cilla—. Háblame de eso, aquí era mediodía y había nubes oscuras bajas. ¡Y de pronto empezaron a llover las flores! ¡Y sonaba aquella música tan preciosa! A nuestro alrededor, en el aire.

—Había un Ángel que hizo de lente. Se llamaba Bob y era de Londres.

Milena se armó de valor para dar la noticia:

—Él fue quien me dijo que debería casarme.

Cilla paró de comerse la tarta de Milena para preguntarle:

—¿Y?

—Y eso voy a hacer —dijo Milena sonriente mirando a Cilla a los ojos.

—¡Aleluya! —dijo Cilla—. ¿En serio? Ay, Milena. Eso sí que es un acontecimiento. —Se inclinó hacia delante para plantarle un beso en la mejilla—. ¿Y con quién?

A su pesar, Milena estaba sonriendo también cuando le dijo:

—Con Mike Stone.

Se había intentado convertir a los astronautas en héroes, se habían expuesto hologramas de ellos en lugares públicos. Mike Stone era conocido, pero no había alcanzado la categoría de héroe.

La sonrisa en la cara de Cilla empezó a languidecer, casi se hizo agria.

—Mike, ¡uf! —exclamó con la voz entrecortada y con rechazo y lástima. Levantó una mano en señal de silencio—. No lo hagas, Milena —dijo tragándose rápidamente la tarta—. Ya sé que debe haber sido muy bonito estar ahí arriba a solas con un hombre, con cualquier hombre, mirando a las estrellas…

Milena había estado deseando ver la reacción de Cilla. Sabía que iba a resultarle

divertida.

—Sí, y el váter de gravedad cero también rebosaba encanto —replicó ella sonriendo.

—¿Puedo hablarte con franqueza? —preguntó Cilla.

—Pero Cil, ¿acaso me has hablado alguna vez de otra forma?

—Lo que a ti te hace falta es un Tooch Knave.

Tooch significaba sexy y Knave significaba tío salvaje, y se pronunciaba «Kenabva». Cilla se inclinó hacia ella y le habló en un leve murmullo inaudible para los que las rodeaban. Lo único que se captaría era el mensaje general de que estaban manteniendo en público una conversación muy seria e importante y de corazón a corazón.

—Ahora que has vuelto, ¿por qué no les echas un vistazo a las bellezas del Zoo? Milena, cualquiera de ellos tiene que ser mejor que Mike Stone. A mí me pone enferma. Parece que le hayan metido un palo de escoba por el culo hasta el cuello. No habla, no hace más que quedarse ahí sentado, quieto, como si alguien le tuviera atado bien corto.

—Tienes razón en todo —dijo Milena.

Cilla puso una expresión de profundo dolor.

—Ya sé, ya sé —dijo cerrando los ojos con lástima—. Ya sé que los hombres no te han tratado bien, que siempre te han ignorado…

—Gracias a Dios —dijo Milena.

—Pero no te eches en los brazos del primero que te hace un poco de caso. ¿Te estoy ofendiendo?

«Cilla, querida, cualquier otra persona ya te habría dado de bofetones a estas alturas», pensó Milena con una sonrisa de oreja a oreja y con ganas de echarse a reír a carcajadas. Sacudió la cabeza para decir que no.

—¿Entonces por qué te ríes? —preguntó Cilla prudentemente y con pena por su amiga—. Siempre lo he sabido, Milena. Escondes el dolor tras una sonrisa.

Milena estalló por fin en una sonora carcajada y le dio a Cilla una palmadita en la mano.

—Voy a casarme con él —dijo— porque no tengo la más mínima intención de casarme con nadie.

Milena estaba aprendiendo lo que era ser sincera. ¿Decepcionantemente sincera? O simplemente demasiado pagada de sí misma para que le importase aquello.

Volvió a sonreírle a Cilla, con más firmeza aún.

—No tengo intención de casarme con nadie, pero al Consensus le gustaría una bonita historia. Pues bien. Va a tenerla. «Matrimonio entre astronautas: amor en las estrellas».

—Pero vas a entregar lo mejor de ti —dijo Cilla con la débil voz de quien dice la

verdad.

—Eso lo entregué hace mucho tiempo a otra persona —dijo Milena con total sinceridad.

—¿Y no hay esperanza? —preguntó Cilla. A la hora de la verdad, era una auténtica amiga, no importaban las razones.

—No —dijo Milena sacudiendo la cabeza—. Pero resulta agradable saber que alguien lo sabe. Que tú lo sabes.

Se hizo un largo silencio.

—Fue Rolfa, ¿verdad? —dijo Cilla.

«Vaya, pues sí que lo sabías —pensó Milena asintiendo—. Ajá. Sí. Muy bien, Cilla».

—¿Te importa? —preguntó Milena.

—¿Si me importa qué? ¿Qué te atraigan los individuos del mismo sexo pero de distinta especie? ¿Por qué iba a importarme eso? —Cilla no se sentía precisamente sobre terreno firme. A esas alturas, no sonaba muy convincente—. No, no, no me importa. De hecho me ayuda a relativizar muchas cosas. Pero no puedo evitar destacar que mis intereses no siguen los mismos derroteros.

Tosió e intentó tomar un sorbo de café, pero no acertó bien y se golpeó los dientes con el borde de la taza.

En realidad, Cilla no quería saber la verdad. Lo que había pasado es que la parte más honesta de su ser la había puesto contra las cuerdas.

—La verdad es que desearía que no fueras así —dijo apresuradamente, con aire afligido.

—¿Porque eso estropea la historia? —preguntó Milena en voz baja.

—Porque siempre estaré preguntándome si te sientes atraída hacia mí. —Volvió a levantar la taza pero se lo pensó mejor y la dejó en la mesa.

—Cilla, para mí eres mi mejor amiga, pero no me siento atraída por ti. ¿Por qué no te preguntas lo siguiente: soy del tipo de Milena? ¿Mido dos metros y medio y estoy cubierta de pelo?

—Ahora te estás cachondeando de mí.

—No, Cil, de verdad que no.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó Cilla enfadada y dolida al mismo tiempo—. Ahora me siento como si no te conociera, justo ahora que pensaba que por fin lo había conseguido.

Con una mezcla de horror y sorpresa, Milena vio a Cilla echarse a llorar. Una enorme y pesada lágrima le corrió por la mejilla como un goterón de helado derretido.

—¿Soy una persona ridícula?

—No, ¿por qué iba yo a pensar eso?

—Porque estás sonriendo otra vez. —El impacto de la verdad había hecho que Cilla adquiriese de repente consciencia de su imagen. Era algo que no solía sucederle y que no se le daba muy bien. Tenía las manos hechas un lío—. ¿Y por qué no te han curado? Yo creía que a la gente como tú las cogían y las curaban.

—Bueno, eso tiene una explicación —dijo Milena.

Cilla cayó en la cuenta de lo que acababa de decir y cerró los ojos avergonzada.

—Milena, quiero que sepas que no quería decir lo que ha parecido que he dicho.

—La razón por la que no he sido Leída —dijo Milena ciñéndose al tema— es que el Consensus sabe perfectamente cómo soy y ha decidido no leerme. Es porque le sirvo tal y como soy.

—¿Eso es lo que Bob dice? —preguntó Cilla tras una pausa.

«Caramba, sí que es aguda».

—¿Cómo puedes decir que no me conoces si ya lo sabías todo? —preguntó Milena.

—Porque nunca estoy segura de si la que habla soy yo o es uno de mis personajes. Deformación profesional.

«Y también es una actriz magistral».

—Siempre me sorprendo repitiendo mis papeles como si acabaran de ocurrírseme a mí —dijo Cilla. Tomó un sorbo de café e hizo una mueca—. ¿Sabe Mike que le estás utilizando como tapadera?

«Ahí va otra buena estocada. De verdad que me gustas, Cilla, y mucho».

—Él también quiere el final feliz —dijo Milena—. Para él, la historia es la realidad. Le dije mil veces que no y ni se dignó escucharme. Sencillamente siguió actuando como si estuviéramos cortejándonos.

—¡Puaj! —dijo Cilla.

—Eso decía yo también, pero pasado un tiempo empecé a pensar que estaba chiflado. Profundamente chiflado.

—¿Es por eso por lo que yo te gusto?

—Sólo hasta cierto punto. No te preocupes, Cil. He pensado mucho en esto. Creo que lo que voy a hacer es lo correcto.

Cilla alargó la mano y volvió a coger un poco de la tarta de Milena. Estaba hecha de zanahoria y proteínas desnaturalizadas. Milena cogió su vaso, lleno de lo que oficialmente recibía el nombre de leche, aunque a veces la gente lo llamaba Filtrado.

Cilla parecía estar dándole vueltas a algo.

—¿Sabes que van a nombrarte Artista del Pueblo?

—¿Qué? —dijo Milena quedándose sin respiración.

—Bueno, tienen que hacerlo. Están invirtiendo en la Comedia más que en ninguna otra cosa, y no sólo el Consensus Británico, sino el Consensus Europeo. Y eso no pueden hacerlo por un Vampiro viejo cualquiera, así que obviamente tienen

que nombrarte Artista del pueblo.

—Cilla, ¿has escuchado algún rumor en ese sentido?

—Es pura lógica, Milena. Así es como el sistema funciona y tú lo sabes. Tú lo manipulas mejor que nadie.

Otro gran pedazo de la tarta de Milena desapareció. Cilla estaba equivocada. Milena no manipulaba al sistema.

—Yo nunca he deseado eso, nunca lo he pedido —dijo Milena cayendo en la cuenta de que seguía sin desearlo.

«Te dan eso y te tienen cogido, o creen que así es».

Ahí afuera, en la oscuridad, empezaron a repicar más campanas. Aquel sonido parecía formar parte del cielo sin estrellas. Otra persona que estaba enferma.

«Jodido Consensus. Siempre termino haciendo lo que tú quieres».

El miedo se filtró en la habitación como un fluido viscoso que saliera de todos los rincones. Milena pensó en Thrawn McCartney. «Me fui al espacio y creí que lo estaba dejando todo atrás. Ahora es hora de poner los pies en la Tierra de golpe. Están dejando morir a la gente. Lo siguiente que harán será matarlos».

—No puedo quedarme aquí de brazos cruzados —le dijo a Cilla poniéndose de pie.

Se dirigió a la mesa de Milton. El malestar se asomó a las caras de incertidumbre. Milena cayó en la cuenta: «Están un poco asustados de mí».

—Milton, tengo que hablar contigo —dijo.

—¿Cómo, cielo? —Otra vez las córneas abultadas.

Milena acercó una silla a su lado. Milena se quedó de pie junto a ella, con una mano apoyada en su hombro.

—Milton, cuando estaba en el espacio, trabajé con un Ángel. Yo era Terminal y trabajé con él en la Quinta. Ahora acabo de hablar con Billy que trabajaba conmigo en *Trabajos de amor*. Es una de las Abejas y me ha explicado en qué consiste eso. Te juro que lo que ven las Abejas no difiere mucho de lo que ven los Ángeles. Milton, no hagas la vista gorda. Préstame atención. A las Abejas no les pasa nada malo. Están completamente sanas. Sencillamente ven el mundo de otra manera. Podemos vivir con ellas. Punto segundo: muchas de las personas que se enfermarán con los otros virus van a ser gente conocida, gente de nuestro Barrio, Milton. El Zoo tiene mucho dinero. ¿Por qué no montamos una especie de hospicio, un lugar en el que ocuparnos de ellos?

Milton se encogió de hombros con una sonrisa. Realmente aquello estaba fuera de su alcance. «Tendré que ir a hablar con Moira», pensó Milena.

La novia de Milton tomó la palabra con voz cortante:

—Lo que está pasando debe ser la voluntad del Consensus.

—La voluntad del Consensus está equivocada —dijo Milena.

Aquella frase cayó como un plomo.

La chiquilla esbozó una sonrisa de incredulidad.

—¡No puedes decir eso! —lanzó una mirada a su alrededor, hacia los otros Trepas advenedizos—. ¡Es como decir que el mundo entero está equivocado!

—Sí —dijo Milena sin apartar la vista de ella. Y al darse cuenta, empezó a asentir: «sí, sí, sí, sí». De repente se daba cuenta de que era lo que llevaba diciendo toda la vida y el trozo de piel luminosa que tenía en la mano se puso a brillar intensamente sin que ella ni siquiera se diera cuenta.

Fue necesario hacer un montón de trabajo extra y hubo que sentarse en aburridas reuniones. Moira Almasy tuvo que ayudarle. Los detalles de la historia no son interesantes, pero Milena se las arregló para salvar a las Abejas y ayudar a los enfermos.

—Magia —dijo Cilla.

Milena recordó un sueño.

Estaba en el espacio, ingrávida y amarrada a la cama para evitar que saliera flotando. Una correa le sujetaba la cabeza a la almohada.

En aquel sueño incómodo, y desde el silencio y la luz, Heather, la lectora de Marx, consiguió abrirse camino hacia Milena. Heather sonreía en su silla de ruedas, divertida consigo misma. Heather llevaba puestas las ropas de Virgilio.

—Mira quién ha venido a verte —dijo Heather con una amplia sonrisa tras sus gafas de culo de vaso.

En la luz y en el silencio había una voz que habló sin palabras, pero que Milena pudo reconocer. En el sueño, sintió las lágrimas aflorar a sus ojos y se sintió acogida en un abrazo enorme y cálido. La voz parecía decirle sin palabras que hiciera la obra de Dante a su manera. Estaba dándole permiso.

Milena visualizó a Dante caminando a lo largo de los Jardines de Embankment. Tenía los ojos, la nariz y la barbilla afilados como puñales, con aspecto fiero. Los acontecimientos de su época le habían llevado a dedicarse a la política. Era un Vampiro de la Historia. Se dirigía al Café del Zoo. Se encontraba con los Animales en el Zoo y veía reflejada en sus ojos su propia rabia, su propia ansia, su propia astucia. Subía los escalones y el sol se levantaba sobre el tejado del Zoo, y el sol era Dios. Eso decía la música de Rolfa.

Y Dante avanzó entre el vapor, desde el caldero de café hasta uno de los bancos y se sentó frente a Cilla, que lo juzgó. «Remilgado». «Obsesivo». «En grado sumo», parecía decir. Pero ella era como un espectro, y su voz era más fantasmagórica que femenina. Este Virgilio no era hombre ni mujer. «Hay un sitio donde hay ropas de

sobras», dijo. Y luego guió a Dante hasta el Cementerio, atravesando una verja, y la verja estaba cerrada y con el cerrojo echado. Se abrieron camino con esfuerzo en la oscuridad y entre las almas de los muertos que parecían ropas viejas y desteñidas, hasta que encontraron una luz.

Rolfa estaba sentada frente a un escritorio, cantando. Lucy estaba con ella balanceando los pies.

«Somos Beatrice», dijo la voz.

Realmente eres tú, ¿verdad, Rolfa? Realmente estás aquí conmigo. ¿Quién si no sería capaz de orquestar la Comedia? ¿Quién más podría surgir de entre los muertos y dirigir una autopista hacia mi cabeza? Esa autopista está hecha de tejido cicatrizado y me mantiene ligada al Consensus, y ahí es donde tú estás, ¿verdad, amor? Tú sigues ahí, en algún lugar, cantando en la oscuridad.

Milena subió y bajó e hizo la Comedia de manera distinta, entre los túneles de Leake Street y los andamios del Zoo. Milena hizo que la Comedia bajara a la Tierra.

Capítulo 14

El triple salto (Psicodrama)

Milena huyó de Thrawn. Se mudó a La Hondonada, el enorme estuario que había entre Londres y el mar. En cierto modo, estaba también huyendo de sí misma.

Recordó a un niño que cantaba. Estaba de pie en la brillante proa de un barco, impulsándolo con ayuda de una larga pértiga de madera. Era alto y delgado y los músculos de sus piernas parecían maderos flotantes que hubieran sido pulidos.

Mary oh lay ha
Mary oh lay ha hoo
Mary oh lay ha
Mary oh I love you

El día de la huida, Milena estaba medio dormida de alivio. Viviría en la Hondonada, donde nadie esperaría que viviera, durante tres meses. Luego subiría al espacio.

Contempló cómo los rayos de luz del sol se mecían sobre las aguas color café. Iba con los ojos entornados y la cabeza se le balanceaba al ritmo del ligero borboteo del agua contra la superficie de la pértiga. Escuchaba los crujidos de los juncos, a medida que el barco avanzaba entre ellos, en los puntos en que el canal se estrechaba.

Se oyó un batir de alas y Milena miró hacia arriba. Una hembra de urogallo, negra y con la cabeza roja, había levantado el vuelo. Vino un ruido de sacudidas en el agua, un búfalo se había asustado y se alejaba de ellos con movimientos laterales. Los miraba con una mezcla de timidez y fastidio, mientras el agua se le derramaba del hocico.

Entre los juncos había más búfalos y una voz infantil los llamaba: «la, la, la, la, la, la». Unas sombras esbeltas escondidas entre los juncos se movían frenéticamente. A medida que las sombras se iban alargando, los extremos plateados de los juncos se mecían al viento y allá arriba las garzas volaban en círculos.

—El búfalo puede estar en las aguas más profundas —explicó el niño—. Más allá, donde usted va, hay más granjas de llanura.

Impulsó al barco hacia fuera del estrecho canal negro, sobre una pequeña loma de juncos secos y plantas acuáticas.

—¡Puaj! —exclamó con fastidio—. No ha llovido y todos mis atajos están empezando a quedarse secos.

Salió de la embarcación de un salto apoyándose en la pértiga y la arrastró por la

orilla. En los puntos en que enterraba los pies en el fango salían pompas de gas procedentes de los juncos en proceso de putrefacción.

—¿La falta de lluvia se está convirtiendo en un problema? —preguntó Milena.

—Dentro de poco sí que lo será —respondió él.

El barco avanzó por el cieno de regreso al agua y el niño tiró de él, aún flotando, entre dos casas al abrigo de unas altas vallas de juncos entretejidos. Volvió a meterse en el barco, se impulsó con un palo y la batea salió flotando a un canal ancho y recto.

A ambos lados del canal había hileras de casas hechas con juncos que llegaban hasta donde alcanzaba la vista, perdiéndose en el horizonte. La polución ambiental hacía que en la distancia las casas obtuvieran un halo dorado, como si las iluminara el sol del atardecer.

Aquellas casas tenían forma de hogazas de pan, con penachos de juncos sin recortar que les sobresalían por el tejado. Estaban apoyadas en unos firmes cimientos de coral, material del que también estaba hecho un murito bajo que bordeaba todo el canal. Habían gallinas correteando por la tierra de la ribera y mujeres que se agachaban sobre el cauce para llenar de agua las teteras. En el lado derecho del canal se encontraban un montón de pequeños botes apiñados, tocando proa con popa y bastante hundidos en el agua. Los niños que iban en ellos estaban remando con todas sus fuerzas, luchando contra la corriente en dirección a la Gran Barrera de Coral. El arrecife evitaba que las aguas inundaran el centro de Londres; tras sus compuertas se encontraban los mercados de El Hoyo.

Las canoas y las bateas tenían montada una gran algarabía, llevaban mercancías de particulares para poner a la venta. Iban cargadas de coles de agua, berros, juncos secos o productos derivados de éstos, como los nuevos y suaves tejidos obtenidos a partir de plantas de agua deshilachadas y puestas a secar.

—¡Preciosa Pendona! —llamó una mujer a Milena con una sonrisa de oreja a oreja. Se arrodilló en la proa de su barco, en el que llevaba bien sujeta una estufa de carbón con un wok encima—. Tengo unas castañas de agua riquísimas, col bien crujiente, rábanos, cebolla, todo bien fresco y recién salteado. ¿Tienes hambre?

Milena se obligó a sonreír mientras sacudía la cabeza. Le habían dicho que la gente de La Hondonada la llamaría Pendona, pero sin la más mínima malicia. La presencia de Miembros del Partido en La Hondonada seguía siendo algo excepcional, razón por la cual habían construido allí la nueva Casa del Partido.

El niño remero tomó otro atajo entre dos casas y un Crío enfadado se levantó y le chilló. El niño le sonrió y le saludó con la mano tratándole de usted y llamándole señor. La batea se deslizó por los jardines de las traseras de las casas, que estaban cuidadosamente delimitados con vallas de junco. Las coles de agua, plantadas en fila, se mecían con las ondas y las algas comestibles formaban sobre el agua una capa suave e impenetrable que parecía hielo verde. Se escuchaba el traqueteo de los

generadores situados en las islas de coral y los jardines estaban cubiertos por un cableado aéreo que proveía de electricidad a las viviendas.

El barco avanzó por un nuevo canal hasta entrar en un extenso remanso de agua que era tan azul como el mismo cielo y tenía apariencia de lago, con el viento levantando espuma en su superficie. En la distancia, se podían ver entre la niebla unas hileras de barcos de vapor con canalete que aguardaban en fila en el canal principal, entre las boyas que emitían crujidos. Milena podía escuchar con claridad a la gente que estaba charlando sobre sus cubiertas y el rítmico zumbido de su par de enormes ruedas, entre las cuales todos los barcos tenían un conjunto de chimeneas negras que se alzaban como los órganos de las iglesias. El más cercano de los vapores estaba cargado de material de aluvión, colocado en capas como turba extraída de la tierra.

Al otro lado del lago, cerca de los juncos de la orilla opuesta, había una bandada de flamencos que se movía a intervalos, con lo que adquiría la apariencia de una corriente blanca y rosada. La población de La Hondonada los apreciaba y los protegía, mientras que detestaban a las cigüeñas y a las garzas. Milena entornó los ojos para poder vislumbrar los esbeltos y rosados cuerpos, posados sobre las largas patas, y los cuellos como trompas de elefante que se sumergían para coger algo y volvían a alzarse.

—Esto es *L'Étoile* —dijo el niño—. De aquí parten los canales que se dirigen a los distintos Barrios. Hemos pasado por las granjas de cultivo intensivo, como las de coles y similares, y las granjas más ecológicas como las de pequeños pájaros y animalillos, y hemos pasado la propia Hondonada. Ahora vamos a dejarla atrás y a dejar atrás las granjas ecológicas.

El chiquillo sonrió enseñando la mella que tenía en la dentadura, con la cara de un vivo color morado-rodopsina y tan plagada de acné que parecía un empedrado.

—¿Cuál es el Barrio más cercano a mi casa? —preguntó Milena. Ya lo sabía, pero quería ver cómo se lo decía el chico.

—¡Ay, señora! —dijo aturullado. Seguía sonriendo, pero parecía haberse entristecido—. Usted es una Pendona.

—Ya, pero eso no es un Barrio. ¿Estaré cerca de la Hondonada?

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. Estará usted cerca del Barrio del Recuerdo.

Se estremeció y apartó la mirada. Recuerdo era una forma eufemística de referirse a la Muerte.

Los nuevos apartamentos para Pendones tenían una finalidad social. Habían sido construidos para incentivar a algunos miembros del Partido para que se establecieran en La Hondonada, con el propósito de elevar el estatus social de un Barrio tan necesario como de mal agüero.

La batea siguió avanzando por el borde de *L'Étoile*.

Ahora era posible ver en el horizonte las colinas azules atravesadas por líneas de arrozales. La barrera de juncos de la orilla del canal se estrechó permitiendo que Milena viera los terraplenes de tierra de la ribera en cuyos extremos se había depositado la sal hasta dejarlos blancos. De repente, se oyó un estruendo de cascos de caballos.

Unos caballos blancos recorrieron al galope la orilla del lago, con sus plateadas crines sacudiéndose al viento y sus poderosas patas aplastando las tierras arenosas y las gruesas y saladas hierbas.

—¡Oh! —exclamó Milena con admiración.

Así que aquí era donde se criaban los enormes y ágiles caballos de tiro, aquí era donde corrían en libertad cuando eran jóvenes y donde regresaban dos veces al año para volver a hacerlo. Los niños y niñas jinetes iban montados en sus lomos ataviados con unas gruesas perneras de cuero estampadas con caprichosos símbolos tribales.

—¡Yuuujuuuu! —les gritó excitado el gondolero de Milena.

Los niños jinete lo ignoraron.

—¡Jo! —dijo con envidia chasqueando la lengua—. Ésos sí que saben. Ésos sí que saben.

Una niña de corta edad iba corriendo junto al caballo que iba en cabeza. Lo agarró por las crines y pareció que le daba dos tirones antes de encaramarse de un salto a su lomo. Se tumbó hacia delante colocando la boca a la altura de la oreja del caballo.

El semental giró y toda la manada lo hizo tras él, con lo que a veces iban quedando ocultos a los ojos de Milena y el chico, al camuflarse tras la nube de arena que levantaban.

—¡Ay! —suspiró el niño—. Ahí es donde yo quiero que me Ubiquen. Yo quiero montar a caballo, no ir en barco. —Sonrió, pero lo hizo con tristeza.

Salieron de *L'Étoile* por un canal estrecho. Desde algún punto situado por delante de ellos les llegaba un tintineo, como de monedas. A medida que se aproximaban el sonido se hizo más intenso, y cuando doblaron un recodo Milena puso ver un gigantesco brazo de bambú que estaba rastreando la superficie del agua. Estaban extrayendo cubos del agua que se balanceaban a causa del peso, dejando un rastro negro de agua residual para ser luego izados hasta la orilla por un diminuto y escandaloso motor. Luego, los hombres cogían los cubos y los vaciaban volcando en unos pozos aquel estiércol líquido. Tenían las piernas relucientes del fango, con los pantalones de algodón y las camisas pegados al cuerpo.

De pronto, divisaron una hilera de hornos humeantes con forma de colmena que añadían más bruma a la que ya había en el ambiente. Llegaba en el aire un delicioso aroma a madera quemada.

Era un asentamiento temporal de fabricantes de ladrillos. Había chiquillos

agachados en fila, con trapos de algodón en la cara. Estaban metiendo la pasta en moldes y dándole palmaditas para que cogiese forma de ladrillo. Aquella pasta era barro del Támesis: una mezcla de tierra, arcilla, ceniza y un triturado de escombros procedente de edificios inundados. Gente esquelética, del color del polvo seco, iba cargada con paladas de ladrillos hasta los hornos. Milena era capaz de sentir cómo el calor que salía de los hornos les daba en la cara.

—¡Pendona! ¡Señora Pendona! —la llamaron todos saludándola con la mano y mostrando sus sonrisas blancas y perfectas.

Milena les devolvió el saludo.

El estrecho canal les condujo a una enorme y plana extensión de arrozal que llegaba hasta donde alcanzaba la vista, bañada por el agua y la luz del sol. Las piscifactorías estaban identificadas por diferentes banderas. A intervalos regulares se alzaban casas que sobresalían bastante por encima del arroz y del agua, asentadas sobre pilotes hechos de bambú anudado y en cuyos porches colgaban cuerdas en las que se secaba la colada. Había niños restregando las prendas de la colada en unas cazuelas que se colocaban en el regazo. Las casas estaban comunicadas por unos puentes colgantes de cuerda que se extendían entre ellas. Un hombre estaba tumbado en su tejado, intentando golpear a una cigüeña con una caña. El pájaro no hacía más que extender las alas en señal de protesta, pero no tenía intención de permitir que lo desalojaran. Los chicos y las mujeres lo miraban desde abajo sonriendo y burlándose de él. Milena dio una palmada fuerte y seca y el pájaro alzó el vuelo de súbito. Se oyeron vítores y aplausos y el hombre la saludó tímidamente con la mano, sujetándose al tejado aún con miedo.

La batea se deslizó junto a campos de lotos gigantes con las gigantescas flores cerradas para evitar la luz del sol. Las planas y redondas hojas eran suficientemente grandes para que los niños granjeros caminaran por encima de ellas con relativa seguridad. Las fochas caminaban junto a ellos sin miedo.

Había estanques de barro llenos de niños y adultos que corrían por ellos enterrados hasta las rodillas llamándose unos a otros y riendo con regocijo. Estaban cazando anguilas. Las truchas estaban sofocadas de calor en sus estanques, dentro de sus jaulas de madera. Las ranas se criaban en albercas con el borde impregnado de sal y las vigilaban niños pastores que las protegían de las garzas que andaban siempre merodeando. Unos perros collies blancos y negros perseguían aquel ganado ladrando. Milena vio cómo uno corría de regreso al estanque con una rana entre las fauces. El perro se metió de un gran salto en el estanque salpicando agua hasta bien lejos antes de liberar cuidadosamente a la rana. Allá en el horizonte se veían casas levantadas sobre pilotes, un trazado de caminos e islas artificiales flotantes que subían y volvían a bajar como al ritmo de una respiración. Había barcos y gente por todas partes, inspeccionando las plantas y poniendo a secar juncos o paneles translúcidos de pasta

de arroz.

Al fin, llegaron a La Hondonada propiamente dicha.

Unos enormes montones del material del que estaba hecho aquel suelo se alzaban sobre la línea del agua formando cúpulas perfectas. Había ciervos paciendo en los tejados y barcos que estaban siendo arrastrados hasta la ribera. Todo humeaba.

En La Hondonada crecía una variedad de hongo rico en proteínas que se cultivaba en las zonas de mayor salinidad del estuario. Los que se dedicaban a explotar las setas vivían allí mismo: eran los Recolectores Fúngicos. Excavaban patios y abrían cámaras dentro de los montones, y cocinaban y dormían dentro de su cosecha hasta que ésta empezaba a ponerse blanda y madura.

En lo más alto de una de las cúpulas cercanas había alguien recolectando. No tenía prisa: aquel hombre avanzaba perezosamente, a saltitos. Llevaba algo en un cesto sobre la cabeza. Unos niños aparecieron corriendo desde la pendiente trasera, llegaron a la cima y se pusieron a saltar sobre el montón de hongos como si de un trampolín se tratara. El hombre se dio la vuelta irritado y tal vez les dijo algo que hizo que los niños se quedaran quietos mientras trataban de absorber con las rodillas toda la oscilación, manteniendo los hombros al mismo nivel.

La batea prosiguió y Milena vio un pequeño barco de vapor que estaba anclado junto al montón. Todos los Recolectores Fúngicos estaban fragmentando la cosecha en capas con sus afiladas palas y cargándola en carretillas para luego subir al barco, volcarlas por las compuertas abiertas y así enviar los hongos rodando hacia el interior.

Frente a ellos se alzaba un humo negro y denso proveniente de las hileras de hornos que había a todo lo largo del horizonte, simulando que el cielo estuviese en llamas.

El niño rebuscó entre sus ropas y sacó un trapo que se amarró cubriéndose la cara. Milena empezó a escuchar una melodía repetitiva y hueca. Se escuchaban llantos.

—Es el Recuerdo —dijo el niño ofreciéndole una mascarilla.

Los hornos eran torres irregulares de tierra roja cocida, rodeadas de fardos de junco que se empleaban como combustible. Había gente vestida de negro que correteaba arriba y abajo con fardos a la espalda. Los hornos parecían estar colocados sobre una isla de color blanco y rosado. A medida que se acercaban, Milena empezó a pensar que debían ser flores, flores de loto o azucenas. Se preguntó si sería una plantación de flores.

Entonces se dio cuenta de que las flores estaban engalanando unas canoas y empezó a escuchar un canto como de coro, una melodía informe y grave: un canto profundamente doloroso formado por muchas canciones diferentes cantadas a la vez. En los laterales de los cincuenta hornos, en todos y cada uno de ellos, había gente de pie con unas capuchas blancas puestas. Iban de dos en dos cargando unas camillas de

palos largos que se balanceaban con el peso muerto que albergaban.

«Uno por minuto», le dijeron sus virus. Estaban llegando a razón de uno por minuto. Al primer vistazo, sus virus le dijeron que habría doscientos o trescientos barcos llenos de dolientes. Aquellos barcos parecían elevarse y volver a bajar al compás de los cantos fúnebres.

Su barco tendría que pasar entre ellos.

Las mujeres iban sentadas en los botes meciéndose en silencio y los jóvenes estiraban el cuello para ver cuántos barcos tenían aún por delante. Todos iban vestidos de blanco, hasta los que parecían estar dormidos, con la cara hundida y los labios azules con gesto blando. Las sombras del humo se cernían sobre ellos y la tizne se iba depositando sobre sus camisas y sus chaquetas blancas.

«Ay, lo que fueron aquellos pies antaño…».
«Balancéate bajo…».
«El silencio, el silencio del que todos provenimos…».

Los numerosos cantos fúnebres parecían competir entre sí. Los niños iban de pie con las manos levantadas hacia el cielo, lamentándose y cantando con las lágrimas corriéndoles por la cara. Los hombres tenían la mirada perdida como si estuvieran emocionados y miraban de reojo, tras ellos, a la carga que llevaban en la base del barco.

Desde el Barrio del Recuerdo, unas mujeres vestidas de blanco y con la cara cubierta con una máscara blanca se metieron en el agua. Levantaron los brazos y los niños se dispusieron a intentar levantar las camillas. Las mujeres de blanco se las subieron a los hombros. Sus hombros pasaron a ser los que soportaran la carga. Cuando les retiraban la camilla, los dolientes lanzaban flores al aire, daban gritos de despedida, clamaban los nombres, y de tantos nombres como resonaban a la vez daba la impresión de que se estuviera muriendo a la vez el mundo entero. Las mujeres de blanco emergieron sobre la orilla de sal con las piernas llenas de barro y fueron avanzando a pasitos rápidos por la pendiente de los hornos.

—¡Da la vuelta! ¡Da la vuelta! —le gritaron casi con pánico al barquero de Milena, haciéndole señas con sus manos moradas y húmedas para que girase.

El niño negó con la cabeza, hizo una señal apuntando entre los hornos y dirigió hacia aquella dirección el barco, obligándolo a deslizarse entre la masa de flores en proceso de putrefacción. Los pétalos blancos se habían afinado y se habían puesto de color marrón. Lo que olía a muerte eran las flores, descompuestas y apestosas. Milena se puso a toser. Sobre el agua flotaba, bajo, un humo negro denso y penetrante que irritaba la nariz. El barco se introdujo en la nube y el humo se le metió en los ojos haciendo que se le saltaran las lágrimas. Luego el barco rebasó aquella humareda, una brisa refrescante le bañó la cara y Milena alzó la vista y contempló su nuevo hogar.

Se alzaba sobre el agua, enorme y abovedado como un hangar, con cuatro torres de bambú en las esquinas que hacían las veces de contrafuertes. Estaba envuelto en una luz dorada que se filtraba a través del humo. Edificado con juncos, era una especie de Arca que flotaba sobre la superficie del estuario, rodeada por una ancha cubierta de juncos de la que sobresalían unos cuantos embarcaderos.

La pértiga se clavó en la ribera artificial construida con juncos y el niño salió del barco dando un salto por la borda. Arrastró la batea un poco más arriba por una rampa hasta una plataforma pequeña y seca y ayudó a Milena a salir. Cogió su única maleta hecha de bambú.

—Yo no he visto nunca un sitio así por dentro —dijo en un susurro.

—Yo tampoco —confesó Milena.

Una mujer diminuta pero imponente se les acercó caminando por la pendiente de la orilla artificial de juncos.

—¿Es usted la del teatro? —preguntó la mujer con la voz temblorosa mientras se aproximaba.

Tenía una expresión de pesimismo en el rostro.

—Sí, soy yo. Me llamo Milena Shibush.

Milena extendió el brazo para estrechar su mano, pero la mujer se había plantado en un punto de la orilla y no parecía tener intención de acercarse un ápice más.

—Yo soy Doña Voluntad. No había nadie más, así que me dejaron aquí para que le enseñara el lugar. Supongo que él también tendrá que entrar —dijo echando un vistazo al barquero—. ¿No le parece horrible ese humo? ¡Y qué espanto de canciones!

Doña Voluntad dio media vuelta y, sin tan siquiera un apretón de manos, se dispuso a conducir a Milena hasta la casa de los Pendones.

Las puertas de paneles corredizos estaban abiertas. Las paredes consistían en una serie de paneles deslizantes que podían colocarse de una u otra forma en función de la climatología. Doña Voluntad condujo a Milena a través de éstos hasta un palio cubierto en cuyo interior reinaba un silencio propio de una catedral. Sobre ellos se alzaban arcadas de junco y la luz del sol se filtraba por las paredes como si pasara a través de un tamiz. El sol destellaba en los brillantes agujeritos proyectando rayos sobre el suelo, que estaba hecho de juncos entrelazados. Frente a ellos había un montón de cajas de bambú cubiertas de yeso, pasillos y escalones. Olía a comida.

—Los cuartos están todos separados entre sí mediante una especie de resina que aísla las paredes. Lo llaman Espacio Muerto y absorbe los ruidos. Al menos tenemos un poco de privacidad. El tuyo es por aquí.

Subieron por unas escaleras de bambú hasta un andamiaje de pilotes. Las habitaciones de Milena daban a un depósito de agua y su puerta consistía en una serie de pantallas deslizantes que Doña Voluntad fue apartando una tras otra.

Las habitaciones de Milena eran como una colección de cajas de bambú lacadas. Las pantallas de invierno estaban replegadas hacia atrás y las ventanas estaban abiertas dejando correr una brisa suave. Sobre los gruesos pisos de junco había alfombras de fibra de junco tan suaves como los jerséis y había también persianas de verano tejidas con dibujos de flamencos y garzas y granjeros caminando. Había pufs en el suelo, y un escritorio con una silla, una cocina con su estufa de carbón y un horno hibachi. En todas las habitaciones había una estufa de carbón. Tras una mampara se encontraba el cuarto de baño, ¡un cuarto de baño para ella sola!, con una enorme bañera de resina y una fuente de agua tibia con un recipiente para cogerla y echársela por encima a enormes chorros. Había un váter de asiento hecho con una caja de bambú.

Milena iba de habitación en habitación exclamando:

—¡Mira esto! ¡Ah, y esto!

A cada nuevo descubrimiento se sentía desbordada de gratitud. El niño barquero la seguía en silencio.

—Nunca hubiera imaginado una casa como ésta —dijo el chico con admiración.

Milena corrió hacia la ventana para asomarse. El mercado flotante le pareció una colcha hecha de retales: plazas verdes, charcas marrones, crestas protuberantes, y una costura formada por las canoas apelotonadas. Había un gran tramo de agua y había flamencos. Se escuchaba el sonido del viento entre los juncos y a los pájaros posados en los postes de las vallas.

—No puedo creer que vaya a vivir en un sitio así —dijo Milena.

«Aquí podré descansar —pensó—. Aquí estaré a salvo».

Se escuchaba un murmullo de cantos del Recuerdo y el humo proyectaba sombras en movimiento.

Thrawn McCartney tardó tan sólo una semana en encontrarla.

Una semana más tarde, Milena levantó la tapa de su váter de bambú y se encontró con la cara de Thrawn.

«Así fue como empezó todo —pensó la Milena que estaba recordando—. Estos son los meses de julio y agosto previos a mi partida al espacio. Voy a tener que recordar esto también. Todo forma parte de la historia y el Consensus quiere una historia».

—Plántame una mierda en la cabeza —dijo Thrawn soltando una risita—. Si quieres usarlo, Milena, tendrás que hacerlo conmigo dentro. Creo que es una imagen bastante acertada de lo que ha sido siempre nuestra relación, ¿tú qué opinas?

Milena se quedó boquiabierta, horrorizada, pero el Horror con mayúsculas tardó un poco más en poseerla.

—Los nuevos y bonitos apartamentos para Pendones no te protegerán, Milena.

No te protegerán de tu mala conciencia.

—Fuiste tú quien se deshizo de mí —dijo Milena.

—Resulta curioso cómo la gente que comete injusticias tiene siempre que sacar a relucir las que les han hecho a ellos —dijo la cabeza—. Así pueden justificarse para hacer lo que hacen.

Milena cerró la tapa y se echó a andar por sus preciosas cajas lacadas rodeadas de Espacio Muerto. En el suelo brillaba la luz del sol. Era el verano de Song[10], el verano de la Luz. Hacía dos meses que no llovía.

En mitad de la habitación principal había un holograma de un váter. Era de estilo antiguo, de los que la mayoría de la gente tenía que usar, un agujero en el suelo con apoyapiés a los lados. Desde dentro, una voz grave gritaba:

—¡Eo, eo, Milena!

En el suelo había también un búfalo muerto despellejado y destripado. Se veían jirones blancos y rosados de carne y grasa. El cuerpo decapitado del animal se levantó y caminó sobre sus muñones hacia donde estaba Milena.

—Aquí estoy —canturreó alegremente el despojo de animal—. Soy la nueva creación de Milena Shibush —se puso a girar sobre los muñones hasta que cayó al suelo—. Los hologramas son cortesía de una mujer o lo que sea que después podremos despedazar hasta convertirla en Coral.

El despojo de animal empezó a echar flores por el corte del cuello, donde debería estar la cabeza. Eran unas flores cualesquiera, pobremente diseñadas. Pero eran unas flores que manaban sangre.

—¡Pobrecita, pobrecita Milena! ¡Qué mal lo está pasando! —cantó con lástima todo un coro a su alrededor.

«Agggggggggg».

Milena vio algo por el rabillo del ojo, se dio la vuelta y se encontró con Thrawn, que la apuntaba con un cuchillo que llevaba en la mano.

—Venga, Milena. ¿Por qué dejar el trabajo a medias? Yo soy lo que tienes dentro de la cabeza. Te gustaría matarme. Pues bien, ahora puedes hacerlo sin causarme el más mínimo daño. ¿No es eso lo que te dices para tus adentros, que no me has hecho ningún daño? Venga, córtame en pedacitos, habrá un montón de sangre y moriré en mitad de tu bonito apartamento de Pendona.

—¿Desde dónde estás enviando las imágenes? —quiso saber Milena.

La imagen soltó una carcajada:

—Tal vez esté aquí de verdad y puedas matarme de una vez por todas. O puede que seas tú quien se esté imaginando todo esto.

—Si el Partido descubriera lo que estás haciendo, te frotarían hasta dejarte tan limpia que ni tus propios virus te reconocerían.

—¿De verdad? —preguntó Thrawn con una sonrisa de autosuficiencia que

Milena encontró exasperante.

Entonces el holograma de Thrawn McCartney se transformó en un holograma de Milena Shibush.

—Milton —dijo Milena Shibush—, Milton, Thrawn McCartney me está acosando. Está poniendo vacas decapitadas que cantan en mi habitación. Me espera dentro del váter. Cuando me despierto a media noche y abro los ojos, me encuentro con su cara sonriente pegada a la mía. ¡Milton, me está volviendo loca!

La imagen de Milena Shibush se dio la vuelta y dijo:

—¿Qué crees que va a pensar Milton?

La imagen de Milena Shibush volvió a girarse y se dirigió hacia una silueta difusa de luz que en cierto modo se asemejaba a Cilla.

—Cilla —dijo Milena con cara de amargada.

—¡Déjame en paz, por favor! Tu ascenso social resulta insoportable para alguien con tanto talento como yo.

La imagen de Milena Shibush se volvió hacia Milena y le dedicó un pestañeo.

La imagen no estaba separada de la realidad por ninguna rendija de luz. Proyectaba sombras en el suelo en la dirección adecuada. «Diría que está aquí de verdad», pensó Milena con el corazón encogido. Se puso a pensar a toda velocidad en lo que podría y lo que no podría hacer, en cosas como cortar la corriente eléctrica. ¿Qué corriente eléctrica? ¿Dónde estaría la fuente de alimentación? No sabía desde donde Thrawn enviaba las imágenes que creaba.

«Se trata de un intercambio de luz —recordó—, lo que significa que Thrawn puede ver cualquier cosa que yo haga y escuchar cualquier cosa que yo diga, y todo lo que yo diga o haga se convertirá en munición para que ella abra fuego sobre mí. Si demuestro que tengo un plan o de alguna forma desvelo mis sentimientos, lo que me asusta o lo que no me asusta… lo utilizará todo en mi contra».

«El silencio es mi única trinchera».

Junto a la imagen de Milena había ahora una imagen de Thrawn y ambas empezaron a representar un breve psicodrama.

La realidad estaba siendo reconstruida a partir de la luz.

Aquella Thrawn estaba preciosa, parecía bonita y dulce, mientras que Milena tenía aspecto de mendiga desaliñada y apestosa, estirada y petulante. Aquella Thrawn toleraba a Milena, sentía lástima por ella. Aquella Thrawn era una víctima a la que retenían sus sentimientos de lástima. Aquella Thrawn era en realidad la más fuerte de las dos.

—Tengo algunas ideas nuevas —dijo aquella Thrawn—. Creo que podrían resultar de utilidad en el espectáculo.

Un gesto de malicia salvaje recorrió el rostro de aquella Milena ligeramente jorobada:

—¿Ah, sí? ¡Qué amable por tu parte, Thrawn! Pero deja mejor que sea yo quien se ocupe de los contenidos. Al fin y al cabo, la directora soy yo.

Aquella Thrawn suspiró y sacudió la cabeza con resignación. Se volvió hacia la Milena real y se encogió de hombros como diciendo «pobre ilusa, tenemos que seguirle la corriente».

—Por supuesto, Milena, tú serás quien se apunte todos los tantos, no te preocupes, pero estas ideas son divertidas —entonces se puso a hablarle muy despacio y vocalizando exageradamente, como quien habla con alguien profundamente retrasado que no entiende nada—. Mira: a la gente le gusta reír, vamos a darles algo divertido.

—No, eso no, querida —dijo aquella Milena con gesto pro potente—. Eso jamás sería suficiente para una producción de Milena Shibush.

«Esto es tan banal —pensó Milena—, esto es lo que hacen los chavales, imitarse unos a otros poniendo en labios del otro las palabras que justificarían su odio. ¿Quién es quien se está inventando una injusticia, Thrawn?».

—Ahora me queda claro que nunca llegarás a ser directora —dijo Milena en voz alta.

«Cállate, loca».

Milena, la imagen, dijo:

—Nunca tendrás tanto talento como yo, Thrawn. Nadie tiene tanto talento como yo. Ahora vamos a representar esta escena tal y como yo la he ideado. Ya verás. Resulta mucho, muchísimo más brillante.

Hubo una especie de parpadeo y las imágenes intercambiaron las posiciones.

Milena estaba haciendo aspavientos:

—Thrawn, necesito algo realmente novedoso y espectacular. He convencido al Consensus para que me den el visto bueno. Contactos. No es tanto cuestión de saber como de conocer… a las personas adecuadas. Ese es tu problema, Thrawn. Si al menos pudieras relacionarte un poco más. Lo único que tienes que hacer es pelotear un poco, Thrawn. Tan sólo tienes que hacer exactamente lo que el Consensus quiera que hagas. —La cara de la imagen especular de Milena tenía una expresión de estúpida preocupación—. ¿Cómo van las cosas, Thrawn? Todo el día aquí sola, trabajando. Ya sabes cuánto me preocupo por ti.

—Entonces —dijo la imagen de Thrawn—. ¿Por qué consigues siempre hacerme sentir que estoy de más, siempre como un trasto inútil?

La imagen especular de Milena balbuceó:

—¡Oh! ¿Eso hago? ¡Cómo lo siento!

—Sí, eso haces —dijo Thrawn.

«Esta vez —pensó Milena— los personajes resultan más convincentes y actúan mejor».

—Siempre te dejas absorber por el trabajo —dijo la imagen de Thrawn—. La última vez que te vi estabas limpiando un pollo. Aquél es el pollo más importante que yo haya visto jamás. ¡Qué concentración! Me pregunté qué tendría él que no tuviera yo. Y la respuesta fue: él está muerto y despedazado. Así que todavía puedo mejorar.

«Queda mejor —pensó Milena— cuando se imagina a sí misma como si fuera yo. Es como si yo le aportara un tono de voz con el que pudiera hablar. Si soy tan importante para ella, no hay duda de que está luchando. Si pierdo, se quedará y me convertiré en un apéndice de ella para el resto de mi vida. No seré más que una gaita enroscada en su garganta por si necesita hacer algún ruido razonable. Silencio, Milena. Observa y escucha. Todo lo que digas caerá en su red».

—Lo hago sin querer —dijo la imagen de Milena fingiendo horrorizarse.

—Lo haces queriendo, por supuesto que lo haces queriendo. No me quieres cerca de ti y es una forma de anularme —dijo Thrawn. Era Thrawn tal y como quería ser. Milena la escuchó hablar imitando su entonación—: Eres un fraude constante, ¿lo sabías? Eres tan fraudulenta que a tu lado resulta muy difícil ser honesto. Todo queda enredado en una especie de nudo.

«Sabe lo que hace —pensó Milena—: está claro que lo sabe. No está loca, no ha perdido el contacto con la realidad. Sabe lo que es la realidad y la detesta, así que se la traga y me la vomita encima. Imagen especular».

Milena no pudo evitar pensar que iba a necesitar mucha suerte para librarse de aquello. Era realmente malvado. Volvió a entrar en su cuarto de baño de Pendona y utilizó el váter a sabiendas de lo que había dentro. Thrawn le mostró, flotando en el aire frente a ella, lo que estaba viendo exactamente desde su posición.

«Así que el juego consiste en ignorarlo todo. Eso es lo que quiere y lo que espera de mí. Como con el pollo. Si consigue que reaccione horrorizándome o molestándome, lo considerará también una victoria. Si hago como que no lo veo, ella gana. Tengo que cortar el nudo Gordiano. No se puede desatar y no sé cómo hacerlo».

«Pero si estoy rodeada de gente, no podrá hacer nada. No necesito más que una persona que vea lo que yo estoy viendo, que vea los hologramas, y podré ir a ver a Milton y contarle lo que está pasando. Podré llevar testigos. Si no, tal y como ella dice, yo seré la loca».

Triple salto. Sólo que es ella quien escribe las reglas del juego.

—Debe resultarte reconfortante saber que nunca estarás sola, Milena —dijo una voz.

«Si hablo, ella gana. Si no hablo, ella gana también».

A Milena le vino una idea inspirada a la cabeza. Se rió y sacudió la cabeza.

—Jiii, jii, jii —dijo Thrawn con aire sombrío.

A Thrawn no le había gustado aquello.

Milena se puso en pie y tiró de la cisterna. La imagen se disolvió, se desestabilizó a causa de la refracción en el agua. «Agua —pensó Milena—. Los vampiros no pueden atravesar una cortina de agua».

Thrawn estaba de pie junto a ella.

—Voy a llegar a conocerte muy bien, Milena. Voy a estar aquí todo el tiempo. Veré cada una de tus proezas, por insignificante que sea. Estaré ahí cuando hables con la Chacha que te limpia tu casa de Pendona. Si hay una mosca pequeñita en la pared, seré yo observándote.

Milena se arrodilló en silencio junto al lavabo y sacó su termo. Se sintió repentinamente cansada, agotada. «No puedo permitir que Thrawn se dé cuenta de que estoy cansada a todas horas».

Milena, la directora, se puso en pie con el termo que solía llevarse lleno de té a los ensayos. Esta vez lo rellenó de agua. «Si consigo que se acerque a la gente y le tiro agua encima, a su imagen, la luz sufrirá una refracción por el agua y la gente se dará cuenta de que es un holograma».

Milena salió del cuarto de baño. Caminó a través de la imagen de Thrawn y sintió el suave cosquilleo de la luz en su piel de rodopsina. «Será mejor que no llene de agua nada más, o me pondré en evidencia —pensó—. Ya estamos en julio y en octubre me iré al espacio, donde estaré fuera de su alcance. Antes de que llegue ese momento tendrán que convertirme en Terminal y cuando sea Terminal, ellos lo sabrán todo. Estaré conectada al Consensus y a través de mí el Consensus sabrá lo que ha hecho y tendrán que obligarla a dejarse Leer. De modo que ya he finado. Lo único que tengo que hacer es esperar. Hasta el espacio. Hasta que me convierta en Terminal».

«Hasta entonces tendré que estar rodeada de gente. Thrawn es la persona más impaciente e impulsiva que conozco y no será capaz de esperar. A menos, por supuesto, que se percate de que cuento con su falta de paciencia. Trabajo. Muchos ensayos, mucha gente a todas horas. También detestará eso. Me verá crear hologramas y no podrá soportarlo, verá que todo sucede sin ella y tendrá que actuar».

«Thrawn —pensó Milena con serena certeza—. Voy a tener que destruirte. Me pregunto si eso es lo que tenía que haber hecho hace tiempo».

—Despídete de tu antigua vida —dijo Thrawn— y da la bienvenida a la nueva.

A pesar de que entre las viviendas estaba el Espacio Muerto, Milena podía oír el sonido que hacían las puertas al deslizarse. Alguien iba a salir a la calle. Milena dio media vuelta y se plantó inmediatamente delante de la puerta de entrada de su casa. No cerró la puerta tras de sí.

Abajo, en el atrio común de la casa, Doña Voluntad iba andando hacia la verja abierta. Nunca nadie había tenido antes tantas ganas de ver a Doña Voluntad.

—¿Va a salir? —preguntó Milena en tono zalamero.

Milena no se había esforzado lo más mínimo con Doña Voluntad. Era justo como ella había imaginado que sería la esposa de un Pendón: una especie de cojín con demasiado relleno y de usar y tirar. Iba bien vestida, llevaba el pelo bien peinado, estaba bien alimentada, la cuidaban bien y tenía instalada en el rostro una expresión de resignación. En realidad, su marido no la necesitaba. Tenía unos círculos alrededor de los ojos que parecían anillos negros en su resplandeciente piel, morada de rodopsina en el mes de julio.

—Sí, tengo que ir a la compra yo misma —dijo Doña Voluntad.

—¿Le importa que la acompañe? —preguntó Milena sintiéndose falsa. «Ignoro a la gente mientras no me hacen falta para algo. Es como lo del pollo. Thrawn tiene razón».

—Si quieres… pero no voy a hacer nada especial —dijo Doña Voluntad—. Yo nunca hago nada especial. No como vosotros los artistas.

Doña Voluntad se quedó esperando con la mirada perdida en el infinito mientras escuchaba las pisadas de Milena escalera abajo. Milena llegó junto a ella casi corriendo por el suelo entretejido.

—El tiempo ha estado fantástico —dijo Milena.

—Ay, hace demasiado calor —dijo Doña Voluntad, y tras ella, de forma que no pudiera darse cuenta, las paredes empezaron a segregar moco y se oyó un susurro, una voz en el aire a modo de recordatorio. Thrawn seguía allí con ella. Milena siguió andando como si la hubieran espoleado.

Habían dejado abierta la puerta principal para que el aire corriera por la casa y al salir se vieron rodeadas de una claridad deslumbrante, cegadora. El suelo estaba blanco, desteñido como un hueso al sol.

La Chacha, Doña Manchas, les habló a gritos:

—Hace un tiempo espléndido para las sábanas. ¡Se secan en un abrir y cerrar de ojos!

De repente, a Doña Manchas se le salieron los colmillos de la boca y una anguila asomó la cabeza entre sus dientes. «¡Mire!», pensó Milena intentando hacer que Doña Voluntad se diera la vuelta. Pero la imagen ya había desaparecido. Doña Voluntad parpadeó sustrayéndose sólo por un instante a su habitual ensimismamiento.

Milena siguió cavilando. La cabeza de anguila y el cuerpo del búfalo muerto estaban muy bien hechos. Thrawn estaba apoyándose en referencias directas. Está en algún mercado, en algún sitio en el que haya cadáveres de búfalo y pescados. Milena caminó hacia el embarcadero que ya quedaba totalmente fuera del agua. El terraplén del Arca terminaba muy por encima de la superficie del agua. Seguían saliendo humo de los hornos y el coro informe del Recuerdo aún podía escucharse en la lejanía.

Doña Voluntad se cogió del brazo de Milena como si se tratara de una Chacha de

compañía.

—Todo este sol no te sienta bien —dijo—. Yo me hice ayer una quemadura solar terrible tan sólo quedándome sentada en el balcón. Y además te ahuyenta de la comida, directamente. Nunca tienes hambre. Le dije a nuestra hija Emily que trajera algo apetitoso, pero ella no cambia, no cambiará nunca. Otra vez tamales.

Doña Voluntad no tenía la más mínima idea de lo privilegiada que era.

—Cuesta mucho acordarse de comer —dijo Milena dándole la razón.

—Bueno, Emily dice que la culpa es de la escasez y ahí no puedo yo alegar nada, porque es una excusa perfecta. ¿Pero a usted no le parece ridículo? ¡Escasez de comida ahora que volvemos a tener electricidad!

—Hay mucha gente que alimentar —dijo Milena con voz suave—. Y todo este sol resulta muy agradable, pero es malo para la agricultura. Muchas cosechas se han quemado por completo.

—Y también es culpa de los vendedores ambulantes, por supuesto —dijo Doña Voluntad.

Creo que ellos fingen que hay escasez para poder subir los precios. Así hacen que todos paguen más. No quiero comer tamales el resto de mi vida. Así que voy a tener que ir yo misma a hacer la compra.

«Ay, Dios mío, Dios mío, Dios mío. ¡Qué pesada es!», pensó Milena. La tensión la hacía estar más irritable.

—Tengo ganas de plátanos —dijo Doña Voluntad—. Por cambiar un poco, tengo ganas de algo diferente.

Tenía la cara descolgada, como muerta. Sobre sus cabezas flotaba el humo de los muertos. Se quedaron esperando a que llegara alguna batea en medio de aquella luz envolvente, deslumbrante y espantosa.

«Tengo una enemiga —pensó Milena—, y estoy sola ante ella».

Finalmente pasó por allí una embarcación impulsada por un anciano de piel curtida que debía estar bien entrado en la treintena. Hubo que ayudar a Doña Voluntad a que bajara del Arca y se metiera en el bote. Se dejó caer con todo su peso en los descoloridos brazos de aquel hombre que estaba medio moribundo.

En cuanto se sentó, Doña Voluntad empezó a protestar de lo lejos que quedaba el mercado y a decir que ella creía que los miembros del Partido deberían disponer de un mercado para ellos solos.

—Me parece que es extraordinariamente difícil que la gente me preste atención cuando hablo —dijo Doña Voluntad—. ¿No cree usted? La gente es tremendamente cruel, y sin motivo.

—Sí —dijo Milena.

Estaba pensando en la cantidad de luz que había alrededor de ellas. La luz era también su enemiga. Los hologramas consistían en intercambios de luz. La luz de un

lugar se intercambiaba con la luz de otro lugar a través de la quinta dimensión, en la que la luz y el pensamiento podían interactuar. Pero se trataba de un intercambio recíproco. No era posible enviar más de lo que se recibía. «Así que también podría vivir en la oscuridad», pensó Milena. Bajó la mirada hacia el agua que era opaca como una gelatina en movimiento, pero en cuyas profundidades pudo distinguir las cabezas y las manos de unos niños que estaban nadando con unos juncos largos en la boca que llegaban hasta la superficie para permitirles respirar. Estaban cazando anguilas e intentando pillar algún pez.

Y de pronto, justo bajo la superficie del agua, vio la cara de Thrawn. Thrawn era un cadáver al que los peces estaban mordisqueando la carne de la cara. Milena levantó la vista y miró hacia otro sitio.

—¡Tengo una sensación extraña en el cutis! —dijo Doña Voluntad.

La cara le bullía de gusanos que parecían poder salir de allí en cualquier momento comiéndose todo lo que encontraran a su paso. «No eres capaz de imaginar flores, Thrawn, pero esto sí que puedes imaginártelo», pensó Milena.

Milena sintió un cosquilleo en la nariz que la hizo estornudar. El picor empeoró y estornudó de nuevo. Se puso a estornudar una y otra vez, sintiendo con impotencia cómo su cabeza se sacudía de un lado a otro. Los ojos empezaron a llorarle y la nariz a chorrear para intentar combatir el picor, pero éste tomó cuerpo de pronto: se convirtió en una voz que resonaba dentro de los huesos de su cráneo.

—¡Eo! ¡Hola, Milena! —dijo imitando burlonamente su voz. Sonaba exactamente igual—. Considérame un virus. La conciencia te ha venido de alguna parte. Has cometido una grave injusticia de la que te sientes profundamente arrepentida. Le hiciste daño a Thrawn McCartney y tienes que desagraviarla.

«Sabe que no puedo contestarle porque estoy en presencia de otra persona y no puedo ponerme a hablar sola en público. Si no, una vez más, lo que conseguiría es que la gente pensara que yo soy la loca».

—Ésta es tu propia voz, Milena. Tu mente está diciéndote lo que debes hacer. Tu propia mente te está diciendo: ve al Zoo y diles que quieres que Thrawn McCartney forme parte del proyecto de la Comedia.

«¿Y ahora qué? —pensó Milena consternada—. ¿Qué jueguecito es éste?».

«Hasta octubre. Sólo tengo que aguantar hasta octubre. En octubre me harán Terminal y el Consensus verá lo que está pasando y…». Y entonces fue cuando Milena se dio cuenta de en qué consistía el juego. Emitió un gemido y se tapó la cara.

—No lo creerás, pero yo tenía un cutis precioso —dijo Doña Voluntad tocándose las mejillas en ebullición.

Los gusanos tenían tenazas.

—Lo siento, Doña Voluntad, pero creo que no me encuentro muy bien —dijo Milena.

Era bastante sencillo. Thrawn no había admitido en ningún momento que estuviese enviándole hologramas. Decía que era Milena quien creaba las imágenes, que éstas nacían de su mala conciencia.

—No me hables de enfermedades —dijo Doña Voluntad—. No me hables a mí que tengo esta espalda y estos riñones. Y lo único que las enfermeras son capaces de hacer es decir que todo es invención mía.

«Cuando me hagan Terminal, lo único que verá el Consensus es a alguien a quien nunca han leído y que ve cosas imposibles a la vez que cree que alguien, que otra persona que a ella no le gusta nada, es quien se las está haciendo ver. Cuando me hagan Terminal, el Consensus creerá que yo soy la loca».

—Te dije que el sol estaba demasiado fuerte —dijo Doña Voluntad.

El barquero de treinta y cinco años las impulsó hasta el mercado flotante, que quedaba a unos cinco kilómetros del humo del Barrio de los funerales. Todo el mundo cantaba en el mercado, igual que lo hacían en el Recuerdo, sólo que esta vez el canto sonaba alegre. La gente cantaba canciones acerca de las cebollas que llevaban apiladas en sus bateas o acerca de los frescos y crujientes lotos. Cantaban al tejido de fibra de bambú que era tan suave como un beso. Cantaban al pescado hecho al vapor con jengibre o a las ancas de rana guisadas al ajo. En lugar de humo negro, flotaba en el aire un sonido chisporroteante y un aroma a comida bien especiada.

—Niño, para aquí —dijo Doña Voluntad.

Agarró un noray y tiró de la embarcación acercándola a una barcaza en la que vendían fruta. Una mujer que tendría unos dieciséis años los miró con una sonrisa de oreja a oreja. Vestía una camisa con un estampado de formas y colores que parecían saltar y bailar. Llevaba una flor de loto enredada en el pelo. «Ay, qué alegría estar tan a salvo y tan feliz como estás tú», pensó Milena.

Doña Voluntad estaba protestando porque no había plátanos.

—Los plátanos se dan en el Continente —le explicó la mujer— y ahora está todo arrasado por la sequía.

—Pues deberían plantarlos aquí —replicó Doña Voluntad, y en lugar de plátanos compró castañas de agua. Doña Voluntad ahorraba en bolsas. Las bolsas estaban hechas de resina y resultaban resbaladizas al tacto. Milena tuvo que pestañear porque parecía que le había entrado algo en el ojo.

Cuando la bolsa estuvo llena, Doña Voluntad se la tendió a Milena sin mediar palabra, para que fuera ella quien la acarreara. «¡Menuda desgracia ser como usted!», pensó Milena en un arrebato de compasión por Doña Voluntad. «Qué difícil puede llegar a convertirse el alcanzar la felicidad». Milena cogió una bolsa y luego la otra. Fuera lo que fuese que se le hubiera metido en el ojo, estaba escociéndole más por momentos.

—Ay —dijo Doña Voluntad—. Se me ha olvidado coger dinero, ¿puedes pagar esto?

Era ya demasiado para su compasión. Milena estaba buscando su monedero cuando la cara de Doña Voluntad se convirtió en un borrón. Los ojos le lloraban.

—¿Podría sujetarme las bolsas un momento? —preguntó Milena—. Tengo que sacar el dinero.

Doña Voluntad puso una expresión hosca:

—No estoy segura de poder con ellas.

—Bueno, pues en ese caso no podré sacar el dinero —replicó Milena con una risita de ligera exasperación.

Parpadeó repetidas veces para tratar de aclararse la vista. La luz del sol se reflejaba en el agua en forma de destellos.

Doña Voluntad cogió las bolsas a regañadientes y Milena sacó su monedero.

La luz del agua se introdujo en el agua de sus ojos.

Entonces fue cuando se concentró dando lugar a un gran resplandor.

—¡Ay! —aulló Milena.

La luz ganó aún más intensidad formando unas deslumbrantes excrecencias de claridad. Milena se puso a chillar y a echar la cabeza para un lado. La cegadora luz parecía perseguirla como si fueran gusanos. Fue como si le hubieran metido magma solar directamente en los ojos: podía notar cómo se le calentaba el líquido gelatinoso del que están hechos los ojos por dentro.

Lanzó un fuerte alarido y dejó caer el monedero. Apenas percibió el sonido que hicieron las monedas al caer y rodar por la proa hasta caer al agua.

—Señora, señora —dijeron varias voces a su alrededor.

Milena era consciente de que estaba aullando como un animal, lanzando un pitido agudo. Tenía las manos apretadas contra los ojos y las lágrimas manaban a borbotones entre sus dedos. Había oscuridad. Halló el alivio. Nada de luz que intercambiar. Sollozó de impotencia a medida que se le iba pasando el dolor y veía unas formas moradas flotando y resplandeciendo dentro de su retina.

—Vamos a recuperar su monedero, señora. Recuperaremos su dinero —dijo alguien.

Dentro de su oído había una vibración, una vibración que adquirió forma de voz:

—No te gusta la luz, ¿verdad, Milena? La luz revela la verdad.

Milena cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos con los dedos.

Le parecía que tenía una mosquita zumbando dentro de un agujero de la nariz. La mosca le habló con una voz vibrante que resonó en las cavidades de sus senos, sus pómulos y su tabique nasal.

—Ni ver ni oír. Debe ser la primera vez para ti. Vas a ir al Zoo, Milena. Vas a ir al Zoo y les vas a decir que quieres que Thrawn McCartney trabaje en La Comedia.

Y de pronto se esfumó como un fantasma.

Milena abrió los ojos. Tenía el rostro inundado de lágrimas y seguía viendo formas moradas flotantes delante de los ojos.

«Ha estado a punto de dejarme ciega», pensó.

—¿Dónde está mi dinero? —preguntó—. ¿Tiene alguien mi dinero?

Los virus habían hecho que la gente se volviera escrupulosamente honesta.

—Sí, señora. Los niños han bajado buceando a recoger las monedas. Han encontrado algunas de ellas —la niña de las flores le tendió una mano mojada en la que llevaba las monedas.

—¿Hay aquí suficiente para coger un taxi o una batea? —preguntó Milena sorbiendo las lágrimas—. ¡No veo nada!

La voz se le quebró de miedo y angustia. «Maldita seas. Me tienes bailando como a una marioneta». Unas manos reconfortantes la sujetaron.

—Sí, claro que sí —dijeron varias voces a su alrededor.

—Tengo que ir al Zoo a ver a una persona —susurró Milena—. Tal vez pueda ayudarme.

Notó cómo la conducían hasta otro barco.

—Cielos —dijo Doña Voluntad—. ¿Qué pasa con mis frutas y mis castañas de agua?

—Ya los pagará más tarde —dijo la niña de las flores.

«Apuesto a que no», pensó Milena.

Muchas manos la ayudaron a bajar hasta la otra batea y le colocaron un cojín detrás de la espalda.

Milena sintió cómo el barco se desplazaba de lado alejándose del embarcadero, adentrándose en las aguas. Notó un cosquilleo en el oído, como un escalofrío.

—Buena chica —le dijo una voz dentro del oído, como si fuera un perro—. Mi buena y pequeña Milena. Siempre te esfuerzas por hacer lo más correcto. ¡Tienes unas pautas de comportamiento tan elevadas!

Milena se recostó en el cojín y respiró profundamente, aún temblorosa. «Necesito un pañuelo para taparme los ojos —pensó—. Y tapones para los oídos».

Alguien se puso a cantar en la proa del barco.

Señora, la la la

Señora, ¿se acuerda de mí?

«Es el chico —pensó—. Es el mismo chico que me trajo hasta aquí».

¿Está usted enferma?

¿Está como yo, enferma?

«¿Enferma?», pensó Milena.

—¿Ahora cantas? —preguntó—. Hace una semana no cantaba.

Ahora sí, señora.

Ahora tengo que cantar para poder hablar.

«¿Hasta aquí? ¿Ya ha llegado hasta aquí?». A Milena la asaltó un pensamiento triste: «la única que ha llegado hasta aquí he sido yo. ¿Y si he sido yo quien lo ha traído?».

—Entonces, canta —le pidió al niño.

—Veneno —le dijo la voz que llevaba dentro del oído—. Tú eres un veneno.

El chico atravesó La Hondonada entera cantando. Cuando se quedó sin canciones empezó a cantar música sin letra. Fue como si estuviera cantando a la belleza que había en el mundo, belleza que Milena ya no podía ver. Cuando se atrevió a abrir los ojos percibió un destello azul del agua y unos juncos suaves de color gris plata. Luego, la luz de su mirada se difuminó hasta disolverse en una masa informe, aceitosa y desasosegada. Thrawn estaba dentro de sus ojos.

—¿No te encantan los juegos? —susurró la voz.

«Tengo que ver el pixelador, puede impedirme que cree hologramas, puede incluso impedirme que haga la Comedia, pero ¿qué importa eso? Lo importante es que la Comedia se va a representar. Podría sencillamente ir a ver a Moira y decirle que es demasiado para mí, que se busque a otra persona. Pero en ese caso, Thrawn podría tratar de convencerla de que la elija a ella como técnico y eso sí que importa. Además, nada me daría la certeza de que iba a dejar de hacerme esto».

«Tengo que dar con la manera de protegerme de esto. Tiene que haber una forma de eliminar la luz, de dificultarle el enfoque».

Milena abrió los ojos y por un momento pudo ver el mundo. Luego volvió a derretirse.

Agitó la cabeza y el mundo regresó por un momento antes de volver a sumirse en un caos de color. Movió la cabeza una vez más y entonces la luz subió de intensidad deslumbrándola.

—¡Ay! —exclamó quedándose quieta.

La propia banda de enfoque era bastante pequeña y dejaba bastante margen al error. Y en primer lugar, Thrawn necesitaba suficiente luz para enfocar.

De repente, Milena dio con la respuesta. Una semana antes había visto en el Cut a una Vendedora de Juegos, una mujer enorme y escandalosa con una voz aguda y potente. Había cantado también.

¿Tienes amigos que no pueden verse?
¿Tienes algún colega que sea un gorrón?
Puedes conseguirlo, no tiene misterios
Con ayuda de un artilugio que nos lega la Historia…

Estaba vendiendo lentillas de espejos. Era un artículo de broma, un juego. Las lentillas de espejo reflejarían la luz.

Si, sí, el espejo reflejaría la luz haciendo que enfocar llegara a ser casi imposible y además reduciría drásticamente la cantidad de luz de la que Thrawn dispondría para jugar dentro de sus ojos. Thrawn tendría que enfocar siempre desde detrás en lugar de hacerlo desde delante. Los virus de Milena calcularon la intensidad de la luz y la potencia resultante de cualquier Imagen Reformada a partir de ella.

Sería suficiente. Tenía que ser suficiente.

Y ahora, ¿cómo iba Milena a llegar hasta el Cut para comprarlas?

—Déjame en el embarcadero de los jardines del Embankment —dijo al barquero —, ése es el más cercano al Zoo.

«La única forma que tengo de llegar al Cut sin que Thrawn me deje ciega es haciendo ver que me pierdo. Tengo que perderme de camino al Zoo y aparecer ahí como por error. La única forma que tengo de hacer esto es provocándole un enfado tan monumental que intente dejarme ciega. Así que tendré que hacer que se cabree».

—Pues resulta que has ganado, Thrawn —dijo Milena en voz alta.

Silencio.

«Thrawn, ahora puedes responderme».

Milena notó cómo le entraba un rayito de luz minúsculo por la rendija de los ojos, los cerró y se los tapó con las manos. Eso hizo que dejara expuestos a la luz los oídos y la piel. De repente sintió que la carne de los brazos le ardía justo bajo la piel desnuda. Y fue como si un gusano se le retorciera dentro de la oreja.

—No soy Thrawn. Eres tú misma. Recuérdalo —le advirtió el gusano.

«Puedo hacer que te enfades —pensó Milena—, así que podré controlarte».

—¿Lo ves, Milena? Al fin y al cabo a veces hay justicia. No siempre puedes irte de rositas después de haber utilizado a la gente.

«El silencio y la oscuridad son mis amigos», pensó Milena.

Milena entró en el nuevo mercado del Cut tambaleándose, en pleno verano de Song. Todo el mundo cantaba, incluso los que no tenían la enfermedad, por puro afán de formar parte de la diversión. Era el último grito de la moda. Milena avanzó dando tropezones entre la gente que la golpeaba al pasar y a la que ella no podía ver.

—Ahora hay borrachos hasta de día —exclamó alguien con los primeros acordes de la *Canción de la Alegría* de Beethoven.

El canto la envolvía en oleadas.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? —le preguntaba la voz que llevaba metida en el oído.

—¡No lo sé! ¡Estoy perdida! ¡No me dejas que vea nada!

La ensordeció una nueva oleada de cantos. La voz que tenía metida en el oído le

dijo algo, pero no pudo escucharlo. Un muro de canto la empujó con todas sus fuerzas.

¡Ay, cómo me gusta estar junto al mar!

Alguien tiró de ella hacia un lado. Notó el zumbido de una bicicleta que pasó casi rozándole los dedos de los pies. Se le aclaró la visión. Unos hombres con carritos ambulantes tirados por bicicletas pasaron junto a ella pedaleando para arrastrar la carga de comida caliente que llevaban a remolque.

¡Ay, cómo me gusta estar junto al mar!

Estaba junto a un puesto de fruta, tan cerca de dos mujeres que notaba el roce de una de ellas en el codo. Las mujeres habían cambiado la letra de *La Danza del Hada de la Ciruela de Azúcar* logrando un resultado delicioso y cargado de un sarcasmo finamente elaborado.

Vaya, así que no puede usted venderme una naranja
¡Qué interesante y qué raro!
Porque en otros mercados sí que pueden.

La voz de Thrawn chirrió dentro del oído de Milena:

—¿Estás en el Cut? ¿Estás en el jodido mercado del Cut? ¿Cómo has llegado hasta ahí?

—Tienes que permitir que vea algo —susurró Milena.

Hubo un relámpago de luz ante cuya intensidad Milena se dobló por la mitad y tuvo que taparse los ojos. Se negaba a moverse. Escuchó al vendedor del puesto responder a las señoras con la música del último y demoníaco compás de la *Sinfonía Fantástica* de Berlioz. Cada una de las palabras sonaba separada de las demás y caía con tanto peso como el plomo:

Puedo vendérselas por kilos
¡Pero no por unidades!

Todo el mundo a su alrededor cantaba. Al fin y al cabo resultaba fácil hacerlo, más fácil que hablar… siempre y cuando estuvieras diciendo la verdad.

—¿Cuánto cuesta esto, por favor? —preguntó una mujer con la música del aria *Povera Donna* de Falstaff. Lograba un efecto trágico totalmente innecesario, la música la delataba.

—Cinco francos y dos yenes.

La respuesta llegó en brazos de la alegre y vivaracha *Dalle due alle tre*, también

de Falstaff. Sería la vendedora de ropas, la joven esposa feliz. La música la delataba también a ella.

La canción envolvió a Milena, salió volando por las ventanas abiertas, tarareada por las mujeres que estaban rellenando embutidos. Llegó desde los tejados en los que había gente tumbada al sol realizando la fotosíntesis, y desde el bar situado junto a la carnicería llegó un sonido rítmico, como el croar de una rana:

Glup, glup, glup, ¡bébetelo todo y no nos iremos a dormir hasta mañana por la mañana!

—De acuerdo —dijo la voz que tenía dentro del oído.

Milena se apartó las manos de la cara, no veía bien del todo, pero sí lo suficiente para caminar. Así podría ver si la Vendedora de Juegos seguía allí. ¿Y qué haría si no estaba? ¿Ir al Zoo? ¿Arrastrarse hasta el Cementerio y esconderse allí? Con todo aquel ruido, le resultaba muy difícil pensar.

El mundo entero parecía girar con las canciones. Los antiguos gritos callejeros habían vuelto a la vida:

—¡Maduritas las cerezas, maduritas!

Y a las compradoras guapas se las atendía y agasajaba con canciones de amor:

—Una dama tan hermosa como vos… debería comprar dos.

Había unos niños que corrían por las cornisas de los edificios medio en ruinas que se alzaban junto al mercado. Una mujer les llamó la atención desde una ventana entreabierta:

—Cuidado, tened cuidado —graznó al ritmo de una melodía de baile de salón. Pero la autoridad que le confería la edad se vio mermada por la animación con que movía los labios.

Los cánticos recorrían la calle arriba y abajo, y la mezcla resultaba tan informe como lo que cantaban los coros del Recuerdo, como si se tratara de un funeral por todo lo que se había perdido. Había momentos puntuales de silencio y momentos en los que un coro en particular se contagiaba de la fantasía de los demás. En esos momentos, los nuevos virus celebraban a bombo y platillo su triunfo:

—¡Cada vez somos más!

La calle entera rugía al unísono y después estallaba en carcajadas mientras Milena avanzaba dando traspiés, medio a ciegas y confusa, palpando todo aquello que encontraba a su paso para llegar desde un puesto hasta el siguiente. Había un Vendedor de pinturas y brochas y estaba también el puesto del Viscoso con su caliente y aromática prensita, y finalmente el pajarero con sus jaulas.

De algún lugar le llegó la voz de alguien que cantaba:

—¿Tienes algún colega gorrón?

—Da la vuelta, estás yendo en sentido contrario —le dijo Thrawn al oído.

—No oigo nada —dijo Milena aunque sí que oía.

La voz de su oído aumentó de volumen hasta producirle dolor.

—¡Ahora es demasiado fuerte! —dijo Milena.

Era como si tuviera que vadear en un mar de pegamento, avanzar entre el ruido, entre la gente, entre el resplandor y contra la crecientemente furiosa voz que le hablaba desde el interior del oído, la voz de Thrawn que a esas alturas sospechaba ya que se traía un nuevo truco entre manos.

Entonces Milena la vio: ahí estaba la Vendedora de Juegos, grandullona y campechana y con unas mejillas de color morado encendido.

La luz desapareció por completo de sus ojos.

Siguió avanzando a ciegas, con las manos extendidas hacia delante, tocando los hombros de la gente.

—Soy ciega —dijo—. Condúzcanme hasta la Vendedora de Juegos.

Por algún motivo, todos empezaron a cantar la *Sinfonía Fantástica*. Era una oración por la lluvia que todos cantaban medio en serio, era la canción del *Sabbath* para rogar que el cielo enviara un poco de agua:

«¡Oh, Dios, por favor, Dios, haz que llueva, Dios!».

La persona que estaba a su lado, un hombre, murmuró unas palabras y la cogió por el hombro para dirigir sus pasos.

«¡Oh, Dios, por favor, Dios, haz que llueva!»

—¡Cabrona! ¡Cabrona! ¡Cabrona! —gritaba Thrawn dentro de su oído como un vendaval. Milena no era capaz de escuchar nada que no fuera eso. Se estaba tapando los ojos con las manos para protegérselos. El martirio de la ceguera dio paso a un fuego que le recorrió los brazos y las manos. Thrawn estaba usando la luz para quemarle la piel.

Tocó el borde de un puesto.

—¿He llegado ya? ¿He llegado ya? —gritó.

—Sí —gritó el hombre a su lado, pero ella tan sólo pudo escuchar un lejano rumor en la distancia.

—Disculpe, estoy enferma —dijo Milena sin poder ver ni oír a la Vendedora—. Necesito sus lentillas, sus lentes de contacto de espejos.

El fuego volvió a ensañarse con su piel, haciéndola chillar de dolor. Su grito se perdió entre los cánticos del mercado.

—¿Cómo? ¿Cómo dices, cielo? —preguntó con un gemido la Vendedora.

—¡La luz me está achicharrando! —aulló Milena en pleno llanto—. ¡Necesito las lentillas!

Milena se metió las manos debajo de las axilas para protegerlas de la luz.

Las manos regordetas de la Vendedora de Juegos la sujetaron por los brazos y le mostraron el camino. Milena se tropezó y cayó hacia delante. La mujer le ayudó a levantarse. Las ampollas de su piel se reventaron contra la camiseta de algodón que llevaba puesta y las llagas de sus manos empezaron a rezumar líquido. La mujer la llevó a Leake Street.

Todo se volvió oscuro y fresco y de repente, Milena recuperó el oído.

—Colóquemelas, por favor —le pidió llorando a la Vendedora.

La enorme mujer se inclinó sobre ella protegiéndola.

—Sí que estás, sí que estás, sí que estás en mal estado —dijo cantando la señora de los juegos para calmarla.

Era la melodía de una nana. Siguió cantando para tranquilizarla mientras la obligaba a abrir los ojos en la oscuridad.

Thrawn hizo que los gusanos se multiplicaran en su interior, pero la luz era muy tenue en el interior de Leake Street.

Entró la primera y luego la segunda. Ahora sí que de verdad tenía algo metido en los ojos, que empezaron a llorarle tratando de expulsarlo. «Acabaré por acostumbrarme —se dijo Milena—. Tendré que acostumbrarme a ellas». Se giró y miró hacia la salida de Leake Street. Thrawn intentó concentrar la luz, pero tan sólo logró un tenue círculo azul. Milena sacudió la cabeza y Thrawn necesitó unos cuantos segundos para volver a enfocar. Con eso bastaría.

La Vendedora de Juegos se puso a inspeccionar los dedos de Milena que estaban plagados de ampollas:

—Pobre manita… —empezó a cantar con la música de *La Bohème*. Luego intentó hablar pero se había vuelto tartamuda y tan sólo consiguió balbucear, así que con un suspiro, siguió cantando—. ¡Malditos virus! ¿Qué será lo siguiente que nos hagan?

Milena respondió que no lo sabía, le dio las gracias, le pagó las lentillas y volvió a salir al rugir de canciones de la calle. Giró la cabeza suavemente de un lado a otro. Se compró un par de guantes y unos tapones para los oídos.

—¡Anda y muérete! —le dijo Thrawn al oído justo antes de que se pusiera los tapones.

«A partir de ahora vamos a jugar a un juego: A palabras necias, oídos sordos».

A su alrededor, por todas partes, la gente seguía cantando.

Apenas un año más tarde, Milena se casó.

Recordó la celebración de la boda que tuvo lugar en el bosque del Consensus. El verano de aquel año fue frío y estuvo nublado casi todo el tiempo. Un viento tempestuoso barría de un lado a otro sacudiendo los carnosos troncos de los árboles morados. Los invitados estaban helados, a la misma temperatura que el vino: sujetaban las copas con una mano mientras con la otra intentaban entrar en calor a

fuerza de frotarse y se esforzaban por mantener la conversación. Mike Stone intentó entablar conversación, a Milena se le había olvidado lo envarado que podía llegar a estar. Se echaba hacia delante, con una inclinación de cintura para saludar a la gente dándoles la mano, y no se le ocurría decir otra cosa que «Muchas gracias por venir», «Supongo que todos ustedes serán famosos», o «Siempre deseé ser actor».

Decidió ponerse su traje de astronauta para la boda. Aquel traje le encantaba y nunca veía motivo para ponerse otra cosa. Llevaba los bolsillos repletos de herramientas de astronauta como microscopios y cápsulas de ADN multifuncional. Le explicó los más mínimos detalles acerca de todo lo que llevaba a Cilla, quien tuvo que echar mano de todas sus dotes de actriz para parecer arrebatada de fascinación.

El Ministro Milton se murió en mitad de la fiesta.

—Vosotros dos solos ahí arriba, juntos en el espacio —decía Milton. Era su peculiar forma de darles la enhorabuena—. Eso sí que tuvo que ser la de San Quintín. Cerró los ojos y su sonrisa se distendió como si acabara de contar el chiste Milton perfecto. Su cara adoptó una expresión de infinita paz antes de caer de bruces dentro de la ensalada de calamares y tumbar la mesa de los refrescos.

Mike llevaba un botiquín de primeros auxilios en uno de los bolsillos de su traje. Introdujo un reanimador en la oreja de Milton para que mantuviera sus constantes vitales mientras Milena, Moira Almasy y los Terminales llamaban al Consensus, que apareció bajo la forma de la nueva policía, los hombres de blanco de la Garda.

Entraron haciendo un ruido de incisión, una vibración como si estuvieran cortando el aire en rodajas. Algo con aspecto de depredador bajó desde el cielo hasta la acera de Marsham Street. Era la primera vez que Milena veía un helicóptero en toda su vida. Estaba totalmente hecho de metal y resina y relucía como un insecto hambriento. Mike recogió a Milton y lo llevó en brazos hasta donde estaba la Garda, moviendo sus esbeltas extremidades con suavidad propia de un robot. Depositó a Milton en la burbuja de la bestia, la Garda entró en tropel tras él y aquella cosa se elevó levantando un torbellino y desapareció tal y como había venido.

La muerte y el helicóptero supusieron un impacto para Milena. A lo largo del último año habían pasado muchas cosas que la habían impactado. Se dio cuenta de que los dientes estaban castañeteándole de forma involuntaria y de que el frío parecía estar saliendo de su propia médula ósea. Milena sentía frío interior. Milena pidió que la llevaran a casa. Se había terminado la fiesta.

El trayecto en barco de regreso a La Hondonada fue frío, frío, y trascurrió entre pequeñas y rizadas olas grisáceas. Milena se acurrucó contra Mike Stone para que le diera un poco de calor, pero seguía temblando. No se daba cuenta de que era a causa del miedo. Lo único que sabía es que dentro de un rato tal vez su marido quisiera hacer el amor y ella no quería. Lo único que sabía era que no le había dicho que no podría practicar el sexo con un hombre. Paradójicamente, aquel miedo hacía que se

acurrucara contra su pecho con más fuerza.

Seguía teniendo miedo mientras entraban en sus pequeñas cámaras lacadas. Le enseñó todas y cada una de las habitaciones, ahuecó los almohadones, bajó las persianas, encendió las lámparas de alcohol. En la oscuridad de las esquinas seguía durmiendo la verdad que no había salido de sus labios. «Siempre que me meto en este tipo de problemas es porque no he sido honesta. ¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar ahora?».

—Toca un poco de música si te apetece, Mike —dijo dándole la espalda.

Mike Stone no dijo nada. Se quedó de pie en mitad de la habitación cúbica de bambú, bien erguido y con las manos entrelazadas detrás de la espalda, sin saber qué iba a ser lo siguiente que sucediera.

—¿No te apetece? —le preguntó Milena amablemente. A menudo se sorprendía pensando en él con cariño.

Sacudió la cabeza sin deshacerse de su sonrisa de ingeniero. Fue a sentarse modosamente en un sillón tipo Pera, con las manos sobre el regazo.

—¿Quieres hacer algo especial? —le preguntó ella—. ¿Qué cosa especial te gustaría hacer en tu noche de bodas?

—No parece que haya mucho que hacer. Tus amigos son muy agradables, se han esforzado mucho —se quedó mirándose las manos con una amplia sonrisa pero con gesto apesadumbrado—. No creo que Cilla esté muy interesada en los mecanismos de mutación autodirigida.

—Pues di simplemente que el Bulto tiene la capacidad de producir carne de pollo a partir de sí mismo —le dijo Milena sentándose junto a él—. Eso es lo único que les interesa escuchar, tan sólo quieren lo más emocionante.

—A mí no me parece que el espacio exterior sea emocionante —dijo él llanamente.

—Pues debes ser el único —replicó ella.

«Venga, Milena —se dijo ella—. Empieza a hablar, Milena, dilo rápido. Es posible acabar con la falta de sinceridad. Es un nudo que se puede deshacer con una simple palabra de verdad». Se sentó junto a él en el sillón Pera.

—Éste va a ser un matrimonio un tanto extraño… —empezó, pero algo la obligó a callarse, como una especie de virus.

Él asintió lentamente, dándole la razón.

—Yo no consigo tener una erección —dijo él.

Milena no estaba segura de haber oído bien.

—¿Cómo dices, Mike?

—Soy impotente —dijo él de forma bastante directa y esta vez sin asomo de vergüenza—. Me temo que nuestras relaciones conyugales no van a consumarse del todo.

Milena no alcanzaba a creer lo afortunada que era. Deseaba que el alivio que sentía no se le notara en la voz:

—Mike, no sabes cómo te lo agradezco. Que me lo hayas dicho, me refiero. Lo más importante es el matrimonio. La satisfacción del deseo físico no es lo principal.

«Después de todos estos años viviendo sin ello de todas formas…».

—Yo pensaba que a ti tampoco te gustaba el sexo —dijo—. Estaba bastante seguro de que eras el tipo de chica que yo andaba buscando.

Milena no estaba tan segura de que escuchar eso le hubiera agradado.

—Me parecía obvio que eras una persona estupenda, de verdad, que no se sentía atraída sexualmente por mí o por los hombres en general —su expresión era de verdad bastante tierna—. Y a mí me encanta que me abracen y me hagan cariñitos.

Milena sintió que se estaba ruborizando violentamente. Se dio cuenta de que, en cierto modo, la habían pillado y se sorprendió llevándose las manos a las mejillas para sentir lo calientes y flácidas que se le habían quedado.

—Espero no haberte llamado a error —dijo Mike Stone—. Me esforcé mucho en no representar el papel del típico playboy.

La simple imagen de Mike en el papel de playboy consiguió devolverle a Milena una parte de su sentido del humor: «¿Hacerte el playboy? ¿Cómo Mike, con el violín?».

—Mike, nunca pensé en ti como en un tío bueno —se quitó las manos de la cara para preguntarle—: ¿Y yo, te he llamado a error?

—Ni por un instante —dijo él pensando obviamente que eso la ayudaría a reafirmarse.

—Tengo miedo —dijo ella a modo de explicación y sorprendiéndose a sí misma por haberlo dicho.

—¿De qué? —preguntó él.

—¿Últimamente? De la oscuridad. Tengo miedo de la oscuridad desde lo de Thrawn. ¿No te parece curioso? Thrawn utilizaba la luz, así que yo debería adorar la oscuridad. Y también tengo miedo de… de los virus y de lo que está pasándole a la gente… y de… de ti.

—Bueno, eso es comprensible. Yo soy bastante raro —dijo Mike Stone totalmente en serio—. Yo sin embargo no puedo decir con certeza que haya algo que me asuste. —Eso también lo dijo con total seriedad y sacudiendo la cabeza—. No se me ocurre nada que me dé miedo. Sencillamente, hay ciertas cosas que soy capaz de hacer y hay otras que no. A mí siempre me sorprenden las cosas que tú eres capaz de hacer, como conseguir que la gente haga cosas simplemente hablando con ellos acerca de lo que hay que hacer. Parece que eres capaz de hablar con cualquiera, y eso es porque tienes miedo. Creo que puedes hacer todas esas cosas gracias al miedo. Yo hago lo que puedo sin él.

—¿Tú no tienes, de verdad? ¿No tienes miedo? —preguntó ella dándose cuenta de a qué se refería. Milena siempre había pensado que el miedo era lo que le hacía parecer torpe y estirado. Ahora empezaba a asimilar el hecho de que más bien se trataba de una virtud de precisión, como la que tiene un buen reloj que es exacto sin estar pendiente de sí mismo.

—Sencillamente porque no siento que haya nada que perder. Si hay algo que no soy capaz de hacer como hablar con la gente, no tengo de qué avergonzarme. Lo intenté, lo hice lo mejor que pude. Y si soy capaz de hacer otra cosa, tampoco tengo de qué avergonzarme, porque también lo habré hecho lo mejor que pude.

«Vas a gustarme —pensó Milena—. Vas a gustarme cada vez más. No creo que esto haya sido un error, después de todo».

—Me gustaría irme a la cama —dijo él—. Me gustaría abrazarte. Últimamente parece que tienes frío a todas horas. Yo tengo calor, tengo los pies muy calientes.

—Yo conocí a alguien que tenía también los pies muy calientes —dijo Milena.

Hacía tanto tiempo que no la abrazaba nadie. Levantó la vista para mirarle. Con miedo.

«Por supuesto que podríamos pasar el rato preparando una comida que ninguno de los dos tiene ganas de comerse. Él podría sacar su violín y yo podría hacerle comentarios acerca de lo que tocara. Pero la tensión seguiría estando ahí. Seguiríamos teniendo que afrontar esto. Hacer cualquier otra cosa sería una falta de honestidad. Y así es como esto debe afrontarse, incluso con miedo, y yo siento miedo. Remilgada, obsesiva, severa, eso es lo que dijo Cilla. ¿Sigo siendo así? Esto no me gusta. Me hace sentir alienada, como si tuviera que tirar la toalla conmigo misma. Me hace sentir sola y vulnerable, huérfana».

Mike Stone dejó que Milena se tumbara en la cama con toda la ropa puesta y se fue al cuarto de baño a darse una ducha sabiendo instintivamente que el olor de un hombre le desagradaría. Volvió desnudo y neutral y a Milena le pareció que su cuerpo era más raro de lo que ella había imaginado. En medio de su miedo, se dio cuenta de que el cuerpo de su marido la hacía sonreír.

Parecía que lo hubieran estirado en sentido longitudinal y se hubiera quedado alto y delgado como un personaje de El Greco, con sus hombros estrechos y escurridos, su vientre plano y aquellos brazos y piernas que no eran sino nudos y ángulos. Tenía las caderas muy anchas, casi femeninas, y entre las piernas le quedaba un hueco bastante amplio. Era lampiño, excepto algunas zonas en las que inesperadamente le crecía el vello, como los hombros o un pequeño círculo alrededor de los pezones, que eran tan pequeños y pálidos que resultaban prácticamente invisibles.

Mike Stone tenía una polla enorme e inútil que oscilaba adelante y atrás despidiendo aroma a jabón y suspendida entre los muslos, como el desafortunado pasajero de un tren que discurre por un camino lleno de baches, y unos testículos que

colgaban de una tira de escroto tan fina, que Milena sintió por empatía dolores en sitios que no tenía tan siquiera. Tenía curiosidad por ver los genitales de un hombre, por puro y objetivo interés. Mike se acomodó a su lado en la cama y ella se preguntó qué podría hacer. Pensó en alargar la mano para tocarle, para tocarle el pene, pero algo se lo impidió, algo muy potente, como de acero, como un virus. Eso no podría hacerlo jamás. Sintió una punzada de desconfianza. ¿Y si le había mentido? ¿Y si ahora revivía e intentaba forzarla? Sin embargo, él metió un brazo bajo su cuello y la acunó, le apoyó la cabeza contra su pecho y le habló en susurros tranquilizadores.

Milena sintió el calor de la carne humana contra su cuerpo, una vez más.

El cuerpo de Mike la había sorprendido. Ella pensaba que los hombres tendrían el cuerpo duro, musculoso, fibroso, que sólo se tocaría hueso y tendón. Pero él tenía una carne musculosa y a la vez suave, cálida, acogedora. Milena tembló en su regazo, todavía estaba asustada. Puso una mano sobre su pecho, a modo de experimento. Él se giró hacia ella y la miró a los ojos con un gesto de confianza sobrenatural, con simplicidad animal, con los ojos marrones de un niño. Ella le devolvió la sonrisa y notó cómo su miedo se iba derritiendo.

Mike emitió un gruñido de satisfacción. Se quedaron quietos mientras caía la noche. Milena había encontrado un puerto, un lugar donde refugiarse, donde calentarse en medio del inoportuno frío.

Durante el verano de Song, el verano de la sequía, los días empezaban temprano y el sol brillaba bien alto y claro en un cielo desierto de nubes que parecía el interior de una campana. Los suelos no conseguían deshacerse del calor del día anterior y se notaba el calor al pisarlos. No había agua para lavar y el agua que bebía Milena estaba templada en su cubo desde el día anterior. Por todas partes olía a juncos podridos y en los funerales ya no había flores: todas las flores habían muerto.

A mediados de septiembre se cumplieron cuatro meses desde la última vez que había llovido. Las zonas más elevadas del estuario estaban secas y Milena tenía que atravesar caminando La Hondonada hasta los canales principales del Támesis que aún era navegable. De aquel espantoso verano, lo que más detestaba Milena eran las caminatas matutinas.

Las algas y las plantas acuáticas se habían quedado secas y parecían papel maché, convirtiéndose en una capa dura y correosa que cubría el fango y las piedras y que, cuando se reventaba bajo el peso de una pisada, liberaba polvo y un olor a humedad como el que sale de una cripta. Quedaban tan sólo unos cuantos estanques de cría y tenían ya poco fondo.

Milena recordó cómo se acercó a un estanque y el trozo de suelo que tenía delante bullía con cientos de ranas que se movían frenéticamente dentro del agua salobre. Unas garzas carroñeras volaban en círculos sobre ellas. Eran las siete de la mañana y

el calor golpeaba ya como un martillo. Milena estaba ya bañada en sudor, tenía los labios cortados y la garganta seca. Los niños estaban sentados en las orillas, aburridos y desconsolados, alimentándose de luz solar y ya sin molestarse ni en perseguir a las garzas.

—¡Buenos días! —les saludaba Milena intentando ser normal.

Los niños la miraban asustados sin decir nada, se levantaban y se iban alejando poco a poco.

Milena se balanceaba al andar, movía la cabeza de derecha a izquierda y de arriba abajo: intentaba evadirse de sus problemas con la vista. Cuando se miraba al espejo veía a una persona con ojos de lagarto, cuyos párpados se cerraban sobre una superficie brillante y metálica. Si los ojos son las puertas del alma los suyos no permitían ninguna clase de intercambio, ni siquiera el intercambio de luz. La gente rehuía su mirada, les repelía. Ella veía el mundo a través de un filtro azul tenue: el sol destellante sobre las piedras blancas y las plantas desteñidas.

A pesar del calor bochornoso Milena llevaba guantes, una camisa gruesa abotonada en las muñecas, pantalones de invierno, y se cubría la cara con un pañuelo. Si se dejaba algo de piel al descubierto el tormento volvería a empezar, la luz se concentraría justo bajo la superficie de su piel hasta quemarla. Tenía ampollas alrededor de los ojos.

Milena pasó andando junto a los niños y entró en un arrozal seco en el que estaría sola. Caminaba atemorizada. Siempre que estaba sola, las imágenes se sucedían ante ella.

Pareció como si se levantara un montón de algas y hubiera algo humano que intentara salir de dentro de él, un brazo desnudo o un rostro bulboso. La cara estaba destrozada, magullada, y sobre ella se balanceaba el montón de algas. Sonreía con sus dientes falsos y con ojos de cristal y al respirar escupía por la boca. Estaba violando a Thrawn y la cara le pedía que la detuviese. Mirando a Milena a los ojos le decía: «detenía, por favor».

A Milena se le doblaron las rodillas y fue como si los pies se le metieran hacia dentro. Caminaba como alguien que tuviera una anomalía en el sistema motor. Pasó tambaleándose a través de la imagen. Atravesó el montón latiente de algas y sus pies se abrieron paso entre la cara suplicante. «No estás aquí —se dijo—. No eres real». Tenía los puños apretados. Estaba extenuada.

Milena tuvo que caminar por el borde de una larga piscifactoría que se había quedado seca. Eran demasiadas truchas y no todas habían podido ser rescatadas de la sequía, de manera que había truchas muertas y malolientes por todas partes, en aquel barro blanquecino y recocido. Había también moscas que le hacían cosquillas a Milena en las comisuras de los labios. Las apartó a manotazos.

De repente, una pila de pescado muerto se levantó y ahí estaba Thrawn

McCartney. La habían abierto por la mitad y se habían comido sus vísceras. Abrió la boca para hablar y de ella salió una nube de moscas que se alejó volando.

—¡Milena! —dijo la nube de moscas formando un remolino. Las moscas se pusieron a pulular zumbando a su alrededor—. ¡Milena! ¡Milena!

Milena se armó de valor, levantó los hombros y siguió caminando. Veía peces destrozados por todas partes, hasta el horizonte. Decidió que no eran reales, siguió avanzando y resbaló sobre los restos de un pescado podrido. Aquella mañana, eso fue lo que más la fastidió. Sintió una profunda punzada de rabia a la que siguió una sensación de desesperación. «Mis zapatos nuevos —pensó—. ¡Tenía que llevarlos puestos! Ahora estarán todo el día apestando a pescado podrido. La gente verá a la mujer loca tambalearse, temblar, y para colmo, la olerán». Intentó limpiarse los zapatos restregándose contra unas hierbas secas que estaban tan blanquecinas y quebradizas como la porcelana.

Caminó hasta el canal principal del río Támesis. Cuando la marea estaba baja el río no tenía ya más de cuatro o cinco metros de orilla a orilla y discurría, entre la apestosa suavidad del lodo y la sal seca, hacia las blancas entradas de la Gran Barrera de Coral.

La Barrera se alzaba en la distancia como una cordillera de onduladas colinas de cumbres nevadas. Incluso a través del filtro de las lentillas, la Gran Barrera refulgía bajo el sol implacable como si la hubieran espolvoreado con trocitos de espejos machacados. Milena notaba cómo se reflejaba toda aquella luz en su piel. El serpenteante Arrecife se dirigía hacia el sur camino de las montañas de South Downs y en sentido norte llegaba hasta Tottenham. Mostraba una base manchada y moteada por los líquenes y el barro que habían dejado atrás las aguas al retirarse. Sus pasos, las compuertas, estaban abiertas. Ya no había aguas que contener.

Una muchedumbre esperaba en las orillas a que pasara un taxi. Los muelles de la estación de taxis, con sus toldos y sus caminitos, estaban ahora muy retirados del borde del agua; alejados del río moribundo. La gente esperaba desconsolada, bajo sus sombreros de ala ancha, vestidas con pantalones cortos, camisas ligeras y sandalias. Algunos de ellos iban hundiéndose en el fango mientras esperaban con la mirada perdida en algún punto lejano de la realidad circundante y con sus cestas llenas de cosas desatendidas al lado, en el suelo. Llevaban cebollas marchitas y secas, los últimos y escasos rábanos que se habían cultivado y manadas enteras de ranas que habían sido sacrificadas antes de que murieran a causa de la sequía o de las enfermedades. Río abajo, las orillas se veían blancas por los pájaros pululando entre el agua que quedaba.

A medida que Milena se iba aproximando, unas arañas que estaban delante de ella se escabulleron caminando marcha atrás. Tenían unos rostros caricaturescos, con gesto lascivo, la sonrisa lunática y burlona y los ojos violentos y desorbitados. *A*

palabras necias, oídos sordos. Milena sintió cómo la determinación hacía que se le tensara la mandíbula bajo el pasamontañas de lana sudado que llevaba puesto. «¿Tú? ¿Hacerme daño? ¿Eh?». Inconscientemente sacudía la cabeza de un lado a otro para evitar las discontinuidades que sufría en la visión.

Cuando se puso a la cola de los taxis desaparecieron las imágenes. Llevaba tapados los oídos y las ventanas de la nariz para evitar que le entrara la luz. Pasó un rato hasta que se dio cuenta de que alguien la estaba llamando por su nombre.

—¿Milena? ¡Milena! —decía un hombre.

Cuando se dio la vuelta, vio a un granjero con la piel de un morado intenso, curtida por el sol, que llevaba puesto un gran sombrero. Iba vestido con unos pantalones cortos y una toga de color avena. Los tobillos y las sandalias los tenía llenos de barro grisáceo seco. Entonces se fijó en la cara.

Era Al, Al *el Insidioso*. Llevaba una cesta de ramas de cilantro mustias, medio podridas.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

La agarró por un brazo y tiró de ella hacia un lado para apartarla de la gente y del parloteo de sus pensamientos.

Milena sabía lo que él iba a ver. Vio a una mujer con lentillas de espejos en los ojos, que no paraba de mecerse levemente, que llevaba los oídos y las ventanas de la nariz taponadas con algodón y que parecía tener la mente llena de imágenes desquiciadas: una mujer que creía que la perseguían, que había alguien que estaba metiéndole imágenes en la cabeza o en el aire que la rodeaba.

Milena se esforzó por dirigir su pensamiento hacia él con claridad y en silencio.

—Hay alguien que me odia —le dijo sin palabras— y que es la mejor holografista del mundo. Intentó quemarme los ojos, de ahí las lentillas de espejos, y ahora vaya donde vaya, siempre que estoy sola me acosa con imágenes desagradables.

Siguió reculando, haciendo que se retiraran de la orilla y apartándole de los demás. Si se alejaban de la gente, él la podría Leer con mayor claridad.

«Te cuento esto porque eres Insidioso y tienes la capacidad de ver lo que yo veo».

Él empezaba a parecer angustiado y le dio un toquecito en el brazo para que parara, pero ella le lanzó todo: el búfalo muerto que tuvo en su sala de estar, las moscas, el sol que se le metió en la retina y todo lo que acababa de ver.

—¿Me crees? —le preguntó en voz alta para que él le respondiera también con palabras.

El Insidioso se quedó un instante con la boca abierta y después, eligiendo cuidadosamente las palabras, le respondió:

—Creo… que tú lo crees.

Milena era consciente de lo que aquello significaba. ¿Cómo podía haber esperado otra cosa? Incluso a ella le sonó a locura.

—Vale, ya —dijo ella con voz monótona empezando ya a caminar de regreso a la parada de taxis.

Iba cabizbaja, mirándose los pies, y vio que sus zapatos, los que actualmente apestaban a pescado, ahora les sonreían mostrando unas caras de peces que no paraban de abrir y cerrar sus bocas, con los labios pintados de rojo y los ojos rodeados de maquillaje azul y rímel.

—¿No ves eso? —dijo en pensamientos que envió directamente al Insidioso mientras se daba la vuelta para mostrarle los zapatos—. ¡Mis zapatos! Ha formado unas caras en mis zapatos. ¿No lo has visto? ¡Ha sido justo ahora! ¡Estaban en la luz! ¡Era real! ¡Era real!

Al *el Insidioso* le lanzó una mirada cargada de cautela. No, no lo había visto. Milena dio media vuelta en un arrebato de decepción y volvió a meterse entre el gentío. La muchedumbre estaba agitada. Milena empezó a percibir levemente el ruido del motor de un taxi. La gente se dispuso a recoger sus cestas, para lo que remontaron el repecho de la orilla. Milena se quedó de pie en la cola y todo el mundo se le unió.

—¿No tienes forma de distinguir, verdad? —le dijo con la mente—. Simplemente puedes Leer mis recuerdos que pueden ser un delirio o no serlo, ¿me equivoco? Tan sólo puedes estar seguro de que yo creo que son así. Así que ahora dime, ¿qué ha sido de tu vida?

Al parecía confuso, sacudió la cabeza y le hizo un gesto como de impotencia con las manos levantadas. Había demasiada gente, no podía Leerla con claridad.

—¿Cuánto tiempo llevas cultivando cilantro? —le preguntó en voz alta.

El taxi acuático estaba ya cerca, era un remolcador negro y pesado con un diminuto motor de vapor.

—¡No tengo amarras! ¡No tengo amarras! —gritaba un chico desde la cubierta—. ¡Tendrán que acercarse caminando por el agua!

La gente se arremangó los bajos del pantalón y se metieron en el agua turbia infectada de esquistosomas. El Insidioso respondió lanzando miradas a su alrededor, con cautela:

—Están siguiéndome la pista —dijo Al en un murmullo, apretando los labios.

Milena casi no oía nada, se sacó un tapón del oído y se inclinó hacia él.

—Desde que empezó esta cuestión del Canto, están persiguiendo a todo el que tenga algo que ver con los virus —dijo él manteniéndose erguido y mirando hacia otro sitio, como si no hablara con ella—. Ahora tienen sus propios Insidiosos que van por ahí persiguiéndonos. Así que yo también tengo que estar siempre rodeado de gente para esconderme. Como tú hiciste para burlarme a mí.

—Necesito que me ayudes —susurró Milena.

—Quieren borrarme la mente —dijo él cerrando los ojos—. Es lo que están haciendo con todos.

—Por favor.

Entonces Al la miró a los ojos aterrorizados y negó con un gesto de cabeza.

—No puedo permitirme hacer nada que me ponga en evidencia.

Milena cerró los ojos, asintió y cogió la mano de Al como para hacerle entender que lo comprendía. Le temblaba la mano, pensaba que debía tener aspecto de loca e intentó colocarse el pelo. «Hoy se me ha olvidado peinarme».

Al seguía mirándola con los ojos desorbitados de miedo. «¿Acaso soy tan malvada?», pensó Milena. Se quitó los zapatos nuevos y apestosos y empezó a avanzar por el agua en dirección al barco.

La gente tuvo que deslizarse por el fango hasta llegar al agua. El sistema inmune de Milena envió a sus Ratones en tropel a los tobillos y a las rodillas, haciendo que le entraran picores. El agua estaba caliente y densa y aquel lodo producía la sensación de estar caminando por una papilla llena de tropezones. Milena enjuagó sus zapatos y se dispuso a trepar por la escala de cuerda hasta el barco que estaba abarrotado de gente de pie, apiñados unos contra otros. Milena se encontró con que tendría que ir con la cara apretada contra un muro de espaldas sudorosas. No había conversación alguna. El barco se alejó de la orilla lleno de gente sofocada de calor y apestando a lodo y a juncos. La gente se asomaba por la borda y se colgaba de las escalas de cuerda.

El taxi se dirigió traqueteando hacia las compuertas, que estaban abiertas y con las paredes de madera secándose y adquiriendo un tono grisáceo. Entre algunas vigas habían quedado huecos al hundirse la madera. Las aguas de La Hondonada y las de El Hoyo estaban ahora al mismo nivel.

Había terraplenes altos de Coral con escaleras que se alzaban desde los muelles y que proyectaban sombras frescas y agradables. Los pasajeros subieron los escalones uno a uno, lentamente, para saborear la sensación de alivio de estar a la sombra.

Alrededor de las compuertas seguía habiendo un montón de botes de remos apiñados, pero ahora había junto a ellos algunos barcos más grandes y taxis acuáticos ladeados. Por el fango pululaban con torpeza las gaviotas.

—Si quieres, te puedo acercar —le dijo Milena a Al mientras esperaban en las escaleras.

Podía alquilar una batea y no tenía ganas de quedarse a solas con Thrawn.

Al negó con la cabeza. Los granjeros no se relacionan con los Miembros del Partido, eso llamaría la atención, la gente podría hacerle preguntas, así que hizo un gesto evasivo. Tenía que pasar desapercibido.

Milena asintió lentamente, dándole la razón. Encontró un barquero en el muelle y volvió la vista hacia las escaleras de las compuertas. Al ya se había marchado y se había mimetizado entre los demás granjeros, pero a medida que su barco de remos

avanzaba alejándose por el estrecho río, pudo verle de pie en el borde del terraplén, aun mirándola perplejo, con el ceño fruncido.

«Si al menos lloviera un poco», pensó Milena.

Si lloviera, las imágenes se reflejarían. Tocó el pequeño cesto de paja que llevaba y le tranquilizó pensar que todavía tenía el termo lleno de agua. Se dirigió al Zoo con el corazón encogido a causa de lo que la esperaba allí.

Al ver a Milena, los Críos del mostrador se dieron codazos unos a otros para mandarse callar. «¡Mocosos! —les llamó Milena para sus adentros al notar que estaban esforzándose por no echarse a reír—. ¡Aquí viene la loca, Mocosos!».

Milena dio su nombre tratando de parecer normal y preguntó si había algún recado para ella. Le parecía que despedía olor a nerviosismo; que de lo tensa que estaba, el aire podría cortarse a su alrededor. Una de las niñas le dijo algo que no pudo escuchar por culpa de los tapones que llevaba en los oídos, así que tuvo que pedirle que se lo repitiera.

Se alejó notando la mirada de los Críos clavada en su espalda. Levantó los hombros, tropezándose de tanto como temblaba. No habría sabido decir si escuchó a los Críos reírse tras ella.

Recorrió el pasillo hacia las salas de ensayo. Unas manos cortadas que caminaban solas se le acercaron moviéndose como cangrejos. Llevaban anillos de coral.

«Tan sólo tengo que aguantar —se dijo Milena—. Aguantar hasta que a Thrawn se le agote la paciencia, hasta que se rinda o hasta que me manden al espacio».

Los actores la esperaban en la sala de ensayos. Estaban intentando grabar el inicio, sólo las primeras frases del primer Canto. Los personajes empezaron a actuar mientras Milena creaba el mundo que los rodearía, el mundo que era el bosque de Dante y que sería proyectado desde el espacio en imágenes del tamaño de un continente entero.

No salía bien.

Para empezar, Milena había llegado tarde una vez más. Ahora llegaba tarde siempre. «No puedo desplazarme temprano —pensó Milena— porque me encontraría a solas con las imágenes a lo largo de todo el camino y no podría soportarlo. Así que, sintiéndolo mucho, vais a tener que esperar por mí. Y dado que si os contara lo que me está pasando no ibais a creerme, no os va a quedar más remedio que aguantaros sin más».

Milena no se disculpó.

«Vosotros también me tomáis por loca», pensó.

Milena se dio cuenta de que entre la hilera de rostros adustos que tenía frente a ella, los de Cilla y Peterpaul tenían aspecto de aburridos, de sentirse traicionados. Toll Barrett se reclinó en la silla sin tan siquiera dirigirle una mirada. Toll estaba

echándole una mano con la creación de las imágenes aunque él también era director. Milena echó un vistazo de un extremo a otro y colocó la cesta encima de una silla.

—Buenos días, Milena —dijo Cilla elevando a propósito el tono de voz. No les había saludado con la debida cortesía.

«Qué dura es», pensó Milena limitándose a dirigirles un «hola» con gesto distraído. Se armó de valor para enfrentarse a lo que se avecinaba.

—Toll, tengo que pedirte que estés atento a cualquier tipo de interferencia que provenga del exterior del aparato —ordenó.

—Claro —replicó él sin mirarla.

—Sé que hay algo que está interfiriendo en las imágenes.

Thrawn estaba saboteándoles.

—No son todo lo buenas que podrían ser —dijo él con un ligero gesto de sonrisa desmoralizada.

—Son totalmente inservibles —dijo ella corrigiéndole. Se dio cuenta de que él podría pensar que le estaba echando la culpa, pero eso era una cosa más que no iba a poder evitar—. Muy bien —dijo levantando la cabeza de repente como si acabara de reparar en la presencia de los demás. Se le quedó la mente en blanco. «¿Dónde nos habíamos quedado ayer?». Los nervios hicieron que sus virus acudieran a ráfagas, en desorden. «Si no soy capaz de recordar qué escena estábamos haciendo, no estoy en condiciones de hacer mi trabajo».

Thrawn estaba resultando vencedora.

—Cilla, ¿en qué punto lo dejamos anoche? —dijo intentando que su voz sonara alegre y simpática cuando en realidad era una voz lánguida, al borde del llanto.

—*Temp'era dal principio del mattino* —dijo Cilla entre suspiros, preguntándose si toda aquella obra no sería un error.

—Ejem. ¿Es ésa tu intervención? —preguntó Milena con los puños apretados y moviéndolos arriba y abajo frenéticamente, como si agitara una coctelera.

—Todavía no he podido cantar, Milena. Yo no canto hasta que no entra Virgilio. Yo hago el papel de Virgilio, ¿te acuerdas?

No habían hecho más que avanzar treinta y siete renglones de texto narrativo, que se había dejado sin canto para que fueran la música y las imágenes las que lo describieran. Los pobres actores no habían podido cantar todavía, tan sólo habían posado una y otra vez para que se tomaran las imágenes. A esas alturas debían estar ya pensando que aquello era una pérdida de tiempo.

«Voy a hacer esto», pensó Milena la directora. Se dirigió a donde estaba Toll y empezó a pulsar botones, a introducir coordenadas. Cerró totalmente los ojos, la luz de la estancia entró en su mente para que la empleara en Reformar y así, con los ojos cerrados, vio cómo Peterpaul y Cilla se miraban el uno al otro sacudiendo la cabeza.

—La verdad es que resultaría mucho más sencillo si te quitaras esas cosas de los

ojos —dijo Toll Barrett refiriéndose a las lentillas de espejos.

—No puedo hacerlo, Toll, y tampoco puedo explicarte el por qué —dijo Milena.

Tenía que trabajar con los ojos cerrados porque si no, tendría que hacerlo balanceándose adelante y atrás para evitar que se le volviera borrosa la visión.

«Voy a hacerlo de todas formas. Puedo hacerlo».

Milena había aprendido a trabajar con los ojos cerrados fuertemente.

Las imágenes empezaron a surgir de su mente. Ya estaba muy familiarizada con ellas: vio el bosque oscuro con sus bruñidos troncos secos y sus ramitas negras y retorcidas como garras. Casi podía percibir el suelo, ennegrecido a causa de siglos de descomposición natural, integrado por una sucesión de capas de hojarasca y corteza de árbol. Más allá de las ramas, en la distancia, podía notar las elevadas pendientes volcánicas. Unas ráfagas de brisa matinal pasaron sacudiendo las ramas en oleadas. Notaba cómo el viento soplaba hasta las cumbres pedregosas y movía las nubes al tiempo que la luz del amanecer se iba desplegando en un pálido brillo solar. Era el final de una noche horrible que había trascurrido, perdido en mitad de un bosque. «Imagínate cuando todo esto haya pasado», pensó Milena.

El leopardo de piel brillante hizo su entrada contoneándose con la sonrisa del gato de Chesire. La música convirtió el texto en sonidos.

Y de delante no se me apartaba
Y de tal modo me cortaba el paso
Que muchas veces quise dar la vuelta.

—Ejem —interrumpió Toll Barrett—. Tal vez podrías hacer que ese leopardo tenga un aspecto un poco menos humano… a no ser que sea eso lo que pretendas.

—Vale —dijo Milena haciendo que la cara volviera a ser la de un animal.

Peterpaul, vestido de forma normal, como cualquier hombre normal, con el cuello desabrochado y con una camisa de manga corta, empezó a subir por la ladera de la montaña. El sol se elevó hasta la altura de las estrellas de la mañana. Milena lo colocó dentro del paisaje y empezó a caminar por aquel suelo mientras el leopardo iba merodeando hasta encontrarse con un león.

Toll Barrett le dio un toquecito en la mano y le dijo:

—Milena, presta atención a lo que estás haciendo.

Milena abrió los ojos y vio que su bonito león tenía en la parte trasera de las patas una quemadura de luz, un resquebrajamiento: era un trabajo mal acabado. Cerró los ojos y comprobó que el defecto no aparecía en lo que ella tenía en la cabeza. No debía estar ahí. Ella sabía cómo construir una imagen, ¡joder!, ¡joder!, ¡joder!

Se dio cuenta de que acababa de darle tres puñetazos a la consola: Cilla, Peterpaul y Toll la miraban estupefactos.

Thrawn había hallado la forma de destruirla. ¡Y había que ver con qué elegancia!

¡Qué técnica tan depurada! Thrawn estaba enviando los típicos defectos propios de un principiante y colocándolos justo en el centro de las imágenes que ella creaba. Y justo en el lugar idóneo. ¿Quién sería capaz de eso si no? ¿Quién iba a creerse que había sido ella?

—Será mejor que lo dejemos —dijo Toll.

Milena volvió a abrir los ojos. Abrió los ojos y por eso tuvo que volver a balancearse adelante y atrás, de derecha a izquierda, como si fuera un niño autista.

Cilla parecía afligida. Se adelantó jugueteando con los anillos que llevaba puestos. Se apoyó en el mostrador y miró a Milena a los ojos, o más bien fue eso lo que intentó. Los espejos obstaculizaban todo intercambio de miradas.

—Milena, ¿es que esto te queda grande?

—No —dijo Milena con fuerza y determinación.

—Es un proyecto muy ambicioso y precisa imágenes profesionales. No debes avergonzarte de reconocerlo.

—Has hecho lo mejor que has podido, pero no ha funcionado —dijo Toll Barrett, mucho menos comprensivo. Peterpaul se veía obligado a cantar, por lo que se negó a tomar parte en la conversación, ya que suponía elegir entre tartamudear o hacer el ridículo. No dijo nada, pero clavó en Milena una mirada fría como el acero.

Milena se quedó muy quieta y callada y cerró los ojos:

—Vamos a intentarlo otra vez —dijo con gesto tenso.

No iba a rendirse. Los otros suspiraron con resignación.

—Hola a todos —dijo una voz—. Pasándolo bien, ¿no?

Era una voz forzada, como una cuerda de violín demasiado tensa. Milena sintió cómo se ponía en alerta hasta el último músculo de su cuerpo. Una especie de dolor le recorrió el cuero cabelludo. Abrió los ojos y miró a su alrededor.

Thrawn estaba en la habitación. Llevaba un estampado otoñal de colores vivos, pero eso no bastaba para ocultar los estragos de su rostro. Tenía la boca torcida hacia un lado. Aquella boca intentó sonreír pero no pudo, como si unos pesos colgados de la cara estuvieran tirando de ella hacia abajo. Hacía semanas que no se peinaba y tenía el pelo enredado en forma de mechones irregulares que se le metían en los ojos o quedaban tiesos en las posturas más extrañas. Este es el aspecto que tiene Thrawn en realidad. Así es como ella está acusando esto que está haciendo. Milena se dio cuenta de que era incapaz de articular palabra.

—¿Le importa a alguien que me quede un rato a mirar? —preguntó Thrawn—. Justo se me ocurrió que podría pasarme por aquí y ver qué tal iba todo. Debéis estar a punto de terminar. ¿Cuánto hace que empezasteis? Ya hará más de dos meses, ¿verdad?

Milena seguía sin decir nada. Silencio.

—Muy bien —dijo Toll Barrett—. A ver qué te parece esto.

Reprodujo lo que acababan de grabar.

La montaña, el paso, el leopardo, el león y otra vez la música tantas veces escuchada que había terminado por convertirse en algo tremendamente aburrido. Interminables horas de fracasos que habían logrado hacer de la magnífica música de Rolfa un bodrio inaceptable. Y ahí volvía a estar la irreal y discontinua mancha de luz en torno a las patas del león. Las estrellas estaban borrosas.

—No mires a las imágenes que hemos producido nosotros —le dijo Milena a Toll —. Mira a Thrawn. Mírala a ella todo el rato.

Toll se dio la vuelta mientras Milena buscaba el termo dentro de su bolso.

—Si estáis teniendo problemas —dijo Thrawn con voz cautelosa, como quien realmente se está ofreciendo para prestar ayuda—, yo podría venir y limpiaros esas imágenes. Tenía los ojos muy abiertos y tristes.

—No hagas otra cosa que mirarla, Toll —dijo Milena desenroscando el tapón del termo. Llenó el tapón de agua hasta arriba.

«Voy a salpicar de agua la imagen y si se distorsiona, va a quedar claro que se trata de un holograma. ¡Qué desperdicio de agua!». Milena se llenó la boca como si estuviera sedienta y miró a Thrawn. Se quedó mirando aquella boca desencajada y aquel pelo enmarañado. Los pelos podían distinguirse unos de otros, todos descolocados, y las arrugas que tenía alrededor de la boca no flotaban sobre la cara sino que formaban parte de ella.

«¿Es un holograma o no? ¿Es posible que eso sea un holograma? ¿Y si Thrawn está aquí de verdad? ¿Y si le tiro el agua por encima y resulta que está aquí de verdad? Eso no haría más que confirmar que yo soy la que se ha vuelto loca».

Milena escudriñó a Thrawn en busca de alguna imperfección, de alguna pequeña línea de luz. Era una imagen perfecta. Hasta el cojín del asiento estaba aplastado. «Es real —decidió—. Estás aquí en carne y hueso. ¿Y quién está enviando las imágenes? ¿Alguien ha estado enviándome las imágenes?… o tal vez… tal vez sea yo. Tal vez yo esté loca».

De pronto notó que tenía los brazos de plomo, que le pesaban y no había forma de moverlos. «Tal vez mi mente se haya vuelto contra mí. Tal vez sea mi mente la que está creando esas horribles imágenes. Si eso es así, el primer paso para curarme es reconocer que así es. Reconocer que he perdido la cabeza».

—Esos defectos son un añadido —dijo una voz—, es un sabotaje.

Milena echó un vistazo por toda la habitación y ahí estaba Al *el Insidioso*. Parecía estar nervioso, pero tenía aspecto de tener una fuerte determinación. Sus ropas de granjero le hacían más delgado y vulnerable.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Cilla enfadada. Todavía no le había perdonado —. Esto es una sesión de grabación privada, así que ya puedes marcharte, Insidioso. ¡Largo de aquí!

—Sí, soy un Insidioso. Tengo la capacidad de Leer el pensamiento —dijo Al—. La tecnología de la Reforma se basa en el pensamiento y por eso puedo Leerla también. Tenéis que saber que alguien ha introducido esos desperfectos en las imágenes. Yo puedo identificar esos pensamientos: son de Thrawn McCartney.

Todos enmudecieron. Thrawn también, y además se quedó quieta, esbozando una ligera sonrisa.

—Ha estado acosando a Milena, persiguiéndola con todo tipo de hologramas de lo más desagradable. Y también ha enviado hologramas al interior de sus ojos para que no pueda ver. Por eso ha tenido que ponerse los espejos.

—¿Cómo? —dijo Cilla levantando la voz—. ¿Es eso cierto, Milena?

Milena asintió con la cabeza.

—Si está haciendo todo eso, ¿qué hace aquí sentada? —preguntó Toll Barrett.

—Eso no es un ser humano —dijo el Insidioso—. Ahí no hay nada. Eso no es más que una imagen, una imagen especular. Está mirándose al espejo y enviándonos la imagen que ve en él.

—¿Hay alguien más que sea capaz de hacer esto? —preguntó Thrawn poniéndose en pie. Dio media vuelta y tocó la alfombra con los pies, que dejaron marcas tras de sí. La imagen de la alfombra aplastada era perfectamente opaca, enfocada y diseñada de manera que no había la más mínima imperfección de la luz—. ¿Acaso no es éste el mejor holograma que habéis visto jamás?

Thrawn se echó a llorar. Cilla, el técnico de sonido, Peterpaul, Toll… todos la miraban boquiabiertos.

—¿Por qué no me queréis? —preguntó la imagen—. ¿Por qué siempre me excluye todo el mundo?

Milena cogió su vaso de agua.

Thrawn estaba ya suplicando:

—No sois conscientes de lo que yo podría hacer por la Comedia. Yo podría daros ángeles, podría daros el cielo, podría daros una música tan clara…, podría poneros los pies en la tierra con tanta firmeza que la gente creería que han salido piedras en el cielo.

—Sí, y también podrías llevarnos al infierno —dijo Milena rodándola de agua.

Thrawn se deshizo a causa de la refracción. Una parte de su cara estaba boca abajo en forma de goterones.

—¡Dios mío! —dijo Toll Barrett.

Milena rompió a llorar mientras hablaba:

—Siempre que estoy a solas —dijo lanzándole más agua, un agua llena de odio y tan amarga como la bilis. Con cada chorro de agua, la imagen de Thrawn se esparcía por la pared estallando contra ella—. Y siempre que me voy a dormir —otro poco de agua que restalló como un látigo— ¡me mete hologramas en los ojos! ¡Esparce trozos

de su cuerpo por el suelo! ¡Me hace ver cosas! ¡Y también escuchar cosas!

Thrawn se quedó quieta con las manos entrelazadas por delante de su cuerpo, como rezando, y chorreando agua.

Toll rodeó a Milena con sus brazos y ella se encogió de hombros. Dejó caer el vaso y el agua se derramó sobre sus pantalones gruesos e invernales.

—¡Ay, gracias a Dios! —dijo aliviada en un suspiro.

Todos lo habían visto. Todos y cada uno de ellos. Ahora todos lo sabían. Y además, no estaba loca. No estaba loca en absoluto. Cilla le estaba acariciando el pelo. Thrawn siguió ahí un momento más y luego el holograma desapareció.

Cilla se quedó junto a Milena en tanto que Toll y Peterpaul fueron a buscar a Milton y le contaron lo que había pasado. Milena no vio lo que pasó a continuación. Una delegación visitó la habitación de Thrawn y retiró todo su equipo. Ella había desaparecido llevándose consigo una máquina portátil. Nunca volvería a trabajar para el Zoo y una vez que la hubieran encontrado, la Leerían y la dejarían bien limpia.

En algún momento, aprovechando la confusión, el Insidioso se largó para desaparecer tras un nuevo disfraz.

Y cuando por fin Cilla y Milena se sentaron a hablar, escucharon un repiqueteo familiar en el tejado. Las dos levantaron la vista hacia arriba.

—¡Es lluvia! —dijo Cilla—. ¡Está lloviendo, Milena!

Salieron corriendo a la acera de hormigón bajo aquel cielo azul y negro del que caía la lluvia en goterones del tamaño de un huevo de gorrión y vieron como todo el mundo salía corriendo de los edificios con las manos levantadas hacia el cielo y mirando las nubes, dejando que cántaros de lluvia les empaparan el cuerpo. Bailaron en círculos, se abrazaron unos a otros y desde todas partes de la ciudad llegó el eco de los cánticos: desde la *Música Acuática* de Haendel hasta *Cantando bajo la lluvia*. Milena, Cilla, Toll, Peterpaul, estuvieron todos juntos bailando en corro mientras la lluvia erosionaba la superficie del Támesis y unos pequeños arroyos empezaron a correr por los pendientes de su cauce seco y resquebrajado.

Y a medida que bailaban un fantasma hacía breves apariciones, una imagen tenue bajo los cielos grisáceos, sedienta de luz y dispersada por las gotas de lluvia. El fantasma también cantaba con su voz leve, llorosa y zalamera.

Thrawn seguía intentando unírseles.

Un haz de gravedad llegó hasta Alfa Centauro. Milena lo percibió en su cabeza, al igual que percibía las fuerzas de atracción que la arrastraban a ella hacia la Tierra.

—Hay cosas peores que casarte con él —dijo Bob *el Ángel*, a quien Milena escuchaba como una voz dentro de su propio cerebro—. Necesitas protección, Milena.

Milena estaba a punto de preguntarle de qué tenía que protegerse, cuando se

acordó de Thrawn.

Bob le envió una imagen de lo expuesta que estaba a sufrir desastres y una sensación de vacío. Estaba insinuándole que ella tenía Mala Sintaxis.

—Ellos ya me conocen —dijo Milena—. ¿Por qué no me han Leído?

—Porque te necesitan —respondió Bob—. ¿No te parece increíble que las estrellas sigan siendo tan hermosas? En los campos de concentración del siglo veinte debían mirar al cielo y pensar lo raro que era que aún quedaran estrellas y belleza.

—¿Y para qué me necesitan?

—Bueno, tienen planes para ti, mucho más ambiciosos que esto. Necesitan a alguien que los lleve a cabo. Necesitan a alguien capaz de moldear la luz; el Consensus se ha cansado de estar solo, quiere ir más allá.

En lugar de explicárselo Bob le dio una idea general, una imagen global de la situación, de su envergadura y de su función. Le hizo el esquema una vez más: le enseñó los ángeles que se desplazaban por las líneas que partían de un cielo minúsculo y de un diminuto planeta Tierra. Con independencia del número de ellas que se enviaran al exterior, las líneas se expandían en el espacio hasta el infinito. No se movían en rayas paralelas sino divergentes, en trayectorias de exploración que aunque parecían estar unas junto a otras en el momento en que abandonaron la Tierra, se habían distanciado tanto que había estrellas y galaxias enteras perdidas entre ellas.

El Universo era demasiado grande, no se podía llenar por muchos Ángeles que abrieran nuevas líneas entre las estrellas. El Consensus quería ir más allá de la simple exploración.

Quería lanzar una llamada.

En algún lugar del universo debe haber otra forma de vida inteligente que también habría salido al exterior. Si salían unos a la búsqueda de los otros y se encontraban en las líneas de atracción, podrían entregarse mutuamente la parte del universo que ya habían explorado.

El Consensus iba a lanzar una llamada a Los Otros.

«Así que no han hecho esto por Dante, ni por la música, ni mucho menos —pensó Milena—. Necesitan poner a prueba la técnica. Necesitan ponerme a prueba a mí».

Milena dejó que la realidad de la fuerza que la sustentaba la poseyera por completo. «Siempre lo he sabido. Siempre supe que me tenían bailando al son que ellos tocaban. ¿De qué me sorprendo entonces? ¿Acaso me creía que estaba tocada por una mano divina o que tenía un aura sagrada? ¿De verdad me creía que el Consensus amaría tanto a la música por sí misma?».

—No te lo tomes a mal —le murmuró la mente de Bob *el Ángel*—. A ellos les encanta la música. Quieren que la Comedia se represente. Eso lo quieren además.

Milena había captado el concepto, había asimilado la idea general. El Consensus quiere encontrar un compañero, quiere conocer a un igual. Está completamente

seguro de que en algún lugar de las estrellas tiene que haber inteligencia y también está seguro de que la inteligencia habrá adoptado la misma forma.

Así que quiere lanzar una llamada al espacio, una llamada que no viajaría a mayor velocidad que los Ángeles pero que adoptaría la forma de la luz e irradiaría uniformemente y se expandiría uniformemente a través del Universo entero.

El Consensus quiere fabricar un artefacto astronómico artificial.

Será un holograma de cuatro años luz de altura.

Será la imagen de un rostro humano. Milena lo vio, sus cuatro lados, los cuatro lados de cuatro rostros humanos distintos, los de Chao Li Song, Marx, Lenin y Mao. Y las caras hablarían en silencio, exagerando los gestos de la boca:

Uno
Uno
Suman dos
Dos y
Otros dos
Hacen cuatro

Una y otra vez, los movimientos de la boca imitarían los movimientos de los números construyendo un código matemático que se repetiría para que la inteligencia lo percibiera y dijera: «esto no es natural, esto es una llamada de alguien».

¿Será una idea arrogante? ¿Del Reich de los Mil Años? Creían que serían juzgados por el tamaño de sus edificios, y por las ruinas que dejarían a su paso. ¡Locura, monumentalismo, Ozymandias, Rey de Reyes!

—Es un tanto grandilocuente —dijo Bob en pensamientos—. La idea del Monte Rushmore no es más que una sugerencia. Se pondrían locos de contento si les dieras otra idea, niña, locos de contento.

«Así que se pondrían locos de contento, ¿eh? Igual de locos de contento que se pusieron con La Comedia. La Comedia, que no es más que una excusa para probar las lentes de Reforma y todas las técnicas de luz y de sonido. Al fin y al cabo, es a Thrawn a quien deberían haber utilizado».

—Ay, no, cielo, no. ¡No te pongas así, no te amargues! —le dijo Bob *el Ángel* con la mente—. En Thrawn no se puede confiar. Tiene un carácter muy volátil y no haría lo que le pidieran. Necesitábamos a alguien que hiciera lo que le pidiéramos. Tuvimos que esperar a que te enseñara, a que aprendieras prácticamente todo lo que ella sabía.

Los pensamientos de Milena se empequeñecieron, se quedaron casi en silencio: «Ay, por Dios bendito, dijo mirando a las estrellas. Thrawn tenía razón».

En eso consiste tu trabajo, ¿no? En ver qué estoy haciendo y ver si puede resultar útil al Consensus, ¿no?

«Sí, Thrawn, en eso consistía, pero yo ni siquiera era consciente de ello. Dejé que me utilizaran, Thrawn. Dejé que me utilizaran para destruirte».

Milena se rebeló, estaba furiosa.

—Entonces, ¿para qué me dejáis así? —preguntó—. No necesitáis que sea independiente, ¿por qué no destruirme entonces, igual que habéis destruido a todos los demás? ¿Por qué no Leerme y limpiarme? ¿Por qué no convertirme en una marioneta tal que ni siquiera me dé cuenta de que lo soy? ¿Por qué no se lo hicisteis a Thrawn? ¿Por qué tuvisteis que meterme a mí en esto?

—Porque nos hemos dado cuenta de que los virus destruyen el talento —dijo Bob en un susurro que recorrió las líneas y la mente de Milena.

—Mira a Rolfa —dijo—. No podemos permitir que lo de Rolfa vuelva a suceder. La Leímos y mira cómo está ahora. ¡Rolfa, ese talento excepcional! A Rolfa la destruimos nosotros. Y a ti te impulsa el amor que sientes por ella, cielo. Te impulsa en la vida y saca cosas de ti que nadie habría sabido que existían. Eso no vamos a destruirlo, ¿cómo íbamos a ser capaces de tal cosa?

—¿Necesitáis que ame a Rolfa porque eso hace que trabaje mejor?

—No es así de simple —replicó Bob mostrándole la lluvia de flores, sus veintidós mil millones de rosas—. El Consensus necesita a alguien capaz de concebir algo así. Quiere viajar y necesita que seas tú quien envíe su imagen.

—¿Adónde?

—A las estrellas —respondió Bob—. El Consensus quiere que te hagas Ángel. Te quiere a ti, Milena, para que saques su imagen al exterior y para que te encuentres con Los Otros cuando lleguen. Son los virus, ¿no lo ves? Tú no los tenías, pero no quisiste perder el ritmo así que tuviste que esforzarte durante todos aquellos años que estuviste en el Jardín de Infancia. Te obligaste a hacer por ti misma aquello que a los demás les venía dado por sus virus. Te esforzaste y conseguiste desarrollar tu propia capacidad de memoria y una habilidad para retener imágenes de la que no dispone nadie más.

«Toda mi historia. Todo lo que constituye mi individualidad. Todo va a ser utilizado por el Consensus».

—Bob, no tengo nada. Me habéis dejado sin nada. ¿Por qué me dices esto?

—Porque alguien que no tiene nada tiene que saber esto, tiene que obtener algo. Lo que tiene que hacer es casarse con Mike Stone —dijo Bob *el Ángel*.

Así que Milena subió, Milena bajó y Milena se casó con Mike Stone.

Triple salto.

Capítulo 15

Artista del Pueblo (Toda la verdad)

Milena recordó haber estado sentada con su marido en una tribuna en los jardines del Embankment. Al otro lado estaba alguna personalidad cuyo nombre había olvidado deliberadamente. Corría el mes de julio del ventoso verano, aún surcado por fuertes vientos que al menos empezaban a ser templados por fin.

Milena se levantó de su silla plegable y se adelantó entrando en la zona que la amplificaría. Amplificaría su voz y sus rasgos, convirtiéndola en un objeto. A su espalda, el viento sacudía los estandartes. Eran unos estandartes largos, de color rojo y con medallones de los héroes socialistas. Frente a ella había también estandartes colgados de las farolas, también sacudidos con fuerza por el viento. Los árboles se movían, al igual que las sombras de las nubes, como si todo a su alrededor estuviera en activo, en estado de alerta, vivo.

Las sillas estaban ocupadas por hileras de rostros, muchos de los cuales eran conocidos de Milena. Algunos estaban henchidos de orgullo, estaban orgullosos de ella o de sí mismos por haberla conocido. Otros estaban ligeramente contrariados por el aburrimiento que les producía cumplir con aquella formalidad, algo totalmente excusable dadas las circunstancias. Otros se mantenían a la expectativa con actitud escéptica, pensando: «¿Tendrá algo interesante que decir esta diminuta mujercita de aspecto anodino?».

«Yo creo que sí», pensó Milena mirando al cielo.

A su alrededor se hizo el silencio. Ella tenía la capacidad de percibirlo. El silencio y la luz eran objeto de un intercambio que pasaba desapercibido para los seres humanos. Miró a la tierra que permanecía ahí, bajo los edificios y las aceras. Además de cumplir con su función, para ella los edificios y las aceras encarnaban ideas e ideologías. Milena se limitó a sonreír en silencio.

Milena siguió sonriendo unos minutos más mientras contemplaba los estandartes rojos y se esforzaba de verdad por comprender por qué estaban ahí y qué se suponía que deberían significar para ella. El público empezaba a impacientarse, pero luego, al ver que ella seguía sonriendo tranquilamente y que no sentía la necesidad de empezar a hablar, el público empezó a sonreír con ella y a reír también.

—Bueno —dijo ella por fin—. Aquí estoy.

Otra prolongada pausa durante la cual el viento no cesó de batir. Los estandartes hacían un ruido parecido al de las alas de los pájaros. Entonces fue cuando Milena supo lo que quería hacer.

Tenía un texto que había preparado minuciosamente, con una cuidada línea

argumental en la que reflexionaba acerca de la necesidad de un artista socialista que trabajara guiado por fines marcados por las necesidades sociales. Tenía el texto en las manos. Estaba escrito a máquina en un papel adornado con grabados dorados. El papel seguía siendo una forma de revestir de importancia cualquier acto. Significaba tradición. En las sillas del público habían colocado copias del discurso sujetadas por piedras colocadas a modo de pisapapeles.

Milena se dio cuenta de que el papel la impacientaba. Lo soltó. Lo lanzó al viento. El papel bailó y se alzó trazando vertiginosas espirales hasta más allá de los tejados de la Shell.

—¡Caray! —dijo Milena.

No hubo que pedírselo, el público se echó a reír.

—Me pregunto —prosiguió— cuál será en realidad el significado del título de Artista del Pueblo. Siempre me ha parecido que yo tenía muy poco en común con la gente. El trabajo ha dominado mi vida. Yo quería que quien dominara mi vida fuese yo misma. Era como si tuviera la capacidad de doblarme y quedarme quieta metida en un cajón, cuidadosamente desapercibida. Así no tendría que preocuparme por nada. O más bien, para ser sincera, no tendría que preocuparme por la gente. Pero al fin y al cabo sí que lo hacía. Me preocupaba por la gente. Así que aquí estoy. He salido.

Unas risitas leves, de preocupación. «¿Cómo de personal y embarazoso va a ser este discurso?».

—Supongo que la parte del Pueblo se refiere a que mi trabajo sirve a fines políticos, que mi trabajo hace que la gente piense y sienta las cosas que debe pensar y sentir. No se diferencia demasiado del trabajo de los virus.

Una inesperada explosión de carcajadas.

—De no ser porque yo siempre pienso en las grandes causas socialistas que subyacen en todo lo demás.

Unas risas más breves, más cálidas pero menos confiadas. «¿Es que esto va a tornarse peligroso?».

—Cuando empezamos a hacer teatro en la calle, pensé que era una forma de conseguir que la gente se quisiera a sí misma y que quisieran al Londres en el que vivían. A mí me parece que Londres es ahora al menos tan interesante como lo fue cuando esas obras fueron escritas. Yo quería que todos los Barrios estuvieran orgullosos unos de otros: los Trabajadores del Arrecife, los Talabarteros, los Costaleros o los Recolectores Fúngicos de la Hondonada. Todos ellos forman también parte de Londres. No obstante, no conseguí que les gustaran unos cangrejos de setenta metros de altura.

Ahora, una carcajada de agradecimiento, de alivio. «Esto no va a degenerar en nada extraño. Esto va a estar bien».

—Creo que a la gente deberían gustarle los cangrejos gigantes, sobre todo si cantan bien.

Pausa.

—Los que trabajamos en el Zoo tenemos a menudo que entusiasmarnos por algunos Animales gigantes que cantan.

Una carcajada mayor aún, pero los árboles dijeron en un susurro que ya era suficiente.

—Podemos llegar a tener unos principios morales demasiado elevados. La gente debería ser más condescendiente consigo misma, porque la vida no se rige por esos principios morales tan incuestionables. Y si acaso los tiene, los ha abandonado por completo. *El Ataque* tan sólo pretendía entretener, nos sirvió como excusa para introducir el mayor número posible de hologramas.

«Nos, te refieres a ti y a Thrawn», susurraron los árboles una y otra vez.

—Pero a veces la diversión se paga con vidas. La mujer con la que trabajé en *El Ataque de los Cangrejos* ya no está con nosotros. La mujer que compuso toda la *Divina Comedia* tampoco está entre nosotros. Yo solía pensar que las había destruido a las dos, pero ahora me parece que culparme de ello no es más que otra forma de creerme demasiado importante. La acción más socialista que yo he emprendido, la mejor cosa que yo he hecho, fue luchar para que la gente ayudara a los enfermos en lugar de quitarlos de en medio y quemar sus cuerpos. Me ayudaron mucho, por ejemplo, me ayudó Milton John y también lo hizo Moira Almasy. Y aquello no tenía nada que ver con el hecho de que fuera Artista.

Milena hizo otra pausa. Resultaba evidente que estaba pensando lo siguiente que iba a decir, pensándolo sin prisas.

—¿Pero acaso soy yo una Artista? No sé cuál es el significado de esa palabra. Yo hago lo que puedo y como puedo cuando tengo una idea. No sé de dónde proviene la idea, lo único que sé es que no viene de mí. Lo que quiero decir con esto es que el «yo» que yo conozco no parece que sea su creador. El «yo» que yo conozco se pone a pensar en ideas y no le viene ninguna a la cabeza. Las ideas parecen aflorar por sí solas, a su tiempo, al margen de mí. Así que no puedo apuntarme ningún tanto por ese motivo. Ni tampoco sentirme responsable de ellas. Sencillamente, la vida me las ha dado. Y vosotros, mis amigos, los que estáis sentados en primera fila, vosotros me las habéis dado. Y también me las ha dado la ciudad y la historia que la hizo a ella y también me hizo a mí. Así que, ¿quién es la Artista? ¿Acaso existe algún Artista?

De pronto, esbozó una amplia sonrisa.

—Tal vez deberíamos darnos este premio los unos a los otros, por el simple hecho de estar aquí. La única forma de llegar a ser Artista del Pueblo consiste en aislarse al máximo. Así es como consigues llegar a algo más que a ti mismo.

Y Milena dijo para sus adentros y les dijo a los árboles:

«Rolfa, te amo. Quiero vivir contigo, quiero hacer el amor contigo. Pero no puedo. Eso no se lo voy a decir a ellos. Si lo hiciera, estaría intentando contarles toda la verdad. ¿Y quién puede decir toda la verdad? Uno no pararía de hablar jamás».

El último sí lo dijo en voz alta:

—Tal vez ésa no sea toda la verdad, pero si intentara decir toda la verdad, no pararía de hablar jamás.

Otra vez unas risitas breves. Algunos estaban todavía intentando entender lo que había dicho.

—Todos somos Pueblo. Todos somos Artistas —dijo encogiéndose de hombros con gesto de impotencia—. Gracias.

El aplauso que recibió estaba cargado de una serena calidez. Cilla, la Princesa, Peterpaul y Moira Almasy estaban todos en pie. A Moira parecía que se le iba a caer la mandíbula de tanto sonreír. Cilla tenía una sonrisa cada vez más amplia, parecía que no le cabía en la cara. Peterpaul aplaudía con aspecto serio y mirándola fijamente a los ojos. Toll Barrett asentía con la cabeza. Hasta Charles Sheer estaba aplaudiendo.

Y una voz como de cangrejo, le dijo a Milena:

Se te dan bien los discursos, Milena. Eso podría resultar útil.

Y otra voz más suave le dijo más bajito:

Has quedado mejor de lo que eres en realidad.

Nunca lo sabrán.

Milena se quedó de pie, quieta y callada, sintiéndose abrumada y luchando para no perder la modestia. Tal vez estuviera equivocada al pensar que el orgullo y la arrogancia destruirían el talento, pero eso era lo que pensaba, así que intentó seguir siendo humilde. Fue una decisión táctica. Estaba explotándose a sí misma, así que tenía que protegerse de sí misma.

¿Y cuántas individualidades tendría, cuántas voces?

No seas tan autoexigente, Milena. Ahí está el sol, ahí están los aplausos y la luz… y el silencio.

Capítulo 16

El final de una amistad (Los espacios muertos)

Milena recordó haberse dirigido a pie al Hospital de St. Thomas acompañada de un enfermero. Era un hombre alto, de unos diecisiete años, apacible y sonriente. Recordó su piel curtida por el sol, sus mejillas de un color morado encendido y sus ojos claros. La viva imagen de la salud. Paseaba con desparpajo, como quien se siente cómodo en su piel y en paz con el mundo.

—Vamos por aquí —dijo al cruzar la calle. Tenía una dentadura blanca y perfecta y unos rizos dorados tirando a verde.

—¿Cómo se les ocurrió buscarme? —preguntó Milena—. ¿Fue idea de ella?

—Los Terminales dijeron que ella tomaría parte en el Centenario y que a usted la encontraríamos en la Hondonada —dijo él manteniendo abierta la puerta de entrada al Arrecife de Coral.

El hospital estaba lleno de pasadizos y cubículos, como las cuevas naturales. Las paredes de Arrecife de Coral emitían un destello suave y fluorescente para que siempre hubiera luz y los moribundos no se despertaran rodeados de oscuridad y se preocuparan por si ya estaban muertos. Le llamaban Sala de Oncología. La gente estaba muriendo precisamente a causa de la erradicación del cáncer.

En cada uno de los cubículos había tres o cuatro personas en cama, gente joven de entre treinta y treinta y cinco años que enfermaba de repente y de repente se estaban muriendo. Perdían peso de forma vertiginosa y empezaban a contraer todo tipo de enfermedades por fallarles el sistema inmune. Sus cuerpos se deterioraban y sus corazones, pulmones e hígados iban fallando todos uno tras otro.

—En realidad, se trata de una epidemia, ¿verdad? —preguntó Milena en voz baja.

—La verdad es que no tenemos palabras para lo que está pasando —dijo la viva imagen de la salud.

El chico sujetó una puerta para que Milena pasara. Le llegó el olor sofocante a enfermedad, a medicamentos, a gasas húmedas y a desinfectante.

Los Médicos seguían intentando penetrar en el Caramelo que recubría los genes del crecimiento y de la madurez. Los Médicos seguían intentando encontrar la manera de sintetizar las proteínas que creaba el cáncer, que prolongaban la vida. «A todos se nos olvida —pensó Milena—, a todos se nos olvida que hemos perdido la mitad de nuestra vida».

A excepción de los Tumores, a excepción de Lucy. Ellos no pueden morir jamás.

—¿Qué le pasa a Lucy? —preguntó Milena.

Lucy llevaba varios meses sin aparecer, de forma que parecía bastante plausible

que estuviera enferma de verdad.

El enfermero paró y negó con la cabeza:

—No le pasa nada —dijo—. De hecho, está mejorando.

—Sí, pero ¿de qué está mejorando? —preguntó Milena.

—¿De su avanzada edad? —dijo él sonriendo abiertamente—. ¿De la condición humana? Y ella está también en… ejem… en otro estado. Pero eso tal vez no sea tan milagroso.

¿Milagroso?

El enfermero condujo a Milena por el pasillo, le indicó la puerta y se inclinó ligeramente, como si estuviera presentándole a Lucy.

«Viva imagen de la salud —pensó Milena mirando sus sonrientes mejillas color berenjena—, hasta tú vas a palmarla».

Entonces entró en la habitación de Lucy.

Lucy tenía una habitación para ella sola. Se incorporó en la cama de forma que Milena pudo darse cuenta en el acto de que estaba totalmente cambiada.

Lucy parecía estar muy tranquila y digna, tal vez incluso seria. Ya no tenía el pelo anaranjado. Ahora tenía el color de un suelo seco y resquebrajado, un color gris apagado. Se le estaba oscureciendo por un sitio, a lo largo de la línea del nacimiento. Su curtida y vieja piel parecía más fuerte y suave. Era otro tipo de piel.

Lucy se quedó mirando a Milena con una sonrisa a medio asomar en sus labios y hubo algo en su mirada que le cortó la respiración.

—Yo te conozco —dijo.

—Hola, Lucy —dijo Milena como alguien a quien pillan con la guardia baja—. ¿Cómo estás?

—Tú no tienes tiempo —dijo Lucy con la misma sonrisa severa, volviéndose hacia la ventana que daba al río—. No dispones de tanto tiempo como yo.

Lucy se estaba frotando las palmas de las manos y la piel se le iba desprendiendo en forma de gruesos rollos como si se tratara de una capa de pegamento seco. La piel nueva que tenía debajo era morena, fuerte y esponjosa, sin rastro de arrugas ni de pliegues. Aquí no hay futuro ninguno que pudiera leer una adivina. Milena contempló el perfil de Lucy.

«Se parece —pensó— a un busto romano de los que aparecen en las monedas. Deforme en cierto modo, pero feroz. Parece algo que haya crecido de la tierra, una especie de vegetal o de tubérculo. Y huele, huele estupendamente, como a pan recién salido del horno».

—Llega un día —dijo Lucy sin apartar la vista del río— en que todo vuelve hacia atrás y te encuentras en otro sitio. Ahora. Puedo dibujar cualquier mapa aquí en mi mano. Puedo encender un cigarrillo con los dedos. No quiero decir que todo vaya a funcionar por sí solo, según lo que *nosotros* queramos, no me malinterpretes. Lo

único que digo es que los ojos son cóncavos… que la luz se expande por dentro de nuestros ojos y no por fuera. Un día, sencillamente, se sumó.

«Se le ha ido la cabeza», pensó Milena.

—Un día, sencillamente, se sumó todo. Se suman todas las pequeñas partes y los trocitos y te quedas en blanco. Sin memoria. Es una sensación maravillosa. Como un baño caliente. Ya no lo necesitas.

«O ha pasado a otro nivel —pensó Milena—. ¿Qué es lo que estás intentando decirme, Lucy?».

—Mido ciento cincuenta metros de altura —dijo la anciana—. Podríais todos poneros a cobijo bajo mi sombra si pudierais ver mis ramas.

Suspiró y se inclinó hacia delante para coger una bandeja que había encima de la cama. Tenía un plato con un montón de carne con la grasa bien crujiente, dorada e hinchada formando sabrosas pompas. Estaba cubierta de salsa de menta y había también un montón de… ¿de qué?, ¿helado?

No. Puré de patatas. Cordero y puré de patatas en el que habían dado forma a un agujero para hacer una piscina de salsa de carne. Y también había un buen puñado de coles de Bruselas bien crujientes.

«Eso no estaba antes ahí —pensó Milena—. Estoy segura de que antes no estaba ahí».

Lucy masticaba y tragaba.

—Estas pequeñas pistas te conducen a todas partes —dijo mientras preparaba cuidadosamente un bocado de puré de patatas sobre el dorso del tenedor—. Al principio no las ves, tienes que quedarte ciega unos cincuenta o sesenta años. Yo estuve sin ver nada durante al menos todo ese tiempo y de repente un día notas un dolor que va desde la frente hasta la nuca y los ojos se te mejoran. Se te mejoran y ves de forma diferente. Todo es diferente. Nadie te enseña a ver y hace falta un tiempo para que te cures. Tienes que quedarte ciega para curarte.

Levantó el tenedor cargado de puré, a modo de brindis.

—Lo que me gustaría hacer —dijo echándose la comida hacia uno de los carrillos — es plantarme durante unos cien años o así. Me gustaría asentarme, como un árbol. Y alimentarme de lluvia y de luz solar, como los árboles. A ver si consigo desenmarañar las arrugas de mi cerebro. Yo creo que entonces también se me curarían los huesos. ¿No te lo han dicho? Los huesos se me están poniendo más grandes y fuertes. Y los nódulos también se me están descamando.

Ya no estaba nada arqueada y no había en ella ni rastro de picardía. «Ha perdido el viejo Londres —pensó Milena—. Se le ha desprendido como una capa de piel».

—¡Ah! —dijo Lucy—. Estoy embarazada.

Siguió masticando el cordero que no debía haber estado allí.

—Fue una metástasis. Un trocito que se desprendió y empezó a crecer en mi

útero. La probabilidad era de una entre un millón, pero ¿cuántos millones de oportunidades tendré yo?

Se echó a reír y a toser a la vez, y luego prosiguió:

—Tantas como necesite. Mi hija será también un cáncer. Tengo muy claro cómo la quiero criar. Quiero que tenga una infancia de unos cuarenta o cincuenta años. Construiré una balsa y viviremos en mitad del océano, atrapando esos peces que saltan cuando te quedas quieta y pasas a formar parte del escenario. Sencillamente, voy a dejarla holgazanear. Daremos volteretas en islas diminutas. No haremos nada de nada. No tendremos ninguna necesidad. Y cuando se harte de ser niña… pues ya está. Se convertirá en algo nuevo. Siempre estaremos en proceso de cambio y seremos cada vez más fuertes y sanas.

Se quedó mirando a Milena en silencio, moviendo los carrillos, masticando. Engullía la comida. No era el momento de hacer preguntas, pero Milena tenía algo que averiguar.

—Lucy —dijo hablando claro y despacio, como si a Lucy se le hubiera olvidado su idioma—. ¿Te acuerdas de que dijiste que ibas a tomar parte en una ópera? ¿En *La Divina Comedia*? ¿Te acuerdas de que dijiste que ibas a representar el papel de Beatrice? ¿Estarías dispuesta a grabar tu parte?

—¡Ahhhhhhhhh! —gruñó Lucy con pena y con rabia. Alargó la mano y rozó el pelo de Milena con bastante fuerza. La miró sonriéndole, como quien mira a una loca —. Ay, pobre criaturita. Ya lo he grabado, ¿es que no lo ves? En otro tiempo.

«Se le ha ido la cabeza —pensó Milena—. No hemos grabado nada con ella. No pudimos encontrarla».

Lucy y ella se miraron la una a la otra compadeciéndose mutuamente.

Y la Milena que estaba recordando, pensó: «Compadécete de ella todo lo que quieras, Milena, pero cuando llegues a casa te vas a encontrar con que todo su papel ha sido grabado. La vas a ver cantando junto a Dante y conduciéndole hacia el cielo. Y vas a intentar convencerte de que ha debido colarse y hacerlo mientras tú no estabas, pero los demás actores no recordarán tampoco haber cantado con ella. Excepto en sueños. El mundo no es lo que nosotros creíamos que era. Aquel plato de cordero no debía haber estado allí y su actuación no debía haber estado allí… y tal vez el mundo no debería existir tampoco».

—Sois todos iguales —dijo Lucy sacudiendo la cabeza—. Siempre estáis preocupados. Pienso en todos vosotros —prosiguió mirando fijamente a Milena de forma desconcertante—. Las flores de mi jardín eran como vosotros. Unas preciosas flores de jardín. ¡Vuestros cuerpos son tan preciosos cuando sois jóvenes! Son pura firmeza, frescura y contundencia. Me gustaría meteros entre las páginas de un libro para conservaros, pero cuando lo abro me encuentro con que os habéis puesto grisáceos y mustios.

Lucy cogió la mano de Milena. Ahora tenía la piel firme y elástica como si la tuviera cubierta de gomaespuma.

—Tiene que haber un error —le dijo entre susurros—. Yo en vuestro lugar trataría de encontrarlo. Se suponía que no teníais que morir, ¿sabes? Jamás.

Y Milena recordó ser joven y encontrarse bien y estar subiendo a todo correr las escaleras de la Shell. No tenía marca de Terminal en la cabeza. Sentía los pies ligeros y llenos de fuego. Recordó que al torcer una esquina se encontró con Jacob en la bonita mañana de primavera en que murió.

Estaba tumbado, ligeramente inclinado hacia un lado y con los ojos entornados y secos.

La esperanza de que hubiera vuelto a vaciarse de nuevo no duró más que unos instantes. A los Correos les sucedía eso cuando se les llenaba la memoria.

—¿Jacob? —dijo Milena en un susurro, como si pudiera despertarse. Entonces la invadió una rotunda certeza y dijo con pena—: ¡Ay, Jacob!

Se quedó mirando sus zapatos. Se los había puesto aquella mañana. Sus viejos y gastados zapatos que tan pronto se estropearon de subir y bajar escaleras, que tenían las suelas flojas y abriéndose en varias capas y con un agujero cuyos bordes mostraban diferentes tonos de gris.

Soy yo quien os encuentra el día de vuestra muerte.

Esta vez no, Jacob.

Milena se sentó a su lado en el suelo, en las escaleras, y le cogió la mano, que estaba floja pero aún caliente, y notó una exhalación. No fue exactamente algo desagradable, pero le hacía a uno ser cauteloso, como el olor de una fruta extraña procedente de tierras extranjeras que uno va a tener que probar.

Un pequeño crucifijo de oro cayó desde la mano de Jacob a la suya. Estaba ensartado en una cadenita de oro rota. Fue un gesto tan natural que pareció que él se la hubiera entregado. Milena se quedó mirando a la cadenita rota. «Debe haber cogido la cruz como si ella pudiera ayudarle a levantarse —pensó Milena—. Debió sentir lo que se avecinaba, como un peso que caía sobre él. Cogió la cruz con fuerza, la cadena se rompió y él se cayó».

Ser cristiano no era exactamente algo vergonzoso. Denotaba que tenías un alma sencilla. Jacob no habría obtenido un crucifijo de oro por sí mismo. Debía haber estado varias generaciones pasando de un moribundo a otro. ¿A quién debería habérselo entregado Jacob? Tenía una habitación diminuta en la primera planta y una estufa diminuta y una cama diminuta. No estaba casado. Había quemado su vida trabajando. Milena se aferró a una fuerte convicción tan irracional como inamovible: «Me ha entregado el crucifijo a mí».

Acarició la cabeza de Jacob como para tocar todos los recuerdos y la buena fe que

había llegado a contener. No quería dejarlo ahí, aunque había que hacer las típicas cosas: notificarlo disimuladamente a la Chacha, desprenderse a toda prisa del cuerpo. Bueno, a por la Chacha podría ir cualquier otra persona. Milena se quedaría ahí. Milena se quedaría ahí y tendría en cuenta lo que había pasado, prestaría atención a la muerte de Jacob *el Correo*.

Lo cogió por los tobillos y lo arrastró hacia una esquina del descansillo, apartado de la pared para que adoptara lo que parecía una postura más cómoda. Le colocó bien las manos.

«Nunca tuvimos una conversación, Jacob. Una conversación en la que yo te preguntara qué tal era conocer tan de cerca a tanta gente y tener tanta información en la cabeza. Pero creo que debía ser como asfixiarse, que te asfixien los demás con sus exigencias.

»Y yo exigía más que nadie, Jacob. Y no recuerdo ni una vez en la que fueras tú quien me pidiera algo. Así que voy a sentarme aquí, Jacob, y voy a dedicarte el tiempo que mereces, un poco de tiempo para comprender el papel que tú representabas, siempre zigzagueando en el tiempo y en el espacio, arriba y abajo por la Shell, una y otra vez, de habitación en habitación, recordándole a la gente sus deudas y sus ensayos, sus citas y las horas de tomar las medicinas. ¿Rezabas a solas por las noches? ¿Ibas a la iglesia, a una iglesia bulliciosa de esas en las que la gente canta, y te sentías feliz? ¿Hay una iglesia especial para los que ejercen el oficio de Correo? ¿Y qué me dices de los ataques, de la forma que tenías de quedarte en blanco?

»La gente decía que estabas acostumbrado a quedarte en blanco, Jacob. Los Correos se quedan en blanco si no se cuidan. Tres veces te pasó, Jacob, tres veces te dejaste llenar demasiado. Me dijiste que era como morirse. Cada una de las veces que te sucedió sentiste cómo la mente se te iba enfriando por zonas, como una ciudad en la que se van apagando las luces. Entonces te administraban un virus que te enseñaba quién eras y quiénes eran tus clientes y aquí volvías de nuevo. Empezaste de cero tres veces, pero no por ello estabas más fresco. Siempre hubo algo de muerte alrededor de tus ojos.

»¿Y qué puedo yo deducir de eso, Jacob? ¿Qué deberías haberte cuidado más? Hay virus que devoran la memoria, que te dejan limpio y dispuesto, pero tú estabas demasiado ocupado con nosotros, demasiado ocupado en cuidar de nosotros. ¿Por qué merecíamos tantos cuidados, Jacob? Nosotros no hacíamos nada por ti, aparte del intercambio de holas y adioses que no se le niega a nadie.

»Me alegro de no haberlo visto nunca. Dicen que te ponías a gatear, Jacob. Cuando te daban los ataques te ibas gateando con la boca llena de espuma. Te arrancabas mechones de pelo. Te resistías, me han dicho, te resistías a los ataques. Gritabas ¡no!, ¡no!, y te arrancabas la camisa a jirones, tú, el gentil Jacob que era el

mismo espíritu de la circunspección y la dignidad.

»Este último acabó contigo, ¿verdad? Te has muerto de un ataque, Jacob. ¿Qué significa eso? Creo que significa que estaban abusando de ti. Tenías la mente tan revuelta como una olla a presión, los objetivos de los demás te tenían dominado. Pero tú te adaptabas siempre. Conociste las alegrías que esa vida podía brindarte, por limitadas que éstas fueran. La alegría de conocer a mucha gente, la alegría de sentirte útil, de tener un lugar en el mundo constante y reconocido, y la alegría de saber muchas cosas acerca de ellos, de toda esa gente.

»Pero hasta eso te lo quitaban, el conocimiento, la memoria, y tenías que empezar de nuevo, muerto, exhausto, subiendo las mismas cansinas escaleras».

—Buenos días, Milena.

—Buenos días, Jacob.

—¿Cómo te encuentras hoy, Milena?

—Bien, Jacob, bien.

—Hace un día estupendo, ¿verdad, Milena?

—No tanto, Jacob. Hace un poco de frío.

—¿Tienes algún mensaje para mí, Milena?

—¿Tienes algún mensaje para mí, Milena?

—¿Tienes algún mensaje para mí, Milena?

«Jacob no había más que uno, era único. Te merecías algo mejor. No te merecías acabar aquí tirado como una bolsa de basura, con esos zapatos totalmente destrozados y con un traje viejo, muriéndote solo sin que nadie te acompañe. Ya no podremos corresponderte, tú no podrás ver las flores de tu tumba. Pero si eso es todo el homenaje que soy capaz de conseguir, Jacob, si eso es todo voy a intentarlo con todas mis jodidas fuerzas. Con todas mis jodidas fuerzas, una vez más. Porque si esto es todo, entonces se ha cometido un grave error, y el error ha sido mío».

La Milena que recordaba seguía teniendo el crucifijo, aquí, ahora, lo sentía en la mano.

Preparada para pasarlo a su vez.

Y estaba Mike, que se movía como las agujas de un reloj, con la espalda tiesa, encendiendo velas por su casa, la casa de los dos, rodeado del olor de la comida que él había preparado y frente a la ventana por la que se veía el pantano grisáceo y la sombra negra del humo que se agitaba sobre él, el humo de la cremación de los muertos.

—¿Qué? —dijo Milena entretenida, al menos por él—. ¿Qué pasa? ¿Qué es todo esto? ¿No me lo vas a decir?

Los finos labios de Mike se metieron totalmente para dentro, resistiéndose a reírse.

La hizo sentarse, empezar a comer, le sirvió un poco de vino y entonces se sentó él también.

—Milly —dijo—, he estado pensando que deberíamos tener hijos.

«Ay». Milena dejó caer su tenedor sobre la mesa.

—Bueno, pues ve a tenerlos tú entonces.

Despreocupado. Todo era tan simple y despreocupado por aquel entonces.

—Eso es lo que he pensado —dijo Mike Stone—. He pensado que ya que estás tan ocupada y puesto que no te gusta el sexo, podrías donar un óvulo y yo donaría esperma y podríamos pegar el resultado a mi pared intestinal.

—Haces que suene como una receta de cocina —dijo Milena echándose hacia delante, ligeramente alterada—. No, Mike.

—A mí me gustaría mucho que lo hiciésemos, tiene sentido —Milena recordó su mirada lunática y confiada.

—Es muy peligroso —dijo Milena.

—Ya, y también lo es ir al espacio. Yo prefiero hacer esto, me parecería más interesante.

«Mike, ¿por qué tienes que ser tan… tan… amable? Ser amable no es bueno para la gente que lo es. ¿Y si me aprovecho de ti? Tú no te darás cuenta, ni yo tampoco. Hasta que no sea demasiado tarde».

—Mike, yo tenía un amigo.

—Ya lo sé. Berowne. Me lo contaste.

—Él también era amable y valiente, Mike. La placenta se desprendió justo después. Murió desangrado. La sangre salpicó el techo. Y quedó aquel bebé.

Milena se sorprendió pensando en el niño, sintiéndolo por él.

—Eso no había formado parte del trato. Se suponía que Berowne iba a encargarse del bebé. Anna no lo quería, al principio no podía ni mirarlo, no hasta que Peterpaul no apareció y le ayudó. Así que tres vidas quedaron destrozadas. No, Mike, no.

—Pero es que es lo que yo deseo —dijo—. He estado preguntando a la gente y he pensado en todo tipo de formas nuevas para protegerme. Y hay mucha gente que hace lo mismo.

—Sí, y todos piensan que ellos van a superarlo, ¿y para qué?

—Por un precioso recién nacido.

—No quiero asumir esa responsabilidad. Ya he pasado por todo esto. ¿Tú crees que Berowne iba por ahí colgándose de las ramas? Lo consiguió, consiguió aguantar hasta el parto, pero no hubo forma de mantener la placenta en su sitio. Un buen empujón y se salió. Y él murió, en pocos segundos estaba muerto, se le salió toda la sangre del cuerpo.

—Hay virus de sutura. Podrían administrarme un virus de sutura que fijaría la placenta a mi cuerpo.

—Por favor, ya te lo he dicho. Tengo un miedo tremendo a toda esta biología. Dentro de nada algo va a salir mal.

—Eso no tiene nada que ver con el hecho de que yo me quede embarazado.

—Yo soy inmune a todo eso, así que no tengo de qué preocuparme, pero tú no lo eres. ¿Qué pasará si esos virus de sutura siguen suturando más allá de la placenta?

—No lo harán —dijo él despreocupado—. Están a buen recaudo tras el Caramelo.

Milena suspiró sacudiendo la cabeza. Él tenía razón, se estaban saliendo del tema.

—No quiero traer al mundo a otro huérfano —dijo ella.

—Uno de nosotros está destinado a sobrevivir. Durante un tiempo. Los dos estamos destinados a morir. Eso no es un motivo para no tener un hijo. Si lo fuera, nadie tendría hijos. Y a mí me gustan los niños. Y alguien tendrá que quedar aquí para seguir.

«Haz que todo sea despreocupado una vez más, Mike. Vuelve a llevarte el miedo. Dime que lo único que pasa es que trabajo demasiado, que no me levanto por las mañanas sintiéndome como si fuera una capa de plomo sobre un tejado».

Mike le dio un beso en la punta de la nariz.

—No puede pasar nada malo. Incluso si alguien muere. La muerte va a llegar de todas formas. La gente reacciona ante lo que acaba de suceder, no ante lo que está pasando ahora. A destiempo. Yo no soy Berowne.

Milena volvió a quedarse callada. «¿Siento un ligero cosquilleo? ¿Un asomo de celos? Pienso: eh, ése es mi trabajo. Parece que los hombres toman el control de todo, incluso de esto».

—Pues dime despacio y claro —dijo Milena—, por qué razón no vas a morirte tú. Y dime qué se supone que debo hacer yo si te mueres.

Milena recordó estar sentada frente a su escritorio en su nuevo apartamento, trabajando. Tiene una caja que le toca música. *Das Lied von der Erde* se desliza suavemente de fondo. Milena contempla los mapas del Barrio del Zoo. Está intentando encontrar el mejor emplazamiento para un hospicio para las Abejas y para los enfermos. Milton quiere enviarlos bien lejos, al campo. Milton *el Ministro* está vivo todavía.

Las persianas de sus habitaciones lacadas están cerradas para protegerlas del clima. Hace frío y desde algún lugar llega un olor a café. Milena siente algo lúgubre en el vientre, siente miedo en la oscuridad y las manos le tiemblan de ansiedad. Todavía es invierno y ella sigue sin ser libre del todo. Thrawn sigue estando en algún lugar por ahí afuera, con su única y diminuta máquina.

—¿Cómo va eso? —le preguntó una voz familiar.

Milena levanta la mirada rápidamente y vuelve a bajarla. Habla mirando al mapa:

—Pronto estarán aquí los Ángeles, así que será mejor que te vayas.

Milena es ahora Terminal. El Consensus sabe cuándo le sucede esto y los Ángeles vienen a romper la luz.

—Mírame —dice Thrawn.

Milena se queda quieta y luego echa un vistazo a su alrededor. Thrawn tiene la cabeza rapada, cubierta de una pelusa de varios días y de cortecitos en forma de aspa, de la maquinilla de afeitar. Sonríe con la mirada perdida y no lleva puesto más que una camiseta blanca y unos pantalones raídos. Desde alguna parte le llega el olor a alcohol de cocinar, lo más probable es que sea de la estufa. A Thrawn le tiemblan los brazos y las rodillas del frío. «Dios mío, qué pinta», piensa Milena.

—Mira, Thrawn, hay una parte de mí que lamenta mucho todo lo que ha pasado, pero difícilmente voy a pedirte que vuelvas a trabajar conmigo, ¿no te parece? —dice Milena volviendo a mirar para el mapa.

—¿Qué lo lamentas? Vaya. Está bien —Thrawn habla con una voz jadeante, como la de una niña pequeña.

Milena sube el volumen de la caja electrónica y la música está más alta, la voz de la soprano parece un pitido de vapor y las flautas, cuchillos. Los Espacios Muertos que hay entre los apartamentos absorben el sonido. «Tengo que mirar de dónde viene ese olor a alcohol», piensa Milena esforzándose por ignorar lo que hay a sus espaldas.

—¡Milena! —grita Thrawn por encima de la música—. ¡Date la vuelta, Milena! ¡Tengo un efecto bueno de verdad!

Milena la ignora, entorna los ojos.

—¿Acaso no consiste en eso tu trabajo, en usar mis ideas? ¡Por favor, mira hacia atrás!

«¡Maldita sea! ¿Dónde están los Ángeles? Ya he pasado antes por esto, no puedo soportarlo ni un minuto más».

Thrawn suelta una risotada musical de impotencia. Milena ve por el rabillo del ojo cómo entra tambaleándose en su campo visual.

—Milena, sólo mira hacia atrás y te prometo que después saldré de tu vida. ¡Saldré de tu vida para siempre!

Milena vuelve la cabeza. Cree que está viendo un holograma de Thrawn McCartney con una cerilla encendida. Ya está acostumbrada a la perfección de las imágenes de Thrawn McCartney. La llama de la cerilla mana de los gases de la tira de madera, queda suspendida sobre ésta y desciende crepitando a lo largo de ella, lentamente, camino de los dedos.

—Me lo prometiste —dice Thrawn aún con aspecto en cierto modo esperanzado. Tiene algo ancho que le cuelga hecho jirones por la comisura de los labios—. Me prometiste que nunca me odiarías.

Un tufillo a alcohol de quemar. «Si yo puedo oler el alcohol, ¿cómo es que tú no puedes? —pregunta la Milena que está recordando—. Si yo puedo, tú también

puedes».

Sí que puedes.

«Te dices a ti misma que estás frente a un holograma —piensa la Milena que está recordando—. Pero los hologramas no tienen olor y a ti te llega incluso el olorcillo a sulfuro de la cerilla. Y estás viendo cómo se la va acercando y quieres que suceda lo que va a suceder. Recuerdo cómo pensabas "Ay, por amor de Dios, no te pares", y ya sé lo que viene ahora, es una imagen aún más horrorosa cuando se la contempla a la luz. Quieres librarte de ella, de la Furia desquiciada, para que no te acose más a ti, que eres Doña Felicidad, para que no siga estando por ahí, viva, traicionada y sola haciendo que te sientas culpable».

«Mira, incluso ahora ha parado un poco y mantiene la cerilla alejada. Quiere que la detengas. Quiere que le ayudes. Quiere echarse en tus brazos llorando para poder decirte que lo siente, que es una criatura odiosa y que todo eso no ha sido culpa tuya».

—¡Se suponía que tú eras mi salvadora! —tuvo que gritar con la voz quebrada.

Y el lamento de la música continúa.

¡*Eternamente brillan luces azules en el horizonte*!

No es odio, no es amor, sino un tipo de pasión retorcida y con ojos de lagarto. Los demonios existen. Están vivos y habitan en los espacios muertos que hay entre la gente.

Eternamente… eternamente…

Suave y tristemente, Mahler se despide una vez más.

La cerilla está ya ardiendo cerca, demasiado cerca, mientras Thrawn sigue esperando a que la salves. Las llamas alcanzan sus dedos. Sus dedos, su brazo, que están empapados en alcohol.

La flor se abre, rosada, en llamas. Un destello desenfocado y una repentina erupción de la mano, a lo largo del brazo y hacia la cara que viste su carne como la última moda del año, una primavera de fuego vivo y trepador. Unos hilillos de humo negro ascienden oscilantes.

Y Milena, la Artista del Pueblo, aún está dudando: «¿Será real? ¿Y si no es más que una imagen? ¿Realmente ha podido hacerse esto a sí misma?». Pavor, horror mezclado con un rabioso desgarro de autojustificación: «Esto te lo has hecho tú a ti misma, Thrawn».

«Ahórrate el dramatismo, Milena, que soy yo, tú misma, la que está recordando. Sabes perfectamente que lo que está pasando es real. Sigue preocupándote unos minutos más y ya será demasiado tarde».

—¡Ay, mierda! —dice Milena la directora y se levanta por fin.

«No "*Perdóname, ay, Dios mío*", sino: "*ay, mierda*", como si tener en el salón a una persona que está muriendo quemada fuera el colmo de las incomodidades. ¿Estás preocupada por las alfombras? Eso es, levántate, aturúllate, ponte histérica, haz como que tardas un minuto entero en acordarte de la nueva y gruesa alfombra que tienes enrollada en el rellano. La compraste la semana pasada, es tu nueva y mullida alfombra de Pendona. Venga, deshazte del disgusto de estropearla, sé valiente y quítatelo de la cabeza. Menudo sacrificio, Milena. Adelante, niña, adelante. Un nuevo y bonito papel para representar. El de heroína. Este papel te va a encantar, lo único es que siempre fuiste una pésima actriz. Es curioso, tu preocupación resulta poco convincente. Pero no tienes que recordar ninguna frase y te queda bien el papel, ya tiene todo lo que necesita una estrella, hasta alguien por quien llorar».

En algún punto del centro de las llamas, Thrawn se esfuerza por bailar y se ríe. Aquella cosa que la tiene dominada sabe que por fin ha ganado.

Eternamente… eternamente…

Se atenúa hasta quedar en silencio. La música ha terminado.

Milena la directora corre hacia Thrawn para abrazarla con la alfombra nueva y mullida entre ambas para que sofoque las llamas. Thrawn es demasiado alta y la alfombra sólo le cubre medio cuerpo.

—¡Tírate al suelo! ¡Tírate al suelo! —chilla Milena la directora.

«¿Estás llorando, Milena? —piensa ella misma en el futuro—. Cualquier animal lloraría al ver esto. Hasta la guardia de Hitler lloraba en los campos de concentración. Lo único que significan las lágrimas es que sientes en el estómago lo horroroso que es todo esto. Sabes que vas a sentir ese horror el resto de tu vida y que rememorarás el penetrante olor a pelo quemado, a carne quemada, y que llevarás ese regusto en la garganta hasta el día en que te mueras».

El alcohol se consume, como el brandy de un postre flambeado. Thrawn parece un plátano flambeado. El plátano flambeado sonríe y tiene unos dientes blancos y relucientes con motas negras.

—¡Huy! —dice riéndose.

—Vamos a conseguirte un Médico —masculla Milena incapaz de hacer el acopio de aliento necesario para hablar con claridad.

Tiene ganas de gritar, no tanto para pedir ayuda como para explicar al mundo que ha sucedido algo terrible. Quiere explicárselo a Thrawn que no parece haberse dado cuenta.

—Vamos —dice Milena—, vamos a bajar las escaleras. Sin pensarlo, coge a Thrawn de la mano. Está pegajosa.

—¡Mmmmuuggg! —grita Thrawn como si fuera sordomuda.

Sus nervios están empezando a percibir lo que ha sucedido. Retira la mano de un

tirón y su piel se queda en la mano de Milena. Parece un guante transparente. Milena sigue sujetando el guante, como si la mano estuviera en dos sitios a la vez.

Thrawn se queda mirándose la mano fijamente. Ya no sonríe. Parece aturdida.

—Vamos a darle la manita a la niña —dice en plan chiste.

Se tambalea como si estuviera flotando.

Milena la directora lanza un grito que parece el maullido de un gato y lanza bien lejos aquella piel crujiente y llena de ampollas.

—Las escaleras —murmura Thrawn.

Va caminando delante de Milena. En cierto modo parece algo de lo más normal, una persona tranquila y circunspecta que se dispone a salir a dar un paseíto. De no ser por las costras negras y duras que se desprenden de su cabeza, en cierto modo se diría que Thrawn es normal por primera vez. No tiene los ojos desorbitados a causa de la tensión, no muestra una sonrisa afilada, de hecho, no está en absoluto sonriendo. Mueve los brazos y las piernas con suavidad, normalmente, y ni tiene los dedos crispados formando un gesto de rabia o malestar.

Milena avanza rápidamente por delante de ella y va empujando los paneles uno a uno, para despejarle el paso, los paneles que las conducen entre el Espacio Muerto.

—Gracias —dice Thrawn majestuosamente pasando junto a Milena al salir junto a las escaleras de bambú barnizado.

Un riguroso febrero mantenía todo congelado en el exterior del aislado apartamento. «¿Será vapor o humo, lo que sale de su cuerpo?». Milena quiere taparla con un abrigo, pero piensa: «¿Un abrigo encima de esa piel?». Sus virus le dicen que tiene quemaduras de tercer grado. Thrawn baja las escaleras penosamente, como lo hace la exhausta Chacha al final del día.

—¡Ufff! —dice, como agotada de tanto fregar suelos.

Se apoya en el pasamanos y justo al tocarlo, emite un silbido y retrocede de un salto, como si estuviese tremendamente caliente.

Todavía silbando, Thrawn levanta los brazos por encima de la cabeza e intenta quitarse la camiseta. La camiseta ennegrecida se rompe y cae. Tiene la espalda y los hombros plagados de ampollas de color rosa, rayones negros y zonas que parecen cubiertas de arena, que tiene aspecto de ser susceptibles de limpiarse con agua.

«No tiene tan mala pinta, no tiene tan mala pinta —se dice Milena la directora—. La parte baja de la espalda casi está intacta. Los pechos están preciosos, no les ha llegado el fuego. Sobrevivirá. Sobrevivirá. Mira, si hasta puede caminar».

Thrawn da un paso más y lanza un aullido. Otro paso y se retuerce de dolor.

—Thrawn —dice Milena entre gemidos.

Thrawn se pone a gritar como un gato al que están estrangulando, con un maullido desgarrador que va cambiando de intensidad pero que no cesa en ningún momento. Tiene las manos levantadas por encima de la cabeza, como si intentara asir

algo pero tan sólo hallara más dolor, bailando una danza de indefensión.

Se oye un deslizar de paneles. Doña Voluntad sale del Espacio Muerto y se queda abajo, plantada sobre la alfombrilla de la entrada. Está inmóvil, mirando fijamente.

—Ha sucedido un terrible accidente —dice Milena.

—Ha sucedido un terrible accidente —dice Milena.

—Ha sucedido un terrible accidente —dice Milena.

—Ha sucedido un terrible accidente —dice Milena.

—Se ha tirado alcohol de quemar por encima —dice Milena.

Thrawn se cae de repente hacia delante. Cae rodando por las escaleras, cada vez a mayor velocidad y dejando a su paso trozos de carne que oscurecen el bambú. Se queda tirada abajo del todo. Milena baja corriendo tras ella. Thrawn está tumbada de espaldas, jadeando, respirando a pequeños impulsos, agonizando. Mira hacia Milena pero parece que no la ve. Empieza a tiritar.

—Thrawn —susurra Milena—, lo siento.

«¿Y qué es lo que sientes, Milena? Lo sientes porque sabes que vas a sentirlo durante el resto de tu vida. ¿Lo sientes por ella o lo sientes por ti misma, por la angustia que todo esto te va a generar?».

«Thrawn sabe qué clase de persona eres. Thrawn se concentra en ti y vuelve a sonreír con su sonrisa demoníaca, levantando la cabeza presa del pánico, te mira desde el suelo paralizada con la mano como una garra negruzca».

—Salvadora —dice exhalando con una voz silbante, como el viento, y con una sonrisa resplandeciente.

Arrastra la mano por el suelo, dejando atrás jirones de piel quemada y trazando un rastro oscuro.

—¿Salvadora? —repite esta vez preguntando. Es una pregunta amarga, rabiosa, inquisidora.

Una pregunta retórica, cuya respuesta es bien conocida.

Sabe que ha ganado.

—Ya estamos llegando, Milena —dice una voz dentro de su cabeza. Alguien viene a prestar ayuda.

Es el Consensus, que le habla desde el interior de su cabeza.

Los Ángeles la tranquilizan:

—No es culpa tuya, Milena. No te culpes. No es culpa tuya.

—¿No? ¿De verdad? —pregunta ella.

«Cumple con tu misión, Consensus. Dirige el mundo, cura a los enfermos, construye las carreteras. Engendra virus. Haz todo aquello que consideres que es bueno».

Pero déjanos en paz.

Desde lo más alto del tejado de los apartamentos de los Pendones, empieza a oírse

el tañido de una campana. La campana de emergencia. Doña Voluntad llega con una manta y envuelve en ella a Thrawn. Thrawn, que está tiritando de frío y con los dientes castañeteando sin parar. Milena esboza una mueca de dolor: poner una manta sobre una carne despellejada es algo que va contra el instinto.

La Guardiana del Fuego llega. Ha sido entrenada para prestar auxilio. Durante el verano, si se declarara un fuego en el Arca flotante, las bombas la rociarían con agua procedente del Estuario y llegarían los barcos de bomberos que lanzarían agua con cañones a presión. Pero ahora el agua está congelada y los cañones no funcionan.

La Guardiana del Fuego se arrodilla y abre su maletín de virus y cremas.

—Déjala en paz —dice Milena de pie, quieta y tranquila. La Guardiana del Fuego no parece entender que lo dice en serio.

—Voy a aplicarle el tratamiento estándar —dice la Guardiana del Fuego. Es una dinámica y eficiente Miembro del Partido. Ha sido formada para hacer el bien. Ha estado esperando su oportunidad de sentirse útil. Sus virus hablan por ella, le hablan a los que la escuchan, son virus sociales que saben cómo auxiliar a los enfermos—: hay que limpiar las quemaduras y luego hay que dejar que se sequen al aire. Toma —dice ofreciéndole a Milena una jeringuilla para que tome una muestra de sangre—, es para la prueba de nitrógeno, tiempo de protrombina, niveles de electrolitos, gases en sangre, hematocrito…

Milena lanza la jeringuilla por ahí.

—Hay más gente en camino —vuelve a decir Milena, refiriéndose a gente más cualificada que ellas, gente preparada para aplicar mejores tratamientos.

—No sé quién va a venir —dijo la Guardiana del Fuego sacando sus cremas del maletín—, el Estuario está congelado, así que los barcos de bomberos no podrán llegar hasta aquí. Era su responsabilidad, ésta era la razón por la que ella había sido formada y entrenada, para que pudiera hacer el bien en el mundo. Es imposible hacer el bien en el mundo, eso es, imposible, sin hacer un poco de daño también. Las cremas, las friegas, los analgésicos, le harán un poco de daño, pero será un daño relativo.

Milena vuelca el maletín de una patada. Las cremas se esparcen por el suelo y los dispensadores se ponen a dar vueltas. Hay algo de cristal que se rompe.

—Pero ¿qué…? ¡Son medicinas! —grita la mujer enfurecida.

También lo son los virus. Un daño relativo y un bien relativo.

La Chacha aparece tras las puertas tipo hangar de la entrada:

—Venga, venga, rápido —dice con grandes gestos a Doña Voluntad—. ¡Viene un carro por el hielo!

Doña Voluntad se dirige hacia la puerta mientras la Guardiana del Fuego recoge amargamente sus medicinas. Milena vigila a Thrawn, contemplando su mirada perdida y cómo le tiembla la mandíbula.

«Voy a entregarte a ellos, Thrawn. Podrías haber sido preciosa. Tal vez aún llegues a serlo, pero siempre les pertenecerás».

Escucha un ruido de galope y levanta la vista. Doña Voluntad y la Chacha están empujando todos los paneles para abrirlos por completo. Entra una bocanada de aire gélido. Cuatro enormes caballos blancos se aproximan por el hielo, se les ve plateados, como si estuvieran cubiertos de escarcha y vienen tirando de un carro de bomberos. El vapor asciende tan denso como si fuera nata, sale de la caldera y de las narices de los caballos. Un carro pasa como un rayo por la orilla llena de barro helado y entra en el atrio cubierto. Los caballos están bien sujetos por las riendas y resoplan al dar la media vuelta y pararse.

Y Milena los ve. Por primera vez, ve a los Hombres de Blanco, la Garda. Son los amos. Llevan las caras protegidas por unas máscaras de plástico que les aíslan del resto de la gente. Para ellos, estamos todos infectados.

—¡Miren mi botiquín! —dice la Guardiana del Fuego—. ¡Le ha dado una patada!

La Garda no responde. Uno de ellos coge a la Guardiana del Fuego por los hombros y la desplaza hacia un lado. Lleva puestos unos guantes. El otro aparta la manta con movimientos de experto y rasga la ropa. Thrawn está tumbada con aspecto penoso y desvalido y apenas consigue respirar, mira a Milena con tristeza como si le estuviera haciendo una pregunta tan razonable como cargada de arrepentimiento. ¿Por qué? Le habían metido algodones en las orejas y en las ventanas de la nariz.

Los Hombres de Blanco la cubrieron con un aerosol mientras Milena miraba hacia otra parte, hacia los caballos.

Los caballos son enormes, blancos y musculosos. Los caballos llevan orejeras para que no miren más que hacia donde quieran sus amos. Cuando sacuden la cabeza, se les mueven las crines de color amarillo grisáceo. Incluso los caballos en cautividad son hermosos, porque nadie les ha dicho jamás que son feos. Ningún fantasma acecha a los caballos.

Milena escucha el sonido del aerosol. A Thrawn le nacerá una nueva piel y una nueva mente. Ya no seguirá siendo Thrawn. Habrá en su lugar otra persona que vivirá una vida bastante feliz aunque muy limitada y que tendrá lagunas de memoria. No se sentirá en absoluto angustiada por lo sucedido. ¿Será entonces un bien relativo? Convéncete entonces de que es un bien relativo, Milena.

El único lugar en el que Thrawn está viva es aquí, ahora, tal y como la recuerdo. Salvadora.

¡¡¡¡¡¡¡*Eh, pescadilla, soy yo otra vez*!!!!!!!!

Milena se encuentra un sobre cerrado y grasiento que la espera a su regreso del espacio. Recuerda los garabatos retorcidos y temblorosos.

bueno —¡quieren que la vieja vuelva y ella no quiere volver! otra vez me rompi la pierna— bueno —la cadera pero al fin y al cabo el resultado es el mismo— que ahora quieren que vuelva eso es lo que quieren ponerla a buen recaudo en algún sofá viejo y llevarle la cena cuando se acuerden de ella.
nosotros los polares nos hacemos viejos, pescadilla —ya sabes a lo que me refiero— consiste en que empiezas a escacharrarte pero lo que uno siente es como si el mundo entero empezara a derrumbarse, un trozo tras otro, como si quisieran quitarte el aire que respiras.
Yo era joven antes —solia tumbarme toda la noche fuera de la casa, notar el aire en mi cara que me tocaba como si fuera una mano y yo solia mirar hacia arriba al aire limpio y a las estrellas y ellos me devolvían la mirada— porque todas las estrellas tienen cara.
que demonios, pescadilla, yo era capaz de caminar mas de cuarenta kilómetros para llegar a las tiendas y de beber whisky caliente sin refinar y de volver otra vez caminando y estar dos dias enteros sin dormir —estaba también la vieja betty que solia cargárselo todo a la espalda— soliamos bañarnos en whisky, lavar con él los platos de hojalata y pasarnos el dia entero haciendo fuego con las patas —picando las rocas y derritiéndolas para sacar el metal como si estuviéramos haciendo una sopa bien caliente— poníamos en el hielo un equipo de música, un equipo de música en el hielo y soliamos bailar y abrir fuego y hacer que todo saltara por los aires con la música a todo volumen y luego rematar la faena a golpes ¡y cazar pingüinos con los lasers!
estabamos tan chifladas —soliamos ir a hacer pesca submarina con los trajes de buzo y con unos cascos para oir música y un pequeño deposito de whisky que iba directo a nuestras bocas— ¡disparale a ese pez!, ¡pegate un buen sorbo! movíamos el culo al ritmo de la vieja bessie smith que se escuchaba bien fuerte y claro en los auriculares —era como si pudiéramos pasarnos la vida como unas niñas que juegan a ser mayores ¿te han hablado alguna vez de bessie smith, pescadilla? cielo anda y pregúntale a tus virus, que te toquen algo de bessie— esa era la música que escuchábamos mientras extraíamos las rocas secas —bessie y satchmo— que nos cantaban en el mar azul —historia viva en nuestros oidos, sonando como suena el viento sobre el hielo soliamos ir a nadar por dentro de un iceberg que era como un queso suave y cristalino lleno de agujeros y de luz resplandeciente —luz que salía por las grietas y que mostraba las burbujas de aire y las criaturas raras que habían muerto congeladas al quedar atrapadas ahi— pescadilla yo fui joven —yo fui joven muchos años hasta que conocí a mi marido— cuando tuve a rolfa ya tenia cuarenta años —fue ahi cuando deje todo el rollo domestico aquel— el papel de las paredes las cortinas los platos sucios las alfombras y las cuatro, las cuatro paredes.

quieren que vuelva a Londres —para que al fin pueda ser vieja— quieren que me sacuda el hielo como si fuera la muda de una serpiente. Quieren que me despida del frió que me despida de las estrellas que me despida del fuego yo todavía podría caminar y hacer explotar las rocas pero aun asi quieren que no me mueva que no escuche.

a mi no me importa estar sorda siempre que este aqui en mi hogar, en el frio —aqui tengo a mis perros que vienen a buscarme— tengo al sol sobre el hielo y el aire fresco, y viene el cartero a traerme las cartas y a charlar.

estar sorda en south ken significa estar encerrada con una pequeña apretada temblorosa que se piensa que me la voy a merendar —estoy sorda, pescadilla y no puedo caminar— tengo que arrastrarme, mi pequeña y fria pescadilla —asi que quieren empaquetarme como si fuera carne de morsa— me van a curar las articulaciones, claro —y dicen que tendre que quedarme en south ken hasta que no quede nada de mi— tan solo una vieja alfombra que se mueve y apenas habla que solo estira una mano temblorosa para alcanzar un pequeño trago —como una vieja mater familias atrofiada que se esta oxidando como un cacharro y que no puede hacer otra cosa que agachar la cabeza— sin luz sin sonido sin baile sin frío sin calor —ahi a donde todos nos dirigimos no hay nada, pescadilla— a donde nos dirigimos todos ya he llegado yo asi que esto es lo que voy a hacer —voy a arrastrarme— voy a arrastrarme por el hielo en mitad de la noche —me tumbare de espaldas y me pondré a mirar a las estrellas yo ya conozco el frió, cielo— se te mete dentro poco a poco —simplemente te quedas dormida— yo voy a dormirme mirando a esas estrellas, para cuando recibas esta carta ya hará largo tiempo que me habré marchado.

el amor es una antorcha que uno entrega a otra persona —yo intente darsela a mi bebe— mi enorme pedazo de hija cantante —opera demonios como odio la opera— ¿de donde le vendria eso a la niña? de ella misma —el amor es una antorcha que uno le da a otra persona igual que un dia alguien te la dio a ti— nunca me has hablado de tu madre pero ella debió haberte querido —o alguien te habra querido si no— asi que tu quisiste a rolfa y rolfa te quiso a ti —fuisteis tercas— yo también, hija —eso es la felicidad— y esto es una vieja escacharrada que se obstina en enterrarse —pero en enterrarse en el hielo— no te pongas triste esto es lo mejor.

con cariño.

hortensia patel

En tiempo presente, todavía en presente, todavía a tiempo:
¿Cuándo?

Ésta soy yo haciendo las maletas para marchar hacia el espacio exterior. Estoy recorriendo mis habitaciones lacadas con un temblor en la barriga. Sigo teniendo miedo de Thrawn, del espacio, de La Comedia.

Estoy preocupada por las plantas de mi casa. ¿A quién podría dárselas que no las matara por regarlas demasiado ni por descuidarlas? Estoy preocupada por una planta de albahaca que tengo en una maceta y que utilizo para cocinar y por una hortensia. Ésa es mi principal preocupación en este momento, ése es el chicle que está rumiando mi mente una y otra vez hasta que se le haya ido todo el sabor.

Alguien toca dando unos golpecitos en los paneles de mi apartamento de Pendona, que traquetean sobre sus raíles. ¿Será Thrawn? «Soy Terminal, soy Terminal», me repito a mí misma mientras aparto uno tras otro los paneles corredizos e incluso antes de darme cuenta de quién es, noto que se me encoge el corazón.

Rolfa de pie en la puerta de mi casa.

Tiene otra vez el cuerpo cubierto de pelo y lleva puesta una ropa de colores rabiosos.

—Hola —dice—. Si interrumpo algo puedo marcharme y volver más tarde.

«¿Por qué justo ahora?», ésa es la reacción de la directora. «Sí, me alegro de verte, si, he estado pensando en verte, pero éste no es un buen momento». Milena se pasa una mano distraída por la cabeza.

Muy bien, Milena, ya le has transmitido que es una inconveniencia tremenda pero que vas a hacer el más titánico esfuerzo por ser condescendiente.

—Estaba… estaba haciendo las maletas —dice Milena con una sonrisa forzada, con los ojos cerrados y unas pequeñas sacudidas de cabeza que delatan su irritación.

Tal vez sea comprensible que Rolfa no hiciera comentario alguno.

—¿Qué tal estás, Rolfa?

—Bueno, no estoy mal del todo. Ya sabes que tengo que estar en acción. No me quedaré mucho rato.

Milena, la directora, se siente aliviada. Está calculando mentalmente de cuánto tiempo dispone para hacer el equipaje.

—Me alegro mucho de verte —dice Milena.

—Pero —dice Rolfa ayudándole a continuar.

Está agachada bajo el techo abovedado y barnizado. Hace que el apartamento de Pendones parezca un juguete de esos que se les regala a los niños mimados. Rolfa está agachada y cubierta de pelo y lleva puesta una camisa estampada en colores vivos, unos pantalones cortos también estampados y llamativos, unas zapatillas de tenis blancas y limpias y un sombrero bastante informal. Es un sombrero de hombre. Sigue teniendo aspecto de sentirse incómoda, de torpeza. «Dios mío, me recuerda a Mike».

—¿Una taza de té? —le ofrece Milena.

Se le ha olvidado invitarla a pasar.

—¿Y qué tal una cerveza o un whisky? Bastaría con una ginebra, si tuvieras un poco de limón —Rolfa entra arrastrando los pies, limpiándoselos en la alfombrilla. Los zapatos que lleva son enormes, blancos y están impolutos— y un cachito de pan para picar, si puede ser.

Rolfa entra torpemente por la puerta y se quita el sombrero con desmaña. *Politesse*. Se pasa la mano por el pelo cortado al cero de la coronilla y se deshace en explicaciones:

—Necesito comer algo, ha sido un viaje muy largo en barco. ¡Dios mío! ¿Por qué te has venido a vivir tan lejos?

Milena no quiere responderle porque tendría que hablarle de Thrawn.

—Me gusta La Hondonada —dice—. Lo siento, pero me marcho y lo único que tengo en la casa es té.

—Bueno, al menos eso no ha cambiado.

Las dos se quedan mirándose, una frente a la otra. Milena es la primera en moverse, dirigiéndose hacia los pufs. Ya ha dado dos o tres pasos y Rolfa sigue donde estaba, en el quicio de la puerta.

—Tú… ¿sabes que estamos preparando una representación de La Comedia? —dice Milena. «Es posible que no se haya enterado. Nadie la ha visto en los últimos dos años por el Zoo».

—Ah, sí —replica Rolfa—, es algo del espacio, ¿no?

«¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? —piensa Milena, la directora—. ¿De verdad he podido obsesionarme con esta persona?».

Intenta reírse, pero lo que consigue se parece más a un acceso de tos.

—Va a ser una gran producción —dice la directora.

—¡Caramba! —dice Rolfa.

Y lo dice con frialdad, dejando caer la palabra como si fuera un ladrillo. Acaba de comunicar con bastante efectividad que el asunto no la impresiona en absoluto. Rolfa se ha vuelto más mordaz. Ahora resulta cáustica.

—Bueno —dice Milena—, me van a enviar al espacio en el Bulto, para probar la iluminación. «La gente suele animarse cuando les cuento esto, se sienten aliviados al disponer de una sarta de preguntas que hacer, a las que yo responderé aportando información interesante».

Pero Milena se da cuenta en el acto de que ha sido un error de táctica conversacional: Rolfa no está precisamente vibrando del interés que ha despertado en ella.

—Me voy a marchar a la Antártida —dice Rolfa.

—Ah —dice Milena, que estaba con la guardia baja y se ha quedado sin palabras.

—Es bueno para el negocio. Necesitaré experiencia si voy a dedicarme a ello. En

fin, pensé que te gustaría saberlo —dice Rolfa dando comienzo al proceso de darse la vuelta en aquel espacio tan reducido. Está dando media vuelta para marcharse.

—¡Rolfa, espera! ¿A la Antártida? ¿Por qué?

Rolfa se gira para mirarla por encima del hombro:

—Al parecer es el lugar idóneo para mí.

—¿Y qué pasa con tu música?

—Ya no tengo música —responde Rolfa—, ¡zas!, ¡desapareció!

—¿Y el canto?

—Mi querida mujer —dice Rolfa. Eso es lo que ha sucedido, que la amabilidad se ha esfumado porque la atracción sexual también se ha esfumado, tal vez incluso se ha avinagrado. Tal vez para bloquearla, la conviertan en desagrado—. ¿De verdad crees que van a darme el papel, por ejemplo, de Desdémona en *Otello*? ¿O el de una frágil heroína china en una obra clásica en Pekín, tal vez? Hombre, si hubiera una ópera titulada «David y Goliat» en la que el papel de Goliat hubiera sido escrito para una soprano, tal vez podría incluirla de forma permanente en mi repertorio. Porque si no así… —otra vez levanta la mano y otra vez sonríe—: nada de nada.

—Pero también están los *Lieder. El Canto de la Tierra*. Podrías cantar en conciertos. ¡No te rindas así, sin más!

Milena intenta evitar tamaño desperdicio.

—¿Y por qué no?

—Porque tú vales —dice Milena decepcionada, mirando hacia otra parte.

—A mí la idea de irme a la Antártida me gusta bastante —dice Rolfa—. No todo es hielo. Hay sitios en los que hace tanto frío que jamás ha caído ahí una gota de agua. Es un desierto seco y helado, donde sólo hay rocas y gravilla. Mi madre estuvo una vez en ese desierto y se encontró el cadáver de una morsa. Estaba perfectamente conservado, no había nada que pudiera hacer que se pudriera. Estaba a trescientas millas de la costa… pues bien, yo soy esa morsa.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Milena con aire sombrío.

—Nadie sabe cómo llegó hasta allí —dijo Rolfa—, y las morsas no saben nada de música.

Milena siente que necesita sentarse. Se sienta y se tapa la cara con las manos. Quiere protegerse la cara de Rolfa, del hecho de que esté ahí de pie.

—Rolfa —dice sin mirarla—. Todo el mundo está de acuerdo en que La Comedia es fruto del trabajo de un genio.

—¿De verdad? —dice Rolfa—. ¿Y quién la ha orquestado?

—El Consensus, pero basándose en tu música.

—Entonces, deja que sea el Consensus quien se atribuya el mérito. Total, se han tomado ya tantas atribuciones.

Y farfulló una especie de carcajada.

Milena siente rabia. Conoce la rabia y sabe cómo manejarla:

—¡Rolfa! ¡Siempre tienes que darte por vencida!

Rolfa sigue de pie, mirándola a los ojos y devolviéndole su rabia, como queriéndole decir: *«No te confundas. Soy otra Rolfa. No me digas que me doy por vencida con facilidad*». Entorna los ojos y decide sentarse.

Se sienta y se inclina hacia delante para decir algo:

—Agradezco tu esfuerzo, pero debes entender que todo ha cambiado para mí. —Se reclina en el asiento y parece relajarse. Se repantiga—. Al principio fue un poco raro convertirme en otra persona, pero ahora me gusta bastante. Padre y yo nos llevamos ahora bastante bien. Soy su niña favorita. Le he modernizado su sistema de contabilidad. He instaurado un sistema de balances de tiempo. Se contabiliza el tiempo de todo el mundo. El tiempo es dinero. A ti tal vez no te parezca importante, pero yo estoy orgullosa.

Rolfa se encoge de hombros, con un cierto aspecto de boxeador.

Puede que Milena tenga aspecto sombrío, se ha quedado mirando al suelo fijamente, sintiéndose desdichada. Al parecer eso saca de quicio a Rolfa.

—No me importa lo que pase con La Comedia, Milena. En realidad, no la escribí para que fuera llevada al escenario. Me impresiona que tú lo hayas conseguido, pero… —otra vez echa una rociada de saliva, al parecer ese gesto tiene ahora la misma función de la risita despectiva, que iba siempre acompañada de un estremecimiento, pero escupir resulta bastante más indigno— la verdad es que es difícil que La Comedia llegue a resultarme novedosa.

—¿Te costó adaptarte?

Rolfa levanta las manos y se las coloca detrás de la cabeza, parece que está meditando, sopesando algo que no va con ella:

—Fue bastante raro… supongo que sí, que me costó. No había forma de saber qué partes de mí habían sido arrancadas, ni qué sería lo que brotaría en su lugar. La verdad es que durante un tiempo tuve a Ángela y a Zoe aterrorizadas. Las llamaba vacas estúpidas. Durante un tiempo no podía soportar a las mujeres. Tenía unos cuantos amigotes con los que iba de copas, casi todos eran tíos y de vez en cuando, de forma totalmente inesperada, me sorprendía sintiéndome atraída por ellos. Y siempre resultaba sorprendente, tremendamente sorprendente, porque justo hasta ese momento yo me Sentía más bien identificada con ellos. Decían que era como si uno de sus colegas les tirara los tejos. Ni que decir tiene que ninguno de ellos me hizo caso jamás.

Milena se mira la muñeca. Está contemplando los Ratones que entran y salen de su piel haciendo la ronda, todavía preguntando: *¿Dónde está Rolfa? ¿Dónde está Rolfa*? Quiere rodear la muñeca de Rolfa con las dos manos y sentir la calidez y la sedosidad de su pelaje. Está naciendo. El amor está naciendo una vez más.

—Fue divertido, ¿verdad? —dice Milena con voz frágil, como rogándole—, aquellos tres meses.

—Ah, sí —responde Rolfa sin darle demasiada importancia—, hace ya mucho tiempo. Me parece recordar que pasaba la mayor parte del tiempo haciendo el vago en aquella habitación tuya. Estaba tremendamente desmoralizada. Perdona el desorden.

—No me importaba —dice Milena en un susurro.

—A mí sí debería haberme importado —dice Rolfa sorbiendo.

—¿Ahora eres ordenada?

—Lo intento —dice Rolfa casi bruscamente.

«Te estoy llamando desde el otro extremo de un cañón tan ancho y profundo que mis palabras se las lleva el viento. El viento se te está llevando».

—¿Vas a ir a ver a tu madre? —pregunta Milena. Tose—, ¿en la Antártida?

—Ah, sí. Vosotras dos os hicisteis muy buenas amigas, ¿verdad? Os aliasteis en contra de la Familia —Rolfa sonríe. Tiene una dentadura nueva y resplandeciente. Colmillos—. Va a ser bonito encontrarme con el viejo saco. La verdad es que me siento un poco culpable, no le he escrito ni nada.

Milena siente que se le tensan las facciones a causa de la desaprobación que siente. Lo único que impidió que se pusiera de verdad furiosa fue el hecho de que Hortensia Patel se refiriese a sí misma como «el viejo saco».

Rolfa capta su expresión y escupe saliva y sacude la cabeza.

—Tu madre es una persona magnífica —dice Milena—. Me estaba preguntando qué tal estaría. No he recibido noticias suyas.

—Nosotros tampoco —dijo Rolfa—. No nos escribe. Supongo que estará de juerga.

La carta que estaba en el sobre lacrado no ha sido escrita aún. Pero tú, Rolfa, sabes ya que la Familia ha decidido que Hortensia tiene que regresar. Lo que pasa es que te parece que no es asunto mío. Estás ahí sonriendo con tus colmillos nuevos.

—¿Cuándo te marchas? —pregunta Milena.

—¡Uf! Dentro de unas tres semanas.

La conversación empieza a decaer. Hay tantas cosas por decir que no se puede decir nada.

—Entonces…, ¿tienes novio ahora? —pregunta Milena.

Al intentar parecer desenfadada, su voz se vuelve más aguda hacia el final de la triste pregunta.

—No —responde Rolfa con brusquedad.

Ha sido una completa destrucción. Ninguna de las dos tiene a nadie. La directora empieza sentirse terriblemente sola. El trabajo es su vida. El recuerdo de Rolfa ha estado siempre ahí, de alguna manera, en el trabajo, en la música, en el mero sonido

de la música, para hacerle compañía. El trabajo y el hecho de que Rolfa estuviera cerca, escondida en algún punto de la inmensidad de Londres, han hecho que el vínculo entre ambas pareciera real. La Comedia ha hecho que pareciera real. Pero el artista no es su trabajo. Y Rolfa no era la artista.

—Rolfa, lo siento. Lo siento muchísimo —dice Milena de todo corazón—, siento mucho haberte destruido.

—No lo sientas por mí —dice Rolfa moviendo los hombros como si estuviera pegándole puñetazos a algo. Desde luego, no cabe duda de que esta Rolfa es mucho más masculina, con diferencia—, y no le pidas a esta Rolfa que lo sienta porque de no ser por lo que pasó, esta Rolfa no existiría. No volvería a ser la Rolfa de siempre por nada del mundo. ¿Para qué? ¿Para qué todas aquellas greñas? ¿Para qué todo aquel sinsentido, escribir y volver a escribir y poner todas tus esperanzas en la nada? ¿Qué hubiera sido de aquella Rolfa al final, eh? Habría muerto de una borrachera en La Paliza, eso es lo que habría sido de ella.

—O habría escrito otra Comedia.

Esta Rolfa suspira con un movimiento oscilante, como el del mar:

—Sí, tal vez habría escrito otra Comedia, sí. Pero eso se acabó.

—Es como si hubieras muerto, como si yo te hubiera matado.

—Venga, no te pongas en plan sentimental conmigo, mujer —esta Rolfa se está cogiendo un rebote—. No puedo soportar la sensiblería, ¡no sirve para nada!

—De todas formas, sigues sintiendo la música. Eso deberías reconocerlo.

—Sí, pero no siento la necesidad de expresarla. Eso es lo que pienso ahora de la ópera, de la gente que se planta ahí durante dos horas a expresar lo mismo. Se tiran dos horas para decirse adiós. Vamos a ver, ¿qué sentido tiene eso?

—Si tienen cosas que decirse… —Milena no acaba la frase—, tengo tiempo para acercarnos a un Café, si quieres comer algo.

La sonrisa de Rolfa se convierte en una mueca de inquietud. «Tiene miedo de que todavía me sienta atraída por ella, quiere evitar que eso suceda. Ha venido hasta aquí para terminar de una vez por todas».

—No, volveré a casa para comer —dice Rolfa dando una palmada en su puf—. Coge su sombrero y se lo vuelve a poner.

«Lo más probable es que pensara en no decirme nada en absoluto».

—Gracias por haber venido a verme —dice Milena poniéndose también distante.

—Bueno —dice Rolfa con aire condescendiente—, ya sabes, por los viejos tiempos. Siento haberte pillado tan ocupada.

—Yo siempre estoy ocupada —dice Milena en tono monótono.

—Claro —dice Rolfa con una cordialidad atroz—, eres una celebridad.

Pausa. Milena se enfría más aún.

—Tengo una cosa tuya —dice levantándose de su puf. Se dirige hacia el armario,

su nuevo apartamento de Pendona tiene cajones y armarios, y se encuentra con la cosa apelotonada entre tarros de conserva y pilas de repuesto. Siente una repentina punzada de frustración y saca la cosa desparramando los tarros por el suelo. Un pedazo de fieltro sucio y con olor a infancia. Se da la vuelta y se lo ofrece a Rolfa—: Toma.

—Cerdito —dice Rolfa mirándolo fijamente.

—Llévatelo, yo no lo quiero —dice Milena ya enfadada.

Rolfa ya ha alargado la mano y lo ha cogido. Se sienta y se lo pone en el regazo, le acaricia las orejas y le toca la barriga como para asegurarse de que algo sigue ahí. Se estremece como si hubiera tocado algo frío y se lo pasa a Milena:

—Me lo dejé a propósito. Era un regalo, por los viejos tiempos. Se encoge de hombros en un gesto de absoluta impotencia.

Se quedan mirándose la una a la otra y Milena vuelve a coger a Cerdito.

—Me están preparando la cena —dice Rolfa poniéndose en pie. Tiende la mano hacia Milena—: Adiós.

—Adiós —dice Milena estrechándosela.

Rolfa está inclinada sobre ella, enorme e intimidante, como los niños ven a los adultos. Milena tiene ganas de pelear. «¿Para qué te has molestado en decirme nada? ¿Por qué no te habrás ido sin más?».

Rolfa pasa bajo el quicio de la puerta y sale de la casita de muñecas en dirección a la escalera. Milena se queda en la entrada, sintiéndose tan en carne viva, tan ardiente, como una herida abierta. Cree que lo único que las ha hecho pasar por este ritual han sido las buenas costumbres sociales.

Y Rolfa se gira y le sonríe con sus nuevos dientes blancos, una hermosa y amplia sonrisa que la antigua Rolfa nunca podría haber esbozado.

—Menudas juergas —dice—, me lo voy a pasar estupendamente en la Antártida.

Milena se lo imagina de repente: los perros, el hielo, las estrellas. Se imagina lo que podría ser, se imagina a Hortensia y a Rolfa juntas, felices sobre un hielo tan blanco como la nueva sonrisa de Rolfa. Como la sonrisa Antártica.

Por el rabillo de un ojo, sale una línea húmeda y el pelaje se vuelve brillante al mojarse:

—Pooh y Cerdito van al Polo Norte, ¿eh? ¡Quién lo iba a decir! Yo a la Antártida y tú al espacio. Bueno, si crees que lo mío es un infierno, ten cuidado, porque lo tuyo es el purgatorio —Rolfa lanza una carcajada y hace amago de darle un puñetazo en el hombro a Milena, está hablando a voz en grito—. A nosotras no hay quien nos domine, ¿eh? ¡Ja, ja, ja!

Empieza a retroceder arrastrando los pies por el rellano.

—En fin, cuídate, pequeña —le grita a Milena demasiado fuerte y sacudiendo los brazos peligrosamente en el diminuto descansillo—. Cuídate y culmina tu trabajo. No

te preocupes por mí, yo estaré bien, voy a estar más a gusto que un arbusto, ¿eh?

Rolfa empieza a bajar los escalones sin darle la espalda, uno a uno, aún con la mirada clavada en Milena y aún chillando igual de fuerte. Está gritando con más fuerza de lo que Milena la haya escuchado jamás, grita a través de la tundra más helada y plana que haya dado la naturaleza, desoladora, a través del Espacio Muerto.

—Sé buena, y si no puedes serlo, por lo menos diviértete. Recuerda que mañana es el primer día del resto de tu vida, ¿eh?, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! —La cara sonriente y escandalosa sigue riendo a medida que desaparece de la vista al ir bajando peldaños. Sigue chillando—: ¡Qué no te den ninguna moneda de madera! ¡Ja! ¡Es un viejo dicho canadiense! Cuidadito, mira por dónde pisas. ¡Qué sigas bien! ¡Qué sigas bien! ¡Qué sigas bien! —Es un deseo ferviente. La voz se va desvaneciendo y se convierte en una especie de tos.

Milena intenta volver a sus maletas. Al fin y al cabo, tiene un equipaje que preparar. Tiene mucho que hacer. Mira por la ventana que ya le muestra el atardecer, y abajo está Rolfa, enorme y tambaleante, de espaldas a ella y caminando hacia el embarcadero.

Y yo, la que está recordando, yo lo sé. Sé que ésa será la última vez que vea a Rolfa. La última vez que vea su espalda, sus andares, sus enormes y fuertes hombros y su cabeza ladeada. Todo en ella me resulta familiar, tan familiar como si siguiéramos viviendo juntas.

Y ¡ay! Rolfa se da la vuelta y me saluda con la mano, me saluda desde la orilla de La Hondonada en donde la esperaba la batea.

—¡Ta-chán! —truena como si estuviera ya entre hielos.

Y la pequeña Milena le envía un pequeño saludo. En el exterior hay lámparas, mientras que dentro de la habitación está oscuro. ¿La ve Rolfa? Yo creo que no. Pero espera, sí, tal vez sí.

En la palma de mi mano hay ahora una marca fluorescente, ¿está resplandeciendo? ¿Estoy ardiendo?

Nunca lo sabré. Rolfa se sube a la batea, pero no se sienta. Se queda de pie mientras el estrecho e inestable bote se aleja de la orilla balanceándose. Tiene el sombrero en la mano y le da vueltas y más vueltas. Milena se queda de pie junto a la ventana, acariciando las orejas de Cerdito, notando el olor de la infancia y pensando: «¿Y qué hago yo ahora? ¿Qué voy a hacer? Me estoy volviendo vieja y egoísta y necesito a alguien a mi lado, alguien de verdad, de carne y hueso, no un simple recuerdo».

«Yo —piensa la Milena que está recordando—, yo sé lo que me depara el futuro. En el futuro me esperan el espacio y Mike Stone».

El amor lo ha dejado atrás.

Recuerdo la habitación de Rose Ella, la habitación en la que yo dormía en el

Barrio de los Restauradores, de los que querían traer el pasado de vuelta. Recuerdo los paneles chinos de las paredes de la habitación y los huecos en las incrustaciones, los zapatos, los vestidos, las muñecas y el vacío que dejaban las personas al marcharse. Los Espacios Muertos, repletos de lo que ellos habrían sentido, de lo que habrían pensado, de lo que habrían hecho.

Si al menos, al menos, siguieran entre nosotros.

La Antártida era uno de los pocos lugares del mundo desde los cuales no se podría ver la *Comedia*.

Y de repente, Milena se encuentra en el Bulto, diciendo adiós con la mano. Contempla las estrellas por la ventana. Ahora tiene la capacidad de sentir su peso. Para ella, las estrellas son anclas, ganchos sólidos e inmóviles de los que colgar cosas. Está tirando de las líneas de pensamiento que discurren por el aire para llamar a Bob.

—Ya voy —dice.

Todos los demás pensamientos, de despedida y de regreso anticipado viajan por las líneas de gravedad. Transmite sentimientos directamente.

—Ay, cielo —murmura el Ángel como si estuviese tirando de las cuerdas de ella.

Ella le hace una pregunta que le avergonzaría expresar con palabras, una pregunta personal acerca de él —que para Milena supone un intrincado misterio—, una pregunta que en cierto modo formaba un todo con las estrellas inmóviles.

Bob responde:

—Estamos incrustados en la carne —se refiere a la carne del Consensus, y por un momento, Milena percibe en su mente esa carne del Consensus, una forma entrelazada grabada a fuego en las líneas de gravedad—, pero cuando la abandonamos, es decir, cuando nos convertimos en Ángeles, quedamos incrustados en las líneas y sencillamente estamos bailando por ellas. Milena siente entonces cómo el yo puede resbalar por el Deslizador, por Charlie *el Deslizador*. El yo supone una perturbación en las fuerzas de atracción. La gravedad extraía energía de la nada. Los Ángeles no necesitan alimentarse. El yo queda incrustado en el universo, a salvo.

Milena recuerda: «miro los espacios negros entre las estrellas con los ojos de la carne y veo la pequeña parte del universo que la carne es capaz de ver, y pienso que nosotros también estamos incrustados en la carne y me pregunto si un día podremos convertirnos en Ángeles también».

—Adiós —dice Bob, pero con los sentimientos le dice: *volverás, niña, volverás a estar aquí*.

—Es hora de partir —dice Mike Stone unos meses antes de que me casara con él,

entrando en el pequeño Bulto y terminando de acomodar mi equipo con ayuda de las correas de sujeción de los compartimentos de carga.

Yo estoy amarrada a la silla viva y Mike Stone me da un breve beso en la coronilla. Es bonito, como una mariposa, pero no estoy segura de no querer aplastarla con la mano y quitármela del pelo.

Y ahí está mi futuro marido, de pie en las fauces abiertas de los dos Bultos, en el punto en que se encuentran y se besan. Me hace un saludito raro con la mano, moviendo tan sólo la punta de los dedos, como si los meciera la brisa.

Luego se escucha un silbido y se separa el sellado. Se fruncen las bocas de los Bultos, moviéndose y arrugándose hacia adentro. Miro las estrellas por la ventana y pienso en las líneas y en los Ángeles que se desplazan por ellas arriba y abajo. El aire está lleno de gente que baila.

Lo siguiente.

Aquí llega un día claro y caluroso del mes de abril de otro año y otra Milena. Camina despacio, cavilando acerca de cómo traer la Comedia a la Tierra. Los Animales serán los actores, las almas de los muertos serán los vestidos viejos y resecos del Cementerio, ¿y las nubes de los amantes? ¿Qué será la cima del Purgatorio? ¿Tal vez el punto más alto de la trayectoria del Bulto?

Se escuchan gritos de niños que trepan por los andamios y se columpian en ellos. Mocosos. Y hay un montón de Abejas sentadas al sol en el caminito que conduce a la Shell.

Las Abejas han aprendido a hacer algo nuevo. Tal vez lo aprendieran del Bulto. O tal vez lo aprendieran de mí. Tienen la capacidad de cambiar sus genes a voluntad, así que ahora brotan hojas de sus espaldas, hojas anchas y gruesas y de tallos fibrosos, como las de las plantas moradas del caucho.

Se incorporan, se giran y sonríen encantados. Está también la mujer de los dientes verdes y los grandes ojos alegres. Está el niñito al que le llega le melena a media espalda, y él también está feliz. Todos están contentos.

En otro momento, hay otra persona que grita: «¡Qué sigas bien! ¡Qué sigas bien! ¡Qué sigas bien!». Es un deseo ferviente.

Las Abejas exclaman todas juntas, al unísono y apuntándome con el dedo:

—¡Cáncer! —dicen chillando como los pájaros.

Capítulo 17

Terminal (Enferma de amor)

De no ser porque el cáncer nada en el mismo mar que nosotros, lo admiraríamos como admiramos a los tiburones. Admiraríamos su simplicidad y la eficiencia con que se entrega a sus propósitos: admiraríamos su letal hermosura.

El cáncer consiste en una anomalía del proceso de crecimiento. Algunas células cancerígenas producen su propia hormona del crecimiento para darse a sí mismas la señal de dividirse y multiplicarse. Otros hacen que aumente el número de receptores de hormona del crecimiento presentes en la membrana de la célula o duplican el número de mensajeros que transportan la orden de crecer. No responden a los mensajes de superpoblación que envían las demás células. Como necesitan sangre para alimentarse, segregan proteínas que inducen al cuerpo a generar los nuevos vasos sanguíneos que necesitan.

No necesitan estar firmemente ligados a la matriz intercelular como las células normales. Puedes desprenderse del tumor principal, flotar en libertad por el torrente sanguíneo hasta encontrar un nuevo lugar en el que crecer. El cáncer consiste en una anomalía de lo que llamamos diferenciación. Al madurar, no se convierten en sangre, hueso, músculo o células cutáneas plenamente funcionales, porque no están diferenciados. Si encuentran un nuevo lugar en el que prosperar, aunque se trate de un tejido distinto, se instalan allí sin problemas. Tienen la capacidad de extenderse. La palabra que la define es metástasis. La palabra es maligno.

Y los cánceres son inmortales. Las células normales paran de dividirse una vez que lo han hecho entre cincuenta y ciento cincuenta veces. Las células normales envejecen mientras las células cancerígenas siguen creciendo.

Antes de la Revolución, en el mundo de los muy ricos y los muy pobres, sucedió algo terrible. A partir de una alteración de los genes del ADN de los virus, aparecieron nuevos tipos de cáncer que se extendían a una velocidad de vértigo. El nuevo ADN se insertaba en los protooncógenos, alterando su función. En algunas ocasiones, los tumores empezaban a crecer tan sólo dos semanas después de la infección y lo hacían con coreografiada destreza, desprendiéndose y aterrizando con firmeza en otros tejidos.

La búsqueda de una cura definitiva para el cáncer se convirtió en un asunto de vital importancia.

Los cánceres producen perturbaciones en ciertos genes clave de los cromosomas.

Son los genes llamados protooncógenos, que codifican las proteínas relacionadas con el crecimiento y la diferenciación de ciertos tipos de estructuras celulares. Se les puede añadir material genético, como sucede con los retrovirus. También se les puede quitar material genético mediante la radiación y pueden sufrir un accidente durante la reproducción si se invierte el orden o si se altera su ubicación a lo largo de otra secuencia genética.

Los protooncógenos son normales. Cuando tiene lugar una alteración sea por adición de material genético, por sustracción o cambios en el mismo, pueden convertirse en oncógenos, es decir, en genes relacionados con el cáncer.

Habían sido identificados todos los posibles protooncógenos, de forma que una cura definitiva para el cáncer podría consistir en algo que protegiese a estos genes clave frente a cualquier tipo de daño genético.

La espiral de ADN está formada por fosfatos y azúcares alternados, entre los que hay peldaños, como los de una escalera, que están hechos a base de ácidos nucleicos. La solución consistió en recubrir estos peldaños con azúcares y fosfatos, reforzando de esta manera las hélices del ADN.

Los genes recubiertos de azúcares quedaban así protegidos frente a cualquier intento de introducción de material genético en ellos. Estaban firmemente anclados a una espiral reforzada y no podrían romperse ni recolocarse en otra posición. Ni la radiación ni los medicamentos podían sustraer parte de su material genético. Podían comunicarse con transcriptasa inversa y con el ARN mitocondrial. La comunicación fluía en un solo sentido. Eran inviolables, estaban protegidos frente al cambio por una capa de azúcar.

La gente bautizó aquella cura con el nombre de Caramelo. Unos retrovirus creados mediante ingeniería genética fueron los encargados de introducir el Caramelo en todas las células del cuerpo, incluso en los gametos. El Caramelo pasó de esa manera a formar parte de la herencia genética humana.

Unos supresores de tumores clonados curaron los cánceres que ya existían. El cáncer desapareció y también lo hizo la capacidad de generar un cáncer. Con ellos desaparecieron las proteínas que ellos segregaban.

Pero resultó que los cánceres tenían una consecuencia beneficiosa que nadie había sospechado: segregaban grandes cantidades de unas proteínas antienvejecimiento de muy bajo peso molecular. Aquellas proteínas se introducían con facilidad en las células, retrasando su envejecimiento.

Los cánceres ralentizaban el envejecimiento celular de todas las células del cuerpo. Pequeñas lesiones cancerígenas subclínicas tenían la virtud de prolongar la vida humana hasta su duración media habitual. Sin el cáncer, la vida humana había quedado reducida a la mitad.

Fueron llevados a cabo varios intentos de obtener réplicas de las proteínas

antienvejecimiento, pero tan sólo se obtuvieron efectos localizados a nivel histológico: tan sólo dio resultados en zonas reducidas de algunos tejidos.

Y los protooncógenos y los genes del Caramelo habían quedado atrapados tras un muro de azúcar.

Las Abejas admiraban el cáncer como nosotros admiramos las flores: a causa de su vida y de su belleza. Para ellos, quemaba como una luz blanca. Percibían su rebelión contra el orden como una búsqueda de libertad por parte de las células individuales.

Seguían a Milena embelesados.

—Está cantando —solían decir entre susurros.

—¡Milena! ¡Eres un jardín! —solían decirle a gritos—. ¡Eres un jardín lleno de flores!

Las Abejas siguieron a Milena hasta el Hospital de St. Thomas y hasta la Sala de Oncología en donde iba a someterse a unas pruebas. La siguieron cuando fue convocada a las Salas de Lectura situadas bajo el bosque morado de Marsham Street. Milena era Terminal y a medida que se acercaba iba preguntándole al Consensus: «¿Qué es lo que tienes que decirme?». Pero el Consensus permanecía en silencio.

Milena recordó haber estado esperando en las habitaciones de ladrillo pintadas de blanco y recordó haber pensado: «todas las cosas malas de mi vida han sucedido aquí».

La puerta se abrió y entró Root *la Terminal*.

Root se quedó mirando a Milena sin pestañear, con los hombros encorvados. No hacía más que sacudir la cabeza: Root la locuaz no sabía por dónde empezar.

—Ay, niña —dijo.

El ruido que hacían los niños en el patio les llegaba por el pasillo: las guitarras, los mirlitones, las palmadas y las canciones de unos niños de diez años que ansían formar parte del mundo.

—Tienes cáncer —dijo Root por fin levantando las manos y volviendo a dejarlas caer.

Milena se quedó mirando los ladrillos blancos y las bombillas eléctricas peladas.

—¿Cómo? ¿Cómo va a ser eso posible? El cáncer desapareció, ya no hay cáncer —dijo.

—Tú no tienes Caramelo —dijo Root acercándose a Milena que estaba sentada en la única silla de la habitación y arrodillándose a sus pies. La cogió de la mano—. Tú tienes la capacidad de manipular tus genes, cielo, tan sólo con pensar en ellos. Lo estuviste intentando hasta que diste con un gen que hizo un nuevo tipo de transcripción. Ese gen se dirigió a los peldaños y disolvió el azúcar que los rodeaba.

—No, yo no he hecho tal cosa —dijo Milena retirando la mano.

—No eras consciente —dijo Root poniendo los labios como si fuera a darle un

beso—. No sabías que lo estabas haciendo.

Root extendió el brazo e intentó acariciarle el pelo, pero Milena se apartó hacia un lado.

—Somos como un inmenso océano en el que hay un bote que hace aguas y ese bote es todo lo que sabemos de nosotros mismos, porque el resto está debajo.

—Esto es un sinsentido —dijo Milena.

Quiso levantarse, pero Root tenía la cabeza apoyada en su regazo.

—No, cielo, no lo es —dijo Root con el rostro teñido de afecto por ella—. Tú rompiste tu Caramelo y, por lo que hemos podido averiguar, cambiaste tus genes, de forma que el cáncer ha vuelto. Es como si tú le hubieras hecho señas de alegría con unas banderitas y le hubieras dicho: «¡Por aquí! ¡Por aquí!». ¿No lo ves, Milena? Has traído de vuelta al cáncer para que todos podamos vivir.

Esta vez Milena consiguió apartar a Root de un empujón. Se levantó y echó a andar como si pudiera huir de lo que había sucedido.

—¡Gracias a ti podremos todos envejecer otra vez! —dijo Root—. ¡Podremos ver crecer a nuestros hijos!

—¡Yo no quiero que la gente envejezca! —exclamó Milena dándole la espalda—, y además, detesto a los niños, así que ¿por qué iba yo a hacer algo así, eh? ¿Eh?

—¡Ahora podremos replicar el gen que tú creaste, podremos colocarlo en un retrovirus y curar a todo el mundo!

—¿Cómo? ¿Después de lo que pasó la última vez? —Milena se percató de que tenía los puños cerrados con rabia y de que los estaba moviendo señalando a Root—. ¿Todavía vais a seguir enredando después de lo que pasó la última vez? ¿Quién sabe? ¡Tal vez consigáis matar a todo el mundo directamente, esta vez! —Estaba gritando. Se dio la vuelta y se rodeó el cuerpo con los brazos—. ¿Y a mí qué me va a pasar?

Escuchó a Root levantarse y acercársele ruidosamente. Sintió sus manos cálidas y rechonchas sobre los hombros. Le dio la vuelta y la rodearon los pechos y los brazos regordetes de Root.

—Ay, Milena, cariño, no te preocupes, no tengas miedo. Tenemos los genes que taponan los nuevos vasos sanguíneos y los que frenan la proliferación. ¡Te los suministraremos y te pondrás bien!

—¿Me volveré como Lucy? —preguntó Milena tan fría como el hielo.

Volvió a apartar a Root de un empujón.

—Eso no lo sabemos —dijo Root sacudiendo la cabeza.

—¡Yo no quiero ser como Lucy! —gritó cuando la invadió un miedo nuevo y oscuro, el de llegar a ser tan vieja que no entendieras nada de lo que pasaba en el mundo, excepto que había muerto todo lo que habías querido y todos aquellos a los que habías amado.

Se había enredado los dedos en la cabellera.

—Calla, niña, calla, eso no sucederá si tú no lo deseas. ¿Con la capacidad que tienes? ¡Si eres capaz de cambiar tus células! Puedes cambiar cosas de sitio, cortar y empalmar. No va a pasar nada que tú no desees. Tú eres Milena, la inmune.

—¿Qué cáncer es? ¿Qué cáncer tengo?

Root puso un gesto de impotencia.

—¡Venga, dímelo!

—Los tienes todos —dijo Root en voz baja—. Tienes todos los cánceres conocidos.

La habitación pareció emitir un silbido, como si las paredes tuvieran una fuga de aire.

Los alegres virus ya sabían de qué estaba aquejada. Los alegres virus empezaron a desplegar una lista.

Piel: epitelio escamoso (carcinoma escamoso), células basales (carcinoma de células basales) y células pigmentadas (melanoma maligno).

Tracto alimentario superior: epitelio escamoso de los labios, boca, lengua y esófago (carcinoma escamoso).

Tracto alimentario inferior: epitelio columnar del estómago, intestino delgado e intestino grueso (carcinoma).

Milena se echó a reír entre dientes.

—¿No es esto un poco excesivo? —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Es que con uno no había bastante?

—No —respondieron los alegres virus.

Había que volver al anterior equilibrio, así que eran necesarios todos los tipos de cáncer.

—Vamos a estar a tu lado, cielo, todos nosotros vamos a estar contigo —dijo Root consternada—, los Terminales y los Ángeles vamos a estar contigo a todas horas, te ayudaremos a luchar, cantaremos dentro de tu sangre.

Nasofaringe, laringe y pulmones: epitelio bronquial (carcinoma).

—Pues espero que al cáncer le guste la música —dijo Milena.

Estaba temblando, como de risa. Se llevó las manos a la cara para tocarse la carne. Tenía granos en la nariz.

—Ay, Milena, si supieras cuánto te queremos todos por lo que has hecho.

—Eso lo cambia todo, hombre —replicó Milena—, ¡y yo que solía preguntarme por qué las vírgenes mayas se dejaban lanzar por el borde de un acantilado! Ahora lo entiendo, era porque todo el mundo las querría si eran capaces de hacerlo.

—Nadie va a tirarte por un acantilado. Te vas a curar —exclamó Root angustiada.

Sistema urinario incluida la vejiga urinaria: células uroteliales (carcinoma).

—Ya, claro —dijo Milena.

—Tienes que confiar en que así será —le advirtió Root.

Órganos epiteliales sólidos: células epiteliales del hígado, riñones, tiroides, páncreas, pituitaria, etc. (Carcinoma).

—¡Callaos! —ordenó Milena a sus virus para que se quedaran en silencio.

Tenían que haber sido los virus quienes le habían explicado el significado de cada uno de los genes y la función de cada una de las proteínas para que ella los cambiara. Sintió una especie de hipo, pero la lista siguió desplegándose por su mente. Había una parte de ella que sí quería saberlo todo.

—Y bien, ¿cómo me vais a curar? —preguntó.

—En primer lugar, te tienes que instalar en el hospital de St. Thomas. Te vas a ir a vivir allí con el Sr. Stone. Como está embarazado, también a él le viene bien. Y luego empezaremos por partes. Cortamos los nuevos vasos sanguíneos y luego introducimos los retrovirus que infectan a los tumores con inhibidores del crecimiento. Así es como conseguiremos que entren en regresión.

—¿Cuánto tardaré en estar bien?

Root volvió a poner aquel gesto de impotencia:

—No tenemos experiencia en cánceres.

—Vamos, que no lo sabéis.

Root negó con la cabeza.

Milena empezó a sentir que se mareaba y que el estómago se le revolvía. Tuvo que sentarse. Se derrumbó en una silla.

—Quiero conocer al bebé —dijo Milena. La vida había vuelto a jugársela—. Nunca hubiera pensado que iba a tener una hija, quiero llegar a conocerla. Quiero terminar La Comedia. ¡Sólo tenemos grabados los escenarios de uno de los libros! ¡Quiero volver a subir al espacio y acabar La Comedia!

—Y lo vas a hacer —dijo Root poniéndose un poco más dura—. Vas a hacer todo eso y más.

—Si me muero y Mike se muere también, nuestra hijita será huérfana, ¡y eso es lo que yo no quería que pasara!

—No vas a morir. ¿Por qué crees que te hemos pedido que vinieras? Los Médicos, el Consensus, y yo, lo tenemos todo planeado, sabemos exactamente cómo te curarás.

Milena levantó la vista hacia ella con tristeza. «Ya he vuelto a hacerlo —pensó—, he hecho exactamente lo que quería el Consensus y no he tenido ni que

proponérmelo».

Milena sintió una especie de resaca, como si hubiera algo oscuro en su interior que tirara de ella hacia abajo. Era superior a ella y perseguía sus propios intereses. La vida había querido que volviera el cáncer, había sido la vida misma, el océano que la rodeaba y del que formaba parte pero que era para ella un desconocido sobre el que no ejercía control alguno. Milena empezaba a tener miedo.

Milena subió y Milena bajó y Milena entregó el cáncer al mundo. Triple salto.

—Aunque me fuera a la Antártida —dijo—, aun así no conseguiría ser libre.

—Vamos, asumes demasiadas responsabilidades —dijo Root haciendo pucheros con los labios—. Siempre vas corriendo de un lado para otro. Con el cáncer pasaba lo mismo. Siempre se llevaba a la gente que luchaba por los demás y cuando ya no estaban, los que quedaban no sabían cómo iba a seguir viviendo. En fin, ahora vas a tener que dejar que sean los demás quienes cuiden de ti, Milena. Ya sé que no te gusta, pero ahora tienes que permitirte ser tú la niña.

Milena se sentía intimidada por tanta compasión. Dejó que Root le cogiera la mano.

—Vamos —dijo Root dándole una palmadita en el brazo—, vamos cielo, vamos a llevarte a casa a hablar con el señor Stone. Vamos a combatir y vamos a salir victoriosos.

—*Sistema nervioso central* —susurraron los virus. Seguían enumerando.

Las Abejas estaban congregadas en el exterior.

Tenían las caras tensas, paralizadas por el rigor del éxtasis, arrebatadas por las oleadas de pensamiento. El bosque del Consensus se alzaba enorme sobre ellas y las deslumbraba con los procesos de la fotosíntesis y la eliminación. Sentían bajo sus pies el latir del pensamiento de más de un millón de personas.

Las Abejas estaban fascinadas. Les corrían ríos de lágrimas por la cara y se cogían unas a otras de las manos.

—Milena —susurraban todas como sopla el viento entre los árboles.

Habían quedado atrapadas en las formas del bosque de carne. Ellas eran un bosque de carne. Llevaban en la espalda cortinas de hojas de parra que ellas mismas habían hecho brotar en sus cuerpos. Estaban al abrigo de una capa de hojas que les salía de la espalda. La gente se iba convirtiendo cada vez más, en plantas.

—Milena, Milena Shibush —susurraron las Abejas una y otra vez, enamoradas—. Jardín.

Les crecían frutas en el cuerpo, pesadas frutas humanas repletas de azúcares humanos. También les crecían rosas. La rosa se había convertido en el símbolo de Milena. Era también el símbolo del cáncer y las Abejas amaban a ambos. Se plantaron delante de ella formando un muro de amor. Estaban transfigurados,

temblorosos. Las lágrimas que manaban de sus ojos recorrían sus mejillas con un ligero temblor.

Milena se puso de pie frente a ellos.

—Me siguen a todas partes —dijo con desesperación.

—Venga, apartaos —les dijo Root.

Las Abejas trataron de echarse a un lado, pero parecía que los pies les hubieran echado raíces en el suelo. Más adelante echarían raíces de verdad, raíces tiernas y blancas que se adentrarían en el suelo como las de las patatas.

—Abrios —gritó Root—. ¡Abrios como el mar Rojo! ¡Venga!

Root empezó a avanzar llevando a Milena de la mano. Llevaba el otro brazo levantado hacia atrás, como dispuesta a golpear a quien hiciera falta.

—Por favor —susurró Milena.

Se oyó un gran crujido. Fue como si se abriera el océano. Empezó lentamente y acompañado del sonido de miles de hojas que se movían y silbaban, como lo hace una tabla de surf al romper la ola, y se separaron dejando un pasillo abierto, una grieta que penetraba en el interior de la masa de las Abejas. Empezaron a cantar con alegría:

Milena Shibush.
Milena Cáncer.
Cáncer Cáncer.
Cáncer Shibush.
Shibush Flor.
Flor Cáncer.
Flor Flor.
Cáncer Flor.

El muro de amor se convirtió en un muro de voces. Milena se movió como extasiada a través de las sombras que proyectaban las viñas y las hojas que crecían en las espaldas humanas de las Abejas. Llovían flores. Las Abejas se las arrancaban de la espalda y las tiraban. Aquellas rosas humanas caían sobre Milena goteando savia transparente y se le quedaban enganchadas en el pelo con sus espinas humanas. Milena avanzaba entre las Abejas y el muro de manos humanas.

Milena llegó a la zona que estaba al sol, a las escaleras del Consensus. Las Abejas se fueron tras ella como si las tuviera atadas con unos hilos. La siguieron escalera abajo.

Flor Cáncer.
Flor Shibush.
Shibush Flor.

—Odio esto —dijo Milena.

Y la canción cesó de inmediato, sin más.

La gente iba corriendo por Marsham Street. Corrían hacia el Consensus y hacia el tumulto de las Abejas y también corrían en sentido contrario, portando noticias. Había niños vestidos con el uniforme del Colegio del Barrio hablándose a gritos. Bajaban balanceándose por los andamiajes. Unos Críos bajaron las escaleras dando traspiés hasta la calle, aun con la cesta de la colada a cuestas.

—Cáncer —decía la gente—, cáncer.

Había una mujer asomada a una ventana y un niño que le gritaba desde la calle:

—¡Dicen que ha vuelto el cáncer!

Un carro de caballos se paró en seco junto a ellos.

—¿Cómo dice? —preguntó el conductor, como alarmado.

Las campanas empezaron a doblar una y otra vez, sin orden ni concierto.

—Tenemos que sacarte de aquí —dijo Root dándole a Milena un tironcito de la mano.

La condujo escalera abajo hacia la muchedumbre que se estaba formando.

Las Abejas las seguían embelesadas y empujando a la gente que encontraban a su paso, como si fueran una pala mecánica. El gentío se arremolinaba y se atascaba luchando por cambiar de dirección, intentando evitar a las Abejas, intentando evitar la enfermedad y las espinas.

—Viene la Garda —dijo Root arrastrando a Milena hacia delante.

Un hombre con un delantal manchado de lubricante verde sujetó a Milena por los hombros y lanzó un aullido de alegría:

—¡Ha vuelto el cáncer!

—¡Es cierto! —gritó alguien desde una ventana—. Yo soy Terminal y acaban de decírmelo. ¡Es verdad!

La calle entera había sido inundada por la alegría.

—¡Apártese! —gritó Root al hombre del delantal.

Su rostro se volvió inexpresivo y Root lo apartó de su camino de un empellón.

Milena avanzó dando traspiés. Se encontraba mareada y sus rodillas cedieron de repente. Root la levantó en sus brazos y se la llevó a cuestas. Se le cayó la cabeza para atrás, por lo que iba mirando al cielo.

Apareció un sonido sobre ellas, como si el aire se hubiera vuelto de madera.

Unos helicópteros surgieron, silbando y meciéndose, tras las copas de los árboles morados. De las máquinas surgieron unos tubos blancos que se enredaron en los árboles. Los miembros de la Garda iban suspendidos de la red blanca y bajaron balanceando sus blancas botas al aire.

—Ahora sí que se va a montar una buena —dijo Root.

Escucharon gritos tras ellas cuando la gente salió hacia delante en tropel, una

oleada de personas se estampó contra la espalda de Root y la arrastraron a ella y a Milena por todo Marsham Street en dirección a Horseferry Road.

Las Abejas también intentaron salir corriendo pero las líneas de la vida que las rodeaban las mantenían sujetas a la muchedumbre y al bosque del Consensus. Corrían a cámara lenta, como si para ellas el tiempo transcurriese más lentamente. Tal vez fuera así.

Los agentes de la Garda levantaron las palmas de las manos y de ellas salieron unos tubos que dispararon hacia donde estaban las Abejas, enrollándose alrededor de sus brazos y sus piernas.

—¡Dejadlas en paz! —susurró Milena.

Las Abejas habían quedado enredadas en los tubos transparentes. Se resistieron, pero habían quedado atrapadas juntas, como en una red. Entonces, los tubos tiraron de ellas hacia arriba, como lo hace la lengua de las ranas cuando cazan un insecto. Hacia arriba, plateado contra azul, golpeando los helicópteros y quedando pegadas a ellos. Repentinamente, las Abejas empezaron a ser izadas en grupos de cinco o seis, como si hubieran alzado el vuelo. Las estaban llevando hacia el cielo, a las burbujas de los helicópteros.

—¡Milena! —gritaban como pidiendo auxilio y pateando con sus piernas raquíticas y hambrientas de proteínas.

Root se abrió camino a empujones hasta Horseferry Road, que estaba taponada por carros aparcados y por paquetes que la gente había dejado caer para irse a curiosear. Milena sintió un ardor en el estómago parecido al que produce una fuerte indigestión.

Root se abría paso entre la gente con los hombros, llegó a un punto en el que el gentío era menos denso y se echó a correr llevando su carga. Milena notaba cómo subían y bajaban los michelines que Root tenía en las caderas.

Se oían tañidos de campanas procedentes de todos los rincones del Hoyo: el leve clamor de las campanas de aviso de cada uno de los Barrios, el monótono y contundente tañido procedente de los campanarios de las iglesias y el gran estrépito que eran capaces de hacer las campanas de la Abadía de Westminster. Todo el mundo tenía la cara vuelta hacia el cielo. Los helicópteros se levantaron sobre los tejados de los edificios de Horseferry.

Root aflojó el paso hasta caminar tambaleándose. Rodeó los carros que estaban parados en mitad de la calle del Embankment. Milena se soltó de ella.

—¿Puedes caminar? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza y Root la condujo por las escaleras de granito del Embankment hacia un pequeño muelle del río.

En aquel muelle el ferry flotaba en su puesto de atraque, con el timonel y los pasajeros apelotonados en la proa. Junto al muelle había también una pequeña

barcaza desde la que dos Recolectores Fúngicos de la Hondonada escudriñaban el cielo con un cargamento de colchones a sus espaldas. Root entró en su barco de un salto.

—Sáquennos de aquí —ordenó a los dos niños sin dejar el más mínimo margen a que se negaran.

—¿Qué es eso que está pasando? —preguntaron los chicos de la Hondonada.

—No son más que unas jodidas Abejas —dijo Root ayudando a Milena a subirse a los colchones—. Tú acuéstate ahí —dijo dirigiéndose a Milena.

—¡Eh! ¿No estará enferma, verdad? —dijo uno de los niños—. Si la gente piensa que pueden estar infectados, no los conseguiremos vender.

—¡Bah! Todo el mundo está enfermo. No se lo digáis a nadie y así nadie lo sabrá —dijo Root dándole al chico una palmadita en el hombro—. Venga, vámonos ya, que los de la Garda están llevándose a la gente.

Los niños impulsaron el barco separándolo del embarcadero y uno de ellos pasó saltando por encima de los colchones hacia el otro lado para coger el timón. Desplegaron una vela pequeña y cochambrosa.

Milena iba tumbada de espaldas, escuchando el chapoteo del agua contra la proa y los laterales del barco. Empezó a sentirse algo más tranquila. Al mirar hacia arriba, vio los edificios antiguos del Embankment con sus andamios de bambú y vio a la gente colgada de éstos que se estiraba o se inclinaba hacia delante para ver mejor. La Abejas estaban en el cielo, suspendidas de unos hilos. Los helicópteros se alzaron entre la mezcla de gases que los mantenía en el aire. Pusieron rumbo al este y al sur, hacia Epping, o hacia New Forest e incluso hacia los South Downs, donde soltarían a las Abejas. Pero ellas tendrían que regresar.

Milena seguía teniendo una rosa humana en la mano. Se la llevó a la nariz para olería. Estaba perfumada, como piel humana recién lavada con jabón.

—¡Es todo tan raro! —dijo.

Se incorporó y se quedó sentada, apoyada en un brazo y mirando en sentido contrario a la marcha.

El tráfico estaba parado en el Puente de Lambeth y había grupos de personas cantando que se dedicaban a ir cogidas del brazo propagando la noticia. Hablaban con la gente de los carros, estaban animados y saludaban sacudiendo los brazos. La palabra cáncer estaba por todas partes, viajaba en el aire. Había también cantos lejanos, de los que hablaban cantando, los Cantantes, que ya no podían estarse callados.

Pero en medio de la quietud del río, a Milena le pareció que veía algo más que se estaba moviendo entre la gente que estaba encima del puente. Había algo que lo impulsaba hacia delante y los arrastraba a todos juntos. Parecía que les empujara

desde atrás y que se abriera camino entre ellos, que brotara de sus ojos y de sus bocas e hiciera que sus manos se agitaran y sus pies brincaran. Fue como si hubiera visto a la misma fuerza de la vida moviéndose entre ellos.

Milena contempló a la gente, contempló a la vida como si la estuvieran separando de ella. «¿Qué he hecho?», se preguntó entre el ruido de los helicópteros y el tañido de las campanas de las iglesias. La vida se había abierto camino a través de ella como lo hace un arbusto a través del suelo. La vida tiene voluntad propia. Necesita cosas. Si necesita que nos salgan alas o un cerebro mayor o parches en los codos, nosotros obedecemos. «Así es como funciona esto», pensó acordándose del follaje que había brotado en la espalda de las Abejas. La vida tenía una necesidad, una necesidad que martillea la puerta de nuestros genes hasta que consigue cambiarlos según su voluntad. Así es como crecimos, así es como surgimos del lodo. Necesitábamos manos y las creamos. Lo único, Señor, lo que pasa es que ahora somos conscientes de que tenemos esa capacidad. Todo sucederá mucho más rápido.

Milena contempló las nubes sobre el Puente de Lambeth. Así es como hay arañas en el cielo, adoptaron esa forma. Sonrió.

—Dadles un poco de tiempo a las Abejas —dijo dirigiéndose a los helicópteros —, dadles tiempo y se irán a vivir ahí arriba, suspendidas entre los cristales de hielo que hay en los tubos. ¿Vais a manejarlas también cuando estén ahí?

Eso es en lo que nos estamos convirtiendo. Nuestro futuro son las Abejas. La vida quiere que nos parezcamos más a las plantas, ya no hay suficiente espacio en el planeta para tantos cazadores. Nos están saliendo brotes en tantas direcciones a la vez que el Consensus no podrá retenernos jamás. Están las Abejas y está Lucy, y los IG y los Cantantes. Somos un nuevo bosque que está surgiendo dentro del antiguo y lo está desplazando.

Una de las grandes barcazas de Támesis pasó junto a ellos levantando olas que los hicieron balancearse. Root le echó un vistazo desde el otro lado de la vela.

—¿Estás cómoda? —preguntó.

«Sí, sí, en cierto modo lo estoy».

Milena se quedó dormida.

La despertó un tufillo acre que le resultaba ya familiar. Era el aroma de su hogar, el humo de las cremaciones del Barrio del Recuerdo. Y también se escuchaban los cánticos, los empleados de las funerarias haciendo gorgoritos con la lengua, los dolientes que pasaban por encima de ellos entonando himnos antiguos. Milena vio las flores en los botes y los ataúdes que pasaron flotando junto a ellos. No levantó la vista.

Habían soltado algunas Abejas en La Hondonada y se habían adaptado con tanta velocidad que habían llegado a convertirse en un engorro. Les habían salido unas

enormes plataformas como las de los lirios gigantes, sobre las que flotaban y se alimentaban. Milena vio que se habían congregado en torno al elegante hangar del barrio de los Pendones. Rezongó, cerró los ojos y se hizo la dormida.

Escuchó cómo los Recolectores Fúngicos les daban gritos a las Abejas y notó cómo el barco viraba hacia un lado y los chicos cogían impulso empujando contra las hojas humanas de nenúfar enraizadas.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó Root.

Notó también el arañazo de los juncos enredados bajo el barco cuando lo arrastraron orilla arriba.

—Deme la mano, señora —dijo uno de los chicos.

Las orillas de la minúscula isla artificial estaban plagadas de Abejas.

—Milena, Milena, Milena —decían todas a la vez mientras agitaban sus numerosas ramas.

Milena contempló las caras de sus vecinos, que curioseaban desde sus ventanas del piso de arriba. Sus rostros parecían amargados y tensos. La Chacha estaba en la puerta, con la cara envuelta en un trapo para protegerse de las enfermedades. Había una estufa de carbón encendida que quemaba juncos húmedos para generar humo que ahuyentara la enfermedad.

Olía a café. El marido de la Chacha estaba restregando los dinteles con café que tenía en un cubo. Se dio la vuelta, las miró y lanzó el resto del café en el suelo formando un camino sobre el que pisar.

—¡Maldita sea! —dijo Root.

Los helicópteros estaban suspendidos sobre ellas, haciendo ruido.

Milena salió del barco y se echó a caminar por la orilla entretejida en dirección a las Abejas.

—¿Adónde vas? —le gritó Root consternada.

A medida que Milena se les acercaba, las Abejas se iban agitando, hacían un ruido como el que hace un grupo de palomas, y se ponían los brazos sobre la cabeza formando un arco para rechazar una parte de su flujo de pensamientos. Las que estaban junto a la orilla recularon hasta meterse dentro del agua turbia. Milena se quedó de pie al borde del agua, mirando hacia fuera. El sol caía sobre el agua y holgazaneaba en su superficie, haciéndola parecer tan densa y dorada como el aceite.

—Vais a tener que marcharos —les dijo Milena a las Abejas—, si os quedáis, los agentes de la Garda volverán y la gente se enfadará. Yo tampoco voy a quedarme aquí, de todas formas. Voy a estar en un hospital y no voy a encontrarme nada bien. Intentad manteneos alejados de mí. Buscad un lugar seguro para vivir y yo iré a veros siempre que pueda.

Dos hombres se acercaron caminando por el agua, uno de ellos iba a cuatro patas y llevaba unas cuantas rosas en la boca. El otro estaba desdentado y tenía tantas

clareas en su pelo dorado que la coronilla parecía estar completamente pelada y tan sólo le quedaban unos mechones enmarañados que le colgaban por un lado de la cabeza.

—Hola, Ma —dijo con total normalidad. Era el Rey—. ¿Te acuerdas de Piper? —dijo acariciando la cabeza del hombre perro.

—Sí —dijo Milena en un susurro.

—Él se acuerda de ti y se acuerda de que fuiste tú quien lo salvó. Es un buen perro.

Piper depositó las flores a sus pies y se estiró sin dejar de mirarla, con la lengua colgando por fuera de la boca. Su mirada estaba llena de amor y de impaciencia.

—Buen chico, Piper, buen chico —dijo Milena mientras lo acariciaba detrás de las orejas.

Piper emitió un aullido placentero y empezó a mover el trasero de un lado a otro, intentando menear el rabo que no tenía.

—Cree que tú eres su ama —dijo el Rey.

Había que conocer a las Abejas para comprender el sacrificio que suponía para ellas separarse de Piper. Lo adoraban. Había que conocerlas para darse cuenta del homenaje que le estaban rindiendo al entregarle a Piper.

Milena suspiró con cansancio. «Ya estoy otra vez en lo mismo». Sabía lo que iba a hacer.

—Vamos, Piper —dijo tristemente—, vamos chico. O chica. Lo que seas.

—A casa —dijeron todas las Abejas al unísono—, ¡se lo va a llevar a su casa!

Estaban todas sonrientes.

—¿Pero yo qué te he dicho? —gritó Root—. ¡Te he dicho que ahora eres tú la que necesita que la cuiden!

—Será mejor que os marchéis —les dijo Milena a las Abejas.

Avanzó tambaleante por el camino regado de café. Piper intentó corretear entre sus piernas, pero no tenía tanto brío ni tenía los tobillos articulados como los de los perros.

—¡No te puedes quedar con esa cosa! —exclamó Root.

—No es una cosa —dijo Milena, y la voz se le quebró de repente. Se echó a llorar —, está vivo.

Se dio cuenta de que ésa era de pronto para ella la cosa más preciada.

Las Abejas empezaron a retirarse saludando mientras caminaban sobre los nenúfares de sus hermanos. El agua quedó revuelta cuando se soltaron las raíces y los nenúfares se alejaron de la orilla. Milena empezó a subir las escaleras de su casa mientras los helicópteros emprendían el regreso y mientras Piper se rascaba las pulgas, se movía agitadamente y jadeaba. Root la siguió sacudiendo la cabeza con recelo.

Milena sintió que la invadía una especie de pereza, el flujo de la vida que seguía atravesándola en oleadas.

Abrió la puerta y Mike se acercó corriendo desde el balcón con gesto alarmado y perplejo.

Milena avanzó hacia él tambaleándose y se echó en sus brazos.

—Mike, tengo cáncer —dijo.

Y hasta que Mike no la abrazó, no se dio cuenta de que había enfermado a propósito, por amor. ¿Pero por amor a qué?

Capítulo 18

La armadura de luz (El Jardín de Infancia).

Con motivo del vigésimo primer cumpleaños de Milena, sus amigos y ella se fueron de merienda al Parque Archbishop, situado junto al Hospital de St. Thomas.

Al *el Insidioso* llevaba el vino y el zumo de frutas, Cilla llevaba una cesta con la comida y Peterpaul empujaba la silla de Mike, que él mismo había diseñado y construido. Era una silla que lo sujetaba por los hombros y las caderas y le dejaba las hinchadas nalgas al aire. Mike andaba como un pato, se impulsaba meneando las caderas de un lado a otro y arrastraba las piernas. En aquel parque había un campo de fútbol de arena color rojo intenso. Unos niños que estaban allí jugando se pararon para reírse de él.

Milena hizo un esfuerzo para acercarse a ellos. Cuando la vieron se quedaron callados y se miraron entre sí con una sonrisa avergonzada. Sabían que iban a regañarles, pero eran lo suficientemente nobles para aceptar su merecido. También sabían quién era ella.

Milena se había quedado calva y tenía la cabeza inclinada hacia delante y apoyada sobre un cuello delgadísimo y plagado de tendones en tensión. Había empezado a maquillarse, como las actrices. Cilla era quien se lo aplicaba, de forma que su piel pareciera tener un tono morado ligeramente bronceado y con un toque plateado alrededor de los ojos. Aquel color plata combinaba bastante bien con el morado, pero no conseguía disimular lo hundidas que tenía las cuencas de los ojos. Milena sonrió con los labios pintados de rosa, consciente de que mostraba demasiado las encías y de que la risa le daba un aspecto cadavérico.

—No os riáis —les dijo amablemente a los niños a través de la cortina de mimbre que rodeaba el campo.

Los niños se acercaron arrastrando los pies, con la cabeza gacha. Uno de ellos tenía en la rodilla una rozadura de color marrón negruzco con bastante mal aspecto que le bajaba por la pierna.

—Para que vosotros nacierais, alguien tuvo que gestaros —les dijo—, y ¿quién sabe?, tal vez llegue el día en que seáis vosotros quienes estéis embarazados.

—¿Eh? ¡Qué va! No lo creo —dijeron los niños riendo por lo bajo y sacudiendo la cabeza.

—Tal vez vuestra esposa insista en que así sea.

—¡Tendrán mucha suerte nuestras esposas!

—¿Estáis arrepentidos, chicos? —les preguntó.

Asintieron con la cabeza y Milena les echó un beso volado. La Princesa se le

acercó por detrás arrastrando al pequeño Berry que tiraba en sentido contrario.

—Ven con nosotros, Milena —cantó al son de los primeros compases del *Réquiem* de Fauré. *Requiem aeternam*. «Ya lo sé —pensó Milena—, ya sé que es una Cantante y que no puede evitar cantar con la música que le viene a la cabeza, pero desearía que cantara cualquier otra cosa antes que un réquiem. Es tan deprimente».

El pequeño Berry vivía ahora con su madre. Así había sido desde que la Princesa conoció a Peterpaul. Los tres eran Cantantes. Berry no había llegado a hablar jamás. Últimamente, y sobre todo cuando estaban a solas, la Princesa, Peterpaul y él, ni siquiera le ponía letra a la música. Cantaba mientras comía, cada comida tenía una melodía distinta que él cantaba una y otra vez con alegría, incluso cuando tenía la boca llena.

Llevaba un sombrero de cowboy. Milena tuvo que llevarlo durante un tiempo cuando empezó a caérsele el pelo, así que él quiso tener otro también. Era un sombrero negro y rojo que tenía una correa con una presilla que se deslizaba hacia arriba para sujetarlo bajo la barbilla y tenía el borde del ala rodeada de borlas de algodón blanco. A Berry le encantaba su sombrero de cowboy. Para él era algo vivo y tenía sus propias canciones en honor a él.

La Princesa estaba intentando ayudar a Milena, ofreciéndole el brazo para que se apoyara a la vez que tiraba de Berry que hacía fuerza con todo su cuerpo en la dirección en la que él quería ir. Iba cantando acerca de todo aquello para sus adentros, pero los adultos no tenían forma de adivinar el objeto de sus cantos. ¿Cantaría a los árboles? ¿Al campo de fútbol?

—Es Piper —dijo Milena. Los Terminales eran también empáticos con la gente, ligeramente Insidiosos. La facilidad con que Milena Leía a la gente había ido mejorando a medida que la enfermedad avanzaba—. Quiere subir a lomos de Piper.

La Princesa se quedó parada y miró a Milena con una mezcla de preocupación y desamparo. «¿Es que está intentando encontrar una canción adecuada? —se preguntó Milena—. Porque no hay ninguna canción que pregunte si un hombre que se cree perra puede contagiarle el virus a tu hijo».

—No pasa nada, Anna. Ya lo he comprobado. Piper no es infeccioso, no se contagia, tranquila.

Un Hablante podría haber mentido y decir que eso no le preocupaba, pero los Cantantes no podían mentir. Si probaban a mentir, la música se les quedaba atascada, lo mismo que les sucedía con las palabras cuando intentaban hablar. Así que la Princesa guardó silencio hasta que pudo cantar acerca de otra cosa.

—¿Qué harías si alguien lo encontrara? Por ejemplo alguien que supiera quién era antes.

—¿Qué te parecería devolvérselo? —dijo Milena sonriendo y encogiéndose de hombros.

—¿Y si fuera su mujer quien se lo encontrara?

—Eso sería muy triste —dijo Milena con una sonrisa soñadora—, sobre todo porque se cree que es una perra.

Aquel día Milena se sentía tranquila. Siempre se sentía mejor cuando estaba rodeada de gente. Era por las noches cuando la invadía el miedo, el frío, el sudor pegajoso, el deambular por la habitación, el miedo a la muerte que devoraba la vida. Mike, el pobre Mike, solía levantarse y abrazarla mientras temblaba junto a él con los dientes castañeteándole.

Milena había resultado ser inmune a los tratamientos. Se había desprendido de los destructores de genes que habían intentado administrarle, así que le habían puesto inmunosupresores para que aceptara el tratamiento y eso hizo que los cánceres siguieran proliferando. Por la noche sentía unos dolores cada vez más fuertes. Los sentía en la mente e intentaba encontrar las espirales, las espirales que ella era capaz de alterar con el pensamiento. Pero hasta entonces no había tenido nunca tantas células que cambiar. Y nunca hasta entonces se había sentido tan confusa y tan cansada. A veces le daba por pensar que mientras dormía, había otra parte de su ser que seguía obedeciendo a sus anteriores propósitos y se dedicaba a convertir más células sanas en células cancerosas.

De vez en cuando, hasta la idea le parecía divertida: «Soy capaz de combatir cualquier enfermedad y sin embargo me estoy muriendo porque todos los tratamientos son a su vez enfermedades. ¿No está esto empezando a ser un poco lioso?».

Los tratamientos de que se disponía eran los antiguos, y también producían enfermedades, mataban células del cuerpo y hacían que te dieran náuseas, somnolencia o que te sintieras desorientado. Te dejaban la boca tan reseca y te hacían sentir tantas ganas de vomitar que no eras capaz de tragarte ni un vaso de agua. Se te caía el pelo.

Y también estaban sucediendo otras cosas. Las marcas fluorescentes que tenía en las palmas de las manos se extendieron hacia los brazos y alcanzaron hasta una zona de la cara. Algunas zonas de su cuerpo brillaban en la oscuridad. Ella misma podía notar otros cambios que estaban teniendo lugar en sus genes, extraños intentos de mutación que intentaban dar lugar a cosas totalmente nuevas.

Pero todo aquello era preferible a sus accesos de euforia. Cuando se sentía demasiado aterrorizada, le administraban drogas de la alegría que hacían que hablara en voz muy alta y fanfarroneara acerca de lo que haría cuando se encontrara mejor, que iba a dejar el teatro para convertirse en piloto espacial. Se creía todo lo que decía. Pero a la mañana siguiente, el recuerdo de la cara de Mike con todos los músculos en tensión y los ojos entornados en una mueca de dolor le decía que él hubiera preferido estar toda la noche sin dormir antes que haberla visto dando saltos de alegría y presa

de un vano e insensato alivio.

De todas formas, aquél era un buen día. Todo estaba en el más perfecto equilibrio.

—Milena, ya están colocadas las sillas —gritó Mike, ya sentado en una estructura de bambú entrecruzado.

Era Mike quien los llamaba, y no Peterpaul. A Peterpaul no le gustaba llamar a la gente en público, cantando. Fueron breves los días en que los persiguieron, pero él seguía sintiéndose inseguro.

Milena notó que una nariz le golpeaba la mano. Ella no tenía que llamar jamás a Piper: él sabía cuándo tenía que venir. Era más inteligente que la mayoría de los perros y tal vez le habían administrado alguna vez un virus de empatía cuando era humano. Ahora le habían enseñado a llevar siempre unos pantalones cortos en público y a dormir en una cesta de mimbre en la entrada.

—¡Pi-per! —gritó Berry haciendo un ruido como de cascos de caballos y encaramándose a su espalda.

Milena y la Princesa siguieron caminando por el césped cogidas de la mano. Piper las seguía a cuatro patas y jadeando, con la lengua colgando por un lado de la boca y una amplia sonrisa perruna.

¡Hacía un día espléndido! Los árboles, las nubes, el cielo… en una esquina del parque, bastante lejos de donde estaban ellos, había una mata de arbustos que temblaba. Eran las Abejas, unas tres o cuatro. Las Abejas siempre seguían a Milena a una distancia prudencial, con el respetuoso silencio de los dolientes. Las Abejas la aburrían, la agobiaban y a veces la asustaban. Milena se daba cuenta de que para ellos, los virus de su cuerpo eran algo dorado que estaba agrupado formando islas. A pesar de que la estaba matando, el cáncer les cantaba a las Abejas acerca de la vida.

Pero aquél era un día tan hermoso que Milena se sintió con fuerzas para dedicarles una sonrisa y mandarles un saludo. Y ellos le devolvieron la sonrisa y el saludo, pareciendo por un momento personas normales, con sus dientes blancos en las caras moradas, que dirigen una fugaz sonrisa a una amiga en un día soleado. Entonces Milena se dio cuenta de que uno de ellos era el Rey y volvió a sonreír y a saludarle con la mano.

Milena no había planeado salir a la calle. Sus amigos habían hablado de quedarse en el hospital, en la habitación de Arrecife de Coral, en la que estarían calentitos y cómodos. Ahí tenían una cocina, un cuarto de estar e incluso un pequeño balcón con vistas al río en el que todo el grupo se había apelotonado sintiendo la caricia del aire sobre sus cuerpos. No parecía que Milena fuera a cansarse demasiado ni que pudiera darle frío. «Deben estar ya cansados de que esté siempre enferma», pensó ella.

Peterpaul se inclinó hacia ella para ayudarla a sentarse. Lo hizo con tanta delicadeza, la depositó con tanto cuidado en la silla, que se esforzó en sonreír. Había habido entre ellos un cierto malestar cuando le pidió que dejara de trabajar en la

Comedia. Dante no era un hombre cualquiera y no podía representarlo alguien que tuviera ese aspecto. Había estado semanas dándole vueltas y sin poder dormir hasta que por fin se lo dijo un día en el Zoo, mientras almorzaban. Iba a sustituirle por Jason *el Boticario,* malhumorado de la producción que hicieron los Nenes de *Falstaff*. Se lo explicó y Peterpaul no volvió a decir palabra durante el resto del almuerzo. Más tarde supo que le hubiera gustado responderle al son de la marcha fúnebre de *Peer Gynt*, pero le dio demasiada vergüenza. No estaba enfadado. Estaba muy, pero que muy decepcionado. Y tal vez hubiera sentido también un poco de alivio.

«En fin, todos nos hemos quedado sin La Comedia. Peterpaul no cantó en ella, Mike está embarazado, así que tendrá que ser otra persona quien pilote el Bulto. Y yo me estoy muriendo. Tendrá que ser otra persona quien bombee las imágenes por las noches. Ya no tiene nada de actuación en directo, no es más que una grabación y sólo de los dos primeros libros. No tuvimos tiempo de más. Y con tan sólo dos libros, no se le puede llamar comedia: termina en el Purgatorio. ¡Qué se le va a hacer! —pensó Milena con una sonrisa—, de todas formas mucha gente ha dicho que tener que ver eso todos los días ha sido un auténtico infierno».

Se acomodó en la silla y alargó el brazo para estrechar la mano de Mike.

«¡Qué bueno es estar aquí sin hacer nada, sentada notando el calor del sol en la cara!».

La luz producía un hormigueo en su piel de rodopsina: notaba el reflejo amarillo de los brazos de las sillas de bambú, los cálidos reflejos verdes de la hierba y la repentina punzada naranja procedente de la arena del campo de fútbol.

«Casi podemos ver a través de la piel —pensó Milena con los ojos cerrados—. Casi noto cómo pasan las nubes por encima de mis brazos».

El pequeño Berry estaba cantando una canción que distaba de carecer de propósito. Su voz parecía inhumana, como la de un querubín. Era la voz de un bebé que canta una hermosa y complicada pieza, con una perfecta entonación, con una armonía insuperable. No era inocente. Resultaba desconcertante, parecía la voz de otro tipo de ser humano. ¡Y la pieza era también tan extraña! Parecía hablar del día en sí, de los árboles, del ruido de las pelotas de tenis sobre las raquetas, de la luz del sol. Pero había en ella además algo de cauteloso, algo que estaba a la defensiva. «¿Qué será lo que tendrá que defender el pequeño Berry? —se preguntó Milena—. Debe saber que los Cantantes son diferentes, pero la gente ya no es desagradable con ellos, bueno, ya casi nunca es desagradable con ellos». Entonces el pequeño Berry dejó de cantar. Milena abrió los ojos y se encontró con que Berry había estado mirándola a la cara, absorto.

«Lo asusto», pensó ella.

Tenía los ojos muy abiertos, con solemnidad, y con las comisuras de los labios torcidas hacia abajo. ¿Iba a echarse a llorar? Milena estaba apunto de decirle a la

Princesa que Berry estaba preocupado por algo, pero decidió averiguar ella misma de qué se trataba. Intentó Leerlo. Normalmente resultaba imposible Leer a los bebés, bien porque estaban demasiado vacíos o bien porque tenían una estructura demasiado diferente de la de los adultos y la Lectura resultaba incoherente. Milena consiguió tan sólo hacerse una vaga idea de lo que Berry estaba sintiendo. El niño era un revoltijo de canciones. Eran canciones secretas, que no cantaba cuando estaba en compañía de los adultos. Aquellas canciones hablaban de su mundo, un mundo que para él era como un huevo que estuviera empollando y que intentaba mantener caliente. Aquel mundo delicado, protegido por canciones secretas. Ahora le tocaba a Milena que la molestaran.

«Intenta defender su mundo de nosotros. En fin, los niños siempre tienen secretos —pensó Milena tratando de quitárselo de la cabeza. De repente la invadió un cansancio inefable—. Yo tengo una enfermedad contra la que luchar, así que el pequeño Berry tendrá que librar sus propias batallas».

Pero no le había parecido que aquella maraña de canciones fuera tan sólo asunto del niño. Milena se sumió en el sueño, o en un estado lo suficientemente parecido al sueño como para que sus amigos la consideraran dormida y no la molestaran demasiado. Empezaron a hablar en susurros y le dijeron a Berry que dejara de cantar porque podría despertar a la tita Milena. Pero él siguió cantando para sus adentros y Milena le escuchaba como si las canciones formaran parte de sus sueños.

Se despertó pasado un rato, sintiéndose muy sedienta. Había estado respirando por la boca. Sentía un dolor difuso que le recorría toda la cabeza, desde los ojos hasta la base del cráneo.

«No, no me digas que me voy a poner mala —pensó—. No hagas que me ponga mala. Déjame tan sólo este día, este día tan perfecto. Por favor. No quiero que tengan que llevarme en brazos de vuelta, no quiero vomitar, no quiero sentir ningún dolor. Hoy no. Mañana. Mañana el cielo estará gris y no estaremos todos reunidos».

—¿Te encuentras bien, Milena? —preguntó Mike incorporándose en la silla y dándole un toquecito en la mano.

—Sí —dijo ella. No tenía sentido hacerse la dormida.

Abrió los ojos, unos ojos llenos de una humedad ligera y pegajosa que refractaba la luz y la hacía ver el arco iris. Había formas de luz indescriptibles, arco iris que danzaban alrededor del grupo, remolinos de luz que batían como alas.

Abrió los ojos y se encontró en otro mundo.

—¡Yo conozco eso! ¡Conozco ese sitio! —gritó la Milena que estaba recordando, incorporándose de repente en el asiento—. ¡Sé lo que es! ¡Sé dónde estoy!

«Estoy verdaderamente enferma —pensó la Milena que había sido directora—, éste es el inicio de una nueva enfermedad». Pero no le importaba. Sonreía.

El mundo estaba hecho de luz, de luz que se intercambiaba con luz, de luz que

entraba y salía como la respiración, como una respiración que se alza desde la tierra hasta las nubes, nubes enmarcadas en luz, luz de todos los colores, blanca que tendía al azul celeste, cristales de luz en forma de espiral en el aliento del mundo.

Aleluya, Hosanna.

Milena se levantó, temblorosa y sonriente. Se levantó y se echó a correr a través del césped. Llevaba sandalias y notaba cómo crujía la hierba contra los dedos de sus pies, sentía la corriente de aire fresco proveniente de la respiración de las plantas, de los árboles, de la hierba, la respiración que entraba en ella y volvía a salir, la luz sobre su piel encendida de rodopsina que descomponía esa luz y la convertía en azúcar, azúcar y sodio que llegaban a sus nervios, a su piel danzante y con la que podía ver y que se tensaba al recibir las oleadas de luz.

El suelo tenía rodillas, codos y brazos extendidos que hicieron que Milena cayera hacia delante de golpe regocijándose con su abrazo. Miró a su alrededor en éxtasis.

—¡Milena! ¡Ma! —gritaron tras ella los adultos.

Todo estaba oculto, todo estaba protegido por una armadura de luz. Se miró el brazo y vio que la luz salía de ella igual que entraba en ella. Miró hacia arriba y vio cómo los árboles se marchaban, se alejaban de ella como las Abejas, orientándose y volviendo a desorientarse.

—¡Ja, ja, ja! —rió a grandes carcajadas a la vez que pateaba con ambos pies.

Los adultos estaban inclinados sobre ella.

—¿Ma? ¿Ma? ¿Te encuentras bien? —chilló Cilla.

Milena rodó por el suelo y el impacto que sintió al ver la cara de Cilla le cortó la respiración. Cilla tenía la cara hundida, parecía más la cara de un muerto que la suya. Sus ojos apagados estaban agotados a causa de tanta tensión, de la tensión de hacer de enfermera. «Mándame al infierno si quieres», pensó Milena.

Berry se agachó junto a ella, entrando en su campo de visión. Ahora estaba sonriendo. Miró directamente a los ojos de Milena y ella, que ya no era directora, pensó: «Él lo entiende todo». La Milena que había sido directora lo miró y le sonrió. Él le devolvió una larga mirada fija.

—¿Por qué te has echado a correr de esa manera? —preguntó Cilla—. ¿Te has hecho daño?

«Todos nos hemos hecho daño, pero no ha sido a causa de la caída», pensó Milena. Creía que se había referido a su caída, a su caída en la hierba, en la hierba acogedora. Pero entonces pensó que tal vez se refiriera a algo más. Se repantigó en la hierba y agitó los brazos acariciándola. ¡Ahhhhhhh! La preciosa hierba.

La hierba lo sabía, se orientaba hacia ella.

—Creo —dijo farragosamente, como si estuviera borracha— que estoy convirtiéndome en Abeja.

Lo decía en serio.

—Jodidos virus —dijo Milena entre risitas—, ¿por qué me sentiré tan a gusto?

—Ay, Milena —dijo Cilla preocupada, agotada.

Aquello era demasiada carga para ella, que jamás había pensado en la muerte ni en su llegada.

—Existe un hilo, un hilo dorado que nos mantiene unidos a la Vida —dijo Milena — y que nosotros vamos haciendo cada vez más fino. Si llegara a romperse, moriríamos todos y nos llevaríamos al mundo con nosotros. Y no hacemos más que darle vueltas y más vueltas, estrechándolo cada vez más.

Milena no paraba de sonreír, alzó los brazos hacia ellos y los miró. Tenía los brazos resplandecientes, despedían una luz fluorescente.

—Volvamos para almorzar, no estás comiendo nada —dijo Cilla con la voz quebrada.

—¿Has deseado alguna vez que te follara un árbol? —preguntó Milena entre risitas.

—¡Milena! —la reprendió Cilla en un susurro a la par que le daba un toque a modo de amonestación. El niño estaba cerca.

—¡Los árboles son tan grandes, hermosos y fuertes! —prosiguió Milena.

—Peterpaul —dijo Cilla dándose la vuelta, como suplicándole.

—Escucha, escucha —dijo Milena sacudiendo la cabeza—. No quiero morir, pero tampoco quiero sus virus. No quiero vivir para siempre. No lo deseo aquí dentro —dijo tocándose junto al corazón con el puño cerrado, con aquel puño que brillaba como ascuas ardientes. Hasta aquel momento no había entendido por qué su cuerpo había rechazado los tratamientos—. Tengo suficiente con esto —y señaló la luz que la rodeaba y lo que había más allá de la luz, más allá de la vida.

—Está en los huesos —dijo Cilla con tristeza.

Levantaron a Milena entre Peterpaul y ella.

«Dejad que me quede en el jardín», pensó Milena, que llevaba la cabeza colgando y miraba hacia atrás, a la hierba, confusa, desconcertada. La luz que despedían sus brazos empezó a decaer en intensidad.

—¡*No la llevéis*! —suplicó la Milena que estaba recordando a Peterpaul y a Cilla —. *Es tuyo. Es algo que has hecho tú misma. ¡Regresad! ¡Es real! ¡Van a volver a llevárselo! ¡Quédatelo!*

La ayudaron a volver a la silla y la depositaron en ella. Para sorpresa de todos, el pequeño Berry se encaramó a su regazo y la abrazó. Milena levantó sus débiles brazos y lo rodeó con ellos.

Todo volvía a ser normal.

—Creo que simplemente está confusa después de despertarse —dijo Cilla esperanzada a Mike.

Una fugaz mirada a Peterpaul pareció decirle que no se le ocurriera contarle nada

más.

«Ha sido un simple virus —pensó Milena—. Un virus precioso, pero ya se me está pasando. No era real. ¿Por qué son los virus tan preciosos?». Levantó a Berry para mirarlo, el hijo de Berowne, su bebé, el hijo de un amigo. Miró aquellos enormes ojos redondos que guardaban una proporción con la cara diferente a la que guardaban en la de un adulto. Eran de un color azul grisáceo y destacaban, grandes y pálidos, contra la redondez purpúrea de su rostro. Berry era lo que ella quería proteger. «Pero no puedo ayudarte y no puedo protegerte. No voy a estar contigo».

Una nube pasó por delante del sol y la luz desapareció. Todo se volvió gris. Así que fue la luz del sol y la fiebre, eso había sido todo. Y sin embargo había parecido tan real cuando lo vi. Una euforia más.

De repente, Berry frunció el ceño y se incorporó en su regazo. Se ajustó la cinta de su sombrero de cowboy, se giró y se bajó de allí.

—Creo que quiero volver al hospital —dijo Milena.

Fue en el camino de vuelta, cuando iba charlando a solas con Al, cuando el Insidioso le dijo:

—No ha sido un virus, ¿sabes, Milena? Lo que has visto. Eras tú. Venía de ti.

Al tenía los ojos rojos, como si algo lo hubiera deslumbrado.

Milena se paró y echó un vistazo hacia atrás, hacia el jardín, hacia los árboles e intentó volver a ver aquella luz. Los árboles eran hermosos pero eran árboles adultos y el cielo era un cielo adulto.

—Venga —dijo sonriendo a Mike—, ¿a que no me pillas?

Más tarde, la princesa vino cantando con música de *Múdame Butterfly*. Le dijo que iba a estar un tiempo sin traer a Berry de visita. ¿Lo entendería?

—Todo esto le asusta —cantó la Princesa avergonzada—. Tú le asustas.

Pero ella seguía conservando el recuerdo de la hierba acogedora, de los curiosos árboles que se daban la vuelta, tan fuertes, tiernos y silenciosos como los pescadores de los pueblos a los que no va nunca la gente; el recuerdo de las mullidas y alegres nubes y el de los pájaros que se echaban a volar sin titubeos. Que se alzaban sobre el aliento del mundo. Allí y entonces, pero no ahora. No podría verlo más que en su recuerdo.

Y entonces la Milena que estaba recordando, lo comprendió: el silencio y la luz eran una misma cosa.

Capítulo 19

Latinajos (Un público de virus)

«La vida es historia», dijeron los filósofos. Ellos creían que la vida funcionaba como ellos, que se aferraban a sus decisiones. Así fue como expulsaron completamente a la vida de la historia.

«El cerebro funciona como un ordenador», dijeron los escritores de ciencia popular como al unísono, cuando parecía que los ordenadores iban a cambiar el mundo. Se referían a que los impulsos nerviosos consideraban que un extremo de un ganglio era opuesto al otro. Un sí o un no, un código de unos y ceros que ellos eran capaces de definir como un código binario, y así lo hicieron. No sabían cómo funcionaba la memoria viva, ni cómo era posible recordar los sonidos o la luz, o tan solo el silencio.

«El cerebro funciona como un conjunto de virus», dijo ciento cincuenta años después el Consensus, cuando empezaba a resultar difícil eludir a los virus.

La necesidad de simplificarlo todo y de presentar las cosas como una secuencia lógica, su devoción por la historia, les hizo convertirse en esclavos de todo aquello que se ponía de actualidad.

«El tiempo es dinero», dijo el padre de Rolfa la última noche de La Comedia. Se refería a que los miembros más jóvenes de la Familia se habían vuelto negligentes hasta tal punto que ya no veían la relación que existía entre su dedicación al trabajo y el bienestar de la Familia. Zoe acababa de preguntarle si no iba a salir a ver el final de la ópera de Rolfa. Se había quedado de pie en el quicio de la extremadamente ordenada habitación a la que él llamaba su oficina. Tenía el ceño ligeramente fruncido. A su padre no le había sentado bien que le nombraran Cónsul: se había vuelto pomposo e inseguro.

El padre de Rolfa estaba pensando que era curioso que, entre todos sus hijos, fuera justamente Rolfa quien tuviera que terminar pareciéndose a él. Rolfa se había dado cuenta de que la ópera no servía más que para ensalzar a los Apretados. Se había dado cuenta de que era más importante seguir con el trabajo. Había sido Rolfa quien inventara los balances de tiempo. Por cada hora de trabajo de uno de sus miembros, se suponía que la Familia ganaba cuarenta francos, es decir, cuatro marcos. Por consiguiente, cada hora que pasaban sin trabajar les costaba también cuatro marcos.

El padre de Rolfa había sido nombrado Cónsul de la Familia tras la Restauración, a la que la Familia llamaba La Emergencia. Ahora, los Apretados disponían de su propio metal.

El tiempo no es dinero. El dinero es dinero. El dinero es una promesa y nada más, un pacto del que no dudar. El dinero es, por ejemplo, un intercambio de promesas a cambio de mineral de hierro. La Familia recibía cada vez menos promesas a cambio de su hierro antártico, pero los balances de tiempo seguían confirmándoles que eran ricos. Y eso los mantenía felices. Y dado que el dinero no era más que una promesa, un concepto abstracto, la Familia conseguía de alguna forma seguir en la prosperidad. El padre de Rolfa se sentaba con su maquinita ruidosa a repasar unas cifras que eran pura superstición. Y como todas las supersticiones, el dinero era real. Tan real como los dioses de los antiguos sumerios. Los dioses de los sumerios eran también objeto de intercambio, velaban por los almacenes de mercancías. Ellos también eran un pacto del que no dudar. Los dioses se desploman.

—Uno de nosotros debería verlo —dijo Zoe sacudiendo la cabeza. Estaba pensando en Rolfa, que no podría ver la Comedia bajo los desnudos cielos de la Antártida. Estaba pensando en Milena y en lo extraña que era la vida—. La pececilla —murmuró para sí.

Su padre estaba ocupado con una cuenta. Todo sistema de contabilidad, ya utilice palabras o números, alcanza un significado en función de lo que deja al margen. Y la contabilidad de su padre dejaba al margen casi todo lo que interesaba a Zoe. Su padre y ella hablaban idiomas diferentes.

Mientras Zoe se daba la vuelta para marcharse, un gato bajó furtivamente del tejado que tenía sobre su cabeza. Una pequeña multitud de gatos se movía por todo Londres, algunos hacían piruetas en el aire, otros se lamían las patas, sentados en el quicio de una puerta y otros comían inclinados sobre un tazón. Algunos estaban echados en la acera pasando frío.

Bajo el tejado de la casa de la Familia había siete mujeres y dos hombres cocinando en varias cocinas: picaban verduras o miraban fijamente los hirvientes calderos sin fijarse demasiado en su contenido. En el piso de abajo, ocho adolescentes Polares se dedicaban a ver una película de vídeo, lo que le costaba a la Familia dos marcos por hora y por cabeza, teóricamente. El tiempo de los adolescentes tenía asignado un valor equivalente a la mitad del tiempo de los adultos.

En las casas del otro lado de la calle, una Mujer del Partido se limaba las uñas de los pies y otra estaba arreglando fundas de silla. Una pareja hacía el amor, otra estaba discutiendo y un hombre recogía con un rastrillo las hojas de su árbol del caucho. Ahí afuera, en la calle, dos vendedores ambulantes de café pasaban uno junto al otro, ambos tirando de sus carritos cargados de calderos. Uno se dirigía hacia Knightsbridge y el otro regresaba a su casa. Se sonrieron y se saludaron mutuamente con una inclinación de cabeza en señal de buena camaradería. Había buena camaradería entre cuantos ejercían el nuevo comercio, ahora que la gente se había hecho adicta a la cafeína por seguridad. Al final de la calle de Rolfa, donde terminaba

la hilera de casas adosadas, se encontraba una ruidosa calle principal rebosante de tráfico. Un apestoso autobús arrastró su baja parte trasera al doblar la esquina de la calle, dejando un rastro de humos procedentes del tubo de escape. Una mujer que pasaba por la acera se cubrió la cara con un pañuelo para evitar respirar el humo. Un borracho curtido por el sol estaba tirado en el suelo al lado de una puerta y levantó su botella como brindando en el crepúsculo a la salud de la mujer.

Las tiendas de la esquina estaban cerrando antes de hora. Un hombre calvo y regordete de tan sólo diecinueve años de edad pero que ya aquejaba los signos de la edad madura, desplegó las persianas de bambú sobre las ventanas de su casa. Ahora, con la ópera, no había comercio nocturno. Vivía junto a otras familias en las habitaciones situadas en el piso de arriba de la tienda. La mujer del tendero, sus hijos y los primos de la Chacha estaban transportando Peras y mesas, acarreando fuentes de comida, preparando una fiesta.

A dos millas de allí, a lo largo de la orilla del río, unos pescadores tiraban de unas cuerdas. Ardían fogatas en los descampados, en torno a las cuales se estaba reuniendo la gente para compartir la última representación de la ópera. Habían levantado unas plataformas de bambú en los parques para Reformar en tres dimensiones la Comedia en los días en que el cielo estaba muy nublado. Una gran parte de la Comedia había quedado deslucida a causa de las nubes, pero aquel día disfrutarían de un cielo otoñal despejado. Aun así, los técnicos estaban sometiendo al equipo a una comprobación final. Unos hologramas de rosas gigantes y manos humanas aparecían y desaparecían en el cielo con un parpadeo. Utilizarían las plataformas en caso de que apareciera repentinamente un frente de aire cálido cargado de humedad. Sobre ellos flotaban unos globos desde los que se vería si se aproximaba ese frente y darían la voz de alarma.

En Archbishop’s Park, uno de los obreros se terminaba una botella de cerveza. Había echado la cabeza hacia atrás para apurar la última gota y pudo ver en el cielo las estrellas que brillaban como lentejuelas. Otro obrero estaba meando medio escondido tras un arbusto. Un remolcador avanzaba por el río en la misma dirección que la corriente, en dirección al hospital de St. Thomas. Se mecía arriba y abajo dentro de la estela de una barcaza de mayor tamaño. Las luces del hospital resplandecían.

En los doscientos noventa y dos hospitales de Londres había en aquel preciso instante más de cincuenta mujeres de parto. Una de ellas se mordió el labio y empujó, hubo una sensación de gran progreso y salió la cabeza del recién nacido. Otro recién nacido recibió un cachete y rompió a llorar. Rompió a llorar justo cuando Zoe se dio la vuelta en el quicio de la puerta, cuando los vendedores ambulantes se saludaron y cuando un hombre que se reía en un pub pareció resbalarse y caerse golpeando las jarras que estaban en la barra. Se le había parado el corazón. En la cocina de un café

cercano al Cut, entre una algarabía de cazos y sartenes, una ayudante de cocina de doce años de edad se echó agua hirviendo por encima. Un hombre acabó de colocar su sillón favorito en mitad de la calle para ver el espectáculo que iba a aparecer en el aire. Tres casas más abajo, un joven se balanceaba cambiando el peso de un pie al otro, esperando ansiosamente a una chica que apenas conocía.

No se puede. El Ahora no es imaginable ni descriptible, no todo a un tiempo. Tenemos que disponerlo a lo largo de un hilo, de igual forma que hacemos con el pasado para contemplarlo. De igual forma que hacemos para contemplarnos a nosotros mismos. Si intentas decir toda la verdad, no terminas nunca de hablar. Así que contamos historias, historias en lugar de toda la verdad.

«El tiempo es dinero», dijo el padre de Rolfa.

—¿Quién eras hoy? —preguntó amablemente Mike Stone.

Milena estaba sentada en el balcón de su suite del hospital. En su suite no había aristas, no había esquinas angulosas. Estaba hecha de coral y había crecido como lo hace la carne. El suelo del balcón continuaba hacia arriba dando lugar a la pared. La parte alta de la pared se alzaba y luego caía en una línea tan natural como la de las ramas de un árbol. Las paredes estaban recubiertas de escayola porque el roce del coral podía escocer en la piel.

El coral había devorado los escombros de los antiguos edificios del Hospital de St. Thomas y les había dado forma a partir de un diseño programado genéticamente. El balcón genético de Milena tenía vistas sobre el río Támesis. Había barcazas llenas de gente amarradas con hileras de bombillas. Las ventanas del West estaban llenas de gente. El West era un acúmulo de coral de tono arenoso que se alzaba al otro lado del río, donde una vez estuvieron las Casas del Parlamento.

Bajo el balcón se encontraba el camino que Milena había recorrido junto a Rolfa el último día que habían estado juntas. Milena recordó que aquel día había alzado la vista hacia el hospital. Ahora ella estaba aquí, enferma, y las anchas aceras de aquel camino estaban atestadas de Abejas sentadas guardando un respetuoso silencio y mirando hacia arriba, hacia ella. «Bueno —pensó Milena—, déjalas, es el último día de la Comedia».

Tenía los recuerdos de su vida esparcidos a su alrededor. No eran muchos. Estaba su intentona de orquestar la Comedia, encuadernada en un libro de notas en cuya primera página decía: «Música de Rolfa Patel. Orquestada por Milena Shibush». Había un montón de fieltro sucio con personalidad propia llamado Cerdito, unos cuantos papeles de Rolfa y unas joyas de coral que Mike le había regalado. Estaba también el papel que Cilla le había dado y la música que había recordado Jacob *el Correo*. En un recuadro de la pared había unas hierbas que habían crecido en las paredes del Bulto y que Mike había traído a casa. Se estaban muriendo.

Milena sentía un fuerte ardor de estómago y tenía los brazos y los dedos tan

frágiles como las patas de un petirrojo. Ahora, toda su piel era fluorescente. Despedía un brillo anaranjado y tenue en el que se distinguían unos hilos brillantes que eran los nervios que acababan en la superficie. Tenía un apretado nudo de carne justo encima del hombro.

Incluso el Partido había dejado de decirle a Milena que iba a curarse. Seguían insistiendo en que le quedaban muchos meses de vida y se negaban a aceptar lo que la propia Milena sabía: que estaba debilitándose. Y a medida que se iba debilitando, sus virus de empatía se hacían más fuertes.

—¿Quién eras hoy? —le había preguntado Mike Stone.

—Era… —hizo una pausa como las que hacen las actrices para causar efecto— una de las ayudantes de la lavandería de abajo. La bajita que lleva peluca. Creo. Estaba muy cansada y tenía los pies planos, pero estaba enamorada de Flo. Ya sabes quién es Flo, el que siempre saluda. Yo en realidad no lo sabía, pero Flo hacía que mi vida valiera la pena ser vivida. No hacíamos más que charlar mientras doblábamos las toallas y las sábanas. El jabón que quedaba en ellas nos producía un sarpullido en las manos. La familia de Flo vive en las afueras, ¿tú sabías eso? No me enteré muy bien de cómo se llamaba el sitio ¿Oxbridge? ¿Boxbridge?

—Uxbridge —susurró Mike, está al oeste.

—Nunca he llegado tan lejos —replicó Milena.

—¿Y qué me dices de cuando estuviste en el espacio, en el Bulto?

—Sí —dijo Milena—, pero estaba amarrado en Biggin Hill.

—Y eso está bastante en las afueras de la ciudad.

—Está al sur.

—Ah —dijo Mike casi en silencio.

—Y luego —prosiguió Milena— me poseyó una niña de las barcazas. Yo era una niña de nueve años y estaba en una barcaza, ayudándole a mi madre. Corría arriba y abajo por la madera con los pies descalzos porque sabía que estaba barnizada y no podría clavarme ninguna astilla. Tenía varias cañas metidas en el agua e iba comprobando que no hubiera picado alguna trucha o un salmón. Nunca había pescado un salmón. La idea de pescar un salmón me tenía enamorada. ¿No te parece extraño? La palabra es ésa: enamorada. Ansiaba pescar un salmón. Entretanto, iba ayudando con las velas y con el timón. Llamé a mi perro con un silbido. Mi perro nunca se resbalaba ni se caía al agua. Y mi madre cantaba.

Milena hizo una pausa en lo que era vivir otra vida.

—Esa niña se convertirá en un bonito hilo —dijo Milena.

Al y ella estaban tejiendo un tapiz a partir de sus vivencias empáticas. Le llamaban «Una sinfonía londinense» y era un diseño que llevaba una melodía entretejida, la música de Vaughan Williams.

—El tapiz va a ser sin duda precioso —dijo Mike Stone.

El tapiz estaba suspendido en el aire para que pudieran contemplarlo los Insidiosos. Mike Stone no era Insidioso.

—¿Os ha ayudado Heather? ¿Estaba Heather con vosotros? —preguntó Mike.

Milena se recostó y dijo:

—Heather está siempre.

De vez en cuando, Heather emergía para ayudar a contener las visiones que conllevaba la empatía de una Terminal. A veces Milena la dejaba emerger también para que charlara con Al. Heather también moriría con Milena.

—Ella resulta de gran ayuda —dijo Mike.

Había algo en la forma en que lo decía que denotaba que lo entendía.

Milena tenía un aspecto imperioso apoyada en los cojines y arropada por las mantas. «¿Cómo será que lo sabes?». Se rodeó el cuerpo con las mantas, escondiéndose tanto entre ellas, que se quedó mirando hacia arriba, al cielo. Tenía frío.

—Me he pasado la mayor parte de la tarde preguntándome qué hacer con todo esto. —Alargó una mano delgada como la pata de un pájaro hacia las cosas que había en el suelo—. Casi todo pertenece a Rolfa, quiero hacer llegar esos papeles a su hermana Zoe mediante alguien de confianza. A ningún otro miembro de su familia, sólo a Zoe, ¿lo has entendido?

—Sí —murmuró Mike Stone inclinándose hacia la puerta del balcón.

Prefería estar de pie antes que estar sentado. Prefería también pasar la mayor parte del día en otra habitación, lejos de Milena. Sabía que la irritaba.

—El papel que tiene la música escrita encima, no, la partitura no, pedazo de estúpido, las notas, esas de ahí, ésas. Eso tiene que ser entregado a Cilla y a nadie más. Fue Jacob quien recordó la música y Cilla quien me dio el papel, y era algo muy preciado. Esta cruz perteneció a Jacob y quiero que seas tú quien la tenga.

—Gracias —susurró Mike Stone.

—No te pongas en plan morboso —dijo Milena—. Me apetece una copa. Un whisky. Solo. Bien fuerte. —Milena tenía la sensación de que se había pasado la mayor parte de su vida haciendo cosas por los demás. Ahora quería que la sirvieran a ella.

Mike Stone se desplazó arrastrando los pies, tirando de sus nalgas hinchadas y entró andando como un pato en la cocina. El ruido que hacía con los pies ponía a Milena furiosa. «¿Es que no era capaz de levantarlos?». El crecimiento de su vientre era ya notorio, todo lo evidente que podía ser un estado avanzado de gestación. Le atormentaban sueños en los que paría monstruos.

—¡Venga! —dijo Milena poniéndose violenta de repente.

Realmente quería aquella copa.

Entonces habló aquella voz caliente como un virus que tenía dentro del oído:

—*Dios debe ser bodeguero* —susurró.

—¿Has dicho algo? —preguntó Milena.

—No —dijo Mike mientras se acercaba haciendo el ruido del caminar de un pato.

—¡Va a empezar de un momento a otro! —Milena estaba impaciente.

Era el Canto treinta y tres. Dante y sus jodidos números y los mapas de las estrellas. No se podía cambiar una sola palabra sin cometer un error.

Arrastrar los pies, arrastrar los pies. Andar como un pato, andar como un pato. «¿Dónde estaba él y dónde estaba su copa?».

—Pareces un pato —dijo ella, amargada.

Tenía un gesto tenso y agrio y ella misma lo notaba, notaba cómo se contraía sobre sí misma como lo hace la piel de un zapato al que le cae la sal de las aceras mojadas en invierno. Quería pensar y decir cosas hermosas, pero ya no había tiempo. Quería dar un paso atrás y contemplar su vida como un todo, pero miles de cosas diminutas, mantas, dolor y aburrimiento la mordisqueaban como si fueran Ratones. Era como si los Ratones estuvieran devorando las últimas migajas de su vida.

—Gracias —dijo cogiendo la copa, frunciendo los labios, aspirando el aroma.

El whisky le dejó en la lengua una sensación rasposa.

—¿Estás cómoda, cariño? —preguntó Mike.

Estos últimos días se movía tan lentamente como una roca que retumba al rodar.

—Sí, sí, estoy bien. Siéntate antes de que te hagas daño.

¿Cuál era el resumen de una vida? Un cúmulo de recuerdos dispersos, discordantes y enterrados a tal profundidad que la mayoría de ellos no saldrían jamás a la superficie. «No dejamos una gran huella a nuestro paso —pensó—. Tan sólo un puñado de cosas que entregar a gente y unas cenizas que esparcir en un lugar elegido por ser nuestro favorito». Las cenizas de Milena iban a ser arrojadas al Río. Se echó dos tragos más de licor y se sintió mareada inmediatamente. Soltó el vaso.

—*Y eso que no acostumbrabas a beber más que té* —dijo la voz.

—Beberé lo que me dé la gana —insistió Milena en voz alta.

—¿Quieres algo más, querida? —preguntó Mike Stone.

—No —replicó exasperada—, ya tengo mi copa, ¿no? ¿Qué más voy a necesitar? Sabe a mierda. ¿Es whisky del bueno? —Mike se revolvió en la silla esforzándose por levantarse—. ¡No! —dijo Milena poniéndose como una salvaje de repente, enfurecida por lo injusta que ella misma estaba siendo con Mike—. ¡Quédate ahí sentado!

«No debería haberme tomado esa copa», pensó mientras sentía como si un peso le bajara por el cuerpo. Era como si algo estuviera empujándola hacia abajo en la silla. Era como si la silla le diera vueltas. Había algo que iba realmente mal. Lo supo tan pronto como lo sintió, y luego lo negó.

Volvió a fruncir los labios y volvió a incorporarse. Se colocó todo lo erguida que

le fue posible.

—¡Pero por qué no empezará ya de una vez! —exclamó.

En la calle, las Abejas empezaban a agitarse. Era una cosa de lo más extraño. No estaban hablando al unísono.

Mike Stone recordó algo. Se inclinó hacia delante y cogió el montón de fieltro mugriento. Colocó a Cerdito en el regazo de Milena y ella se puso a acariciarle las orejas. Milena y Cerdito habían mirado la Comedia juntos todas las noches, como si una parte de Rolfa estuviera todavía allí.

Una trompeta retumbó en el cielo: desde el mes de junio, una noche sí y otra no, había sonado para anunciar un Canto de la Comedia.

Una luz como la aurora boreal jugueteaba en el horizonte.

Entonces se alzó la Comedia, como si de un nuevo planeta de tratara. Cada noche se reproducía el final del Canto anterior.

El propio Dante parecía estar trepando hasta la cima del mundo. En el último canto había alcanzado el más alto nivel del Purgatorio, traspasando el fuego que purificaba a aquellos cuyo único pecado había sido amar. Los homosexuales recorrían aquel círculo en sentido contrario a los demás. Dante lo llamaba «el pecado de César». El pecado del amor era el más elevado de todos los pecados, y por lo tanto era el último que tenía que ser expiado. El amor era destruido por el fuego y así se podía pasar al estadio siguiente: la ascensión al Paraíso Terrenal, al Edén.

Ahí, en el Edén, había bebido Dante las aguas del Leteo que habían purificado sus recuerdos del pecado. La destrucción de sus recuerdos lo había liberado.

—La verdad es que no debería haberme tomado ese whisky —dijo Milena.

Las Abejas empezaban a hablar en voz alta. No estaban de acuerdo unas con otras.

—¡Ella quiere verlo! —decía una mujer claramente, desde la oscuridad.

Dante ascendió llevándose con él el Edén. El cielo que los cubría estaba lleno de árboles. El Edén era el Archbishop’s Park, junto al Puente Lambeth.

Era el parque tal y como Milena lo recordaba el día de su cumpleaños. La luz fluía entrando y saliendo de los árboles, tal y como fluía la música de Rolfa. Pero había un árbol nuevo.

Estaba superpuesto, flotaba levemente sobre el recuerdo del parque. Era un árbol inmenso, con elegantes ramas que oscilaban y sostenían unas delicadas hojas como las de un arce. Tenía la corteza en forma de piezas como las de un puzle. Tanto en la Comedia como en la realidad recibía el nombre del Árbol del Cielo. Su visión hizo brotar las lágrimas en los ojos de Milena, aunque sin saber por qué. No recordaba dónde había visto antes un Árbol del Cielo.

Había un carromato de venta ambulante encadenado al Árbol del Cielo. Simbolizaba la verdad. Para Dante, simbolizaba la Iglesia verdadera que sería

arrastrada por el dragón, por la vieja serpiente. En esta Comedia había dos alegorías, una antigua y otra nueva, y ambas resultaban inteligibles para un público con virus.

El viejo carro era tomado por los Vampiros de la Historia y por la Bestia que Era y No Es. La piel mudada por la serpiente brillaba con la luz y en la luz de sus escamas se vislumbraban viejas escenas y rostros fantasmagóricos. La serpiente era la historia. La serpiente era la memoria. Robó la verdad mientras la música de Rolfa estallaba y se alzaba con la fuerza de los metales. Se había acabado la reposición del final de canto del día anterior. El último y final Canto iba a dar comienzo.

Hubo un momento de silencio y de oscuridad.

—*Fuera del silencio y dentro del silencio* —dijo la voz al oído de Milena.

—¿Vas a dejar ya de hablar? —dijo girándose hacia Mike Stone. Él se quedó mirándola fijamente, con gesto inexpresivo.

«No ha sido él —pensó Milena—, entonces, ¿quién ha sido?». Se pasó una mano por la frente.

Unas voces empezaron a cantar latinajos. Eran las Náyades. Los virus sabían que representaban a las siete virtudes cardinales y las tres virtudes teológicas. Milena las representó como personas reales. «Ahora todos somos virtudes».

Estaban Billy *el Rey* y Berowne. Estaba también Hortensia. Estaba Jacob y Moira Almasy. Estaba Peterpaul y estaban Al y Heather. Estaba el guardián del Zoo. Y estaba Chao Li Song.

—*Deus venerunt gentes* —cantaron.

«No quiero escuchar esto ahora», pensó Milena. La cabeza le daba vueltas. Hasta las paredes y el aire le cantaban y la luz le parecía deslumbrante, como si tuviera una migraña. «Estoy demasiado enferma», pensó. Podría haberse vuelto a la habitación, pero aun así no hubiera escapado de la luz ni del sonido.

Y vio todos los defectos. Ahí hay una leve grieta de transición. A diferencia del resto de la Comedia, cantaron todo un Salmo.

Las Náyades estaban cantando el Salmo 78. Ni en la obra de Dante ni en la Comedia había la más mínima referencia acerca de cuánto debía ser cantado. En el librote gris había una nota de Rolfa que decía: «Ver los arreglos de los salmos».

«¿Dónde? ¿Qué arreglos?», se había preguntado siempre Milena. Cuando llegó la orquestación que había realizado el Consensus, apareció de la nada unos arreglos para el Salmo entero.

Milena sobaba a Cerdito, le acariciaba las orejas. Estaba deshaciéndose.

La cremallera se abrió de repente al son del canto de las virtudes.

Cerdito se despanzurró y un minúsculo librito negro salió de su interior.

Era algo silencioso, algo oculto, algo oscuro. La parpadeante luz del cielo se reflejaba en las letras doradas de la cubierta. Las letras decían: «sagrada biblia».

Las manos de Milena emitieron una luz fluorescente para permitirle leer. Abrió el

libro. Las letras impresas decían: «El antiguo y el nuevo testamento».

Y a mano, ponía bajo él: «Para un público de virus».

—¡Ay, Dios mío! —dijo Milena.

Empezó a pasar páginas. Ahí había pentagramas y notas casi infinitesimalmente minúsculos. ¿Pero qué tamaño diminuto podría llegar a alcanzar la letra de Rolfa? ¿Cuánto podría empequeñecerse y ocultarse en la oscuridad? Era como si Rolfa hubiera escrito haciendo fractales, de forma que cada parte conducía a una aún más pequeña.

—¡Mike! ¡Mike! —llamó Milena. Le mostró el libro alzándolo abierto hacia él con la mano temblorosa—. ¡Ha vuelto a hacerlo una vez más! ¡Ha puesto música a toda la dichosa Biblia!

Mike lo cogió y se quedó mirándolo estupefacto. Había asignado una nota a todas y cada una de las palabras de la versión del Rey Jaime.

Y en ese instante, Milena cayó en la cuenta de que tenía que haber más libros.

—Mike —dijo—, haz que los busquen. Haz que registren a fondo su casa. Tiene que haber más. Habrá otros.

Milena estaba verbalizando una suposición.

—Haz que busquen en las *Obras Completas de Shakespeare*. Haz que busquen en *Don Quijote*. Y que comprueben en *A la recherche du temps perdu*.

Milena se recostó al sentir que le sobrevenía un repentino mareo.

«No había sido concebido para su puesta en escena. Era una idea aún más original. Las notas decían que era para un público de virus y yo no lo entendí. Rolfa dijo que escuchar música es una holgazanería y yo no entendí lo que quería decirme. ¡No lo había escrito para que se representara sobre un escenario! Y eso también lo repitió la última vez que la vi».

La Comedia era un nuevo tipo de ópera. Era un nuevo tipo de libro. Era un libro que leías y mientras tanto, tus virus lo iban convirtiendo en música. Como las palabras que Satie añadía a sus piezas de piano. Estaban ahí tan sólo para deleite del pianista, no para que llegaran al público.

«La representación ha sido una idea completamente mía».

Milena volvió a sentirse mareada, mareada una vez más, como cuando estaba en ingravidez. El líquido ardiente de su estómago estalló en llamas:

—Creo que voy a vomitar —dijo ella.

Mike intentó ponerse en pie para acercarle un recipiente o una toalla. Llegó demasiado tarde.

Milena se sorprendió al descubrir que estaba demasiado débil para levantarse de la silla, y el vómito se desparramó por su barbilla, por su vestido y por las mantas.

Ahora, cerdito olería también al vértigo de la edad adulta.

—Ay, Milena —dijo Mike compasivo.

—Jodidas Náyades —dijo Milena mientras se esforzaba en ponerse en pie.

Milena se tumbó, impotente, en la cama mirando a Lucy. Lucy era Beatrice. Beatriz encarnaba la Sabiduría. Lanzó una mirada pausadamente y con una leve sonrisa cantó con una voz antigua:

Modicum et non videbitis me;
Et iterum…

Dentro de poco no me veréis, mis queridas hermanas,
y luego pasado otro rato, me veréis…

Lucy, que había desaparecido, había conseguido de algún modo grabar toda su intervención en la Comedia. Otra rareza.

Milena se quedó tumbada quieta mientras Mike doblaba la manta llena de vómito. Aquellas cosas ya no tenían importancia. Lo que importaba ahora era la cara de Beatrice. Esta Beatrice había seguido envejeciendo. Ya no era hermosa, excepto por la forma en que su cara se había arrugado adquiriendo un aspecto sólido, como de roca. Parecía inmortal, parecía que hubiera seguido navegando, combatiendo la debilidad humana y descartando por innecesaria la belleza humana de la juventud. La Reina del alma del Dante, su amor, su recordatorio de la bondad, más inmutable que una roca, un amor tan profundo como la Tierra, susurrado en la memoria y ahora de nuevo en la cima de una montaña, en medio de un bosque.

«La gente no ama de esa forma —pensó Milena—. No durante toda una vida y con tan sólo un recuerdo».

—*Y en lo más alto del bosque* —dijo la voz que tenía en el oído— *un niño pequeño y su oso seguirán jugando para siempre*.

—¡Es la ópera equivocada! —gritó Milena.

Entonces llegaron los helicópteros. Un temblor enorme atravesó el cielo y una sombra cayó, como el materialismo, desde la oscuridad y desde la misma luz de la luna, de un negro azulado y reluciente. Dio la vuelta por encima de la acera, por encima de las cabezas de las Abejas esparciendo partículas de polvo, sacudiendo su follaje humano y haciéndolo sonar con un ruido como el del océano.

—¡Dejadlas en paz! —suplicó Milena, demasiado débil para moverse en su hamaca. «Las Abejas no hacían daño a nadie, se marchaban todas las noches justo después de la función. Esta era la última noche ya, ¿para qué venían ahora?».

Dos helicópteros. Aterrizaron brincando sobre sus patas de trineo y haciendo que la Abejas se retiraran en masa hacia las paredes y los caminos. Las aspas siguieron girando. Milena sintió cómo el aire barría su cara. Era como si estuviera avanzando a

cien millas por hora.

—¿Mike? —preguntó, pero las palabras se ahogaron entre el ruido de los rotores.

Mike estaba de pie, asomado al balcón.

—¡No! —suspiraron al unísono todo un mar de voces.

—¡Están luchando! —gritó Mike Stone—. Están luchando contra la Garda.

Piper empezó a aullar por fuera de la puerta, como un perro que canta a las campanas de una iglesia.

—¿Qué? —preguntó Milena y le salió de la boca una pompa de algo.

«Túmbate, Milena, no te preocupes. Yo estoy aquí».

«Mike Stone, astronauta —pensó Milena—. ¿Qué puedes tú hacer contra el Consensus?».

—Están entrando —dijo Mike levantando la voz y señalando con el dedo.

Piper lloraba. Se le quebró la voz. Pasó a ser un grito humano. Entró en la habitación tambaleándose sobre las rodillas, tartamudeando, gritando. Y luego se levantó, como un hombre. Echó a correr sobre sus dos piernas, dando vueltas y dirigiéndose hacia donde ella estaba.

—¡Milena! —gritó con bastante claridad—. ¡Milena!

Piper había recuperado el habla.

—Piper —susurró ella, y él se acercó llorando.

Se arrodilló a su lado, de nuevo como un perro y a ella le dio tiempo de acariciarle detrás de las orejas.

Entonces entraron por la puerta unos amenazadores hombres cubiertos de plástico blanco y con máscaras de plástico transparente en la cara. Alumbraron sus linternas en la habitación en penumbra y luego se dirigieron hacia Milena con gran agilidad. Era todo tan preciso que parecía una comedia de efecto retardado, un fragmento de una representación elegante y exagerada. La levantaron sujetándola con unos tubos, con hermosos movimientos en zigzag que se asemejaban a una danza. Le insertaron unos tubitos en los agujeros de la nariz y le colocaron sobre la lengua una oblea pequeña, fina y traslúcida. Ya no podía hablar.

—¿Pero qué están haciendo? —preguntó Mike Stone con una especie de impotencia entumecida.

De repente, desplegaron un palanquín que parecía haber salido de la nada y Milena, tan resistente y pesada como la arcilla, sintió que la levantaban en el aire sin que pudiera ejercer la mínima resistencia. Levantada y vuelta a depositar con un ritmo minuciosamente calibrado para evitar que volviera a vomitar.

—La llevamos para que sea Leída —dijo uno de los hombres de blanco, respondiendo por fin a la pregunta de Mike y arrodillándose de espaldas a él—. La hemos pillado justo a tiempo.

Como si el mundo entero se estuviese hundiendo, Milena sintió que la levantaban

en el aire. Uno de los hombres de blanco chasqueó los dedos y señaló:

—La silla —dijo.

Milena giró la cabeza. Tenía la cabeza pesada y le colgaba por el borde del palanquín porque el cuello no era capaz de sostenerla. Miró tras de sí para ver cómo ayudaban a Mike a colocarse de nuevo en su silla. Los hombres de blanco se arrodillaron también a su alrededor.

Tenían a Piper retenido por el collar. Tiraba con fuerza y eso le hacía respirar con dificultad.

—¡No te vayas! —gritaba—. ¡No te vayas! —Una mano enguantada levantó con suavidad la cabeza de Milena mientras la colocaban mejor en el palanquín.

Lucy estaba cantando en el cielo y miraba hacia atrás por encima del hombro.

—Hermano —cantó en el italiano de Dante—, ¿por qué no te atreves a preguntarme, ahora que vienes conmigo?

Entonces se llevaron a Milena.

Escuchaba los aullidos de Piper mientras la bajaban por las escaleras del hospital cuyos pasillos recorrieron a toda prisa. Los hombres de la Garda despedían por las manos una luz que barría la fulgurante y suave superficie del coral haciéndola despedir destellos tornasolados amarillentos. El coral cantaba con la Comedia incrustada en su esencia, vibraba con voces humanas. Las paredes latían con vehemencia, golpeteando como un vecino furioso. «¡Qué egocentrismo tan monstruoso! —pensó ella—. El egocentrismo de poner en marcha todo esto, de inundar hasta el último rincón del mundo, de desterrar al silencio, de martillear las cabezas de los niños, de los débiles, de los enfermos. ¿Quién quería esto? ¿A quién le importan las Náyades y las alegorías medievales?».

Los hombres de blanco la sacaron en volandas hacia el pandemónium.

Las Abejas estaban apelotonadas, retorciéndose contra las paredes del hospital a las que los tubos mantenían sujetas. Aquellos tubos avanzaban a ciegas por el suelo, dislocando tobillos y brazos a su paso y alzando a las Abejas hacia la luz que desprendía la cara de Lucy. Lucy sacudió la cabeza con una triste sonrisa.

—¡Milena! —gritaron las Abejas sintiendo su pérdida y extendiendo los brazos hacia ella—. ¡No te vayas!

Las Abejas habían formado una cadena alrededor de los helicópteros. Dos hombres de blanco se adelantaron llevando en las manos unos objetos que parecían lagartos congelados y que despedían haces de luz. Las Abejas imitaron el sonido de la lluvia al caer y se apartaron dejando un pasillo despejado. Los hombres de blanco echaron a correr con brío, abriéndose paso a empellones y haciendo que el palanquín se tambaleara. Manos sordas mantuvieron sujetos los tubos. Piernas sordas pisotearon los cuerpos caídos.

Entonces se precipitó contra ellos una nube de Abejas con las manos en alto.

Golpearon a los miembros de la Garda de lleno en sus máscaras de plástico transparente. Tanto unos como otros retrocedieron. Las Abejas sentían en su propio ser cualquier dolor que infligieran a otro ser vivo.

—¡Aguantad el dolor! ¡Aguantad el dolor! —se decían unas a otras cada vez que cargaban contra la Garda.

Una mujer Abeja estaba intentando arrebatarles el palanquín. Estaba temblorosa y acobardada y batía las manos apretando bien los ojos para no ver lo que estaba haciendo.

—¡Se te están llevando! El Consensus te quiere para sí. ¡Quiere devorarte!

Milena se sentía débil, no era capaz más que de quedarse con la mirada perdida.

«No —pensó—, no quiero que eso suceda».

El cáncer que crecía en su interior, caliente, pesado y victorioso, deslumbraba a las Abejas con su terrible explosión de vida y a medida que Milena se les acercaba, caían de rodillas o se inclinaban como si hubieran recibido un fuerte golpe. La mujer cayó por los suelos.

Milena sintió un tirón, luego unos empujones y finalmente quedó colocada en el negro compartimento de carga. Notó unos pequeños chasquidos a lo largo de la columna cuando introdujeron los enganches en los soportes para fijar el palanquín al suelo de la aeronave y cuando la sujetaron con las correas. Las aspas empezaron a batir de manera más audible.

Derrotadas, las Abejas desencadenaron sus cánticos, una salmodia que habían condenado al silencio a cambio de la promesa de Milena de estar con ellas. Ahora que ella se marchaba, empezaron a cantarla de nuevo.

Milena Shibush.
Shibush Shibush.
Shibush Cáncer.
Milena Cáncer.
Cáncer Cáncer.

El helicóptero levantó el vuelo de repente inclinándose hacia delante y flotando por los aires sobre los tejados de los apartamentos de los Pendones.

Cáncer Flor.
Flor Cáncer.

Y la vieja Lucy también cantaba:

così queste parole segna a vivi
del viver ch’è un correre a la morte.

Lleva así mis palabras a quien vive
el vivir que es carrera hacia la muerte.

Los tejados de los apartamentos estaban hechos de pináculos de pizarra, como las montañas peladas. El cielo estaba inundado de luz, de luz que brillaba en las hojas del Edén. Y aquellos tejados se perdieron en la lejanía a la vez que la música de Rolfa destellaba como la luz, la chispeante y fresca música del paraíso, de los ríos del paraíso. El helicóptero se inclinó durante un viraje y Milena pudo ver cómo el río de Londres discurría muy por debajo de donde ella estaba, el viejo Padre Támesis.

Contempló el jardín de su vida, al completo. Vio la Shell, una serie de bloques de edificios, dos grandes alas abiertas en forma de abrazo y comunicadas por unos caminitos, aquellos caminitos que ella había recorrido tantas veces alante y atrás, a su ritmo. Vio el Zoo, sostenido por el bambú, y las escaleras del Zoo en las que Rolfa y ella se habían dado cita tantas veces para almorzar, y el parque del Embankment en el que habían tantas veces comido.

El Cut había desaparecido. Los viejos edificios habían sido finalmente derribados y reducidos a escombros. Estaban creciendo de nuevo adoptando las formas típicas del coral, parecidas a las coliflores, que se apoyaban en el viejo puente de ladrillo. El Cut estaba cerrado y a oscuras, pero el antiguo puente del ferrocarril estaba iluminado y atestado de tráfico. Milena vio el Puente de Hungerford, en el que una vez estuvo de pie con Berowne para ver cómo volvía la electricidad. Ahora estaba abarrotado de gente que miraba al cielo y parecía que la miraran a ella y que ella siguiera estando allí, entre aquella gente. Las mismas luces seguían colgadas a lo largo del Embankment, haciendo que el río despidiera destellos amarillos y verdes. Toda la ciudad parpadeaba en verde a causa de la luz que venía del cielo, de la Comedia.

Milena también dirigió la mirada hacia arriba y el jardín que vio en el cielo era justamente el que tenía a sus pies. Lucy y Dante salieron caminando juntos del abismo de luz que era el Parque Archbishop.

Atravesaron Virgil Street, revestida de ladrillo, y desde algún lugar llegó una voz fantasmagórica que flotaba. Era la voz de Rolfa que cantaba desde el recuerdo, cantaba la noche en que Milena había estado intentando encontrarla, la noche del Día de los Perros.

Beatrice y Dante se referían a su antiguo amor cuando Dante cantó:

Si come cera da guggello…

Como la cera de los sellos
donde no cambia la figura impresa
por vos ya mi cerebro está sellado.

Rolfa siguió cantando sin letra. Ya su voz no habría de abandonar nunca la ópera, alzándose ronca y enfurecida, retumbando en Virgil Street. El Día de los Perros, Rolfa había estado cantando sola en la oscuridad el final del último Canto.

En algún otro punto de la Comedia, Dante estaba diciendo que no recordaba haberse apartado de Beatrice y que tampoco tenía consciencia de haberla ofendido.

«Los virus sabrán lo que significa eso», pensó Milena.

Había bebido las aguas del río Leteo, que le habían hecho olvidar todo el mal que había hecho en su vida.

No recuerda haber perdido a Beatrice: eso quiere decir que perder a Beatriz fue un pecado.

«Como el hecho de que yo no hable con Rolfa. Como el hecho de que no la ame». Milena tenía aún en las manos algo suave y desparramado, y lo estaba acariciando. Cerdito seguía estando en su regazo.

Y por fuera del helicóptero, al mismo nivel, había unos globos negros que estaban amarrados al Puente de Waterloo. Estaban bien hinchados y canturreaban para sí la música que estaban escuchando. La luz se reflejaba en su pellejo y los rostros del recuerdo titilaban en su superficie.

Y la música atravesó un Edén hecho de ladrillos viejos. Hablaba de la vida que había en la piedra, en el suelo, en el aire. El aire se movía como los árboles y la hierba, pero el ladrillo era sólido como una roca. Refulgía y desprendía su fragancia, incluso en el viejo Londres volaba por los aires junto a la Historia. Unos toques de acordes menores y discordantes le conferían un aire inquietante, de reproche. Algunas notas amargas centelleaban como la luz sobre las hojas que caen. La música se convirtió en una danza espeluznante, como si el jardín estuviera escondido y danzara para sí, y por sí solo. Aquella danza estaba oculta a nuestros ojos.

Beatrice y Dante atravesaron el Puente de Westminster Road y se adentraron en el Cut, en el Cut que ya no existía, en el Cut del verano de Song. Ahí estaban todas aquellas caras conocidas: la del niño que tenía enteramente la cara de Hogarth, el esbelto vendedor de telas y su preciosa esposa, la vendedora de lentes de contacto. Constituían un coro. Por primera vez, la narrativa fue cantada. Cantaban al sol en el meridiano, al mediodía de las cimas del Purgatorio.

En esta Comedia el Hoyo, el pozo del Infierno y la cima de la montaña estaban todos en el mismo lugar. El Edén y todos los demás círculos que había hacia arriba y hacia abajo se superponían unos a otros formando capas. Era un mundo compuesto por capas.

«¿Quedará suficientemente claro? —se preguntaba Milena—. ¿Entenderán esta Comedia mía, tan satírica y prosaica? ¿Habría sido posible hacer *Paradiso* también de esta manera? ¿Me habría sido posible encontrar también el cielo en la Tierra? ¿Debería alguien concluir este trabajo o debería existir tan sólo en las páginas del

libro de Rolfa?».

Entonces se acordó del pequeño Berry, que cantaba. Un día, acostado e indefenso en la habitación de Milena, había cantado la música de la Comedia incluso antes de aprender a hablar. De repente notó el sabor metálico de la certeza, como si le hubieran clavado una daga en la garganta: iba a ser Berry, el pequeño Berry. Él sería quien acabara la Comedia. Él la mantendría viva. Fue como si se visualizara a sí misma pasándosela, pero lo que le pasaba a él no era su grandeza sino su pequeñez: la Comedia tenía el tamaño de una flor.

Sintió cómo la recorría un rubor de luz con el que resplandeció toda su piel e iluminó todo el interior del helicóptero. Atravesó la puerta con sus destellos. La gente que estaba abajo pudo verla: una luz con forma de mujer. Se escuchó un rugido proveniente del suelo.

Se había quitado un peso de encima. El helicóptero inició el descenso.

De pronto se encontró con que junto al compartimento de carga había unas hojas moradas y gruesas que batían como alas que se apartaban de ella. Milena miró hacia arriba desde el bosque del Consensus. Vio a Dante y a Beatrice salir de la Calle de la Gota y dirigirse caminando hacia el río. El coro cantó a las siete doncellas que habían hecho un alto bajo una sombra fresca. Dante y Beatrice entraron bajo la sombra de la Shell.

Las hojas del Consensus aplaudieron. Milena escuchó unos gritos provenientes de abajo y el helicóptero descendió entrando en un bosque de manos situado bajo el otro bosque.

Más movimiento de la Garda, que desabrochan los enganches y la sacan del helicóptero. Hay Abejas cantando alrededor de ellos, salmodiando:

—¡Danos la enfermedad, Milena! ¡Milena, la enfermedad!

Alguien se puso a lamerle la mano para contraer la enfermedad. Giraron la camilla y Milena pudo contemplar a la gente que estaba asomada a las ventanas de Marsham Street. Había gente en las escaleras y bajo los carnosos árboles. La gente rugió. Le lanzaron flores que caían como gotas de lluvia, flores humanas, flores de verdad.

«Menudo alboroto —pensó—. Menudo alboroto para una directora de segunda». Pero sabía que se debía al cáncer y a la Comedia, a la conjunción de ambos.

Sobre sus cabezas, Dante caminaba por las orillas del Río Támesis. A la altura del puente peatonal de Hungerford, bajó las escaleras y siguió caminando por el agua. El Támesis fluía como la Historia. Ahora el Támesis representaba al río Eunoé, que devuelve los recuerdos de las buenas acciones que un alma ha realizado a lo largo de la vida, sus trabajos de amor.

Abajo, en Marsham Street, los Cantantes empezaron a entonar una de las canciones de Rolfa. Las Abejas se les unieron, no pudieron resistirse. Todos

empezaron a cantar latinajos mientras los labios del Consensus se iban separando y su boca se abría en medio de su propio bosque.

Modicum, et non videbitis me;
Et iterum
sorelle mie dilette,
modicum, et vos videbitis me.

Un breve rato en el que no me veréis,
y otro breve rato, y me veréis.

«Ay, no —pensó Milena—, no me veréis».
Entonces por encima de todas las demás voces escuchó a otra voz que cantaba:

Tan sólo una canción machacona
Tan sólo una canción machacona
Que marca el paso contigo
Sin malos sentimientos no hay malos deseos.

Era una voz débil y distante. «¿Quién está cantando?», pensó Milena. Estaba demasiado débil y no podía volver la cabeza para mirar. Entonces se dio cuenta de que era ella quien cantaba. Cantaba algo acerca del viejo Londres que había desaparecido y que no tenía nada que ver con las salmodias ni con la música de la grandiosa ópera que se estaba representando en el cielo. Le cantaba a La Paliza, a los mercadillos callejeros, a los hombres que descargaban barriles de cerveza, a los estorninos que vivían en los árboles, a los edificios en ruinas, a las peludas y robustas patas de los caballos de tiro, a los niños que se dedicaban a la venta ambulante de café: a los niños, a Berry y la gente vieja, muy vieja, que ahora todos ellos iban a llegar a ser.

Y no sabe cuándo terminar
pero es tan duro perder a un amigo
No es más que una canción machacona
pero…

Milena notaba los bamboleos del féretro mientras la transportaban hacia la lengua del Consensus. Miró al cielo entre los carnosos árboles y la maraña de hojas, hacia donde estaban los juegos de luz. El mundo entero parecía estar sumergido en agua, en agua translúcida y llena de burbujas con aspecto de perlas. Eran las aguas de Eunoé, el recuerdo. La música de Rolfa se preparaba para el impulso final.

«Esto será lo último que vea de la Comedia», pensó Milena. Y sin embargo, no

echaría de menos la Comedia, ni su importante puesto en el Zoo, ni todo aquel circo.

¡Todos juntos!
Pero…
¡Todos juntos!

La lengua viva del Consensus los envolvió y los depositó más abajo, en su interior y la luz y el sonido desaparecieron.

Pero el silencio siguió estando ahí.

Capítulo 20

¿Y ahora qué va a pasar? (Una orquesta de fantasmas)

En el interior de los pasillos de ladrillo no había ningún niño. Las Salas de Lectura estaban desiertas: no había niños cantando y no sonaba ninguna guitarra, ni tan siquiera una campana. Tan sólo se percibía el sonido amortiguado de la Comedia en el cielo y el áspero resplandor de la bombilla desnuda.

Depositaron a Milena en el suelo y notó el olor del polvo. A su lado colocaron a Mike en su silla cabestrillo. Tenía el regazo cubierto de flores, flores que le habían caído encima y que se desparramaron por el suelo cuando se asomó al ataúd de Milena.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él amablemente.

—Estoy bien —respondió ella.

«No siento dolor. Todo se arremolina en torno a mí, todo baila y sigo sin poder creérmelo. Sigo sin poder creer que me esté muriendo».

—Van a hacer que formes parte de la Casa Superior —le dijo Mike en voz baja—, ¿sabes lo que eso significa?

Milena sabía lo que significaba y no lo deseaba, así que sacudió la cabeza, de forma que Mike creyó que se refería a que no lo sabía.

—Significa que conservan el modelo —dijo—. El modelo que obtienen a partir de la Lectura. Lo guardan para consultarle cosas. Significa que incluso después de tu muerte, vas a seguir formando parte del Consensus.

—Lo que significa es que me necesitan para algo —graznó Milena echándose a reír.

Su risa era como una serie de sacudidas interiores provenientes del pecho, como un ataque de tos.

—Me pregunto qué sucede con la Casa Inferior —era una pregunta retórica, Milena conocía la respuesta pero Mike se encogió de hombros haciendo ver que no tenía la menor idea—. Los eliminan —dijo Milena—, los eliminan de una vez por todas.

El crujir del vestido blanco, las nalgas. Milena sonrió y sacudió la cabeza. Había llegado Root.

—¿Alguna experiencia relacionada con lo paranormal, señor Stone? —Root formuló la pregunta en un tono de voz casi inaudible, para no molestar a Milena.

«Tan sólo las que he tenido a lo largo de toda mi vida —pensó Milena—. Tan sólo una representación que encontré en un Reformador Tridimensional que no debería haber estado ahí y que fue grabada por una mujer inmortal. Tan sólo un plato

de cordero que no debería haber estado ahí. Tan sólo Londres. Tan sólo una enemiga que temblaba y bailaba dentro de mis ojos. Tan sólo Ángeles y Querubines que me hablaban a través de los hilos, de los hilos de la gravedad».

—No vamos a tardar más que unos pocos segundos y habremos terminado —dijo Root retraída a causa de la tristeza. Pero Root no era capaz de permanecer callada mucho rato, así que su cara floreció de repente con una amplia sonrisa—: ¿Qué tal te encuentras, cielo? —preguntó.

Aquella sonrisa de oreja a oreja bastó para hacer que Milena sonriera también.

—No estoy demasiado bien —dijo.

—Como ya has estado aquí, sabes lo que va a pasar ahora, ¿verdad? —dijo Root.

—Sí —mintió Milena.

—Vas a verlo todo, todo a la vez, tu vida entera.

«Como los que se están ahogando».

—No hay mejor momento que el presente —dijo Milena.

Y no quedaba más tiempo que el presente.

—Estaba equivocada, ¿verdad? —dijo Root.

No había habido tratamiento que la curara.

—Ajá —dijo Milena. No podía decir lo contrario.

—Pero vas a vivir para siempre, aquí —dijo Root levantando las manos para referirse al Consensus que las rodeaba.

«No voy a librarme del Consensus jamás».

—Y aquí —prosiguió Root llevándose una mano al corazón.

«Pero no aquí», pensó Milena refiriéndose a la carne que habitaba y a los suelos de ladrillo.

—Quiero ser libre —susurró Milena.

Root la contempló con cariño y compasión. Un deseo así no haría más que conducirla al dolor y a la decepción.

—Entonces tal vez lo consigas —dijo ella con falsedad y dándole un toquecito en la mano—, enseguida vuelvo.

Se puso en pie y salió envuelta en el crujir de su vestido.

Mike se salió de la silla cabestrillo y se arrastró a cuatro patas hasta donde estaba Milena.

Mike se inclinó sobre ella como la ópera que estaba en el cielo.

—Hay una cosa que te quiero decir —dijo Mike—. Me he contagiado de un virus tuyo. Un receptor que se convirtió en transmisor. Me he contagiado de ti. ¿Lo comprendes? Te tengo dentro de mi mente, del mismo modo en que tú tienes a Heather.

«Vaya cosa más rara, como si estuviera derramándome por todas partes, en fragmentos como hojas que caen».

—Así es como has sabido de la existencia de Heather —murmuró Milena—, y también por eso has sabido lo del tapiz.

A Milena le sorprendió la debilidad de su voz.

Mike asintió.

—¡Heather no va a morir! —dijo Milena. Se sintió feliz y aliviada—. ¡No va a perecer conmigo! Salúdala de mi parte y díselo a Al, ¿lo harás? Déjale que venga a charlar con ella.

—Ya sé lo de ellos dos —dijo Mike—. Y también sé lo de Rolfa. Ahora lo sé todo —se señaló la sien con un dedo—, así que no debes preocuparte por mí. Si estás preocupada por mí, ¡ja!

«La risita despectiva». Mike Stone se rió con la risita despectiva de Rolfa.

—No estaré solo —prosiguió—, te tendré a ti y podré hablar contigo. Le hablaré de ti al niño, se lo contaré todo de ti.

Y tú también podrás hablarle a través de mí —de tan inocente que era, estaba sonriente—. Tal y como te dije cuando te hablé de tener un bebé por primera vez: no puede pasar nada malo. Y es cierto, ¿lo ves? Es cierto.

Se agachó más aún apoyándose en las manos y en las rodillas y la besó en la frente. Milena se las arregló para rodear su cuello con uno de sus escuálidos brazos.

—Te quiero —dijo Milena. Era la primera vez que lo decía.

Su sonrisa no se vio alterada. Seguía sintiéndose feliz. Su mirada no se suavizó ni perdió honestidad.

—Sí, supongo que me quieres… a tu manera —dijo él.

El bulto duro y caliente que tenía Milena en el hombro parecía estar maduro. Reventó.

—Ah —dijo Milena suavemente al notarlo.

Tenía el hombro hecho jirones de carne. Se llevó la mano a la herida y sacó los dedos mojados, pero no de sangre sino de savia transparente.

—¡Ah, Milena! —dijo Mike Stone y sacó algo de su cuerpo.

Era una rosa, una rosa humana.

—Eso es un tumor —dijo Milena—, y eso significa que es inmortal. Si la plantas, nunca morirá.

Empezó a reventar por otros sitios. Algo pareció caer en la manga de su blusón. La sacudió y salió una tortuga mordedora bañada en sangre, que se arrastró hacia el suelo. Milena estaba pariendo sus recuerdos. La barriga le crujió y se abrió. Algo vibró y Milena se levantó el blusón.

Había una cosa más.

Era suave y rosado y tenía una larga nariz y unas orejas gachas. Milena seguía teniendo en el regazo el destrozado y mugriento muñeco Cerdito y apareció uno nuevo que pareció salir del viejo, como si dejara atrás una piel muerta y seca. Estaba

vivo. Echó un vistazo a su alrededor asustado y maravillado a la vez. Mike Stone alargó un brazo y lo cogió de la mano.

—Hola, Cerdito —murmuró amablemente.

Cerdito bajó aturdido del cuerpo de Milena.

Se oyó cómo se acercaba un crujir de faldas.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró Root.

Cerdito se quedó mirándola fijamente, con curiosidad y con la cabeza ladeada.

—Están huyendo todos ahora que todavía están a tiempo.

Root no podía dejar de sacudir la cabeza y de repetir:

—Yo no sé… yo no sé…

Dio media vuelta y se dirigió a la Sala de Lectura.

«¿Esto está sucediendo ahora? —se preguntó la Milena que estaba recordando—. ¿O ha sucedido hace unos momentos? ¿Esto ha pasado ya? No consigo recordarlo. ¿Yo soy la que lo está viviendo o la que lo está recordando?».

—Tranquila —dijo Mike cuando vinieron más personas a ayudar.

Levantaron la camilla por los aires y Mike tuvo que soltar la mano de Milena. Cogió en brazos a Cerdito y a la tortuga mordedora. Cerdito llevaba la rosa y todos ellos fueron trasladados en la silla cabestrillo. Iban delante de Milena y atravesaron la luz ultravioleta y el pasillo de acordeón en dirección a la Sala Pública de Lectura.

En la sala había un hombre de blanco de elevada estatura que llevaba la cara cubierta con una máscara de plástico transparente.

—Pero bueno, ¿pretendéis meter aquí más virus? —preguntó con gesto de desaprobación—. Deberíais ir todos vestidos de blanco.

Era un Médico. Los Médicos constituían el más importante de los Barrios, supervisaban el Sistema de Salud y cuidaban del Consensus.

—¿Y eso qué demonios es? —preguntó el Médico señalando a Cerdito.

—Nueva… —dijo Mike Stone, pero no le salían las palabras—. Nueva vida.

—*Vita Nuova* —susurró una voz proveniente de algún sitio.

—Han pasado por los rayos ultravioletas —dijo Root al Médico. Tenía la mano apoyada en el hombro de Mike—. Mike, cielo, ahora vas a tener que apartarte. Apártate o se mezclarán las dos lecturas y eso sí que da un resultado extraño.

—Ya estamos mezclados —dijo Mike con la voz entrecortada.

—No te preocupes, Mike —dijo Milena.

—Sí, vale —dijo—. Se giró y se inclinó sobre ella, que nunca había visto antes su cara desde ese ángulo. Estaba retorcida y estirada a la vez en varias direcciones. Él también miraba el rostro de ella, recorriéndolo una y otra vez.

«Está mirándome para recordar mi cara», pensó Milena.

La mano morena, tranquilizante y directiva de Root, tiró suavemente de él para que se retirara. Él se dio la vuelta y se alejó arrastrándose.

Dejaron a Milena sola encima del suelo vivo. «Vaya, voy a morir en soledad», pensó Milena. Todo el mundo tiene que abandonarme.

¿Y ahora qué va a pasar?

Se acordó de Rolfa. «Rolfa pasó por esto. Yo vi cómo la atravesaba la oleada. ¿Cuándo va a llegar? ¿Después te acuerdas de todo lo que has visto o tan sólo de unas cuantas cosas?».

Por encima de donde ella estaba se escuchaba, tenue, la música de Rolfa que sacudía la tierra, las rocas y la carne del Consensus. «Rolfa, ¿dónde está Rolfa ahora?».

La voz volvió a hablar suavemente. Susurró en la mente de Milena.

—*Lo que va a pasar ahora es que vas a recordar* —dijo la voz—. *Vas a recordarlo todo. No tienes nada que temer. Parece que dura una eternidad, pero no es más que un momento.*

—¿Root? —llamó Milena esforzándose por incorporarse para echar un vistazo a su alrededor—. ¿Quién ha hablado?

—*Ahora tengo que marcharme, pero modicum et vos vitebitis me.*

Dentro de poco me verás.

Había sido Rolfa. Rolfa había sido quien había hablado.

Allí arriba, al otro lado de las rocas, la música terminó de repente. La Comedia había finalizado.

El espacio brilló con luz trémula y de pronto el espacio, el tiempo y el pensamiento rodaron hechos uno, hacia ella.

Entonces la invadió la oleada.

En algún lugar de su memoria, Milena vio el rostro de Chao Li Song cuando era joven:

—El problema —dijo el forajido— es el tiempo.

Milena recordó haber estado en el puente peatonal de Hungerford, cuando estaba abarrotado de amigos y de extraños. Recordó a Berowne, de pie junto a ella cuando estaba vivo, estaba vivo y aún era joven y el viento le agitaba el pelo como con esperanza. Tenía ya aquella sonrisa descalcificada.

—Quiero formar parte de esto —dijo.

—¡Cero! —gritó la gente—. ¡Menos uno!, ¡menos dos!

Las luces volvieron a iluminarse una tras otra mientras Milena siguió dividiéndose en miles de individualidades, en miles de momentos en los que cada uno de los Ahora era un mundo distinto y cada uno de los instantes de su vida se movía como un pájaro al vuelo, separados unos de otros. Causa y efecto no bastaban para unir el mundo.

El Paraíso, al igual que el Infierno, está presente eternamente. El tiempo los hace

borrosos, los hace unirse tanto entre sí que salvación y condena llegan a ser una misma cosa. La memoria es como estar fuera del tiempo. Tiene la capacidad de separarlas. La memoria nos muestra lo que es el Cielo, un lugar en el que nunca pasa nada. Nos muestra ese momento en el que el deseo se ve satisfecho y se queda acariciando y aferrándose para siempre a las cosas que ama. La memoria nos esclaviza, preserva el horror, nos precipita hacia él y nos hace amoldarnos a su presencia. La memoria es el Purgatorio. Para salvarte o para condenarte tienes que estar fuera del tiempo. Tienes que salirte de esta vida.

—¡Ahhh! —gritó Milena levantando sus brazos delgados y danzarines como las ramas de un árbol—. ¡Ahhh! —gritó de placer y de dolor.

Se encontró con Mike Stone por primera vez. Conoció a Thrawn McCartney. La Boticaria giró sobre sus talones y las Abejas se movieron por el lodo de la marea como si fuesen una bandada de flamencos. Milena se enfrentó a Max:

—Un libro grande de color gris, ¿qué has hecho con él, Max?

Al *el Insidioso* vino en su ayuda:

—Una persona contiene un universo entero —dijo Al *el Insidioso*—. A la memoria le llamamos la Red y por debajo está el fuego que no hace más que arder.

Las princesas chinas bailaron formando ordenadas hileras y levantando sus abanicos al unísono frente a un cangrejo gigante y entronizado.

El Rey de *Trabajos de amor* se quedó mirándola fijamente con la cara mugrienta:

—La comida llora —dijo—, el café grita.

La vendedora de juegos anunciaba sus lentillas de espejos cantando con su potente y limpia voz:

Puedes conseguirlo, no tiene misterios
con ayuda de un pequeño artilugio que nos lega la Historia

Milton *el Ministro* se cayó en la ensalada de calamares.

—Pienso en todos vosotros —dijo Lucy— como si fuerais flores de mi jardín.

En algún lugar persistía el ruido de los helicópteros.

Un fuego incendió la vida de Milena, extendiéndose por todas sus ramificaciones nerviosas. Los nervios se bifurcaban formando tal vez un código de sí/no, uno/cero, pero el dibujo final consistía en algo tan denso y fluido como el magma.

«Me estoy alzando como un árbol, dividiéndome en ramas cada vez más pequeñas y cada una de las diminutas ramitas es una nueva individualidad. Pero he perdido las raíces, he perdido todas las raíces de mi mundo. Me pongo nerviosa y mi sintaxis se invierte. Eso sí que es Mala Sintaxis».

—Porque tú eres el pasado —dijo Root desde algún lugar—. ¿Y ahora?

El fuego purificador la quemó entera, encendió toda su memoria.

Purgatorio.

Milena recordó haber estado en un andén ferroviario en Checoslovaquia, cogida de la mano de su madre. Al final de las vías de coral rosado, en los confines del horizonte, se veía una estrella. Era una estrella que venía a por ellas dos y Milena estaba entusiasmada.

—¡Chucu-chu! —gritaba ella imitando el sonido del tren.

El tren entró violentamente en la estación, chirriando y crujiendo sobre sus enormes ruedas de caucho entre las que llevaba una especie de órgano de vapor que despidiera moléculas. Unos cuervos que estaban en el prado contiguo alzaron el vuelo entre graznidos.

El tren era enorme, fuerte y simpático, como lo era su padre. Era como si su padre hubiera regresado. Hubo un largo chirrido y un ruido metálico, como cuando su padre se tiraba en el sofá para jugar con la pequeña Milena. Pero entre ella y el tren había un hueco, un hueco oscuro en el que Milena podía caerse. Los escalones que conducían al tren eran tan altos como ella, eran escalones para adultos, no estaban hechos para los niños.

Entonces su madre la levantó, como si fuera a depositarla en los brazos de su padre. Su madre habló:

—Vamos arriba, un escalón, dos escalones…

—*Nastupujem! Raz, dva*?

«Lo que habla no es inglés —pensó Milena al recordar. La idea la impactó—. Está hablando checo y yo lo entiendo todo, lo entiendo mejor de lo que jamás entendí el inglés. El inglés no es igual, no me levanta del suelo y me mece en sus brazos. El inglés es un universo distinto. Lengua checa, tiempo checo, sentimientos checos. Un tren es algo completamente distinto de un *vlak*. Un tren es algo británico, fiable y muy pasado de moda, *declassé*. Un *vlak* es abrupto y poderoso y te lleva a la ciudad, en donde están todas las cosas buenas. Y justo porque el *vlak* es así de importante, no se puede permitir que se marche sin más, tiene que organizarse una buena algarabía. Agitar de pañuelos. Mujeres que sacan las manos o las caras por las ventanas para abrazarse, para dar algún consejo de última hora».

«Tráeme los libros y dile a Juliana que no se olvide de ir a ver la tita».

Era como si fuesen a marcharse para no volver jamás.

Milena y su madre entraron en un vagón en el que se encontraron con hileras completas de caras y con una mujer que llevaba gafas y un abrigo de piel de zorro.

—*Mami, proc ma ta pani na sobe mrtve zviratko*?

—Mama, ¿por qué lleva esa mujer encima un animal muerto?

Una pregunta imposible de responder. Todos los viajeros del vagón se echaron a reír, incluida la señora de las gafas, aunque a ella se le pusieron los labios en tensión y entornó un poco los ojos. La pregunta era imposible de responder porque, bien

pensada, no había ninguna respuesta que tuviera sentido. Difícilmente se podría decir que lo llevaba porque la favoreciera. Y además estaba aquella cabeza de zorro muerto que se muerde su propia cola, así que ¿para qué lo llevaba?

La niña se sobresaltó con el estallido de carcajadas. Quisiera que la gente comprendiera que en realidad, no se trata de una pregunta estúpida.

—*Snedla je napred? Mela je ochocene*?

—¿Es que se lo ha comido antes de ponérselo? ¿O acaso era su mascota?

—Milena —rechista su madre mirando a su alrededor con nerviosismo.

No hay nadie más que use su nombre de la misma manera.

La voz de su madre se eleva y desciende acariciando su nombre con cariño y con lástima, avergonzada y cargada de sufrimiento. Milena inflinge a su madre un profundo dolor, un dolor que está enredado entre otros muchos sentimientos y la forma en que su madre pronuncia su nombre hace que se imponga su significado inherente.

Milena recordó que su nombre significaba «Amada».

«Aún conservo el nombre, pero había perdido el significado hasta este momento». Fue como si su nombre se hubiera desprendido de una máscara para desvelar su significado, para que Milena escuchara una vez más cómo la llamaba su madre en su primer mundo.

La madre de Milena la arrastra hacia un asiento y le habla en un tono que resulta audible al resto de la gente:

—*To nikdy nebylo zviratko, Milena. To narostlo. Pestuji kozesinu jako rostliny*.

—Nunca fue un animal, Milena. Ha sido cultivado. Las pieles se cultivan como las plantas.

A Milena le gustaría saber para qué hacen eso, pero tiene miedo, miedo a otra explosión de carcajadas. Se siente profundamente avergonzada. Es evidente que hacer preguntas no es buena cosa. Las preguntas ponen de manifiesto que es estúpida. La niña ya era consciente de que era estúpida, de que tenía que estarse callada, de que tenía que esconderse. Le habían administrado virus una y otra vez, pero no arraigaban. Era resistente.

Su madre la sube a un asiento. Milena se da cuenta de lo pequeña y liviana que es, de que casi podría darse la vuelta en el aire, como un cromo. Ser así de ligera es una virtud, y ser tan rápida, parecerse tanto a un fuego. El tiempo parece tan lento y fluido como la miel. Sus piernas cuelgan a bastante altura del suelo, su madre le pega la espalda al respaldo del asiento y las piernecitas se le quedan tiesas hacia delante. Nada está hecho para los niños.

Escuchan un chirrido y de repente el tren da una sacudida hacia delante y empieza a moverse lentamente, como hastiado, reticente.

—*Zamavej no rozloucenou, Milena*.

—Saluda con la mano, Milena, di adiós con la manita.

Su madre llora en silencio y la niña Milena está perpleja. Le habían dicho que iban a marcharse, pero no se lo había creído. «¿Marcharnos adónde? ¿Existe algún otro lugar en el que vivir? ¿Praga? Eso estaría muy bien, pero ¿no era un lugar peligroso, Praga? ¿No se había marchado de Praga para esconderse?».

La destartalada y diminuta estación se va alejando. Ya no se ve el pueblo. Aún hay árboles y está el viejo río, y las vacas borrosas entre la niebla y un campanario con una torre abovedada. Todo va siendo engullido gradualmente por la oscuridad.

—Mi hogar —se lamentó la Milena que estaba recordando—, ése era mi hogar.

La niña Milena no lloraba, para ella no era más que un paisaje que pasaba tras la ventanilla.

«Ése es el país que no volveré a ver —pensaba la Milena que estaba recordando —, es el lugar que llevo dentro de mi cabeza, vago, formando parte de mí pero no de forma consciente. Hasta este momento».

La madre de Milena le coge la manita enguantada en un diminuto mitón, se la levanta y se la sacude como despidiéndose de nadie.

No son mitones, sino *palcaky*.

La forma en que van vestidos los viajeros del tren, sus cortes de pelo y sus peinados, la manera en que se colocan los calcetines, por fuera de las perneras del pantalón para protegerse del frío, el olor del tren. Infusiones de menta poleo y pastelillos de azúcar metidos en cajitas para comérselos por el camino, y aquellos paneles de resina tan particulares, el ruido que hace el tren, ese gruñido grave y ronco, como si tuviera barba y cantara con una voz desatada y potente o fumara puros. Como si, al igual que su padre, el tren hablara de libertad hasta el día de su muerte.

No de libertad, no de libertad, sino de *svoboda*.

Aquéllas no eran casas, sino *domy*.

Aquéllos no eran campos, sino *pole*.

Aquéllos no eran cuervos, sino *kosi*.

Y yo no soy Milena Shibush, nunca llegué a ser Milena Shibush. Ella está en algún lugar, en la tierra que podría haber sido.

Ay, Tato; ay, Mami, ¿tanto llega uno a apartarse? ¿Tanto nos va empujando la vida, que llegamos a dejar de ser reales? ¿Todo aquello de entonces era real? ¿Cómo fue que se desvaneció? ¿Y cómo es posible que esté aquí otra vez?

Milena recordó su infancia.

Recordó haber estado pelando almendras en la casa de alguien. Amada, Amada, la llamaban todos. Las almendras salían de un cuenco de barro rojo con agua hervida y estaban calientes. Milena las sujetaba y las comprimía entre los dos pulgares y la almendra salía de su piel marrón de un salto misterioso, como por arte de magia.

Era Semana Santa. Milena corría junto a otros niños por un jardín enorme, riendo al sol y cortando cebollinos con unas tijeras. Un caballo lanudo con los labios carnosos comió de la mano de Milena, que sofocó un grito de asombro. Encontraron mariquitas e intentaron guardarlas en un cuenco lleno de hierba, y en la habitación de la entrada de la vieja casona las niñas construyeron con cajas una casa secreta. Tenían un piano de juguete. Se peleaban con los niños para que no entraran en su casita secreta y mientras peleaban tintineaba la música. Milena recordó haber tirado al suelo a un niño de un empujón. Milena luchó y ganó y chilló de emoción.

Milena recordó las caras de los amigos que había olvidado. Había una niña pequeñita con los ojos almendrados, un precioso pelo negro recogido con un lazo y un vestido rosa. También estaba Sofía, la de ojos azules y pelo castaño y un niñito lánguido que, aunque era más débil que las niñas, no lloraba nunca y venía una y otra vez a atacar el escondrijo. Milena se pilló una mano en una puerta y gritó y lloró pero luego, tan pronto como el dolor se le pasó, volvió a echarse a reír y salió corriendo otra vez hacia el jardín para estar con los demás, buscando chocolatines debajo de las hojas.

«Yo era feliz».

«Y nunca he sentido que Inglaterra fuera mi hogar. Nunca he sentido mío el idioma, nunca me he sentido como se sienten los demás. Conozco las palabras pero no las siento en realidad. En realidad yo no lloro en inglés, no me río en inglés, no hago el amor en inglés. La gente me parece aburrida o cruel, insulsa o pretenciosa, grosera o remilgada, pero en realidad no llego nunca a captarles del todo. Y la verdad es que nunca digo la palabra exacta ni hago exactamente lo que tengo que hacer, porque lo que subyace no es tan sólo una Mala Sintaxis. Mi Sintaxis es Checa».

Y Milena recordó que más tarde, aquel mismo día de Semana Santa, la niña emprendió el largo regreso hacia su casa, subiendo la cuesta. Había habido una procesión en la iglesia de la cúpula y la niña iba vestida de blanco y llevaba puestas unas alas cubiertas de granos de resina que despedían destellos al recibir la luz. Estaba subiendo por la cuesta que partía del pueblo y llegaba hasta su casa de piedra caliza. El camino bordeaba un bosque oscuro. La niña caminaba entre su padre y su madre, que la llevaban cogida de las manos, e iba vestida de ángel. Su regordeta carita, de un color púrpura vivo, estaba levantada hacia arriba.

La niña tenía la mirada levantada hacia Milena.

«Me está viendo —pensó la Milena que estaba recordando—, y yo la estoy viendo a ella».

Su padre intentó tirar de la niña para que siguiera avanzando, pero se resistió. Se quedó mirando fijamente a Milena con gesto hosco, a su propia individualidad adulta.

«¡Me acuerdo de este momento!», pensó la Milena adulta.

Y entonces Milena recordó haber visto a una anciana cuya piel parecía amarillear

en los puntos en que los huesos la estaban presionando, como si éstos estuvieran a punto de salirse del cuerpo. Era una mujer calva, con tan sólo un par de mechones de pelo. La niña sintió pavor al verla, sintió un miedo inconmensurable, como si supiera que esa ruina de fantasma era su propio futuro.

Y el tiempo se detuvo. El centro del mundo en movimiento rotó sobre un punto fijo en el que se encontraba Milena, la Milena del principio y la Milena del final.

La adulta se arrodilló bajo las ramas de los árboles que se quedaron inmóviles para respirar, bajo la inmutable luz del sol, en un instante de plena comprensión.

—¿Tienes tiempo? —preguntó la adulta a la niña.

Quería hablarle, quería ponerla sobre aviso.

La niña no entendía inglés. «¡Claro! ¡Era eso!», pensó la adulta llevándose una mano a la cara. Intentó recordar alguna palabra de checo. Quería ponerla sobre aviso, quería protegerla. ¿Ponerla sobre aviso contra qué? ¿Contra la vida? ¿La muerte? ¿El abandono de su hogar? La niña frunció el ceño llena de perplejidad.

—Sé feliz —graznó la adulta, cuyo mundo ya no le pertenecía. Buscó una lengua extranjera pero se equivocó al elegir—. *Soyez heureuse*.

La niña le dio al padre un tironcito de la mano y el tiempo reemprendió su curso.

«¡Quédate aquí! —pensó Milena la adulta—. ¡No tengas prisa por marcharte! ¡Tu padre morirá y tu madre también, vas a verte despojada de todo esto! ¡Te vas a encontrar perdida!».

Milena recordó haber visto un rostro anciano, triste y desesperado que ansiaba entregar un mensaje que tal vez ningún niño debería entender.

Amada se dio la vuelta. Le dio a su padre un tironcito del brazo para que la columpiara colina arriba. El se echó a reír e hizo que despegara del suelo, que echara a volar. La niña chilló y sintió un cosquilleo de alegría y miedo a la vez, y volvieron a dejarla en el suelo. Y siguió subiendo por la ladera boscosa entre sombras y claros de sol.

«Pero no está perdida, no está perdida a mitad del camino de la vida —pensó Milena—. Este es el principio, el bosque está inundado de luz y el camino es recto».

La niña se giró para volver a verla. Su cara parecía decir que era capaz de comprender mucho más de lo que podía expresar con palabras.

—Fantasma —decía la carita—, márchate. No tienes nada que ver conmigo ahora, fantasma. ¿Acaso te crees, fantasma, que porque tú estés al final y yo esté al principio eres más importante que yo?

Y en el inmóvil centro del mundo en movimiento, Milena contempló todo su pasado. Recordó el Jardín de Infancia el día en que conoció a Rose Ella. Recordó las flores que manaron de su ser el día en que reformó la luz desde la habitación de Thrawn. Contempló la Tierra desde las ventanas del Bulto, vio Archbishop’s Park, vio los juncos y las lentas aguas de La Hondonada. Recordó el fuego que subió

retorciéndose por el brazo de Thrawn McCartney. ¿De verdad importaba algo de todo aquello más que la niña que subía por la colina entre su madre y su padre, caminando a través de un bosque en una tierra lejana?

Y Milena volvió a despertarse en el suave y cálido suelo de la Sala de Lectura.

—¡Otra vez no! —dijo Root—. ¡Te lo dije! ¡Te dije que no te resistieras!

—Siempre tengo que resistirme —murmuró Milena.

—No tienen lo que quieren.

«Quieren a Rolfa».

—¡El modelo no está completo!

Mike Stone se acercó arrastrándose y dijo:

—De todas formas, esto ya tiene que terminar. Mi mujer está enferma.

«Nos hacemos viejos y perdemos nuestra personalidad —pensó Milena—. ¿Para qué habré traído de vuelta al cáncer? ¿Para que la gente pudiera envejecer?». Se acordó de Hortensia y de sus huesos descalcificados que no paraban de romperse. Se acordó de los niños que corrían por el jardín de la casona y de las caras de sus amigos de la infancia. Ahora deberían tener su edad, algo más de veinte años, y vivirían en Checoslovaquia. Pero ellos no estarían muriéndose.

«¿Por qué demonios habré hecho esto?».

Root se dirigió a grandes zancadas hacia Mike Stone:

—Mike, cielo, déjame que te explique —dijo ayudándole a colocarse de nuevo en la silla.

Milena pudo escuchar parte de lo que le dijo, algo acerca de lo que podrían ayudarle algunas medicinas. Algo acerca de que todo pasaría en un instante.

El Médico llegó. El Médico estaba vestido de blanco y llevaba en la mano una jeringuilla. Milena pensó en la carita redonda, regordeta y colorada de la niña que ella fue un día, antes de entrar en contacto con los virus. Pensó en los gruesos labios del caballo del jardín y de lo divertido que era cortar cebollinos.

Milena entendió por qué había traído de vuelta al cáncer.

—Ahora la gente podrá envejecer, ¿verdad? —preguntó Milena al Médico—. Ahora podrán vivir más años, gracias al cáncer.

—Sí, así es —dijo el Médico.

Se oyó un silbido de la jeringuilla. Otro tratamiento más para enfermarla.

—Así que si la gente puede ahora llegar a vieja, ¿les dejarán que sean niños?

Milena Shibush había traído el cáncer de vuelta para que dejaran a los niños tranquilos un poco más de tiempo, para que pudieran jugar en el jardín, entre los árboles, con la luz. ¿Quién hubiera dicho que Milena Shibush moriría por amor a los niños?

—Ah —dijo el Médico con una sonrisa profesional y distante—. Pero hemos

curado a la gente de la infancia. Los niños no sabían nada, había que cuidar de ellos y eran crueles por naturaleza. La niñez era una enfermedad —se levantó con gesto satisfecho y sacudió la cabeza—, no, no vamos a dejar que vuelva a existir.

«He perdido», pensó Milena. Ni siquiera había sido consciente de que había estado librando una batalla. Había invertido su vida en tratar de recuperar lo que ella había conocido en su niñez.

Milena había pensado que su vida había dado comienzo al conocer a Rolfa. Pensó que había florecido cuando la encontró, y que su vida había ido floreciendo más y más a partir del momento en que ella la dejó. Sin embargo su vida había terminado, en el sentido de que había alcanzado su objetivo. Había alcanzado su propósito vital. En Rolfa había hallado el amor, con ella lo había conocido. Y el amor representaba todo aquello que había perdido: su país natal, su lengua materna, el paisaje de su niñez, la forma en que ella lo veía, su padre, su madre, su nombre, el lugar en el que habría sido feliz. Había perdido su identidad.

Y Rolfa, incluso a ella la había perdido. «Rolfa, te tienen incluso a ti. Tienen tu voz, tienen tu mente, pueden hacer que hables cuando ellos quieran. Yo te entregué a ellos. Así que ¿para qué estoy reteniendo los recuerdos que me quedan de ti? Dejemos que los tengan también».

«Voy a tener que encontrar otra forma de luchar».

Milena renunció a sus reivindicaciones y recordó a Rolfa para el Consensus.

Milena recordó haber estado perdida en la oscuridad del Cementerio. Las hebras sueltas de los disfraces muertos le rozaban la cara y las lentejuelas que tocaba al avanzar le parecían ásperas al tacto.

Sonaba una música a un volumen tan alto que era una locura. La pieza era *Das Lied von der Erde*, cuya letra contaba una especie de historia de fantasmas.

Milena se chupaba el dedo, agitada por el miedo, el miedo a volver a enfermar, a perder más de su personalidad. Estaba perdida en la oscuridad y tenía más miedo de lo normal porque la situación le recordaba que estaba perdida en muchos otros sentidos. Le recordaba que nadie la echaría en falta. Y la voz, aguda, dulce y triste, era una voz de mujer que le recordaba que estaba necesitada de amor.

Así que la oscuridad que la rodeaba estaba plagada de fantasmas. «No seas tonta —se dijo—, ¿qué crees que va a ser? ¿Una orquesta de fantasmas?». Se raspó la cabeza contra los ladrillos, miró a través de un arco y vio una lámpara de pared. Se dio cuenta de que allí no había sitio para una orquesta. Resultaba obvio qué era lo que estaba sonando, si hubiera podido pensar con claridad se habría dado cuenta de que era una grabación. Pero tenía demasiado miedo de sí misma y de la vida y no era capaz de pensar con claridad. La Milena que recordaba sintió lástima de Milena la actriz. La actriz se arrodilló y apartó una cortina de viejos vestidos.

«Problemas», pensó Milena la actriz.

«Problemas», pensó la Milena que estaba recordando.

Problemas al ver el montón de papeles, el desorden, la estridente música y la derrotada y deslumbrada brutalidad de una Osa Polar. Ahí había un caos.

Ewig blauen licht die Fernen.

En todas partes y eternamente, brillan luces azules en el horizonte.

Y en la música, alguien que podría ya estar muerto se iba alejando entre tristeza y arrepentimiento. Los muertos tienen más miedo que los vivos, y en algunos sentidos están mucho más vivos que ellos.

Ewig… ewig…

Eternamente… eternamente…

La IG se retorció con un movimiento convulsivo, como si ella misma se hubiera acomodado ya en la muerte al son de aquella música. Tanteó entre las cajas y los papeles como si estuviera ciega. La tristeza le pesaba en el rostro como el plomo, haciendo que la piel de debajo de los ojos y la mandíbula le colgaran hacia abajo. La música llamaba a alguien. El papel se deslizó hacia un lado y dejó una caja al descubierto, un pequeño y tosco aparato de música fabricada en un metal tan fino como el papel. Ni que decir tiene que la música llegaba a doler cuando el aparato estaba a todo volumen.

Para la pobre muerta de hambre del Consensus, aquel aparato electrónico era una maravilla y la arrancó de su escondite, la arrancó de su miedo tanto como lo hizo la cara de profunda tristeza de la IG.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Milena la actriz con admiración, a pesar de que ella tenía la capacidad de escuchar música siempre que quisiera: sus virus podían tocársela extrayéndola de su memoria. Lo que la impulsó a hacer la pregunta fue el metal, su elevado coste. Era metal de propiedad privada, lo que lo convertía en algo aún más preciado, al menos para una persona.

—De China, creo —dijo Rolfa, y Milena percibió la juventud en su voz. La juventud era directa, era fresca, no estaba gastada por las dudas, mantenía la esperanza—. ¿Podría ser que por casualidad llevaras contigo algún tipo de bebida de contenido alcohólico?

La Milena que estaba recordando se dio cuenta de que Rolfa estaba esforzándose por agradar. Ya estaba coqueteando con ella. «Le gusté desde el primer momento —pensó—, estaba demostrándomelo de mil maneras».

—No, no me gusta envenenarme —dijo la actriz cortante, seca, esperando quedar por encima.

—¡Hum! —Rolfa dio media vuelta.

En aquel entonces estaba ligeramente más delgada, no tenía michelines en la espalda y había algo de musicalidad en la forma en que se movía. La torpeza manaba

de sus sentimientos, y los sentimientos manaban de ella como el pelaje: los derrochaba por los cuatro costados. Obnubilada por la música y por el amor, se puso a ordenar el lío que tenía en el escritorio de forma bastante metódica.

Milena la actriz había sentido la primera punzada, las primeras briznas de amor, pero no se había dado cuenta.

—¿Efendi? —dijo, atormentada por que la ignorara—. He venido a cambiar estas botas.

Aunque ninguna de las dos lo sabía, ya se había creado el nexo entre ellas. Sus lados animales se habían reconocido mutuamente. Todas sus vidas estaban ahí, contenidas en la forma en que se movían y sonreían. Ya se habían Leído la una a la otra, pero sus mentes conscientes tenían que caer en la cuenta todavía.

—Tú —dijo Rolfa dando media vuelta— eres una entrometida. Lo dijo con una especie de cariño sincero. Era cierto, y a Milena no le venía mal saber que los demás se daban cuenta de las cosas que ella trataba de ocultar.

Milena la actriz se quedó fría, la invadió la timidez. Habían vuelto a ver su interior. Sus máscaras eran tan finas como el papel. Se le pasó el momento de responder y Rolfa le dio la espalda. La actriz siguió viendo a Rolfa a través de una serie de máscaras de papel. Mujer Polar, ruda y acabada. El Oso que Ama la Opera, un personaje habitual del Zoo. Su mente consciente no estaba viendo a Rolfa en absoluto.

—¡Cabrona! —murmuró la IG para sí.

—¿Se dirige usted a mí? —preguntó la actriz. «Ya sabes que no, Milena. ¿Por qué andas buscando un agravio?».

—No —dijo Rolfa volviendo a sonreír y levantando una botella—, le hablaba a esta botella de whisky vacía.

«Está queriendo decir que puede ver a través de ti, pero que le gusta lo que ve al otro lado. Y desea, anhela gustarte a ti».

Envalentonada por la atracción que sentía hacia Milena, Rolfa estrelló la botella contra el suelo y prestó atención al ruido que hacían los cristales, como si las acciones extraordinarias o los sonidos inesperados hablaran por las personas cuando éstas no eran capaces de hacerlo.

«Si hubiera sido la que soy ahora, Rolfa, me hubiera echado a reír y te hubiera preguntado tu nombre. Me hubiera sentado junto a ti y te habría dicho que ya pensaba que eras excepcional y que no me importaba tu pelaje, ni tus dientes ni tus zapatos cochambrosos. Nos habríamos sentado a hablar de música durante horas y yo te habría dicho que saliéramos a tomar una copa ya que te gustaba tanto el whisky. Habríamos sido amigas desde el principio. Y el motivo por el que ahora sería capaz de actuar así, el motivo por el que ahora soy distinta, eres tú, Rolfa.

»No quiero recordar nada más. No quiero ver este desperdicio, este dolor y esta

espera. Tan sólo quiero abrazarte. Tan sólo quiero acariciar el pelo de tu brazo e intentar salvarte de lo que está por venir. Y esta vez lo haría, esta vez sabría cómo hacerlo: no dejaría que nada cayera en saco roto. Te diría que esperáramos a que llegara el metal y tu Familia tuviera que entenderse con el Consensus. Te diría que vinieras a estar conmigo de vez en cuando, pero que no huyeras hasta que no hubiéramos demostrado a tu padre y a tus hermanas que tu música era buena. Y jamás permitiría que te Leyeran».

Rolfa alzó la botella y dijo:

—Dios es bodeguero —esbozó una amplia sonrisa y mostró a Milena sus horribles dientes y su caspa, y por fin se relajó lo suficiente para darse cuenta de que le gustaba, le gustaba aquella criatura tan peculiar.

—¿Vives aquí? —preguntó Milena la actriz dando un paso al frente.

Empezó a atravesarla una sensación divertida, burbujeante, una curiosidad infantil y algo muy tierno que había mantenido oculto y protegido.

«Tal vez no, tal vez no cambiaría nada —pensó la Milena que estaba recordando. Rebosaba amor por las dos mujeres—, tal vez ésta sea la mejor forma de que las cosas sucedan, tan sinuosa como una tela de araña, y no directa, premeditada y fría».

Una expresión atravesó el rostro de Rolfa, una expresión que la Milena que estaba recordando pudo ahora reconocer. Era una mirada de profunda ternura, de sencilla amabilidad, de desear que ambas pudieran vivir en un mundo diferente. El pelo se le metió en los ojos y la hizo pestañear.

—Sería mejor que viviera aquí —dijo con gesto divertido, pero con pesar—, aquí es donde me escondo. Puesto que no te gusta envenenarte, tal vez quieras mirar esto.

Le tendió unas partituras.

«Eso se me había olvidado: que la música había estado presente entre nosotras desde el primer momento. La música nos uniría, nos separaría y crearía un nexo de unión entre nostras que duraría el resto de nuestras vidas».

Era un papel suave, como la piel, y aún mantenía la calidez del tacto de Rolfa.

—Estoy dando por sentado que leer una partitura no reviste para ti dificultad alguna —dijo Rolfa insinuando que todo lo demás sí que lo hacía.

Ahora le parecía evidente que Rolfa era la mayor de las dos, le parecía obvio que era ella quien controlaba la situación.

«Siempre pensé que eras una torpona inocente —pensó la Milena que estaba recordando—, pero sabías mucho, Rolfa. Al fin y al cabo tú eras un genio. Y hay genialidad en las formas que tus manos trazan en el aire al moverse, en todos y cada uno de tus gestos. Sabes lo que eres y sabes también que el ego es el enemigo de lo que tú eres, así que te defiendes de él, te defiendes del orgullo y de la ambición y lo que estás haciendo es guiarme suavemente, y me doy cuenta de que ya me quieres de manera muy sutil. Tú sabías quién era yo, Rolfa, y sabías que podías hacer que mi

cuerpo y mi mente florecieran. Sigo deseándote, Rolfa. Anhelo el tacto de tu mano en la flor que tengo entre las piernas. El deseo es como una ampolla que necesita que alguien la haga explotar. Y fuiste astuta, muy astuta al ponerte a cantar porque sabías que la música me ataría, nos ataría a las dos. Cantaste para demostrarme que ya lo sabías, que la música que había en ti había hallado a su elegida».

Entonces empezó de nuevo a cantar el fantasma, desde el pasado:

Ewig… ewig… ewig…

Promesas de eternidad separadas por silencios.

De repente, Jacob estaba sonriéndole con los ojos cansados.

—Tengo un mensaje para ti, Milena.

«Yo soy Dull, si no os disgusta». «No, no, no, no», gritó la directora.

—Es de la señorita Patel —dijo Jacob.

—¿Quieres unos mitones? —preguntó Zoe sin rastro alguno de hostilidad en el comedor de la Familia.

Zoe le pasó los guantes de mendigo sin puntas de los dedos, la muestra de amabilidad. No, no eran mitones, eran *palcaky*.

Milena y Rolfa comieron juntas de nuevo junto a la orilla del río. Caminaron juntas hasta el santuario budista y estuvieron contemplando a los acróbatas. Volvieron del mercado nocturno montadas en la parte trasera de un carro, escuchando el ruido que hacían los cascos de los caballos.

—Pero ahora —dijo Jacob—, gracias a ti y a Rolfa, cuando sueño escucho música también.

Y Jacob y Milena volvieron a salir juntos al exterior, al sol, lamentándose por Rolfa. El río entero se lamentaba por Rolfa ahora, y el cielo y los pájaros. Jacob dio a Milena un último apretón de manos y esta vez le entregó el crucifijo.

—Ahora debo irme a entregar los mensajes —dijo, se marchó y Milena volvió a contemplar el reflejo del sol en las ventanas, el fuego que había en cada una de las habitaciones. Jacob entró en el fuego y se consumió, haciendo que la luminosidad de las llamas ganara en intensidad.

—¡Fuego! —gritaba Cilla—. ¡Fuego!

Una campana sonaba y Milena volvió a encontrarse otra vez en el frío de la calle, rodeada de oscuridad.

«Cada una de las habitaciones tiene a uno de nosotros en su interior».

Cilla abrió la caja y en su interior había un papel tan suave como la piel humana, del que volvió a hacerle entrega.

—¡Ay, Cil! ¿Quién ha hecho esto? —preguntó Milena.

—Nosotros, los Vampiros —dijo Cilla—, tan sólo nosotros, los Vampiros de la Historia.

Su cara se veía azulada a la luz de la luna, en el pasado.

Sonó una ráfaga de trompeta. El fuego se había extinguido. Sonó una ráfaga de trompeta. La Comedia volvió a empezar y el cielo se plagó de fuego: era el *Inferno*. Las almas deambulaban por él, unas almas que habían sido representadas como pelusas de diente de león, que se desplazaban por unos hilos invisibles y trabajaban duro en medio del fuego, atrapadas en sus propios pecados y desequilibrios para siempre, en un universo hecho de pensamientos. Entonces, ¿para qué era el fuego?

—¿Te gustan los perros? —preguntó un hombre que llevaba puesto un calentador corporal. Él también estaba ardiendo, pero de fiebre. Rolfa se volvió hacia él presa de la ira, borracha y desquiciada por lo que le había sido negado. Rolfa levantó una mesa por los aires.

«A quien ella quería pegar no era al hombre sudoroso —pensó Milena cayendo en la cuenta—, era a mí».

Y a la Milena que estaba recordando le pareció que al otro lado del río veía un parque y un niño pequeño con un sombrero de cowboy que corría en círculos cantando «¡Pi-per! ¡Pi-per!».

Y el perro aulló:

—¡No te vayas! ¡No te vayas!

Tengo que irme. Durante un tiempo, no me veréis.

Toda la Tierra pareció hundirse. Milena vio los campos y las aldeas de Gran Bretaña, tan organizados y pulcros, los graneros, los perales y las casas con forma de colmena. Se elevó entre las nubes, atravesando la niebla, y llegó a la Antártida, y allí, a la luz del paraíso, entre el frío helado, estaba la vida. Allí danzaban las arañas entre cristales de hielo. «Sé dónde estoy», pensó la Milena que estaba recordando.

Entonces, la ventana del Bulto pestañeó y de repente había Abejas suspendidas entre las nubes. Les habían salido unas enormes alas moradas y con inervaciones, como las que tienen las hojas, y estaban colgadas como los murciélagos. En el cielo había también venas, tubos transparentes y llenos de fluidos que eran bombeados lentamente. Había plantas oscilantes que se alzaban entre revoltijos de algas marinas, atadas a unas calabazas llenas de gas.

Y había grandes grupos de Abejas arremolinadas que se lanzaban entre las plantas y se alzaban en espirales de aire como los Ángeles de Doré, que vivían del aire y de la humedad. Se ataban a las venas que enlazaban las nubes.

¿Cuándo fue esto?

Entonces la Milena que estaba recordando recordó.

Rolfa se echó hacia atrás y gritó de alegría:

—No sólo va hacia atrás, va hacia delante también —dijo maravillada.

«Esto es el futuro —pensó Milena—. Estoy viendo el futuro».

El pasado y el futuro se entrelazaban en una sola imagen. Milena se elevó más aún. El cielo que tenía sobre su cabeza era ya oscuro, y el mar que veía allá abajo parecía latón bruñido. La Tierra y las nubes intercambiaban luz. Todo ello, la Tierra, las nubes, la luz, las muchas Milenas, el futuro y el pasado, la red de Abejas, la red de nervios, todos estaban ligados por un sistema de reciprocidad.

«Aquí estoy. Estoy fuera. Estoy fuera del tiempo. Y fuera del tiempo he sido siempre ingrávida».

Los rayos del sol de la tarde se filtraban por las ventanas. Los pechos de Rolfa, afeitados, se veían prácticamente planos sobre su tórax. Milena besaba su sensible vientre y le metía la lengua en el ombligo. Entonces sus recuerdos la llevaron más abajo, a donde Rolfa no se había afeitado, a donde la feminidad formaba capas, y Milena la besó ahí, deslizó la lengua por ahí y acarició todo su pequeño cuerpo contra ella, para que Rolfa pudiera besarla. Milena no buscaba puerto ni refugio, sino el cuerpo que formaba parte de la persona.

Se oyó un silbido y los dos Bultos se separaron, se rompió el precinto que los unía y el más pequeño quedó separado del grande. Iba de regreso a la Tierra. Milena, la directora, vio cómo Soldado Cristiano se separaba de ella, perfilado en una luz blanca y pura. «No importa, no te lamentes —se dijo—, vas a volver, vas a volver aquí para la Comedia».

—*Zamavej no rozloucenou, Milena*!

—Di adiós con la mano, Milena. Era la última frase que recordaba haber escuchado a su madre.

«Voy a casa», pensó Milena la directora.

Y entonces se hizo de noche en la pequeña habitación de la Shell.

—Voy a cantar —advirtió Rolfa enardecida, sobre la cama.

Milena busco a tientas un lápiz presa de un ataque de pánico, para poder escribir la música. ¿Para qué la escribes, Milena? Nadie olvida nada jamás. Lo único que hacen es tratar de huir de ello. Recordarás esta música el resto de tu vida, nota por nota.

Rolfa empezó a cantar la música que ponía fin al Purgatorio y que habría de suponer el final de todo lo que llegó a representarse de la Comedia. Cantó para Milena, mirándola fijamente todo el rato, aquella música que era como la de Haendel, como la de Mozart, como la de Wagner, notas rescatadas del fondo del alma y que no pertenecen a nadie, extraídas del reino de la libertad, del reino en el que todos deberíamos habitar.

—¡Déjalo ya! —gritó alguien desde el piso de arriba.

Rolfa sonrió y alzó la voz. Su sonrisa parecía decirle que eso también lo

recordaría.

—¡Si-len-cio! —gritó otra persona.

Milena se asomó a la ventana para gritarles a todos, a todos los que habían obstaculizado la música para que no saliera de Rolfa, ni de ellos mismos, ni de ella misma tampoco.

—¡Aquí hay una persona que se está muriendo! —gritó Milena. Para ella, no era más que la verdad.

Rolfa levantó las manos y, mediante algún milagro de aire y saliva, reprodujo el sonido de un aplauso, el sonido de la justicia. Y de pronto estaban las dos en la calle de Rolfa, por la noche, al lado de un parque, y los árboles también aplaudían con sus hojas. Milena llevaba puestos los guantes de mendigo. Rolfa volvía a estar cubierta de pelo y la abrazaba, la sostenía. Por algún motivo, estaba nevando. La nieve caía como estrellas, pero ¿cuándo había nevado?

Milena contempló el parque cubierto de nieve y supo que se trataba del Londres del futuro. Esta era la cuesta que había junto a la casa de Rolfa, años después de que ambas se hubieran marchado. Éste era el Londres en el que Milena ya no vivía, en el que no había ya ninguna Rolfa que la abrazara, en el que Milena ya no tenía un cuerpo que pudiera ser abrazado.

Éste era un futuro frío en el que ella era un fantasma. Había huellas en la nieve, pero no había nadie caminando por la calle. Flotaban luces en el cielo.

¿Acaso importaba que ella ya no existiera? ¿Acaso aquella eternidad que se extendía tras ella tenía más peso que los momentos vividos en el jardín? El futuro carecía por completo de nostalgia o de comprensión, era tan fresco y cruel como un niño.

«Me voy a desmayar —pensó Milena. Estaba tiritando de frío—, esto es ridículo, la gente no se desmaya y los fantasmas tampoco».

Pero ella sintió cómo se deslizaba. La luna del futuro nadaba en el cielo y Milena se dejó caer. Se dejó caer y la levantaron. Por un momento, creyó que estaba en los brazos de Rolfa.

El tiempo era un sueño. Los helicópteros volvieron a aparecer, rugiendo sobre las copas de los árboles, atormentándolos, arrancando hojas de las ramas y enviando ráfagas de viento contra la nieve. No era Rolfa, sino Mike Stone quien la llevaba en brazos, quien corría con ella en brazos como una vez lo hizo con Milton *el Ministro*, como si volviera a ser el día de su boda. La gente se apresuró a ayudarle a colocar a Milena en el suelo y él sacó de los bolsillos de su pantalón un inductor del pulso y unos clips. Se los colocó a Milena en las orejas y en los brazos.

«Esto no es el futuro ni el pasado —pensó Milena cayendo en la cuenta—, esto es mi Ahora y el Ahora es siempre intemporal».

Creyó que la Sala de Lectura era la hierba del parque que había en la calle de

Rolfa. Deseó con todas sus fuerzas que fuera aquella cuesta sembrada de césped y árboles y que a la mañana siguiente se levantara en su habitación y se encontrara con que Rolfa iba a vivir con ella.

Milena sintió que la hierba de su décimo sexto verano le presionaba la mejilla. Quería rozar la mano de Rolfa con la punta de los dedos. Pero no la encontró, no encontró nada.

La hierba había desaparecido, y el parque, y la infinidad de Milenas diferentes en todos y cada uno de sus diferentes Ahoras. La Milena que estaba recordando se encontró a sí misma, unida a la Milena que aún seguía viva.

Se encontró con que estaba tumbada en el suelo del Consensus. Sentía cómo sus pensamientos se levantaban para volver a caer, como las olas. Mike Stone estaba inclinado sobre ella y tenía un inductor del pulso colocado en una oreja. Sintió cómo se iba y regresaba como el lamer de la orilla por las olas en un pequeño lago. La Lectura había finalizado. Se estaba muriendo.

¿Le había dado Rolfa un beso en la coronilla? ¿Le había acariciado el pelo con los dedos?

La respuesta era sí.

«¿Y ahora? —se preguntó Milena—, ¿ahora qué va a pasar?».

Capítulo 21

El libro tercero (Una farsa)

El Consensus del Centro de Londres se alzaba en Marsham Street formando un bosque carnoso. Convertía la luz del sol en azúcares y los nutrientes del suelo en proteínas. Su corazón, la Corona, bombeaba savia y dirigía todos sus cuidados inconscientes: la circulación de oxígeno y azúcar, la eliminación de desperdicios y la vigilancia de su sistema inmune. Era también ahí, en la Corona, donde tenía lugar la síntesis de memoria y pensamiento. Desde la Corona partían unas hebras de tejido que, unidas a unas raíces, penetraban en la tierra como las plantas de patatas. Unos cangrejos, tan grandes como manos, protegían aquellos tubérculos contra cualquier tipo de animal o insecto invasor. Los Médicos inspeccionaban la carne, recorriendo los pasillos de ladrillo, agazapados como los mineros del carbón.

En el interior de los tubérculos había áreas jerarquizadas y ordenadas de carne que recibían el nombre de Células y en las que se recogían impresas las Lecturas individuales de todas las personas.

El Consensus del Centro de Londres se nutría y se servía de más de un millón y medio de almas, y había otras quince Coronas que se extendían por la geografía de las afueras de Londres y que contenían a otros quince millones de individualidades, la mayoría de los cuales eran niños Leídos a los diez años.

Todo es un holograma, una imagen emborronada de la totalidad. Los niños del Consensus dormían como los recuerdos individuales y cuando el propio Consensus descansaba los niños jugaban como sueños. Las múltiples individualidades del Consensus intentaban reafirmarse, volver a la vida, dispersas, desordenadas, febriles como las pesadillas, como los recuerdos tristes que todos guardamos en nuestro interior. La Corona tenía un sueño muy ligero, agitado por todo aquello que intentaba olvidar.

El Consensus de Londres dormía protegido por el Consensus de las Dos Islas, ya que las Dos Islas eran despertadas tan sólo de manera ocasional para sustituir a la Corona de Europa, cuando Europa dormía en el Mundo. Había unos grandes cables carnosos llenos de nervios, que discurrían bajo los mares y entre los continentes.

La que deseaba a Milena Shibush era la Corona del Mundo.

El gran córtex sintetizador estaba en Pekín, e iba centrando poco a poco toda su atención en una pequeña célula de carne situada en Inglaterra, en Londres.

Milena el modelo se despertó tratando de respirar. Sus pulmones intentaban inspirar, pero era como si no hubiera aire. No había luz, no había sonido. Había una almohada apretada contra la cara, la estaban asfixiando. Se revolvió, manoteó en la

oscuridad, arañó el aire a su alrededor. «¡Mis manos! —pensó—. ¡No tengo manos!».

Cálmate.

Fue como si en su interior saltara un candado de hierro.

No te muevas.

No era una voz, lo que poseía a Milena por completo era un impulso, una orden electroquímica.

Y Milena se quedó quieta y el pánico pasó de largo.

Y luego llegaron otros impulsos más pequeños, como una bandada de pájaros.

Milena

Ma

Ma

Milena

Los pájaros de pensamiento eran los impulsos procedentes de todos los niños que la rodeaban. Entraban y salían de ella. Llegaban como las bienvenidas y estaban alegres, felices de sentirse útiles, se mecían y se sumergían. Eran juguetones y acababan de despertarse a la vida plena y consciente. Estaban cumpliendo con la voluntad del Consensus.

¡*Así*!

¡*Así*!

¡*Hacedlo*!

¡*así*!

Como si llevaran unos lazos con los que la envolvieran una y otra vez, los niños le regalaron a Milena los conocimientos necesarios para existir dentro del Consensus.

—Si te duermes —le dijeron—, eres un sueño. Te rozan unos pensamientos ligeramente, muy rápido, y tu reacción es recolectada por una especie de virus. La suma de todas las reacciones conforma la decisión.

Eran los conocimientos necesarios para vivir en la esclavitud. Los pobres pájaros intentaban ser felices. Estaban cargados de buenas intenciones. Seguían teniendo diez años, a pesar de que estaban repletos de virus y habían quedado atrapados, unas diminutas células que formaban parte de aquellas montañas de carne. Seguirían teniendo diez años de edad hasta el día en que fueran eliminados.

Milena el modelo estaba en suspenso. No hacía más que esperar y escuchar, acumulando horror y pena.

—A veces, la Corona duerme —le dijeron los impulsos y le enseñaron lo que sucedía entonces.

Cuando dormía, los enormes jardines de la memoria eran mecidos por ráfagas

aleatorias de impulsos electromecánicos. Y entonces los niños se movían como se mueven los sueños, en la sombra, de forma incompleta y como si estuvieran lisiados. Intentaban contar cuentos, intentaban hallar una salida que les devolviera al mundo de la escuela, a los juguetes y a la hierba fresca y a los juegos en los que corrían tras una pelota de goma roja y brillante, al mundo en el que una vez pudieron moverse y hacer que las cosas se movieran, al mundo en el que tenían manos.

«Mis propios recuerdos son así —pensó Milena—, así son mis propias individualidades compartimentadas. Están atrapadas en mi interior».

Recordó la carita regordeta y morada de la Milena checoslovaca. Estaban ahí el bebé, la niña, la actriz, la directora, la Artista del pueblo, la esposa y la que restauró el cáncer. ¿Es que todas quieren ser liberadas?

—¡Vida! —gritaban los impulsos de los pájaros.

Se regocijaban en la plenitud de su conciencia. Los impulsos avanzaban hacia delante y hacia atrás por las vías neurales. Los recuerdos hablaban entre sí, deleitándose con el contacto y con la limitada relativización de su existencia independiente. Sus pensamientos entraban y salían de Milena a toda velocidad, chillando como una bandada de estorninos.

Se asentaron en ella.

—¿Chocolate? —le preguntaron—. ¿Podrías recordar el sabor del chocolate para que nosotros lo sintamos?

Y luego le pidieron que recordara el tacto de los rayos del sol sobre la piel y la caricia del viento fresco en la cara.

—¡Tú acabas de llegar! ¿Acabas de llegar de ahí afuera?

—¡Manzanas! ¡Recuerda ahora las manzanas!

—¡Y nadar! ¿Te acuerdas de cómo era nadar?

Picoteaban sus recuerdos con hambrientas e inofensivas embestidas. Era como dar de comer a las palomas de Trafalgar Square. Milena sentía el cosquilleo de las patitas sobre sus nervios.

¡Estaban tan necesitados!

Entonces los impulsos volvieron a alzarse formando una ola, una bandada. Los impulsos eran la atención de otras individualidades y se dirigían algún otro lugar. Milena sintió cómo se alzaban y se orientaban, hambrientas, a otras cosas. Había algo más que se movía entre ellas, algo tan enorme que al principio tan sólo pudo sentirlo de forma tenue. La Corona del Mundo estaba rememorando sus muchas individualidades.

Era como si una mano gigante los estuviera acariciando a todos. Con ternura, el Consensus estaba recordando. Recordó sus vidas anteriores y los modelos que lo conformaban y que él había alumbrado.

—Ay, sí —parecía decir—, se me había olvidado eso. Ay, sí, ahora lo recuerdo. Tú estabas vestido de azul y se te daban bien los juegos y tú trepabas a los árboles al sol, tú eras capaz de dibujar edificios enteros a partir de tus recuerdos, tú eras muy bonita y pasaste unos dolores terribles cuando te salieron los dientes. Tú tuviste a tus dos progenitores contigo hasta los diez años y los dos te acompañaron en el día de tu Lectura y bailaron. ¡Tus padres! Cuánto los echas de menos, pobre niño, cómo desearías poder todavía hablar con ellos. Y cuán adultos os sentíais todos, cuán adultos y orgullosos del día de vuestra Lectura.

Hubo explosiones de recuerdos, como si estuvieran lanzando bombas. Modelos enteros fueron recordados simultáneamente y vidas enteras pasaron a toda velocidad en oleadas a medida que el Consensus las iba reviviendo, a medida que las iba devolviendo a la vida. Se formó un tumulto. Las identidades se dispararon por las vías neurales, penetrando el interior de Milena y saliendo de ella. Aquellos otros seres ocupaban posiciones contiguas a la suya, de manera que sus límites venían definidos por los límites de ellos y los límites de todos se entrelazaban. Así, a medida que ellos retoñaban y bullían de vida, ella se iba contrayendo, notaba cómo menguaba y se desvanecía al ser colonizada por ellos.

«Podrían perderme en medio de esto —pensó—, podría perder mi identidad».

Entonces todo quedó en silencio y en calma de la manera más repentina. La Corona del Mundo había estado jugueteando con los recuerdos, pero ahora iba en serio. Su atención pivotó y se posó en un punto. Se posó sobre Milena.

Fue como si de pronto se sintiera llena a reventar. Notó el dolor en el trozo de carne en el que había sido grabado el modelo que hicieron de ella. Todo su ser pareció expandirse y crepitar, como si estuviera cargada de electricidad estática. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que seguía estando hecha de carne. Era un trozo de carne dolorido.

No pasaron palabras. La desgarró una ola de información pesada y fluida como el mercurio y que se movía a una velocidad tal que apenas era capaz de soportarlo. Entró en ella inundándolo todo a su paso, llenándola y lastrándola. Arrastró con ella todo su ser.

Milena supo con certeza que no podría oponerse al Consensus ni tampoco engañarlo. Él sabía que Milena lo odiaba. Pero la necesitaba. Así que Milena tenía aún una oportunidad.

No estaba en la Casa Superior, sino en la Casa Inferior, con los Críos. Si accedía a colaborar se le permitiría vivir pero en caso contrario permanecería en la Casa Inferior. Y los modelos de la Casa Inferior eran conservados tan sólo hasta la muerte de los originales. Una vez que éstos morían, los modelos eran eliminados.

Milena estaba a punto de morir.

El diagrama volvió a pasar y Milena vio una vez más el modelo de la cabeza

gigante que gritaba, un rasgo astronómico artificial. Vio la forma en que despedía luz uniformemente, en todas las direcciones y vio cómo una pequeña mota salía despedida cuando recibía una respuesta. Así supo que tendría que ser la mensajera, quien llevara una huella del todo a Los Otros.

—Un Ángel —dijo el Consensus—, podrías ser un Ángel.

Milena ya sabía cuál iba a ser su respuesta, pero no podía hablar.

Milena tanteó a su alrededor sin manos, como para tocar las paredes de la habitación en la que estaba. Trató de ver sin ojos y, sin oídos, se esforzó para escuchar su propia voz. Pero no tenía voz con la que hablar. Intentaba descubrir los límites de su propio ser, encontrar alguna sensación de individualidad. Buscaba la manera de decir que no. No es la palabra de la independencia. Pero Milena no tenía palabra alguna.

Hizo que Consensus se sintiera ligeramente cansado, como si se hubiera dado cuenta de que una minúscula partícula de su ser no estaba dispuesta de repente a cumplir con una tarea tan detestable como necesaria.

Una vez más, no halló palabras. Tan sólo una innegable determinación, un insaciable pensamiento extraño.

Así las cosas, Milena tendría que formar parte de un Compuesto.

Se acordó de Bob *el Ángel*, que tenía una identidad en la sombra, un científico llamado George. Se acordó de aquella identidad silenciada, que formaba parte de otra persona proporcionándole capacidad adicional pero sin poder jamás hablar ni actuar. Se convertiría en una sombra, en lo que Heather había sido para ella, en lo que George el científico era para Bob. Sería como los virus, estaría viva tan sólo a medias, bajo la forma de una presencia servicial dentro de la mente de otra persona.

—¡No! —consiguió decir en un arranque de rebelión.

El magnífico ser disponía de todo el tiempo de mundo y a la vez, no tenía tiempo ya. Si Milena quería decir no, se quedaría en la Casa Inferior. Sería eliminada… a excepción de la parte de ella que el Consensus necesitaba.

El Consensus necesitaba su capacidad imaginativa, su capacidad para imaginar veintidós mil millones de flores, una para cada una de las almas contenidas en él y también una para cada uno de los niños que esperaban aún el día de su Lectura. Milena se imaginaría al Consensus, su ingente y complicada individualidad y se llevaría esa imagen consigo, a las estrellas. Se convertiría en portadora de mensajes, como lo fue Jacob, un espacio en blanco para que la rellenaran, una herramienta. Sería menos que Jacob, porque él podía hablar, podía andar. Quedaría reducida a un armazón de memoria, como si fuera un esqueleto completamente descarnado.

Entonces la atención del Consensus se movió con la pesadez de una ballena en aguas densas y cargadas de lodo. Se retiró. Milena notó cómo con él se retiró la energía de los circuitos de pensamiento y sintió que se encogía tanto como un

recuerdo olvidado y almacenado tan al fondo de la mente que jamás es rememorado.

Grandes grupos de minúsculos seres se agitaban al paso de la ballena por el mero hecho de su presencia. Hubo también ondas de súbitos despertares cuando individualidades enteras recibieron una brevísima atención y llamearon con todo el anhelo, la alegría y la cotidianeidad de sus lejanas vidas. Los impulsos se elevaron como silbantes fuegos artificiales que despedían multitud de chispas incandescentes y luego quedaron de nuevo sumidos en el silencio.

Cuando la Corona del Mundo retiró su masa pantagruélica, Milena tuvo ocasión de vislumbrar sus contornos. Percibió las dimensiones de aquel caparazón que daba cabida a quince mil millones de almas parcialmente vivas. A la vez, percibió todas las demás Coronas repartidas a lo ancho y largo del mundo como el sistema de raíces de los champiñones. Y Milena percibió que estaban asustadas. El Consensus estaba hecho de carne y la carne tiene miedo a la muerte.

El miedo era lo que lo impulsaba. El miedo le decía que necesitaba a Milena para sus planes interestelares. El miedo le hacía desear que Milena lo amara. El miedo lo convertía en un ser peligroso.

Milena el modelo sintió que su mente se enturbiaba, se volvía borrosa. «He tomado una decisión —pensó—, me he defendido como he podido. No he tenido miedo». Sintió el bosque que tenía a su alrededor. Era un bosque de niños sujetos, atrapados. Un auténtico Jardín de Infancia, en el que cada flor tiene un rostro olvidado, conoce un efímero esplendor para luego volver a cerrarse.

El Consensus era un armazón, del mismo modo que Milena también lo era. Consistía en una lógica, como el tiempo o el dinero o el relato de historias, como el nacimiento, como la muerte, como el capitalismo o el socialismo.

Siempre ha existido un Consensus y nosotros siempre hacemos lo que él quiere que hagamos porque formamos parte de él y él forma parte de nosotros. Estamos incrustados en él, de forma que obedecemos su lógica. Nacemos, tenemos que comer, nos dejan solos y nuestro objetivo es sobrevivir con los medios que tenemos a nuestro alcance. Obedecemos la lógica del amor y del sexo, de la salud y la enfermedad, del envejecimiento, la infancia y la muerte. Y si conseguimos escapar de un armazón, nos trasladamos a otro. Si creamos un nuevo armazón atrapamos en él a nuestros hijos. Desde siempre, hemos luchado por escapar del Consensus y hemos hecho su voluntad. En un solo gesto, obedecemos y nos rebelamos.

Milena escuchó el llanto de los niños, que iba perdiendo intensidad. «He intentado ayudarles», pensó mientras el sueño la vencía.

«Voy a morir. Llevo meses esperando la muerte. La muerte no me impresiona. No soy libre y nunca lo he sido, pero la muerte no me coge por sorpresa».

Escuchó una música proveniente de algún lugar.

Llegó hasta ella suavemente. Era música imaginaria que la alcanzó en forma de

ondas de pensamiento y con una tierna y dolorosa tensión. Aquella música consistía en palabras que habían sido convertidas en notas.

Perché appressando sé al suo disire
nostro inteletto si profonda tanto
che dietro la memoria non puè ire…

Porque mientras se acerca a su deseo,
nuestro intelecto tanto profundiza
que no puede seguirle la memoria…

Era la música del Libro Tercero, la parte en que Dante sigue los pasos de Beatrice hasta el paraíso, la que había quedado sin representar.

Era el modelo de Rolfa que cantaba suavemente en lo que podría equivaler a un sueño, incluso Rolfa había quedado atrapada en aquella lógica y hacía su voluntad. Era como si a Milena la empujaran a dormir en los brazos de su amada.

A excepción de un pequeño cosquilleo en la corona de la propia Milena, que le decía que en algún lugar situado en el exterior de este Consensus concreto, Milena Shibush seguía viva.

Milena la mujer moribunda estaba acostada en el suelo de la Sala de Lectura. Tenía las manos cerradas en torno al crucifijo que llevaba al cuello. Estaba intentando partir la cadena y así poder pasárselo a Mike. Sabía que estaba ahí, pero no podía verlo. Iba perdiendo la conciencia y recuperándola a intervalos, siguiendo las pulsaciones del aparato que tenía colocado en la oreja. Sólo aquello le recordaba que tenía que respirar.

Dentro…

Fuera…

Dentro…

Hizo una pausa.

Fuera.

Milena exhaló y fue como si se rompiera la cadena. Expulsó el aire y fue como si se expulsara a sí misma. Sintió cómo se expandía hacia fuera de su cuerpo, como una burbuja. Salió de sí misma y se dejó llevar en libertad, se abandonó a la deriva.

El espíritu de Milena Shibush había salido de su cuerpo. Flotaba como un globo negro por encima de la carne que yacía en el suelo y la contemplaba desde arriba. Vio a Mike Stone a cuatro patas, que la tenía cogida la mano. Vio a Root que acariciaba aquel pelo fino, húmedo y frío. Ella no era aquel cuerpo. El espíritu estaba sereno y distante, como si todo estuviera a la vez cerca y lejos, y de pronto se dedicó a sí

mismo una amplia sonrisa, como si hubieran contado un chiste. La carne que estaba en el suelo también esbozó una sonrisa. Al fin y al cabo, se trataba de una comedia.

Allá afuera, lejos del cuerpo, el mundo era precioso, como si se lo contemplara desde la cima de una montaña, donde se pueden ver las estrellas en plena luz del día, como si un viento fresco, claro y frío soplara a través de todas las cosas transportando con él los sonidos que emitía por sí misma la distancia, los sonidos que una inmensidad abierta emitiría tan sólo por el hecho de permanecer en silencio.

La luz fluía hacia y desde todas las cosas y los hilos estaban situados bajo ellas para recibir las vibraciones. No había dolor ni hambre, no había deseo, no había ira ni transformaciones. Tan sólo plenitud, una deliciosa sensación de inminente libertad. Era como si Milena Shibush fuese una vaina de semillas maduras a punto de abrirse.

El alma de Milena Shibush hizo vibrar los hilos del mundo, que cantaron en la mente de Milena el modelo. Ambas eran Terminales.

—¡Energía! —dijo el espíritu—. ¡Energía! ¡Energía!

El conocimiento había sido traspasado. Era el conocimiento de lo que significaba liberarse de la carne, de cómo expulsarte a ti mismo de la carne y salir al mundo, de la misma manera en que Dios un día le había insuflado su aliento.

Aquel conocimiento pasó vibrando por los hilos hasta llegar al modelo que era Terminal.

«¡Sí! —pensó el modelo—. ¡Ángeles!».

Y Milena el modelo se expulsó a sí misma.

Se expulsó de la carne aprisionadora, salió del Consensus y entró en el mismo armazón del universo.

Se derramó como una sustancia viscosa y llena de nódulos brillantes. Se convirtió en parte del Deslizador. Se alzó más allá de las líneas de gravedad siendo un Ángel, incrustada en el universo y a salvo de todo mal.

Milena el ángel miró a su alrededor sin ojos. Más allá de la luz, más allá del sonido estaban los filamentos de gravedad, tan tensos como las cuerdas de un instrumento, fijados a las estrellas, fijados a la luna y unidos formando un nudo en el centro de la Tierra, donde se congelaba el Satán de Dante.

Los filamentos habían extraído gas del vacío cuántico y también rocas, los troncos de los árboles y las estrellas. Los filamentos los acogían ahora a todos en un *glissando* que recorría las galerías de ladrillo de las Salas de Lectura y los brotes carnosos del Consensus.

El Consensus tembló con muchas voces a medio formar. Estaban todas juntas, retorcidas dentro de una enredada inmensidad —montones de pensamiento moviéndose en forma de espiral— y unidas a las calzadas elevadas de los impulsos. El pensamiento era como un río que fluyera tallo abajo. Los tallos se alzaban como acantilados y había torres y simas de personalidad. Había cimas barridas por el viento

que emitían destellos de memoria y danzaban con ellos. Los impulsos se bifurcaban y crepitaban como los rayos en su camino hacia China, hacia América. Milena el modelo Ángel las comprendía como un todo. Tenía la capacidad de sentirlas a todas, de sentir como silbaban en los extremos de las líneas, de sentir quince mil millones de líneas a la vez.

Y Milena recordó la sensación que le produjeron los veintidós millones de flores al salir de su cabeza. Recordó la sensación de exhalación.

Entonces rasgueó los hilos del mundo mientras retenía en la mente las temblorosas llamas de cada una de esas quince mil millones de almas.

—Por aquí —dijo el modelo—, por aquí.

Milena les hizo llegar a todos y cada uno de ellos a la vez la sensación de ser exhalada, lo que es inflarse como un hermoso globo y alzarse abandonando la carne, lo que es convertirse en un soplido y volar por los aires en libertad.

Hacia China, hacia Burdeos.

El espíritu giró mecido por la deliciosa sensación, cargado de las semillas del recuerdo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —dijo el espíritu.

—Eres libre —susurró el modelo.

Aquella información se expandió por las líneas a la velocidad de la gravedad antes de que el Consensus tuviera tiempo de reaccionar. Las líneas se convirtieron en la información, estaban hechas de conocimientos y de sentimientos. El Consensus se abrió lentamente, con la monstruosa lentitud de un dinosaurio atrapado en su propia carne.

Una nube de Ángeles se alzó como semillas que saltan de una vaina, saliendo despedidas todas a la vez, incapaces de resistirse al aliento, igual que Adán. Este aliento era el beso de la vida, pero al revés.

El Consensus se tambaleó y tembló a medida que sus torres y torretas de carne se fueron quedando desiertas. El Consensus se había infectado con una pequeña brizna de modelo que tan sólo estaba viva a medias. Y el contagio se había extendido.

Ahora Milena era el virus.

Las individualidades del Consensus fueron liberadas. Se esparcieron en un número no menor que las múltiples individualidades de Milena Shibush. Se alzaron como los Ángeles, ascendieron por el Deslizador, descendieron de nuevo por él y recorrieron el universo entero, fundiéndose en él. Se columpiaron, giraron, dieron volteretas en la red de líneas con la alegría de un niño que se lanza por un trampolín. Habían huido como siempre lo hacen los niños, con una mezcla de alegría y arrepentimiento.

Los niños eran libres y el universo temblaba al tocarlos.

En un solo gesto, Milena había conseguido obedecer y rebelarse. Había satisfecho

el más profundo y secreto deseo del Consensus.

Él también había deseado liberarse de la carne. Él había deseado exhalarse a sí mismo como los Ángeles y poder viajar hasta las estrellas. Pero había sentido miedo.

Milena había enseñado a morir al Consensus.

En las galerías de ladrillo, tan cómodas, reinaba el terror.

Root *la Terminal* gritó y se cogió la mano al sentir que aquel grande y amado peso de su cabeza mermaba y se encogía.

—¡Pequeño! ¡Pequeño! —gritaba Root confusa.

La enorme mente se estaba vaciando. La Casa Inferior alzó el vuelo en todas partes del mundo. La Casa Superior rugió aterrorizada. Incluso algunas de aquellas almas excepcionales huyeron de la carne para lanzarse por el Deslizador.

—¡No te pertenecemos! —chillaban los niños.

Hubo una especie de resaca. Root pudo sentir su tirón. Estuvo a punto hasta de liberarla a ella de su propio cuerpo. Se levantó del suelo chillando como un águila. Se sujetó la cabeza al notar que su propio ser trataba de saltar. Se tambaleó sin poder articular palabra, dio media vuelta y echó a correr. Sintió los hilos que recorrían los ladrillos bajo sus pies, sintió a los Ángeles que se deslizaban sobre ella y a través de ella por las líneas, como una bocanada de aire fresco.

Los Ángeles se ayudaban a ascender unos a otros. Se alzaron juntos hacia el cielo como motas de polvo en el haz de una linterna. Milena el ángel sintió cómo se alzaban encantados. Las flores mueren, pero dejan sus semillas y las semillas significan vida. Fue como si el mundo entero hubiera florecido y hubiera dado frutos.

Entonces algo rugió en su interior y la sacudió con una música imaginaria que hizo temblar a las líneas. Levantó a Milena por los aires y la hizo dar vueltas y más vueltas, rugió aún más fuerte con el sonido de muchas voces al unísono, el sonido de flautas tan agudas como cuchillos, de sopranos tan silbantes como chorros de vapor.

Y donde abrazó a Milena, la memoria salió despedida: los olores a lanolina, los dientes picados, los pelos en las orejas, el aire fuerte y suave que tocaba las cuerdas de carne como si fueran las de un violín y una voz tan potente como el paraíso que retumbaba en los huesos de los pómulos y en las sienes.

El modelo de Rolfa cogió en brazos a Milena y la besó. Entró en ella y la inundó por completo. Los modelos de sus nervios, de sus vidas, se acoplaron entre sí. Las líneas bailaron al son de los impulsos liberando memoria, intercambiado reconocimiento, anhelo y plenitud. Se bañaron la una en la otra, crepitaron con la memoria que forma parte del universo y está hecha de fuerzas de atracción. Milena, cuyo nombre significaba Amada, se hizo una con su amada.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritó el espíritu de la carne que estaba tirada en el suelo.

Rolfa y Milena subieron por el Deslizador y éste tarareó como los Ángeles, como

las voces que forman parte de un coro. Los Ángeles cantaban sin palabras. Ellos tocaban las cuerdas y eran las cuerdas. Ellos cantaban la melodía y eran la melodía. La música no había logrado más que imitarlos, no había hecho más que captar su eco.

Rolfa imaginó la música. Imaginó el final del *Purgatorio*. Imaginó cómo caían las estrellas como si de lluvia se tratara, como si salpicaran agua sobre ellas dos, sobre Milena y sobre ella misma. Milena pudo ver la lluvia en sus recuerdos y sentir cómo la calaba hasta los huesos.

—Eunoé —susurró Rolfa.

El agua que purifica y devuelve los recuerdos del bien que se ha hecho.

La letra sonó en su imaginación:

Ma perché piene son tutte le carte…

Mas como están completos ya
los pliegos que al canto segundo destinaba
no me deja seguir del arte el freno.

Milena entraba y salía de la melodía girando en espiral, sentía las estrellas que la sostenían y también al Deslizador que se deslizaba a través de ella. Sentía el universo y sus hilos tensados como los de un telar. Ella era la lanzadera.

El universo tiró, ansiando extender su abrazo, anhelando abarcar todas las cosas y retenerlas. Las líneas habían apartado la nada y la habían reducido a unos minúsculos y resplandecientes vórtices en los que la energía recibía el nombre de materia. Energía y materia eran una misma cosa y ambas estaban hechas de deseo, del anhelo del corazón que lleva a la creación.

La Tierra cayó bajo ellas, con la luna medio escondida tras ella. Las rocas y el suelo, las plantas y los mamíferos y hasta las mismas estrellas susurraron en la gravedad. Las estrellas y la Tierra también estaban vivas. Prácticamente podían pensar. Sus voces sonaban como una emisión de radio que no se oye bien, que de tan entrecortado que está parece no tener sentido pero que intenta e intenta comunicarse.

Surgimos de ellos como la Vida porque eso era lo que necesitábamos. Nos necesitaban para ver y para hablar. Todo, incluso el odio, está hecho de amor.

lo ritornai da la santissima onda…

De aquel agua santísima volví
transformado como una planta nueva
con un nuevo follaje renovada
puro y dispuesto a alzarme a las estrellas.

El Libro Segundo había finalizado y el Tercero podía empezar.

La carne que fue Milena Shibush seguía en el suelo. Mike Stone contemplaba fijamente su rostro con amor y con asombro. Cerdito se cogió de su mano y echó a andar sobre sus nuevas y recientemente vivas piernas para inclinarse sobre ella con timidez. El rostro de Milena Shibush aparecía iluminado por una sonrisa de la más pura alegría. El espíritu pudo también ver la sonrisa. Todo su cuerpo estaba encendido con el más brillante de los fuegos, como si fuera transparente como un cristal iluminado desde dentro.

Notaba que tenía en la mano el crucifijo de Jacob. La cadena se había roto de alguna manera. Levantó la mano y buscó a tientas. Cerró la mano de Mike Stone en torno al crucifijo, le hizo entrega de él.

Milena pensó en todos ellos, en Mike y en Root, en Lucy y en el Viejo Tone, en los Nenes. Pensó en Thrawn y en Rose Ella. La carne que conformaba el suelo sonrió ante el conjunto de su vida, ante toda aquella parafernalia. Al fin y al cabo, había acabado por hallar la libertad.

La multitud de identidades de Milena Shibush se unieron por última vez. «Ahora me toca a mí», pensó el espíritu. Al igual que el Consensus, ella era un armazón por vaciar.

Milena murió.

Se desvaneció en el silencio y se dividió. Todas y cada una de las individualidades fueron liberadas: el bebé, la niña, la huérfana del Jardín de Infancia, la actriz y la directora, la esposa y la Artista del Pueblo, Milena el ángel, Milena el oncogén, Milena la portadora de la Mente de Heather y la Milena que recordaba a Rolfa.

Todas se alzaron como las páginas blancas de un discurso escrito y lanzado al viento. Las páginas echaron a volar como las hojas, esparciéndose por sus Ahoras individuales y eternos. Los Ahoras que ya no estaban ligados por el tiempo ni por un ser. Viajaron más allá del tiempo al lugar en donde sí es posible decir toda la verdad. Decir toda la verdad requiere una eternidad, pero también puede reducirse a un solo libro gracias al amor. Ése es el Libro Tercero, que queda más allá de las palabras o de la parquedad de la imaginación. Ya hay bastante comedia con salir del Purgatorio.

Pero esto no es el final. El final no existe.

Seguía siendo Semana Santa en Checoslovaquia y Amada subía por una ladera junto a sus padres, caminando a través de un bosque.

Seguía vestida de ángel, con una estrella y unas alas cubiertas de polvo de resina. Estaba ya muy cansada y se columpiaba en los brazos de sus padres. Aquello era como volar.

La pendiente de la colina se hizo menos inclinada y había más luz: Amada había llegado en volandas hasta la cima, donde se alzaban los alerces bien erguidos como

colas de ardilla. Miró a su alrededor y lanzó un chillido de placer.

En la cima de la colina estaba su hogar y también estaba el *lipy*, su limonero y su cálida casa de piedra caliza. La niña se echó a correr hacia su campo entre gritos de regocijo, pisando aquella hierba que parecía tener manos y codos y que parecía abrirse como una sonrisa. *Tatinka, Maminko,* nombres fantasma que corrían junto a ella también riendo. Estaba la luz que fluía y estaban los pájaros. Las puertas del jardín estaban abiertas.

Y las puertas permanecerían abiertas en todo momento, aquí, ahora, en Checoslovaquia o en Inglaterra. Siempre.



GEOFFREY CHARLES RYMAN. Nació en 1951 en Canada pero se mudó a Estados Unidos cuando tenía 11 años, donde acabó licenciándose en Historia y Filología Inglesa por la Universidad de California. En 1973, se fue a vivir a Inglaterra, donde ha pasado la mayor parte de su vida. Actualmente, imparte clases de escritura creativa en la Universidad de Manchester.

Ryman afirma que sabía que iba a ser escritor «antes de saber hablar». El precoz autor ya vería su primer trabajo publicado en la columna periodística de su madre a los seis años de edad. Pese a ser mayormente conocido por sus aportaciones a la ciencia ficción, su primera novela *The Warrior Who Carried Life* fue de fantasía, y *Was*, también fantástica, es considerada «su obra más lograda».

Muchas de las historias de Ryman tratan de viajes a Camboya. La primera de éstas, *The Unconquered Country* (1986), llegó a ser galardonada con el **World Fantasy Award** y el **British Science Fiction Association Award**. La última de ellas, *The King's Last Song* (2006), se sitúa a la vez en dos épocas distintas: el siglo XII, durante el reinado del emperador Jayavarman VII, y el presente, tiempo después del mandato de Pol Pot y los Jemeres Rojos.

Sus novelas más importantes de ciencia-ficción son: *El jardin de infancia* (1989), galardonada con el **Arthur C. Clarke Award** y el **John W. Campbell Memorial Award**; y *Aire* (2005) galardonada con el **British Science Fiction Award**, el **Arthur C. Clarke Award** y el **James Tiptree, Jr. Award**.

Durante el transcurso del Taller Clarion para escritores noveles (Pensilvania),

Ryman fundó, junto a otros autores, el subgénero de la Ciencia Ficción Cotidiana (Mundane Science Fiction). Centrado en historias situadas en o cerca del planeta Tierra, hace un uso verosímil de la tecnología y ciencia existente en el momento en que transcurre el relato. En 2008 se publicó un número especial sobre la Ciencia Ficción Cotidiana en la revista Interzone coeditado por Ryman, Julian Todd y Trent Walters.

Notas

[1] Shell es el nombre de una multinacional y además significa concha, caparazón. Tiene el doble sentido de salir del cascarón, emanciparse. *(N. de la T.)*<<

[2] Sala donde los guerreros vikingos se reunían y tomaban aguamiel. *(N. de la T.)*<<

[3] Protagonista de un poema épico heroico datado en torno a la primera mitad del s. VIII. *(N. de la T.)*<<

[4] Pooh se pronuncia igual que poo, que significa «caca». *(N. de la T.)*<<

[5] El burrito de Winnie the Pooh. *(N. de la T.)*<<

[6] Marca de papilla de cereales para bebés. *(N. de la T.)*<<

[7] Música tradicional escocesa. *(N. de la T.)*<<

[8] Protagonista de una poesía infantil antigua, que tiene mucha suerte. *(N. de la T.)*<<

[9] Se pronuncia igual que «To be or not to be», de la célebre frase de Shakespeare «Ser o no ser, ésa es la cuestión». *(N. de la T.)*<<

[10] Chao Li Song. Recoge un doble sentido porque «*song*» significa canción y ese verano se propagó el tartamudeo. *(N. de la T.)*<<